
AleXandriæ
.org

San Agustín de Hipona
La Ciudad de Dios

Primera Parte

Índice

Libro Primero

LA DEVASTACIÓN DE ROMA NO FUÉ CASTIGO DE LOS DIOSES DEBIDO AL CRISTIANISMO

Capítulo I

DE LOS ENEMIGOS DEL NOMBRE CRISTIANO, Y DE CÓMO ÉSTOS FUERON PERDONADOS POR LOS BÁRBAROS, POR REVERENCIA DE CRISTO, DESPUÉS DE HABER SIDO VENCIDOS EN EL SAQUEO Y DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD.

1 En esta obra, que va dirigida a ti, y te es debida, mediante mi palabra, Marcelino [1], hijo carísimo, pretendo defender la gloriosa Ciudad de Dios, así la que vive y se sustenta con la fe [2] en el discurso y mudanza de los tiempos, mientras es peregrina entre los pecadores, como la que reside en la estabilidad del eterno descanso, el cual espera con tolerancia hasta que la Divina Justicia venga a juicio [3], y ha de conseguirle después completamente en la victoria final y perpetua paz que ha de sobrevenir; pretendo, digo, defenderla contra los que prefieren y dar antelación a sus falsos dioses, respecto del verdadero Dios, Señor y Autor de ella. Encargo es verdaderamente grande, arduo y dificultoso; pero el Omnipotente nos auxiliará para efectuarlo como lo exige su dignidad y naturaleza. Por cuanto estoy suficientemente persuadido de las copiosas luces, nervio y eficacia que son necesarias para dar a entender a los soberbios cuán estimable y magnífica es la virtud de la humildad con la cual todas las cosas terrenas, no precisamente las que usurpamos con la arrogancia y presunción humana, sino las que nos dispensa y hace merced la Divina gracia, transcienden y sobrepujan las más altas cumbres y eminencias de la tierra, que con el transcurso y vicisitud de los tiempos, están ya como presagiando su ruina y total destrucción. El rey, fundador y legislador de la Ciudad de que pretendemos hablar,

es, pues, aquel mismo que en la Escritura indicó con las señales más evidentes a su amado pueblo el genuino sentido de aquel celebrado y divino oráculo cuyas enérgicas expresiones claramente expresan "que Dios se opone a los soberbios, pero al mismo tiempo concede su gracia a los humildes [4]. Pero este particular don, que es propio y peculiar de Dios, también le pretende el inflado espíritu del hombre soberbio y envanecido, queriendo que entre sus alabanzas y encomios se celebre como un hecho digno del recuerdo de toda posteridad, "que perdona a los humildes y rendidos y sujeta a los soberbios" [5]. Y así, tampoco pasaremos en silencio aceca de la Ciudad terrena [6] (que mientras más ambiciosamente pretende reinar con despotismo, por más que las naciones, oprimidas con su insoportable yugo, la rindan obediencia y vasallaje, el mismo apetito de dominar viene a reinar sobre ella) nada de cuanto pide la naturaleza de esta obra, y lo que yo penetro con mis luces intelectuales, hijos de esta misma ciudad son los enemigos contra quienes hemos de defender la Ciudad de Dios, no obstante que muchos, abjurando sus errores, vienen a ser buenos ciudadanos; pero la mayor parte la manifiestan un odio inexorable y eficaz, mostrándose tan ingratos y desconocidos a los evidentes beneficios del Redentor, que en la actualidad no podrían mover contra ella sus maldicientes lenguas, si cuando huían el cuello de la segur vengadora de su contrario, no hallaran la vida, con que tanto se ensoberbecen, en sus sagrados templos. Por ventura, ¿no persiguen el nombre de Cristo los mismos romanos a quienes, por respeto y reverencia a este gran Dios, perdonaron la vida los bárbaros? Testigos son de esta verdad las capillas de los mártires y las basílicas de los apóstoles, que en la devastación de Roma acogieron dentro de sí a los que precipitadamente, y temerosos de perder sus vidas, en la fuga ponían sus esperanzas, en cuyo número se comprendieron no sólo los gentiles [7] sino también los cristianos [8]. Hasta estos lugares sagrados venía ejecutando su furor el enemigo; pero allí mismo se amortiguaba o apagaba el furor del encarnizado asesino, y al fin a estos sagrados lugares conducían los piadosos enemigos a los que

hallados fuera de los santos asilos, habían perdonado las vidas para que no cayesen en las manos de los que no usaban ejercitar semejante piedad; por lo que es muy digno de notar que una nación tan feroz, que en todas partes se manifestaba cruel y sanguinaria, haciendo crueles estragos, luego que se aproximó a los templos y capillas, donde la estaba prohibida su profanación, así como el ejercer las violencias que en otras partes la fuera permitido por derecho de la guerra, refrenaba del todo el ímpetu furioso de su espada, desprendiéndose igualmente del afecto de codicia que la poseía de hacer una gran presa en ciudad tan rica y abastecida. De esta manera libertaron sus vidas muchos que al presente infaman y murmuran de los tiempos cristianos, imputando a Cristo los trabajos y penalidades que Roma padeció, y no atribuyendo a este gran Dios el beneficio incomparable que consiguieron por respeto a su santo nombre de conservarles las vidas; antes por el contrario, cada uno respectivamente hacía depender este feliz suceso de la influencia benéfica del hado, o de su buena suerte, cuando, si lo reflexionasen con madurez, deberían atribuir las molestias y penalidades que sufrieron por la mano vengadora de sus enemigos a los inescrutables arcanos y sabias disposiciones de la Providencia Divina, que acostumbra corregir y aniquilar con los funestos efectos que presagia una guerra cruel, los vicios y las corrompidas costumbres de los hombres [9], y siempre que los buenos, hacen una vida loable e incorregible, suele a veces ejercitar su paciencia con semejantes tribulaciones, para proporcionarles la aureola de su mérito; y cuando ya tiene probada su conformidad, dispone transferir los trabajos a otro lugar, o detenerlos todavía en esta vida para otros designios, que nuestra limitada trascendencia no puede penetrar. Deberían, por la misma causa, estos vanos impugnadores, atribuir a los tiempos en que florecía el dogma católico la particular gracia de haberles hecho merced de sus vidas los bárbaros, contra el estilo observado en la guerra, sin otro respeto que por indicar su sumisión y reverencia a Jesucristo, concediéndoles este singular favor en cualquier lugar que

los hallaban, y con especialidad a los que se acogían al sagrado de los templos dedicados al augusto nombre de nuestro Dios (los que eran sumamente espaciosos y capaces de una multitud numerosa), para que de este modo se manifestasen superabundantemente los rasgos de su misericordia y piedad. De esta constante doctrina podrían aprovecharse para tributar las más reverentes gracias a Dios, acudiendo verdaderamente y sin ficción al seguro de su santo nombre, con el fin de librarse por este medio de las perpetuas penas y tormentos del fuego eterno, así como de su presente destrucción; porque muchos de estos que veis, que con tanta libertad y desacato hacen escarnio de los siervos de Jesucristo, no hubieran huído de su ruina y muerte si no fingiesen que eran católicos; y ahora su desagradecimiento, soberbia y sacrílega demencia con dañado corazón se opone a aquel santo nombre, que en el tiempo de sus infortunios le sirvió de antemural; irritando de este modo la divina justicia y dando motivo a que su ingratitud sea castigada con aquel abismo de males y dolores que están preparados perpetuamente a los malos, pues su confesión, creencia y gratitud fué no de corazón, sino con la boca, por poder disfrutar más tiempo de las felicidades momentáneas y caducas de esta vida.

[1] Existen entre las cartas de San Agustín algunas dirigidas a Marcelino, y otras de éste contestando a las del santo obispo. La amistad y estrechez que había entre ambos se fomentó cuando residían en África, cada uno en sus respectivos cargos; así lo testifica Orosio: "En esta época, gobernando el Imperio de Oriente Honorio, y siendo su colega Constantino, se restituyó a la Iglesia de África la deseada Paz, en cuyo proyecto, como en otros sumamente útiles al lustre y extensión del dogma católico, trabajó con mucho ardor Marcelino, tribuno y prefecto prudente y sabio". [2] Hab. 2, 4.

[3] Ps. 93, 15; Rom. 8, 25.

[4] Isac. 4, 6; 1 Pet. 5, 5.

[5] Virgilio, en la Eneida, 6, 854, después de haber referido las alabanzas de otras naciones que se anteponían a los romanos en la literatura, riquezas, política... volviendo a éstos repentinamente dice: Tu regere Imperio populos Romane memento

Hoe tibi erunt artes, pacique imponere morem,

Parcere subjectis, et debellare superbos

Paci imponere morem...

[6] Para refutar a los paganos, cuyas absurdas preocupaciones atribuían las desgracias del saqueo de Roma al cristianismo, se propuso San Agustín escribir este libro de la Ciudad de Dios, y Osorio, su discípulo, compuso también una historia universal eclesiástica y civil. [7] Alude aquí a la inmunidad eclesiástica local, vulgarmente llamada detenidos; la acepción de este vocablo viene de que, como después de bautizado Constantino en el siglo IV por el Papa Silvestre I, la mayor parte de los vasallos ejecutasen lo mismo, especialmente los que residían en la Metrópolis y ciudades subalternas, prohibiéndose todo sacrificio en ésta a los dioses, los gentiles, a quienes se les denegaba estas funciones, se retiraban a las aldeas para hacer sus sacrificios y plegarias, aldeas que los latinos llamaban pagi o pagos, y de aquí proviene el que se los llame paganos. [8] Alude aquí a la inmunidad eclesiástica local vulgarmente llamada derecho de asilo. [9] Consta por la Historia Romana que los romanos fueron morigerados y adictos a la justicia, frugalidad y buena conducta siempre que se hallaban en guerra abierta con alguna nación, especialmente en las primeras décadas de su nueva República; pero cuando gozaban de los bellos frutos de una paz sólida, daban rienda suelta a sus vicios, por cuyo motivo, habiendo sido ensalzados sobre la cumbre de toda felicidad humana, al fin su soberbia, los condujo a un abismo de liviandad y desgracias.

Capítulo II

QUE JAMÁS HA HABIDO GUERRA EN QUE LOS VENCEDORES PERDONASEN A LOS VENCIDOS POR RESPETO Y AMOR A LOS DIOSES DE ÉSTOS.

2 Y supuesto que están escritas en los anales del mundo y en los fastos de los antiguos tantas guerras acaecidas antes y después de la fundación y restablecimiento de Roma y su imperio, lean y manifiesten estos insensatos un solo pasaje, una sola línea, donde se diga que los gentiles hayan tomado alguna ciudad en que los vencedores perdonasen a los que se habían acogido (como lugar de refugio) a los templos de sus dioses. Pongan patente un solo lugar donde se refiera que en alguna ocasión mandó un capitán bárbaro, entrando por asalto y a fuerza de armas una plaza, que no molestasen ni hiciesen mal a todos aquellos que se hallasen en tal o tal templo. ¿Por ventura no vió Eneas a Príamo violando con su sangre las aras que él mismo había consagrado? [10]. Diodemes y Usiles degollando las guardias del alcázar y torre del homenaje, ¿no arrebataron el sagrado Paladion [11], atreviéndose a profanar con sus sangrientas manos las virginales vendas de la diosa? [12]. Aunque no es positivo que de resultas de tan trágico suceso comenzaron a amainar y desfallecer las esperanzas de los griegos [13]; pues enseguida vencieron y destruyeron a Troya a sangre y fuego, degollando a Príamo, que se había guarecido bajo la religiosidad de los altares. Sería a vista de este acaecimiento una proposición quimérica el sostener que Troya se perdió porque perdió a Minerva; porque ¿qué diremos que perdió primero la misma Minerva para que ella se perdiese? ¿Fueron por ventura sus guardas? Y esto seguramente es lo más cierto, pues, degollados, luego la pudieron robar, ya que la defensa de los hombres no dependía de la imagen, antes más bien, la de ésta dependía de la de aquéllos. Y estas naciones ilusas, ¿cómo adoraban y daban culto (precisamente para que los defendiese a ellos y a su patria? a aquella deidad, que no pudo guardar a sus mismos centinelas?

[10] Eneida, 2, 501, 502. Vidi Hecubam centumque nurus Priamumque per aras Sanguine foedantem, quos ipse sacraverat ignes.

[11] El Paladion era una estatua de Palas o Minerva.

[12] ... Caesis summae custodibus arcis

Corripuere sacram effigiem, manibusque cruentis

Virgineas ausi divae contingere vittas. Ib.

[13] Ex ilio fluere, ac retro sublapsa referri

Spes Danaum... Ib. 169, 170.

Capítulo III

CUÁN IMPRUDENTES FUERON LOS ROMANOS EN CREER QUE LOS DIOSES PENATES, QUE NO PUDIERON GUARDAR A TROYA, LES HABÍAN DE APROVECHAR A ELLOS.

3 Y ved aquí demostrado a qué especie de dioses encomendaron los romanos la conservación de su ciudad: ¡oh error sobremanera lastimoso! Enójanse con nosotros porque referimos la inútil protección que les prestan sus dioses, y no se irritan de sus escritores (autores de tantas patrañas), que, para entenderlos y comprenderlos, aprontaron su dinero, teniendo a aquellos que se los leían por muy dignos de ser honrados con salario público y otros honores. Digo, pues, que en Virgilio, donde estudian los niños, se hallan todas estas ficciones, y leyendo un poeta tan famoso como sabio, en los primeros años de la pubertad, no se les puede olvidar tan fácilmente, según la sentencia de Horacio, "que el olor que una vez se pega a una vasija nueva, le dura después para siempre" [14]. Introduce, pues, Virgilio a Juno, enojada y contraria de los troyanos, que dice a Eolo, rey de los vientos, procurando irritarle contra ellos: "Una gente enemiga mía va navegando por el mar Tirreno, y lleva consigo a Italia Troya y sus dioses vencidos" [15]; ¿y es posible que unos hombres prudentes y circunspectos encomendasen la guarda de su ciudad de Roma a estos

dioses vencidos, sólo con el objeto de que ella jamás fuese entrada de sus enemigos? Pero a esta objeción terminante contestarán alegando que expresiones tan enérgicas y coléricas las dijo Juno como mujer airada y resentida, no sabiendo lo que raciocinaba. Sin embargo, oigamos al mismo Eneas, a quien frecuentemente llama piadoso, y atendamos con reflexión a su sentimiento: "Ved aquí a Panto, sacerdote del Alcázar [16], y de Febo, abarcado él mismo con los vencidos dioses, y con un pequeño nieto suyo de la mano que, corriendo despavorido, se acerca hacia mi puerta". No dice que los mismos dioses (a quienes no duda llamar vencidos) se los encomendaron a su defensa, sino que no encargó la suya a estas deidades, pues le dice Héctor [17] "en tus manos encomienda Troya su religión y sus domésticos dioses". Si Virgilio, pues, a estos falsos dioses los confiesa vencidos y ultrajados, y asegura que su conservación fué encagada a un hombre para que los librase de la merte huyendo con ellos ¿no es locura imaginar que se obró prudentemente cuando a Roma se dieron semejantes patronos, y que, si no los perdiera esta ínclita ciudad, no podría ser tomada ni destruída? Más claro: revenciar y dar culto a unos dioses humillados, abatidos y vencidos, a quienes tienen por sus tutelares, ¿qué otra cosa es que tener, no buenos dioses, sino malos demonios? ¿Acaso no será más cordura creer, no que Roma jamás experimentaría este estrago, si ellos no se perdieran primero, sino que mucho antes se hubieran perdido, si Roma, con todo su poder, no los hubiera guardado? Porque ¿quién habrá que, si quiere reflexionar un instante, no advierta que fué presunción ilusoria el persuadirse que no pudo ser tomada Roma bajo el amparo de unos defensores vencidos, y que al fin sufrió su ruina porque los dioses que la custodiaban, pudiendo ser mejor la causa de este desastre el haber querido tener patronos que se habían de perder, y podían ser humillados fácilmente, sin que fuesen capaces de evitarlo? Y cuando los poetas escribían tales patrañas de sus dioses, no fué antojo que les vino de mentir, sino que a hombres sensatos, estando en su cabal juicio, les hizo fuerza la verdad para

decirla y confesarla sinceramente. Pero de esta materia trataremos copiosamente y con más oportunidad en otro lugar. Ahora únicamente declararé, del mejor modo que me sea posible, cuanto había empezado a decir sobre los ingratos moradores de la saqueada Roma. Estos, blasfemando y profiriendo execrables expresiones, imputan a Jesucristo las calamidades que ellos justamente padecen por la perversidad de su vida y sus detestables crímenes, y al mismo tiempo no advierten que se les perdona la vida por reverencia a nuestro Redentor, llegando su desvergüenza a impugnar el santo nombre de este gran Dios con las mismas palabras con que falsa y cautelosamente usurparon tan glorioso dictado para librar su vida, o, por mejor decir, aquellas lenguas que de miedo refrenaron en los lugares consagrados a su divinidad, para poder estar allí seguros, y adonde por respeto a él, lo estuvieron de sus enemigos; desde allí, libres de la persecución, las sacaron alevemente, para disparar contra él malignas imprecaciones y maldiciones escandalosas.

[14] Horacio, 1. 1. carta 2.

[15] Eneida, 1, 71_72.

[16] Ib. 2, 319_321.

[17] Ib. 2, 293.

Capítulo IV

CÓMO EL ASILO DE JUNO, LUGAR PRIVILEGIADO QUE HABÍA EN TROYA PARA LOS DELINCUENTES, NO LIBRÓ A NINGUNO DE LA FURIA DE LOS GRIEGOS, Y CÓMO LOS TEMPLOS DE LOS APÓSTOLES AMPARARON DEL FUROR DE LOS BÁRBAROS A TODOS LOS QUE SE ACOGIERON A ELLOS.

4 La misma Troya, como dije, madre del pueblo romano [18], en los lugares consagrados a sus dioses no pudo amparar a los suyos ni librarlos del fuego y cuchillo de los griegos, siendo así que era nación que adoraba unos mismos dioses; por el contrario, "pusieron en el asilo [19] y templo de Juno a Phenix, y al bravo Ulises para guardar del

botín. Aquí depositaban las preciosas alhajas de Troya que conducían de todas partes, las que extraían de los templos que incendiaron, las mesas de los dioses, los tazones de oro macizo y las ropas que robaban; alrededor estaban los niños y sus medrosas madres, en una prolongada fila, observando el rigor del saqueo. En efecto: eligieron un templo consagrado a la deidad de Juno, no con el ánimo de que de él no se pudiese extraer los cautivos, sino para que dentro de él fuesen encerrados con mayor seguridad. Compara, pues, ahora aquel asilo y lugar privilegiado, no ya dedicado a un dios ordinario o de la turba común, sino consagrado a la hermana y mujer del mismo Júpiter y reina de todas las deidades, con las iglesias de nuestros Santos Apóstoles, y observa si puede formarse paralelo entre unos y otros asilos. En Troya los vencedores conducían como en triunfo los despojos y presas que habían robado de los templos abrasados y de las estatuas y tesoros de los dioses, con ánimo de distribuir el botín entre todos y no de comunicarlo o restituirlo a los miserables vencidos; pero en Roma volvían con reverencia y decoro las alhajas, que, hurtadas en diversos lugares, averiguaban pertenecer a los templos y santas capillas [20]. En Troya los vencidos perdían la libertad, y en Roma la conservaban ilesa con todas sus pertenencias. Allá prendían, encerraban y cautivaban a los vencidos, y acá se prohibía rigurosamente el cautiverio. En Troya encerraban y aprisionaban los vencedores a los que estaban señalados para esclavos, y en Roma conducían piadosamente los godos a sus respectivos hogares a los que habían de ser rescatados y puestos en libertad. Finalmente, allá la arrogancia y ambición de los inconstantes griegos escogió para sus usos y quiméricas supersticiones el templo de Juno; acá la misericordia y respeto de los godos (a pesar de ser nación bárbara e indisciplinada) escogió las iglesias de Cristo para asilo y amparo de sus fieles. Si es que no quieran decir que los griegos, en su victoria, respetaron los templos de los dioses comunes, no atreviéndose a matar ni cautivar en ellos a los miserables y vencidos troyanos que a ellos se acogían. Y concebido esto, diremos

que Virgilio fingió aquellos sucesos conforme al estilo de los poetas; pero lo cierto es que él nos pintó con los más bellos coloridos la práctica que suelen observar los enemigos cuando saquean y destruyen las ciudades.

[18] Llama a Troya madre del pueblo romano, porque los troyanos que vinieron a Italia con Eneas fundaron a Lavinio, de la cual nació Albalonga y finalmente Roma. [19] Eneida, 2, 761_767.

[20] Escribe, por ejemplo, Orosio, que habiendo robado los soldados en el saqueo gran cantidad de oro del Vaticano, Alarico mandó se devolviese.

Capítulo V

LO QUE SINTIÓ JULIO CÉSAR SOBRE LO QUE COMÚNMENTE SUELEN HACER LOS ENEMIGOS CUANDO ENTRAN POR FUERZA EN LAS CIUDADES.

5 Julio César en el dictamen que dió en el Senado sobre los conjurados, insertó elegantemente aquella norma que regularmente siguen los vencedores en las ciudades conquistadas, según lo refiere Salustio [21], historiador tan verídico como sabio. "Es ordinario, dice, en la guerra, el forzar las doncellas, robar los muchachos, arrancar los tiernos hijos de los pechos de sus madres, ser violentadas las casadas y madres de familia, y practicar todo cuanto se le antoja a la insolencia de los vencedores; saquear los templos y casas, llevándolo todo a sangre y fuego, y, finalmente, ver las calles, las plazas... todo lleno de armas, cuerpos muertos, sangre vertida, confusión y lamentos". Si César no mencionara en este lugar los templos, acaso pensaríamos que los enemigos solían respetar los lugares sagrados. Esta profanación temían los templos romanos les había de sobrevenir, causada, no por mano de enemigos, sino por la de Catilina y sus aliados, nobilísimos senadores y ciudadanos romanos; pero ¿qué podía esperarse de una gente infiel y parricida?

[21] Puede verse su obra De Catilinae coniuratione, sobre todo los capítulos 50 y 51.

Capítulo VI

QUE NI LOS MISMOS ROMANOS JAMÁS ENTRARON POR FUERZA EN ALGUNA CIUDAD DE MODO QUE PERDONASEN A LOS VENCIDOS QUE SE GUARECÍAN EN LOS TEMPLOS.

6 Pero ¿qué necesidad hay de discurrir por tantas naciones que han sostenido crueles guerras entre sí, las que no perdonaron a los vencidos que se acogieron al sagrado de sus templos? Observemos a los mismos romanos, recorramos el dilatado campo de su conducta, y examinemos a fondo sus prendas, en cuya especial alabanza se dijo: "que tenían por blasón perdonar a los rendidos y abatir a los soberbios" [22]; y que siendo ofendidos [23], quisieron más perdonar a sus enemigos que ejecutar en sus cervices la venganza. Pero, supuesto que esta nación avasalladora conquistó y saqueó un crecido número de ciudades que abrazan casi el ámbito de la tierra, con sólo el designio de extender y dilatar su dominación e imperio, dígannos si en alguna historia se lee que hayan exceptuado de sus rigores los templos donde librasen sus cuellos los que se acogían a su sagrado. ¿Diremos acaso que así lo practicaron, y que sus historiadores pasaron en silencio una particularidad tan esencial? ¿Cómo es posible que los que andaban cazando acciones gloriosas para atribuírselas a esta nación belicosa, buscándolas curiosamente en todos los lugares y tiempos, hubieran omitido un hecho tan señalado, que, según su sentir, es el rasgo característico de la piedad, el más notable y digno de encomios? De Marco Marcelo, famoso capitán romano, que ganó la insigne ciudad de Siracusa, se refiere que la lloró [24] viéndose precisado a arruinarla, y que antes de derramar la sangre de sus moradores vertió él sobre ella sus lágrimas, cuidó también de la honestidad y respeto debido a las mujeres, queriendo se observase rigurosamente este precepto, a pesar de ser los siracusanos sus

enemigos. Y para que todo se ejecutase como apetecía, antes que como vencedor mandase acometer y dar el asalto a la ciudad, hizo publicar un bando por el que se prescribía que nadie hiciese fuerza a todo el que fuese libre [25]; con todo, asolaron la ciudad, conforme al estilo de la guerra, y no se halla monumento que no manifieste que un general tan casto y clemente como Marcelo mandase no se molestase a los que se refugiasen en tal o cual templo. Lo cual sin duda no se hubiera pasado por alto, así como tampoco se pasaron en silencio las lágrimas de Marcelo, y el bando que mandó publicar en los reales a favor de la honestidad. Quinto Fabio Máximo, que destruyó la ciudad de Tarento, es celebrado porque no permitió se saqueasen ni maltratasen las estatuas de los dioses. Esta orden procedió de que, consultándole su secretario qué disponía se hiciese de las imágenes y estatuas de los dioses, de las que muchas habían sido ya cogidas, aun en términos graciosos y burlescos, manifestó su templanza, pues deseando saber de qué calidad eran las estatuas, y respondiéndole que no sólo eran muchas en número y grandeza, sino también que estaban armadas, dijo con donaire: "Dejémosles a los tarentinos sus dioses airados". Pero, supuesto que los historiadores romanos no pudieron dejar de contar las lágrimas de Marcelo, ni el donaire de Fabio, ni la honesta clemencia de aquél y la graciosa moderación de éste, ¿cómo lo omitieran si ambos hubiesen perdonado alguna persona por reverencia a alguno de sus dioses, mandando que no se diese muerte ni cautivase a los que se refugiasen al templo?

[22] Eneida, 6, 854.

[23] Salustio, hablando de las antiguas costumbres de los romanos, dice que les cuadra muy bien el decantado elogio de que, perdonando injurias, acrecentaron su poder hasta un grado tan excelso, de Catilinea conjuratione, 9.

[24] Livio, en el libro 25, dice que Marcelo se puso a examinar desde las más altas cumbres la ciudad, y viendo era la más hermosa que se

conocía en aquella época, lloró copiosamente en fuerza de la alegría que le causó haber ganado plaza tan admirable y tan fortalecida en aquellos tiempos, por lo que había de ser mayor su gloria.

[25] Livio, ib., dice que Marcelo, por su edicto, sólo dejó libres las personas, pero las alhajas y demás objetos se dieron a los soldados como presa; de modo que el edicto sólo pretendía que quedasen ilesos en su vida los hombres y niños, y las mujeres en su vida y honestidad.

Capítulo VII

QUE LO QUE HUBO DE RIGOR EN LA DESTRUCCIÓN DE ROMA SUCEDIÓ SEGÚN EL ESTILO DE LA GUERRA, Y LO QUE DE CLEMENCIA PROVINO DEL PODER DEL NOMBRE DE CRISTO.

7 Todo cuanto acaeció en este último caso de Roma: efusión de sangre, ruina de edificios, robos, incendios, lamentos y aflicción, procedía del estilo ordinario de la guerra [26]; pero lo que se experimentó y debió tenerse por un caso extraordinario, fué que la crueldad bárbara del vencedor se mostrase tan mansa y benigna, que eligiese y señalase unas iglesias sumamente capaces para que se acogiese y salvase en ellas el pueblo, donde a nadie se quitase la vida ni fuese extraído; a donde los enemigos que fuesen piadosos pudiesen conducir a muchos para librarlos de la muerte, y de donde los que fuesen crueles no pudiesen sacar a ninguno para reducirle a esclavitud; éstos son ciertamente efectos de la misericordia divina. Pero si hay alguno tan procaz que no advierte que esta particular gracia debe atribuirse al nombre de Cristo y a los tiempos cristianos, sin duda está ciego; el que lo ve y no lo celebra es ingrato, y el que se opone a los que celebran con júbilo y gratitud este singular beneficio es un insensato. No permita Dios que ningún cuerdo quiera imputar esta maravilla a la fuerza de los bárbaros. El que puso terror en los ánimos fieros, el que los refrenó, el que milagrosamente los templó, fué Aquel mismo que mucho antes había dicho por su Profeta:

"Tomaré enmienda de ellos castigando sus culpas y pecados, enviándoles el azote de las guerras, hambre y peste; pero no despediré de ellos mi misericordia ni alzaré la mano del cumplimiento de la palabra que les tengo dada" [27].

[26] Véase Quintiliano, libro VIII.

[27] Ps. 88, 33.

Capítulo VIII

DE LOS BIENES Y MALES, QUE POR LA MAYOR PARTE SON COMUNES A LOS BUENOS Y MALOS.

8 No obstante, dirá alguno: ¿por qué se comunica esta misericordia del Altísimo a los ímpios e ingratos? [28] y respondemos, no por otro motivo, sino porque usa de ella con nosotros. ¿Y quién es tan benigno para con todos? "El mismo que hace que cada día salga el sol para los buenos y para los malos, y que llueva sobre los justos y los pecadores" [29]. Porque aunque es cierto que algunos, meditando atentamente sobre este punto, se arrepentirán y enmendarán de su pecado, otros, como dice el Apóstol, "no haciendo caso del inmenso tesoro de la divina bondad y paciencia con que los espera, se acumulan, con la dureza y obstinación incorregible de su corazón, el tesoro de la divina ira, la cual se les manifestará en aquel tremendo día, cuando vendrá airado a juzgar el justo Juez, el cual compensará a cada uno, según las obras que hubiere hecho" [30]. Con todo, hemos de entender que la paciencia de Dios respecto de los malos es para convidarlos a la penitencia, dándoles tiempo para su conversión; y el azote y penalidades con que aflige a los justos, es para enseñarles a tener sufrimiento, y que su recompensa sea digna de mayor premio. Además de esto, la misericordia de Dios usa de benignidad con los buenos para regalarlos después y conducirlos a la posesión de los bienes celestiales; y su severidad y justicia usa de rigor con los malos para castigarlos como merecen, pues es innegable que el Omnipotente tiene aparejados en la otra vida a los justos unos bienes

de los que no gozarán los pecadores, y a éstos unos tormentos tan crueles, con los que no serán molestados los buenos; pero al mismo tiempo quiso que estos bienes y males temporales de la vida mortal fuesen comunes a los unos y a los otros, para que ni apeteciésemos con demasiada codicia los bienes de que vemos gozan los malos, ni huyésemos torpemente de los males e infortunios que observamos envía también Dios de ordinario a los buenos; aunque hay una diferencia notable en el modo con que usamos de estas cosas, así de las que llaman prósperas como de las que señalan como adversas; porque el bueno, ni se ensoberbece con los bienes temporales, ni con los males se quebranta; mas al pecador le envía Dios adversidades, ya que en el tiempo de la prosperidad se estraga con las pasiones, separándose de las verdaderas sendas de la virtud. Sin embargo, en muchas ocasiones muestra Dios también en la distribución de prosperidades y calamidades con más evidencia su alto poder; porque, si de presente castigase severamente todos los pecados, podría creerse que nada reservaba para el juicio final; y, por otra parte, si en la vida mortal no diese claramente algún castigo a la variedad de delitos creerían los mortales que no había Providencia Divina. Del mismo modo debe entenderse en cuanto a las felicidades terrenas, las cuales, si el Omnipotente no las concediese con mano liberal a algunos que se las piden con humillación, diríamos que esta particular prerrogativa no pertenecía a la omnipotencia de un Dios tan grande, tan justo y compasivo, y por consiguiente, si fuese tan franco que las concediese a cuantos las exigen de su bondad, entendería nuestra fragilidad y limitado entendimiento que no debíamos servirle por otro motivo que por la esperanza de iguales premios, y semejantes gracias no nos harían piadosos y religiosos, sino codiciosos y avarientos. Siendo tan cierta esta doctrina, aunque los buenos y malos juntamente hayan sido afligidos con tribulaciones y gravísimos males, no por eso dejan de distinguirse entre sí porque no sean distintos los males que unos y otros han padecido; pues se compadece muy bien la diferencia de los atribulados con la

semejanza de las tribulaciones, y, a pesar de que sufran un mismo tormento, con todo, no es una misma cosa la virtud y el vicio; porque así como con un mismo fuego resplandece el oro, descubriendo sus quilates, y la paja humea, y con un mismo trillo se quebranta la arista, y el grano se limpia; y asimismo, aunque se expriman con un mismo peso y husillo el aceite y el alpechín, no por eso se confunden entre sí; así también una misma adversidad prueba, purifica y afina a los buenos, y a los malos los reprueba, destruye y aniquila; por consiguiente, en una misma calamidad, los pecadores abominan y blasfeman de Dios, y los justos le glorifican y piden misericordia; consistiendo la diferencia de tan varios sentimientos, no en la calidad del mal que se padece, sino en la de las personas que lo sufren; porque, movidos de un mismo modo, exhala el cieno un hedor insufrible y el ungüento precioso una fragancia suavísima.

[28] Siendo cierto, según consta del mismo texto y de la exposición de los setenta, que el salmo 88 habla de los hijos de David, esto es, de los buenos, parece no puede entenderse de los malos e ingratos a los beneficios de Dios; pero el santo doctor satisface a esta objeción en el contexto del capítulo; reflexiónese con atención.

[29] Mt., 5, 45.

[30] Rom., 2, 4 y 5.

Capítulo IX

DE LAS CAUSAS POR QUE CASTIGA DIOS JUNTAMENTE A LOS BUENOS Y A LOS MALOS.

9 ¿Qué han padecido los cristianos en aquella común calamidad [31], que, considerando con imparcialidad, no les haya valido para mayor aprovechamiento suyo? Lo primero, porque reflexionando con humildad los pecados por los cuales indignado Dios ha enviado al mundo tantas calamidades, aunque ellos estén distantes de ser pecaminosos, viciosos e impíos, con todo, no se tienen por tan exentos de toda culpa que puedan persuadirse no merecen la pena de

las calamidades temporales. Además de esto, cada uno, por más ajustado que viva, a veces se deja arrastrar de la carnal concupiscencia, y aunque no se dilate hasta llegar a lo sumo del pecado, al golfo de los vicios y a la impiedad más abominable, sin embargo, degeneran en pecados, o raros, o tanto más ordinarios cuanto son más ligeros. Exceptuados éstos, ¿dónde hallaremos fácilmente quien a estos mismos (por cuya horrenda soberbia, lujuria y avaricia, y por cuyos abominables pecados e impiedades, Dios, según que nos lo tiene amenazado repetidas veces por los Profetas, envía tribulaciones a la tierra) les trate del modo que merecen y viva con ellos de la manera que con semejantes debe vivirse? Pues de ordinario se les disimula, sin enseñarlos ni advertirlos de su fatal estado, y a veces ni se les increpa ni corrige, ya sea porque nos molesta esa fatiga tan interesante al bien de las almas, ya porque nos causa pudor ofenderles cara a cara, reprendiéndoles sus demasías, ya porque deseamos excusar enemistades que acaso nos impidan y perjudiquen en nuestros intereses temporales o en los que pretende nuestra ambición o en los que teme perder nuestra flaqueza; de modo que, aunque a los justos ofenda y desagrade la vida de los pecadores, y por este motivo no incurran al fin en el terrible anatema que a los malos les está prevenido en el estado futuro, con todo, porque perdonan y no reprenden los pecados graves de los ímpios, temerosos de los suyos, aunque ligeros y veniales, con justa razón les alcanza justamente con ellos el azote temporal de las desdichas, aunque no el castigo eterno y las horribles penas del infierno. Así, pues, con justa causa gustan de las amarguras de esta vida, cuando Dios los aflige juntamente con los malos, porque, deleitándose en las dulzuras del estado presente, no quisieron mostrarles la errada senda que seguían cuando pecaban, y siempre que cualquiera deja de reprender y corregir a los que obran mal, porque espera ocasión más oportuna, o por que recela que los pecadores pueden empeorarse con el rigor de sus correcciones, o porque no impidan a los débiles, necesitados de una doctrina sana, que vivan ajustadamente, o los persigan y separen

de la verdadera creencia, no parece que es ocasión de codicia, sino consejo de caridad. La culpa está en que los que viven bien y aborrecen los vicios de los malos, disimulan los pecados de aquellos a quienes debieran reprender, procurando no ofenderlos porque no les acusen de las acciones que los inocentes usan lícitamente; aunque este saludable ejercicio deberían practicarlo con aquel anhelo y santo celo del que deben estar internamente inspirados los que se contemplan como peregrinos en este mundo y únicamente aspiran a obtener la dicha de gozar la celestial patria. En esta suposición, no sólo los flacos, los que viven en el estado conyugal y tienen sucesión o procuran tenerla y poseen casas y familias (con quienes habla el Apóstol, enseñándoles y amonestándolos cómo deben vivir las mujeres con sus maridos y éstos con aquéllas, los hijos con sus padres y los padres con sus hijos, los criados con sus señores y los señores con sus criados) procuran adquirir las cosas temporales y terrenas, perdiendo su dominio contra su voluntad, por cuyo respeto no se atreven a corregir a aquellos cuya vida escandalosa y abominable les da en rostro, sino también los que están ya en estado de mayor perfección, libres del vínculo y obligaciones del matrimonio, pasando su vida con una humilde mesa y traje; éstos, digo, por la mayor parte, consultando a su fama y bienestar, y temiendo las asechanzas y violencias de los ímpios, dejan de reprenderlos; y aunque no los teman en tanto grado que para hacer lo mismo que ellos, se rindan a sus amenazas y maldades, con todo, aquellos pecados en que no tienen comunicación unos con otros, por lo común no los quieren reprender, pudiendo quizá con su corrección lograr la enmienda de algunos, y, cuando ésta les parece imposible, recelan que por esta acción, llena de caridad, corra peligro su crédito y vida; no porque consideren que su fama y vida es necesaria para la utilidad y enseñanza del prójimo, sino porque se apodera de su corazón flaco la falsa idea de que son dignas de aprecio las lisonjeras razones con que los tratan los pecadores, y que, por otra parte, apetecen vivir en concordia entre los hombres durante la breve época

de su existencia; y, si alguna vez temen la crítica del vulgo y el tormento de la carne o de la muerte, esto es por algunos efectos que produce la codicia en los corazones, y no por lo que se debe a la caridad. Esta, en mi sentir, es una grave causa, porque juntamente con los malos atribula Dios a los buenos cuando quiere castigar las corrompidas costumbres con la aflicción de las penas temporales. A un mismo tiempo derrama sobre unos y otros las calamidades y los infortunios, no porque juntamente viven mal, sino porque aman la vida temporal como ellos, y estas molestias que sufren son comunes a los justos y a los pecadores, aunque no las padecen de un mismo modo; por esta causa los buenos deben despreciar esta vida caduca y de tan corta duración, para que los pecadores, reprendidos con sus saludables consejos, consigan la eterna y siempre feliz; y cuando no quieren asentir a tan santas máximas ni asociarse con los buenos para obtener el último galardón, los debemos sufrir y amar de corazón [32], porque mientras existen en esta vida mortal, es siempre problemático y dudoso si mudarán la voluntad volviéndose a su Dios y Criador. En lo cual no sólo son muy desiguales, sino que están más expuestos a su condenación aquellos de quienes dice Dios por su Profeta: "El otro morirá sin duda justamente por su pecado, pero a los centinelas yo los castigaré como a sus homicidas" [33]; porque para este fin están puestas las atalayas o centinelas, esto es, los Prepósitos y Prelados eclesiásticos, para que no dejen de reprender los pecados y procurar la salvación de las almas; mas no por eso estará totalmente exento de esta culpa aquel que, aunque no sea Prelado, con todo, en las personas con quienes vive y conversa ve muchas acciones que reprender, y no lo hace por no chocar con sus índoles y genios fuertes, o por respeto a los bienes que posee lícitamente, en cuya posesión se deleita más de lo que exige la razón. En cuanto a lo segundo, los buenos tienen que examinar otra causa, y es el por qué Dios los aflige con calamidades temporales, como lo hizo Job, y, considerada atentamente, conocerá que el Altísimo opera con admirable probidad y por un medio tan esencial a nuestra salud, para

que de este modo se conozca el hombre a sí mismo y aprenda a amar a Dios con virtud y sin interés. Examinadas atentamente estas razones, veamos si acaso ha sucedido algún trabajo a los fieles y temerosos de Dios que no se les haya convertido en bien, a no ser que pretendamos decir es vana sentencia del apóstol [34], donde dice: "Que es infalible que a los que aman a Dios, todas las cosas, así prósperas como adversas, les son ayudas de costa para su mayor bien".

[31] Habla aquí el Santo de los males sufridos en el saco de Roma. [32] Mt., 5, 44.

[33] Ez., 3, 19; 33, 6.

[34] Rom., 8, 28.

Capítulo X

QUE LOS SANTOS NO PIERDEN NADA CON LA PÉRDIDA DE LAS COSAS TEMPORALES.

10 Si dicen que perdieron cuanto poseían, pregunto: ¿Perdieron la fe? [35]. ¿Perdieron la religión? ¿Perdieron los bienes del hombre interior, que es el rico en los ojos de Dios? Estas son las riquezas y el caudal de los cristianos, a quienes el esclarecido Apóstol de las gentes [36] decía: "Grande riqueza es vivir en el servicio de Dios, y contentarse con lo suficiente y necesario porque así como al nacer no metimos con nosotros cosa alguna en este mundo, así tampoco, al morir, la podremos llevar. Teniendo, pues, que comer y vestir, contentémonos con eso; porque los que procuran hacerse ricos caen en varias tentaciones y lazos, en muchos deseos, no sólo necios, sino perniciosos, que anegan a los hombres en la muerte y condenación eterna; porque la avaricia es la raíz de todos los males, y cebados en ella algunos, y siguiéndola perdieron la fe y se enrededaron en muchos dolores". Aquellos que en el saqueo de Roma perdieron los bienes de la tierra, si los poseían del modo que lo habían oído a este pobre en lo exterior, y rico en lo interior, esto es, si usaban del mundo como si no usaran de él [37], pudieron decir lo que Job [38], gravemente

tentado y nunca vencido: "Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a la tierra. El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; como al Señor le agradó, así se ha hecho; sea el nombre del Señor bendito"; para que, en efecto, como buen siervo estimase por rica y crecida hacienda la voluntad y gracia de su Señor, enriqueciese, sirviéndole con el espíritu, y no se entristeciese ni le causase pena el dejar en vida lo que había de dejar bien presto muriendo. Pero los más débiles y flacos, que estaban adheridos con todo su corazón a estos bienes temporales, aunque no lo antepusiesen al amor de Jesucristo, vieron con dolor, perdiéndolos, cuánto pecaron estimándolos con demasiado afecto; pues tan grande fué su sentimiento en este infortunio, como los dolores que padecieron, según afirma el Apóstol, y dejo referido, y así convenía que se les enseñase también con la doctrina de la experiencia a los que por tanto tiempo no hicieron caso de la disciplina de la palabra, pues cuando dijo el Apóstol Pablo [39] "que los que procuran hacerse ricos caen en varias tentaciones"; sin duda que en las riquezas no reprende la hacienda, sino la codicia. El mismo Santo Apóstol [40] ordena en otro lugar a su discípulo Timoteo el siguiente reglamento para que anuncie entre las gentes, y le dice: "Que mande a los que son ricos en este mundo que no se ensoberbezcan ni confíen y pongan su esperanza en la instabilidad e incertidumbre de sus riquezas, sino en Dios vivo, que es el que nos da todo lo necesario para nuestro sustento y consuelo con grande abundancia; que hagan bien, y sean ricos de buenas obras y fáciles en repartir con los necesitados, y humanos en el comunicarse, atesorando para lo sucesivo un fundamento sólido para alcanzar la vida eterna". Los que así dispusieron de sus haberes recibieron un extraordinario consuelo, reparando sus pequeñas quiebras con un excesivo interés y ganancia, pues dando con espontánea voluntad lo pusieron en mejor cobro, fórmandose un tesoro inagotable en el cielo, sin entristecerse por la privación de la posesión de unos bienes que, retenidos, más fácilmente se hubieran menoscabado y consumido. Estos bienes

pudieron muy bien haber perecido en esta vida mortal por los fatales accidentes que ordinariamente acaecen; los cuales, en vida, pudieron poner en las manos del Señor. Los que no se separaron de los divinos consejos de Jesucristo, que por boca de San Mateo [41] nos dice: "No queráis congregar tesoros en la tierra, adonde la polilla y el moho los corrompen, y adonde los ladrones, los desentierran y hurtan, sino atesoraos los tesoros en el cielo, adonde no llega el ladrón ni la polilla lo corrompe, porque adonde estuviere vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón". En el tiempo de la tribulación y de las calamidades experimentaron con cuánta discreción obraron en no haber desechado el consejo del Divino Maestro fidelísimo y segurísimo custodio. Pero si algunos se lisonjearon de haber tenido guardadas sus riquezas adonde por acaso sucedió que no llegase el enemigo, ¿con cuánta más certidumbre y seguridad pudieron alegrarse los que, por consejo de su Dios, transfirieron sus haberes al lugar donde de ningún modo podía penetrar todo el poder del vencedor? Y así nuestro Paulino, obispo de Nola, que de hombre poderoso se hizo voluntariamente pobre cuando los godos destruyeron la ciudad de Nola, una vez ya en su poder (según que luego lo supimos por él mismo) hacía oración a Dios con el mayor fervor, implorando su piedad por estas enérgicas expresiones: "Señor, no padezca yo vejaciones por el oro ni por la plata, porque Vos sabéis dónde está toda mi hacienda". Y estas palabras manifestaban evidentemente que todos sus haberes los había depositado en donde le había aconsejado aquel gran Dios; el cual había dicho, previendo los males futuros, que estas calamidades habían de venir al mundo, y por eso los que obedecieron a las persuaciones del Redentor, formando su tesoro principal donde y como debían, cuando los bárbaros saquearon las casas y talaron los campos, no perdieron ni aun las mismas riquezas terrenas; mas aquellos a quienes pesó no haber asentido al consejo divino, dudoso del fin que tendrían sus haberes, echaron de ver ciertamente, si no ya con la ciencia del vaticinio, a lo menos con la experiencia, lo que debían haber

dispuesto para asegurar perpetuamente sus bienes. Dirán que hubo también algunos cristianos buenos, que fueron atormentados por los godos, sólo porque les pusiesen de manifiesto sus riquezas; con todo, éstos no pudieron entregar ni perder aquel mismo bien [42] con que ellos eran buenos, y sí tuvieron por más útil padecer ultrajes y tormentos que manifestar y dar sus fortunas; haberes, seguramente que no eran buenos; pero a éstos, que tanta pena sufrían por la pérdida del oro, era necesario advertirles cuánto se debía tolerar por Cristo para que aprendiesen a amar, especialmente al que se enriquece y padece por Dios, esperando la bienaventuranza y no a la plata ni al oro, pues el apesadumbrarse por la pérdida de estos metales fuera una acción pecaminosa, ya los ocultasen mintiendo, ya los manifestasen y entregasen diciendo la verdad; porque en la fuerza de los mayores tormentos nadie perdió a Cristo ni su protección confesando, y ninguno conservó el oro sino negando, y por eso las mismas afrentas que les daban instrucciones seguras para creer debían amar el bien incorruptible y eterno, eran quizá de más provecho que los bienes por cuya adhesión y sin ningún fruto eran atormentados sus dueños; y si hubo algunos que, aunque nada tenían que poseer patente, como no los daban crédito, los molestaron con injurias y malos tratamientos; también éstos acaso desearían gozar grandes haberes, por cuyo afecto no eran pobres con una voluntad santa y sincera, y este es el motivo porque era necesario persuadirles que no era la hacienda, sino la codicia de ella la que merecía semejantes aflicciones; pero si por profesar una vida perfecta e intachable no tenían atesorado oro ni plata, no sé ciertamente si aconteció acaso a alguno de éstos que le atormentasen creyendo que tenía bienes; y, dado el caso de que así sucediese, sin duda el que en los tormentos confesaba su pobreza, a Cristo confesaba; pero aun cuando no mereciese ser creído de los enemigos, con todo, el confesor de tan loable pobreza no pudo ser afligido sin la esperanza del premio y remuneración que le estaba preparada en el Cielo.

[35] Pet., 3.

[36] Tim., 6, 6_10.

[37] Cor., 7, 31.

[38] Job., 1, 21.

[39] I Tim., 6, 9.

[40] Ib., 6, 17.

[41] Mt., 6, 19_22.

[42] Aquí se entiende la virtud de la cual ninguno puede ser desposeído.

Capítulo XI

DEL FIN DE LA VIDA TEMPORAL, YA SEA BREVE, YA SEA LARGA.

11 Mas se dirá que perecieron muchos cristianos al fuerte azote del hambre, que duró por mucho tiempo, y respondo que este infortunio pudieron convertirle en utilidad propia los buenos, sufriéndole piadosa y religiosamente, porque aquellos a quienes consumió el hambre se libraron de las calamidades de esta vida, como sucede en una enfermedad corporal; y los que aún quedaron vivos, este mismo azote les suministró los documentos más eficaces, no sólo para vivir con parsimonia y frugalidad, sino para ayunar por más tiempo del ordinario. Si añaden que muchos cristianos murieron también a los filos de la espada, y que otros perecieron con crueles y espantosas muertes, digo que si estas penalidades nos deben apesadumbrar, es una ridiculez pensarlo así, pues ciertamente es una aflicción común a todos los que han nacido en esta vida; sin embargo, es innegable que ninguno murió, que alguna vez no hubiese de morir; y el fin de la vida, así a la larga como a la que es corta, las iguala y hace que sean una misma cosa, ya que lo que dejó una vez de ser, no es mejor ni peor, ni más largo ni más corto. Y ¿qué importa se acabe la vida con cualquier género de muerte, si al que muere no puede obligársele a que muera segunda vez, y, siendo manifiesto que a cada uno de los mortales le están amenazando innumerables muertes en las

repetidas ocasiones que cada día se ofrecen en esta vida, mientras está incierto cuál de ella le ha de sobrevenir? Pregunto si es mejor sufrir una, muriendo, o temerlas todas, viviendo. No ignoro con cuánto temor elegimos antes el vivir largos años debajo del imperio de un continuado sobresalto y amenazas de tantas muertes, que, muriendo de una, no temer en adelante ninguna; pero una cosa es lo que el sentido de la carne, como débil, rehusa con temor, y otra lo que la razón bien ponderada y examinada, convence. No debe tenerse por mala muerte aquella a que precedió buena vida, porque no hace mala a la muerte sino lo que a ésta sigue indefectiblemente; por esto los que necesariamente han de morir, no deben hacer caso de lo que les sucede en su muerte, sino del destino a donde se les fuerza marchar en muriendo. Sabiendo, pues, los cristianos, que fué mucho mejor la muerte del pobre siervo de Dios "que murió entre las lenguas de los perros que lamían sus heridas, que la del impío rico que murió entre la púrpura y la holanda", ¿de qué inconveniente pudieron ser a los muertos que vivieron bien, aquellos horrendos géneros de muertes con que fueron despedazados?

Capítulo XII

DE LA SEPULTURA DE LOS CUERPOS HUMANOS, LA CUAL AUNQUE SE LES DENIEGUE A LOS CRISTIANOS, NO LES QUITA NADA.

12 Pero dirán, que siendo tan crecido el número de los muertos, tampoco hubo lugar espacioso para sepultarlos. Respondo que la fe de los buenos no teme sufrir este infortunio, acordándose que tiene Dios prometido que ni las bestias que los comen y consumen han de tener parte para ofender a los cuerpos que han de resucitar, "pues ni un cabello de su cabeza se les ha de perder" [43]. Tampoco dijera la misma verdad por San Mateo [44]: "No temáis a los que matan al cuerpo y no pueden mataros el alma", si fuese inconveniente para la vida futura todo cuanto los enemigos quisieran hacer de los cuerpos de los difuntos; a no ser que haya alguno tan necio que pretenda

defender no debemos temer antes de la muerte a los que matan el cuerpo, precisamente por el hecho de darle muerte, sino después de la muerte, porque no impidan la sepultura del cuerpo; luego es falso lo que dice el mismo Cristo, que pueden matar el cuerpo y no más, si tienen facultad para poder disponer tan absolutamente de los cuerpos muertos; pero Dios nos libre de imaginar ser incierto lo que dice la misma Verdad. Bien confesamos que estos homicidas obran seguramente por sí cuando quitan la vida, pues cuando ejecutan la misma acción en el cuerpo, hay sentido; pero muerto ya el cuerpo, nada les queda que hacer, pues ya no hay sentido alguno que pueda padecer; no obstante, es cierto que a muchos cuerpos de los cristianos no les cubrió la tierra, así como lo es que no hubo persona alguna que pudiese apartarlos del cielo y de la tierra; la cual llena con su divina presencia, Aquel mismo que sabe cómo ha de resucitar lo que crió. Y aunque por boca de su real profeta dice: "Arrojaron los cadáveres de tus siervos para que se los comiesen las aves, y las carnes de tus santos las bestias de la tierra. Derramaron su sangre alrededor de Jerusalén como agua, y no había quien les diese sepultura" [45]; más lo dijo por exagerar la impiedad de los que lo hicieron, que no la infelicidad de los que la padecieron; porque aunque estas acciones, a los ojos de los hombres parezcan duras y terribles; pero a los del Señor, "siempre fué preciosa la muerte de sus santos" [46]; y así, el disponer todas las cosas que se refieren al honor y utilidad del difunto, como son: cuidar del entierro, elegir la sepultura, preparar las exequias, funeral y pompa de ellas, más podemos caracterizarlas por consuelo de los vivos que por socorro de los muertos. Y si no, díganme qué provecho se sigue al ímpio de ser sepultado en un rico túmulo y que se le erija un precioso mausoleo, y les confesaré que al justo no perjudica ser sepultado en una pobre hoya o en ninguna. Famosas exequias fueron aquellas que la turba de sus siervos consagró a la memoria de su señor, tan impío como poderoso, adornado su yerto cuerpo con holandas y púrpura; pero más magníficas fueron a los ojos de aquel gran Dios las que se hicieron al

pobre Lázaro llagado, por ministerio de los ángeles [47], quienes no le enterraron en un suntuoso sepulcro de mármol, sino que depositaron su cuerpo en el seno de Abraham. Los enemigos de nuestra santa religión [48] se burlan de esta santa doctrina, contra quienes nos hemos encargado de la defensa de la ciudad de Dios, y, con todo, observamos que tampoco sus filósofos [49] cuidaron de la sepultura de sus difuntos, antes por el contrario, observamos que, en repetidas ocasiones, ejércitos enteros muertos por la patria no cuidaron de elegir lugar donde después de muertos fuesen sepultados, y menos, de que las bestias podrían devorarlos, dejándolos desamparados en los campos; por esta razón pudieron felizmente decir los poetas: "Que el cielo cubre al que no tiene losa" [50]. Por esta misma razón no debieran baldonar a los cristianos sobre los cuerpos que quedaron sin sepultura, a quienes promete Dios la reformación de sus cuerpos, como de todos los miembros, renovándoselos en un momento con increíbles mejoras.

[43] Lc., 16, 19_31.

[44] Mat., 10, 28.

[45] P. 78, 2_4.

[46] Ps. 115, 15.

[47] Lc. ib.

[48] Según los romanos (Cic. pro Milone), el no recibir sepultura era una gran desgracia. [49] Conocido es el ejemplo de Diógenes el Cínico (Tusc.), lo mismo que el de Menipo y de casi todos los cínicos; de la misma opinión participaba Sócrates (Tusc.). [50] Lucano, Phars., 7, 819.

Capítulo XIII

DE LA FORMA QUE TIENEN LOS SANTOS EN SEPULTAR LOS CUERPOS.

13 No obstante cuanto llevamos expuesto, decimos que no se deben menospreciar, ni arrojarse los cadáveres de los difuntos,

especialmente los de los justos y fieles, de quienes se ha servido el Espíritu Santo "como de unos vasos de elección e instrumentos para todas las obras buenas" [51]; porque si los vestidos, anillos y otras alhajas de los padres, las estiman sobremanera sus hijos cuanto es mayor el respeto y afecto que les tuvieron, así también deben ser apreciados los propios cuerpos que les son aún más familiares y aún más inmediatos que ningún género de vestidura; pues éstas no son cosas que nos sirven para el adorno o defensa que exteriormente nos ponemos, sino que son parte de la misma naturaleza [52]. Y así vemos que los entierros de los antiguos justos se hicieron en su tiempo con mucha piedad, y que se celebraron sus exequias, y se proveyeron de sepultura, encargando en vida a sus hijos el modo con que debían sepultar o trasladar sus cuerpos. Tobías es celebrado [53] por testimonio de un ángel de haber alcanzado la gracia y amistad de Dios, ejercitando su piedad de enterrar los muertos. El mismo Señor [54], habiendo de resucitar al tercero día, celebró la buena obra de María Magdalena, y encargó se celebrase el haber derramado el ungüento precioso sobre Su Majestad, porque lo hizo para sepultarle; y en el Evangelio [55], hace honorífica mención San Juan de José de Arimatea y Nicodemus, que bajaron de la cruz el santo cuerpo de Jesucristo y procuraron con diligencia y reverencia amortajarle y enterrarle; sin embargo, no hemos de entender que las autoridades alegadas pretenden enseñar que hay algún sentido en los cuerpos muertos; por el contrario, nos significan que los cuerpos de los muertos están como todas las cosas, bajo la providencia de Dios, a quien agradan semejantes oficios de piedad, para confirmar la fe de la resurrección. Donde también aprendemos para nuestra salud, cuán grande puede ser el premio y remuneración de las limosnas que distribuimos entre los vivos indigentes [56], pues a Dios no se le pasa por alto, ni aún el pequeño oficio de sepultar los difuntos, que ejercemos con caridad y rectitud de ánimo, nos ha de proporcionar una recompensa muy superior a nuestro mérito. También debemos observar que cuanto ordenaron los santos patriarcas [57] sobre los enterramientos o

traslaciones de los cuerpos, quisieron lo tuviésemos presente como enunciado con espíritu profético; mas no hay causa para que nos detengamos en este punto; basta pues, lo que va insinuado; y si las cosas que en este mundo son indispensables para sustentarse los vivos, como son comer y vestir, aunque nos falten con grave dolor nuestro, con todo, no disminuyen en los buenos la virtud de la paciencia ni destierran del corazón la piedad y religión, antes, sí, ejercitándola la alientan y fecundizan en tanto grado; por lo mismo las cosas precisas para los entierros y sepulturas de los difuntos, aun cuando faltasen, no harán míseros ni indigentes a los que están ya descansando en las moradas de los justos; y así, cuando en el saco de Roma echaron de menos este beneficio los cuerpos de cristianos, ni fué culpa de los vivos, pues no pudieron ejecutar libremente esta obra piadosa, ni pena de los muertos, porque ya no podían sentirla.

[51] I Cor., 15.

[52] Gen., caps., 25, 35 y 50.

[53] Tob., caps. 2 y 12.

[54] Io., 12; Mt., 26.

[55] Io., 19, 39_40.

[56] Mt., 10, 42.

[57] Gen., caps. 48 y 50.

Capítulo XIV

DEL CAUTIVERIO DE LOS SANTOS, Y CÓMO JAMÁS LES FALTÓ EL DIVINO CONSUELO.

14 Si dijesen que muchos cristianos fueron llevados en cautiverio, confieso que fué infortunio grande si por acaso los condujeron donde no hallasen a su Dios; mas para templar esta calamidad, tenemos también en las sagradas letras grandes consuelos. Cautivos estuvieron los tres jóvenes, cautivo estuvo Daniel y otros profetas, y no les faltó Dios para su consuelo. Del mismo modo tampoco desamparó a sus

fieles en el tiempo de la tiranía y de la opresión de gente, aunque bárbara, humana, el mismo que no desamparó a su profeta, ni aun en el vientre de la ballena. A pesar de la certeza de estos hechos, los incrédulos, a quienes instruimos en estas saludables máximas, intentan desacreditarlas, negándolas la fe que merecen, y, con todo, en sus falsos escritos creen que Arión Metimneo [58], famoso músico de cítara, habiéndose arrojado al mar, le recibió en sus espaldas un delfín y le sacó a tierra; pero replicarán que el suceso de Jonás es más increíble; y sin duda puede decirse que es más increíble, porque es más admirable, y más admirable, porque es más poderoso.

[58] Cuenta esta fábula: Herodoto, libro 1 de las musas; Ovidio, en sus Fastos; Plinio, en el libro 9; Gelio, en sus Noches Aticas, libro 16; Cliano, en su tratado de Animales.

Capítulo XV

DE RÉGULO, EN QUIEN HAY UN EJEMPLO DE QUE SE DEBE SUFRIR EL CAUTIVERIO AUN VOLUNTARIAMENTE, POR LA RELIGIÓN, LO QUE NO PUDO APROVECHARLE POR ADORAR A LOS DIOSES.

15 Los contrarios de nuestra religión tienen entre sus varones insignes un noble ejemplo de cómo debe sufrirse voluntariamente el cautiverio por causa de la religión: Marco Atilio Régulo, general del ejército romano, fué prisionero de los cartagineses, quienes teniendo por más interesante que los romanos les restituyesen los prisioneros que ellos tenían que conservar los suyos, para tratar de este asunto enviaron a Roma a Régulo en compañía de sus embajadores, tomándole ante todas cosas juramento de que si no se concluía favorablemente lo que pretendía la República, se volvería a Cartago. Vino a Roma Régulo, y en el Senado persuadió lo contrario, pareciéndole no convenía a los intereses de la República romana el trocar prisioneros. Concluído este negocio, ninguno de los suyos le forzó a que volviese a poder de sus enemigos; pero no por eso dejó Régulo de cumplir su juramento. Llegado que fué a Cartago, y dada

puntual razón de la resolución al Senado, resentidos los cartagineses, con exquisitos y horribles tormentos le quitaron la vida, porque metiéndole en un estrecho madero, donde por fuerza estuviese en pie, habiendo clavado en él por todas partes agudísimas puntas, de modo que no pudiese inclinarse ningún lado sin que gravemente se lastimase, le mataron entre los demás tormentos con no dejarle morir naturalmente. Con razón, pues, celebran la virtud, que fué mayor que la desventura, con ser tan grande; pero, sin embargo, estos males le vaticinaban ya el juramento que había hecho por los dioses, quienes absolutamente prohibían ejecutar tales atrocidades en el género humano, como sostienen sus adoradores. Mas ahora pregunto: si esas falsas deidades que eran reverenciadas de los hombres para que los hiciesen prósperos en la vida presente quisieron o permitieron que al mismo que juró la verdad se le diese tormentos tan acerbos, ¿qué providencia más dura pudieron tomar cuanto estuvieran enojados con un perjuro? Pero por cuanto creo que con este solo argumento no concluiré ni dejaré convencido lo uno ni lo otro, continúo así. Es cierto que Régulo adoró y dió culto a los dioses, de modo que por la fe del juramento, ni se quedó en su patria, ni se retiró a otra parte, sino que quiso volverse a la prisión donde había de ser maltratado de sus crueles enemigos; si pensó que esta acción tan heroica le importaba para esta vida, cuyo horrendo fin experimentó en sí mismo, sin duda se engañaba; porque con su ejemplo nos dió un prudente documento de que los dioses nada contribuían para su felicidad temporal, pues adorándolos Régulo, fué sin embargo, vencido y preso; y porque no quiso hacer otra cosa sino que cumplir exactamente lo que había jurado por los falsos dioses, murió atormentado con un nuevo nunca visto y horrible género de muerte; pero si la religión de los dioses da después de esta vida la felicidad, como premio, ¿por qué calumnian a los tiempos cristianos diciendo que le vino a Roma aquella calamidad por haber dejado la Religión de sus dioses? ¿Pues acaso reverenciándolos con tanto respeto pudo ser tan infeliz como lo fué Régulo? Puede que acaso haya alguno que

contra una verdad tan palpable se oponga todavía con tanto furor y extraordinaria ceguedad, que se atreva a defender que, generalmente, toda una ciudad que tributa culto a los dioses no puede serlo, porque de estos dioses es más a propósito el poder para conservar a muchos que a cada uno en particular, ya que la multitud consta de los particulares. Si confiesan que Régulo en su cautiverio y corporales tormentos pudo ser dichoso por la virtud del alma [59], búsquese antes la verdadera virtud con que pueda ser también feliz la ciudad, ya que la ciudad no es dichosa por una cosa y el hombre por otra, pues la ciudad no es otra cosa que muchos hombres unidos en sociedad para defender mutuamente sus derechos. No disputo aquí cuál fué la virtud de Régulo; basta por ahora decir que este famoso ejemplo les hace confesar, aunque no quieran, que no deben adorarse los dioses por los bienes corporales o por los acaecimientos que exteriormente suceden al hombre, puesto que el mismo Régulo quiso más carecer de tantas dichas que ofender a los dioses por quienes había jurado. ¿Pero qué haremos con unos hombres que se glorían de que tuvieron tal ciudadano cual temen que no sea su ciudad, y si no temen, confiesan de buena fe que casi lo mismo que sucedió a Régulo pudo suceder a la ciudad, observando su culto y religión con tanta exactitud como él, y dejen de calumniar los tiempos cristianos? Mas por cuanto la disputa empezó sobre los cristianos, que igualmente fueron conducidos a la prisión y al cautiverio, dense cuenta de este suceso y enmudezcan los que por esta ocasión, con desenvoltura e imprudencia, se burlan de la verdadera religión; porque si fué ignominia de sus dioses que el que más se esmeraba en su servicio por guardarles la fe del juramento careciese de su patria, no teniendo otra, y que cautivo en poder de sus enemigos muriese con una prolija muerte y nuevo género de crueldad, mucho menos debe ser reprendido el nombre de cristiano por la cautividad de los suyos, pues viviendo con la verdadera esperanza de conseguir la perpetua posesión de la patria celestial, aun en sus propias tierras saben que son peregrinos.

[59] Así lo sienten Cicerón, Séneca y todos los sabios antiguos que hablan de Régulo.

Capítulo XVI

SI LAS VIOLENCIAS QUE QUIZÁ PADECIERON LAS SANTAS DONCELLAS EN SU CAUTIVERIO PUDIERON CONTAMINAR LA VIRTUD DEL ÁNIMO SIN EL CONSENTIMIENTO DE LA VOLUNTAD.

16 Piensan seguramente que oponen un crimen enorme a los cristianos cuando, exagerando su cautiverio, añaden también que se cometieron impurezas, no sólo en las casadas y doncellas, sino también en las monjas, aunque en este punto, ni la fe, ni la piedad, ni la misma virtud que se apellida castidad, sino nuestro frágil discurso es el que, entre el pudor y la razón, se halla como en caos de confusiones o en un aprieto, del que no puede evadirse sin peligro; mas en esta materia no cuidamos tanto de contestar a los extraños, como de consolar a los nuestros. En cuanto a lo primero, sea, pues, fundamento fijo, sólido e incontestable, que la virtud con que vivimos rectamente desde el alcázar del alma ejerce su imperio sobre los miembros del cuerpo, y que éste se hace estando ella incorrupta y firme, cualquiera cosa que otro hiciere del cuerpo o en el cuerpo que sin pecado propio no se pueda evitar, es sin culpa del que padece, y por cuanto no sólo se pueden cometer en un cuerpo ajeno acciones que causen dolor, sino también gusto sensual, lo que así se cometió, aunque no quita la honestidad, que con ánimo constante se conservó, con todo causa pudor para que así no se crea que se perpetró con anuencia de la voluntad, lo que acaso no pudo ejecutarse sin algún deleite carnal: y por este motivo, ¿qué humano afecto habrá que no excuse o perdone a las que se dieron muerte por no sufrir esta calamidad? Pero respecto de las otras que no se mataron por librarse con su muerte de un pecado ajeno, cualesquiera que les acuse de este defecto, si le padecieron, no se excusa de ser reputado por necio.

Capítulo XVII

DE LA MUERTE VOLUNTARIA POR MIEDO DE LA PENA O DESHONRA.

17 Si a ninguno de los hombres es lícito matar a otro de propia autoridad, aunque verdaderamente sea culpado, porque ni la ley divina ni la humana nos da facultad para quitarle la vida; sin duda que el que se mata a sí mismo también es homicida, haciéndose tanto más culpado cuando se dió muerte, cuanta menos razón tuvo para matarse; porque si justamente abominamos de la acción de Judas y la misma verdad condena su deliberación, pues con ahorcarse más acrecentó que satisfizo el crimen de su traición [60] (ya que, desesperado ya de la divina misericordia y pesaroso de su pecado, no dió lugar a arrepentirse y hacer una saludable penitencia), ¿cuánto más debe abstenerse de quitarse la vida el que con muerte tan infeliz nada tiene en sí que castigar? Y en esto hay notable diferencia, porque Judas, cuando se dió muerte, la dió a un hombre malvado, y, con todo, acabó esta vida no sólo culpado en la muerte del Redentor, sino en la suya propia, pues aunque se mató por un pecado suyo, en su muerte hizo otro pecado.

[60] Mt., 27, 3_11; Act., 1, 16_20.

Capítulo XVIII

DE LA TORPEZA AJENA Y VIOLENTA QUE PADECE EN SU FORZADO CUERPO UNA PERSONA CONTRA SU VOLUNTAD.

18 Pregunto, pues, ¿por qué el hombre que a nadie ofende ni hace mal ha de hacerse mal a sí propio, y quitándose la vida ha de matar a un hombre sin culpa, por no sufrir la culpa de otro, cometiendo contra sí un pecado propio, porque no se cometa en él el ajeno? Dirán: porque teme ser manchado con ajena torpeza; pero siendo, como es, la honestidad una virtud del alma, y teniendo, como tiene, por compañera la fortaleza, con la cual puede resolver el padecer antes cualesquiera aflicciones que consentir en un solo pecado, y no estando, como no está, en la mano y facultad del hombre más

magnánimo y honesto lo que puede suceder de su cuerpo, sino sólo el consentir con la voluntad o disentir, ¿quién habrá que tenga entendimiento sano que juzgue que pierde su honestidad, si acaso en su cautivo y violentado cuerpo se saciase la sensualidad ajena? Porque si de este modo se pierde la honestidad, no será virtud del alma ni será de los bienes con que se vive virtuosamente si no será de los bienes del cuerpo, como son las fuerzas, la hermosura, la comprexión sana y otras cualidades semejantes, las cuales dotes, aunque decaigan en nosotros, de ninguna manera nos acortan la vida buena y virtuosa; y si la honestidad corresponde a alguna de estas prendas tan estimadas, ¿por qué procurarnos, aun con riesgo del cuerpo, que no se nos pierda? Pero si toca a los bienes del alma, aunque sea forzado y padezca el cuerpo, no por eso se pierde; antes bien, siempre que la santa continencia no se rinda a las impurezas de la carnal concupiscencia, santifica también el mismo cuerpo. Por tanto; cuando con invencible propósito persevera en no rendirse, tampoco se pierde la castidad del mismo cuerpo, porque está constante la voluntad en usar bien y santamente de él, y cuanto consiste en él, también la facultad. El cuerpo no es santo porque sus miembros estén íntegros o exentos de tocamientos torpes, pues pueden, por diversos accidentes, siendo heridos, padecer fuerza, y a veces observamos que los médicos, haciendo sus curaciones, ejecutan en ellos remedios que causan horror. Una partera examinando con la mano la virginidad de una doncella, o fuese por odio o por ignorancia en su profesión, o por acaso, andándola registrando, la hechó a perder y dejó inútil; no creo por eso que haya alguno tan necio que presuma que perdió la doncella por esta acción la santidad de su cuerpo, aunque perdiese la integridad de la parte lacerada; y así, cuando permanece firme el propósito de la voluntad por el cual merece ser santificado el cuerpo, tampoco la violencia de ajena sensualidad le quita al mismo cuerpo la santidad, que conserva inviolable la perseverancia en su continencia. Pregunto: si una mujer fuese con voluntad depravada, y trocado el propósito que habrá hecho a Dios, a

que la deshonrase uno que la había seducido y engañado, antes que llegue al paraje designado, mientras va aún caminando, ¿diremos que es ésta santa en el cuerpo, habiendo ya perdido la santidad del alma con que se santificaba el cuerpo? Dios nos libre de semejante error. De esta doctrina debemos deducir que, así como se pierde la santidad del cuerpo, perdida ya la del alma, aunque el cuerpo quede íntegro e intacto, así tampoco se pierde la santidad del cuerpo quedando entera la santidad del alma, no obstante de que el cuerpo padezca violencia; por lo cual, si una mujer que fuese forzada violentamente sin consentimiento suyo, y padeció menoscabo en su cuerpo con pecado ajeno, no tiene que castigar en sí, matándose voluntariamente, ¿cuánto más antes que nada suceda, porque no venga a cometer un homicido cierto, estando el mismo pecado, aunque ajeno, todavía incierto? Por ventura, ¿se atreverán a contradecir a esta razón tan evidente con que probamos que cuando se violenta un cuerpo, sin haber habido mutación en el propósito de la castidad, consintiendo en el pecado, es sólo culpa de aquel que conoce por fuerza a la mujer, y no de la que es forzada y de ningún modo consiente con quien la conoce? ¿Tendrán atrevimiento, digo, a contradecir estas reflexiones aquellos contra quienes defendemos que no sólo las conciencias, sino también los cuerpos de las mujeres cristianas que padecieron fuerza en el cautiverio fueron inculpables y santos?

Capítulo XIX

DE LUCRECIA, QUE SE MATÓ POR HABER SIDO FORZADA.

19 Celebran y ensalzan los antiguos con repetidas alabanzas a Lucrecia, ilustre romana, por su honestidad y haber padecido la afrenta de ser forzada por el hijo del rey Tarquino el soberbio. Luego que salió de tan apretado lance, descubrió la insolencia de Sexto a su marido Colatino y a su deudo Junio Bruto, varones esclarecidos por su linaje y valor, empeñándolos en la venganza; pero, impaciente y dolorosa de la torpeza cometida en su persona, se quitó al punto la

vida. A vista de este lamentable suceso ¿qué diremos? ¿En qué concepto hemos de tener a Lucrecia, en el de casta o en el de adúltera? Pero, ¿quién hay que repare en esta controversia? A este propósito, con verdad y elegancia, dijo un célebre político en una declamación: "Maravillosa cosa; dos fueron, y uno solo cometió el adulterio: caso estupendo, pero cierto". Porque, dando a entender que en esta acción, en el uno había habido un apetito torpe y en la otra una voluntad casta, y atendiendo a lo que resultó, no de la unión de los miembros, sino de la diversidad de los ánimos; dos, dice, fueron, y uno solo cometió el adulterio. Pero ¿qué novedad es esta que veo castigada con mayor rigor a la que no cometió el adulterio? A Sexto, que es el causante, le destierran de su patria juntamente con su padre, y a Lucrecia la veo acabar su inocente vida con la pena más acerba que prescribe la ley; si no es deshonesta la que padece forzada, tampoco es justa la que castiga a la honesta. A vosotros apelo, leyes y magistrados romanos, pues aun después de cometidos los delitos jamás permitisteis matar libremente a un facineroso sin formarle primero proceso, ventilar su causa por los trámites del Derecho y condenarle luego [61]; si alguno presentase esta causa en vuestro tribunal y os contase por legítimas pruebas que habían muerto a una señora, no sólo sin oírla ni condenarla, sino también siendo casta e inocente; pregunto: ¿no castigaríais semejante delito con el rigor y severidad que merece? Esto hizo aquella celebrada Lucrecia: a la inocente, casta y forzada Lucrecia la mató la misma Lucrecia; sentenciadlo vosotros, y si os excusáis diciendo no podéis ejecutarlo porque no está presente para poderla castigar, ¿por qué razón a la misma que mató a una mujer casta e inocente la celebráis con tantas alabanzas? Aunque a presencia de los jueces infernales, cuales comúnmente nos lo fingen vuestros poetas, de ningún modo podéis defenderla estando ya condenada entre aquellos que con su propia mano, sin culpa, se dieron muerte, y, aburridos de su vida, fueron pródigos de sus almas [62] a quien deseando volver acá no la dejan ya las irrevocables leyes, y la odiosa laguna con sus tristes ondas la

detiene [63]; por ventura, ¿no está allí porque se mató, no inocentemente, sino porque la remordió la conciencia? ¿Qué sabemos lo que ella solamente pudo saber, si llevada de su deleite consintió con Sexto que la violentaba, y, arrepentida de la fealdad de esta acción, tuvo tanto sentimiento que creyese no podía satisfacer tan horrendo crimen sino con su muerte? Pero ni aun así debía matarse, si podía acaso hacer alguna penitencia que la aprovechase delante de sus dioses. Con todo, si por fortuna es así, y fué falsa la conjetura de que dos fueron en el acto y uno solo el que cometió el adulterio, cuando, por el contrario, se presumía que ambos lo perpetraron, el uno con evidente fuerza y la otra con interior consentimiento, en este caso Lucrecia no se mató inocente ni exenta de culpa, y por este motivo los que defienden su causa podrán decir que no está en los infiernos entre aquellos que sin culpa se dieron la muerte con sus propias manos; pero de tal modo se estrecha por ambos extremos el argumento, que si se excusa el homicidio se confirma el adulterio, y si se purga éste se le acumula aquél; por fin, no es dable dar fácil solución a este dilema: si es adúltera ¿por qué la alaban? y si es honesta ¿por qué la matan? Mas respecto de nosotros, éste es un ilustre ejemplo para convencer a los que, ajenos de imaginar con rectitud, se burlan de las cristianas que fueron violadas en su cautiverio, y para nuestro consuelo bastan los dignos loores con que otros han ensalzado a Lucrecia, repitiendo que dos fueron y uno cometió el adulterio, porque todo el pueblo romano quiso mejor que creer que en Lucrecia no hubo consentimiento que denigrase su honor, que persuadirse que accedió sin constancia a un crimen tan grave. Así es que, el haberse quitado la vida por sus propias manos no fué porque fuese adúltera, aunque lo padeció inculpablemente; ni por amor a la castidad, sino por flaqueza y temor de la vergüenza. Tuvo, pues vergüenza de la torpeza ajena que se había cometido en ella, aunque no con ella, y siendo como era, mujer romana, ilustre por sangre y ambiciosa de honores, temió creyese el vulgo que la violencia que había sufrido en vida había sido con voluntad suya, por

esto quiso poner a los ojos de los hombres aquella pena con que se castigó, para que fuese testigo de su voluntad ante aquellos a quienes no podía manifestar su conciencia. Tuvo, pues, un pudor inimitable y un justo recelo de que alguno presumiese había sido cómplice en el delito, si la injuria que Sexto había cometido torpemente en su persona la sufriese con paciencia. Mas no lo practicaron así las mujeres cristianas, que habiendo tolerado igual desventura, aún viven; pero tampoco vengaron en sí el pecado ajeno, por no añadir a las culpas ajenas las propias, como lo hicieran, si porque el enemigo con brutal apetito, sació en ellas sus torpes deseos, ellas precisamente por el pudor público fueran homicidas de sí mismas. Es que tenían dentro de sí mismas la gloria de su honestidad, el testimonio de su conciencia, que ponen delante de los ojos de su Dios, y no desean más cuando obran con rectitud ni pretenden otra cosa por no apartarse de la autoridad de la ley divina, aunque a veces se expongan a las sospechas humanas.

[61] Según Cicerón, las leyes romanas prohibían se formase juicio contra un ciudadano a no ser en presencia de todo el pueblo; y en el discurso pro domo sua establece el orden que debe seguirse en tales juicios.

[62] Eneida, 6.

[63] Id. Fas obstat, tristisque palus innabilis unda alligat.

Capítulo XX

QUE NO HAY AUTORIDAD QUE PERMITA EN NINGÚN CASO A LOS CRISTIANOS EL QUITARSE A SÍ PROPIOS LA VIDA.

20 Por eso, no sin motivo vemos que en ninguno de los libros, santos y canónicos se dice que Dios nos mande o permita que nos demos la muerte a nosotros propios, ni aun por conseguir la inmortalidad, ni por excusarnos o libertarnos de cualquiera calamidad o desventura. Debemos asimismo entender que nos comprende a nosotros la ley, cuando dice Dios por boca de Moisés [64]: "No

matarás", porque no añadió a tu prójimo, así como cuando nos vedó decir falso testimonio, añadió "No dirás falso testimonio contra tu prójimo"; mas no por eso si alguno dijere falso testimonio contra sí mismo, ha de pensar que se excusa de este pecado, porque la regla de amar al prójimo la tomó el mismo autor del amor de sí mismo, pues dice la Escritura [65]: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", y si no menos incurre en la culpa de un falso testimonio el que contra sí propio le dice que se le dijera contra tu prójimo, aunque en el precepto donde se prohibe el falso testimonio se prohibe específicamente contra el prójimo, y acaso puede figurárseles a los que no lo entienden bien que no está vedado que uno le diga contra sí mismo; cuánto más se debe entender que no es lícito al hombre el matarse a sí mismo, pues donde dice la Escritura "No matarás", aunque después no añada otra particularidad, se entiende que a ninguno exceptúa, ni aun al mismo a quien se lo manda. Por este motivo hay algunos que quieren extender este precepto a las bestias, de modo que no podemos matar ninguna de ellas; pero si esto es cierto en su hipótesis, ¿por qué no incluyen las hierbas y todo lo que por la raíz se sustenta y planta en la tierra? Pues todos estos vegetales, aunque no sientan, con todo se dice que viven, y, por consiguiente, pueden morir; así pues, siempre que las hicieren fuerza las podrán matar. En comprobación de esta doctrina, el apóstol de las gentes, hablando de semejantes semillas, dice: "Lo que tú siembras no se vivifica si no muere primero" [66]; y el salmista dijo: "matóles sus vidas con granizo" [67]. Y acaso cuando nos mandan "no matarás", ¿diremos que es pecado arrancar una planta? Y si así lo concediésemos, ¿no caeríamos en el error de los maniqueos? Dejando, pues a un lado estos dislates, cuando dice "no matarás", debemos comprender que esto no pudo decirse de las plantas, porque en ellas no hay sentido; ni de los irracionales, como son: aves, peces, brutos y reptiles, porque carecen de entendimiento para comunicarse con nosotros; y así, por justa disposición del Criador, su vida y muerte está sujeta a nuestras necesidades y voluntad. Resta, pues, que

entendamos lo que Dios prescribe respecto al hombre: dice "no matarás", es decir, a otro hombre, luego ni a ti propio, porque el que se mata a sí, no mata a otro que a un hombre.

[64] Ex., 20, 13.

[65] Mt., 22, 37.

[66] I Cor., 15, 36.

[67] Ps., 77, 47.

Capítulo XXI

DE LAS MUERTES DE HOMBRES EN QUE NO HAY HOMICIDIO.

21 A pesar de lo arriba dicho, el mismo legislador que así lo mandó, expresamente señaló varias excepciones, como son siempre que Dios expresamente mandase quitar la vida a un hombre, ya sea prescribiéndolo por medio de alguna ley o previniéndolo en términos claros, en cuyo caso no mata quien presta su ministerio obedeciendo al que manda, así como la espada es instrumento del que la usa; por consiguiente, no violan este precepto, "no matarás", los que por orden de Dios declararon guerras o representando la potestad pública y obrando según el imperio de la justicia castigaron a los facinerosos y perversos, quitándoles la vida. Por esta causa Abraham, estando resuelto a sacrificar al hijo único que tenía, no solamente no fué notado de crueldad, sino que fué ensalzado y alabado por su piedad para con Dios: pues aunque cumpliendo el mandato divino determinó quitar la vida a Isaac, no efectuó esta acción por ejecutar un hecho pecaminoso, sino por obedecer a los preceptos de Dios [68], y este es el motivo porque se duda con razón si se debe tener por mandamiento expreso de Dios lo que ejecutó Jepté matando a su hija cuando le salió al encuentro para darle el parabién de su victoria en conformidad con el voto solemne que había hecho de sacrificar a Dios el primero que saliese a recibirle cuando volviese victorioso [69]. Y la muerte de Sansón no por otra causa se justifica cuando justamente con los enemigos quiso perecer bajo las ruinas del templo,

sino porque secretamente se lo había inspirado el espíritu de Dios, por cuyo medio hizo acciones milagrosas que causan admiración [70]. Exceptuados, pues, estos casos y personas a quienes el Omnipotente manda matar expresamente o la ley que justifica este hecho y presta su autoridad, cualquiera otro que quitase la vida a un hombre, ya sea a sí mismo ya a otro, incurre en el crimen de homicidio.

[68] Gen., 22, 1_15.

[69] Iud., caps. 11 y 12.

[70] Iud., 16.

Capítulo XXII

QUE EN NINGÚN CASO PUEDE LLAMARSE A LA MUERTE VOLUNTARIA GRANDEZA DE ÁNIMO.

22 Todos los que han ejecutado en sus personas muerte voluntaria podrán ser acaso dignos de admiración por su grandeza de ánimo, mas no alabados por cuerdos y sabios; aunque si con exactitud consultásemos a la razón (móvil de nuestras acciones), advertiríamos no debe llamarse grandeza de ánimo cuando uno, no pudiendo sufrir algunas adversidades o pecados de otros, se mata a sí mismo porque en este caso muestra más claramente su flaqueza, no pudiendo tolerar, la dura servidumbre de su cuerpo, o la necia opinión del vulgo; peo sí deberá tenerse por grandeza de ánimo la de aquel que sabe soportar las penalidades de la vida y no huye de ellas, como la del que sabe despreciar las ilusiones del juicio humano, particularmente las del vulgo, cuya mayor parte está generalmente impregnada de errores, si atendemos a las máximas que dicta la luz y la pureza de una conciencia sana. Y si se cree que es una acción capaz de realizar la grandeza de ánimo de un corazón constante el matarse a sí mismo, sin duda que Cleombroto [71] es singular en esta constancia, pues de él refieren que, habiendo leído el libro de Platón donde trata de la inmortalidad del alma, se arrojó de un muro y de este modo pasó de la vida presente a la futura, teniéndola por la más

dichosa, ya que no le había obligado ninguna calamidad ni culpa verdadera o falsa a matarse por no poderla sufrir, y sólo su grandeza de ánimo fué la que excitó su constancia a romper los suaves lazos de la vida con que se hallaba aprisionado; pero de que esta acción fué temeraria y no efecto de admirable fortaleza, pudo desengañarle el mismo Platón [72], quien seguramente se hubiera muerto a sí mismo y mandado a los hombres lo ejecutasen así, si reflexionando sobre la inmortalidad del alma no creyera que semejante despecho no solamente no debía practicarse, sino que debía prohibirse. [71] Tusc, 1.

[72] Fedón, primeros caps.

Capítulo XXIII

SOBRE EL CONCEPTO QUE DEBE FORMARSE DEL EJEMPLO DE CATÓN, QUE, NO PUDIENDO SUFRIR LA VICTORIA DE CÉSAR, SE MATÓ.

23 Dirán que muchos se mataron por no venir en poder de sus enemigos; pero por ahora no disputamos si se hizo, sino si se debió hacer, en atención a que, en iguales circunstancias, a los ejemplos debemos anteponer la razón con quien concuerdan éstos, y no cualesquiera de ellos, sino los que son tanto más dignos de imitar cuanto son más excelentes en piedad. No lo hicieron ni los patriarcas ni los profetas, ni los apóstoles hicieron esto [73]. El mismo Cristo Señor nuestro, cuando aconsejó a sus discípulos que siempre padeciesen persecución huyesen de una ciudad a otra, les pudo decir que se quitasen la vida para no venir a manos de sus perseguidores; y si el Redentor no mandó ni aconsejó que de este modo saliesen los apóstoles de esta vida miserable (a quienes, en muriendo, prometió tenerles preparadas las moradas eternas) [74], aunque nos opongan los gentiles [75] cuantos ejemplares quieran, es manifiesto que semejante atentado no es lícito a los que adoran a un Dios verdadero; no obstante que las naciones que no conocieron a Dios, a excepción de Lucrecia, no hallan otros personajes con cuyo ejemplo pueden eludir

nuestra doctrina; sólo Catón, aquel héroe famoso que se mató en Utica, no precisamente porque fuese él sólo [76] quien ejecutó en sí este crimen, sino porque fué reputado entre las naciones por hombre de bien y docto [77]. Y este es el motivo que pudo hacer creer a algunos que cuando Catón tomó esta deliberación, podía hacerse, o que él tenía facultad para ejecutarlo cuando lo puso en práctica. Pero de un hecho tan temerario, ¿qué podré yo decir sino que algunas personas doctas, amigos suyos, que con más cordura le disuadían de su determinación [78], consideraron esta acción como hija de un espíritu débil y no de un corazón fuerte? Pues por ella venía a manifestar, no la virtud que huye de las acciones torpes, sino la flaqueza que no puede sufrir las adversidades, lo cual dió a entender el mismo Catón en la persona de su hijo; porque si era cosa vergonzosa vivir bajo los triunfos y protección de César, como lo aconsejaba a su hijo, a quien persuadió tuviese confianza, que alcanzaría de la benignidad de César cuanto le pidiese, ¿por qué no le excitó a que, imitando su ejemplo, se matase con él? Si Torcuato loablemente quita la vida a su hijo, que contra su orden presentó la batalla al enemigo, no obstante de quedar vencedor, ¿por qué Catón vencido perdona a su hijo vencido, no habiéndose perdonado a sí propio? ¿Por ventura era acaso acción más humillante ser vencedor contra el mandato que contra el decoro sufrir al vencedor? Luego Catón no tuvo por ignominioso vivir bajo la tutela de César vencedor; pues si hubiera sentido lo contrario, con su propia espada libertaría a su hijo de esta deshonra. ¿Y cuál pudo ser el motivo de esta persuación paterna? Sin duda no fué otro tan singular como fué el amor que tuvo a su hijo, a quien quiso que César perdonase; tanta fué la envidia que tuvo de la gloria del mismo César, porque no llegase el caso de ser perdonado de éste, como refieren que lo dijo César, o para expresarlo con más suavidad, tanta fué la vergüenza de hacerse prisionero de su enemigo.

[73] Mt., 10.

[74] Io., 14.

[75] Rom., 10, 2.

[76] Los cónsules Escipión, Metelo y Afranio, y el Rey de Mauritania, Juba, se mataron a sí mismos en la guerra civil de César y Pompeyo por no rendirse al vencedor. [77] Juvenal, Veleyo, Séneca, Salustio y Lucano alabaron a Catón y sus acciones. [78] En Utica residían en compañía de Catón, el estoico Apolonides, el peripatético Demetrio, y el médico Cleanto, a quienes llevaba consigo siempre Catón por el aprecio grande que había de los filósofos; y la noche en que resolvió su muerte, después de cenar, se sostuvo una célebre disputa sobre la gloria que resulta al hombre de quitarse la vida para conseguir completa libertad. Catón defendía que esto es muy glorioso, y Demetrio lo contrario; pero al fin, Catón, después de haber leído lo que dice Platón sobre la inmortalidad del alma en el Fedón, dice probando la punta de su espada: "En fin, soy señor de mi mismo"; duérmese, y al despertar se atraviesa con ella; corren al ruido y cierran la herida; mas Catón la torna a abrir al punto.

Capítulo XXIV

QUE EN LA VIRTUD EN QUE RÉGULO SUPERÓ A CATÓN, SE AVENTAJAN MUCHO MÁS LOS CRISTIANOS.

24 Los incrédulos contra cuyas opiniones disputamos, no quieren que antepongamos a Catón, un varón tan santo como fué Job, que quiso más padecer en su cuerpo horribles y pestíferos males, que, con darse la muerte, carecer de todos aquellos tormentos, o a otros santos que, por el irrefragable testimonio de nuestros libros, tan autorizados como dignos de fe, consta quisieron más sufrir el cautiverio de sus enemigos que darse a sí propios la muerte. Con todo, por lo que resulta de los libros de estos fanáticos, a M. Catón podemos preferir Marco Régulo, en atención a que Catón jamás venció en campal batalla a César, siendo así que César había vencido a Catón, el cual viéndose vencido, no quiso postrar su orgullosa cerviz sujetándose a su albedrío, y por no rendirse quiso más matarse a sí propio; pero

Régulo había ya batido y vencido varias veces a los cartagineses, y siendo aún general, había alcanzado para el imperio romano una señalada victoria, no lastimosa para sus mismos ciudadanos, sino célebre por ser de sus enemigos; y, con todo, vencido al fin por los africanos, quiso más sufrir sus injurias sirviendo como esclavo, que huir de la esclavitud dándose la muerte; y así, bajo el yugo de los cartagineses, mostró paciencia, y en el amor a su patria constancia, no privando a los enemigos de un cuerpo ya vencido, ni a sus ciudadanos de un ánimo invencible. Jamás tuvo la idea de quitarse la vida por insufribles que fuesen sus calamidades, y esto lo hizo por el deseo de conservar la vida, cuya presunción ratificó cuando, en virtud del juramento referido, volvió sin recelo al poder de sus contrarios, a quienes había causado en el Senado mayor perjuicio con sus raciocinios y dictamen, que en campaña con su acreditado valor y temibles ejércitos. Así, pues, un tan gran menospreciador de la vida presente, que quiso más terminar su carrera entre enemigos crueles, padeciendo toda suerte de desdichas, que darse por sí mismo la muerte, sin duda que tuvo por horrendo crimen que el hombre a sí mismo se quite la vida. Entre todos sus varones insignes en virtud, armas y letras, no hacen alarde los romanos de otro mejor que de Régulo, a quien ni la felicidad le perdió, pues con tantas victorias murió pobre, ni la infelicidad quebrantó su constante ánimo, puesto que volvió sin temor a una servidumbre tan fiera, sólo por atender a la felicidad de su patria; y si tales hombres, acérrimos defensores de Roma y de sus dioses (a quienes adoraban con el mayor respeto, observando religiosamente los juramentos que por ellos hacían), pudieron quitar la vida a sus enemigos, atendido el derecho de la guerra, éstos, ya que la veían conservada por la piedad del vencedor, no quisieron matarse a sí propios; pues no temiendo los horrores de la muerte, tuvieron por más acertado sufrir el yugo de sus señores que tomársela por sus propias manos. A vista de tales ejemplos, ¿con cuánta mayor razón los cristianos, que adoran a un Dios verdadero y aspiran a la patria celestial, deben guardarse de cometer este pecado,

siempre que la divina Providencia los sujete al imperio de sus enemigos, ya para probar la rectitud de su corazón, ya para su corrección? Pues es indudable que en tal calamidad no los desampara aquel gran Dios, que, siendo el Señor de los señores, vino en traje tan humilde a este mundo, para enseñarnos con su ejemplo a practicar la humildad, por lo cual, aquellos mismos a quienes ninguna ley, derecho militar ni práctica autoriza para matar al enemigo vencido, deben ser más cuidadosos en conservar vidas y no quebrantar las divinas sanciones.

Capítulo XXV

QUE NO SE DEBE EVITAR UN PECADO CON OTRO PECADO.

25 ¿Qué error tan craso es el que se apodera de nuestra imaginación cuando llega a persuadir al hombre se mate a sí mismo, ya sea porque su enemigo pecó contra él, o porque no peque cuando no se atreve a matar al mismo enemigo que peca, o ha de pecar? Dirán que se debe temer que el cuerpo sujeto al apetito sensual del enemigo, convide y atraiga con él demasiado regalo al alma a consentir en el pecado; y por eso añaden que debe matarse uno a sí mismo, no ya por el pecado ajeno, sino por el suyo propio antes que le cometa; pero de ningún modo consentirá en tal flaqueza un alma que acceda al apetito carnal, irritada con el torpe deseo de otro; un alma, digo, que está más sujeta a Dios y a su admirable sabiduría, que el apetito corporal; y si es una acción detestable, y una maldad abominable el matarse el hombre a sí mismo, como la misma verdad nos lo predica, ¿quién será tan necio que diga: pequemos ahora, para que no pequemos después, cometamos ahora el homicidio, no sea que después caigamos en adulterio? Pregunto: si dado caso que domine en nuestros corazones con tanto despotismo la maldad, que no escojamos ni echemos mano de la inocencia, sino de los pecados, ¿no será mejor el adulterio incierto futuro, que el homicidio cierto de presente? ¿No sería menos culpable cometer un pecado que se pueda

restaurar con la penitencia, que cometer otro en que no se deja tiempo para hacerla? Esto he dicho por aquellos que por evitar el pecado, no ajeno, sino propio (no sea que a causa del ajeno apetito vengan a consentir también con el propio irritado), piensan que deben hacerse fuerza a sí y matarse. Pero líbrenos Dios que el alma cristiana que confía en su Dios teniendo puesta en él su esperanza y estribando en su favor y ayuda, caiga, se rinda y ceda a un deleite carnal, para consentir en una torpeza, aumentando un delito con otro delito. Y si la resistencia carnal, que habita aun en los miembros moribundos, se mueve como por un privilegio suyo contra el de nuestra voluntad, ¿cuánto más será (sin mediar culpa) en el cuerpo del que no consiente, si se halla (sin culpa) en el cuerpo del que duerme?

Capítulo XXVI

CUANDO VEMOS QUE LOS SANTOS HICIERON COSAS QUE NO SON LÍCITAS, ¿CÓMO DEBEMOS CREER QUE LAS HICIERON?

26 Pero instarán diciendo [79] que algunas santas mujeres, en tiempo de la persecución, por librarse de los bárbaros que perseguían su honestidad, se arrojaron en los ríos, cuyas arrebatadas aguas habían de ahogarlas precisamente, y que de esto murieron, a las que, sin embargo, la Iglesia celebra con particular veneración en sus martirologios. De éstas no me atreveré a afirmar cosa alguna sin preceder un juicio muy circunstanciado, porque ignoro si el Espíritu Santo persuadió a la Iglesia con testimonios fidedignos a que celebrasen su memoria; y puede ser que sea así. ¿Y quién podrá averiguar si estas heroínas lo hicieron, no seducidas de la humana ignorancia, sino inspiradas por alguna revelación divina y no errando, sino obedeciendo a los altos e inscrutables decretos del Criador? Así como de Sansón [80] no es justo que creamos otra cosa sino lo que nos dice la Escritura y exponen los Santos Padres; y cuando Dios así lo prescribe, ¿quién osará poner tacha en tal obediencia? ¿Quién criticará una obra piadosa? Pero no por eso obrará bien quien se

determinase a sacrificar su hijo a Dios, movido de que Abraham lo hizo, y que de esta acción le resultó una gloria incomparable y su justificación; porque también el soldado, cuando, obedeciendo a su capitán, a quien inmediatamente está sujeto, mata a un hombre, por ninguna ley civil incurre en la culpa de homicida; antes, por el contrario, si no obedece a la voz de su jefe, incurre en la pena de los transgresores de las leyes militares: y si lo ejecutase por propia autoridad y sin mandato, incurrirá en la culpa de haber derramado sangre humana; así, pues, por la misma razón que le castigarán, si lo ejecuta sin ser mandado, por la misma le castigarán si no lo hiciera mandándoselo; y si esto sucede cuando lo manda un general, ¿con cuánta más razón, si así lo prescribiese el Criador? El que oye que no es lícito matarse, hágalo, si se lo previene Aquel cuyo mandamiento no se puede traspasar; pero atienda con el mayor cuidado si el divino mandato vacila en alguna incertidumbre. Nosotros, por lo que oímos, examinamos la conciencia; más no nos usurpamos el juzgar de lo que nos es oculto, pues nadie sabe lo que pasa en el hombre sino su espíritu, que está con él [81]. Lo que decimos, lo que afirmamos, lo que en todas maneras aprobamos es, que ninguno debe darse la muerte de su propia voluntad, como con achaque de excusar las molestias temporales, porque puede caer en las eternas; ninguno debe hacerlo por pecados ajenos, porque por el mismo hecho no se haga reo de un pecado propio, gravísimo y mayor que aquel a quien no tocaba el ajeno; ninguno por pecados pasados, porque para éstos tenemos más necesidad de la vida, para enmendarlos con la penitencia; y ninguno por deseo de mejor vida que espera en muriendo, porque a los culpados en su muerte, después de muertos, no les aguarda mejor vida.

[79] Pelagia, con su madre y hermanas, se arrojaron en un río, para no ser violadas por un soldado que las perseguía (San Ambrosio, 1. 3, De virgen). Por semejante motivo, Sofronia se quitó a sí misma la vida (Eusebio, I. 8 de su Historia Eclesiástica).

[80] Iud. 16.
[81] Cor., 2, 11.

Capítulo XXVII

SI POR EVITAR EL PECADO SE DEBE TOMAR MUERTE VOLUNTARIA.

27 Réstanos una causa que exponer, de la que ya habíamos empezado a tratar, y es, que es muy importante darse la muerte por no caer en el pecado, ya sea convidado por la blandura del deleite o forzado por la crudeza del dolor; pero si admitiésemos esta causa, pasaría tan adelante, que nos obligase a exhortar a los hombres a que se matasen, especialmente cuando, habiéndose purificado con el agua del bautismo [82] acaban de recibir el perdón de todos sus pecados, porque entonces es tiempo a propósito para guardarse de todos los pecados que pueden sobrevenir cuando ya están perdonados; lo cual si se hace bien en la muerte voluntaria, ¿por qué no se hará entonces más que nunca? ¿Por qué todos los que se bautizan no se matan? ¿Por qué, habiéndose una vez librado, vuelven nuevamente a meterse en tantos peligros como hay en esta vida, siendo fácil medio para huir de todos el darse muerte? Y diciendo la Escritura "que quien ama el peligro cae en él" [83], ¿por qué motivos se aman tantos y tan graves peligros? O si no se aman verdaderamente, ¿por qué se meten los hombres en ellos? ¿Para qué se queda en esta vida aquel a quien es lícito irse de ella? ¿Por ventura puede haber error tan disparatado que trastorne el juicio de un hombre y no le deje reflexionar en aquella verdad; que si no se debe matar por no caer en pecado, viviendo en poder del que le cautivó piense que le está bien el vivir para sufrir al mismo mundo, lleno a todas horas de tentaciones, y tales cuales se podían, viviendo, temer debajo la sujeción de un señor, y otras innumerables sin las cuales no se vive en este mundo? ¿Para qué, pues, consumimos el tiempo en las acostumbradas exhortaciones, siempre que procuramos persuadir a los bautizados, o la integridad virginal, o la continencia vidual o la fe del casto matrimonio,

teniendo un atajo libre de todos los peligros de pecar, para que a todos los que pudiésemos persuadir que se den muerte en acabando de recibir la remisión de sus pecados, los enviemos al Señor con las conciencias más sanas y más puras? Y si alguno cree que puede ejecutar o persuadir esta doctrina, no sólo es ignorante, sino loco. ¿Con qué valor dirá a un hombre; mátate, porque a tus pecados veniales acaso no añadas alguno grave viviendo tal vez en poder de un bárbaro o sensual, quien no puede decir sino con impiedad: mátate, en estando absuelto de tus pecados, porque no vuelvas a caer en otros acaso más graves viviendo en un mundo tan engañoso, cercado de lazos y deleites tan furioso, con tanto número de nefandas crueldades y tan enemigo con tantos errores y sobresaltos? Y si se dice que esto es maldad, sin duda lo es matarse, pues si pudiera haber alguna justa causa para hacerlo voluntariamente, ciertamente no habría otra más arreglada que ésta, y supuesto que ésta no lo es, luego ninguna hay para cometer un delito tan execrable. Y esto, ¡oh fieles de Jesucristo!, no amargue vuestra vida: si de vuestra honestidad acaso se burló el enemigo, grande y verdadero consuelo os queda si tenéis segura la conciencia de no haber consentido a los pecados de los que Dios permitió pecasen en vosotros.

[82] Para explicarse mejor este pasaje de San Agustín, téngase en cuenta que en el siglo V, en que el Santo escribía, se administraba el Bautismo de ordinario, no a los niños sino a los adultos, y no en cualquier día sino en el Sábado Santo y en el de Pentecostés. [83] Eccli., 3, 27.

Capítulo XXVIII

POR QUÉ PERMITIÓ DIOS QUE LA PASIÓN DEL ENEMIGO SE CEBASE EN LOS CUERPOS DE LOS CONTINENTES.

28 Y si acaso preguntáis por qué permitió Dios tan horribles crímenes, diré con el Apóstol: "Alta es, sin duda, y que se pierde de vista la providencia del Autor y Gobernador del mundo,

incomprensibles sus juicios e investigables sus ideas y caminos" [84]. Con todo, preguntádselo fielmente y examinad vuestras conciencias, no sea que os hayáis engreído demasiado por la gracia de la virginidad y continencia, o por el privilegio de la castidad, y llevadas de la complacencia de las humanas alabanzas, envidiéis también esta prerrogativa a otras. No acuso lo que ignoro, ni oigo lo que a la pregunta os responden vuestros corazones. No obstante, si respondieron que es así, no debéis maravillaros que hayáis perdido la fama con que pretendéis conquistar los corazones de los hombres, si os ha quedado lo que no se puede manifestar a los hombres, que es el pudor. Si no consentisteis con los que pecaron con vosotras, a la gracia divina para que no se pierda, se le añade el divino favor y a la humana gloria para que no se le estime ni aprecie sucede el humano baldón. En lo uno y lo otro os podéis consolar las pusilánimes, pues por un lado fuisteis probadas y por otro castigadas, por uno justificadas y por otro enmendadas; pero a las que su corazón, preguntado, las responde que jamás se ensoberbecieron por el bien de la virginidad, o de la viudez o del casto matrimonio, y que no despreciaron, sino que se acomodaron con las humildes [85], alegrándose con temor y respeto [86] por la merced que Dios les había concedido, y no envidiando a ninguno la excelencia de otra santidad y castidad igual o más excelente, antes bien sin hacer caso de la humana gloria, que suele ser tanto mayor cuanto el bien que pide la alabanza es más raro y singular, habían deseado que fuese mayor el número de éstas que no el que entre pocas fuesen ellas las más ilustres. Tampoco las que fueron tales, si acaso a algunas de ellas lastimó su honra la bárbara licencia, deben irritarse contra la divina permisión ni crean que por esto no cuida Dios de estas cosas porque permite lo que ninguno comete impunemente. De estos pecados, los unos, como contrapeso de nuestros torpes apetitos, se nos perdonan en la vida presente, por oculto juicio de Dios; pero otros se reservan para el último y tremendo juicio, que será patente a todos los mortales; y acaso también estas señoras, a quienes asegura el

testimonio de su conciencia de no haberse desvanecido ni engreído por el bien de la castidad, padeciendo, no obstante, violencia en sus cuerpos, tenían oculta alguna flaqueza que pudiera degenerar en soberbia, si en aquella miserable forma escaparan de la humillación con que las sujetó la barbarie del vencedor. Así como la muerte arrebató a algunos porque la malicia no les trastornase el juicio [87], así a éstas se les arrebató violentamente una cierta interior prerrogativa, para que la prosperidad no desvirtuase su modestia. A las unas y a las otras, que con respecto a su cuerpo no habían padecido afrenta alguna contra su honestidad, o eran ya soberbias, o acaso podrían ensoberbecerse si la violencia del enemigo no las hubiera tocado; pero esta acción no fué causa de perder la castidad, sino de recomendarles la humildad. Proveyó Dios en lance tan crítico, de pronto remedió a la soberbia presente de las unas, y a la que amenazaba en lo sucesivo a las otras. Sin embargo, no se debe omitir que algunas que padecieron violencia pudo ser creyeren que el bien de la continencia era bien exterior del cuerpo, y que se poseía incorrupto mientras no sufriese torpeza de alguno, y que no consistía únicamente en la constancia de la voluntad que estriba en el favor divino para que sea santo el cuerpo y el espíritu, y, finalmente, que este bien no es de calidad que no se pueda perder, aunque le pese a la voluntad. Del cual error quizá salieron con la experiencia, porque, cuando consideran con qué conciencia sirvieron a Dios y con fe cierta creen que a los que así le sirven e invocan a ningún modo puede desampararlos, y, por último, no dudan lo agradable que es a sus divinos ojos la castidad, observan al mismo tiempo es infalible consecuencia que en ninguna manera permitiría sucediesen semejantes infortunios a sus santos, si por ellos pudieran perder la santidad e incorruptibilidad de costumbres que el mismo autor de la naturaleza les concedió, y aprecia en ellos.

[84] Rom., 11, 33.

[85] Rom., 12, 16.

[86] Ps., 2, 11.
[87] Sap., 4, 11.

Capítulo XXIX

QUÉ DEBEN RESPONDER LOS CRISTIANOS A LOS INFIELES CUANDO LOS BALDONAN DE QUE NO LOS LIBRÓ CRISTO DE LA FURIA DE LOS ENEMIGOS.

29 Tienen, pues, todos los hijos del verdadero Dios su consuelo, no falaz ni fundado en la vana confianza de las cosas mudables, caducas y terrenas, antes más bien pasan la vida temporal sin tener que arrepentirse de ella, porque en su breve transcurso se ensayan para la eterna, usando de los bienes terrenos como peregrinos, sin dejarse arrebatar de sus ligeras representaciones y sufriendo con notable conformidad los males que prueban su constancia o corrigen su vida; pero los que se burlan de los suaves medios de que Dios se sirve para acrisolar nuestra justificación, diciendo al hombre perseguido cuando le ven rodeado de calamidades temporales: "¿Adónde está tu Dios?" [88]; digan ellos, ¿adónde están sus dioses cuando padecen iguales infortunios, pues para eximirse de tales vejaciones, o acuden a su adoración, o pretenden que se deben adorar? Pero los atribulados por la mano poderosa constantemente responden: "Nuestro Dios en todas partes y en todo lugar está presente, sin estar limitadamente encerrado en un solo lugar, pues es tan visible su omnipotencia, que puede hallarse presente estando oculto y ausente sin moverse. Este gran Señor, siempre que nos lastima con calamidades y adversidades, lo hace, o por examinar el grado en que se hallan nuestros méritos, o para castigar nuestras culpas, teniéndonos preparado el premio eterno por haber sufrido con constancia estos temporales infortunios; pero ¿quién sois vosotros para que yo me entregue a raciocinar con vosotros ni de vuestros dioses, cuanto más de mi Dios, que es terrible sobre todos los dioses,

porque todos los dioses de los gentiles son demonios y sólo el Señor crió los Cielos" [89]

[88] Ps., 41, 4.

[89] Ps., 95, 4 y 5.

Capítulo XXX

QUE DESEAN ABUNDAR EN ABOMINABLES PROSPERIDADES LOS QUE SE QUEJAN DE LOS TIEMPOS CRISTIANOS.

30 Si viviera aquel insigne Escipión Nasica, que fué ya vuestro pontífice (a quien al mismo tiempo que estaba más encendida la segunda guerra Púnica, buscando la República una persona la más excelente en bondad para recibir la madre de los dioses que transportaban de Frigia, le escogió unánimemente todo el Senado para desempeñar este honorífico encargo), este ínclito héroe, el grande Escipión, digo, cuyo mismo rostro no os atreveríais a mirar, él reprimiría vuestra altanería. Porque, pregunto, si queréis que os diga mi sentir: cuando os veis afligidos con las adversidades, ¿acaso os quejáis por otro motivo de los tiempos cristianos, sino porque apetecéis tener seguros y libres de temores vuestros deleites, vuestros apetitos, y entregaros a una vida viciosa, sin que en ella se experimente molestia ni pena alguna? Y la razón es obvia y convincente porque vosotros no deseáis la paz y abundancia de bienes para usar de ellos honestamente, es decir, con sobriedad, frugalidad y templanza, sino para buscar con inmensa prodigalidad, infinita variedad de deleites, y lo que sucede entonces es que, con las prosperidades, renacen en la vida y las costumbres unos males e infortunios tan intolerables, que hacen más estragos en los corazones humanos que la furia irritada de los enemigos más crueles. Aquel Escipión, vuestro pontífice máximo, aquel grande hombre, superior en bondad a todos los patricios romanos, según el juicio del Senado, temiendo en vosotros esta calamidad, resistía a la destrucción de Cartago, émula y competidora en aquella época del pueblo romano,

contradiciendo a Catón, cuyo dictamen era se destruyese, temeroso del ocio y de la seguridad, que es enemiga de los ánimos flacos, y viendo que era importante y necesario el miedo, como tutor idóneo de la flaqueza infantil de sus ciudadanos; mas no se engañó en este modo de pensar, porque la experiencia acreditó cuán cierto era lo que exponía, pues, destruída Cartago, esto es, habiendo ya sacudido y desterrado de sus ánimos el terror que tenía amedrentados a los romanos, inmediatamente se sucedieron tan crecidos males, nacidos de las prosperidades, que, rota la concordia primeramente con las sediciones populares crueles y sangrientas, después enlazándose unas revoluciones con otras, con las guerras civiles se hizo tanto estrago, se derramó tanta sangre, creció tan insensiblemente la bárbara crueldad de las prescripciones y robos, que aquellos mismos ínclitos romanos que, viviendo moderadamente, temían recibir algún daño de sus enemigos, perdida la moderación y la inocencia de costumbres, vinieron a padecer terribles infortunios, ejecutados por la fiera mano de sus propios ciudadanos; finalmente, el insaciable apetito de reinar, que entre los otros vicios comunes a todos los hombres ocupaba el primer lugar, especialmente en los corazones de los romanos, después que salió con victoria respecto de muy pocos, y esos no muy poderosos, al fin, habiendo quebrantado las fuerzas de los demás, los vino a oprimir también con el duro yugo de la servidumbre.

Capítulo XXXI

CON QUÉ VICIOS Y POR QUÉ GRADOS FUÉ CRECIENDO EN LOS ROMANOS EL DESEO DE REINAR.

31 Y ¿cómo había de aquietarse este deseo en aquellos ánimos soberbios, sino hasta el instante mismo en que con la continuación de los honores acabase de llegar la potestad real que a todos sujetase? Lo cierto es que no hubiera habido posibilidad para continuar tales dignidades, si no prevaleciera la ambición. Tampoco hubiera dominado la ambición, sino fuera porque ya Roma estaba estragada

con la abundancia de riquezas, deleites y festines; es innegable que el pueblo llegó a ser codicioso y vicioso en su trato y regalo por las propiedades pasadas, como sentía prudentemente el insigne Nasica cuando era de dictamen que no se destruyese la ciudad más populosa, más fuerte y más poderosa de los enemigos, a fin de que el terror refrenase el apetito, y, moderado éste, no excediese en sus regalos y deleites; templados éstos, no creciese la codicia; y atajados estos vicios, floreciese y se fomentase la virtud, importante para la existencia del poder romano, permaneciendo y conservándose consiguientemente la libertad, que naturalmente había de seguir a esta virtud. De estos principios y del aplaudido amor a la patria procedió lo que el mismo pontífice máximo (escogido por el Senado unánimemente como el varón más insigne en bondad) impidió para evitar graves inconvenientes, y fué que teniendo resuelto el Senado fabricar un amplio teatro, puso en juego toda su elocuencia para persuadir que no debía ejecutarse, haciendo ver a aquel respetable congreso en un enérgico discurso, no era conveniente permitiesen el que se introdujesen paulatinamente en las varoniles costumbres de su patria los deleites, sensualidades y regalos de Grecia, y menos consintiesen en que una peregrina superfluidad y fausto se estableciese; pues no serviría más que para destruir y corromper el valor y virtud romana. Fué tan eficaz el raciocinio de Nasica, y tanta impresión hizo en los ánimos de los magistrados, que, movidos de sus poderosas razones ordenaron los senadores que de allí adelante no se pusiesen los bancos o escaños que entonces solían poner en lugar de teatro y acostumbraban a usar para ver los juegos. ¿Con cuánta diligencia hubiera desterrado Nasica de Roma los juegos escénicos si se hubiera atrevido a oponerse a la autoridad de los que él tenía por dioses y no sabía que eran demonios? Y en caso que lo supiese, creía que primero debía aplacarles con las funciones, que menospreciarles; pues en estos tiempos aun no se había declarado ni predicado a las gentes la doctrina del Cielo, la cual, purificando el corazón con la fe, pudiera enderezar el afecto humano para procurar

con humildad las cosas celestiales, librándole al mismo tiempo de la sujeción de los demonios.

Capítulo XXXII

DEL ORIGEN DE LOS JUEGOS ESCÉNICOS.

32 Con todo, sabed lo que ignoráis y advertid los que disimuláis no saberlo y murmuráis contra el que os vino a librar de vuestra esclavitud, que los juegos escénicos, espectáculos de torpezas y vivo retrato de la humana vanidad, se instituyeron primeramente en Roma, no por los vicios de los hombres, sino por mandato de vuestros dioses. Ciertamente fuera más tolerable que dieseis honor y culto divino a aquel esclarecido Escipión, que no el que adoraseis semejantes dioses, cuando éstos no eran mejores que su pontífice. Advertid y escuchad, si el juicio, trastornado tiempo ha con los errores que ha bebido en el maternal pecho, os deja considerar algún punto que sea conforme a razón. Los dioses, para aplacar la pestilencia de los cuerpos, mandaron que se les hiciesen los juegos escénicos; y vuestro pontífice, porque se preservasen de la infección de los ánimos, estorbó el que se edificase el teatro. Si os quedó en el entendimiento alguna luz con que conozcáis podéis preferir el ánimo al cuerpo, elegid a quien habéis de adorar. Aquella decantada pestilencia de los cadáveres no cesó tampoco entonces, a pesar de observar fielmente las fiestas prescriptas; por cuanto en un pueblo belicoso y acostumbrado de antemano a solos los juegos circenses, no sólo se introdujeron la delicadeza y la lascivia de los juegos escénicos, sino que, observando la perspicaz astucia de los malignos espíritus que aquel contagio había de cesar llegando su total complemento, procuró con esta ocasión enviarles otro mucho más grave (que es la que principalmente les agrada), no en los cuerpos, sino en las costumbres, el cual cegó con tan obscuras tinieblas los ánimos de los miserables y los estragó con tan reiteradas torpezas, que aun al presente (que será quizá increíble si viniere a noticia de

nuestros descendientes), después de destruída Roma, los que estaban atacados de aquella enfermedad contagiosa y huyendo de ella pudieron llegar a Cartago, cada día concurren a porfía a los teatros por el ansia y desatino de ver estos juegos.

Capítulo XXXIII

DE LOS VICIOS DE LOS ROMANOS, LOS CUALES NO PUDO ENMENDAR LA DESTRUCCIÓN DE SU PATRIA.

33 ¡Oh juicios sin juicio! ¡Qué error! o, por mejor decir, ¡qué furor es éste tan grande, que llorando vuestra ruina _ según he oído _ las naciones orientales y haciendo públicas demostraciones de sentimiento y tristeza las mayores ciudades que hay en las partes más remotas de la tierra, vosotros busquéis aún los teatros, entréis en ellos hasta llenarlos del todo, y ejecutéis mayores desvaríos que antes! Esta ruina e infección de los ánimos, este estrago de la bondad y de la virtud, es lo que temía en vosotros el ínclito Escipión cuando prohibía severamente que se edificasen teatros, cuando examinaba en su interior que las prosperidades fácilmente estragarían vuestros corazones, y cuando quería que no vinieseis seguros del terror de vuestros enemigos, porque no tenía aquel celebrado héroe por feliz la República que tenía los muros en pie y las costumbres por el suelo. Pero en vosotros pudo más la ingeniosa astucia y seducción de los impíos demonios, que las providencias justas de hombres sensatos, de donde se infiere necesariamente que los males que hacéis no queréis imputárolos a vosotros; pero los que padecéis los imputáis a los tiempos cristianos, ya que en la época de la seguridad no pretendéis la paz de la República sino la libertad de vuestros vicios, los que no pudistéis enmendar con las adversidades, porque ya vuestro corazón estaba pervertido con las prosperidades. Quería Escipión que os pusiera miedo el enemigo para que no cayeseis en el vicio, y vosotros, aun hollados y abatidos por el enemigo, no quisisteis desistir del vicio, perdisteis el fruto de la tribulación, habéis venido a

ser miserables y quedado contagiados con vuestros pasados excesos; y, con todo, si lográis el vivir, debéis creer es por singular merced de Dios, que, con perdonaros, os advierte que os enmendéis haciendo penitencia. Por último, hombres ingratos, debéis estar persuadidos íntimamente que este gran Dios usó con vosotros la grande misericordia de libraros de la furia del enemigo, amparándoos bajo el nombre de sus siervos o en lugares y oratorios de sus mártires, a donde os acogíais y salvabais vuestras vidas.

Capítulo XXXIV

DE LA CLEMENCIA DE DIOS CON QUE MITIGÓ LA DESTRUCCIÓN DE ROMA.

34 Refieren que Rómulo y Remo hicieron un asilo o lugar privilegiado, a donde cualquiera que se acogiese fuese libre de cualquier daño o pena merecida, procurando con este ardid acrecentar la población de la ciudad que fundaban: maravilloso ejemplo precedió a la presente ruina, para que sobre él se aumentase la gloria de Jesucristo, y los que arruinaron a Roma hicieron lo mismo que habían antes establecido sus fundadores; pero con esta diferencia, que éstos lo ejecutaron para suplir el número de sus ciudadanos que era muy escaso, si había de formarse una población tan numerosa como apetecían, y aquéllos igualmente lo practicaron por conservar el considerable número de hombres que había en ella. Responda a sus contrarios la familia redimida con la sangre de Jesucristo, y su peregrina ciudad, si más copiosa y cómodamente pudiere éstas y otras cosas semejantes.

Capítulo XXXV

DE LOS HIJOS DE LA IGLESIA QUE HAY ENCUBIERTOS ENTRE LOS IMPÍOS, Y DE LOS FALSOS CRISTIANOS QUE HAY DENTRO DE LA IGLESIA.

35 Pero acuérdese que entre estos sus amigos hay algunos ocultos, que han de ser ciudadanos suyos; porque no juzgue es sin fruto, aun mientras conversa con ellos, que sufra a los que la aborrecen y persiguen, hasta que finalmente se declaren y manifiesten: así como en la ciudad de Dios, mientras es peregrina en el mundo, hay algunos que gozan al presente en ella de la comunión de los sacramentos, los cuales, sin embargo, no se han de hallar con ella en la patria eterna de los santos, y de éstos unos hay ocultos y otros descubiertos, quienes con los enemigos de la religión no dudan en murmurar contra Dios, cuyo sacramento traen, acudiendo unas veces en su compañía a los teatros, y otras con nosotros a las Iglesias. Pero de la enmienda aun de algunos de éstos con más razón no debemos perder la esperanza, pues entre los mismos enemigos declarados vemos que hay encubiertos algunos amigos predestinados sin que ellos mismos lo conozcan; porque estas dos ciudades en este siglo andan confusas y entre sí mezcladas, hasta que se distingan en el juicio final, de cuyo nacimiento, progresos y fin, con el favor de Dios, diré lo que me pareciere a propósito para mayor gloria de la ciudad de Dios, la cual campeará mucho más cotejada con sus contrarios.

Capítulo XXXVI

DE LO QUE SE HA DE TRATAR EN EL SIGUIENTE DISCURSO.

36 Pero todavía me quedan que decir algunas razones contra los que atribuyen las pérdidas de la República romana a nuestra religión, porque les prohibe ésta que sacrifiquen a sus dioses: referiré también cuántas calamidades me pudieren ocurrir, o cuántas me parecieren dignas de referirse, que padeció aquella ciudad, o las provincias que estaban debajo de su imperio, antes que se prohibiesen sus

sacrificios. Todas las cuales, sin duda nos las atribuyeran, si tuvieran entonces, o noticia de nuestra religión, o les prohibiera así sus sacrílegos sacrificios. Después manifestaré cuáles fueron sus costumbres, y por qué causa quiso el verdadero Dios _ en cuya mano están todos los imperios _ ayudarles para acrecentar el suyo, y cómo en nada les favorecieron los que ellos tenían por sus dioses, antes por el contrario, cuánto daño les causaron con sus engaños. Ultimamente hablaré contra los que refutados y convencidos con argumentos insolubles, procuran defender la adoración de los dioses, no por la utilidad que se saca de ellos en vida, sino por la que se espera después de la muerte. En la cuestión, si no me engaño, habrá mucho más en qué entender, y será digna de que se trate con mayor esmero, de modo que en ella vengamos a disputar contra los filósofos, y no cualesquiera, sino contra los que entre ellos son de mejor fama y nombre, y concuerdan en muchas cosas con nosotros; es a saber, en la inmortalidad del alma, en que el verdadero Dios creó al mundo, y en la admirable providencia con que gobierna todo lo que creó; mas porque es justo que lo refutemos también en los puntos que opinan contra nosotros, no dejaré tampoco de dar satisfacción a esta parte, para que, refutadas las impías contradicciones conforme a las fuerzas que Dios me diere, presentemos la ciudad de Dios y la verdadera religión, mediante la cual se nos promete con verdad la eterna bienaventuranza. Así con esto concluyo este libro, para que lo que tenemos dispuesto lo comencemos en un nuevo libro.

LIBRO SEGUNDO

DEGRADACIÓN DE ROMA ANTES DE CRISTO

Capítulo I

DEL MÉTODO QUE SE HA DE OBSERVAR AL EXPONER ESTE TRATADO.

1 Si el pervertido y estragado corazón del hombre no se atreviera comúnmente a oponerse a la razón y a la verdad sólida y evidente, sino que sujetara su enferma ignorancia a la doctrina sana, como a medicina, hasta que con los auxilios de Dios, y mediante la fe de la religión y de una piedad edificante recobrara la salud, no tendrían necesidad de emplear muchas razones los que sienten bien, y declaran lo que entienden con palabras convenientes, para convencer y destruir cualquier error de los que opinan vanamente lo contrario. Mas porque en la presente época la dolencia más incurable y más contagiosa de las almas necias es aquella con que sus discursos e imaginaciones sin razón ni fundamento, aun después de haberles dado una instrucción tal cual está obligado a suministrar un hombre a otro, o de pura ceguedad que les impide ver aun los objetos más perceptibles, o por su tenaz obstinación, que le impele a no admitir aun aquello mismo que registran sus ojos, defienden sus temerarios caprichos, como si fueran la misma razón y verdad, es fuerza que en la mayor parte de las materias que hayan de proponerse seamos algo extensos, aun en los asuntos por su esencia evidentes, como si las propusiéramos, no a los que tienen ojos para verlas, sino a los que andan a tientas y a ojos cerrados, para que las toquen y palpen. Pero ¿qué fin tendría la disputa, o a qué límites habrían de contestar siempre a los que nos responden? Porque aquellos que no pueden entender lo que decimos, o son tan inflexibles por la repugnancia de sus juicios, que aun dado el caso que lo perciban no quieren desistir de su tenacidad, responden, como dice la Escritura: "Profieren expresiones impías, no cansándose jamás de ser vanos". Cuyas contradicciones, si tantas veces las hubiéramos de refutar cuantas ellos se han empeñado con obstinación en sostener sus errores, ya ves

cuán prolija, molesta e infructífera sería esta fatiga, por lo cual ni tú propio _ ¡carísimo hijo mío Marcelino! _ ni los demás, a quienes nuestras penosas tareas serán útiles para conservarnos en el amor y caridad de Jesucristo, gustaría fueséis jueces de mis obras; pues los incrédulos echan siempre de menos las respuestas, aunque oigan contradecir algún punto que hayan leído, y son como aquellas mujercillas de quienes dice el apóstol "que aprenden siempre y nunca acaban de conseguir la ciencia de la verdad" [1].

[1] 2 Tim., 3, 7.

Capítulo II

DE LAS MATERIAS QUE SE HAN RESUELTO EN EL PRIMER LIBRO.

2 Habiendo comenzado a hablar en el libro anterior de la Ciudad de Dios, en cuya defensa (con el divino auxilio) he emprendido toda esta obra, decimos que, en primer lugar, se me ofreció responder con exactitud y extensión a los que imputan a la religión cristiana las crueles guerras con que es agitado el universo, y, principalmente el último saqueo y destrucción que hicieron los bárbaros en Roma; no por otro motivo, sino porque prohibe el culto de los demonios y sus nefarios sacrificios, debiendo antes atribuir a Jesucristo el que, por reverencia a su santo nombre y contra el instituto de la guerra, les concedieron los godos lugares religiosos y capaces donde se pudiesen agoger libremente; quienes en muchas acciones que ejecutaron demostraron que, no solamente habían honrado y respetado el culto debido al Salvador, sino también que, ocupados del temor, presumieron no era lícito ejecutar lo que permitía el derecho de la guerra. Con este motivo se ofreció la cuestión de por qué causa fueron comunes estos divinos beneficios a los impíos e ingratos y, asimismo, por qué los sucesos ásperos y lastimosos que acaecieron en la toma de la ciudad, afligieron juntamente a los buenos y a los malos. Para dar cumplida solución a esta cuestión, que encierra otras varias (pues todo lo que ordinariamente observamos, así beneficios

divinos como desgracias humanas, que los unos y las otras acontecen indiferentemente muchas veces a los que viven bien y mal, suele excitar los corazones de algunos menos incrédulos); para resolverlo, digo, conforme convenía, me he detenido algún tanto, especialmente para consolar a las mujeres santas y castas en quienes ejecutó violencia el enemigo, y que no perdieron la prenda de la honestidad aunque las lastimasen el pudor y empacho de presentarse después en público; pues así podía reducir seguramente a que no les pesase de vivir a las que no tenían culpa de qué arrepentirse. Después dije algunas cosas contra aquellos que se rebelan contra los cristianos incluídos en las expresadas calamidades, como también contra las mujeres virtuosas y honestas que padecieron fuerza, siendo así que ellos son torpes e infames por sus costumbres y conducta, en lo que degeneran de aquella decantada virtud romana, de donde se precian descender; y mucho más desdicen con sus obras de ser dignos sucesores de aquellos ínclitos romanos, de quienes refieren las historias acciones famosas, propias solamente de una virtud sólida y elevada; y lo que es más, han reducido a la antigua Roma (fundada gracias a la diligencia de los antiguos, fomentada y acrecentada con su industria y valor) a un estado más deplorable y abominable que cuando el enemigo la arruinó, porque en su ruina cayeron solamente las piedras y los maderos, y en la que éstos la han preparado han caído por tierra los más vistosos edificios y ornamentos, no de los muros, sino de las costumbres, haciendo más daño en sus corazones el ardor de sus sensuales apetitos que el fuego en los edificios de aquella ciudad; y con esto concluí el primer libro. Ahora expondré todas las calamidades que ha padecido Roma desde su fundación, así dentro, como en las provincias sujetas a su imperio; todas las cuales ciertamente las atribuyeran a la religión cristiana, si entonces la doctrina evangélica predicara libremente contra sus falsos y seductores dioses.

Capítulo III

DE CÓMO SE HA DE APROVECHAR LA HISTORIA QUE EXPONE LOS TRABAJOS ACAECIDOS A LOS ROMANOS CUANDO ADORABAN LOS DIOSES Y ANTES QUE SE PROPAGASE LA RELIGIÓN CRISTIANA.

3 Pero advierte que cuando refiero estas particularidades hablo todavía con los ignorantes, de quienes dimanó aquel refrán común: "No llueve, la culpa es de los cristianos" [2]; porque entre ellos hay algunos instruídos en su literatura y aficionados a la historia, por la cual saben todo esto. Pero estos engreídos y preocupados literatos, para malquistarnos con la turba de los ignorantes, fingen o disimulan que no tienen tal noticia, queriendo dar a entender al mismo tiempo al vulgo que las calamidades y aflicciones con que en ciertos tiempos conviene castigar a los hombres, suceden por culpa del nombre cristiano, el cual se extiende y propaga con aplauso y fama por todo el ámbito de la tierra, mientras que se desmembra la reputación de sus dioses. Recorran, pues, con nosotros los tiempos anteriores a la venida del Salvador, y a la deseada época en que su augusto nombre se manifestó a las gentes con aquella gloria y majestad que en vano envidian, y advertirán con cuántas calamidades, ha sido afligido incesantemente el imperio romano, y en ellas excusen y defiendan a sus dioses si pueden; y si es que los adoran por no padecer estas desgracias, de las cuales si ahora sufren alguna, procuran echarnos la culpa, pregunto: ¿Por qué permitieron los dioses que a sus adoradores les sucediesen las calamidades que he de referir, antes que les molestase el nombre de Cristo y prohibiese sus sacrificios?

[2] Según Tertuliano y San Cipriano, se achacaban entonces a los cristianos todas las calamidades, y se valían de ellas para fomentar las persecuciones de la Iglesia.

Capítulo IV

QUE LOS QUE ADORABAN A LOS DIOSES JAMÁS RECIBIERON DE ELLOS PRECEPTO ALGUNO DE VIRTUD, Y QUE EN SUS FIESTAS CELEBRARON MUCHAS TORPEZAS Y DESHONESTIDADES.

4 Y en cuanto a lo primero, por lo que se refiere a las costumbres, ¿por qué causa no procuraron sus dioses que no las tuviesen tan abominables? El Dios verdadero no hizo caso de aquellos que no le adoraban; pero los dioses, cuya veneración se quejan estos hombres ingratos que se les prohibe, ¿por qué no auxiliaron con saludables leyes a sus adoradores, para que pudiesen vivir bien y santamente? Ciertamente era justo que así como éstos cuidaban de sus sacrificios, así atendieran aquéllos a su vida; pero a esta objeción responden que cada uno es malo porque quiere. ¿Y quién lo negará? Con todo eso, era cargo indispensable de los dioses a quienes consultaban no ocultar al pueblo que les rendía adoración los preceptos y mandamientos necesarios para vivir ajustadamente, antes manifestárselos con toda claridad, hablarles por medio de sus adivinos, reprenderles sus pecados, amenazar con los castigos más severos a los que viviesen mal, y prometer premios proporcionados a los que viviesen bien. ¿Cuándo se oyó en los templos de estas falsas deidades clamar contra los vicios y engrandecer las virtudes? Ibamos nosotros, siendo jóvenes, a los espectáculos y juegos sagrados, observábamos los linfáticos o furiosos, oíamos los músicos y gustábamos de los torpes juegos que se celebraban en honra de los dioses y las diosas. A la Celeste virgen, y a Berecynthia, madre de todos los dioses, en el día solemne que la sacaban procesionalmente, delante de sus andas la cantaban los corrompidos actores cánticos tan obscenos, que no sería justo los oyera, no digo la madre de los dioses, pero ni la de cualquier senador o persona honesta; y, lo que es más, ni aun las madres de estos mismos actores, porque guarda para con los padres el respeto y pudor humano cierta reverencia que no puede quitársela aun la misma torpeza; y así las mismas expresiones feas y

abominables que decían y ejecutaban (y que se avergonzaran los mismos actores de hacerlas por vía de ensayo en sus casas y en presencia de sus madres) las hacían por las calles públicas delante de la madre de los dioses, observándolo y oyéndolo el concurso innumerable de gentes que se congregaba a estas fiestas. Pero si aquella muchedumbre pudo hallarse presente a estas funciones, permitiéndoselo la curiosidad, por lo menos por el escándalo público y ofensa de la castidad debieron confundirse. Y ¿a qué llamaremos sacrilegios si éstas eran ceremonias sagradas? ¿A qué profanación, si aquélla era purificación? A estas indecentes operaciones llamaban férculos, o, como si dijéramos, platos en que los demonios, celebraran una especie de convite y usando de estos manjares, se apacentaban y complacían. Y ¿quién hay tan inconsiderado que no advierta qué clase de espíritus son los que gustan de semejantes torpezas? Esto es, aquellos que ignoran que hay espíritus inmundos que engañan a las gentes con el dictado de dioses; o los que hacen tal vida, que en ella desean tener antes a éstos propicios, o temen tenerlos enojados más que al verdadero Dios.

Capítulo V

DE LAS TORPES DESHONESTIDADES CON QUE HONRABAN A LA MADRE DE LOS DIOSES SUS DEVOTOS.

5 Bien desearía en el presente asunto no tener por jueces a los que procuran primero que oponerse entretenerse con los vicios de su mala vida y costumbres: y únicamente apetecería tener por mi censor al mismo Escipión Nasica, a quien el Senado eligió como hombre de suma bondad para recibir la estatua de la madre de los dioses, que introdujeron con pompa y aparato en la ciudad. Este nos diría si deseaba que su madre hubiera hecho tantos beneficios a la República, que por ellos se la decretaran las honras divinas, así como consta que los griegos, los romanos y otras naciones las decretaon a ciertos hombres, por la gran estimación que hicieron de las gracias que de

ellos recibieron, creyendo que, colocados en el número de los inmortales, estaban ya admitidos en el catálogo de los dioses. Ciertamente que una felicidad tan grande, si fuera posible, la apetecería Escipión para su madre. Pero si le preguntáramos en seguida si le gustaría que entre sus divinos honores se celebraran las torpezas y deshonestidades, seguramente clamaría que quería más que su madre permaneciese muerta sin sentido alguno, que, constituída diosa, viviese para oír semejantes obscenidades. No es posible que un senador romano, perseverando en el sano juicio con que prohibió se edificase un teatro en una ciudad poblada de gente valerosa, gustara que se diese culto a su madre en tales términos, que, contada entre las diosas, la aplacaran con ceremonias tales, que estando solamente en la clase de las matronas le ofenderían. Tampoco podría persuadirse que el pudor natural de una mujer honrada se transformaba con la divinidad en el extremo contrario, de modo que los que la adoraban la invocasen con tales honras, que cuando se dijesen semejantes denuestos contra alguno, y oyéndolo en vida no se tapara los oídos y huyera de tales insolencias, se corrieran y avergonzaran de ella sus deudos, marido e hijos. Y así esta madre de los dioses, que tuviera vergüenza aun el hombre más abandonado y miserable de tenerla como madre propia, para apoderarse de los ánimos de los romanos buscó un hombre extremadamente bueno, no para hacerle tal con sus consejos y auxilio, sino para pervertirle con sus engaños: en todo, semejante, pues, a aquella mujer de quien dice la Escritura "que va pescando las preciosas almas de los hombres" [3] para que aquel ánimo dotado de un excelente natural, engreído con este divino testimonio y teniéndose por extremadamente bueno, no buscase la verdadera piedad y religión, sin la cual cualquier índole, aunque buena, se desvanece y precipita con la soberbia. ¿Y cómo había de buscar aquella diosa, sino es cautelosamente, a un hombre tan justificado, cuando para sus ceremonias, aun las más sagradas, hace elección de aquellas que no gustan los hombres honrados se representen en sus banquetes?

[3] Prov., 6, 26.

Capítulo VI

QUE LOS DIOSES DE LOS PAGANOS NUNCA ESTABLECIERON DOCTRINA PARA BIEN VIVIR.

6 De aquí se sigue necesariamente no vigilaban aquellos dioses en la vida y costumbres de las ciudades y naciones que les rendían culto; y esto sin duda lo ejecutaban con el fin de dejarlas que se saciasen de tan horrendos y abominables males, no precisamente en sus campos y viñas, no en sus casas y riqueza, finalmente, no en su cuerpo, que está sujeto al alma, sino en la propia alma, en el mismo espíritu que gobierna al cuerpo, entregándose así a todos los vicios, sin temor de algún precepto o mandamiento suyo que se lo prohibiese. Y en este caso que vedasen semejantes torpezas, es importantísimo nos lo averigüen y prueben; si bien es cierto que permitían ciertos susurros inspirados en los oídos de algunos, bien pocos y tal cual instruídos como con una secreta y misteriosa religión, con que dicen se aprende la bondad y santidad de vida. Y si no, muestren los lugares que se hayan alguna vez consagrado para semejantes reuniones, no donde se representen los juegos con torpes expresiones y acciones de los farsantes, ni donde se solemnizan las fiestas fugales [4] en cuyas funciones dan rienda suelta a todas las deshonestidades, porque huyen de todo género de pudor y virtud, sino adonde el pueblo pudiese oír lo que mandaban los dioses acerca de refrenar la avaricia, moderar la ambición, cercenar el fausto y deleites, y adonde pudiesen estos miserables aprender lo que reprendiendo a los hombres enseña Persio [5]: "Aprended, dice, oh miserables mortales, y procurad con el auxilio de la filosofía conocer las causas y principios de las cosas naturales; quién y qué sois con un conocimiento propio y exacto, y para qué fin nacisteis en esta vida, aprended un modo de vivir que sea honesto, comprended cuán breve y frágil es la vida y por qué lo sea la humana inconstancia: entended cuál es lo más substancial de las

riquezas, que es lo que se debe desear, y pedid a Dios el provecho y utilidad del dinero con su verdadero uso; y para no ser pródigos ni escasos, aprended lo que se debe dar y emplear en los enemigos y deudos, en los padres y en la patria, y considerad la vocación y estado que Dios os dió, para que viváis contentos con vuestra suerte". Díganos: ¿en qué lugares o templos se acostumbran dictar semejantes preceptos y documentos que enseñasen los dioses, y a donde acudiesen a oírlos las naciones que los adoran, como nosotros podemos señalar iglesias fundadas con este laudable objeto en todas partes que ha sido admitida la religión cristiana?

[4] Según algunos autores se llama Fugia al mes de Junio, porque en el huyó el pueblo romano con motivo de cierto tumulto. Un poco más tarde acaeció la expulsión de los galos de Roma, y por eso este día tan dichoso para la ciudad lo consagraron a la diosa Fugia, por otro nombre, según Hylo, Vitula, y según Pisón, Victoria, cuyas fiestas se celebraban el 6 de Junio. [5] Persio, sátira, 3ª.

Capítulo VII

QUE POCO APROVECHA LO QUE HA INVENTADO LA FILOSOFÍA SIN LA AUTORIDAD DIVINA, PUES A UNO QUE ES INCLINADO A LOS VICIOS, MÁS LE MUEVE LO QUE HICIERON LOS DIOSES QUE LO QUE LOS HOMBRES AVERIGUARON.

7 Y si acaso alegaren en contraposición de lo que llevamos expuesto las famosas escuelas y disputas de los filósofos, digo, lo primero: que estos insignes liceos no tuvieron su origen en Roma, sino en Grecia, y si ya pueden llamarse en la actualidad romanos, porque Grecia ha venido a ser provincia romana y estar sujeta a su imperio, no son preceptos y documentos de los dioses, sino invenciones de los hombres, quienes, poseyendo naturalmente sutilísimos ingenios, procuraron con la fecundidad de su discurso descubrir lo que estaba encubierto en los arcanos de la naturaleza, buscando con la mayor exactitud aquello que se debía desear o huir

en la vida y costumbres; y, por último, que aquel arcano, observando escrupulosamente las reglas del discurso y argumentación, concluía con cierto y necesario enlace de términos, o no concluía, o repugnaba. Algunos de estos célebres filósofos hallaron y conocieron, con el auxilio divino, cosas grandes, así como erraron en otras que no podían alcanzar por la debilidad de conocimientos que por sí posee la humana naturaleza, especialmente cuando a su altanería y caprichos se oponía la divina Providencia; con lo cual se nos hace ver claramente cómo el campo de la piedad y de la religión comienza en la humildad hasta elevarse al cielo, de todo lo cual tendremos después tiempo para discurrir y disputar, si fuese la voluntad de nuestro gran Dios. Con todo, si los filósofos encontraron algunos medios que pueden servir para vivir bien y conseguir la bienaventuranza, ¿con cuánta más razón se les debería haber decretado las honras divinas? ¿Cuánto más decente y plausible fuera se leyeran en el templo sus libros de Platón que no que en los templos de los demonios se castraran los Galos, se consagraran los hombres más impúdicos, se dieran de cuchilladas los furiosos y se ejercieran todos los demás actos de crueldad y torpeza, o torpemente crueles, o cruelmente torpes, que suelen celebrarse en las fiestas y entre las ceremonias sagradas de los dioses? ¿Cuánto más importante sería para instruir y enseñar a la juventud la justicia y buenas costumbres, leer públicamente las leyes de los dioses que alabar vanamente las leyes e instituciones de los antepasados? Porque todos los que adoran a semejantes dioses, luego que les tienta el apetito, como dice Persio [6], abrasados de un vivo fuego sensual, más ponen la mira en lo que Júpiter hizo que en lo que Platón enseñó, o en lo que a Catón le pareció. Por eso leemos en Terencio [7] de un mozo vicioso y distrído que, mirando un cuadro colocado en la pared, donde estaba primorosamente pintado el suceso de que en cierto tiempo Júpiter hizo llover en el regazo de Danae el rocío de oro, fundó en esta alusión la causa y defensa de su torpeza y mala conducta, jactándose que en ella imitaba a un dios. ¿Y a qué dios dice? A aquel que hace

temblar los más altos templos y edificios, tronando desde el cielo; ¿y yo, siendo un puro hombre, no lo había de hacer? En verdad que así lo he ejecutado, y de muy buena gana.

[6] Persio, ib.

[7] Terencio en el Eunuco, acto 3º, escena 5ª.

Capítulo VIII

DE LOS JUEGOS ESCÉNICOS DONDE, AUNQUE SE REFERÍAN LAS TORPEZAS DE LOS DIOSES, ELLOS NO SE OFENDEN, ANTES SE APLACAN.

8 Dirán acaso los defensores de estos falsos dioses que no se enseñan estas obscenidades en las ceremonias sagradas de los dioses como se ven escritas en las fábulas de los poetas. No pretendo decir que aquellas misteriosas ceremonias son aún más obscenas que las del teatro: sólo digo lo mismo que persuade la historia a los que lo niegan, y es, que los juegos escénicos donde reinan las ficciones de los poetas, no los inventaron e introdujeron los romanos en las ceremonias sagradas de sus dioses por motivo de ignorancia, sino que los mismos dioses establecieron que les celebrasen solemnemente estos juegos y los consagrasen en honor suyo, mandándoselo rigurosamente; y, si así puede decirse, obligándolos por fuerza a practicarlo; todo lo cual toqué breve y concisamente en el libro primero: así es que, por autoridad de los pontífices, y con motivo de acrecentarse el cruel azote de la peste, se instituyeron los juegos escénicos en Roma. ¿Quién habrá, pues, que en el orden y método de su vida no juzgue que debe seguir mejor lo que se hace en los juegos escénicos, instituídos por autoridad divina, que lo que se halla escrito en las leyes promulgadas por los hombres? Si los poetas falsamente delinearon y pintaron a Júpiter como adúltero, sin duda que estos dioses, si fuesen cautos, se debían enojar y tomar completa satisfacción de la injuria, pues por medio de estos humanos juegos se les motejaba de una maldad tan execrable, aunque no por eso dejaban

de celebrarla. Y aun esto es lo más tolerable que se halla en los juegos escénicos, digo las comedias y las tragedias, es a saber, las fábulas de los poetas compuestas para representarlas en los espectáculos que contienen en realidad muchas acciones torpes, aunque a lo menos en las palabras no se hallan obscenidades y deshonestidades, y éstas procuran los ancianos que las lean y aprendan los jóvenes entre los estudios que llaman honestos y liberales.

Capítulo IX

DE LO QUE SINTIERON LOS ANTIGUOS ROMANOS SOBRE EL REPRIMIR LA LICENCIA DE LOS POETAS, LA CUAL LOS GRIEGOS, SIGUIENDO EL PARECER DE LOS DIOSES, QUISIERON QUE FUESE LIBRE.

9 Y lo que acerca de estas funciones sintieron los antiguos romanos nos lo dice Cicerón en su libro cuarto de República, donde discutiendo Escipión varias materias, dice: "Jamás las comedias, si no lo exigiera así el actual método de vivir, pudieran conseguir que se admitiesen con aplauso en el teatro sus torpezas" [8]. Algunos griegos antiguos guardaron cierta analogía en su errada opinión, entre quienes permitía la ley que en la comedia dijesen lo que quisiesen, y de quien les pareciera. Por esta razón, en los mismos libros dice Escipión el Africano: "¿Quién ha habido en la comedia que no haya sido zaherido, o, por mejor decir, quien ha escapado de su crítica, o quién se ha visto perdonado?" Y bien que haya ofendido solamente a Cleón, Cleofonte e Hipérbolo, hombres plebeyos de mala vida y sediciosos contra la República. Pasemos, dice, por esto, aunque a semejantes personas fuera mejor que las notara o reprendiera el censor que no el poeta. Pero que a Pericles, después de haber gobernado con suma autoridad y prudencia su República por tantos años, ya habiendo paz, ya guerras continuadas, le ultrajen con sus versos y los reciten en el teatro, es tan impropio como si nuestro

Plauto o Nevio quisieran decir mal de Publio y Neyo Escipión, o Cecilio de Marco Catón" [9]. Poco más adelante dice: "Al contrario, nuestras Doce Tablas, aunque a pocos crímenes impusieron la pena capital [10], les pareció conveniente establecer esta pena, siempre que alguno representase o compusiese versos que causasen nota o infamia a alguno. Sabia constitución es ésta seguramente, ya que debemos tener nuestra vida sujeta a la decisión jurídica y sus legítimas determinaciones, y no a los gracejos y ficciones de los poetas; además de esto, tampoco debemos oír ignominia alguna de boca de otro, sino de modo que podamos contestar y defendernos en juicio". Estas expresiones me pareció conveniente sacarlas de Cicerón en el dicho libro cuarto, dejando algunas expresiones como están, o mudándolas algún tanto para que se entiendan mejor, porque importan mucho, para lo que voy a explicar, si tuviese capacidad para ello. Añade Cicerón después otras particularidades, y concluye el asunto propuesto, manifestando que los antiguos romanos aborrecieron el que a ninguno en vida le alabasen o vituperasen en el teatro. Pero esta libertad, como ya dije, los griegos (aunque con menos pudor y más acierto) quisieron permitirla, advirtiendo que sus dioses gustaban se representasen en las fábulas escénicas las ignominias y abominaciones, no sólo de los hombres, sino también de los dioses, ya fuesen ficciones de poetas, ya fuesen verdaderas maldades de los dioses las que recitaban en los teatros y ¡ojalá que a sus adoradores les pereciesen sólo dignas de ser reídas y no imitadas! Fué sin duda demasiada soberbia y atrevimiento respetar la fama de los principales ciudadanos, cuando sus dioses quisieron no se respetase su propio honor; porque las razones que alegan en su defensa sólo significan no ser cierto lo que dicen contra sus dioses, sino falso y fingido; y por el mismo hecho es mayor maldad, si atendéis al respeto que se debe a la religión. Y si consideráis la malicia de los demonios, ¿qué espíritus puede haber más astutos y sagaces para engañar? Pues cuando se propala una expresión injuriosa contra un príncipe que es bueno y útil a su patria, pregunto:

¿esta acción no es más indigna, cuanto más remota de la verdad y más ajena de su conducta? ¿Y qué castigo, por terrible que sea, será bastante cuando se hace a Dios esta injuria tan atroz?

[8] Cic. de Rep., 1, 4, 10.

[9] Cic. ib.

[10] Es bien sabido cómo entre los antiguos romanos eran muy pocos los delitos que se castigaban con la pena de muerte, y muchos menos todavía desde que la ley Porcia prohibía quitar la vida a los ciudadanos romanos, permitiendo solamente el destierro.

Capítulo X

DE LA ASTUCIA DE LOS DEMONIOS PARA ENGAÑARNOS, QUERIENDO QUE SE CUENTEN SUS CULPAS, FALSAS O VERDADERAS.

10 Pero los malignos espíritus, a quienes tienen por dioses, se complacen en que se cuenten de ellos aun las obscenidades que nunca cometieron, a trueque de empeñar y trabar las almas de los hombres con semejantes opiniones como con redes, y llevarlos consigo a los tormentos que les están aparejados; ya las hayan cometido hombres a quienes desean los tengan por dioses los que se lisonjean en la ceguedad e ignorancia humana, y con el fin de que los adoren también por tales, se entremeten con infinitas cautelas y artificios perjudiciales y engañosos; ya no hayan sido realmente cometidas por hombre alguno, las cuales gustan los espíritus falaces que se finjan de los dioses, a fin de que parezca hay autoridad bastante para cometer torpezas y obscenidades, viendo que al parecer traen su derivación y ejemplo del mismo cielo a la tierra. Viendo, pues, los griegos que servían a tales dioses, que en los teatros se representaban semejantes ignominias contra la santidad de sus dioses, no les pareció era razón les perdonasen de modo alguno los poetas, ya fuese por querer aún en esto asemejarse a sus dioses, o por temer que, pretendiendo mejor fama y prefiriéndose por este motivo a ellos, los enojasen y provocasen su ira. Y esta es la razón de la razón por qué a los autores

y representantes escénicos de estas fábulas los tenían por merecedores de las honras y cargos más importantes de la ciudad; pues como se refiere en el citado libro de República, el elocuentísimo ateniense Esquines, después de haber representado tragedias en su juventud, entró en el gobierno de la República; y Aristodemo, autor también trágico, fué enviado en varias ocasiones por los atenienses en calidad de embajador al rey Filipo de Macedonia, sobre negocios gravísimos de paz y guerra. Porque estaban persuadidos de que no era razón tener por infames a los mismos que representaban los juegos escénicos, de los cuales veían que gustaban sus dioses. Capítulo XI

Cómo entre los griegos admitieron a los autores escénicos al gobierno de la República, porque les pareció no era razón menospreciar a aquellos por cuyo medio aplacaban a los dioses.

11 Esta política, aunque torpe, la seguían los griegos por ser muy conforme al placer de sus dioses, sin atreverse a eximir la vida y costumbres de sus ciudadanos de las mordaces lenguas de los poetas y farsantes, observando estaba sujeta a sus dicterios y represensión la de los dioses. Fundados en estos principios, creyeron que no solamente no debían despreciar a los hombres que representaban en el teatro estas impiedades, de que se agradaban sus dioses, a quienes adoraban; antes por el contrario, debían honrarlos con más distinción; ¿pues qué causa podían hallar para tener por honrados a los sacerdotes por cuyo ministerio ofrecían sacrificios agradables a los dioses y al mismo tiempo tener por viles a los autores escénicos por cuyo medio sabían tributaban a los dioses aquel honor que ellos habían establecido? Y más cuando así lo pedían los dioses, y aun se enojaban cuando suspendían tales funciones; y, lo que es más, advirtiendo que el erudito Labeón, hace también distinción de cultos entre los dioses buenos y los malos, diciendo que los malos se aplacan con sangre y con sacrificios tristes y los buenos con servicios alegres y placenteros, como son, según afirma, los juegos, banquetes

y mesas que preparaban a los dioses en los templos, de todo lo cual hablaremos después particularmente, si Dios nos lo permite. Ahora, lo que se refiere al asunto de que vamos tratando es que, ya atribuyan a los dioses indiferentemente y sin distinción de buenos y de malos, todas las operaciones como si fuesen todos buenos (porque no es razón que sean los dioses malos, aunque por ser todos espíritus inmundos todos son malos), ya les sirvan, como le pareció a Labeón, con cierta distinción, señalando para los unos ciertos ritos y ceremonias y para los otros otras diferentes, diremos que con justa causa los griegos tienen por honrados así a los sacerdotes por cuyo misterio se les ofrece el sacrificio como a los autores escénicos, por cuyo medio se les celebran los juegos; pues así no pueden acusarles de que agravian, o generalmente a todos los dioses, si es que todos gustan de los juegos, o, lo que sería más indigno, a los que tienen por buenos, si únicamente éstos son aficionados a tales diversiones.

Capítulo XII

QUE LOS ROMANOS, CON QUITAR A LOS POETAS LA LIBERTAD CONTRA LOS HOMBRES QUE LES CONCEDIERON CONTRA LOS DIOSES, SINTIERON MEJOR DE SÍ QUE DE SUS DIOSES.

12 Pero los romanos, como se gloría Escipión en la mencionada obra de República, no quisieron tener expuesta su vida y fama a los dicterios e injurias de los poetas, antes por el contrario, impusieron la pena capital contra cualquiera que se atreviese a hacer semejantes poemas, la cual ley sin duda promulgaron en favor suyo y con sobrado fundamento; mas respecto de sus dioses, esta constitución era irreligiosa y contraria a su decoro, y el motivo de esta indolencia pudo consistir en que, como observasen que sus dioses sufrían, no sólo con paciencia, sino con placer, ser tratados de los poetas con denuestos e injurias, presumieron asimismo eran indignos de los dicterios con que se profanaba la autoridad de los dioses, y para esto se abroquelaron con una sanción tan rigurosa, permitiendo, sin

embargo, el que se mezclasen en las solemnidades y fiestas las afrentas con que injuriaban a los dioses. ¡Qué sea posible, Escipión, que alabes y encarezcas el haber prohibido a los poetas romanos la licencia de que no puedan notar con ignominia a ningún ciudadano romano, viendo que ellos no han perdonado a ninguno de vuestros dioses! ¿Es posible que os haya parecido más estimable la reputación de vuestro Senado que la del Capitolio, o por mejor decir, la de toda Roma más que la de todo el cielo, que prohibieses severamente por medio de una autorizada sanción a los poetas vomitasen la ponzoña de sus lenguas contra el honor de vuestros ciudadanos, y el que sin temor del castigo y contra la majestad de sus mismos dioses pudiesen zaherirles con sus frecuentes dicterios y afrentas ningún senador, ningún censor, ningún príncipe, ningún pontífice lo prohiba? Fué por cierto reprensible que Plauto y Nevio hablasen mal de Publio, y Neyo Escipión y Cecilio de Marco Catón; pero ¿por qué reputáis por una acción justa y calificada el que vuestro Terencio, refiriendo el delito de Júpiter Optimo Máximo, excitase el apetito sensual de la juventud?

Capítulo XIII

QUE DEBÍAN ECHAR DE VER LOS ROMANOS QUE SUS DIOSES, QUE GUSTABAN LOS HONRASEN CON TAN TORPES JUEGOS Y SOLEMNIDADES, ERAN INDIGNOS DEL CULTO DIVINO.

13 Parece que, si viera Escipión, acaso me respondería: "¿Cómo hemos de querer nosotros se castiguen aquellos crímenes que los mismos dioses constituyeron por ritos sagrados, cuando no sólo introdujeron en Roma los juegos escénicos, en los cuales se celebran, dicen, y representan semejantes indecencias, sino que mandaron también que se les dedicasen e hiciesen en honra suya?" Pero, ¿y cómo instruídos en estos principios no llegaron a comprender que no eran verdaderos dioses, ni de modo alguno dignos de que la República les diese el honor y culto que se debe a Dios? Porque

aquellos mismos que debían, por justas causas, no reverenciarlos, si hubieran deseado que se representaran los juegos escénicos con afrenta de los romanos, pregunto: ¿cómo los tuvieron por dioses y creyeron dignos de adorarlos? ¿Cómo no echaron de ver que eran espíritus abominables, que, con ansia de engañarlos, les pidieron que en honra suya les celebrasen sus torpezas y crímenes abominables? Además de esto, los romanos, aunque estaban ya bajo el yugo de una religión tan perversa que les inclinaba a dar culto a unos dioses que veía habían querido les consagrasen las representaciones obscenas de los juegos escénicos; con todo, mirando a su autoridad y decoro, no quisieron honrar a los ministros y representantes de semejantes fábulas, como lo ejecutaron los griegos, sino que, comno dice Escipión y refiere Cicerón , considerando el arte de los cómicos y el teatro como ejercicio ignominioso, no solamente no quisieron que sus actores gozasen de los privilegios y honores comunes a los demás ciudadanos romanos, sino que hasta los privaron de su tribu, conforme a lo resuelto en la visita que practicaron los censores. Determinación verdaderamente prudente y digna de que se refiera entre las alabanzas de los romanos, pero yo quisiera que se siguiera a sí misma y se imitara a sí propia en tan acertadas decisiones: porque, reflexionad un poco: ¿está muy bien ordenado que a cualquiera ciudadano romano que eligiese el oficio de los farsantes, no sólo no le admitiesen a la obtención de honor alguno, sino que por orden del censor no le dejasen siquiera permanecer en su propia tribu? ¡Oh glorioso decreto de una ciudad esclarecida, tan deseosa de alabanza como en el fondo verdaderamente romana! Pero, respóndanme: ¿qué motivo tuvieron para privar a los escénicos de todos los cargos de la ciudad, y, sin embargo, los mismos juegos los dedicaron al honor de sus dioses? Pasaron ciertamente muchos años [11] en que la virtud romana no conoció los ejercicios del teatro, los cuales, si los hubieran buscado por humana diversión, su introducción sin duda hubiera procedido del vicio y relajación de las costumbres humanas; pero no nacieron de este principio: los dioses mismos fueron los que pidieron

se les sirviese con ellos; y a vista de este particular precepto, ¿cómo menosprecian al actor por cuyo ministerio se sirve a Dios? ¿Y con qué valor se tacha y castiga al que representa la fábula en el teatro al mismo tiempo que se adora al que lo pide? En esta controversia se hallan desavenidos en sus dictámenes los griegos y los romanos. Los griegos opinan que hacen bien en honrar a los actores, supuesto que adoran a los dioses que les piden tales juegos, y los romanos no consienten que se deslutre y desacrediten con los actores una tribu de gente plebeya, cuanto más el orden de los senadores [12]. Mas en esta disputa se resuelve el punto de la cuestión con este argumento: proponen los griegos: si han de adorarse los tales dioses, por la misma razón debe honrarse a los que ejecutan sus juegos; resumen los romanos: ahora bien, de ningún modo se debe dar honor a tales hombres. Concluyen los cristianos: luego por ninguna razón se debe adorar tales dioses.

[11] Se cree que unos cuatrocientos.

[12] En Roma eran tres las clases sociales: la de los senadores, la de los caballeros y la de la plebe.

Capítulo XIV

QUÉ PLATÓN, QUE NO ADMITIÓ A LOS POETAS EN UNA CIUDAD DE BUENAS COSTUMBRES, ES MEJOR QUE LOS DIOSES QUE QUISIERON LOS HONRASEN CON JUEGOS ESCÉNICOS.

14 Pregunto aún más: ¿Por qué razón no hemos de tener por infames, como a los actores, a los mismos poetas que componen estas fábulas, a quienes por la ley de las Doce Tablas se les prohibe el ofender la fama de los ciudadanos y se les permite lanzar tantas ignominias contra los dioses? ¿Cómo puede caber en una razón rectamente dirigida, y menos en la justicia, que se tengan por infames los actores y los dioses, y al mismo tiempo se honre a los autores? ¿Acaso en este particular hemos de dar la gloria al griego Platón, quien, fundando una ciudad tal cual era conforme a razón, fué de

parecer se desterrasen de ella los poetas como enemigos de la tranquilidad pública? Platón no pudo sufrir las injurias que se hacían a los dioses; pero tampoco quiso que se estragasen los ánimos de los ciudadanos con ficciones y mentiras. Cotejemos ahora la condición humana de Platón, que destierra a los poetas de la ciudad porque no seduzcan a los ciudadanos con falsas imágenes, con la divinidad de los dioses, que desean y piden que los honren con los juegos escénicos. Platón, aunque no lo persuadió, con todo, disertando sobre estos puntos y atendiendo a la disolución y lascivia de los griegos, aconsejó que no se escribiesen semejantes obscenidades. Pero los dioses, mandándolo expresamente, obligaron con toda su autoridad y aún hicieron que la gravedad y modestia de los romanos les representase tales funciones; y no se contentaron precisamente con que se les recitasen semejantes torpezas, sino que quisieron se las dedicasen y solemnemente se las celebrasen. ¿Y a quién con más justa causa debía mandar la ciudad romana se tributasen honores como a dios, a Platón que prohibía estas maldades y abominaciones o a los demonios que gustaban de estos delirios de los hombres, a quienes Platón no pudo desengañar, ni persuadir la verdad? Fundado en estas razones, Labeón opinó que debíamos colocar y contar a Platón entre los semidioses [13], como a Hércules y Rómulo; y respecto de los semidioses, les pospone o coloca en el orden siguiente a los héroes, aunque a unos y otros coloca entre los dioses; pero Platón, a quien llama semidiós, no dudo debe ser preferido y antepuesto no sólo a los héroes, sino a los mismos dioses. Las leyes de los romanos corresponden de algún modo con la doctrina de Platón, en cuanto éste condena absolutamente todas las ficciones poéticas; y ciertamente quitan a los poetas la licencia de infamar directamente a los hombres. Platón extermina y prohibe a los poetas el habitar en la ciudad [14], y los romanos destierran a los actores y les cierran el paso para poder subir a los honores y prerrogativas correspondientes a los demás ciudadanos; y si del mismo modo se atrevieran con los dioses que desean y resuelven los juegos escénicos, acaso lograran exterminarlos

del todo: luego de ninguna manera pudieran esperar los romanos de sus dioses leyes bien combinadas para establecer las buenas costumbres o para corregir las malas; antes los vencen y convencen con sus desatinadas constituciones; porque ellos les piden los juegos escénicos en honra suya, y éstos privan de todos los honores correspondientes a su estado a los actores escénicos. Ordenan los romanos igualmente que se celebren por medio de las ficciones poéticas las acciones abominables de los dioses, y al mismo tiempo refrenan la libertad de los poetas, prohibiéndoles injuriar a los hombres. Pero el semidiós Platón no sólo se opuso al apetito descabellado de los dioses, sino que enseñó cuál era lo más conforme a la índole natural de los romanos, pues no quiso habitasen en una ciudad tan bien formada los mismos poetas, o los que, por mejor decir, mentían a su albedrío o proponían a los hombres acciones injustas que imitasen o representasen los crímenes de sus dioses. Nosotros no defendemos que Platón es dios, ni semidiós, ni le compararemos a los ángeles buenos del verdadero Dios, ni a los profetas, ni a los apóstoles, ni a los mártires de Jesucristo, ni a algún hombre cristiano, y la razón de este dictamen la daremos en su lugar, pero con todo, supuesto que quieren sostener fué semidiós, me parece debemos anteponerle, si no a Rómulo y a Hércules (aunque de Platón no ha habido historiador alguno o poeta que diga o finja que dió muerte a su hermano, ni haya cometido otra maldad), por lo menos debe ser preferido a Priapo o a un Cinocéfalo, o, finalmente, a la fiebre, que son dioses que los temían los romanos, parte de otras naciones y parte los consagraban ellos propios. ¿Y de qué modo habían de prohibir el culto de semejantes dioses, y menos oponerse con sabios preceptos y leyes a tantos vicios como los que amenazan al corazón humano y a las costumbres del hombre? ¿O cómo habían de extirpar aquellos que naturalmente nacen y están arraigados en él? Mas por el contrario, todos éstos procuraron fomentar y aun acrecentar, queriendo que tales torpezas, suyas, o como si lo fuesen, se divulgasen por el pueblo por medio de las fiestas y juegos del

teatro, para que como con autoridad divina se encendiese naturalmente el apetito humano, no obstante estar clamando contra este desenfreno en vano Cicerón, quien, tratando de los poetas, "a los cuales, como les divierten, dice, la voz y el aplauso del pueblo, como si fuese un perfecto y eminente maestro, ¡qué de tinieblas introducen!, ¡cuántos miedos infunden!, ¡qué de pasiones y apetitos inflaman!" [15].

[13] Los romanos dividían a los dioses en tres clases: sumos dioses, semidioses y héroes ínfimos; los semidioses eran los nacidos de hombre y dios, como Rómulo, Hércules, etc. [14] En los antiguos Códices de Brujas y Colonia se lee que Platón prohibió a los poetas vivir en su ciudad y que los romanos hicieron lo mismo con los que representaban tales fábulas. [15] Tusc., 3.

Capítulo XV

QUE LOS ROMANOS HICIERON PARA SÍ ALGUNOS DIOSES, MOVIDOS, NO POR RAZÓN, SINO POR LISONJA.

15 Y ¿qué razón tuvo esta nación belicosa para adoptarse estos dioses, que no fuese más una pura lisonja en la elección que hicieron de ellos, aun de los mismos que eran falsos? Pues a Platón, a quien respetan por semidiós (que tanto estudió y escribió sobre estas materias, procurando que las costumbres humanas no adoleciesen ni se corrompiesen con los males y vicios del alma, que son los que principalmente se deben huir), no le tuvieron por digno de un pequeño templo, y a Rómulo le antepusieron a muchos dioses, no obstante que la doctrina que ellos consideran como misteriosa y oculta le celebre más por semidiós que por dios, y en esta conformidad le crearon también un sacerdote que llamaban Flamen, cuya especie de sacerdocio fué tan excelente y autorizado en las funciones y ceremonias sagradas de los romanos, que usaban la insignia de una birreta de mitra, la que usaban los tres flámines que servían a los tres dioses, como eran un flamen dial para Júpiter, otro

marcial para Marte y otro quirinal para Rómulo; pero habiendo canonizado a éste, y habiéndole colocado en el cielo como por dios en atención a lo mucho que le estimaban sus ciudadanos, se llamó después Quirino, y así con esta honra quedó Rómulo preferido a Neptuno y a Plutón, hermanos de Júpiter, y al mismo Saturno [16], padre de éstos, confiriéndole como a dios grande el sumo sacerdocio que habían dado a Júpiter y Marte, como a su padre, y quizá por su respeto.

[16] Saturno fué quien introdujo la costumbre de sacrificar víctimas humanas; del cual habla con erudición Feijoo en la carta 42.

Capítulo XVI

QUE SI LOS DIOSES TUVIERAN ALGÚN CUIDADO DE LA JUSTICIA, DE SU MANO DEBIERAN RECIBIR LOS ROMANOS LEYES PARA VIVIR, ANTES QUE PEDIRLAS PRESTADAS A OTRAS NACIONES.

16 Si pudieran los romanos haber obtenido de sus dioses leyes para vivir y gobernarse, no hubieran ido algunos años después de la fundación de Roma a pedir a los atenienses, que les prestasen las leyes de Solón, aunque de éstas tampoco usaron del modo que las hallaron escritas, sino que procuraron corregirlas y mejorarlas conforme a sus usos; no obstante que Licurgo fingió había dispuesto que las leyes que dió a los lacedemonios con autoridad del oráculo de Apolo, lo cual, con justa razón, no quisieron creer los romanos, y por eso no las admitieron en todas sus partes. Numa Pompilio, que sucedió a Rómulo en el reino, dicen que promulgó algunas leyes, las cuales no eran suficientes para el gobierno de su estado, y al mismo tiempo estableció varias ceremonias del culto religioso; pero no aseguran que estos estatutos los recibiesen de mano de sus dioses; así éstos no cuidaron de que sus adoradores no poseyesen los vicios del alma, de la vida y de las costumbres, que son tan grandes, que algunos doctos romanos afirman que con estos males perecen las

repúblicas, estando aun las ciudades en pie; antes, procuraron, como dejamos probado, el que se acrecentasen.

Capítulo XVII

DEL ROBO DE LAS SABINAS Y DE OTRAS MALDADES QUE REINARON EN ROMA, AUN EN LOS TIEMPOS QUE TENÍAN POR BUENOS.

17 Pero diremos acaso que el motivo que tuvieron los dioses para no dar leyes al pueblo romano fué, porque, como dice Salustio, la justicia y equidad reinaba entre ellos no tanto por las leyes cuanto por su buen natural; y yo creo que de esta justicia y equidad provino el robo de las sabinas; porque ¿qué cosa más justa y más santa hay que engañar a las hijas de sus vecinos, bajo el pretexto de fiestas y espectáculos, y no recibirlas por mujeres con voluntad de sus padres, sino robarlas por fuerza, según cada uno podía? Porque si fuera mal hecho el negarlas los sabinos cuando se las pidieron, ¿cuánto peor fué el robarlas, no dándoselas? Más justa fuera la guerra con una nación que hubiera negado sus hijas a sus vecinos por mujeres después de habérselas pedido, que con las que pretendían, después se las volviesen por habérselas robado. Esto hubiera sido entonces más conforme a razón, pues, en tales circunstancias. Marte pudiera favorecer a su hijo en la guerra, en venganza de la injuria que se les hacía en negarles sus hijas por mujeres, consiguiendo de este modo las que pretendía; porque con el derecho de la guerra, siendo vencedor, acaso tomaría justamente las que sin razón le habían negado: lo que sucedió muy al contrario _ ya que sin motivo ni derecho robó las que no le habían sido concedidas _, sosteniendo injusta guerra con sus padres, que justamente se agraviaron de un crimen tan atroz. Sólo hubo en este hecho un lance que verdaderamente pudo tenerse por suceso de suma importancia y de mayor ventura, que aunque, en memoria de este engaño permanecieron las fiestas del Circo, con todo, este ejemplo no se aprobó en aquella magnífica ciudad; y fué, que los romanos

cometieron un error muy craso, más en haber canonizado por su dios a Rómulo, después de ejecutado el rapto, que en prohibir que ninguna ley o costumbre autorizase el hecho de imitar semejante robo. De esta justicia y bondad resultó, que después de desterrados el rey Tarquino y sus hijos, de los cuales Sexto había forzado a Lucrecia, el cónsul Junio Bruto hizo por fuerza que Lucio Tarquino Colatino, marido de Lucrecia, y su compañero en el consulado, hombre inocente y virtuoso, que sólo el nombre y parentesco que tenía con los Tarquinos renunciase el oficio, no permitiéndole vivir en la ciudad, cuya acción fea efectuó con auxilio o permisión del pueblo, de quien el mismo Colatino había recibido el consulado, así como Bruto. De esta justicia y bondad dimanó que Marco Camilo, varón singular de aquel tiempo, que al cabo de diez años de guerra, en que el ejército romano tantas veces había tenido tan funestos sucesos que estuvo en términos de ser combatida la misma Roma, venció con extraordinaria felicidad a los de Veyos, acérrimos enemigos del pueblo romano, ganándoles su capital; pero siendo examinado Camilo en el Senado sobre su conducta en la guerra, la cual determinación extraña motivó el odio implacable de sus antagonistas y la insolencia de los tribunos del pueblo, halló tan ingrata la ciudad que le debía su libertad, que, estando seguro de su condenación, se salió de ella, desterrándose voluntariamente; y a pesar de estar ausente multaron en 10.000 dineros a aquel héroe, que nuevamente había de volver a librar a su patria de las incursiones y armas de los galos. Estoy ya fastidiado de referir relaciones tan abominables e injustas con que fué afligida Roma, cuando los poderosos procuraban subyugar el pueblo y éste rehusaba sujetarse; procediendo las cabezas de ambos partidos más con pasión y deseo de vencer, que con intención de atender a los que era razón y justicia.

Capítulo XVIII

LO QUE ESCRIBE SALUSTIO DE LAS COSTUMBRES DE LOS ROMANOS, ASÍ DE LAS QUE ESTABAN REPRIMIDAS CON EL MIEDO, COMO DE LAS QUE ESTABAN SUELTAS Y LIBRES CON LA SEGURIDAD.

18 Seré, pues, breve, y me aprovecharé del incontestable testimonio de Salustio, quien, habiendo dicho en honor de los romanos (que es de donde empezamos nuestra exposición), que la justicia y bondad entre ellos florecía no tanto por las leyes cuanto por su buen natural, celebrando la gloriosa época en que, desterrados los reyes, creció insensiblemente y en breve tiempo aquella admirable ciudad; sin embargo, el mismo Salustio, en el libro primero de su historia [17] y en las primeras páginas, confiesa que, casi en el mismo instante en que extinguido el poder real se estableció el consular, padeció la República considerables vejaciones y agravios de los poderosos; por lo que resultaron divisiones entre el pueblo y los senadores, sin referir las discordias y daños que en seguida acaecieron;pues habiendo dicho cómo el pueblo romano había vivido con laudables costumbres y mucha concordia, aun en aquellos tiempos calamitosos en que la segunda y última guerra de Cartago atrajo considerables males, y habiendo asimismo expuesto que la causa de esta felicidad fué no el amor de la justicia, sino el miedo de la poca seguridad de la paz que había mientras vivía Cartago en su grandeza, que era la razón porque también Nasica no quería se destruyera a Cartago, para de este modo reprimir la disolución, conservar las buenas costumbres y refrenar con el miedo los vicios, añade: "Pero la discordia, la avaricia, la ambición y los demás vicios y desgracias que suelen resultar de las prosperidades, crecieron extraordinariamente después de la destrucción de Cartago, para que entendiésemos que antes no sólo solían nacer, sino igualemnte crecer, los vicios"; y dando la razón por qué se explica en estos términos, prosigue diciendo: "Porque hubo vejaciones y agravios que cometían los poderosos, de donde procedía la división entre los senadores y el

pueblo, y otras discordias domésticas en el principio, cuando apenas había cesado la autoridad de los reyes, viviendo los hombres con equidad y modestia mientras duró el miedo de Tarquino y la peligrosa guerra con los etruscos". ¿Veis cómo también el miedo fué la causa de haber vivido un espacio de tiempo tan corto, después de desterrados los reyes, con alguna equidad y honestidad; pues se temía la guerra que el rey Tarquino, despojado del reino, excitaba, y hacía contra los romanos, aliado de los etruscos? Advierte, pues, ahora lo que añade en seguida: "Comenzaron los padres a tratar al pueblo como a esclavo, disponiendo de su vida y de sus espaldas [18], al modo que acostumbraban los reyes, defraudándolos del repartimiento de los campos [19], quedándose ellos solos con el gobierno y autoridad, sin conferir con los demás parte alguna. Oprimido el pueblo con un gobierno tan tiránico, y principalmente con el peso de las deudas y usuras, sufriendo igualmente con la continuación de las guerras el tributo y la milicia, se amotinó y acudió armado al monte Sacro y al Aventino, donde eligió para su gobierno tribunos de la plebe y estableció varias leyes; no teniendo otro fin más feliz las discordias de uno y otro bando que la segunda guerra Púnica. ¿Véis desde qué tiempo, esto es, poco después de ser desterrados los reyes, cómo se portaron entre sí los romanos, de quienes dice que la justicia y bondad valía entre ellos, no tanto por las leyes como por su buen natural? Pues si vemos que fueron tales aquellos tiempos en que dicen fué virtuosa, inocente y hermosa la República romana, qué nos parece podemos ya decir o pensar de aquellos célebres romanos que les sucedieron, en cuya época, habiéndose transformado paulatinamente (para usar de los términos del mismo historiador), de hermosa y buena se hizo muy mala y disoluta es a saber: después de la destrucción de Cartago, como lo insinuó el mismo Salustio; y del modo que este historiador recopila y describe estos tiempos que pueden examinarse en su historia, es fácil observar con cuánta malicia y corrupción de costumbres, nacida de las prosperidades, se fueron corrompiendo hasta el desdichado tiempo de las guerras

civiles. Desde esta época, dice, las costumbres de los antepasados, no poco a poco, como antes, sino como un arroyo que se precipita se relajaron en tanto grado y la juventud se estragó tanto con las galas, deleites y avaricia [20], que con razón se dijo de ella que había nacido una gente que no podía tener hacienda, ni sufrir que otros la tuviesen. Dice Salustio muchas cosas acerca de los vicios de Sula y de los demás desórdenes de la República, en lo que convienen todos los escritores, aunque se diferencian mucho en la elocuencia. Ya véis, a lo que entiendo, y cualquiera persona que quiera advertirlo fácilmente podrá notar, la relajación y corrupción de costumbres en que estaba sumergida Roma antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo. Acaeció, pues, esta desenfrenada disolución no sólo antes que Cristo encarnase y predicase personalmente su divina doctrina, sino también aun antes que naciese de la Virgen Santísima; y supuesto no se atrevieron a imputar los graves males acaecidos por aquellos tiempos, ya fuesen los tolerables al principio, o los intolerables y horribles sucedidos después de la destrucción de Cartago; no atreviéndose, digo, a imputarlos a sus dioses, que con maligna astucia sembraban en los humanos corazones unas opiniones y principios prevaricadores de donde naciesen semejantes vicios, ¿por qué tienen la osadía de atribuir los males presentes a Cristo, quien por medio de una doctrina sana nos libra por una parte de la adoración de los falsos y seductores dioses, y por otra, abominando, y anatematizando con autoridad divina esta perjudicial y contagiosa codicia de los hombres, poco a poco va entresacando de todas las partes del mundo corrompidas, y aun destruídas con estos males, su dichosa familia, para ir estableciendo y fundando con ella la ciudad que es eterna y verdaderamente gloriosa, no por voto y común aplauso de la humana vanidad, sino a juicio de la misma verdad, que es Dios?

[17] De la Historia de Salustio no quedan sino algunos fragmentos. [18] Dice "de sus espaldas", porque entre los romanos el condenado a morir era primero azotado con varas; y si el delito no era muy grande,

solamente se le azotaba. [19] Los ricos, cuyos campos había adquirido el pueblo, los recibían del Senado a nombre de la República para cultivarlos, hasta que por medio de continuas injusticias lograron excluir del todo al pueblo. Por eso precisamente se promulgaron las leyes agrarias. [20] Salustio, Cicerón, Tito Livio y Polonio declamaron con la mayor energía contra este despilfarro, de que aquí se habla.

Capítulo XIX

DE LA CORRUPCIÓN QUE HUBO EN LE REPÚBLICA ROMANA ANTES QUE CRISTO PROHIBIESE EL CULTO DE LOS DIOSES.

19 Y ved aquí cómo la República romana (lo cual no soy yo el primero que lo digo, sino que sus cronistas de quienes a costa de muchas tareas y molestias lo aprendimos, lo dijeron muchos años antes de la venida de Cristo) poco a poco se fué mudando, y de hermosa y virtuosa se convirtió en mala y disoluta. Ved aquí cómo antes de la gloriosa venida del Salvador, y después de la destrucción de Cartago, las costumbres de sus antepasados, no paulatinamente como antes, sino como una rápida avenida de un arroyo, se entregaron y relajaron en tanto grado, que la juventud se corrompió con la superfluidad de las galas, deleites y codicia. Léannos algunos preceptos que hayan promulgado sus dioses contra el lujo, regalo y ambición del pueblo romano, a quien ojalá hubieran callado las cosas santas y modestas y no le hubieran pedido también las torpes y abominables, para acreditarlas mediante el oráculo de su falsa divinidad con más daño de sus adoradores. Lean los nuestros, así los profetas como el santo Evangelio, los hechos apostólicos y las epístolas canónicas, y observarán en todos estos admirables escritos gran abundancia y copia de máximas saludables y de persuaciones convincentes, predicadas al pueblo mediante el influjo del espíritu divino, contra la avaricia y la lujuria, no excitando el ruidoso estrépito y vocería que se oye a los filósofos desde sus cátedras, sino tronando como desde unos oráculos y nubes de Dios, y, sin embargo,

no imputan a sus dioses el haberse convertido la República antes de la venida de Cristo en disoluta y perversa, con los fuertes incentivos del deleite, del lujo, del regalo y con costumbres tan torpes como sanguinarias, antes bien, cualquiera aflicción que sufre en la presente situación su soberbia y molicie, la atribuyen al influjo de la religión cristiana, cuyos preceptos sobre las costumbres sanas y virtuosas, si los oyesen y juntamente se aprovechasen de ellos los reyes de la tierra, los jóvenes y las doncellas y todas las naciones juntas, los príncipes y los jueces de la tierra, los ancianos y los mozos, todos los de edad capaz de juicios, hombres y mujeres, y aquellos a quienes habla San Juan Bautista [21], los mismos publicanos y soldados, no sólo ilustraría y adornaría la República con su felicidad las tierras de esta vida presente, sino que subiría a la cumbre de la vida eterna para reinar eternamente y con perpetua dicha; pero por cuanto uno lo oye y otro lo desprecia, y los más son aficionados más a la perniciosa condescendencia y atractivo de los vicios que al importante rigor y aspereza de las virtudes, se les notifica y manda a los siervos de Jesucristo que tengan paciencia y sufran, ya sean reyes, príncipes, ya jueces, soldados, de provincias, ricos, pobres, libres, esclavos, de cualquier condición que sean, hombres y mujeres, que toleren, digo (si así conviene) aun a la República más disoluta y perversa, y que con este sufrimiento granjearán y conseguirán un elevado y distinguido lugar en aquella santa y augusta Corte de los Angeles y República celestial, cuyas leyes y ordenanzas son la misma voluntad de Dios.

[21] Lc., 3, 12 s 99.

Capítulo XX

CUÁL ES LA FELICIDAD DE QUE QUIEREN GOZAR Y LAS COSTUMBRES CON QUE QUIEREN VIVIR LOS QUE CULPAN LOS TIEMPOS DE LA RELIGIÓN CRISTIANA.

20 Aunque los que aprecian y adoran a los dioses, cuyos crímenes y maldades se lisonjean de imitar, de ningún modo procuran atender a la conservación de una República mala y disoluta, con tal que ésta exista o que florezca en abundancia de bienes y gloriosas victorias; o lo que es mayor felicidad, con tal que goce de una paz segura y estable ¿qué nos importa a nosotros? Antes bien, lo que a cada uno interesa más es que cualquiera aumente continuamente sus riquezas, con las cuales haya para sostener los diarios gastos, y, del mismo modo, el que fuese más poderoso pueda sujetar igualmente a los más necesitados, o que obedezcan a los ricos los más pobres, sólo para conseguir la comida y aliviar su necesidad, y para que a la sombra de su amparo gocen del ocio y de la quietud, y se sirvan los ricos de los indigentes para sus ministerios respectivos, y para la ostentación de su pompa y fausto; que el pueblo aplauda, no a los que le persuaden lo que le importa, sino a los que le proporcionan gustos y deleites: que no se les mande cosa dura, ni se les prohiba cosa torpe; que lor reyes no atiendan a si son buenos y virtuosos sus vasallos, sino a si obedecen sus órdenes; que las provincias sirvan a los reyes, no como a gobernadores o primeros directores de sus costumbres, sino como a señores o dueños absolutos de sus haciendas, y como a proveedores o dispensadores de sus deleites y regalos, y al mismo tiempo que los honren y reverencien, no sinceramente o de corazón, sino que los teman servilmente; que castiguen severamente las leyes, primero lo que ofende a la vida ajena que lo que daña a la vida propia; que a ninguno lleven a la presencia del juez, sino al que fuere perjudicial a los bienes, casa o salud ajena o fuere importuno o nocivo por sus costumbres relajadas; que en lo demás, con sus afectos o deudos, o de los haberes de éstos, o de cualesquiera que condescendiere haga cada

uno lo que más le agradare; que asimismo haya abundancia de mujeres públicas, para que todos los que quisieren participar de ellas, o particularmente para los que no pueden tenerlas en su casa; que se edifiquen grandes, magníficas y suntuosas casas donde se frecuenten los saraos y convites, y donde, según le pareciere a cada uno, de día y de noche juegue, beba, se divierta, gaste y triunfe; que continúen sin interrupción los bailes, hiervan los teatros con el aplauso y voces de alegría; que se conmuevan con la representación de actos deshonestos y todo género de deleites tan abominables y torpes, y que sea tenido por enemigo público el que no gustare de esta felicidad; que a cualquiera que intentase alterarla o quitarla puedan todos libremente echarle a donde no le oigan, le destierren donde no sea visto y le saquen de entre los vivientes; que sean tenidos por verdaderos dioses los que procuraron que el pueblo consiguiese esta felicidad, y, conseguida, supieron inventar medios para conservársela; que los reverencien y tributen del modo que les fuera más agradable; que pidan los juegos y fiestas que fuesen de su voluntad y pudiesen alcanzar de sus adoradores, con tal que procuren con todo su esfuerzo que esta felicidad momentánea esté segura de las invasiones del enemigo, de los funestos efectos del contagio y de cualquiera otra calamidad; ¿y quién de sano juicio habrá que quiera comparar esta República, no digo yo con el Imperio Romano, sino con la casa de Sardanápalo [22], quien siendo por algún tiempo rey de los asirios, se entregó con tanta demasía a los deleites que mandó se escribiese en su sepulcro que después de muerto sólo consevaba lo que había devorado y consumido en vida su torpe apetito? Si la suerte hubiera dado a los romanos por rey a Sardanápalo, y contemporizara y disimulara estas torpezas sin contradecirles de modo alguno, sin duda de mejor gana le consagraran templo y flamen que los antiguos romanos a Rómulo.

[22] Sardanápalo fué el último rey de los asirios, cuyo epitafio puede verse en Tusc., 5, 35.

Capítulo XXI

LO QUE SINTIÓ CICERÓN DE LA REPÚBLICA ROMANA.

21 Pero si no hicieron caso del erudito escritor, que llamó a la República romana mala y disoluta, ni cuidan de que esté poseída de cualesquiera torpezas y costumbres abominables y corrompidas, con tal que exista y persevere: digan cómo no sólo se hizo procaz y disoluta, como dice Salustio, sino que, según enseña Cicerón, en aquella época había ya perecido del todo la república, sin quedar rastro ni memoria de ella. Introduce, pues, en el raciocinio este sabio orador al valeroso Escipión, aquel mismo que destruyó a Cartago, disertando sobre la República en un tiempo en que ya se sospechaba y advertía que estaba vacilante y expuesta a ser destruída con los vicios y corrupción de costumbres, sobre lo que elegantemente habla Salustio. Suscitóse, pues, esta controversia en el tiempo en que ya uno de los Gracos había muerto, en cuyo gobierno _ como escribe Salustio [23] _ tuvieron principio graves discordias, y de cuya muerte se hace mención en los mismos libros; y habiendo dicho Escipión al fin del libro segundo, que "así como se debe guardar en la cítara, en la flauta y en la canción una cierta consonancia de distintas y diferentes voces, la cual, si se muda, disuena, ofende y no la puede sufrir un oído delicado, y esta misma consonancia, aunque de diferentes voces, con sólo contemplarlas y arreglarlas a una perfecta modulación, se hace grata y suave al oído; así también una ciudad compuesta de diferentes órdenes y estados altos, medios y bajos, como voces bien templadas, con la conformidad y concordia de partes entre sí tan diferentes, vive concorde y tranquila; lo que llaman los músicos en el cántico armonía, esto era en la ciudad la concordia, que es un estrecho e importante vínculo para la conservación de toda la República, la cual de ningún modo podía existir sin la justicia" [24]; pero disertando después dilataba y copiosamente sobre lo que interesaba el que hubiese justicia en la ciudad, como de los graves daños que se seguían en todo estado que no se observaba, tomó la

mano Filón, uno de los que disputaban, y pidió que se averiguase más circunstanciadamente esta opinión, tratándose con más extensión de la justicia; porque comúnmente se decía que era imposible regir y gobernar una República sin injusticia; y por esto fué Escipión de parecer convenía aclarar y ventilar esta duda, diciendo "le parecía que era nada cuanto hasta entonces habían hablado acerca del gobierno de la República, y que aún podría decir más, a no estar confirmado y fuera de toda ambigüedad que era falso el principio de que sin justicia podía regirse un pueblo, así como era cierto el otro, de que es imposible gobernar una República sin una recta justicia" [25]. Y habiendo diferido la resolución de esta cuestión para el día siguiente, en el tercer libro se trató de esta materia copiosamente, refiriendo las disputas que ocurrieron para su decisión. El mismo Filón siguió el partido de los que opinaban era imposible regir la República sin injusticia, justificándose en primer lugar para que no se creyese que él realmente era de este parecer, y disertó con mucha energía en favor de la injusticia, y contra la justicia [26], dando a entender quería manifestar con ejemplos y razones verosímiles que aquella interesaba a la República, y ésta era inútil. Entonces Lelio, a ruegos de los senadores, empezando a defender con nervio y eficacia la justicia, ratificó, y aún aseguró cuanto pudo la opinión contraria, hasta demostrar que no había cosa más contraria al régimen y conservación de una ciudad que la injusticia, y que era absolutamente imposible gobernar un Estado y hacer que perseverase en su grandeza sino obrando con rectitud y justicia [27]. Examinada y ventilada esta cuestión por el tiempo que se creyó suficiente, volvió Escipión al mismo asunto que había dejado, tornando a repetir y elogiar su concisa definición de la República, en la que había asentado que era algo del pueblo; y resuelve que pueblo no es cualquiera congreso que compone la multitud, sino una junta asociada unánimemente y sujeta a unas mismas leyes y bien común [28]. Después demuestra cuánto importa la definición para las disputas, y de sus definiciones colige que entonces es República, esto es, bien útil al pueblo, cuando se

gobierna bien y de acuerdo, ya sea por un rey, ya por algunos patricios, ya por todo el pueblo; pero siempre que el rey fuese injusto, a quien llamó tirano, como acostumbraban los griegos, injustos serían los principales encargados del gobierno, cuya concordia y unión dijo era parcialidad; o injusto sería el mismo pueblo para quien no halló nombre usado, y por eso le llamó también tirano: no era ya República viciosa, como el día anterior habían dicho, sino que, como manifestaba el argumento y razones deducidas de las establecidas definiciones, de ningún modo era República, porque no era bien útil al pueblo, apoderándose de ella el tirano con parcialidad; ni el mismo pueblo era ya pueblo si era justo, porque no representaba ya la multitud unida y ligada por unas mismas leyes y bien común, como se ha definido al pueblo. Cuando la República romana era de tal condición cual la pintó Salustio, no era ya mala y disoluta, como él dice, sino que totalmente no era ya República, como se confirmó en la disputa que se suscitó sobre ella entre sus principales patricios que la gobernaban, así como el mismo Tulio, hablando no ya en nombre de Escipión ni de otro alguno, sino por sí mismo, lo mostró al principio del libro quinto, alegando en su favor el verso del poeta Ennio, que dice: "que conservan la República romana en su primitivo esplendor las antiguas buenas costumbres y los muchos hombres excelentes que había producido". El cual verso dice él: "me parece que, o por su concisión o sencillez le pronunció como si fuese tomado de algún oráculo, porque ni los varones excelentes, si no estuviera tan bien formada y acostumbrada la ciudad, ni las costumbres, si no presidieran y gobernaran estos insignes varones, hubieran podido establecer ni conservar una República tan dilatada con un dominio en su gobierno tan justo y tan extendido; así, pues, en los tiempos pasados, las mismas costumbres o la buena conducta de nuestra patria elegía varones insignes, quienes conservaban en su primer esplendor las costumbres e instituciones de sus mayores; pero nuestro siglo, habiendo recibido el gobierno del estado como una pintura hermosa que se deteriora y desmejora con la antigüedad, no

solamente no cuidó de renovar los mismos colores que solía tener, pero ni procuró que por lo menos conservase la forma y sus últimos perfiles; porque ¿qué retenemos ya de las antiguas costumbres con que dice estaba en pie la República romana, las cuales vemos tan desacreditadas y olvidadas que no sólo no se estiman, pero ni aun las conocen? Y de los varones puedo decir que las mismas costumbres perecieron por falta de hombres que las practicasen, de cuya desventura no solamente hemos de dar la razón, sino que también, como reos de un crimen capital, hemos de dar cuenta ante el juez de esta causa, en atención a que por nuestros propios vicios, no por accidente alguno, conservamos de la República sólo el nombre; pero la sustancia de ella realmente hace ya tiempo que la perdimos". Esto confesaba Cicerón, aunque mucho después de la muerte de Africano, a quien hizo disertar en sus libros sobre la República, pero todavía antes de la venida de Jesucristo, y si esto se hubiera pensado y divulgado cuando ya florecía la religión cristiana, ¿quién hubiera entre éstos que no le pareciera que se debía imputar esta relajación a los cristianos? ¿Por qué no procuraron sus dioses que no pereciera ni se perdiera entonces aquella República, la cual Cicerón, muchos años antes que Cristo naciese de la Santísima Virgen, tan lastimosamente llora por perdida? Examinen atentamente los que tanto la ensalzan, qué tal fué aun en la época en que florecieron aquellos antiguos varones y celebradas costumbres; si acaso floreció en ella la verdadera justicia, o si quizá entonces tampoco vivía por el rigor de las costumbres, sino que estaba pintada con bellos colores, la cual, aun el mismo Cicerón, ignorándolo cuando la celebraba y prefería, lo expresó; pero en otro lugar [29] hablaremos de esto, si Dios lo quiere, procurando manifestar a su tiempo conforme a las definiciones del mismo Cicerón, cuán brevemente explicó lo que era República y lo que era pueblo, en persona de Escipión, conformándose con él otros muchos pareceres, ya fuesen suyos o de los que introduce en la misma disputa, donde sostiene que aquélla nunca fué República, porque jamás hubo en ella verdadera justicia; pero, según las

definiciones más probables en su clase, fué antiguamente República, y mejor la gobernaron y administraron los antiguos romanos que los que se siguieron después: en atención a que no hay verdadera justicia sino en aquella República, cuyo fundador, legislador y gobernador es Cristo, si acaso nos agrada el llamarla República, pues no podemos negar que ella es un bien útil al pueblo; pero si este nombre, que en otros lugares se toma en diferente acepción, estuviese acaso algo distante del uso de nuestro modo de hablar, por lo menos la verdadera justicia se halló en aquella ciudad de quien dice la Sagrada Escritura: "¡Cuán gloriosas cosas están dichas de la ciudad de Dios!" [30].

[23] Hist., 1.

[24] Rep., 2, 42.

[25] Rep., 2, 43.

[26] Ib., 3. 5.

[27] De am., 4.

[28] Rep., 1, 25.

[29] Véase lib. 19, caps. 21 y 24.

[30] Ps. 86, 3.

Capítulo XXII

QUE JAMÁS CUIDARON LOS DIOSES DE LOS ROMANOS DE QUE NO SE ESTRAGASE Y PERDIESE LA REPÚBLICA POR LAS MALAS COSTUMBRES.

22 Por lo que se refiere a la presente cuestión, por más famosa que digan fué, o es la República, según el sentir de sus más clásicos autores, ya mucho antes de la venida de Cristo se había hecho mala y disoluta, o por mejor decir, no era ya tal República, y había perecido del todo con sus perversas costumbres; luego para que no se extinguiese, los dioses, sus proyectores, debieran dar particulares preceptos al pueblo que los adoraba para uniformar su vida y costumbres, siendo así que los reverenciaba y daba culto en tantos

templos, con tantos sacerdotes, con tanta diferencia de sacrificios, con tantas y tan diversas ceremonias, fiestas o solemnidades, con tantos y tan costosos regocijos y representaciones teatrales; en todo lo cual no hicieron los demonios otra cosa que fomentar su culto, no cuidando de inquirir cómo vivían antes, y procurando que viviesen mal; pero si todo esto lo hicieron por puro miedo en honra y honor de los dioses, o si éstos les dieron algunos saludables preceptos, tráiganlos, manifiéstenlos y léannos qué leyes fueron aquellas que dieron los dioses a Roma y violaron los Gracos cuando la turbaron con funestas sediciones, cual fueron Mario, Cinna y Carbón, que fomentaron las guerras civiles, cuyas causas fueron muy injustas, y las prosiguieron con grande odio y crueldad, y con mucha mayor las acabaron, las cuales, finalmente, el mismo Sila, cuya vida y costumbres con las impiedades que cometió, según las pinta Salustio y otros historiadores, ¿a quién no causan horror? ¿Quién no confesará que entonces pereció aquella República? ¿Acaso por semejantes costumbres experimentadas reiteradamente en Roma, se atreverán, como suelen, a alegar en defensa de sus dioses aquella expresión de Virgilio en el libro 2 de la Eneida donde dice "que todos los dioses que sustentaban en pie aquel imperio se marcharon, desamparando sus templos y aras"? [31]. Si lo primero es así, no tienen que quejarse de la religión cristiana, pretendiendo que, ofendidos de ella sus dioses, los desampararon; pues sus antepasados muchos años antes, con sus costumbres, los espantaron como a moscas de los altares de Roma; pero, con todo, ¿a dónde estaba esta numerosa turba de dioses cuando mucho antes que se estragasen y corrompiesen las antiguas costumbres, los galos tomaron y quemaron a Roma? ¿Acaso estando presentes dormían? Entonces, habiéndose apoderado el enemigo de toda la ciudad, sólo quedó ileso el monte Capitolino, el cual también le hubieran tomado, si durmiendo los dioses, por lo menos no estuvieran de vela los gansos [32]; de cuyo suceso resultó que vino a caer Roma casi en la misma superstición de los egipcios, que adoran a las bestias y a las aves, dedicando sus solemnidades al ganso; mas

no disputo por ahora de estos males casuales que conciernen más al cuerpo que al alma, y suceden por manos del enemigo o por otra desgracia o casualidad. Ahora únicamente trato de la relajación de las costumbres, las cuales perdiendo al principio poco a poco sus bellos colores y despeñándose después al modo de la avenida de un arroyo arrebatado, causaron, aunque subsistían las casas y los muros, tanta ruina en la República, que autores gravísimos de los suyos no dudan afirmar que se perdió entonces; y para que así fuese, hicieron muy bien en marcharse todos los dioses, desamparando sus templos y aras, si la ciudad menospreció los preceptos que les habían dado sobre vivir bien, con rectitud y justicia; pero, pregunto ahora: ¿quiénes eran estos dioses que no quisieron vivir ni conversar con un pueblo que los adoraba, al que viviendo escandalosamente no enseñaron a vivir bien?

[31] Eneida, 2, 351_352.

[32] Liv. 3, 38 y sigs.; 47 y 48.

Capítulo XXIII

QUE LAS MUDANZAS DE LAS COSAS TEMPORALES NO DEPENDEN DEL FAVOR O CONTRARIEDAD DE LOS DEMONIOS, SINO DE LA VOLUNTAD DEL VERDADERO DIOS.

23 ¿Acaso no se puede demostrar que aunque estos falsos dioses o deidades alentaron y ayudaron a los romanos a satisfacer sus torpes apetitos, sin embargo, no les asistieron para refrenarlos? ¿Por qué los que favorecieron a Mario, hombre nuevo y de baja condición, cruel autor y ejecutor de las guerras civiles, para que fuese siete veces cónsul, y que en su séptimo consulado viniera a morir viejo y lleno de años, no le patrocinaron asimismo a fin de que no cayera en manos de Sila, que había de entrar luego vencedor? ¿Por qué no le ayudaron también para que se amansara y evitara tantas y tan inmensas crueldades como hizo? Pues si para esta empresa no le ayudaron sus dioses, ya expresamente confiesan que, sin tener uno a

sus dioses propicios y favorables, es factible que consiga la temporal felicidad que tan sin término codician, y que pueden algunos hombres, como fué Mario, a despecho y contra las disposiciones y voluntad de los dioses, adquirir y gozar de salud, fuerzas y riquezas de honras y dignidades y larga vida; y que pueden igualmente algunos hombres, como fué Régulo, padecer y morir muerte afrentosa en cautiverio, servidumbre, pobreza y desconsuelo estando en gracia de los dioses, y si conceden que esto es así, confiesan en breves palabras que de nada sirven, y que en vano los reverencian; porque si procuraron que el pueblo se instruyese en los principios más opuestos a las virtudes del alma y a la honestidad de la vida, cuyo premio debe esperarse después de la muerte, y si en estos bienes transitorios y temporales ni pueden dañar a los que aborrecen ni favorecer a los que aman, ¿para qué los adoran y para qué con tanto anhelo? ¿Por qué murmuran en los tiempos adversos y desgraciados, como si ofendidos se hubieran ido, y al mismo tiempo con ímpias increpaciones injurian la religión cristiana? Y si en estas cosas tienen poder para hacer bien o mal, ¿por qué en ellas favorecieron a Mario siendo un hombre tan malo, y fueron infieles a Régulo siendo tan bueno? Y acaso con este procedimiento ¿no hacen ver claramente que son sumamente injustos y malos? Pero si por estos motivos creyeron que deben ser aún más temidos y reverenciados, tampoco esto debe creerse, porque es sabido que del mismo modo los adoró Régulo que Mario, y no por eso nos parezca se debe escoger la mala vida, porque se presume que los dioses favorecieron más a Mario que a Régulo, ya que Metelo [33], uno de los mejores y más famosos romanos, que tuvo cinco hijos dignos del consulado, fué también dichoso en las cosas temporales, y Catilina, uno de los peores, fué desdichado, perseguido de la pobreza y murió vencido en la guerra que tan injustamente había promovido. Verdadera y cierta es solamente la felicidad que consiguen los buenos que adoran a Dios, y es de quien solamente la pueden alcanzar, pues cuando se iba corrompiendo y perdiendo Roma con las malas costumbres, no tomaron providencia alguna sus dioses para

corregirlas o enmendarlas y para que no se aniquilase, antes cooperaron a su depravación, corrupción y completa destrucción. Ni por eso se finjan buenos como aparentando en cierto modo que, ofendidos de las culpas y crímenes de los ciudadanos se ausentaron, pues seguramente estaban allí; con lo cual ellos mismos se descubren y convencen, puesto que al fin no pudieron ayudarlos con sus consejos, ni pudieron encubrirse callando. Paso por alto el que los minturnenses, excitados de la compasión, encomendaron los sucesos de Mario a la diosa Marica, a quien rendían adoración en un bosque contiguo al lugar y consagrado a su nombre, para que le favoreciese y diese prósperos sucesos en todas sus empresas; y sólo advierto que, vuelto a su primera prosperidad desde la suma desesperación, caminó fiero y cruel contra Roma, llevando consigo un poderoso y formidable ejército, adonde, cuán sangrienta fué su victoria, cuán cruel y cuánto más fiera que la de cualquier enemigo, léanlo los que quisieren en los autores que la escribieron. Pero esto, como digo, lo omito, ni quiero atribuir a no sé qué Marica la sangrienta felicidad de Mario, sino a la oculta providencia de Dios; para tapar la boca a los incrédulos y para librar de su ceguedad y error a los que tratan este punto no con compasión sino que lo advierten con prudencia, porque aunque en estos acontecimientos pueden algo los demonios, es tanto su poder cuantas son las facultades que les concede el oculto juicio del que es Todopoderoso, para que, en vista de tales desengaños, no apreciemos demasiado las felicidades terrenas, las cuales, como a Mario, se dispensan también por la mayor parte a los malos, ni tampoco mirándola bajo otro aspecto la tengamos por mala, viendo que, a despecho de los demonios, la han tenido también por lo mismo muchos santos y verdaderos siervos del que es un solo Dios verdadero; ni, finalmente, entendamos que debemos aplacar o temer a estos impuros espíritus por los bienes o males de la tierra; porque así como los hombres malos no pueden hacer en la tierra todo lo que quieren, así tampoco ellos, sino en cuanto se les permite por orden de

aquel gran Dios, cuyos juicios nadie los puede comprender plenamente y nadie justamente reprender.

[33] Fué considerado este Metelo por todos como el ideal de la felicidad: Pli., 7, 44; Valer. Max., 7, 1; De fin., 5. 27_28; Tusc., 1, 35.

Capítulo XXIV

DE LAS PROEZAS QUE HIZO SILA, A QUIEN MOSTRARON FAVORECER LOS DIOSES.

24 El mismo Sila, cuyos tiempos fueron tales que se hacían desear los pasados (a pesar de que a los ojos humanos parecía el reformador de las costumbres), luego que movió su ejército para marchar a Roma contra Mario, escribe Tito Livio que, al ofrecer sacrificios a los dioses, tuvo tan prósperas señales que Postumio _ sacrificador y adivino en este holocausto _ se obligó a pagar con su cabeza si no cumplía Sila todo cuanto tenía proyectado en su corazón con el favor de los dioses. Y ved aquí cómo no se habían ausentado los dioses desamparando los sagrarios y las aras, supuesto que presagiaban los sucesos de la guerra y no cuidaban de la corrección del mismo Sila. Prometíanle, adivinando los futuros contingentes, grande felicidad, y no refrenaban su codicia amanazándole con los más severos castigos; después, manteniendo la guerra de Asia contra Mitrídates, le envió a decir Júpiter con Lucio Ticio que había de vencer a Mitrídates, y así sucedió; pero en adelante, tratando de volver a Roma y vengar con guerra civil las injurias que le habían hecho a él, y a sus amigos, el mismo Júpiter volvió a enviar a decirle con un soldado de la legión sexta, que anteriormente le había anunciado la victoria contra Mitrídates, y que entonces le prometía darle fuerzas y valor para recobrar y restaurar, no sin mucha sangre de los enemigos, la República. Entonces preguntó qué forma o figura tenía el que se le había aparecido al soldado, y respondiendo éste cumplidamente, se acordó Sila de lo que primero le había referido Ticio cuando de su

parte le trajo el aviso de que había de vencer a Mitrídates. ¿Qué podrán responder a esta objeción si les preguntamos por qué razón los dioses cuidaron de anunciar estos sucesos como felices, y ninguno de ellos atendió a corregirlos con sus amonestaciones, o recordar al mismo Sila las futuras desgracias públicas, si sabían que había de causar tantos males con sus horribles guerras civiles, las cuales no sólo habían de estragar, sino arruinar totalmente la República? En efecto, se demuestra bien claro quiénes son los demonios, como muchas veces lo he insinuado. Sabemos nosotros por el incontrastable testimonio de la Sagrada Escritura, y su calidad y circunstancias nos muestran, que hacen su negocio porque les tengan por dioses, adoren y ofrezcan votos, que, uniéndose con éstos los que se le ofrecen, tengan juntamente con ellos delante del juicio de Dios una causa de muy mala condición. Después de llegado Sila a Tarento y sacrificado allí, vió en lo más elevado del hígado del becerro como una imagen o representación de una corona de oro. Entonces Postumio _ el adivino de quien se ha hecho mención _, le dijo que aquella señal quería dar a entender una famosa victoria que había de conseguir de sus enemigos; por lo que le mandó que sólo él comiese de aquel sacrificio. Pasado un breve rato, un esclavo de Lucio Poncio, adivinando, dió voces diciendo: "Sila, mensajero soy de Belona; la victoria es tuya"; añadiendo a estas palabras las siguientes: "Que se había de quemar el Capitolio". Dicho esto, se apartó del campo, donde estaba alojado el ejército, y al día siguiente volvió aún más conmovido, y dando terribles voces, dijo que el Capitolio se había quemado, lo que era cierto, aunque era muy fácil que el demonio le hubiese previsto y manifestado luego. Pero es digno de advertir lo que hace principalmente a nuestro propósito, y es, bajo qué dioses gustan estar los que blasfeman del Salvador, que es quien pone en libertad las voluntades de los fieles, sacándolas del dominio de los demonios. Dió voces el hombre, vaticinando: "Tuya es la victoria, Sila"; y para que se creyese que lo decía con espíritu divino, anunció también lo que era posible sucediese y después acaeció,

estando, sin embargo, muy distante aquel por quien el espíritu hablaba; pero no dió voces, diciendo: "Guárdate de cometer maldades, Sila", las cuales siendo vencedor cometió en Roma el mismo que en el hígado del becerro, por singular señal de su victoria, tuvo la visión de la corona de oro. Y si semejantes señales acostumbraran a dar los dioses buenos y no los ímpios demonios, sin duda que en las entrañas de la víctima prometerían primero abominables males y muy perniciosos al mismo Sila; en atención a que la victoria no fué de tanto interés y honor a su dignidad cuanto fué perjudicial a su codicia, con la cual sucedió que, anhelando ensoberbecido y ufano las prosperidades, fué mayor la ruina y muerte que se hizo a sí mismo en sus costumbres, que el estrago que hizo a sus enemigos en sus personas y bienes. Estos fatales acaecimientos, que verdaderamente son tristes y dignos de lágrimas, no los anuciaban los dioses ni en las entrañas de las víctimas sacrificadas, ni con agüeros, sueños o adivinaciones de alguno, porque más temían que se corrigiese, que no que fuese vencido, antes procuraban lo posible que el vencedor de sus mismos ciudadanos se rindiese vencido y cautivo a los vicios nefandos, y por ellos más estrechamente a los mismos demonios.

Capítulo XXV

CUÁNTO INCITAN AL HOMBRE A LOS VICIOS LOS ESPÍRITUS MALIGNOS, CUANDO PARA HACER LAS MALDADES INTERPONEN SU EJEMPLO COMO UNA AUTORIDAD DIVINA.

25 Y de cuanto va referido, ¿quién no entiende, quién no advierte, sino es el que gusta más de seguir e imitar semejantes dioses que apartarse con la divina gracia de su infame compañía, cuánto procuran los malignos espíritus acreditar los vicios y maldades con su ejemplo como con autoridad divina? En cuya comprobación decimos, que en una espaciosa llanura de tierra de campaña, adonde poco después los ejércitos civiles se dieron una reñida batalla, los vieron a

ellos mismos pelear entre sí; allí se oyeron primero grandes rumores y estruendos, y luego refirieron muchos que habían visto por algunos días pelear mutuamente dos ejércitos; y, concluída la batalla, hallaron como huellas de hombres y caballos, cuantas pudieran imaginarse en un encuentro igual. Ahora, pues, si de veras pelearon los dioses entre sí, no se culpen ya las guerras civiles entre los hombres, sino considérese la malicia o miseria de estos dioses; y si fingieron que pelearon, ¿qué otra cosa hicieron sino trayendo entre sí los romanos guerras civiles, darles a entender no cometían maldad alguna teniendo aquel ejemplo de los dioses? A la sazón ya habían comenzado las guerras civiles, y precedido algunos casos horrorosos y abominables de tan fieras batallas; y asimismo había ya conmovido los corazones de muchos el fatal suceso acaecido a un soldado que, despojando a otro que había muerto, descubriendo su cuerpo, conoció que era su hermano, y abominando de las guerras civiles se mató a sí mismo en el mismo lugar, haciendo así compañía al difunto cuerpo de su hermano [34] lo cual sin duda les movía, persuadía, no precisamente a que se avergonzasen y arrepintiesesn de una maldad tan execrable, sino a que creciese más y más el furor de tan perjudiciales guerras; luego estos demonios a quienes ellos tenían por dioses y les parecía debían adorarlos y reverenciarlos, quisieron aparecerse a los hombres peleando entre sí, para que, a vista de este espectáculo, no revelase el afecto y amor de una misma patria semejantes encuentros y combates; antes el pecado y error humano se excusase con el ejemplo divino. Con este ardid prescribieron también los malignos espíritus que se les consagrasen los juegos escénicos, de los que he referido ya circunstancialmente algunas particularidades, y en los que han celebrado tantas abominaciones de los dioses, así en los cánticos y músicas del teatro como en las representaciones de las fábulas, para que todo el que creyese que ellos hicieron tales acciones, lo mismo que el que no lo creyese, a pesar de ver que ellos querían gustosamente que se les ofreciesen semejantes fiestas, seguramente los imitase; y para que ninguno imagine cuando los

poetas cuentan que pelearon entre sí, que habían escrito contra los dioses injurias y oprobios, y no acciones propias de su divinidad, ellos mismos, para engañar a los hombres, confirmaron los dichos de los poetas, mostrando a los ojos humanos sus batallas, no sólo por medio de los actores en el teatro, sino también por sí mismos en el campo. Nos ha movido a referir esto el observar que sus propios autores no dudaron en decir y escribir, que muchos años antes de las guerras civiles se había perdido la República romana con las perversas costumbres de sus ciudadanos, y que no había quedado sombra de República antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo; cuya perdición no imputan a sus dioses los que atribuyen a Cristo los males transitorios y temporales con que los buenos, ya vivan, o ya mueran, no pueden perecer. Habiendo nuestro gran Dios dado tantos preceptos contra las malas costumbres y en favor de las buenas, y no habiendo tratado sus dioses negocio alguno por medio de semejantes preceptos con el pueblo que los adoraba, para que aquella República no se perdiese antes corrompiendo las mismas costumbres con su ejemplo y detestable autoridad, hicieron que totalmente se perdiese, de la cual _ a lo que entiendo _ ninguno se atreviera ya a decir que se perdió entonces, porque se marcharon todos los dioses, desamparando los sagrarios y aras como afectos a las virtudes, y ofendidos de los vicios de los hombres; pues por tantas señales de sacrificios, agüeros y adivinaciones con que deseaban recomendar su divinidad y presciencia y dar a entender conocían lo futuro y favorecían en las guerras, quedan convencidos de que estaban presentes; y si de veras se hubiesen ido, sin duda con más piedad y clemencia se hubieran portado los romanos en las guerras civiles, aunque no se lo inspirasen las instigaciones de los dioses, sino sólo sus pasiones y deseos ambiciosos.

[34] Liv., 19.

Capítulo XXVI

DE LOS AVISOS Y CONSEJOS SECRETOS QUE DIERON LOS DEMONIOS TOCANTE A LAS BUENAS COSTUMBRES, APRENDIÉNDOSE POR OTRA PARTE PÚBLICAMENTE TODO GÉNERO DE MALDADES EN SUS FIESTAS.

26 Siendo esto así, y habiéndose manifestado públicamente las torpezas, junto con las crueldades y afrentas de los dioses, y sus crímenes, verdaderos o fingidos, pidiéndolo ellos mismos y enojándose si no se ejecutaban, teniéndolos consagrados en ciertas solemnidades y habiendo pasado tan adelante que los han propuesto en los teatros a vista de todo el concurso como dignos de ser imitados, ¿qué significa el que estos mismos demonios, que en semejantes deleites se entremeten y confiesan que son espíritus inmundos y que sus crímenes y maldades, sean verdaderas o fingidas, y con apetecer que se las celebren, rogándoselo a los disolutos, y consiguiéndolo por fuerza de los modestos se declaren ser autores de la vida disoluta y torpe? Con todo, se asegura que allá en sus sagrarios y en lo más secreto de sus templos, dan algunos preceptos para practicar las buenas costumbres a algunas personas como escogidas, predestinadas o consagradas a su deidad; y si esto fuese cierto, por el mismo hecho se convence de más engañosa la malicia de los malignos espíritus; porque es tan poderosa la fuerza de la bondad y de la honestidad, que toda o casi toda la naturaleza humana se conmueve con su alabanza, y jamás llega a tan torpe y viciosa que del todo se estrague y pierda el sentido de la honestidad; en esta inteligencia, si la malicia de los espíritus infernales no se transfigura a veces _ como nos lo advierte la sagrada escritura [35] _ en ángel de luz, no puede salir con su pretensión, reducida únicamente a engañarnos; así que en público la impura y detestable torpeza por todas partes se vende a todo el pueblo, con notable estruendo y rumor, pero en secreto la honestidad fingida apenas la oyen algunos pocos; la publicidad es para las cosas abominables y vergonzosas, y

el secreto para las honestas y loables; la virtud está oculta y la maldad descubierta; el mal que se hace y practica convida a todos los que le ven, y el bien que se predica apenas halla alguno que le oiga, como si lo honesto fuera vergonzoso y lo torpe digno de gloria. Pero ¿dónde se obra tan impíamente sino en los templos de los demonios? ¿En los tabernáculos de los embustes y engaños? Pues lo primero lo ejecutaron para coger y prender a los virtuosos y honestos, que son pocos en número, y lo segundo porque no se corrijan y enmienden los muchos que son torpes y viciosos. Dónde y cuándo aprendiesen sus escogidos los preceptos de la celestial honestidad, lo ignoramos. Con todo en el frontispicio del mismo templo adonde veíamos colocado aquel otro simulacro [36] todos los que de todas partes concurríamos acomodándonos donde cada uno podía estar mejor, con gran atención veíamos los juegos que se hacían; pero volviendo los ojos a un lado, observábamos la pompa, fausto y aparato de las rameras y volviéndolos a otro, veíamos la virgen diosa, y cómo adoraban humildemente a ésta, y celebraban delante de la otra tantas torpezas. No vimos allí ningún mimo recatado y honesto, ni actora que manifestase alguna modestia o pudor; antes todos cumplían exactamente todos los oficios de deshonestidad e impureza. Sabían lo que agradaba al ídolo virginal y representaban lo que la matrona más prudente podía llevar del templo a su casa. Algunas que eran más pundonorosas volvían los rostros por no mirar los torpes meneos de los actores, y teniendo pudor de ver el arte y dechado de las impurezas, le aprendían reparándolo con disimulo; pues por estar los hombres presentes tenían vergüenza, y no se atrevían a mirar con libertad los ademanes y posturas deshonestas; pero al mismo tiempo no osaban condenar con ánimo casto las ceremonias sagradas de la deidad que reverenciaban. En fin, representaban públicamente estas obscenidades para que se aprendiese en el templo aquello que para ejecutarlo, por lo menos en casa, se busca el aposento más oculto; sería sin duda cosa extraña el que hubiera allí algún pudor en los mortales, para no cometer libremente las torpezas humanas que

religiosamente aprendían delante de los dioses, habiendo de tenerlos airados si no procuraban representarlas en honra suya. Porque ¿qué otro espíritu con secreto instinto mueve las almas perversas y depravadas, las insta para que se cometan adulterios y se apaciente y complace en los cometidos, sino el que se deleita con semejantes juegos escénicos, poniendo en los templos los simulacros de los demonios y gustando en los juegos de las imágenes y retratos de los vicios, murmurando en lo secreto lo que toca a la justicia, para seducir aun a los pocos buenos, y frecuentando en los público lo que nos excita a la torpeza, para apoderarse de infinitos malos?

[35] 2 Cor., 11, 14.

[36] De la diosa Celeste, muy venerada en Africa, de la que se habló en el capítulo IV.

Capítulo XXVII

CON CUÁNTA PÉRDIDA DE LA MORALIDAD PÚBLICA HAYAN CONSAGRADO LOS ROMANOS, PARA APLACAR A SUS DIOSES, LAS TORPEZAS DE LOS JUEGOS.

27 Tulio, aquel tan grave y tan excelso filósofo, cuando comenzó a ejercer el oficio de edil, clamaba delante del pueblo que entre las demás cosas que pertenecían a su oficio era una aplacar a la diosa Flora [37] con la solemnidad de los juegos, los cuales suelen celebrarse con tanta más religión cuanta es mayor la torpeza. Dice en otro lugar [38], siendo ya cónsul, que en un grave peligro en que se vió la ciudad se habían continuado los juegos por diez días, y que no se había omitido circunstancia alguna para aplacar a los dioses; como si no fuera más conveniente enojar a semejantes dioses con la modestia, que aplacarlos con la torpeza; y hacerlos con la honestidad enemigos, antes que ablandarlos con tanta disolución; porque no pudieran causar tan graves daños por más fiereza y crueldad que usaran los enemigos por cuyo respeto los aplacaban, como causaban ellos con hacerse aplacar con tan abominables impurezas;pues para excusar el

daño que se temía causaría el enemigo en los cuerpos, se aplacaban los dioses de tal manera, que se extinguía la fuerza y el valor en los ánimos, supuesto que aquellos dioses no se habían de poner a la defensa contra los que combatían los muros, si primero no daban en tierra y arruinaban las buenas costumbres. Esta satisfacción ofrecida a semejantes dioses, deshonesta, impura, disoluta, desenfrenada y torpe en extremo, condenó a sus ministros en el honor el honrado pundonor y buen natural de los primeros romanos, los privó de su tribu, los reconoció por torpes y deshonestos, y los dió por infames. Esta satisfacción, digna de vergüenza y de que la abomine la verdadera religión; estas fábulas torpes y llenas de calumnias contra los dioses y estas ignominiosas acciones de los dioses, maligna y torpemente fingidas, o más maligna y torpemente cometidas, dándoles públicamente ojos para ver y orejas para oír tales impurezas, las aprendía generalmente toda la ciudad. Estas representaciones veía que agradaban a los dioses, y por tanto creía que no sólo las debía recitar públicamente, sino que era razón imitarlas también, y no aquel no sé qué de bueno o de honesto que se manifestaba a tan pocos y tan en secreto; mas de tal modo se decía, que más temían que no se supiese y divulgase que el que no se ejecutase.

[37] Verr., 5, 14.

[38] Cat., 3, 8.

Capítulo XXVIII

DE LA SALUDABLE DOCTRINA DE LA RELIGIÓN CRISTIANA.

28 Quéjanse, pues, y murmuran los hombres perversos e ingratos y los que están más profunda y estrechamente oprimidos del maligno espíritu de que los sacan mediante el nombre de Jesucristo del infernal yugo y penosa compañía de estas impuras potestades, y de que los transfieren de la tenebrosa noche de la abominable impiedad a la luz de la saludable piedad y religión; danse por sentidos de que el

pueblo acuda a las iglesias con una modesta concurrencia y con una distinción honesta de hombres y mujeres, a donde se les enseña cuánta razón es que vivan bien en la vida presente, para que después de ella merezcan vivir eternamente en la bienaventuranza; donde oyendo predicar y explicar desde la cátedra del Espíritu Santo en presencia de todos la Sagrada Escritura y la doctrina evangélica, a fin de que los que obran con rectitud la oigan para obtener el eterno premio, y los que así no lo hacen lo oigan para su juicio y eterna condenación; y donde cuando acuden algunos que se burlan de esta santa doctrina, toda su insolencia e inmodestia, o la dejan con una repentina mudanza o se ataja y refrena en parte con el temor o el pudor; porque allí no se les propone cosa torpe o mal hecha para verla o imitarla ya que, o se les enseñan los preceptos y mandamientos del verdadero Dios, o se refieren sus maravillas y estupendos milagros, o se alaban y engrandecen sus dones y misericordias, o se piden sus beneficios y mercedes.

Capítulo XXIX

EXHORTACIÓN A LOS ROMANOS PARA QUE DEJEN EL CULTO DE LOS DIOSES.

29 Esto es lo que principalmente debes desear ¡oh generosa estirpe de la antigua Roma! ¡Oh descendencia ilustre de los Régulos, Escévolas, Escipiones y Fabricio! Esto es lo que principalmente debes apetecer; en esto principalmente es en lo que te debes apartar de aquella torpe vanidad y engañosa malignidad de los demonios. Si florece en ti naturalmente alguna obra buena, no se purifica y perfecciona sino con la verdadera piedad, y con la impiedad se estraga y viene a sentir el rigor de la justicia. Acaba ya ahora de escoger el medio que has de seguir para que seas sin error alguno alabada, no en ti, sino en el Dios verdadero; porque aunque entonces alcanzaste la gloria y la alabanza popular, sin embargo, por oculto juicio de la divina Providencia le faltó la verdadera religión que

poder elegir. Despierta [39] ya este día como has despertado ya en algunos [40], de cuya virtud perfecta y de las calamidades que han padecido por la verdadera fe nos gloriamos; pues, peleando por todas partes con las contrarias potestades y venciéndolas muriendo valerosamente, con su sangre nos han ganado esta patria. A ella te convidamos y exhortamos para que acrecientes el número de sus ciudadanos, cuyo asilo en alguna manera podemos decir que es la remisión verdadera de los pecados. No des oídos a los que desdicen y degeneran de ti; a los que murmuran de Cristo o de los cristianos y se quejan como de los tiempos malos buscando épocas en que se pase, no una vida quieta, sino una en que se goce cumplidamente de la malicia humana. Esto nunca te agradó a ti, ni aun por la eterna patria. Ahora, echa mano y abraza la celestial, por la cual será muy poco lo que trabajarás, y en ella verdaderamente y para siempre reinarás, porque allí, ni el fuego vestal [41], ni la piedra o ídolo del Capitolio, sino el que es uno y verdadero Dios, que sin poner límites en la grandeza que ha de tener, ni a los años que ha de durar, te dará un imperio que no tenga fin [42]. No quieras andar tras los dioses falsos y engañosos; antes deséchalos y desprécialos, abrazando la verdadera libertad. No son dioses, son espíritus malignos a quienes causa envidia y da pena tu eterna felicidad. No parece que envidió tanto Juno a los troyanos, de quienes desciendes según la carne; los romanos alcázares, cuanto estos demonios, que todavía piensas que son dioses, envidian a todo género de hombres las sillas eternas y celestiales. Y tú misma en muchos condenaste a estos espíritus cuando los aplacaste con juegos, y a los hombres, por cuyo ministerio celebraste los mismos juegos, los diste por infames. Déjate poner en libertad del poder de los inmundos espíritus, los cuales colocaron sobre tus cervices el yugo de su ignominia para consagrarla a sí propios y celebrarla en su nombre. A los que representaban las culpas y crímenes de los dioses los excluiste de tus honores y privilegios; ruega, pues, al verdadero Dios que excluya de ti aquellos dioses que se deleitan con sus culpas, verdaderas, que es mayor ignominia, o

falsas, que es cosa maliciosa. Si bien, por lo que a ti se refería no quisiste que tuviesen parte en la ciudad los representantes y los escénicos. Despierta y abre aún más los ojos; de ningún modo se aplaca la Divina Majestad con los medios con que se desacredita y profana la dignidad humana. ¿Cómo, pues, piensan tener a los dioses que gustan de semejantes honras en el número de las santas potestades del cielo, pues a los hombres por cuyo medio se les tributan estos honores, imaginaste que no merecían que los tuviese en el número del más ínfimo ciudadano romano? Sin comparación es más ilustre la ciudad soberana donde la victoria es la verdad, donde la dignidad es la santidad, donde la paz es la felicidad, donde la vida es la eternidad, mucho menos que no admite en su compañía semejantes dioses, pues tú en la tuya tuviste vergüenza de admitir a tales hombres. Por tanto, si deseas alcanzar la ciudad bienaventurada, huye del trato con los demonios. Sin razón e indignamente adoran personas honestas a los que se aplacan por medio de ministros torpes. Destierra a éstos y exclúyelos de tu compañía por la purificación cristiana, como excluiste a aquéllos de tus honras y privilegios, por la reforma del censor, y lo que toca a los bienes carnales, de los cuales solamente quieren gozar los malos, y lo que pertenece a los trabajos y males carnales, los cuales no quieren padecer solos. Y como ní aun en éstos tienen estos demonios el poder que se imagina (y aunque le tuvieran, con todo, deberíamos antes despreciar estos bienes y males, que por ellos adorar a los demonios, y adorándolos, privarnos de poder llegar a aquella gloria que ellos nos envidian; pero ni aun en esto pueden lo que creen aquellos que por esto nos procuran persuadir que se deben adorar); esto después lo veremos, para que aquí demos fin a este libro.

[39] Rom., 13.

[40] Consta por la Historia Eclesiástica que entonces ya se habían convertido muchos al Cristianismo.

[41] Liv., 5, 22; también 28. 11.

[42] Eneida, I, 278_279.

LIBRO TERCERO

CALAMIDADES DE ROMA ANTES DE CRISTO

Capítulo I

DE LAS ADVERSIDADES QUE SÓLO TEMEN LOS MALOS, Y QUE SIEMPRE HA PADECIDO EL MUNDO MIENTRAS ADORABA A LOS DIOSES.

1 Ya me parece que hemos dicho lo bastante de los males de las costumbres y de los del alma, que son de los que principalmente nos debemos guardar, y cómo los falsos dioses no procuraron favorecer al pueblo que los adoraba, a fin de que no fuese oprimido con tanta multitud de males, antes por el contrario, pusieron todo su esfuerzo en que gravemente fuese afligido. Ahora me resta decir de los males que éstos no quieren padecer, como son el hambre, las enfermedades, la guerra, el despojo de sus bienes, ser cautivos y muertos, y otras calamidades semejantes a éstas que apuntamos ya en el libro primero, porque éstas sólo los malos tienen por calamidades, no siendo ellas las que los hacen malos; ni tienen pudor (entre las cosas buenas que alaban) en ser malos los mismos que los engrandecen, y más les pesa tener una mala silla donde descansar que mala vida, como si fuera el sumo bien del hombre tener todas las cosas buenas fuera de sí mismo. Pero ni aun de estos males que solamente temen los excusaron o libraron sus dioses cuando libremente los adoraban, porque, cuando en diferentes tiempos y lugares padecía el linaje humano innumerables e increíbles calamidades antes de la venida de nuestro redentor Jesucristo, ¿qué otros dioses que éstos adoraba todo el Universo, a excepción del pueblo hebreo y algunas personas de fuera de este mismo pueblo, dondequiera que por oculto y justo juicio de Dios merecieron los tuviese de su mano la divina gracia? Mas por no ser demasiado largo omitiré los gravísimos males de todas las demás naciones, y sólo referiré lo que pertenece a Roma y al Romano Imperio, esto es, propiamente a la misma ciudad, y todo lo que las demás, que por todo el mundo estaban confederadas con ella o

sujetas a su dominio, padecieron antes de la venida de Jesucrito, cuando ya pertenecían, por decirlo así, al cuerpo de su República.

Capítulo II

SI LOS DIOSES A QUIENES LOS ROMANOS Y GRIEGOS ADORABAN DE UN MISMO MODO TUVIERON CAUSAS PARA PERMITIR LA DESTRUCCIÓN DE TROYA.

2 Primeramente la misma Troya o Ilión, de donde trae su origen el pueblo romano (porque no es razón que lo omitamos o disimulemos, como lo insinué en el Libro primero, cap. IV), teniendo y adorando unos mismos dioses, ¿por qué fué vencida, tomada y asolada por los griegos? Príamo, dice Virgilio, pagó el juramento que quebrantó su padre Laomedonte [1]; luego es cierto que Apolo y Neptuno sirvieron a Laomedonte por jornal, pues aseguran les prometió pagarles su trabajo y que se lo juró falsamente. Me causa admiración que Apolo, famoso adivino, trabajase en una obra tan grande, y no previese que Laomedonte no había de cumplirle lo pactado; aunque no era justo que tampoco Neptuno, su tío, hermano y rey del Mar, ignorase las cosas futuras, pues a éste le introduce Homero [2] presagiando gloriosos sucesos de la descendencia de Eneas, cuyos sucesores vinieron a ser los que fundaron a Roma, habiendo vivido, según dice el mismo poeta, antes de la fundación de aquella ciudad, a quien también arrebató en una nube, como dice, porque no le matase Aquiles; deseando por otra parte trastornar desde los fundamentos los muros de la fementida Troya que había fabricado con sus manos, como confiesa Virgilio [3]. No sabiendo, pues, dioses tan grandes, Neptuno y Apolo, que Laomedonte les había de negar el premio de sus tareas, edificaron graciosamente a unos ingratos los muros de Troya. Adviertan no sea peor creer en tales dioses que el no haberles guardado el juramento hecho por ellos, porque eso, ni aun el mismo Homero lo creyó fácilmente, pues pinta a Neptuno peleando contra los troyanos [4] y a Apolo en favor de éstos, diciendo la fábula que el

uno y el otro quedaron ofendidos por la infracción del juramento. Luego si creen en tales fábulas, avergüéncense de adorar a semejantes dioses, y si no las creen, no nos aleguen los perjuros troyanos, o admírense de que los dioses castigasen a los perjuros troyanos y de que amasen a los romanos. Porque ¿de dónde diremos provino que la conjuración de Catilina, formada en una ciudad tan populosa como relajada, tuviese asimismo tan grande número de personas que la siguiesen, sino de la mano y la lengua que sustentaba la fuerza de la conspiración con el perjuicio o con la sangre civil? [5]. ¿Y qué otra cosa hacían los senadores tantas veces sobornados en los juicios, tantas el pueblo en los sufragios o en las causas que ante él pasaban, por medio de las arengas que les hacían, sino perjurar también? Porque en la época en que florecían costumbres tan detestables, se observaba el antiguo rito de jurar, no para guardarse de pecar con el miedo o freno de la religión, sino para añadir los perjuicios al crecido número de los demás crímenes.

[1] Eneida, 4, 542; Georg., 1, 502.

[2] Iliada, 20, 302_305.

[3] Eneida, 5, 810_811.

[4] Eneida, 6.

[5] Salust., De Cat., emiur., 14.

Capítulo III

QUE NO FUÉ POSIBLE QUE SE OFENDIESEN LOS DIOSES CON EL ADULTERIO DE PARÍS, SIENDO COSA MUY USADA ENTRE ELLOS, COMO DICEN.

3 Así que no hay causa legítima por la cual los dioses que sostuvieron, como dicen, aquel Imperio [6], probándose que fueron vencidos por los griegos, nación más poderosa que ellos, se finjan enojados contra los troyanos porque no les guardaron el juramento; ni tampoco (como algunos los defienden) se irritaron por el adulterio de

París para dejar a Troya, en atención a que ellos suelen ser autores y maestros (no vengadores) de los más horrendos crímenes. "La ciudad de Roma (dice Salustio), según yo lo he entendido, la fundaron y poseyeron al principio los troyanos, que, fugitivos de su patria con el caudillo Eneas, andaban vagando por la tierra sin tener aún asiento fijo" [7]; luego si los dioses creyeron convenientes vengar el adulterio de París fuera razón, que le castigaran antes los troyanos o también en los romanos, supuesto que la madre de Eneas fué la que cometió este crimen: ¿y por qué motivo condenaban en París aquel pecado los que disimulaban en Venus su crimen con Anquises, que produjo el nacimiento de Eneas? ¿Fué acaso porque aquél se hizo contra la voluntad de Menelao, y éste con el beneplácito de Vulcano? Pero yo creo que los dioses no son tan celosos de sus mujeres, que no gusten de comunicarlas a los hombres. Acaso parecerá que voy satirizando las fábulas y que no trato con gravedad causa de tanto momento; luego no creamos, si os parece, que Eneas fué hijo de Venus, y esto es lo que os concedo, con tal que tampoco se diga que Rómulo fué hijo de Marte; y si éste lo es, ¿por qué no lo ha de ser el otro? ¿Por ventura es ilícito que los dioses se mezclen con las mujeres de los hombres, y es lícito que los hombres se mezclen con las diosas? Dura e increíble condición que lo que por derecho de Venus le fué lícito a Marte, esto, en su propio derecho, no lo sea lícito a la misma Venus. Con todo, lo uno y lo otro está admitido y confirmado por autoridad romana, porque no menos creyó el moderno César era Venus su abuela, que el antiguo Rómulo ser Marte su padre.

[6] Eneida, 2, 352.

[7] Salust., ib. 6.

Capítulo IV

DEL PARECER DE VARRÓN, QUE DIJO ERA ÚTIL SE FINJAN LOS HOMBRES NACIDOS DE LOS DIOSES.

4 Dirá alguno: ¿y crees tú esto? y yo respondo, que de ninguna manera lo creo. Pues aun su docto Varrón, aunque no lo afirma con certeza, con todo, casi confiesa que es falso. Dice que interesa a las ciudades que las personas de valor, a pesar de ser falso, se tengan por hijos de los dioses, para que de este modo el corazón humano, como alentado con la confianza de la divina estirpe, emprenda con mayor ánimo y denuedo las acciones grandes, las examine con más madurez y eficacia y con la misma seguridad las acabe más felizmente. Este dictamen de Varrón, referido como pude con mis palabras, ya veis cuán grande portillo abre a la falsedad, cuando entendamos que se pudieron ya inventar y fingir muchas ceremonias sagradas, y como religiosas, cuando pensemos que aprovechan e importan a los ciudadanos romanos las mentiras aun sobre los mismos dioses.

Capítulo V

QUE NO SE PRUEBA QUE LOS DIOSES CASTIGARON EL ADULTERIO DE PARÍS, PUES EN LA MADRE DE RÓMULO LE DEJARON SIN CASTIGO.

5 Pero si pudo Venus con Anquises parir a Eneas, o Marte de la unión con la hija de Numitor engendrar a Rómulo, dejémoslo por ahora, porque casi otra semejante cuestión se origina igualmente de nuestras Escrituras, cuando se pregunta si los ángeles prevaricadores se juntaron con las hijas de los hombres, de donde nacieron unos gigantes, esto es, unos hombres de estatura elevada y fuertes, con que se pobló entonces la tierra [8]. Pero entretanto nuestro discurso abrazará lo uno, y lo otro; porque si es cierto lo que entre ellos se lee de la madre de Eneas y del padre de Rómulo, ¿cómo pueden los dioses enfadarse de los adulterios de los hombres, sufriéndolos ellos entre sí con tanta conformidad? Y si es falso, tampoco pueden enojarse de los verdaderos adulterios humanos los que se deleitan aun

de los suyos fingidos, y más que si el crimen de Marte no se cree, tampoco puede creerse el de Venus. Así que con ningún ejemplo divino se puede defender la causa de la madre de Rómulo, en atención a que Silvia fué sacerdotisa vestal, y por eso debieran los dioses vengar ante este crimen sacrílego contra los romanos que el adulterio de París contra los troyanos. Era, pues, un delito tan execrable entre los antiguos romanos éste, que enterraban vivas [9] a las sacerdotisas vestales convencidas de deshonestidad; y a las mujeres adúlteras, aunque las afligían lo bastante, con todo, no era con ningún género de muerte cruel [10], pues acostumbraban a castigar con más rigor a los que pecaban contra los sagrarios divinos, que no a los que manchaban los lechos humanos.

[8] Gen., 6, 4. Esta cuestión se trata más adelante, en el libro 15, cap. 23. [9] Liv., libros 8 y 22.

[10] H., 10, 31.

Capítulo VI

DEL PARRICIDIO DE RÓMULO, NO VENGADO POR LOS DIOSES.

6 Y añado otra circunstancia, y es que, si tanto se irritaron los dioses de los pecados de los hombres, que ofendidos del rapto de París asolaron a Troya a sangre y fuego pudiera moverles más contra los romanos la muerte ímpia del hermano de Rómulo, que contra los troyanos la burla hecha al esposo griego: sin duda más debía irritarles el parricidio cometido en una ciudad recién fundada, que el adulterio de la que ya reinaba, cuya investigación nada importa para el asunto que ahora tratamos; esto es, si el asesinato le mandó hacer Rómulo, o si le ejecutó él mismo, lo cual muchos lo niegan sin reflexión por vergüenza lo ponen en duda, y algunos de pena disimulan. Y para que no nos detengamos en averiguar con demasiada diligencia esta circunstancia, atendiendo a los testimonios de tantos escritores consta claramente que mataron al hermano de Rómulo, no los enemigos ni los extraños, sino el mismo Rómulo, que ejecutó por sí mismo el

fratricidio, o mandó se hiciese; y aun cuando así fuese, parece tuvo mejor derecho para decretarlo, pues Rómulo era el primer jefe y legislador de los romanos, y París no lo era de los troyanos. ¿Por qué razón provocó la ira de los dioses contra los troyanos aquel que robó la mujer ajena, y Rómulo, que mató a su hermano, excitó y convidó a los mismos dioses a que tomasen sobre sí la tutela y amparo de los romanos? Y si este delito ni le cometió, ni le mandó ejecutar Rómulo, no obstante que la transgresión era digna de castigo, toda la ciudad fué la que le hizo, porque toda pasó por él y no hizo caso de él; y no mató precisamente a su hermano, sino lo que es más notable, a su mismo padre; en atención a que el uno y el otro fué su fundador, y quitando al uno alevosamente la vida no le dejaron reinar, creo que no hay para qué insinuar el castigo que mereció Troya para que la desamparasen los dioses, y así pudiese perecer, y el bien que mereció Roma para que hiciesen en ella asiento los dioses y pudiese creer, a no ser que digamos que, vencidos, huyeron de Troya y se vinieron a Roma para engañar también a estos nuevos fundadores de la República romana; sin embargo de que es más cierto el que se quedaron en Troya para engañar, como suelen, a los que habían de ir a vivir en aquellas tierras, y ejercitando en Roma los mismos artificios de sus reiteradas seducciones, fueron ensalzados con mayores glorias, siendo adorados con extraordinarios honores.

Capítulo VII

DE LA DESTRUCCIÓN DE ILIÓN, ASOLADA POR FIMBRIA, CAPITÁN DE MARIO 11.

7 Y para explicarnos con más sencillez, decimos que, cuando ya pululaban las guerras civiles ¿en qué había pecado la miserable ciudad de Ilión para que Fimbria, hombre facineroso del bando y parcialidad de Mario, la asolase con mayor fiereza e inhumanidad que antiguamente lo hicieron los griegos? [12]. Entonces al menos escaparon muchos huyendo, y muchos hechos cautivos a lo menos

vivieron, aunque en servidumbre; pero Fimbria mandó ante todo promulgar un bando por el cual ordenaba que a ninguno se perdonase, y así quemó y abrasó toda la ciudad y sus moradores. Este ímpio decreto mereció la ciudad de Ilión, no por mano de los griegos, a quienes había irritado con sus maldades, sino por la de los romanos, a quienes había propagado con sus calamidades, no favoreciendo para estorbar tantas desgracias los dioses que los unos y los otros comúnmente adoraban, o lo que es más cierto, no pudiendo ayudarles en infortunio tan grave. ¿Acaso entonces, desamparando sus sagrarios y aras se habían ausentado todos los dioses que sostenían en pie aquel lugar después que los griegos le quemaron y asolaron? Y si se habían ido, deseo saber la causa; y cuanto más la examino, hallo que tanto mejor es la de los ciudadanos cuanto es peor la de los dioses; porque los habitantes cerraron las puertas a Fimbria sólo por conservar la ciudad a Sila, y él, enojado, les puso fuego, los abrasó y destruyó del todo; hasta entonces Sila era capitán [13] de la mejor parte civil, y hasta entonces procuraba con las armas recobrar la República; pero de estos buenos principios aun no habían llegado a experimentarse los malos fines. ¿Qué deliberación más justa y concertada pudieron tomar en tal apuro los vecinos de aquella ciudad? ¿Cuál más honesta? ¿Cuál más fiel? ¿Qué acción más digna de la amistad y parentesco que tenían con Roma que conservar la ciudad en defensa de la mejor causa de los romanos y cerrar las puertas a un parricida de la República romana? Pero en cuán grande ruina y destrucción suya se les convirtió esta generosa acción, véanlo los defensores de los dioses: que desamparasen éstos a los adúlteros y que dejasen Ilión en poder de las llamas griegas, para que de sus cenizas naciese Roma más casta, sea enhorabuena; pero ¿por qué causa desampararon después la ciudad cuna de los romanos, no rebelándose contra Roma su noble hijo, sino guardando la fe más constante y piadosa al que en ella tenía mejor causa? Y, sin embargo, la dejaron para que la asolase, no a los más valientes griegos, sino al hombre más torpe de los romanos. Y si no agradaba a los dioses la

parcialidad de Sila, que es para quien los infelices moradores guardaban su ciudad cuando cerraron las puertas, ¿por qué prometían tantas felicidades al mismo Sila? Con esta demostración se conoce igualmente que son más lisonjeros de los felices, que protectores de los desdichados: luego no fué asolado entonces ya Ilión porque ellos le desampararon, ya que los demonios, que están siempre vigilantes para engañar, hicieron lo que pudieron; pues habiendo arruinado y quemado con el lugar todos los ídolos, sólo el de Minerva, dicen, como escribe Livio [14], que en ruina tan grande de sus templos quedó entero, no porque se dijese en su alabanza: "¡Oh, dioses patrios [15], bajo cuyo amparo está siempte Troya!". Sino porque no se dijese para su defensa que se habían ido todos los dioses, desamparando sus sagrarios y aras, en atención a que se les pemitió pudiesen conservar aquel ídolo, no para que por este hecho se probase que eran poderosos, sino para que se viese que les eran favorables.

[11] Como se ve, se trata de la destrucción de Troya o Ilión, llevada a cabo por Mario, 1050 años después de haber sido tomada por los griegos.

[12] Liv., 1, 82_83.

[13] Cic. pro Caelio; Sal., ib. 51.

[14] Liv., 83.

[15] Virgilio, Eneida, 9, 247.

Capítulo VIII

SI FUÉ PRUDENTE ENCOMENDARSE ROMA A LOS DIOSES DE TROYA.

8 ¡Qué prudente deliberación fué encomendar la conservación de Roma a los dioses troyanos, después de haber visto por experiencia lo que pasó en Troya! Dirá alguno que ya estaban acostumbrados a vivir en Roma cuando Fimbria asoló Ilión; pero ¡dónde estaba el simulacro de Minerva? Y si estaban en Roma cuando Fimbria destruyó Ilión, ¿acaso cuando los galos tomaron y abrasaron a Roma estaban en

Ilión? Pero como tienen perspicaz el oído y veloz el movimiento, al graznido de los gansos volvieron en seguida para defender siquiera la roca del Capitolio, que solamente había quedado; mas para poder venir a defender el resto de la ciudad llegó el aviso tarde.

Capítulo IX

SI LA PAZ QUE HUBO EN TIEMPO DE NUMA SE DEBE CREER QUE FUÉ OBRA DE LOS DIOSES.

9 Créese también que éstos ayudaron a Numa Pompilio, sucesor de Rómulo, para que gozase la paz que disfrutó en todo su reinado, y a que cerrase las puertas de Jano [16], que suelen estar abiertas en tiempo de guerra, es a saber porque enseñó a los romanos muchos ritos y ceremonias sagradas. A éste se le pudiera dar el parabién del ocio y quietud que gozó en el tiempo de su reinado, si supiera emplearla en proyectos saludables, y, dejándose de una curiosidad perniciosa, se aplicara con verdadera piedad a buscar al Dios verdadero. Mas no fueron los dioses los que le concedieron el reposo, y es creíble que menos le engañaran si no le hallaran tan ocioso, porque cuanto menos ocupado le hallaron, tanto más le empeñaron en sus detestables designios; y cuáles fueron sus pretensiones y los artículos con que pudo introducir para sí o para la ciudad semejantes dioses, lo refiere Varrón, de lo cual, si fuere la voluntad de Dios, hablaremos más largamente en su lugar [17]; pero ahora, porque tratamos de sus beneficios, decimos que grande y singular merced es la paz, más las incomparables gracias del verdadero Dios son comunes por la mayor parte, como el sol, el agua y otros medios importantes para la vida, para los ingratos y gente perdida: y si este tan particular bien le hicieron los dioses a Roma o a Pompilio, ¿por qué después jamás se le hicieron al imperio romano en tiempos mejores y más loables? ¿Eran acaso más interesantes los ritos y ceremonias sagradas cuando se intituían que cuando, después de instituídas, se celebraban? Ahora bien, entonces no existían, sino que

se estaban instituyendo, y después ya existían y para que aprovechasen se guardaban. ¿Cuál fué la causa de que los cincuenta y tres años, o como otros quieren, treinta y nueve, se pasaron con tanta paz reinando Numa [18], y después, establecidas ya las ceremonias sagradas y teniendo ya por protectores a los mismos dioses que habían sido honrados con las mismas ceremonias, apenas después de tantos años, desde la fundación de Roma hasta Augusto César, se refiera uno por gran milagro, concluída la primera guerra Púnica, en que pudieron los romanos cerrar las puertas de la guerra?

[16] La razón de esto puede verse en Macrobio, Saturn, 1, 9. [17] Libro 7, cap. 34.

[18] De Rep., 2, 14

Capítulo X

SI SE DEBIÓ DESEAR QUE EL IMPERIO ROMANO CRECIESE CON TAN RABIOSAS GUERRAS, PUDIENDO ESTAR SEGURO, CON LO QUE CRECIÓ EN TIEMPO DE NUMA.

10 Responderán acaso que el imperio romano no podía extender tanto por todo el mundo su dominio, y ganar tan grande gloria y fama, sino es con las guerras continuas, sucediéndose sin interrupción las unas a las otras. Graciosa razón por cierto; para que fuera dilatado el imperio, ¿qué necesidad tenía de estar en guerra? Pregunto: en los cuerpos humanos, ¿no es más conveniente tener una pequeña estatura con salud, que llegar a una grandeza gigantesca con perpetuas aflicciones, y cuando hayáis llegado, no descansar, sino vivir con mayores males cuando son mayores los miembros? ¿Y qué mal hubiera sido, o qué bien no hubiera sucedido, si duraran aquellos tiempos que notó Salustiano, cuando dice: "Al principio los reyes (porque en el mundo este fué el primer nombre que tuvo el mando y el imperio) fueron diferentes: unos ejercitaban el ingenio, otros el cuerpo, los hombres pasaban su vida sin codicia, y cada uno estaba sobradamente con lo suyo"? [19]. ¿Acaso para que creciera tanto el

imperio, fué necesario lo que aborrece Virgilio, diciendo "que a poco vino la edad peor y achacosa, y sucesivamente la rabia de la guerra y la ansia de poseer"? [20]. Mas seguramente se excusan con justa causa los romanos de tantas guerras como emprendieron e hicieron, con decir estaban obligados a resistir a los enemigos que imprudentemente les perseguían, y que no era la codicia de alcanzar gloria y alabanza humana, sino la necesidad de defender su vida y libertad la que les incitaba a tomar las armas. Sea así enhorabuena: "porque después de su República (como escribe el mismo Salustio) se engrandeció con las leyes, costumbres y posesiones, y parecía que estaba harto próspera y poderosa, como sucede las más veces en las cosas humanas, de la opulencia y riqueza nació la envidia y la emulación: así que los reyes y pueblos comarcanos los comenzaron a tentar con la guerra, y pocos de sus amigos sacudieron en su favor, pues los demás aterrados con el miedo, hurtaron el cuerpo a los peligros; pero los romanos, diligentes en la paz y en la guerra, comenzaron a darse prisa, disponíanse con denuedo, animábanse los unos a los otros, salían al encuentro a sus enemigos, defendían con las armas su libertad, padres y patria; mas después, habiéndose librado con su valor de los peligros inminentes que les rodeaban, se aplicaron a socorrer a sus amigos aliados y confederados, empezando con esta política a granjear amistades más con hacer que con recibir beneficios" [21]. Con estos medios suaves se acrecentó honestamente Roma; pero reinando Numa, para que hubiese una paz tan estable y prolongada, pregunto: si les acometían los enemigos e incitaban con la guerra, o si acaso no había recelos de ésta, para que así pudiese perseverar aquella paz; pues si entonces era provocada Roma con la guerra y no resistía a las armas con las armas, con la traza que se apaciguaban los enemigos sin ser vencidos en campal batalla y sin causarles temor con ningún ímpetu de guerra, con la misma traza podía Roma reinar siempre en paz, teniendo cerradas las puertas de Jano. Y si esto no estuvo en su mano, luego no tuvo Roma paz todo el tiempo que quisieron sus dioses, sino el que quisieron los hombres,

sus comarcanos, que no se la turbaron con hostilidad alguna; si no es que semejantes dioses se atrevan también a vender al hombre lo que otro hombre quiso o no quiso. Es verdad que esta alternativa de acontecimientos coincide con el vicio propio y culpa de los malos, que opinan que se les permite a estos demonios el atemorizarles, o animarles sus corazones; pero si siempre dependiese de su arbitrio tales sucesos, y por otra oculta y superior potestad no se hiciese muchas veces lo contrario de lo que ellos pretenden, siempre tendrían en su mano la paz y las victorias en la guerra, las cuales las más de las veces acontecen según se disponen y mueven los ánimos de los hombres.

[19] Sall. De Cat. Conius., 2.

[20] Eneida, 8, 226_227; ligera alusión a las cinco edades de que hablan Hesiodo, Virgilio, Ovidio y otros poetas.

[21] Sall., ib. 6.

Capítulo XI

DE LA ESTATUA DE APOLO CUMANO, CUYAS LÁGRIMAS SE CREYÓ QUE PRONOSTICARON LA DESTRUCCIÓN DE LOS GRIEGOS POR NO PODERLES AYUDAR.

11 Y con todo, por la mayor parte suceden semejantes acontecimientos contra su voluntad, según lo confiesan las fábulas, que mienten mucho, y apenas tienen indicio de cosa que sea verosímil, y también las mismas historias romanas; en cuya comprobación decimos, que no por otro motivo se tuvo aviso que Apolo Cumano lloró cuatro días continuos [22] al mismo tiempo que sostenían guerra los romanos contra los aqueos y contra el rey Aristónico; pero atemorizados los arúspices con este prodigio, y siendo de parecer que se debía echar en el mar aquel ídolo, intercedieron los ancianos de Cumas, diciendo que otro semejante milagro se había visto en la misma estatua en tiempo de la guerra de Antíoco y en la de Jerjes, afirmando que en ellas les había sido

próspera la fortuna a los romanos, pues por decreto del Senado le habían enviado sus dones a Apolo. En virtud de esta contestación congregaron entonces otros arúspices más prácticos, y examinando el caso con la debida circunspección, respondieron unánimemente que las lágrimas de la estatua de Apolo eran favorables a los romanos, porque Cumas era colonia griega [23] y que llorando Apolo había significado llanto y desgracia a las tierras de donde le habían traído, esto es, a la misma Grecia. Despúes de breve tiempo vino la nueva fatal de haber sido vencido y preso el rey Aristónico, quien seguramente no quisiera Apolo que fuera vencido y de ello le pesaba significándolo con lágrimas de su piedra, por lo que no tan fuera de propósito nos pintan como veraz la condición de los demonios los poetas con sus versos verosímiles, aunque fabulosos; porque en Virgilio leemos que Diana se duele y aflige por Camila y que Hércules llora por Palante, advirtiendo que le habían de matar [24]: por esta causa quizá también Numa Pompilio gozando de una suave y larga paz, pero ignorando por beneficio de quién le provenía aquella felicidad, sin procurar indagarlo, estando ocioso imaginando a qué dioses encomendaría la salud de los romanos y la conservación de su reino, y opinando que el verdadero y poderoso Dios no cuidaba de las cosas terrenas, y acordándose al mismo tiempo que los dioses troyanos, que Eneas había traído, no habían podido conservar por mucho tiempo ni el reino de Troya ni el de Lavinio, que el mismo Eneas había fundado, le pareció sería bueno proveerse de otros para añadirlos a los primeros que con Rómulo habían pasado a Roma, o a los que habían de pasar después de la destrucción de Alba, poniéndoselos, o por guardas como a fugitivos, o por ayuda y socorro como a poco poderosos.

[22] Liv., 43.

[23] Estrabón, 5, 4.

[24] Eneida, 11, 836_849; 10, 414_465.

Capítulo XII

CUÁNTOS DIOSES AÑADIERON LOS ROMANOS FUERA DE LOS QUE HIZO NUMA, CUYA MULTITUD NO LES AYUDÓ NI SIRVIÓ DE NADA.

12 Con todo, no quiso contentarse con tributar culto a todos los dioses, como estableció en ella Numa Pompilio, sino que trató de añadir otros infinitos. Entonces aun no se había fundado el suntuoso templo de Júpiter, pues el rey Tarquino fué el que fabricó el Capitolio. Esculapio de Epidauro vino a Roma para poder, pues era sabio médico, ejercer en aquella noble ciudad su arte con más gloria y fama [25]; y la madre de los dioses fué conducida no sé de qué ciudad del Pesinunte, por parecer impropio que, presidiendo y reinando el hijo en el monte Capitolino, estuviese ella escondida en un lugar de tan poco nombre; la cual, si es cierto que es madre de todos los dioses, no sólo vino a Roma después de algunos de sus hijos, sino que también precedió a otros que habían de venir después de ella. Me causa extraordinaria admiración que esta diosa pariese al Cinocéfalo, que transcurridos muchos años vino de Egipto, y si procreó igualmente a la diosa Calentura, averígüelo Esculapio, su biznieto; con todo, cualquiera que fuese su madre, me parece que no se atreverán los dioses peregrinos o forasteros a decir que es mal nacida y de baja condición una diosa que es ciudadana romana, estando bajo la protección de tantos dioses: ¿y quién habrá que pueda contar los naturales y advenedizos, los celestes, terrestres, infernales, los del mar, fuentes y ríos, y como dice Varrón, los ciertos e inciertos, y los de todo género, como se contienen en los animales, machos y hembras? Estando, pues, bajo la tutela de tantos dioses romanos, no sería razón que fuera perseguida y afligida con tan grandes y horribles calamidades, como de muchas referiré algunas pocas, pues con una tan grande humareda, como si fuese señal de atalaya, vino a juntar para su defensa una infinidad de dioses a quienes poder erigir y dedicar templos, altares, sacerdotes y sacrificios, ofendiendo con tan horrendos holocaustos al verdadero Dios, a quien sólo se deben estos

cultos, practicados con la mayor veneración; y aunque vivió más dichosa con menos número, con todo, cuanto mayor se hizo le pareció era menester proveerse de más, como una nave de marineros desahuciada, a lo que presumo y sinceramente persuadida de que aquellos pocos _ bajo cuya tutela había vivido más arregladamente en comparación de sus ordinarios excesos _ no bastaban a socorrer a su grandeza, puesto que en el principio, y en tiempo de los mismos reyes, a excepción de Numa Pompilio, de quien he hablado ya, es notorio cuántos males causaron aquellas discordias y contiendas, que llegaron a quitar la vida al hermano de Rómulo.

[25] Liv., 10, 47.

Capítulo XIII

CON QUÉ DERECHO Y CAPITULACIONES ALCANZARON LOS ROMANOS LAS PRIMERAS MUJERES EN CASAMIENTO.

13 Del mismo modo, ni Juno, que con su Júpiter fomentaba ya y favorecía a los romanos y a la gente togada [26], ni la misma Venus pudo ayudar a los descendientes de su Eneas para que pudiesen haber mujeres conforme a razón; llegando a tanto extremo la falta de ellas, que se vieron precisadas a robarlas por engaño, y después del rapto tuvieron necesidad de tomar las armas contra los suegros y dotar a las tristes mujeres que por el agravio recibido en la sangre de sus padres no estaban aún reconciliadas con sus maridos; ¿y dirán todavía que en esta guerra salieron los romanos vencedores de sus vecinos? Y estas victorias, pregunto: ¿cuántas heridas y muertes costaron, así de parientes como de los comarcanos? Por amor a un César y a un Pompeyo, suegro y yerno, habiendo ya muerto la hija de César, mujer de Pompeyo, exclama Lucano excitado de un justo dolor, resultó la más que civil batalla de los campos de Emacia [27]: y del derecho adquirido con una acción abominable dimanó el ser necesario que venciesen los romanos para conseguir por fuerza, con las manos bañadas en sangre de sus suegros, los miserables brazos de sus hijas,

y también para que ellas no se atreviesen a llorar la muerte de sus padres por no ofender la gloria de sus maridos, las cuales, mientras ellos peleaban estaban suspensas e indecisas, sin saber para quiénes habían de pedir a Dios la victoria [28]. Tales bodas ofreció al pueblo romano, no Venus, sino Belona, o acaso Alecto, aquella infernal furia que cuando los favorecía ya Juno, tuvo contra ellos más licencias que cuando con sus ruegos la estimulaba contra Eneas [29]; más venturoso fué el cautiverio de Andrómaca que los matrimonios de los romanos; porque Pirro, aun después que gozó de sus brazos, ya cautiva, a ninguno de los troyanos quitó la vida; pero los romanos mataban en los reencuentros a los suegros cuyas hijas abrazaban ya en sus tálamos. Andrómaca, sujeta ya a la voluntad del vencedor, sólo pudo sentir la muerte de los suyos, mas no temerla; las otras, casadas con los que andaban actualmente en la guerra, temían cuando iban sus maridos a ellas, las muertes de sus padres, y cuando volvían se lamentaban sin poder temer ni sentir libremente, porque por las muertes de sus ciudadanos, padres, deudos y hermanos, piadosamente se entristecían, o por las victorias de sus maridos cruelmente se alegraban. A estas tristes circunstancias se añadía que, como son varios los sucesos de la guerra, algunas, al filo de la espada de sus padres perdían a sus maridos, y otras con las espadas de los unos y de los otros, los padres y los maridos. No fueron tampoco de poco momento los terribles aprietos y peligros que sufrieron los romanos, pues llegaron sus enemigos a poner cerco a la ciudad, defendiéndose los sitiados a puertas cerradas; pero habiéndolas abiertas por traición y entrado el enemigo dentro de los muros, se dió aquella tan abominable y cruel batalla en la misma plaza entre los suegros y los yernos [30], en la que iban también de vencida los raptores, y a veces huyendo a sus casas deslustraban más gravemente sus pasadas victorias, aunque de la misma manera fueron éstas vergonzosas y lastimosas [31]. Aquí fué donde Rómulo, deshauciado ya del valor de los suyos, hizo oración a Júpiter pidiéndole hiciese que se detuviesen y parasen los suyos; de donde le vino a Júpiter el nombre de Estator.

Ni con esta providencia se hubieran acabado tantos daños, si las mismas hijas, desgreñadas, desmelenadas, no se pusieran de repente por medio, y postradas a los pies de sus padres no aplacaran su justo enojo, no con las armas victoriosas, sino con piadosas y humildes lágrimas [32]. Tranquilizados los ánimos y acordados por ambas partes los conciertos, Rómulo fué obligado a admitir por socio en el reino a Tito Tacio, rey de los sabinos, siendo así que antes no había podido sufrir la compañía de su hermano Remo en el gobierno. Y ¿cómo había de tolerar a Tacio el que no sufrió a un hermano gemelo? Así, pues, le quitó también la vida, y quedó solo con el reino [33]. ¿Qué condiciones de matrimonios son éstas? ¿Qué motivos de guerras? ¿Qué modo de conservar la fraternidad, afinidad, sociedad y divinidad? Finalmente, ¿qué vida y costumbres éstas de una ciudad que está bajo la tutela de tantos dioses? ¿Notáis cuán grandes cosas pudiera decirse sobre esto si no cuidara de lo que resta y me apresurara a tratar otras materias?

[26] Eneida, 1, 281_282.

[27] Lucano, Phars., 1, 1_2.

[28] Ovidio, 3. Fats, 205 y sigs.

[29] Eneida, 7, 323 y sigs.

[30] Liv. 1, 11_13.

[31] Liv., 1, 10.

[32] Liv., 1, 12_13.

[33] Liv., 1, 14.

Capítulo XIV

DE LA INJUSTA GUERRA QUE LOS ROMANOS HICIERON A LOS ALBANOS Y DE LA VICTORIA QUE ALCANZARON POR CODICIA DE REINAR.

14 Y ¿qué fué lo que sucedió en Roma después de la muerte de Numa, cuando la gobernaban los reyes sus sucesores? ¿Con cuánto

perjuicio, no sólo suyo, sino también de los romanos, fueron provocados los albanos a tomar las armas? En efecto; la paz de Numa fué tanto más vergonzosa cuanto fueron más frecuentes las derrotas que padecieron alternativamente los ejércitos romano y albano, de que se siguió el menoscabo y quebranto de ambas ciudades; porque la ínclita ciudad de Alba, fundada por Ascanio, hijo de Eneas (la cual era madre más próxima de Roma que Troya) siendo provocada por el rey Tulo Hostilio, tomó las armas y peleó, y peleando quedaron ambas igualmente destrozadas; y así determinaron fiar los sucesos de la guerra por una y otra parte a los tres hermanos mellizos. Salieron al campo de la parte de los romanos tres Horacios, y de los albanos tres Curiacios; éstos mataron a dos Horacios, un Horacio mató a los tres Curiacios, y así quedó Roma con la victoria, habiendo padecido también en esta última batalla la desgracia de que de tres, uno solo volvió vivo a casa [34]. ¿Y para quién fué el daño de los unos y de los otros? ¿Para quién el llanto sino para el linaje de Eneas, para la descendencia de Ascanio, para los hijos de Venus, para los nietos de Júpiter? Esta guerra fué más que civil, pues peleó la ciudad hija con la ciudad madre. Causó asimismo este combate postrero de los mellizos otro fiero y horrible mal, porque como eran ambos pueblos antes amigos por ser vecinos y deudos, pues la hermana de los Horacios estaba desposada con uno de los Curiacios, ésta, luego que vió los tristes despojos de su esposo en poder de su hermano victorioso, no pudo disimular ni contener las lágrimas, y por una acción tan natural la asesinó su propio hermano. Estoy firmemente persuadido que el afecto de esta sola mujer fué más humano que el de todo el pueblo romano; porque imagino que la que poseía ya a su marido por medio de la fe dada en los esponsales, y acaso también doliéndose de su hermano, viendo que había muerto a Curiacio, a quien había prometido a su hermana en matrimonio, creo, digo, que sus lágrimas no fueron culpables y así en Virgilio [35] el piadoso Eneas con justa causa se duele y lastima de la muerte del enemigo, aun del que él mató por su propia mano; asimismo Marcelo, considerando la

ciudad de Siracusa, y que había caído en un momento entre sus manos toda la grandeza y gloria que poco antes tenía, pensando en la suerte común, con lágrimas se compadeció de su fatal suerte. Por el amor natural que mutuamente nos debemos, suplico nos dé licencia el afecto humano, para que sin culpa pueda llorar una mujer a su difunto esposo, muerto por mano de su hermano, supuesto que los hombres pudieron llorar aun con gloria y aplauso a los enemigos que habían vencido; así que al mismo tiempo que aquella mujer lloraba la muerte que su hermano había dado a su esposo, Roma se alegraba de haber peleado con tanta fiereza contra la ciudad su madre, y de haber vencido con tanta efusión de sangre de parientes de una y otra parte. ¿Para qué alegan en mi favor el nombre de alabanza y el nombre de victoria? Quítense las sombras de la vana opinión, examínense las obras imparcialmente, pondérense y júzguense, desnudas de todo afecto. Dígase el crimen de Alba, como se decía el adulterio de Troya; y seguramente que no se hallará ninguna de su clase, ninguna que se le parezca. Tulo emprendió esta guerra sólo por instigar a los hombres al manejo de las armas y aficionarlos a desacostumbradas victorias y a los triunfos [36]. Por aquel pecado se vino a cometer una maldad tan execrable, como fué la guerra entre amigos y parientes; y este crimen tan grave bien de paso le toca Salustio; porque habiendo referido en compendio (alabando los tiempos antiguos, cuando pasaban su vida los hombres sin codicia y vivía cada uno contento con lo suyo), dice, "que después que comenzaron Ciro en Asia, y los lacedemonios y atenienses en Grecia, a subyugar las ciudades y naciones y a tener por motivo justo para declarar la guerra el insaciable apetito de reinar, y a juzgar que la mayor gloria consistía en poseer un dilatado imperio" [37], con lo demás que empezó allí a relacionar, me basta por ahora el haber referido hasta aquí sus palabras: este deseo de reinar mete a los hombres en grandes trabajos y quebrantos. Vencida entonces de este epíteto Roma, triunfaba de haber vencido a Alba, y doraba su crimen con el pomposo nombre de gloria, porque, según dice la Sagrada Escritura "el pecador se jacta en

los perversos deseos de su alma, y el inicuo se ve celebrado" [38]. Quítense, pues, las engañosas celadas, y las máscaras con que se disfrazan todas las cosas, para que sinceramente se examinen y consideren. Nadie me diga: aquél y el otro es grande, porque combatió con éste y aquél y venció; pues también combaten los gladiadores y vencen del mismo modo, y esta crueldad tiene igualmente por premio la alabanza; pero en mi concepto tengo por más laudable pagar la pena de cualquier flojedad o descuido, que pretender la gloria de aquellas armas; y con todo, si saliesen al teatro y a la arena a combatir entre sí un par de gladiadores, que el uno fuese padre y el otro hijo, ¿quién pudiera sufrir semejante espectáculo? ¿Quién no lo estorbara? ¿Cómo, pues, pudo ser gloriosa la guerra que se hizo entre dos ciudades, madre e hija? ¿Hubo por ventura aquí alguna diferencia porque no hubo arena, o porque se llenaron los campos más extendidos y espaciosos con los cadáveres, no de dos gladiadores, sino de infinitos de uno y otro pueblo? ¿Acaso porque estos combates y batallas no las cercaba algún anfiteatro, sino todo el orbe? ¿O porque se mostraba aquel impío espectáculo a los entonces presentes y a los venideros hasta donde se extiende esta fama? Con todo, aquellos dioses patronos del imperio romano, y que, como en un teatro, estaban mirando estos debates, padecían entre sí los impulsos de la pasión que tenía cada uno a la parte que favorecía, hasta que la hermana de los Horacios, como habían sido muertos los tres Curiacios, también ella, muriendo a manos de su hermano, entró con sus dos hermanos a ocupar el número de los otros tres de la otra parte, para que así no tuviera menos muertos la vencedora Roma. Después, para conseguir el fruto de la victoria asolaron a Alba, donde después de Ilión, destruído por los griegos, y después de Lavinio, donde el rey Latino puso por rey al fugitivo Eneas, habitaron finalmente aquellos dioses troyanos. Pero, según lo tenían ya de costumbre, quizá también se habían ausentado ya de allí, y por eso fué destruída. Fuéronse, en efecto, y desampararon sus sagrarios y aras todos los dioses que mantuvieron en pie aquel imperio. Y ved

aquí cómo se fueron ya la tercera vez, para que a la cuarta, por justa providencia, se les encomendase Roma; porque igualmente les descontentó Alba, donde echando del reino a su hermano, reinó Amulio, y al mismo tiempo les había agradado Roma, donde, habiendo muerto a su hermano, había reinado Rómulo; pero antes que fuese asolada Alba, dicen, toda la gente del pueblo se mandó pasar a Roma, para que de ambas se hiciese una ciudad sola; y dado que fuese así, con todo, aquella ciudad que fué donde reinó Ascanio, y tercer domicilio de los dioses troyanos, siendo ciudad madre, fué destruída por su hija, y para que de las reliquias que habían quedado de la guerra, de los dos pueblos se hiciera una miserable unión y sociedad, primeramente se hubo de derramar tanta sangre de una y otra parte. ¿Qué diré ya en particular cómo en tiempo de los demás reyes estas mismas guerras se renovaron tantas veces, cuando parecía que se habían ya acabado con tantas victorias, y que al parecer aparentaban habían haber desaparecido finalmente con tantos estragos? ¿Cómo en una y otra ocasión, después de ajustadas alianzas y paces, tornaron a renovarse entre los yernos y suegros, y entre sus descendientes y posteridad? No pequeño indicio de esta calamidad fué que ninguno de ellos cerrase las puertas de la guerra; luego ninguno de ellos reinó en paz bajo la tutela y amparo de tantos dioses.

[34] Liv., 1, caps. 22_30.

[35] Eneida, 10, 821 y sigs.

[36] Eneida, 6, 814_815.

[37] Sal. De Coniur., Cat. 2.

[38] Ps., 10, 3.

Capítulo XV

CUÁL FUÉ LA VIDA Y EL FIN QUE TUVIERON LOS REYES DE LOS ROMANOS.

15 Y ¿cuál fué el fin que tuvieron estos reyes? De Rómulo, vean lo que dice la lisonjera fábula, que fué recibido y canonizado por Dios en el cielo, y asimismo observen lo que algunos escritores romanos dijeron, que por su ferocidad le hicieon pedazos en el Senado, sobornando con crecidos dones a Julio Próculo para que dijese se le había aparecido y mandado que dijese al pueblo romano le admitiese en el número de los dioses, con lo que el pueblo, que había empezado a desabrirse con el Senado [39], se había reprimido y aplacado; y por qué sucedió también eclipsarse el sol, lo cual, ignorando el vulgo que acaece en ciertos tiempos por su natural curso y movimiento, lo atribuyeron a los méritos de Rómulo, como en realidad de verdad si llorara el sol por el mismo caso se debía creer que le habían muerto, y que esta maldad la manifestaba con eclipsarse aun la misma luz del día, como realmente sucedió cuando fué crucificado Nuestro Señor Jesucristo por la crueldad e impiedad de los judíos. Es prueba convincente de que aquel eclipse no sucedió por el curso regular de los astros, el ver que entonces cayó la Pascua de los judíos _ que se celebraba solemnemente _ estando la luna llena y el eclipse regular del sol no sucede sino al fin de la luna. Cicerón bien claro da a entender que la admisión de Rómulo entre los dioses fué más opinión vulgar que una realidad, pues alabándole en los libros de República [40] en persona de Escipión, dice: "Tanto alcanzó que como no se le viese, habiéndose de pronto oscurecido el sol, se creyó que le habían recibido en el número de los dioses, cosa que jamás ningún hombre pudo alcanzar sin estar dotado de singular valor"; y en lo que dice que de repente dejó de ser visto, sin duda se entiende así, o la violencia de la tempestad o el secreto con que le dieron muerte; pues otros escritores suyos al eclipse de sol añaden también una imprevista tempestad, la cual sin duda, o dió ocasión y

tiempo a aquella muerte, o ella misma fué la que acabó con Rómulo; porque de Tulo Hostilio, que fué su tercer rey (constando de Rómulo que murió igualmente herido de un rayo), dice en los mismos libros [41] Cicerón que no se creyó del mismo modo que le recibieron a éste entre los dioses muriendo de la manera insinuada, en atención a que lo que probaban por acaso, esto es, creían de Rómulo los romanos, no quisieron divulgarlo, es decir, disminuirlo y desacreditarlo, si concedían fácilmente esta prerrogativa a otro [42]. Dice asimismo expresamente en aquellas invectivas: "A Rómulo, que fundó esta ciudad, le hemos colocado entre los dioses inmortales con el amor y con la fama" [43]; para demostrar que no sucedió así realmente, sino que por los méritos de su valor, junto con el afecto que le profesaban, se echó esta voz y corrió esta fama. Y en el diálogo de Hortensio, hablando de los ordinarios eclipses del sol, dice así: "De modo que se noten las mismas tinieblas que hubo en la muerte de Rómulo, que sucedió en el eclipse del sol". Es cierto que aquí no dudó llamarla muerte de hombre, porque desempeñaba más el cargo de averiguar la verdad que el de hacer un panegírico; pero los demás reyes del pueblo romano, a excepción de Numa Pompilio y Anco Marcio, que murieron de enfermedad natural ¿acaso no expiraron con horribles muertes? A Tulo Hostilio, como dije (el que venció y asoló la ciudad de Alba), un rayo lo abrasó con todo su palacio. Tarquino Prisco murió por traición de los hijos de su antecesor. Servio Tulio falleció por el enorme crimen de su yerno Tarquino el Soberbio, que le sucedió en el reino, y con todo, no se fueron los dioses, desamparando sus sagrarios y aras, no obstante haberse cometido tan gran parricidio en el rey más justo y virtuoso de aquel pueblo. Sin embargo, estos espíritus preocupados, dicen que, a proceder así con la miserable Troya y dejarla para que la asolasen y abrasasen los griegos, les movió el adulterio de París, contra lo cual justamente se opone que el mismo Tarquino sucedió en el reino al suegro a quien había matado. A este infame parricida, con la muerte de su suegro le vieron aquellos dioses reinar, triunfar en muchas batallas y edificar

con los despojos de ellas al Capitolio, sin desamparar ellos el lugar; antes hallándose presentes y de asiento a todos estos lances sufriendo que su rey Júpiter los presidiese y reinase sobre ellos en aquel elevado templo, esto es, construído por mano de un parricida, pues entonces aún no era inocente cuando edificó el Capitolio, y después por su mala conducta y crueldad fué hechado de la ciudad, entrando a poseer el mismo reino (o donde había de edificar el Capitolio) por medio de una abominable maldad y execrable crimen; pues cuando después le echaron los romanos del reino y le desterraron de los muros de la ciudad, no fué porque él tuviese culpa en la violación de Lucrecia, porque éste fué pecado de su hijo, que le cometió no sólo sin saberlo, sino estando ausente, pues estaba a la sazón combatiendo la ciudad de Ardea y dirigiendo la guerra del pueblo romano. Ignoramos qué hubiera hecho si a su noticia llegara el delito que había cometido su hijo; y con todo, sin saber su dictamen y voluntad y sin hacer la prueba de ella, el pueblo le privó del reino, y habiéndose recogido el ejército (a quien ordenaron que dejase de seguir al rey y a sus banderas), le cerraron después las puertas de la ciudad y no le permitieron entrar dentro de ella [44]; pero después de frecuentes y penosas guerras con que afligió a los romanos, procurando se conjurasen contra ellos sus comarcanos viéndose absolutamente desamparado de sus antiguos aliados, en cuyo favor confiaba, y que no le era posible recobrar la corona, vivió en paz, según dicen, catorce años como persona particular en el Túsculo, cerca de Roma, y envejeció con su mujer, muriendo con muerte quizá más digna de envidia que la de su suegro, que murió por alevosía de su yerno, y no ignorándolo su hija, según dicen [45]. Y con todo esto, a este Tarquino no le llamaron los romanos el cruel o el malvado, sino el Soberbio, no pudiendo acaso sufrir ellos su real fausto y soberbia, por otra semejante soberbia de que estaban dominados sus corazones. ¿Y por qué razón del crimen que cometió en matar a su suegro y a su buen rey hicieron tan poco caso que enseguida le colocaron en el trono? Como si en este acto no cometieran ellos mayor culpa y

maldad recompensando tan extraordinariamente un crimen tan alevoso; y con todo, no se fueron los dioses desamparando sus sagrarios y aras; sino es que acaso haya alguno que intente defenderlos, diciendo que por eso se quedaron en Roma, más para poder castigar a los romanos afligiéndolos, que para ayudarlos con beneficios, contentándolos con victorias vanas y destruyéndolos con crueles guerras. Esta fué la vida por casi 243 años que se pasó en Roma bajo el gobierno de los reyes, en el tiempo tan alabado por sus escritores, hasta que echaron a Tarquino el Soberbio, por casi 243 años, habiendo dilatado el imperio con todas aquellas victorias compradas y habidas a costa de tanta sangre y de tantas desgracias, apenas veinte millas alrededor de Roma, espacio tan corto, que al presente no se puede comparar con ninguna de las ciudades de Getulia.

[39] Liv., 1, 16.

[40] Ibid., 2, 10.

[41] Liv. 2, 17.

[42] Sobre esto y lo siguiente, véase Liv. 1.

[43] Cat., 2, 1.

[44] Liv. 1, 57 y sigs.

[45] Valerio 9, 11.

Capítulo XVI

DE LOS PRIMEROS CÓNSULES QUE TUVIERON LOS ROMANOS; CÓMO EL UNO DE ELLOS ECHÓ AL OTRO DE SU PATRIA, Y DESPUÉS DE HABER COMETIDO EN ROMA ENORMES PARRICIDIOS MURIÓ, DANDO MUERTE A SU ENEMIGO.

16 A esta época debemos añadir también la otra hasta la cual, dice Salustio [46] que se vivió justa y moderadamente, mientras duró el miedo que tenían a las armas de Tarquino y se terminó la peligrosa guerra que sostuvieron con los etruscos; porque todo el tiempo que

éstos favorecieron a Tarquino en la pretensión de recobrar el reino, padeció Roma una guerra cruel; y por eso dice que se gobernó la República justa y moderadamente, forzados del terror y no por amor a la justicia. En este tiempo que fué sumamente breve, cuán funesto fué el año en que se incluyeron los cónsules, extinguida ya la potestad real, porque no llegaron a cumplir el año; pues Junio Bruto, despojando de su oficio a su compañero Lucio Tarquino Colatino, le desterró de la ciudad, y, a poco viniendo a las manos en una batalla con su contrario, cayeron ambos muertos [47], habiendo el primero quitado antes la vida de sus propios hijos y a los hermanos de su mujer, porque tuvo noticia de que se habían conjurado para restituir a Tarquino. Esta hazaña, después de haberla contado Virgilio como famosa, luego piadosamente tuvo horror de ella porque habiendo dicho "que por conservar la dulce libertad el mismo padre hará dar la muerte a sus hijos, por haber maquinado contra ella nuevas guerras" [48]; luego exclama y dice: "Desgraciado, en fin, como quiera que entendieren este hecho los venideros". Como quiera, dice, que los sucesos tomaren este hecho; esto es, como quiera que le engrandecieren y alabaren. En efecto; el que mata a sus hijos es desgraciado y desdichado, y como para consuelo de este infeliz, añadió: "Vencióle el amor de la patria y la inmensa ambición de gloria". ¿Por ventura en Bruto, que mató a sus hijos (y que habiendo dado muerte a su enemigo hijo de Tarquino quedando él muerto, de mano del mismo, no pudo vivir más, antes del mismo Tarquino vivió después de él), no parece que quedó vengada la inocencia de Colatino su colega, que siendo buen ciudadano, después de desterrado Tarquino padeció inculpablemente lo que el mismo tirano merecía? Y aun el mismo Bruto, dicen, era pariente de Tarquino. Pero en efecto, a Colatino le perjudicó la semejanza en el nombre, porque también se llamaba Tarquino; forzáronle, pues, a que mudase el nombre y no la patria, y, al fin a que en su nombre faltara esta voz y se llamara solamente Lucio Colatino; mas por esto nada perdió en su reputación, ni lo que sin desdoro alguno pudiera perder, y menos fué motivo para

que al primer cónsul le depusieran de su cargo, y para que a un buen ciudadano le desterraran de su patria. ¿Es posible que sea gloria y grandeza un crimen tan execrable de Junio Bruto, tan abominable y tan sin utilidad de la República? ¿Acaso para cometer este crimen le venció el amor de la patria y la inmensa ambición de gloria? En efecto; después de desterrado Tarquino el Tirano, el pueblo eligió cónsul juntamente con Bruto a Lucio Tarquino Colatino, marido de Lucrecia; pero con cuánta justicia atendió el pueblo a la vida y costumbres y no al nombre de su ciudadano, y con cuánta impiedad Bruto, al tomar posesión de aquella primera y nueva dignidad privó a su colega de la patria y del oficio, a quien pudiera fácilmente privar del nombre, si éste le ofendía, es cosa fácil de ver. Estas maldades se cometieron y estos desastres sucedieron cuando en aquella República los romanos se gobernaban y vivían justa y moderadamente. Asimismo Lucrecio (a quien habían puesto en lugar de Bruto), antes de concluirse aquel mismo año, murió de una enfermedad, y así Publio Valerio, que sucedió a Colatino, y Marco Horacio, que entró en lugar del difunto Lucrecio, terminaron aquel año funesto y desgraciado en que hubo cinco cónsules; en este mismo la República romana instituyó el oficio y potestad del Consulado.

[46] Hist., 2, 18.

[47] Liv. 2, 2_8.

[48] Eneida, 6, 820.

Capítulo XVII

DE LAS CALAMIDADES QUE PADECIÓ LA REPÚBLICA ROMANA DESPUÉS QUE COMENZÓ EL IMPERIO DE LOS CÓNSULES, SIN QUE LA FAVORECIESEN LOS DIOSES QUE ADORABA.

17 Entonces, habiendo respirado un poco del miedo que reinaba en sus corazones, no porque habían cesado las guerras, sino porque no les estrechaban con tanto rigor, es a saber acabado el tiempo en que se rigieron justa y moderadamente, se siguieron los sucesos que el

mismo Salustio declara brevemente de esta manera: "Después comenzaron los senadores a tratar al pueblo como esclavos, disponiendo de su vida y de sus espaldas al modo que acostumbraban los reyes; defraudándolos del repartimiento de los campos, cargándose ellos con todas las propiedades y excluyendo a los demás del gobierno. Irritado el pueblo con estas crueldades, y, principalmente, viéndose oprimido con los gravámenes de las deudas públicas y de las usuras, sufriendo y soportando a un tiempo con la ocasión de las continuas guerras la malicia y el tributo, acudió armado al monte Sagrado y al Aventino, y entonces estableció para la defensa de sus derechos, tribunos de la plebe y otras leyes, poniendo fin a las discordias y debates que reinaron entre ambos partidos [49] la segunda guerra Púnica". ¿Para qué me detengo, pues, en escribir tantos sucesos, o para qué molesto a los que los hubieren de leer? Cuán miserable haya sido aquella República en tan largo tiempo y por tantos años como mediaron hasta la segunda guerra Púnica con la inquietud continua de las guerras de afuera y con las discordias y sediciones de dentro, Salustio nos lo ha referido sumariamente; y así aquellas victorias no fueron alegrías y contentos sólidos de bienaventurados, sino consuelos vanos de miserables, y unos motivos extraños y celos de personas inquietas que los convidaban a emprender y sufrir más y más terribles trabajos; y no se enojen con nosotros los virtuosos y juiciosos romanos, aunque no hay causa para pedírselo ni advertírselo, pues es evidente que no se han de irritar con nosotros de modo alguno, porque ni referimos cosas más pesadas, ni las decimos más gravemente que sus propios autores; sin embargo de que en el estilo y en el tiempo que nos queda libre somos muy inferiores; y con todo, para estudiar y aprender estos autores no sólo trabajaron ellos mismos, sino que hacen también trabajar en ellos a sus hijos; y los que se enojan, ¿cómo me sufrieran si yo insinuase lo que dice Salustio? "Nacieron muchas revoluciones y discordias, y al fin las guerras civiles, pretendiendo ambiciosamente ser los señores absolutos bajo el honesto y disfrazado título de favorecer la causa de

los padres o del pueblo, algunos pocos de los más poderosos cuya gracia y fortuna seguían la mayor parte; concedían el honor de ciudadanos a los buenos y a los malos, no por los méritos o servicios que hubiesen hecho a la República, estando todos igualmente corrompidos sino según que cada uno era más rico y más poderoso para agraviar a otros; porque defendían la causa presente, y lo que se les antojaba se tenía por bueno [50]. Y si a aquellos historiadores les pareció que tocaba a la honesta libertad no pasar en silencio las calamidades de su propia ciudad, a quien en otros muchos lugares les ha sido forzoso alabarla con grande gloria y exageración, ya que efectivamente no disfrutaban de la otra más verdadera, adonde se han de admitir y recibir los ciudadanos eternos, ¿qué obligación nos liga a nosotros (cuya esperanza en Dios, cuanto es mejor y más cierta, tanto debe ser mayor nuestra libertad) viendo que imputan y atribuyen a Nuestro Señor Jesucristo los infortunios y calamidades presentes, para desviar a los débiles y menos entendidos y enajenarlos de aquella ciudad la única en que se ha de vivir eterna y bienaventuradamente? Ni tampoco contra sus dioses decimos cosas más abominables que sus mismos autores, que ellos leen y alaban, pues de ellos hemos tomado nuestros discursos, y en ningún modo somos aptos para referir tales y tantas particularidades como ellos dicen. ¿Dónde, pues, estaban aquellos dioses que por la pequeña y engañosa felicidad de este mundo creen ellos que deben ser adorados, cuando los romanos, a quienes con falsa y diabólica astucia se vendían para que les rindiesen culto andaban afligidos con tantas calamidades? ¿Dónde estaban cuando los forajidos y esclavos mataron al cónsul Valerio, procurando ganar el Capitolio que ellos habían ocupado [51], en el cual aprieto con más facilidad pudo él socorrer el templo de Júpiter, que a él la turba de tantos dioses con su rey Optimo Máximo, cuyo templo había librado del furor de sus enemigos? ¿Dónde estaban cuando, fatigada la ciudad con infinitas desgracias, causadas por las sediciones y discordias civiles, y permaneciendo en parte sosegada mientras esperaban el regreso de

los embajadores que habían enviado a Atenas para que les comunicasen sus leyes, fué asolada con una insufrible hambre y cruel pestilencia? [52] ¿Dónde estaban cuando en otra ocasión, padeciendo hambre el pueblo, creó por primera vez un prefecto que cuidase de la provisión del pan, y creciendo el hambre sobremanera, Espurio Melio, por haber proveído libremente el trigo al hambriento pueblo, incurrió en el crimen de haber intentado alzarse con el señorío de la República, siendo a instancia del mismo prefecto por orden expresa del dicatador Lucio Quincio, viejo ya decrépito, asesinado por Quinto Servilio, general de la caballería no sin una terrible y peligrosa revolución de la ciudad? [53]. ¿Dónde estaban cuando en una cruel peste, viéndose el pueblo fatigado por mucho tiempo y sin remedio con sus dioses inútiles, determinó hacerles nuevos lectisternios [54], lo que jamás antes había hecho [55]; para lo cual solían colocar unos lechos o mesas ricamente aderezadas en honra de los dioses, de donde esta ceremonia sagrada, o, por mejor decir sacrílega, tomó el nombre? ¿Dónde estaban cuando por diez años continuos, peleando con mal suceso contra los veyanos, el ejército romano padeció muchos y muy terribles estragos y calamidades, los que se hubieran acrecentado si al cabo no le socorriera Furio Camilo, a quien después condenó la ingrata ciudad? [56]. ¿Dónde estaban cuando los galos ocuparon a Roma y la saquearon, quemaron e hicieron infinitas muertes? [57]. ¿Dónde cuando aquella funesta peste causó tan terribles daños, en la cual murió también Furio Camilo que defendió a aquella República ingrata primeramente de las armas de los veyanos y después la libertó de la irrupción de los galos [58], y con ocasión de este contagio mortífero se introdujeron los juegos escénicos que fué otra nueva infección en las costumbres y vida humana, que es lo más doloroso, aunque quedaron ilesos los cuerpos de los romanos? ¿Dónde estaban cuando se fomentó otra pestilencia más grave, nacida, a lo que se sospecha, de los mortales venenos de las matronas, cuya vida y costumbres, causaron más funestas desgracias que la mayor peste? ¿O cuando en las Horcas Caudinas, estando

cercados por los Samnitas ambos cónsules con su ejército, fueron forzados a concluir con ellos unas paces tan vergonzosas, quedando en rehenes 600 caballeros romanos, y los demás, perdidas las armas y despojados de sus insignias y vestidos, pasaron humildemente debajo del yugo de los enemigos? [59]. ¿O cuando estando todos gravemente enfermos de la peste, muchos perecieron en el ejército a causa de los rayos que cayeron del cielo? [60]. ¿O cuando asimismo, por otro intolerable y funesto contagio fué obligada Roma a traer de Epidauro a Esculapio, como a dios médico, porque a Júpiter, rey universal de todos, que ya había mucho tiempo que presidía en el Capitolio, las muchas liviandades a que se entregó siendo joven, no le dieron quizá lugar para estudiar la medicina? ¿O cuando, conjurándose a un mismo tiempo sus enemigos los lucanos, brucios, samnitas, etruscos y galos senones, primeramente les mataron sus embajadores y después rompieron y derrotaron el ejército con su pretor, muriendo con él siete tribunos y 13.000 soldados? ¿O cuando en Roma, después de graves y largas discordias, en las cuales al fin el pueblo se amotinó y retiró al Janículo? Siendo tan terrible este infortunio y calamidad, que por su causa hicieron dictador a Hortensio, nombramiento que sólo se ejecutaba en los mayores apuros, quien habiendo sosegado al pueblo murió en el mismo cargo, suceso que antes no había acaecido a ningún dictador, el cual, para aquellos dioses, teniendo ya presente a Esculapio, fué culpa más grave. Después de esto surgieron por todas partes tantas y tan crueles guerras que, por falta de soldados, recibían en la milicia a los proletarios, los cuales se llamaron así porque su único y principal encargo era multiplicar la prole y generación, no pudiendo por su pobreza servir en la guerra. Entonces los tarentinos trajeron en su favor a Pirro, rey de Grecia (cuyo nombre en aquel tiempo era muy famoso) quien se declaró enemigo acérrimo de los romanos; y consultando éste al dios Apolo sobre el suceso que había de tener la guerra, le respondió con un oráculo tan ambiguo, que cualquiera de las dos cosas que sucediese podía quedar con la reputación y crédito

de adivino, porque dijo así: Dico te, Pyrrhe, vincere posse romanos, y de esta manera ya los romanos venciesen a Pirro, o Pirro a los romanos, el agorero seguramente podía esperar el éxito, cualquiera de las dos cosas que sucediesen. ¿Y qué estrago y matanza padeció uno y otro ejército? No obstante, Pirro fué más venturoso en el combate, de modo que ya pudiera interpretando en su favor a Apolo, publicarle y celebrarle por adivino, si luego en esta batalla no llevaran lo mejor los romanos. En medio de la tribulación y despecho que causaban las guerras, sobrevino igualmente una peligrosa peste en las mujeres, porque antes de que al tiempo natural pudiesen parir las criaturas, morían con ellas, estando aún embarazadas, en lo cual, a lo que entiendo, se excusaba Esculapio diciendo que él profesaba la facultad de médico mayor y no la de partera; del mismo modo perecía el ganado, siendo ya tan terrible la mortandad, que llegaron a persuadirse las gentes que se había de extinguir la generación de los animales. ¿Y qué diré de aquel invierno tan memorable en la historia, que fué sobremanera cruel y riguroso, durando en la plaza por espacio de cuarenta días la nieve tan elevada que ponía horror, helándose también el Tiber? Si esto sucediera en nuestros tiempos, ¿qué de cosas y cuán grande nos dijeran éstos? Y asimismo ¿cuánto duró el rigor de aquella funesta peste? ¿Cuán excesivo fué el número de los que mató? La cual, como empezase a continuarse aún más gravemente por otro año, teniendo en vano presente a Esculapio, acudieron a los libros Sibilinos [61], que son un género de oráculos; según refiere Cicerón en los libros de Divinatione [62], en que más se suele creer a los intérpretes que conjeturan como pueden, o como quieren sobre las cosas dudosas. Entonces, pues, dijeron que la causa del contagio era porque muchas personas particulares tenían ocupadas varias de las casas consagradas a los dioses; y así libraron en esta ocasión a Esculapio de la indisculpable calumnia de ignorancia o desidia; ¿y por qué motivo, pregunto, se habían ido muchos a vivir en aquellas casas sin prohibírselo ninguno, sino porque inútilmente y por mucho tiempo habían acudido a pedir

remedio a tanta multitud de dioses? Así, poco a poco los que los reverenciaban desamparaban las casas para que, como baldías, por lo menos sin ofensa de nadie, pudiesen volver a servir a las necesidades de los hombres, y las que entonces con toda diligencia se renovaron y taparon con ocasión de aplacar la peste, sino volvieron a estar otra vez de la misma manera encubiertas y por haberlas desamparado, sin duda que no se tuviera por tan grande la noticia y erudición de Varrón; pues escribiendo de las casas consagradas a los dioses, refiere tantas de que no se tenía noticia y estaban olvidadas; pero entonces, más procurando inventar una aparente disculpa para con los dioses que el remedio necesario para atajar la peste.

[49] Sal. Hist., 1.

[50] Ib.

[51] Liv., 3, 15_18.

[52] Ib., 32.

[53] Ib.,. 4, 12_15.

[54] El lectisternio era un sacrificio en el cual se ponían en los templos camas de tablas con sus almohadas, sobre las cuales colocaban las estatuas de los dioses alrededor de una mesa bien servida. [55] Ib., 5, 13.

[56] Ib., 10 al 25 y 32.

[57] Ib., 5, 37 y sigs.

[58] Ib., 46 y sigs.; 7, 1.

[59] Ib., 9, 2 y sigs.

[60] Ib., 10, 31.

[61] Orosio, 4, 5.

[62] Orosio, 2, 54.

Capítulo XVIII

CUÁN GRAVES CALAMIDADES AFLIGIERON A LOS ROMANOS EN TIEMPO DE LAS GUERRAS PÚNICAS, HABIENDO DESEADO Y PEDIDO EN BALDE EL AUXILIO Y FAVOR DE SUS DIOSES.

18 En el tiempo en que se sostenían las guerras Púnicas o cartaginesas, vacilando entre uno y otro imperio como incierta y dudosa la victoria, y haciendo estos dos poderosos pueblos fuertes y costosas jornadas, ¿qué de reinos de menos reputación fueron destruídos? ¿Qué de ciudades populosas e ilustres asoladas? ¿Cuántas afligidas? ¿Cuántas perdidas? ¿Qué de provincias y tierras taladas de extremo a extremo? ¿Cuántas veces fueron vencidos los de acá, y vencedores los de allá? ¿Cuántos perecieron, ya de soldados peleando, ya de los pueblos que no peleaban y estaban en paz? Y si intentáramos referir la infinidad de naves que quedaron sumergidas también en los combates navales y anegadas con diversas tempestades, borrascas y temporales contrarios, ¿qué otra cosa vendremos a ser nosotros que historiadores? Entonces, despavorida y turbada con un extraordinario miedo la ciudad de Roma, acudió presurosa a buscar remedios vanos e irresistibles. Renovaron por autoridad de los libros Sibilinos los juegos seculares, cuya solemnidad, habiéndose establecido de cien en cien años, y en los tiempos mejores habiéndose olvidado su memoria, se habían dejado ya de celebrar. Renovaron también los pontífices los juegos consagrados a los dioses infernales, estando también éstos ya olvidados con los muchos años que habían pasado sin solemnizarse; porque, en efecto, cuando los renovaron, como se habían enriquecido los dioses infernales con tanta copia y multitud de los que se morían, gustaban por lo mismo ya de jugar, en atención a que seguramente los tristes y miserables hombres, haciéndose rabiosa guerra, mostrando su valor y corazón sanguinario, alcanzando el uno y otro hemisferio funestas victorias, celebraban solemnes juegos a los demonios y banquetes abundantes y suntuosos a los dioses del

infierno. No sucedió ciertamente tragedia más lamentable en la primera guerra Púnica que el haber sido vencidos en ella los romanos; siendo hecho prisionero de guerra Régulo, de quien hicimos mención en el primero y segundo libro, persona sin duda de gran valor, y que primero había vencido y dominado a los cartagineses, el cual hubiera podido terminar la primera guerra Púnica, si por una extraordinaria ansia de gloria y alabanza no hubiera pedido a los rendidos cartagineses condiciones más duras de las que ellos podían sufrir. Si la prisión impenada de aquel célebre general; si la esclavitud y servidumbre indigna; si la fidelidad del juramento y la bárbara crueldad de su muerte no avergüenza a los dioses, sin duda es cierto que son de bronce [62] y que no tienen gota de sangre que les pueda salir al rostro; al mismo tiempo no faltaron dentro de sus propios hogares gravísimos males y desgracias; porque saliendo de madre el río Tíber fuera de lo acostumbrado, arruinó casi toda la parte baja de la ciudad, llevándose parte con el furioso ímpetu y avenida, y derribando parte con la humedad reconcentrada en tanto tiempo como estuvieron detenidas las aguas en las calles. Siguió a esta desgracia la del fuego, más perjudicial que la anterior, pues prendieron por la plaza en los más altos y encumbrados techos, no quiso perdonar ni aun el templo de Vesta, su mayor amigo y familiar, adonde acostumbraban las que no eran tan honradas vírgenes conservar el fuego y darle, añadiéndole con diligencia leña, como una perpetua vida en donde el fuego entonces no sólo vivía, sino que se fomentaba más y más; de cuyo ímpetu y vigor, aturdidas las vírgenes, no pudiendo salvar de tan voraz incendio aquellos fatales dioses que habían ya oprimido tres ciudades, donde había tenido su residencia el pontífice Metelo, olvidado en cierto modo de su vida, y atravesando valerosamente por medio de las llamas, los sacó ilesos, saliendo él bastante chamuscado [63]: porque ni aun a él le tocó el fuego, ni tampoco había allí dios, que aun cuando le hubiera no huyera; antes más bien podemos decir que el hombre pudo ser de más importancia a los dioses del templo de Vesta que ellos al hombre. Y si a sí propios

no se podían defender del fuego, ¿a aquella ciudad, cuyo principio, esplendor y conservación se creía que amparaban, en qué la pudieran ayudar contra las aguas y las llamas, como en efecto la misma experiencia manifestó que nada pudieron? No les hiciéramos estas objeciones si dijeran que aquellos dioses los habían instituído, no para custodia de los bienes temporales, sino para significar los eternos: y así aunque sucediese perderse por ser cosas corporales y visibles, nada se perdía de aquellos objetos en cuya significación fueron instituídos, y que se podían renovar y reparar de nuevo para el mismo efecto; pero es cierto que con extraña ceguedad creen que fué posible alcanzar con aquellos dioses, que podían perecer, que no pudiese acabar la salud corporal y la felicidad temporal de la ciudad: y así cuando los manifestamos que, permaneciendo aún salvos sus dioses, les sucedió, o el estrago en la salud o la infelicidad, aún tienen valor para no mudar o abandonar la opinión que no pueden defender.

[62] Seguimos en esta lectura, como en todo lo demás, el Corpus Vindobonense; pues otros leen en el texto aerii, y entonces se traduciría por dioses de aire. Con el texto adoptado están de acuerdo Vives y Migne.

[63] Liv., 19.

Capítulo XIX

DE LOS TRABAJOS DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA, EN QUE SE GASTARON LAS FUERZAS DE UNA Y OTRA PARTE.

19 Y viniendo a tratar de la segunda guerra Púnica, sería largo de contar el estrago que estos dos pueblos se hicieron mutuamente con tantas guerras como en tantas partes entre sí sostuvieron, de modo que, en sentir aun de los que tomaron de propósito a su cargo no tanto de referir las guerras romanas como el elogiar al imperio romano, más representación tuvo de vencido el que venció [64], porque levantando Aníbal formidables ejércitos en España y pasando los montes Pirineos, atravesando y corriendo Francia, rompiendo los

Alpes, acrecentando sus fuerzas con tanto rodeo, talando y sujetando cuanto se le ponía por delante y dando consigo, como una impetuosa e imprevista avenida, en el centro de Italia, ¡cuán sangrienta se hizo la guerra; qué de reencuentros y choques hubo; qué de veces fueron vencidos los romanos; qué de pueblos se humillaron y rindieron al enemigo; cuántos de éstos fueron entrados a fuerza de armas y saqueados; cuán crueles y horribles batallas se dieron, y muchas veces con gloria de Aníbal y ruina y desdoro de los romanos! ¿Qué diré, pues, de aquella derrota, horrible y digna de admiración padecida en Cannas, donde Aníbal, no obstante ser cruel, con todo, saciado ya de la sangre de sus enemigos, dice que mandó a sus soldados que los perdonasen las vidas [65], enviando de allí a Cartago tres celemines de anillos de oro, para dar a entender que en el combate había dado muerte a tantos individuos de la nobleza romana, que más fácilmente se pudieron medir que contar; y asimismo para que se conjeturase el estrago del ejército que murió sin anillos, que sería sin duda tanto más numeroso cuanto más débil? Finalmente, después de esta batalla sobrevino tan notable falta de gente para la guerra, que los romanos se reemplazaban y echaban mano de hombres facinerosos, ofreciéndoles el perdón de sus crímenes, dando también libertad a los esclavos, y con todos no tanto suplieron cuanto formaron un vergonzoso ejército. Estos esclavos (pero no agravemos a los ya libertos) que habían de pelear por la República, faltándoles las armas ofensivas y defensivas, se vieron precisados a tomar las de los templos, como si dijeran los romanos a sus dioses: "Dejad lo que tanto tiempo habéis tenido en vano, por si acaso nuestros esclavos pueden hacer algo de provecho con lo que vosotros, siendo nuestros dioses, no habéis podido emprender acción alguna heroica". Entonces, estando exhausto igualmente el erario público para pagar el sueldo del ejército, vinieron las haciendas de los particulares a servir al beneficio común en tanto grado, que, dando todos los ciudadanos cuanto poseían, el mismo Senado no se reservó alhaja alguna de oro, a excepción de varios anillos y joyelas, insignias miserables de su

dignidad, y así toda la gente de las demás clases y tribus. ¿Quién pudiera tolerar a éstos si en nuestros tiempos vinieran a esta necesidad, apenas pudiéndoles sufrir ahora, cuando por un superfluo deleite dan más a los cómicos que entonces dieron a las legiones por el servicio de salvar la República de un peligro extremo?

[64] Flor., 1, 22.

[65] Liv., 22, 41 y sigs.

Capítulo XX

DE LA DESTRUCCIÓN DE LOS SAGUNTINOS, A LOS CUALES, MURIENDO POR CONSERVAR LA AMISTA DE LOS ROMANOS, NO LOS SOCORRÍAN LOS DIOSES DE LOS ROMANOS.

20 Pero entre todas las calamidades que sucedieron en la segunda guerra Púnica, ninguna hubo más lastimosa ni más digna de compasión y justa queja. Porque esta ciudad de España [66], por ser amiga y confederada del pueblo romano, y por observar constantemente su amistad, fué destruída, y de esta conquista quebrantando la paz con los romanos, tomó ocasión Aníbal para irritarlos y obligarlos a la guerra. Cercó pues, bárbaramente a Sagunto, lo cual, sabido en Roma, enviaron sus embajadores a Aníbal para que levantase el sitio, y, no haciendo caso de sus ruegos, marcharon a Cartago, donde, querellándose de la infracción de la paz y sin concluir cosa alguna, volvieron a Roma. Mientras andábase en estas dilaciones, la infeliz Sagunto, ciudad opulentísima y aliada de la República romana, fué destruída por los cartagineses al cabo de ocho o nueve meses de cerco, cuya ruina causa horror el leerla, cuanto más el escribir cómo aconteció: sin embargo, la referiré brevemente, porque interesa al asunto que tratamos. Primeramente se fué consumiendo por el hambre, pues aseguran que algunos comieron los cuerpos muertos de sus mismos compatriotas: después, reducida al mayor extremo con la penuria y escasez de todas las cosas necesarias a la vida y a su propia defensa, por no verse ni aun cautiva en manos

de Aníbal, formó en la plaza pública una grande hoguera, y, degollando a todos sus amados hijos, parientes y demás conciudadanos, se arrojaron todos en ella. Hicieran aquí alguna admirable acción los dioses glotones y seductores, hambrientos de buenos bocados y manjares de los sacrificios, y empeñados solamente en alucinar a los idiotas con la obscuridad y ambigüedad de sus engañosos presagios. Obraran aquí algún prodigio estupendo y socorrieran a una nación amiga del pueblo romano, y no dejaran perecer a la que se sepultaba voluntariamente en sus ruinas por conservar su amistad en atención a que ellos fueron los que presidieron en la unión y confederación que ella estipuló con la República romana. Así que, por observar escrupulosamente los sagrados tratados y conciertos que, presidiendo o autorizando estas falsas deidades, había concluído con verdadera voluntad, ligado con la amistad y estrechado con un juramento inviolable, fué cercada, ocupada y asolada por un hombre pérfido y fementido. Si estos dioses fueron los que después espantaron y ahuyentaron a Aníbal de los muros de Roma con crueles tempestades y encendidos rayos [67], entonces con tiempo, debieran obrar alguno de estos particulares prodigios, pues se atrevió a decir que con más justa razón pudieron enviar la tempestad en favor de los amigos de los romanos, expuestos al inminente riesgo de perderse, puesto que, por no faltar a la fe dada a los romanos, estaban a peligro de perecer, y entonces, totalmente faltos de ayuda, que en favor de los mismos romanos que peleaban y corrían riesgo por sí y contra Aníbal tenían en sí mismos bastante auxilio: luego si fueran tutores y defensores de la felicidad y gloria de Roma, debieran haberla librado de una culpa tan grave como fué la ruina de Sagunto. Pero ahora consideremos cuán neciamente creen que no se perdió Roma por la defensa de estos dioses cuando andaba victorioso Aníbal, si vemos que no pudieron socorrer a la ciudad de Sagunto para que no se perdiese por guardar a Roma su amistad. Si el pueblo de Sagunto fuera cristiano y padeciera algún infortunio como éste por la fe evangélica (aunque no se hubiera él profanado a sí

mismo, matándose a fuego y sangre) y si padeciera su destrucción por la fe evangélica, la sufriría con aquella esperanza que creyó en Jesucristo y gozaría del premio y galardón, no de un brevísimo tiempo, sino de una eternidad sin fin. Pero en favor de estos dioses, los cuales dicen que por eso deben ser adorados y por eso se buscan para adorarlos, para asegurar la felicidad de estos bienes temporales y transitorios, ¿qué nos han de responder sus defensores sobre la pérdida de los saguntinos, sino lo mismo que sobre la muerte de Régulo? Porque la diferencia que hay en que aquél fué una persona particular y ésta una ciudad entera; pero la causa de la ruina de ambos fué el querer guardar puntualmente la lealtad, pues por ésta quiso el otro volverse a poder de sus enemigos, y ésta no quiso entregarse, ¿luego la lealtad observada inviolablemente provoca la ira de los dioses? ¿O es acaso cierto que pueden también, teniendo propicios a los dioses, perderse, no sólo cualesquiera hombres, sino también las ciudades enteras? Elijan, pues, lo que más les agradare, porque si ofenden a estos dioses con una fidelidad bien guardada, busquen a los pérfidos y fementidos que los adoren; pero si teniéndolos aún propicios pueden perderse, y acabar los hombres, y las ciudades ser afligidas con muchos y graves tormentos, sin provecho ni fruto alguno de esta felicidad los adoran. Dejen, pues, de enojarse los que entienden y creen que ha causado su desgracia el haber perdido los templos y sacrificios de estos dioses, porque pudieran, no sólo sin haberlos perdido, sino teniéndolos aún de su parte propicios y favorables, no como ahora, quejarse de su infortunio y miseria, sino como entonces Régulo y los saguntinos, perderse y perecer también del todo con horribles calamidades y tormentos.

[66] Liv., 21, 6 al 15.

[67] Liv., 26, 11.

Capítulo XXI

DE LA INGRATITUD QUE USÓ ROMA CON ESCIPIÓN, SU LIBERTADOR, Y LAS COSTUMBRES QUE HUBO EN ELLA, CUANDO CUENTA SALUSTIO QUE ERA MUY BUENA.

21 Además de esto, en el tiempo que medió entre la segunda y última guerra Púnica, cuando dice Salustio [68] que vivieron los romanos con costumbres muy buenas y mucha concordia (porque varias acciones omito atendiendo a ser breve en esta obra); en este tiempo, pues, de tan buenas costumbres y tanta concordia, aquel Escipión que libró a Roma y a Italia, que acabó tan honrosamente la segunda guerra Púnica, tan horrible, tan sangrienta y tan peligrosa; aquel vencedor de Aníbal, domador de Cartago; aquel cuya vida se refiere que desde su jueevntud fué encomendada a los dioses y criada en los templos, cedió a las acusaciones de sus enemigos, y desterrado de su patria (a quien había dado la vida y libertad con su valor), pasó y acabó el resto de su vida en Linterno, después de su famoso triunfo, con tan poca afición a Roma, que dicen mandó que ni aun le enterrasen en su ingrata patria. Después de estos sucesos, habiendo triunfado el procónsul Gn. Manlio de los gálatas, comenzó a cundir por Roma la molicie de Asia [69], aún más perjudiciales que el mayor enemigo: porque entonces dicen fué la primera vez que se vieron lechos labrados de mental, y preciosos tapetes. Entonces se comenzaron a usar en los banquetes mozas que cantaban, y otras licenciosas desenvolturas; mas ahora no es mi intención otra que la de tratar de los males que impacientemente padecen los hombres, y no de los que ellos causan voluntariamente: y así aquellas gloriosas acciones que referí de Escipión, de cómo cediendo a sus enemigos murió fuera de su patria, a la cual había libertado, hacen más el propósito de lo que vamos anunciando; pues los dioses de Roma, cuyos templos había defendido Escipión de los rigores de Aníbal, no le correspondieron a sus continuas fatigas, adorándolos ellos solamente por esta felicidad; pero, como Salustio dijo que entonces

florecieron allí las buenas costumbres por esto me pareció referir lo de la molicie del Asia, para que se entienda también que Salustio dijo aquellas expresiones, hablando en comparación de los demás tiempos, en los cuales, sin duda con las gravísimas discordias, fueron las costumbres mucho peores, porque entonces también, esto es, entre la segunda y última guerra cartaginesa, se publicó la ley Voconia, por la cual se mandaba "que ninguno dejase por su heredero a mujer alguna, aunque fuese hija única suya". No sé que pueda decir o imaginar orden más injusta que esta ley. Con todo, en aquel espacio de tiempo que dudaron las dos guerras Púnicas, fué mal, tolerable la desventura, pues solamente con las guerras padecía el ejército de afuera, pro con las victorias se consolaba y en la ciudad no había discordia alguna, como en otros tiempos; mas en la última guerra Púnica, de un golpe fué asolada y totalmente destruída la émula y competidora del imperio romano por el otro segundo Escipión, que por esto se llamó por sobrenombre el Africano; y desde este tiempo en adelante fué combatida la República romana con tantos infortunios que hace demostrarle que con la prosperidad y seguridad (de donde corrompiéndose en extremo las costumbres, nacieron acumuladamente aquellos males) hizo más estragos y daño Cartago con su rápida ruina que lo había hecho en tanto tiempo manteniéndose en pie contra su enemigo. En todo este tiempo, hasta Augusto César, quien parece no quitó del todo a los romanos, según la opinión de éstos, la libertad gloriosa, sino la perniciosa que totalmente estaba ya descaecida y muerta, y que, revocándolo todo y reduciéndolo al real albedrío, renovó en cierto modo la República arruinada ya y perdida casi con los males y achaques de la vejez; en todo este tiempo, pues, omito unas y otras derrotas de ejércitos nacidas de varias causas, y la paz numantina violada con tan horrible ignominia, porque volaron, en efecto, las aves de la jaula y dieron, como dicen, mal agüero al cónsul Mancino, como si por tantos años en que aquella pequeña ciudad, estando cercada, había afligido al ejército romano, empezando ya a poner terror a la misma República

romana, los demás capitanes también hubieran ido contra ella con mal agüero.

[68] sal. Hist., 1.

[69] Liv., 39, 6.

Capítulo XXII

DEL EDICTO DEL REY MITRÍADES, EN QUE MANDÓ MATAR A TODOS LOS CIUDADANOS ROMANOS QUE SE HALLASEN EN ASIA.

22 Pero como dejo insinuado, omito estos sucesos, aunque no puedo pasar en silencio cómo Mitríades, rey de Asia, mandó matar en un día todos los ciudadanos romanos, dondequiera que se hallasen en Asia, así los peregrinos y transeúntes como otra innumerable multitud de mercaderes y negociantes ocupados en sus tratos, y así se ejecutó [70]. ¡Cuán lastimosa tragedia fué ver en un momento matar de repente e impíamente a todos éstos dondequiera que los hallaban, en el campo, en el camino, en las villas, en casa, en la calle, en la plaza, en el templo, en la cama, en la mesa! ¡Qué de gemidos habría de los que morían, qué de lágrimas de los que veían esta catástrofe, y acaso también de los mismos que los mataban! ¡Cuán dura fuerza se hacía a los huéspedes, no sólo en haber de examinar con sus propios ojos, y en sus casas, aquellas desgraciadas muertes, sino también en haber de ejecutarlas por sí mismos, trocando repentinamente el semblante apacible y humano para ejecutar en tiempo de tranquila paz un crimen tan horrendo, matándose de un golpe, por decirlo así, lo mismo los matadores como los muertos, pues si el uno recibía la muerte en el cuerpo, el otro la recibía en el alma! ¿Acaso todos estos no habían apreciado asimismo los agüeros? ¿No tenían dioses domésticos y públicos a quienes pudieran consultar cuando partieron de sus tierras a aquella infeliz peregrinación? Y, si esto es cierto, no tienen los incrédulos en este punto de qué quejarse de nuestros tiempos, pues hace tiempo que los romanos no se ocupan de estas vanidades; más si acaso los consultaron, digamos: ¿de qué les

aprovecharon semejantes cosas, cuando por solas las leyes humanas, sin que nadie lo prohibiese, fueron lícitas semejantes cosas?

[70] Prov. leg. Man.

Capítulo XXIII

DE LOS MALES INTERIORES QUE PADECIÓ LA REPÚBLICA ROMANA CON UN PRODIGIO QUE PRECEDIÓ, QUE FUÉ RABIAR TODOS LOS ANIMALES DE QUE SE SIRVE ORDINARIAMENTE EL HOMBRE.

23 Pero empecemos ya a referir brevemente, como pudiéremos, aquellas calamidades que, cuanto más interiores, fueron tanto más funestas, las discordias civiles; o, por mejor decir, inciviles e inhumanas, no ya sediciones, sino guerras urbanas dentro de Roma, donde se derramó tanta sangre, donde los que favorecían las diversas parcialidades usaban del mayor rigor contra los otros, no ya con porfiadas demandas, contestaciones y destempladas voces, sino con las espadas y las armas; pues las guerras sociales, serviles y civiles, ¿cuánta sangre romana hicieron derramar, cuántas tierras talaron, y asolaron en Italia? Y antes que se moviesen contra Roma los aliados del Lacio, todos los animales que están ordinariamente sujetos al servicio del hombre, como son perros, caballos, jumentos, bueyes y las demás bestias y ganados que están bajo su dominio, se embravecieron repentinamente, y, olvidados de su doméstica mansedumbre se salieron de las casas y andaban sueltos, huyendo por varias partes, no sólo de los no conocidos, sino de sus propios dueños, con daño mortal o peligro del que se atrevía a acosarlos de cerca [71]. Y si esto fué solamente un presagio que de suyo fué un mal tan enorme, ¿cuán grande fatalidad fué aquella que vaticinó? Si igual desgracia sucediera en nuestros tiempos, sin duda que sentiríamos a los incrédulos aún más rabiosos que los otros a sus animales.

[71] Orosio, 5, 18.

Capítulo XXIV

DE LA DISCORDIA CIVIL CAUSADA POR LAS SEDICIONES DE LOS GRACOS.

24 La causa que motivó las guerras civiles fueron las sediciones de los Gracos, nacidas de la promulgación de las leyes agrarias sobre el repartimiento de los campos, por las que se mandaba distribuir entre el pueblo las heredades que los nobles poseían con injusto título; pero el querer remediar una injusticia tan inveterada fué proyecto muy arriesgado, o, por mejor decir, como enseñó la experiencia, muy pernicioso. ¡Qué de muertes sucedieron cuando asesinaron al primer Graco, y cuántas hubo, pasado algún tiempo, cuando quitaron la vida al otro hermano! A los nobles y plebeyos los mataban los ministros de Justicia, no conforme a lo que dictaban las leyes y procediendo contra ellos jurídicamente, sino en movimientos sediciosos y pendencias, combatiéndose mutuamente con las armas. Después, muerto ya el segundo Graco, el cónsul Lucio Opimio, quien dentro de Roma movió contra él las armas, y habiéndole vencido y muerto, hizo un considerable estrago en los ciudadanos, procediendo ya entonces por vía judicial y persiguiendo a los demás conjurados, dicen que mató a tres mil hombres, de donde puede colegirse la infinidad de muertos que pudo haber en las frecuentes revoluciones y choques, cuando hubo tanta en los tribunales, después de examinadas escrupulosamente las causas. El homicida de Graco vendió al cónsul su cabeza por tanta cantidad de oro como pesaba; pues ésta había sido la recompensa ofrecida por Opimio, y en seguida quitaron la vida al consular Marco Fulvio, con sus hijos.

Capítulo XXV

DEL TEMPLO QUE EDIFICARON POR DECRETO DEL SENADO A LA CONCORDIA EN DONDE TUVIERON LUGAR LAS SEDICIONES Y MUERTES.

25 Y mediante un elegante decreto del Senado, edificaron un templo a la Concordia en el mismo lugar donde se dio aquel funesto y sangriento tumulto, en el que murieron tantos ciudadanos de todas clases y condiciones, para que, como testigo ocular del merecido castigo de los Gracos, diese en los ojos de los que oraban y hacían sus arengas al pueblo, y les escarmentase la memoria de tan lamentable catástrofe. Y esto, ¿qué otra cosa fué que hacer mofa de los dioses, erigiendo un templo a una diosa que si estuviera en la ciudad no se sepultara en sus ruinas con tantas disensiones, a no ser que, culpada la Concordia porque desamparó los corazones de los ciudadanos, mereciese que la encerrasen en aquel templo como en una cárcel? Y pregunto: si quisieron acomodarse a los acontecimientos que pasaron, ¿por qué no fabricaron más bien un templo a la Discordia? ¿Acaso traen alguna razón poderosa para que la Concordia sea diosa y la Discordia no lo sea; y según la distinción de Labeón, ésta sea buena y aquélla mala? Esto supuesto, no parece le movió otra razón para deliberar de este modo, sino el haber visto en Roma un templo dedicado, no sólo a la Fiebre, sino a la Salud; luego de la misma manera, no solamente debieron erigir templo a la Concordia, sino también a la Discordia. Así que en gran peligro quisieron vivir los romanos teniendo enojada a una diosa tan mala, sin acordarse de la destrucción de Troya, que tuvo su principio en haberla ofendido; porque ella fué la que, por no haber sido convidada entre los dioses, trazó la competencia de las tres diosas con la manzana de oro, de donde nació la lid y pendencia de éstas, la victoria de Venus, el robo de Elena y la destrucción de Troya; por lo cual, si acaso irritada porque no mereció tener en Roma templo alguno entre los dioses, turbada hasta entonces con tan grandes

alborotos la ciudad, ¿cuánto más furiosamente se pudo enojar viendo en el lugar de aquella horrible matanza; esto es, en el lugar de sus hazañas, edificado un templo a su enemiga? Cuando nos reímos de estas vanidades, se indignan y enojan estos doctos y sabios, y con todo, ellos, que adoran a los dioses buenos y malos, no pueden soltar esta dificultad de la Concordia y Discordia, ya se olvidasen de estas diosas y antepusiesen a ellas las diosas Fiebre y Belona, a quienes construyeron templos en lo antiguo, ya también las adorasen a ellas; pues desamparándolos así la Concordia, la feroz discordia los condujo hasta meterlos en las guerras civiles.

Capítulo XXVI

DE LAS DIVERSAS SUERTES DE GUERRAS QUE SE SIGUIERON DESPUÉS QUE EDIFICARON EL TEMPLO DE LA CONCORDIA.

26 Curioso baluarte contra las sediciones fué poner a los ojos de los que hablaban al pueblo el templo de la Concordia por testigo, memoria de la muerte y castigo de los Gracos. La utilidad que de esto sacaron lo manifiesta el fatal suceso de las calamidades que se siguieron; pues desde entonces procuraron los que hablaban no separarse del ejemplo de los Gracos, antes salir con lo que ellos pretendieron, como fueron Lucio Saturnino, tribuno del pueblo, y Gayo Servilio, pretor, y mucho después Marco Druso. De cuyas sediciones y alborotos resultaron primeramente infinitas muertes, encendiéndose después el fuego de las guerras sociales, con las cuales padeció mucho Italia, llegando a sufrir una infeliz desolación y destrucción. Enseguida acaeció la guerra de los esclavos y las guerras civiles, en las cuales hubo reñidos encuentros y batallas, derramándose mucha sangre, de manera que casi todas las gentes de Italia, en que principalmente consistía la fuerza del imperio romano, fueron domadas con una fiera barbarie; tuvo principio la guerra de los esclavos de un corto número; esto es, de menos que de setenta gladiadores [72]; pero ¿a cuán crecido número, fuerte, feroz y bravo

llegó? ¿Qué de generales romanos venció aquel limitado ejército? ¿Qué de provincias y ciudades destruyó? En fin, fueron tantas, que apenas lo pudieron declarar circunstanciadamente los que escribieron la historia. Y no sólo hubo esta guerra de los esclavos, sino que también antes de ella, gentes viles y de baja condición talaron la provincia de Macedonia, y después Sicilia y toda la costa del mar; y ¿quién podrá referir conforme a su grandeza cuán grandes y horrendos fueron al principio los latrocinios y cuán poderosa fué la guerra de los corsarios que vino después? [73].

[72] Orosio, 5, 22.

[73] Liv., 99.

Capítulo XXVII

DE LAS GUERRAS CIVILES ENTRE MARIO Y SILA.

27 Y cuando Mario, ensangrentado ya con la sangre de sus ciudadanos, habiendo muerto y degollado a infinitos del partido contrario, vencido, se fué huyendo de Roma, respirando apenas por un breve rato la ciudad _ por usar las palabras de Tulio _ [74] "venció de nuevo Cinna a Mario. Entonces, con la muerte de hombres tan esclarecidos, murió la refulgente antorcha, honor y gloria de esta ínclita ciudad. Vengó después Sila la crueldad de esta victoria, y no es menester referir con cuánta pérdida de ciudadanos y con cuánto daño de la República fué", porque de esta venganza, que fué más perniciosa que si los delitos que se castigaban quedaran sin castigo, dice también Lucano [75]: "Fué peor el remedio que la enfermedad y profundizó demasiado la mano por donde cundía el mal". Perecieron los culpados, más en un tiempo en que solamente quedaban los culpables; y en esta lastimosa situación se dio libertad a los odios, corrió presurosamente la ira y el rencor, sin miedo al freno de las leyes. En esta guerra de Mario y Sila, además de los que murieron fuera en los combates, también dentro de Roma se llenaron de muertos las calles, plazas, teatros y templos, de modo que apenas se

pudiera imaginar cuándo los vencedores hicieron mayor matanza, si cuando vencían, o después de haber vencido; pues en la victoria de Mario, cuando volvió del destierro, además de las muertes que se hicieron a cada paso por todas partes, la cabeza del cónsul Octavio se puso en la tribuna; degollaron en sus mismas casas a César y a Fimbria; hicieron pedazos a los Crasos, padre e hijo, al uno en presencia del otro; Bebio y Numitor perecieron arrastrados con unos garfios, derramando por el suelo sus entrañas. Cátulo, tomando veneno, se libró de las manos de sus enemigos. Merula, que era sacerdote de Júpiter, abriéndose las venas, sacrificó su vida a Júpiter; y delante del mismo Mario daban luego la muerte a quienes al saludarle no alargaban la mano.

[74] Cat., 3, 10.

[75] Phars., 142_144.

Capítulo XXVIII

CUÁL FUÉ LA VICTORIA DE SILA, QUE FUÉ LA QUE VENGÓ LA CRUELDAD DE MARIO.

28 La victoria de Sila, que siguió luego (la que, en efecto, vengó la crueldad pasada a fuerza de mucha sangre de los ciudadanos, con cuyo derramamiento y a cuya costa se había conseguido, terminada ya la guerra, permaneciendo todavía las enemistades), ejecutó aún más fieramente su rigor en la paz. Después de las primeras y recientes muertes que ejecutó Mario el mayor, habían ya hecho otras aún más horribles Mario el joven y Carbón, que eran del mismo partido de Mario, sobre quienes, viniendo enseguida Sila, desesperados no sólo de la victoria, sino también de la misma vida, llenaron toda la ciudad de cadáveres, así con sus propias muertes como con las ajenas; porque además del daño que por diversas partes hicieron, cercaron también el Senado, y de la misma Curia, como de una cárcel, los iban sacando al matadero. El pontífice Mucio Escévola (cuya dignidad entre los romanos era la más sagrada, como

el templo de Vesta, donde servía), se abrazó con la misma ara, y allí le degollaron; y aquel fuego, que con perpetuo cuidado y vigilancia de las vírgenes siempre ardía, casi pudo apagarse con la sangre del sumo Sacerdote. Enseguida entró Sila victorioso en la ciudad, habiendo primeramente, en el camino, en un lugar público (encarnizándose no ya la guerra, sino la paz), degollado, no peleando, sino por expreso mandato siete mil hombres que se le habían rendido desarmados del todo. Y como por toda la ciudad cualquiera partidario de Sila mataba al que quería, era imposible contar los muertos; hasta que advirtieron a Sila que era conveniente dejar a algunos con la vida, para que hubiese a quien pudiesen mandar los vencedores. Entonces, habiéndose ya aplacado la desenfrenada licencia de matar, que por todas partes se observaba incesantemente, se propuso con grandes parabienes y aplauso una tabla que contenía dos mil personas que se habían de matar y proscribir del estado noble, contándose así de los caballeros como de los senadores un núcleo sumamente crecido; pero daba consuelo solamente el ver que tenía fin, y no por ver morir a tantos era tanta la aflicción, como era la alegría de ver a los demás libres del temor. Sin embargo, de la misma seguridad de los demás (aunque cruel e inhumana) hubo motivos suficientes para compadecer y llorar los exquisitos géneros de muertes que padecieron algunos de los que fueron condenados a muerte; porque hubo hombre a quien, sin instrumento alguno, le hicieron pedazos entre las manos, despedazando los verdugos a un hombre vivo con más fiereza que acostumbraban las mismas fieras despedazar un cuerpo muerto. A otro, habiéndole sacado los ojos y cortándole parte por parte sus miembros, le hicieron vivir penando entre horribles tormentos, o, por mejor decir, le hicieron morir muchas veces. Vendiéronse en almoneda, como si fueran granjas, algunas nobles ciudades, y entre ellas una, como si mandaran matar a un particular delincuente, decretaron fuese toda ella pasada a cuchillo. Todo esto se hizo en paz, después de concluida la guerra, no por abreviar en conseguir la victoria, sino por no despreciar la ya alcanzada.

Compitió la paz sobre cuál era más cruel con la guerra, y venció; porque la guerra mató a los armados, y la paz, a los desnudos. La guerra se fundaba en que el herido, si podía, hiriese; mas la paz estribaba no en que el que escapase viviese, sino que muriese sin hacer resistencia.

Capítulo XXIX

COMPARA LA ENTRADA DE LOS GODOS CON LAS CALAMIDADES QUE PADECIERON LOS ROMANOS, ASÍ DE LOS GALOS COMO DE LOS AUTORES Y CAUDILLOS DE LAS GUERRAS CIVILES.

29 ¿Qué furor de gentes extrañas, qué crueldad de bárbaros se puede comparar a esta victoria de ciudadanos conseguida contra sus mismos ciudadanos? ¿Qué espectáculo vio Roma más funesto, más horrible y feroz? ¿Fué por ventura más inhumana la entrada que en tiempos antiguos hicieron los galos, y poco hace los godos, que la fiereza que usaron Mario y Sila y otros insignes varones de su partido, que eran como lumbreras de esta ciudad, con sus propios miembros? Es verdad que los galos pasaron a cuchillo a los senadores y a todos cuantos pudieron hallar en la ciudad, a excepción de los que habitaban en la roca del Capitolio, los cuales se defendieron por todos los medios. Con todo, a los que se habían guarecido en aquel lugar les vendieron a lo menos las vidas a trueque de oro, las cuales, aunque no pudieron quitárselas con las armas, sin embargo, pudieron consumírselas con el cerco. Y por lo que se refiere a los godos, fueron tantos los senadores a quienes perdonaron la vida, que causa admiración que se la quitasen a algunos; pero, al contrario, Sila, viviendo todavía Mario, entró victorioso en el mismo Capitolio (el cual estuvo seguro del furor de los galos), para ponerse a decretar allí las muertes de sus compatriotas; y, habiendo huido Mario, escapando para volver más fiero y más cruel, éste, en el Capitolio, por consulta y decreto del Senado, privó a infinitos de la vida y de la hacienda; y los del partido de Mario, estando ausente Sila, ¿qué cosa hubo de las

que se tienen por sagradas a quien ellos perdonasen, cuando ni perdonaron a Mucio, que era su ciudadano, senador y pontífice, teniendo asida con infelices brazos la misma ara, adonde estaba _ como dicen _ el hado y la fortuna de los romanos? Y aquella última tabla o lista de Sila, dejando aparte otras innumerables muertes, ¿no degolló ella sola más senadores que los que fueron maltratados por los godos?

Capítulo XXX

DE LA CONEXIÓN DE MUCHAS GUERRAS QUE PRECEDIERON ANTES DE LA VENIDA DE JESUCRISTO.

30 ¿Con qué ánimo, pues, con qué valor, desvergüenza, ignorancia, o, mejor decir, locura, no se atreven a imputar aquellos desastres a sus dioses, y éstos los atribuyen a nuestro Señor Jesucristo? Las crueles guerras civiles, más funestas aún, por confesión de sus propios autores, que todas las demás guerras tenidas con sus enemigos (pues con ellas se tuvo a aquella República no tanto por perseguida, sino por totalmente destruida), nacieron mucho antes de la venida de Jesucristo, y por una serie de malvadas causas, después de la guerra de Mario y Sila, llegaron las de Sertorio y Catilina, uno de los cuales había sido proscrito y vendido por Sila, y el otro se había criado con él; enseguida vino la guerra entre Lépido y Cátulo, y de éstos uno quería abrogar lo que había hecho Sila, y el otro lo quería sostener; siguióse la de Pompeyo y César, de los cuales, Pompeyo había sido del partido de Sila, a cuyo poder y dignidad había ya llegado y aun pasado, lo cual no podía tolerar César, por no ser tanto como él; pero al fin logró conseguirla y aún mayor, habiendo vencido y muerto a Pompeyo. Finalmente, continuaron las guerras hasta el otro César, que después se llamó Augusto _ en cuyo tiempo nació Jesucristo _ y porque también este Augusto sostuvo muchas guerras civiles, y en ellas murieron innumerables hombres ilustres, entre los cuales, uno fué Cicerón,

aquel elocuente maestro en el arte de gobernar la República. Asimismo Cayo César (el que venció a Pompeyo y usó con tanta clemencia de la victoria), haciendo merced a sus enemigos de las vidas y dignidades, como si fuera tirano se conjuraron contra él algunos nobles senadores, bajo pretexto de la libertad republicana, y le dieron de puñaladas en el mismo Senado, a cuyo poder absoluto y gobierno despótico parece aspiraba después Antonio, bien diferente de él en su condición, contaminado y corrompido con todos los vicios, a quien se opuso animosamente Cicerón, bajo el pretexto de la misma libertad patria. Entonces comenzó a descubrirse el otro César, joven de esperanzas y bella índole, hijo adoptivo de Cayo Julio César, quien, como llevo dicho, se llamó después Augusto. A este mancebo ilustre, para que su poder creciese contra el de Antonio, favorecía Cicerón, prometiéndose que Octavio, aniquilado y oprimido el orgullo de Antonio, restituiría a la República a su primitiva libertad; pero estaba obcecado y era poco previsor de las consecuencias futuras, que el mismo Octavio, cuya dignidad y poder fomentaba, permitió después, y concedió, como por una capitulación de concordia, a Antonio, que pudiese matar a Cicerón, y aquella misma libertad republicana, en cuyo favor había perorado tantas veces Cicerón, la puso bajo su dominio.

Capítulo XXXI

CON QUÉ POCO PUDOR IMPUTAN A CRISTO LOS PRESENTES DESASTRES AQUELLOS A QUIENES NO SE LES PERMITE QUE ADOREN A SUS DIOSES, HABIENDO HABIDO TANTAS CALAMIDADES EN EL TIEMPO QUE LOS ADORABAN.

31 Acusen a sus dioses por tan reiteradas desgracias los que se muestran desagradecidos a nuestro Salvador por tantos beneficios. Por lo menos, cuando sucedían aquellos males hervían de gente las aras de los dioses y exhalaban de sí el olor del incienso Sabeo [76] y de las frescas y olorosas guirnaldas. Los sacerdocios eran ilustres, los

lugares sagrados, lugar de placer; se frecuentaban los sacrificios, los juegos y diversiones en los templos, al mismo tiempo que por todas partes se derramaba tanta sangre de los ciudadanos por los mismos ciudadanos no sólo en cualquier lugar, sino entre los mismos altares de los dioses. No escogió Cicerón templo a donde acogerse, porque consideró que en vano le había ya elegido Mucio; pero estos ingratos que con menos motivo se quejan de los tiempos cristianos, o se acogieron a los lugares dedicados a Cristo, o los mismos bárbaros los condujeron a ellos para que librasen sus vidas. Esto tengo por cierto, y cualquiera que lo mirare sin pasión, fácilmente advertirá (por omitir muchas particularidades que ya he referido y otras que me pareció largo contarlas), que si los hombres recibieran la fe cristiana antes de las guerras Púnicas y sucedieran tantas desgracias y estragos como en aquellas guerras padeció Africa y Europa, ninguno de estos que ahora nos persiguen lo atribuyera sino a la religión cristiana; y mucho más insufribles fueran sus voces y lamentos por lo que se refiere a los romanos, si después de haber recibido y promulgado la religión cristiana, hubiera sucedido la entrada de los galos o la ruina y destrucción que causó la impetuosa avenida del río Tíber y el fuego, o, lo que sobrepuja a todas las calamidades, aquellas guerras civiles y demás infortunios que sucedieron, tan contrarios al humano crédito, que se tuvieron por prodigios, los que si sucedieran en los tiempos cristianos, ¿a quiénes se lo habían de atribuir como culpas suyas sino a los cristianos? Paso en silencio, pues, los sucesos que fueron más admirables que perjudiciales, de cómo hablaron los bueyes; cómo las criaturas que aún no habían nacido pronunciaron algunas palabras dentro del vientre de sus madres; cómo volaron las serpientes; cómo las gallinas se convirtieron en gallos y las mujeres en hombres, y otros portentos de este jaez, que se hallan estampados en sus libros, no en los fabulosos, sino en los históricos, ya sean verdaderos, ya sean falsos, que causan a los hombres no daño, sino espanto y admiración; asimismo aquel raro suceso de cuando llovió tierra, greda y piedras, en cuya expresión no se entiende el granizo por este

nombre, sino que realmente cayeron piedras, cantos y guijarros; esto, sin duda, que pudo hacer también mucho daño. Leemos en sus autores que, derramándose y bajando llamas de fuego desde la cumbre del monte Etna a la costa vecina, hirvió tanto el mar, que se abrasaron los peñascos y se derritió la pez y resina de las naves; este suceso causó terribles daños, aunque fué una maravilla increíble. En otra ocasión, con el mismo fuego, escriben que se cubrió Sicilia de tanta cantidad de ceniza, que las casas de la ciudad de Catania, oprimidas por el peso, dieron en tierra; y, compadecidos de esta calamidad, los romanos les perdonaron benignamente el tributo de aquel año; también refieren en sus historias que en Africa, siendo ya provincia sujeta a la República romana, hubo tanta multitud de langosta que anublaban el Sol, las cuales, después de consumir los frutos de la tierra, hasta las hojas de los árboles, dicen que formaron una inmensa e impenetrable nube y dio consigo en el mar, y que muriendo allí, y volviendo el agua a arrojarlas a la costa, inficionándose con ellas la atmósfera, aseguran que causó tan terrible peste, que, según su testimonio, sólo en el reino de Masinisa, perecieron 80.000 personas, y muchas más en las tierras próximas a la costa. Entonces afirman que en Utica, de 30.000 soldados que había de guarnición quedaron vivos sólo diez. No puede darse semejante fanatismo como el que nos persigue y obliga a que respondamos que el suceso más mínimo de éstos que hubiese acontecido en la actual época, le atribuirían al influjo y profesión de la religión cristiana, si le vieran en los tiempos cristianos. Y, con todo, no imputan estas desgracias a sus dioses, cuya religión procuran establecer por no padecer iguales calamidades o menores, habiéndolas padecido mayores los que antes los adoraban.

[76] Eneida, 1, 416.

LIBRO CUARTO

LA GRANDEZA DE ROMA ES DON DE DIOS

Capítulo I

DE LO QUE SE HA DICHO EN EL LIBRO PRIMERO.

1 Debiendo empezar ya a tratar de la Ciudad de Dios, fui de parecer que debía responder en primer lugar a los enemigos quienes, como viven arrastrados de los gustos y deleites terrenos, apeteciendo con ansia los bienes caducos y perecederos, cualquiera adversidad que padecen, cuando Dios, usando de su misericordia, los avisa, suspendiendo el castigarlos con todo rigor y justicia, lo atribuyen criminalmente a la religión cristiana, la cual es solamente la verdadera y saludable religión, y porque entre ellos hay también vulgo estúpido e ignorante, se arrebatan con mayor ardor e irritan contra nosotros, como excitados y sostenidos de la autoridad respetable de los doctos; persuadiéndose los necios que los sucesos extraordinarios que acaecen con la vicisitud de los tiempos, no solían acontecer en las épocas pasadas. Confirman su falsa opinión con disimular que lo ignoran, no obstante que saben que es falsa, para que de este modo se puedan persuadir los entendimientos humanos ser justa la queja que manifiestan tener contra nosotros, porque lo que fué necesario demostrar por los mismos libros que escribieron sus historiadores dándonos una noticia extensa y circunstanciada de la historia y sucesos ocurridos en los tiempos pasados, que es muy al contrario de lo que opinan; y asimismo enseñar que los dioses falsos que entonces adoraban públicamente y ahora todavía adoran en secreto, son unos espíritus inmundos, perversos y engañosos demonios, tan procaces, que tienen su mayor deleite y complacencia en oír y examinar las culpas y maldades más execrables, sean ciertas o fingidas, aunque seguramente suyas, las cuales quisieron se celebrasen y anunciasen solemnemente en sus fiestas, a fin de que la humana imbecilidad no se ruborizase en perpetrar acciones feas y reprensibles, teniendo por imitadores de las más impías a las mismas

deidades, lo cual no he probado yo precisamente por meras conjeturas falibles, sino ya por lo sucedido en nuestros tiempos, en los que yo mismo vi hacer y celebrar semejantes torpezas en honor de los dioses, ya por lo que está escrito en autores que dejaron a la posteridad el recuerdo de estas torpezas, considerándolas no como infames, sino como honoríficas y apreciables a sus dioses. De modo que el docto Varrón, de grande autoridad entre los gentiles, escribiendo unos libros que trataban de las cosas divinas y humanas, y distribuyendo, conforme a la calidad de cada uno, en unos, las materias divinas, y en otros, las humanas, a lo menos no colocó los juegos escénicos entre las cosas humanas, sino entre las divinas, siendo seguramente cierto que si Roma hubiera solamente personas honestas y virtuosas, ni aun en las cosas humanas fuera justo que hubiera juegos escénicos; lo cual, ciertamente, no estableció Varrón por su propia autoridad, sino como nacido y criado en Roma, los halló considerados entre las cosas divinas. Y porque al fin del libro primero expusimos en compendio lo que en adelante habíamos de referir, y parte de ello dijimos en los dos libros siguientes, reconozco la obligación en que estoy empeñado de cumplir en lo restante con la esperanza de los lectores.

Capítulo II

De lo que se contiene en el libro segundo y tercero.

2 Prometimos, pues, hablar contra los que atribuyen las calamidades padecidas en la República romana a nuestra religión, y referir extensamente todos los males y penalidades grandes y pequeñas que nos ocurriesen, o las suficientes para demostrar claramente las que padeció Roma y las provincias que estaban bajo su imperio antes de que se prohibieran absolutamente los sacrificios. Todos los cuales infortunios, sin duda, nos los atribuyeran si entonces tuvieran ellos noticia de nuestra religión o les vedase sus sacrílegas oblaciones: este punto, a lo que creo, le hemos explicado bastantemente en el libro segundo y tercero. En el segundo, cuando

tratamos de los males de las costumbres, que se deben estimar por los únicos y por los más grandes, y en el tercero, cuando tratamos de las calamidades que temen los necios y huyen de padecer; es a saber: de los males corporales y de las cosas exteriores, las cuales por mayor parte sufren también los buenos; pero, al contrario, las desgracias con que empeoran sus costumbres las toleran, no digo con paciencia, sino con mucho gusto. Ha sido sumamente limitada la relación que he dado de las desgracias de Roma y de su imperio, y de éstas no he referido todas las ocurridas hasta Augusto César; pues si me hubiera propuesto contar y exagerarlas todas, no las que se causan los hombres mutuamente unos a otros, como son los estragos y ruinas que motivan las guerras, sino las que atraen a la tierra los elementos celestes, las que resumió Apuleyo en el libro que escribió del mundo, diciendo que todas las cosas de la tierra sufren cambios y destrucciones, porque asegura, para decirlo con sus palabras, que se abrió la tierra con terribles temblores, se tragó ciudades enteras y mucha gente; que rompiéndose las cataratas del cielo, se anegaron provincias enteras; que las que anteriormente habían sido continente y tierra firme, quedaron aisladas por el mar; que otras, por el descenso del mar, se hicieron accesibles a pie enjuto; que fueron asoladas y destruidas hermosas ciudades con furiosos vientos y tempestades; que de las nubes descendió fuego, con que perecieron y fueron abrasadas algunas regiones en el Oriente; que en el Occidente, las frecuentes avenidas de los ríos causaron igual estrago, y que en tiempos antiguos, abriéndose y despeñándose de las cumbres del monte Etna hacia abajo aquellas encendidas bocas con divino incendio, corrieron ríos de llamas y fuego, como si fuesen una impetuosa avenida de agua. Si estas particularidades y otras semejantes intentara yo recopilar (las que se hallan en varias historias de donde podría trasladarlas), ¿cuándo acabaría de referir las que acontecieron en aquellos lastimosos tiempos, antes que el nombre de Cristo reprimiese a los incrédulos sus vanidades y contradicciones a la verdadera fe? Prometí [1] asimismo patentizar cuáles fueron las

costumbres que quiso favorecer para acrecentar con ellas el imperio el verdadero Dios, en cuya potestad están todos los reinos, y por qué causa y cuán poco les auxiliaron estos que tienen por dioses, o, por mejor decir, cuántos daños les causaron con sus seducciones y falacias; sobre lo cual advierto ahora que me conviene hablar, y aun más del acrecentamiento del imperio romano, porque del pernicioso engaño de los demonios, a quienes adoraban como a dioses, y de los grandes daños que ha causado en sus costumbres su culto, queda ya ducho lo suficiente, especialmente en el libro segundo. En el discurso de los tres libros, donde lo juzgué a propósito, referí igualmente los imponderables consuelos que en medio de los trabajos de la guerra envía Dios a los buenos y a los malos por amor a su santo nombre, a quien, al contrario de lo que se acostumbra en campaña, tuvieron los bárbaros tanto respeto, tributando obediencia y reconocimiento al augusto nombre de Aquel que hace salga el Sol sobre los buenos y los malos, y que llueva sobre los justos y los injustos [2].

[1] Libro I, cap. 36.

[2] Mt., 5, 45.

Capítulo III

SI LA GRANDEZA DEL IMPERIO QUE NO SE ALCANZA SINO CON LA GUERRA, SE DEBE CONTAR ENTRE LOS BIENES QUE LLAMAN, ASÍ DE LOS FELICES COMO DE LOS SABIOS.

3 Veamos ya y examinemos las causas que pueden alegar para demostrar la grandeza y duración tan dilatada del imperio romano, no sea que se atrevan a atribuirla a estos dioses, a quienes pretenden haber reverenciado y servido honestamente con juegos torpes y por ministerio de hombres impúdicos; aunque primero quisiera indagar en que razón o prudencia humana se funda, que no pudiendo probar sean felices los hombres que andan siempre poseídos de un tenebroso temor y una sangrienta codicia en los estragos de la guerra y en derramar la sangre de sus ciudadanos o de otros enemigos, aunque

siempre humana (tanto que solemos comparar al vidrio el contento y alegría de estos tales que frágilmente resplandece, de quien con más horror tememos no se nos quiebre de improviso), con todo, quieran gloriarse de la opulencia y extensión de su imperio. Y para que esto se entienda más fácilmente y no nos desvanezcamos llevados del viento de la vanidad, y nos escandalicemos la vista de nuestro entendimiento con voces de grande bulto, oyendo pueblos, reinos, provincias, pongamos dos hombres, porque así como las letras en un escrito, así cada hombre se considera como principio y elemento de una ciudad y de un reino, por más grande y extenso que sea. Supongamos que el uno de éstos es pobre y el otro muy rico; pero éste, contristado con temores, consumido de melancolía, abrasado de codicia, nunca seguro, siempre inquieto, batallando con perpetuas contiendas y enemistades, que con estas miserias va acrecentando sobremanera su patrimonio, y con tales incrementos va acumulando también gravísimos cuidados; y el de mediana hacienda, contento con su corto caudal, acomodado a sus facultades, muy querido de sus deudos, vecinos confidentes y amigos, gozando de una paz dulce, piadoso en la religión, de corazón benigno, de cuerpo sano, ordenado en la vida, honesto en las costumbres y seguro en conciencia. No sé si puede haber alguno tan necio que se atreva a poner duda sobre a cuál de estos haya de preferir. Así, pues, como en estos dos hombres, así en dos familias, así en dos pueblos, así en dos reinos se sigue la misma razón de semejanza e igualdad, la cual, aplicada con acuerdo, si corrigiésemos los ojos de nuestro entendimiento, fácilmente advertiríamos dónde se halla la vanidad y dónde la felicidad; por lo cual, si se adora a un verdadero Dios y le sirven con verdaderos sacrificios, con buena vida y costumbres, es útil e importante que los buenos reinen mucho tiempo con crecidos honores; cuya felicidad no es precisamente útil a ellos solos, sino a aquellos sobre quienes reinan; pues por lo que se refiere a éstos, su religión y santidad (que son grandes dones de Dios) les basta para conseguir la verdadera felicidad, con la que pueden pasar dichosamente esta vida y después

alcanzar la eterna. En la tierra se concede el reino a los buenos, no tanto por utilidad suya como de las cosas humanas; pero el reino que se da a los malos, antes es en daño de los que reinan, pues estragan y destruyen sus almas con la mayor libertad de pecar, aunque a los súbditos y a los que los sirven no les puede perjudicar sino su propio pecado; pues todos cuantos perjuicios causan, los malos señores a los justos, no es pena del pecado, sino prueba de la virtud; por tanto, el bueno, aunque sirva, es libre, y el malo, aunque reine, es esclavo, y no de un solo hombre, sino, lo que es más pesado, de tantos señores como vicios le dominan, de los cuales, tratando la Escritura, dice: [3] "que por el mismo hecho de dejarse uno vencer o rendir a otro, viene a ser su esclavo".

[3] 2 Pet., 2, 19.

Capítulo IV

CUÁN SEMEJANTE A LOS LATROCINIOS SON LOS REINOS SIN JUSTICIA.

4 Sin la virtud de la justicia, ¿qué son los reinos sino unos execrables latrocinios? Y éstos, ¿qué son sino unos reducidos reinos? Estos son ciertamente una junta de hombres gobernada por su príncipe, la que está unida entre sí con pacto de sociedad, distribuyendo el botín y las conquistas conforme a las leyes y condiciones que mutuamente establecieron. Esta sociedad, digo, cuando lega a crecer con el concurso de gentes abandonadas, de modo que tenga ya lugares, funde poblaciones fuertes y magníficas, ocupe ciudades y sojuzgue pueblos, toma otro nombre más ilustre llamándose reino, al cual se le concede ya al descubierto, no la ambición que ha dejado, sino la libertad, sin miedo de las vigorosas leyes que se le han añadido; y por eso con mucha gracia y verdad respondió un corsario [4] siendo preso, a Alejandro Magno, preguntándole este rey qué le parecía cómo tenía inquieto y turbado el mar, con arrogante libertad le dijo: "y ¿qué te parece a ti cómo

tienes conmovido y turbado todo el mundo? Mas porque yo ejecuto mis piraterías con un pequeño bajel me llaman ladrón, y a ti, porque las haces con formidables ejércitos te llaman rey".

[4] Rep., 3, 14.

Capítulo V

DE LOS GLADIADORES FUGITIVOS CUYO PODER VINO A SER SEMEJANTE A LA DIGNIDAD REAL.

5 Por lo cual dejo de examinar qué clase de hombres fueron los que juntó Rómulo para la fundación de su nuevo Estado, resultando en beneficio suyo la nueva creación del Imperio; pues que se valió de este medio para que con aquella nueva forma de vida, en la que tomaban parte y participaban de los intereses comunes de la nueva ciudad, dejasen el temor de las personas que merecían por sus demasías, y ese temor los impelía a cometer crímenes más detestables, y desde entonces viviesen con más sosiego entre los hombres. Digo que el imperio romano, siendo ya grande y poderoso con las muchas naciones que había sujetado, terrible su nombre a las demás, experimentó terribles vaivenes de la fortuna, y temió con justa razón, viéndose con gran dificultad para poder escapar de una terrible calamidad, cuando ciertos gladiadores, bien pocos en número, huyéndose a Campania de la escuela donde se ejercitaban, juntaron un formidable ejército que, acaudillado por tres famosos jefes, destruyeron cruelmente gran parte de Italia [5]. Dígannos" ¿qué dios ayudó a los rebeldes para que, de un pequeño latrocinio llegasen a poseer un reino, que puso terror a tantas y tan exorbitantes fuerzas de los romanos? ¿Acaso porque duraron poco tiempo se ha de negar que no les ayudó Dios como si la vida de cualquier hombre fuese muy prolongada? Luego bajo este supuesto, a nadie favorecen los dioses para que reine, pues todos se mueren presto, ni se debe tener por beneficio lo que dura poco tiempo en cada hombre, y lo que en todos se desvanece como humo. ¿Qué les importa a los que en tiempo de

Rómulo adoraron los dioses, y hace tantos años que murieron, que después de su fallecimiento haya crecido tanto el imperio romano, mientras ellos están en los infiernos? Si buenas o malas, sus causas no interesan al asunto que tratamos, y esto se debe entender de todos los que por el mismo imperio (aunque muriendo unos, y sucediendo en su lugar otros, se extienda y dilate por largos años), en pocos días y con otra vida lo pasaron presurosa y arrebatadamente, cargados y oprimidos con el insoportable peso de sus acciones criminales. Y si, con todo, los beneficios de un breve tiempo se deben atribuir al favor y ayuda de los dioses, no poco ayudaron a los gladiadores, que rompieron las cadenas de su servidumbre y cautiverio, huyeron y se pusieron en salvo, juntaron un ejército numeroso y poderoso, y obedeciendo a los consejos y preceptos de sus caudillos y reyes, causando terror a la formidable Roma, resistiendo con valor y denuedo a algunos generales romanos, tomaron y saquearon muchas poblaciones, gozaron de muchas victorias y de los deleites que quisieron, hicieron todo cuanto les proponía su apetito, eso mismo hicieron, hasta que, finalmente fueron vencidos (cuya gloria costó bastante sangre a los romanos), y vivieron reinando con poder y majestad. Pero descendamos a asuntos de mayor momento.

[5] Los tres jefes, según Plinio, 1, 30, eran Espartaco, Criso y Enomas. Hablan además de esto Orosio, 5, 24; y el mismo San Agustín en el libro III, 26, de esta misma obra.

Capítulo VI

DE LA CODICIA DEL REY NINO, QUE POR EXTENDER SU DOMINIO FUÉ EL PRIMERO QUE MOVIÓ GUERRA A SUS VECINOS.

6 Justino, que siguiendo a Trogo Pompeyo, escribió un compendio de la historia griega, o por mejor decir, universal, comienza su obra de esta manera: "Al principio del mundo el imperio de las naciones le tuvieron los reyes, quienes eran elevados al alto grado de la majestad, no por ambición popular, sino por la buena opinión que los hombres

tenían de su conducta. Los pueblos se gobernaban sin leyes, sirviendo de tales los arbitrios y dictámenes de los reyes, los cuales estaban acostumbrados más a defender que a dilatar ambiciosamente los términos de su imperio. El reino que cada uno poseía se incluía dentro de los límites de su patria. Nino, rey de los asirios, fué el primero que con nueva codicia y deseo de dominar mudó esta antigua costumbre conservada de unos a otros desde sus antepasados. Este monarca fué el primero que movió guerra a sus vecinos, y sujetó, como no sabían aún hacer resistencia, todas las naciones situadas hasta los confines de Libia"; y más adelante añade: "Nino robusteció el poder de su codiciado dominio con un largo reinado. Habiendo, pues, sujetado a sus comarcanos, como con el acrecentamiento de las fuerzas militares pasase con más pujanza contra otras naciones, y siendo la victoria que acababa de conseguir instrumento para la siguiente, sojuzgó las provincias y naciones de todo el Oriente". Sea lo que fuere el crédito que se debe dar a Justino o a Trogo (porque otras historias más verdaderas manifiestan que mintieron en algunos particulares); con todo, consta también entre los otros escritores que el rey Nino fué el que extendió fuera de los límites regulares el reino de los asirios, durando por tan largos años, que el imperio romano no ha podido igualársele en el tiempo; pues según escriben los cronologistas [6], el reino de los asirios, contando desde el primer año en que Nino empezó a reinar hasta que pasó a los medos, duró mil doscientos cuarenta años. El mover guerra a sus vecinos, pasar después a invadir a otros, afligir y sujetar los pueblos sin tener para ello causa justa, sólo por ambición de dominar, ¿cómo debe llamarse sino un grande latrocinio?

[6] Eusebio.

Capítulo VII

SI LOS DIOSES HAN DADO O DEJADO DE DAR SU AYUDA A LOS REINOS DE LA TIERRA PARA SU ESPLENDOR Y DECADENCIA.

7 Si el reino de los asirios fué tan opulento y permaneció por tantos siglos sin el favor de los dioses, ¿por qué el de los romanos, que se ha extendido por tan dilatadas regiones y ha durado tantos años, se ha de atribuir su permanencia a la protección de los dioses de los romanos, cuando lo mismo pasa en el uno y en el otro? Y si dijesen que la conservación de aquél debe atribuirse también al auxilio y favor de los dioses, pregunto: ¿de qué dioses? Si las otras naciones que domó y sujetó Nino no adoraban entonces otros dioses, o si tenían los asirios dioses propios que fuesen como artífices más diestros para fundar y conservar imperios, pregunto: ¿se murieron acaso cuando ellos perdieron igualmente el imperio? ¿O porque no les recompensaron sus penosos cuidados, o porque ofreciéndoles mayor recompensa, quisieron más pasarse a los medos y de allí otra vez, convidándolos Ciro y proponiéndolos tal vez partidos más ventajosos, a los persas? Los cuales, en muchas y dilatadas tierras del Oriente, después del reino de Alejandro de Macedonia que fué grande en las posesiones y brevísimo en su duración, todavía perseveran hasta ahora en su reino. Y si esto es cierto, o son infieles los dioses que, desamparando a los suyos, se pasan a los enemigos (cuya traición no ejecutó Camilo, siendo hombre, cuando habiendo vencido y conquistado para Roma una ciudad, su mayor émula y enemiga, ella le correspondió ingrata, a la cual, a pesar de este desagradecimiento, olvidado después de sus agravios y acordándose del amor de su patria, la volvió a librar segunda vez de la invasión de los galos) o no son tan fuertes y valerosos como es natural sean los dioses, pues pueden ser vencidos por industria o por humanas fuerzas; o cuando traen entre sí guerra, no son los hombres quienes vencen a los dioses, sino que acaso los dioses propios de una ciudad vencen a los otros. Luego también estos falsos númenes se enemistan

mutuamente defendiendo cada uno a los de su partido. Luego no debió Roma adorar más a sus dioses que a los extraños, por quienes eran favorecidos sus adoradores. Finalmente, como quiera que sea este paso, huída o abandono de los dioses en las batallas; con todo, aun no se había predicado en aquellos tiempos y en aquellas tierras el nombre de Jesucristo, cuando se perdieron tan poderosos reinos o pasaron a otras manos su poder y majestad con crueles estragos y guerras; porque si al cabo de mil doscientos años, y los que van hasta que se arruinó el imperio de los asirios, predicara ya allí la religión cristiana otro reino eterno, y prohibiera la sacrílega adoración de los falsos dioses, ¿qué otra cosa dijeran los hombres ilusos de aquella nación, sino que el reino que había existido por tantos años no se pudo perder por otra causa sino por haber desamparado su religión y abrazado la fe cristiana? En esta alucinación, que pudo suceder, mírense éstos como en un espejo y tengan pudor, si acaso conservan alguno, de quejarse de semejante acaecimientos; aunque la ruina del imperio romano más ha sido aflicción que mudanza, la que le acaeció igualmente en otros tiempos muy anteriores a la promulgación del nombre de Jesucristo y de su ley evangélica, reponiéndose al fin de aquella aflicción; y por eso no debemos desconfiar en esta época, porque en esto, ¿quién sabe la voluntad de Dios?

Capítulo VIII

QUÉ DIOSES PIENSAN LOS ROMANOS QUE LE HAN ACRECENTADO Y CONSERVADO SU IMPERIO, HABIÉNDOLES PARECIDO QUE APENAS SE PODÍA ENCOMENDAR A ESTOS DIOSES, Y A CADA UNO DE POR SÍ, EL AMPARO DE UNA SOLA COSA.

8 Parece muy a propósito veamos ahora entre la turba de dioses que adoraban los romanos, cuáles creen ellos fueron los que acrecentaron o conservaron aquel imperio. ¿por qué en empresa tan famosa y de tal alta dignidad no se atreven a conceder alguna parte de gloria a la diosa Cloacina, o a la Volupia, llamada así de voluptate,

que es el deleite, o a la Libentina, denominada así de libídine, que es el apetito torpe, o al Vaticano, que preside a los llantos de las criaturas, o a la Cunina, que cuida sus cunas? ¿Y cómo pudiéramos acabar de referir en un solo lugar de este libro todos los nombres de los dioses o diosas que apenas caben en abultados volúmenes, dando a cada dios un oficio propio y peculiar para cada ministerio? No se contentaron, pues, con encomendar el cuidado del campo a un dios particular, sino que encargaron la labranza rural a Rusuna, las cumbres de los montes al dios Jugatino, los collados a la diosa Colatina, los valles a Valona. Ni tampoco pudieron hallar una Segecia, tal que de una vez se encargase y cuidase de las mieses, sino que las mieses sembradas, en tanto que estaban debajo de la tierra, quisieron que las tuviese a su cargo la diosa Seyra; y cuando habían ya salido de la tierra y criado caña y espiga, la diosa Segecia; y el grano ya cogido y encerrado en los trojes para que se guardase seguramente, la diosa Tutilina; para lo cual no parecía bastante la Segecia, mientras la mies llegaba desde que comenzaba a verdeguear hasta las secas aristas. Y, con todo eso, no bastó a los hombres amantes de los dioses este desengaño, para evitar que la miserable alma no se sujetase torpemente a la turba de los demonios, huyendo los castos abrazos de un solo Dios verdadero. Encomendaron, pues, a Proserpina los granos que brotan y nacen; al dios Noduto los nudos y articulaciones de las cañas, a la diosa Volutina los capullos y envoltorios de las espigas, y a la diosa Patelena cuando se abren estos capullos para que salga la espiga; a la diosa Hostilina cuando las mieses se igualan con nuevas aristas; porque los antiguos al igualar, dijeron hostire; a la diosa Flora cuando las mieses florecen; a Lacturcia cuando están en leche; a la diosa Matura cuando madura; a la diosa Runcina cuando los arrancan de la tierra; y no lo refiero todo, porque me ruborizo de lo que ellos no se avergüenzan. Esto he dicho precisamente para que se entienda que de ningún modo se atreverán a decir que estos dioses fundaron, acrecentaron y conservaron el imperio romano; pues en tal conformidad daban a cada uno su oficio,

pues a ninguno encargaban todos en general. ¿Cuándo Segecia había de cuidar del imperio, si no le era lícito cuidar a un mismo tiempo de las mieses y de los árboles? ¿Cuándo había de cuidar de las armas Cunino, si su poder no se extendía más que a velar sobre las cunas de los niños? ¿Cuándo Noduto les había de ayudar en la guerra, si su poder ni siquiera se extendía al cuidado del capullo de la espiga, sino tan sólo a los nudos de la caña? Cada uno pone en su casa un portero, y porque es hombre, es sin duda bastante. Estos pusieron tres dioses: Fórculo, para las puertas; Cardea, para los quicios; Limentino, para los umbrales. ¿Acaso era imposible que Fórculo pudiese cuidar juntamente de las puertas, quicios y umbrales?

Capítulo IX

SI LA GRANDEZA DEL IMPERIO ROMANO Y EL HABER DURADO TANTO SE DEBE ATRIBUIR A JÚPITER, A QUIEN SUS ADORADORES TIENEN POR EL SUPREMO DE LOS DIOSES.

9 Dejada, pues, a un lado por tiempo breve la turba de estos dioses particulares, es necesario pasemos a indagar el oficio y cargo de los dioses mayores, con que Roma ha llegado a crecer en tanto grado, que ha tenido el dominio sobre tantas naciones crecido número de siglos. Luego, en efecto, esta gloria se debe a Júpiter Optimo Máximo, ya que quieren que éste sea el rey de todos los dioses y diosas; lo cual manifiesta su cetro y la elevada roca Tarpeya en el Capitolio. De este dios refieren, aunque por un poeta, que se dijo muy bien Jovis omnia plena, "que todo estaba lleno de Júpiter" [7]. Este _ cree Varrón _ es el que adoran también los que veneran a un solo Dios sin necesidad de imágenes aunque le llaman con otro nombre; y si esto es así, ¿por qué le trataron tan mal en Roma, así como algunos igualmente entre las demás naciones, erigiéndole estatuas, lo cual al mismo Varrón le descontentó tanto, que con ser contra el uso y depravada costumbre de una ciudad tan populosa, no dudó en escribir

que los que en los pueblos instituyeron estatuas, les quitaron el temor y les añadieron error?

[7] Virg. Eglog., 3, 60.

Capítulo X

LAS OPINIONES QUE SIGUIERON LOS QUE PUSIERON DIFERENTES DIOSES EN DIVERSAS PARTES DEL MUNDO.

10 ¿Y por qué ponen a su lado también a su esposa Juno, y permiten que ésta se llame hermana y esposa? [8]. ¿Por qué motivo por Júpiter entendemos el cielo y por Juno el aire, siendo así que estos dos elementos están juntos, el uno más alto y el otro más bajo? Luego no es aquél de quien se dijo que todo estaba lleno de Júpiter, si alguna parte la llena también Juno. ¿Por ventura cada uno de ellos hinche el cielo y el aire, y ambos están juntamente en estos dos elementos y en cada uno de ellos? ¿Por qué causa atribuyen el cielo a Júpiter y el aire a Juno? Finalmente, si estos dos solos fuesen bastante, ¿para qué el mar le atribuyen a Neptuno y la tierra a Plutón? Y porque éstos no estuvieran tampoco sin sus mujeres, les añadieron, a Neptuno, Salacia y a Plutón, Proserpina, pues así como Juno, dicen,ocupa la parte inferior del cielo, esto es, el aire, así Salacia ocupa la parte inferior del mar, y Proserpina la de la tierra. Buscan solícitos estratagemas para sostener sus fábulas, y no las hallan; pues si esto fuese así, sus mayores mejor dijeran que los elementos del mundo eran tres que no cuatro, para que a cada elemento le cupiera su casamiento con los dioses; no obstante, es cierto que afirman ser una cosa el cielo y otra el aire; y el agua ya sea la de arriba o la de abajo, seguramente es agua. Pero supongo que sea diferente; ¿acaso es tanta la diferencia que la inferior no sea agua? Y la tierra, ¿qué puede ser otra cosa que tierra, por más diferente que sea, y más cuando con estos tres o cuatro elementos estará ya perfeccionado todo el mundo corpóreo? Minerva, ¿dónde estará? ¿Qué lugar ocupará? ¿Cuál llenará? Ya juntamente con los otros la tienen puesta

en el Capitolio, aunque no es hija de ambos; y si dicen que Minerva ocupa la parte superior del cielo, y por esta causa fingen los poetas que nació de la cabeza de Júpiter, ¿por qué motivo no tienen a ésta por reina de los dioses, que es superior a Júpiter? ¿Es por ventura porque es impropio preferir una hija a su padre? Y si ésta es la causa, ¿por qué no se hizo esta justicia a Saturno con el mismo Júpiter? ¿Es por ventura porque fué vencido? ¿Luego pelearon? De ninguna manera, dicen, sino que esto es cosa de fábulas. Sea así en enhorabuena; no creamos a las fábulas y tengamos mejor concepto de los dioses; mas ¿por qué no le han dado al padre de Júpiter, ya que no lugar más alto, por lo menos uno igual en honra? Porque Saturno, dicen, es la longitud del tiempo [9]. Luego adoran al tiempo los que adoran a Saturno, y suficientemente se nos insinúa que el rey de los dioses, Júpiter, es hijo del tiempo. ¿Qué expresión indigna se profiere cuando se dice que Júpiter y Juno son hijos del tiempo, si él es el Cielo y ella la Tierra, supuesto que el Cielo y la Tierra son cosas criadas? Esto también lo confiesan sus doctos y sabios en sus libros, y no lo tomo de ficciones poéticas,sino de los libros de los filósofos, donde dijo Virgilio [10]: "Entonces el cielo, padre todopoderoso, con fecundas lluvias desciende en el regazo de su festiva esposa"; esto es, en el regazo de la Tellus o Tierra, porque también quieren que haya algunas diferencias, y en la misma tierra una cosa piensan que es la Tierra, otra Tellus, otras Tellumón, y tienen a todos estos como dioses, llamándolos con sus propios nombres y con sus oficios distintos, y reverenciando a cada uno en particular con sus aras y sacrificios. A la misma Tierra denominan también madre de los dioses; de modo que viene ya a ser más tolerable lo que fingen los poetas, si, según los libros de éstos, no los poéticos, sino los que tratan de su religión, Juno no sólo es hermana y mujer, sino también madre de Júpiter. Esta misma Tierra quieren que sea Ceres, la misma, también Vesta, aunque por la mayor parte afirmen que Vesta no es sino el fuego que pertenece a los hogares [11], sin los cuales no puede pasar la ciudad, y que por esto le suelen servir las vírgenes, porque

así como de la virgen no nace cosa alguna, tampoco del fuego. Toda esta vanidad fué preciso que la desterrase y deshiciese el que nació de la Virgen; porque ¿quién podría sufrir que tributando tanto honor al fuego, y atribuyéndole tanta castidad, algunas veces no tengan pudor de decir que Vesta es también Venus, para que en sus siervas sea vana la virginidad tan estimada y honrada? Porque si Vesta fuese Venus, ¿cómo la podían servir legítimamente las vírgenes no imitando a Venus? ¿Por ventura hay dos Venus, una virgen y otra casada? O, por mejor decir, hay tres, una, de las vírgenes, la cual se llama Vesta; otra, de las casadas, y otra, de las camareras. A ésta también los fenicios ofrecían sus oblaciones, resultantes de la torpe ganancia que hacían sus hijas con sus cuerpos antes que las diesen en matrimonio a sus maridos. ¿Cuál de estas matronas es la de Vulcano? Sin duda que no es la virgen, porque tiene marido, y por ningún caso será tampoco la ramera, porque no parezca que hacemos agravio al hijo de Juno, auxiliar de Minerva; luego se infiere que ésta es la que pertenece a las casadas; pero no queremos que la imiten en lo que ella hizo con Marte. Otra vez, dicen, volvéis a las fábulas; mas ¿qué razón o qué justicia es ésta, agraviarse de nosotros porque hablamos así de sus dioses y no agraviarse de sí propios cuando tan de buena gana se ponen a mirar en los teatros cómo se representan semejantes delitos de sus dioses, y, lo que es más increíble, si constantemente no se probase con la experiencia que estos mismos crímenes teatrales de sus dioses se instituyeron en honor de su divinidad?

[8] Eneida, 1, 46.

[9] De nat. deor., 2, 25.

[10] Georg., 2, 325_326.

[11] Ovidio, Fast., 6, 299; Cic., 2, De leg.

Capítulo XI

DE MUCHOS DIOSES QUE LOS MAESTROS Y DOCTORES DE LOS PAGANOS DEFIENDEN QUE SON UN MISMO JÚPITER.

11 Por más razones y argumentos filosóficos que quieran alegar, jamás podrán sostener que Júpiter es ya el alma de este mundo corpóreo que llena y mueve toda esta máquina, fabricada y compuesta de los cuatro elementos o de cuantos quisieren añadir; con tal que ceda su parte a su hermana y hermanos, ya sea el cielo, de modo que tenga abrazada por encima a Juno, que es el aire y tiene debajo de sí; ya sea todo el cielo juntamente con el aire, y fertilice, con fecundas lluvias y semillas, la tierra, como a su mujer, y a la misma como a su madre; supuesto que tan extraña mezcla de parentescos en los dioses no se tiene por acción criminal; ya porque no sea necesario discurrir particularmente por todas sus cualidades si es un solo dios, de quien creen algunos habló el poeta, cuando dijo "que Dios se difunde por todas las tierras, por todos los golfos y senos del mar, y por toda la profunda máquina del Cielo" [12]. Pues bien: el que en el cielo es Júpiter; en el aire, Juno; en el mar, Neptuno; en las partes inferiores del mar, Salacia; en la tierra, Plutón; en la parte inferior de la tierra, Proserpina; en los domésticos hogares, Vesta, y en las fraguas de los herreros, Vulcano; en los astros, el Sol, Luna y Estrellas; en los adivinos, Apolo; en las mercaderías, Mercurio; en Jano, el que comienza: en Término, el que acaba; en el tiempo, Saturno; Marte y Belona, en las guerras; Liber, en las viñas; Ceres, en las mieses; Diana, en las selvas; Minerva en los ingenios; finalmente, sea Júpiter también la turba de dioses plebeyos; él sea el que preside, con el nombre de Libero, a la semilla o virtud generativa de los varones, y con nombre de Libera, a la de las mujeres; él sea Diespiter, el que lleva a feliz término los nacimientos; él sea la diosa Mena, a quien encargaron los menstruos de las mujeres; él sea Lucina, a quien invocan las que paren; él sea el que ayuda a los que nacen, recibiéndolas en el regazo de la tierra, y llámese Opis; el que

en los llantos de las criaturas les abra la boca, y llámese dios Vaticano; el que las levante de la tierra, y llámese la diosa Levana; el que tenga cuenta de las cunas, llámese diosa Cunina; no sea otro sino sea él mismo en aquellas diosas que dicen su suerte a los que nacen, y se llaman Carmentes; tenga cargo de los sucesos fortuitos, y llámese Fortuna; ya representando a la diosa Ruma, dé leche a las criaturas, porque los antiguos al pecho llamaron ruma; en la diosa Potina, dé de beber bebida; en la diosa Educa, la comida; del pavor de los niños llámese Pavencia; de la esperanza que viene, Venilla; del deleite, Volupia; del acto generativo, Agenoria; de los estímulos con que se mueve el hombre con exceso al acto sexual llámese la diosa Estímula; sea la diosa Estrenua haciéndole estrenuo y diligente; Numeria, que le enseñe a numerar y contar; Camena, a cantar; él sea el dios Conso dándole consejos, y la diosa Sencia inspirándole pareceres congruentes; él la diosa Juventas, la que después de tomada la pretexta comience la edad de los mozos; él sea la Fortuna barbada, que dé barba a los adultos que quisiere honrar, con tal que a esta divinidad la llamen a lo menos con nombre de dios Varón, o por la barba, Barbado, como al otro de los nudos, Noduto, aunque verdaderamente no le debieran llamar Fortuna, sino, pues que tiene barbas, Fortunios; él en el dios Jugatino junte los casados, y cuando a la doncella casada se le desata la cinta, invóquenle y llámese la diosa Virginense; él sea Mutino, a quien los griegos llaman Priapo, si no se avergüenzan. Todo esto que he dicho y todo lo que he omitido (porque me pareció no había motivo para referirlo todo circunstancialmente); todos estos dioses y diosas, ya sea un Júpiter, ya sean, como quieren algunos, todas estas producciones partos suyos o virtudes suyas, como les parece a los que quieren que él sea el alma del mundo, cuya sentencia se estima como aquella que tiene en su favor muchos y célebres autores, nada nos interesa su indagación. estas particularidades, aun cuando fueran ciertas (aunque ahora no intento examinar su realidad o falsedad), ¿qué perdieron en adorar por un medio más cuerdo y prudente a un solo dios? Porque ¿qué

cosa suya despreciarán siendo él adorado? Pero si temieron de que las partes despreciadas se enojasen, luego no es como quieren esta complexión de divinidades el alma o vida de un animal solo, que contiene juntamente todos los dioses como a sus virtudes, miembros o partes, sino que cada parte de por sí tiene su vida distinta de las demás, si puede enojarse la una sin la otra, y la una se puede aplacar y la otra enojar. Y si responden que todas juntas; esto es, que el mismo Júpiter se pudo ofender si no se reverencia particularmente y por menudo todas sus partes, neciamente lo dicen, porque ninguna de ellas se dejará de adorar, adorando al que las tiene en sí todas; pues omitiendo otras innumerables singularidades, como dicen que todos los astros son partes de Júpiter [13] y que todas viven, que todas tienen almas racionales y que por eso sin duda son dioses, no ven a cuántos dejan de adorar, a cuántos dejan de erigir templos y dedicar altares, siendo cierto que a muy pocos de los astros se los levantaron, y a muy pocos sacrificaron singularmente. Luego si se enojan los que particularmente no son adorados, ¿cómo no temen, habiendo aplacado a tan pocos, vivir teniendo airado contra sí a todo el Cielo? Y si adoran y tributan culto a todas las estrellas, porque están contenidas en Júpiter, a quien reverencian, con este atajo pudieran en él solo venerar a todas, pues así ninguna se enojara, pues que en sólo Júpiter se rogaba a todas, y ninguna era despreciada; mas adorando a unas se daría justa causa a otras de enojarse por ser adoradas _ las cuales son muchas más sin comparación _ mayormente cuando estando ellas resplandecientes desde su elevado asiento, se les prefiera hasta el mismo Priapo desnudo y torpemente armado.

[12] Vir., Georg, 4, 221_222

[13] Por ser padre del día, como interpreta Varrón.

Capítulo XII

DE LA OPINIÓN DE LOS QUE PENSARON QUE DIOS ERA EL ALMA DEL MUNDO, Y QUE EL MUNDO ERA EL CUERPO DE DIOS.

12 Y ¿qué diremos del otro absurdo? ¿Acaso no es asunto que debe excitar los ingenios expertos, y aun a los que no son muy agudos? En este punto no hay necesidad de poseer elevada excelencia de ingenio para que dejada la manía de porfiar, pueda cualquiera advertir que, si Dios es el alma del mundo, y que respecto de esta alma el mundo se considera como cuerpo, de suerte que sea un animal que conste de alma y cuerpo; y si este dios es un seno de la naturaleza que en sí mismo contiene todas las cosas, de modo que de su alma, que vivifica toda esta máquina, se extraigan y tomen las vidas y almas de todos los vivientes, conforme a la suerte de cada uno que nace, no puede quedar de modo alguno cosa que no sea parte de Dios; y si esto es verdad, ¿quién no echa de ver la gran irreverencia e inconsciencia que se sigue de que pisando uno cualquiera cosa haya de pisar y hollar parte de Dios, y que matando cualquier animal haya de matar parte de Dios? No quiero referir todas las reflexiones que pueden ocurrir a los que lo consideraren maduramente, y no se pueden indicar sin pudor.

Capítulo XIII

DE LOS QUE DICEN QUE SÓLO LOS ANIMALES RACIONALES SON PARTE DEL QUE ES UN SOLO DIOS.

13 Y si se obstinan en sostener la errada máxima de que solamente los animales racionales, como son los hombres, son partes de Dios, no puedo comprender cómo, si todo el mundo es Dios, separan de sus partes a las bestias. Pero ¿a qué es necesario porfiar? Del mismo animal; esto es, del hombre, ¿qué mayor extravagancia pudiera creerse si se intentara defender que azotan parte de Dios cuando azotan a un muchacho? Pues querer hacer a las partes de Dios lascivas, perversas, impías y totalmente culpables, ¿quién lo podrá

sufrir, sino el que del todo estuviere loco? Finalmente, ¿para qué se ha de enojar con los que no le adoran, si sus partes son las que no le veneran? Resta, pues, que digan que todos los dioses tienen sus peculiares vidas, que cada uno vive de por sí y que ninguno de ellos es parte de otro, sino que se deben adorar todos los que pueden ser conocidos y adorados, porque son tantos, que no todos lo pueden ser, y entre ellos, como Júpiter preside como rey, entiendo se persuaden que él les fundó y acrecentó el imperio romano. Y si este prodigio no le obro esta deidad suprema, ¿cuál será el que creerán pudo emprender obra tan majestuosa estando ocupados todos los demás en sus oficios y cargos propios, sin que nadie se entrometa en el cargo del otro? ¿Luego puede ser que el rey de los dioses propagase y amplificase el reino de los hombres?

Capítulo XIV

QUE SIN RAZÓN ATRIBUYEN A JÚPITER EL AUMENTO DE LOS REINOS, PUES SI, COMO DICEN, LA VICTORIA ES DIOSA, ELLA SOLA BASTARÁ PARA ESTE NEGOCIO.

14 Pregunto ahora lo primero: ¿por qué también el mismo reino no es algún dios? ¿Y por qué no lo será así, si la victoria es dios? ¿O qué necesidad hay de Júpiter en este asunto si nos favorece la Victoria, la tenemos propicia y siempre acude en favor de los que quiere que sean vencedores? Con el socorro y favor de esta diosa, aunque se esté quedo e inmóvil Júpiter, y ocupado en otros negocios, ¿qué naciones no se sujetarán? ¿Qué reinos no se rindieran? ¿Es acaso porque aborrecen los buenos el pelear con injusta causa, y provocar con voluntaria guerra por el ansia de dilatar los términos de su imperio a los vecinos que están pacíficos y no agravian ni causan perjuicios a sus comarcanos? Verdaderamente que si así lo sienten, lo apruebo y alabo.

Capítulo XV

SI CONVIENE A LOS BUENOS QUERER EXTENDER SU REINO.

15 Consideren, pues, con atención no sea ajeno del proceder de un hombre de bien el gustar de la grandeza del reino, porque el ser malos aquellos a quienes se declaró justamente la guerra, sirvió para que creciese el reino, el cual sin duda fuera pequeño y limitado si la quietud y bondad de los vecinos comarcanos, con alguna injuria, no provocara contra sí la guerra; pero si permaneciesen con tanta felicidad las cosas humanas, gozando los hombres con quietud de sus haberes, todos los reinos fueran pequeños en sus límites, viviendo alegres con la paz y concordia de sus vecinos, y así hubiera en el mundo muchos reinos de diferentes naciones, así como hay en Roma infinitas casas compuestas de un número considerable de ciudadanos; y por eso el suscitar guerras y continuarlas, como el dilatar el reino, sojuzgando gentes y pueblos, a los malos les parece felicidad y a los buenos necesidad; mas porque sería peor que los malos, procaces e injuriosos, se enseñoreasen de los buenos y pacíficos, no fuera de propósito, sino muy al caso, se llama también este trastorno felicidad. Con todo, seguramente, es dicha más apreciable tener amigo a un buen vecino, que sujetar por fuerza al malo belicoso. Perversos deseos son desear tener odios y temores, para poder tener triunfos. Luego si sosteniendo justas guerras, no impías ni injustas, pudieron los romanos conquistar un imperio tan dilatado, ¿acaso deben o están obligados a adorar igualmente como a diosa a la injusticia ajena? Pues observamos que ésta cooperó mucho para conseguir esta grandeza y posesión vasta del imperio, en atención a que ella misma formaba malévolos, para que hubiese con quien sostener justa guerra, y así acrecentar el imperio; ¿y por qué motivo no será diosa del mismo modo la maldad, a lo menos de las otras naciones, si el Pavor, la Palidez y la Fiebre merecieron ser diosas de los romanos? así que con estas dos; esto es, con la maldad ajena y con la diosa Victoria, levantando las causas y ocasiones de la guerra la maldad y

acabándola con dichoso fin la Victoria, creció el imperio sin hacer nada Júpiter; porque ¿qué parte pudiera tener aquí Júpiter, supuesto que los sucesos que pudieran considerarse como beneficios suyos los tienen por dioses, los llaman dioses y los adoran como dioses, y a éstos llaman e invocan en vez de sus partes? Aunque pudiera tener aquí alguna parte si él se llamara también reino, como se llama la otra victoria; y si el reino es don y merced de Júpiter, ¿por qué no ha de tenerse la victoria por beneficio suyo? Y sin duda se tuviera por tal, si conocieran y adoraran, no a la piedra en el Capitolino, sino al verdadero Rey de reyes y Señor de los señores [14].

[14] Apoc., 19, 18.

Capítulo XVI

CUÁL FUÉ LA CAUSA PORQUE, ATRIBUYENDO LOS ROMANOS A CADA COSA Y A CADA MOVIMIENTO SU DIOS, PUSIERON EL TEMPLO DE LA QUIETUD FUERA DE LAS PUERTAS DE ROMA.

16 Pero me causa grande admiración el observar que, atribuyendo los romanos su dios respectivo a cada objeto, y a casi todos los movimientos naturales en particular, llamando diosa Agenoria a la que los excita a obrar; diosa Estímula a la que los estimulaba con exceso a obrar desordenadamente; diosa Murcia, a la que con demasía los dejaba mover y hacía al hombre, como dice Pomponio, murcidum; esto es, demasiado flojo e inactivo; diosa Estrenia, a la que los hacía diligentes. A todos estos dioses y diosas, les señalaron públicas fiestas; pero a la que llamaban Quietud, porque concedía quietud y descanso, teniendo su templo fuera de la puerta Colina, no quisieron recibirla públicamente. Ignoro si fué esta deliberación indicio seguro de su ánimo inquieto, o si acaso nos quisieron dar a entender que, el que adoraba aquella turba no de dioses verdaderos, sino de demonios, no podía gozar de quietud y reposo, a que nos llama y convida el verdadero médico, diciendo: "Aprended de mí,

que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas" [15].

[15] Mt., 11, 29.

Capítulo XVII

PREGÚNTASE, SI TENIENDO JÚPITER EL PODER SUPREMO, SE DEBIÓ TENER POR DIOSA A LA VICTORIA.

17 ¿Dirán seguramente que Júpiter es quien envía con los mensajes felices a la diosa Victoria, y que ella como obediente al rey de los dioses, va a donde él se lo manda y allí hace su residencia? Esta particular prerrogativa se dice con verdad no de aquel Júpiter, a quien según su opinión suponen rey de los dioses, sino de aquel verdadero rey de los siglos, que envía no la victoria que no es substancia, sino a su ángel, haciendo que venza el que le ama de corazón, cuyo consejo y altas disposiciones pueden ser ocultas, pero no injustas; que si la Victoria es diosa, ¿por qué no es dios también el Triunfo y se une con la Victoria, como marido, o como hermano, o como hijo? Tales absurdos idearon los antiguos gentiles respecto de sus dioses, los cuales, si los poetas lo fingieran y nosotros los reprendiéramos, respondieran que eran ridículas patrañas de los poetas, y no cualidades que se debían atribuir a los verdaderos dioses. Con todo, no se reían de sí mismos no digo cuando leían semejantes desatinos en los poetas, pero ni cuando los adoraban en sus templos; y en tales circunstancias debieran, pues, suplicar y dirigir sus oraciones a Júpiter en todas sus necesidades, acudiendo a él solo con sus votos y ruegos; porque si la Victoria es diosa y está subordinada a este rey, no pudiera o no se atreviera a contradecirle, antes más bien cumpliría exactamente su voluntad.

Capítulo XVIII

POR QUÉ TUVIERON POR DIOSES DISTINTOS A LA FELICIDAD Y A LA FORTUNA.

18 Supuesto que la Felicidad es también diosa, le fué erigido templo, mereció ara, la dedicaron ceremonias propias; luego deberían adorar a esta sola, porque donde ésta se halle ¿qué bien no habrá? Pero ¿qué significa que del mismo modo tienen y adoran por diosa la Fortuna? ¿Es por ventura una cosa la felicidad y otra la fortuna? Sin duda la fortuna puede ser también mala; pero la felicidad, si fuere mala, no será felicidad; pues ciertamente todos los dioses varones y hembras (si es que en ellos hay diferencia de sexos) no los debemos tener sino por buenos. Esto lo enseña Platón [16] y lo enseñan otros filósofos y los más insignes príncipes de los pueblos. Y como la diosa Fortuna a veces es buena y a veces es mala, ¿acaso cuando es mala no es diosa, sino que de repente se convierte en espíritu maligno? ¿Cuántas son estas diosas? Sin duda cuantos son los hombres afortunados; esto es, de buena fortuna; porque habiendo otros muchos juntamente, esto es, en una misma época, de mala fortuna, pregunto: ¿si ella fuera tal, sería juntamente buena o mala; para éstos, una y para los otros, otra? O la que es diosa ¿es acaso siempre buena? Luego de esta manera ella es la felicidad, y si lo es ¿para qué las ponen diversos nombres? Pero esto, dicen, se puede sufrir, porque también acostumbramos llamar a una misma cosa con diferentes nombres. ¿A qué vienen entonces diversos templos, diversas aras y sacrificios? Dicen que la causa es porque felicidad es la que tienen los buenos por sus merecimientos; pero la fortuna que se dice buena viene fortuitamente a los buenos y a los malos, sin tener en cuenta sus méritos, y por eso se llama también fortuna. ¿Cómo es buena la que sin juicio ni discreción viene a los buenos y a los malos? ¿Y para qué la adoran siendo tan ciega y ofreciéndose a cada paso a cualquier persona, de modo que por la mayor parte desampara a los que la adoran y se hace de la parte de los que la desprecian? Y si es que

aprovechan o sacan alguna utilidad los que la tributan culto de manera que ella los atienda y los ame ya tiene en cuenta los méritos y no viene por acaso. ¿Dónde está, pues, aquella definición de la Fortuna? ¿Y por qué se llamó Fortuna del caso fortuito? Porque es cierto que no aprovecha el rendirla adoración si es fortuna; pero si acude a sus devotos, y a los que la reverencian, de modo que utilizase su influjo, no es fortuna. ¿O es que Júpiter la puede enviar donde quiera? Entonces adórenle sólo a él; porque no puede resistir a sus mandatos ni dejar de ir a donde Júpiter quisiese. Pero, en fin, adórenla si quieren, los malos, que no se preocupan de adquirir méritos con que granjear el afecto de la diosa Felicidad.

[16] De Rep., 2.

Capítulo XIX

DE LA FORTUNA FEMENIL.

19 Tanto poder atribuyen a esta diosa que llaman Fortuna, que la estatua que la dedicaron las matronas y se llamó Fortuna femenil [17] refieren que habló y dijo no una vez, sino dos, que legítimamente la habían dedicado las matronas, de lo cual, dado que sea verdad, no hay por qué maravillarnos: porque el engañarnos de este modo no es difícil a los malignos espíritus, cuyas cautelas debieran éstos advertir mucho mejor por este ejemplar, viendo que habló una diosa que socorre por acaso y no por méritos, supuesto que vino a ser la fortuna parlera y la felicidad muda, ¿y con qué objeto, sino para que los hombres no cuidasen de vivir bien, habiendo ganado para sí la Fortuna que los puede hacer dichosos sin ningún merecimiento suyo? Si la fortuna había de hablar, por lo menos hablara no la mujeril, sino la varonil, a fin de que no pareciese que las mismas que habían dedicado la estatua habían también fingido tan gran portento por la locuacidad de las mujeres.

[17] Liv., 2.

Capítulo XX

DE LA VIRTUD Y FE, A QUIENES LOS PAGANOS HONRARON CON TEMPLOS Y SACRIFICIOS, DEJÁNDOSE OTRAS COSAS BUENAS QUE ASIMISMO DEBÍAN ADORAR, SI SE CONCEDÍA RECTAMENTE A LAS OTRAS LA DIVINIDAD.

20 Hicieron asimismo diosa a la Virtud, y si en realidad lo fuera, debiera ser preferida a muchos; pero supuesto que no es diosa, sino un don particular de Dios, pidámosla a Aquel que solamente la puede dar, y desaparecerá como humo toda la canalla de los dioses falsos. ¿Mas por qué motivo tuvieron por diosa a la Fe y la dedicaron templo y altar, a quien el que prudentemente lo reconoce, se convierte a sí mismo en templo y morada para ella? ¿Y de dónde saben ellos qué cosa sea fe, cuyo primero y principal deber es que se crea en el verdadero Dios? ¿Y por qué no se contentaron con sola la Virtud? ¿Por ventura no está allí también la fe, pues observaron que la virtud se divide en cuatro especies: prudencia, justicia, fortaleza y templanza? Y como cada una de éstas tienen sus especies subalternas, debajo de la justicia está comprendida la fe [18], y tiene el primer lugar entre cualquiera de nosotros que sabe lo que es: "Justus ex fide vivit" [19], que el justo vive por la fe"; pero me admiro de estos que tienen ansia por aglomerar dioses. ¿Cómo o por qué causa, si la Fe es diosa, agraviaron a otras diosas sin hacer caso de ellas a quienes asimismo pudieran dedicar templos y aras? ¿Por qué no mereció ser diosa la templanza, habiendo alcanzado con su nombre no pequeña gloria algunos príncipes romanos? ¿Por qué razón, finalmente, no es diosa la fortaleza, la que favoreció a Mucio cuando extendió la diestra sobre las llamas; la que favoreció a Curcio cuando se arrojó por la defensa de su patria en un boquerón abierto en la tierra; la que favoreció a Decio padre y a Decio hijo, cuando ofrecieron sus vidas a los dioses por salvar el ejército? Si es que había en todos estos campeones verdadera fortaleza, de lo cual ahora no tratamos, ¿por qué la prudencia y sabiduría no merecieron lugar entre los dioses?

¿Es acaso porque debajo del nombre genérico de la misma virtud se reverencian y sobrentienden todas? Luego por el mismo motivo pudieran venerar a un solo Dios, cuyas partes entienden que son todos los demás, y así es, que en la virtud sola se contienen igualmente la Fe y la Pureza, las cuales, sin embargo, merecieron se las erigiese altares en sus propios templos.

[18] Ya Platón, Aristóteles y Cicerón dividieron las virtudes en las cuatro indicadas. El último en el libro 1 De officis, llama la fe: fundamento de la justicia, y en el 1 De nat deor, dice que la justicia para con los dioses es piedad, de que es parte integral la fe.

[19] Hab., 2, 4.

Capítulo XXI

QUE LOS QUE NO CONOCÍAN UN SOLO DIOS, POR LO MENOS SE DEBIERAN CONTENTAR CON LA VIRTUD Y CON LA FELICIDAD.

21 A estas virtudes de que acabamos de hablar, las hizo diosas no la verdad, sino el capricho humano; pues de hecho son dones del verdadero Dios, no diosas. Con todo, donde está la virtud y la felicidad, ¿para qué buscan otra causa? ¿Qué le ha de bastar a quien no le es suficiente la virtud y la felicidad? La virtud comprende en sí todas las acciones loables que se deben practicar, y la felicidad todas las que se pueden desear; si porque les concediera éstas adoraban a Júpiter (que en efecto, si la grandeza y duración larga del imperio es algún bien, pertenece en cierto modo a la felicidad), ¿por qué, pregunto, no entendieron que eran dones de Dios y no diosas? Y si pensaron que eran divinidades, a lo menos no debieron buscar la demás turba numerosa de dioses, pues considerados atentamente los oficios respectivos de todos ellos, los cuales fingieron como quisieron, según que a cada uno le pareció, busque si quieren alguna prerrogativa que pueda conceder algún dios al hombre, mediante la cual se haga virtuoso y consiga la felicidad. ¿Qué razón había para pedir doctrina a Mercurio o a Minerva, comprendiéndola toda en sí la

virtud? Los antiguos nos definieron la virtud, diciendo "que era arte de vivir bien y rectamente", de la cual (como en griego se dice APETN la virtud) se entiende que tomaron los latinos su derivación y tradujeron el nombre de arte [20], y si la virtud no podía recaer sino en el ingenioso, ¿qué necesidad había del dios padre Cacio para que los hiciera cautos; esto es, agudos, pudiendo desempeñar este ministerio la felicidad? Porque el nacer uno ingenioso, a la felicidad pertenece; y así, aunque no pudo ser reverenciada la diosa Felicidad por el que aun no había nacido para que lisonjeándola en su favor le concediera este don gratuito, con todo, pudo hacer gracia a sus padres, sus devotos, para que les naciesen los hijos ingeniosos. ¿Qué necesidad había de que las que estaban de parto invocasen a Lucina, pues si tenían propicia a la felicidad, no sólo habían de tener feliz parto, sino también buenos hijos? ¿Qué necesidad había de encomendar a la diosa Opis las criaturas que nacían; al dios Vaticano las que lloraban; a la diosa Cunina las que estaban en las cunas; a la diosa Rumina las que mamaban; al dios Estalino las que se tenían ya en pie; a la diosa Adeona las que llegaban; a la Abeona, las que partían; a la diosa Mente para que las diera buena mente y entendimiento; al dios Volumno y a la diosa Volumna, para que quisiesen cosas buenas; a los dioses Nupciales, para que las casaran bien, o los dioses agrestes para que les proporcionaran abundantes y copiosos frutos, y principalmente a la misma diosa Fructeset; a Marte y Belona, para que guerreasen con éxito; a la diosa Victoria, para que venciesen; al dios Honor para que fuesen honrados; al dios Esculano y a su hijo Argentino, para que tuviesen dinero de vellón y de plata? Y por eso tuvieron a Esculano por parte de Argentino, porque primero se principió a usar la moneda de vellón y después la de plata [21]; a Aurino, pues que a poco tiempo empezó a usarse la de oro; pues si éstos tuvieran por dios a éste, así como antepusieron a Júpiter, Saturno, así también prefirieran el Aurino a su padre Argentino y a su abuelo, Esculano. ¿Qué necesidad había por el interés de estos bienes del cuerpo, o de los del alma, o de los exteriores, de adorar e invocar

tanta multitud de dioses que ni yo los he podido contar todos, ni ellos han podido proveer ni destinar a todos los bienes humanos, distribuidos menudamente y a cada uno de por sí, sus imbéciles y particulares dioses, pudiendo con un atajo importante y fácil conceder todos estos bienes la diosa Felicidad por sí sola; en cuyo caso, no sólo no buscaran otro alguno para alcanzar los bienes, pero ni aun para excusar los males? ¿Para qué habían de llamar para aliviar a los cansados a la diosa Fessonia, para rebatir los enemigos a la diosa Pelonia; para cuidar a los enfermos, al médico Aplo o Esculapio, o a ambos juntos, cuando hubiese mucho peligro? ¿Qué falta les haría implorar el favor del dios Epinense para que les arrancase las espinas o abrojos del campo, ni a la diosa Rubigo, para que no se les aneblasen las mieses, estando la Felicidad sola presente con cuyo auxilio no se ofrecerían males algunos o fácilmente se evitarían? Finalmente, puesto que hablamos de estas dos diosas, Virtud y Felicidad, si ésta es premio de la virtud, no es diosa, sino don de Dios, y si es diosa, ¿por qué no diremos que también ella da virtud, ya que el conseguirla es una inestimable felicidad?

[20] Donato en el comentario del Adria, de Terencio.

[21] Plinio, 33, 13.

Capítulo XXII

DE LA CIENCIA DEL CULTO DE LOS DIOSES, LA CUAL SE GLORÍA VARRÓN HABERLA ÉL ENSEÑADO A LOS ROMANOS.

22 ¿Cómo se atreve a vender Varrón por un beneficio muy apreciable a sus ciudadanos no sólo el darles cuenta de los dioses a quienes deben venerar los romanos, sino el enseñarlos también lo que pertenece a cada uno? Así como, dice, no aprovecha que sepan los hombres el nombre y circunstancias de un médico si no saben que es médico; así dice, no aprovecha saber que es dios Esculapio, sin saber asimismo que ayuda a recobrar la salud, y por esto ignoras lo que debes pedir. Esta misma doctrina enseña con otra semejanza muy a

propósito, diciendo que no sólo ninguno puede vivir acomodadamente, pero que ni absolutamente puede vivir si no sabe quién es el carpintero, quién el pintor, quién el albañil a quien pueda pedir lo que necesita de su oficio, de quien pueda ayudarse para que le encamine y enseñe lo que hubiere de hacer, y de este mismo modo nadie duda que es útil el conocimiento de los dioses, si supiere la facultad o poder que cada dios tiene sobre cada cosa; "porque de esta investigación resultará el que podamos, dice, saber a qué dios debemos llamar e invocar para cada cosa y no ejecutaremos lo que acostumbraban los bufones de las comedias pidiendo el agua a Baco y a las ninfas el vino". Grande utilidad, por cierto, ¿y quién no se lo agradecería a este sabio escritor, si enseñara la verdad y manifestara con expresiones sencillas y concluyentes el modo como debían los hombres reverenciar a un solo Dios verdadero, de quien proceden todos los bienes?

Capítulo XXIII

DE LA FELICIDAD, A QUIEN LOS ROMANOS, CON TENER A MUCHOS DIOSES, EN MUCHO TIEMPO NO ADORARON CON CULTO DIVINO, SIENDO ELLA SOLA BASTANTE EN LUGAR DE TODOS.

23 Pero volviendo a lo que íbamos hablando, si sus libros y los puntos tocantes a su religión son verdaderos, y la Felicidad es diosa, ¿por qué no crearon a ésta sola por divinidad, supuesto que todo podría concederlo, y sin dificultad hacer a cualquiera dichoso? ¿Quién hay por acaso que desee alcanzar alguna cosa por otro fin que por ser feliz y dichoso? ¿Por qué, finalmente, después de tantos príncipes romanos vino Lúculo [22] a dedicar templo tan tarde a una diosa tan célebre y poderosa? ¿Por qué razón el mismo Rómulo, ya que deseaba fundar una ciudad feliz, no edificó antes que a otro a ésta un templo? ¿Y para que suplicó gracia alguna a los demás dioses, pues nada le faltaría si tuviese sólo a ésta propicia? Porque ni él fuera en sus principios rey, ni según ellos lo predican, después dios, si no

hubiera tenido a esta diosa por su favorita. ¿Para qué dio Rómulo por dioses a Jano, Júpiter, Marte, Pico, Fauno, Tiberino, Hércules, si hay otros? ¿Para qué Tito Tacio les añadió a Saturno, Opis, el Sol, la Luna, Vulcano, la Luz y los demás que aumentó, entre los cuales puso a la diosa Cloacina, si para nada valen dejándose a la Felicidad? ¿Para qué añadió Numa tantos dioses y tantas diosas si no hizo caso de ésta? ¿Es por ventura porque entre tanta turba no la vio? El rey Hostilio tampoco hubiera introducido nuevamente por dioses para tenerlos propicios al pavor y a la palidez si se conociera y adorara a esta diosa, porque en presencia de la felicidad, todo pavor y palidez se ausentaran, no por haberlos aplacado, sino que contra su voluntad se marcharan. Y asimismo ¿qué diremos fué el motivo de que, no obstante haberse extendido por diferentes provincias la dominación romana, sin embargo, todavía ninguno adoraba a la felicidad? ¿Diremos acaso que por esto fué el imperio más grande y feliz? ¿Mas cómo podría haber verdadera felicidad donde no había verdadera piedad y religión?; puesto que la piedad es el culto del verdadero Dios [23], y no el culto de los dioses falsos, que son tan dioses como demonios; con todo, aun después de haber recibido ya en el número de sus falsos dioses a la Felicidad, sobrevino poco después aquella terrible infelicidad causada de las guerras civiles. ¿Diremos acaso que el motivo de esta catástrofe dimanó de haberse enojado con justa causa la Felicidad por haberla convidado tan tarde, y no por honrarla, sino para afrentarla, con especialidad viendo que juntamente con ella tributaban rendidos cultos a Priapo y a Cloacina, al Pavor y a la Palidez, a la Fiebre y a los demás, no dioses que se debían adorar, sino vicios de los que adoraban? Finalmente, si les pareció conveniente venerar a una tan célebre diosa en compañía de una turba tan infame, ¿por qué siquiera no la adoraban y reverenciaban con más solemnidad que a los otros? ¿Quién ha de sufrir que no colocasen a la Felicidad ni aun entre los dioses Cosentes [24], que dicen asisten al consejo de Júpiter, ni entre los dioses que llaman Sabetos, dedicándola algún templo que por excelencia del lugar y la majestad

del edificio fuera preeminente? ¿Y por qué no debía ser más suntuoso que el del mismo Júpiter? ¿Pues quién dio el reino a Júpiter sino la Felicidad? Sí, pero fué feliz cuando reinó, y mejor es sin duda la felicidad que el reino, porque es infalible que fácilmente hallaréis quien rehuse ser rey, pero no hallaréis ninguno que no quiera ser feliz: luego si consultaran a los mismos dioses, por vía de prestigios o agüeros, o de cualquier otro modo que éstos entienden que pueden ser consultados, si por ventura querían ceder su lugar a la felicidad aun en el caso que el paraje donde hubiese de erigirse a la Felicidad su mayor y más suntuoso templo estuviese ocupado con algunos templos y altares de otros dioses, hasta el mismo Júpiter cediera el suyo a la Felicidad y señalara la misma cumbre del monte Capitolino, lo que ninguno contradijera, ni se opusiera a la Felicidad, sino lo que es imposible, el que quisiese ser infeliz. Es evidente que si se lo preguntaran a Júpiter, no practicara lo que hicieron con él los dioses Marte, Término y Juventas, que no quisieron de modo alguno cederle su lugar, no obstante ser el mayor y su rey; pues según refieren sus historias, queriendo el rey Tarquino fabricar el Capitolio y observando que el paraje que le parecía más digno y acomodado, le tenían ya ocupado algunos dioses extraños, no atreviéndose a deliberar cosa alguna contra la voluntad de éstos, y creyendo que de su voluntad gustosamente cederían el lugar a un dios tan grande y que era su príncipe (por haber copiosa abundancia de ellos en el Capitolio), tomando su agüero procuró saber por el oráculo si querían conceder el lugar a Júpiter, y todos convinieron en desocuparle, a excepción de los referidos Marte, Término y Juventas; por esta causa se dispuso la fábrica del Capitolio de tal modo que quedaron igualmente dentro de él estos tres tan desconocidos y con señales tan obscuras, que apenas lo sabían hombres doctísimos; así que en ninguna manera despreciara Júpiter a la Felicidad, como a él le despreciaron Marte, Término y Juventas; y aun estos mismos que no cedieron a Júpiter, sin duda que cedieron su lugar a la Felicidad que les dio por rey a Júpiter, o si no se le dejaran no lo hicieran por

menosprecio, sino porque quisieran más ser desconocidos en casa de la Felicidad, que ser sin ella ilustres en sus propios lugares. Y así, colocada la Felicidad en un lugar tan alto y eminente, supieran todos los ciudadanos adónde había de acudir en busca de ayuda y favor para el cumplimiento de todos sus buenos deseos. Conducidos de la misma Naturaleza, sin hacer caso de la muchedumbre superflua de los demás dioses, adoraran a sola la Felicidad; a ella sólo fueran las rogativas, sólo su templo frecuentaran los ciudadanos que quisiesen ser felices, y no habría uno solo que no lo quisiera hacer. Ella misma fuera a la que los hombres dirigieran sus plegarias, ella sola a la que implorasen y rogasen entre todos los dioses, y aun estos mismos; porque, ¿quién hay quiera alcanzar alguna gracia de un dios, sino la felicidad, o lo que piensa que importa para la felicidad? Por tanto, si la felicidad tiene en su mano el comunicarse a la persona que quisiere (y tiénelo sin duda si es diosa), ¿qué ignorancia tan crasa es pedirla a otro dios, pudiéndola alcanzar de ella propia? Luego debieran estimar a esta diosa sobre todos los dioses, honrándola también con darla el mejor lugar; porque, según se lee en sus historias, los antiguos romanos tributaron adoraciones a no sé qué Summano [25], a quien atribuían el descenso de los rayos que caían de noche, aunque con más religiosidad que a Júpiter, a quien pertenecía la dirección de los rayos que caían de día; pero después que edificaron a Júpiter aquel templo más magnífico y suntuoso por su excelencia y majestad, acudió a él tal multitud de gentes, que apenas se halla ya quien se acuerde siquiera de haber leído el nombre de Summano, el cual no se oye ya en boca de alguno. Y si la felicidad no es diosa, como es cierto, porque es don de Dios, búsquese a aquel Dios que nos la pueda dar, y dejen la multitud perniciosa de los falsos dioses, la cual sigue la ilusa turba de los hombres ignorantes, haciendo sus dioses a los dones de Dios, ofendiendo con la obstinación de su arrogante y pervertida voluntad al mismo de quien es peculiar la distribución de estos dones; porque no le puede faltar infelicidad al que reverencia a la felicidad como diosa, y deja a Dios, dador y dispensador de la

verdadera felicidad; así como no puede carecer de hambre el que lame pan pintado, y no le pide al que lo tiene verdadero y puede darlo.

[22] Licinio Lúculo, fué cónsul el año 666 de la fundación de Roma, y fué el que dirigió la guerra Mitridática, y por haber conseguido la victoria, edificó un templo en honor de la Felicidad.

[23] Lic., De Nat, deor.

[24] Los dioses Cosentes _ Consentientes _, llamábanse de este modo porque siendo como eran consejeros de Júpiter en los negocios más espinosos, debían dar su parecer. Eran doce, seis varones y seis hembras, y a cada uno de ellos le dedicaban un mes del año.

[25] Plinio, 2, 52; Ovidio, Fast., 6, 731_732.

Capítulo XXIV

CÓMO DEFIENDEN LOS PAGANOS EL ADORAR POR DIOSES A LOS MISMOS DONES DE DIOS.

24 Pero quiero que veamos y consideremos sus razones: ¿tan necios, dicen, hemos de creer que fueron nuestros antepasados, que no entendieron que estas cosas eran dones y beneficios divinos y no dioses? Sino que como sabían que semejantes gracias nadie las conseguía si no es concediéndolas algún dios, a los dioses, cuyos nombres ignoraban, les ponían el nombre de los objetos y cosas que veían que ellos daban, sacando de allí algunos nombres. Como de bello dijeron Belona, y no bellum; de las cunas Cunina, y no cuna; de las segetes o mieses Segecia, y no seges; de las pomas o manzanas Pomona, y no pomo; de los bueyes Bubona, y no buey, o también, sin alterar ni la palabra, sino denominándolas con sus propios nombres como Pecunia se dijo la diosa que da el dinero, sin tener de ningún modo por Dios a la misma pecunia; así se llamó Virtud la que concede la virtud; Honor [26], el que da la honra; Concordia, la que da concordia; Victoria, la que da victoria; y por eso dicen que cuando llaman diosa a la Felicidad no se atiende a la que se da, sino al dios

que la da. Con esta razón que nos han suministrado, con mayor facilidad persuadiremos a los que no fueren de ánimos demasiado obstinados.

[26] De nat. deor, 2.

Capítulo XXV

QUE SE DEBE ADORAR A UN SOLO DIOS, CUYO NOMBRE, AUNQUE NO SE SEPA, CON TODO, SE VE QUE ES DADOR DE LA FELICIDAD.

25 Pero si ya echó de ver la humana flaqueza que la felicidad no la podía conceder sino algún Dios, sintiendo esto mismo los hombres que adoraban tanta multitud de dioses, y entre ellos al mismo Júpiter, rey de los dioses, porque ignoraban el nombre del que concedía la felicidad, por eso quisieron llamarle con el nombre peculiar de la gracia que entendían que daba; luego suficientemente nos dan a entender que ni aun el mismo Júpiter, a quien ya adoraban, les podía dar la felicidad, sino aquel a quien con el nombre de la misma felicidad les parecía que se debía adorar; y apruebo ciertamente lo que ellos creyeron, que daba la felicidad un dios a quien no conocían: luego busquen a éste, adórenle; éste basta. Repudien el orgullo y tráfico de innumerables demonios; no baste este Dios a quien no le basta su don; a aquél, digo, no le baste, para que adore y reverencie al Dador de felicidad, a quien no le basta ni satisface la misma felicidad; pero al que le es suficiente (pues que no tiene el hombre objeto que deba desear más) sirva a un solo Dios dador de la felicidad. No es éste el que ellos llaman Júpiter, porque si le reconocieran a éste por dispensador de la felicidad, sin duda que no buscaran otro u otra del nombre de la misma felicidad que les concediera esta particular gracia, ni fueran de parecer que debía adorar al mismo Júpiter por sus muchas maldades.

Capítulo XXVI

DE LOS JUEGOS ESCÉNICOS QUE PIDIERON LOS DIOSES A LOS QUE LOS ADORABAN.

26 Pero "crímenes tan obscenos los finge Homero _ dice Tulio [27] _, así como las acciones humanas que transfirió a los dioses, y yo quisiera más que trasladara las divinas a nosotros". Con razón desagradó a tan eximio orador y filósofo la relación del poeta, porque en ella no hizo más que suponer falsamente culpas y crímenes de los dioses; mas ¿por qué causa celebra los juegos escénicos, donde estos delitos se cantan y representan en honor de los dioses, y los más doctos entre ellos los colocan entre los ritos tocantes al culto divino? Aquí pudiera clamar Cicerón no contra las ficciones de los poetas, sino contra las costumbres de sus mayores. ¿Pero acaso no debían exclamar también ellos en su defensa, diciendo en qué hemos pecado nosotros? Los mismos dioses nos pidieron que hiciéramos estos juegos en honra suya; rigurosamente nos lo mandaron, y nos amenazaron con terribles calamidades si no los ejecutábamos, y porque por accidentes extraordinarios omitimos alguna particularidad de ellos, o los suspendimos algún tiempo, nos castigaron severamente, y porque practicamos lo que dejamos de hacer por breves instantes, se mostraron contentos y aplacados. Entre sus virtudes y hechos maravillosos se refiere el siguiente [28]: Dijéronle en sueños a Tiro Latino, labrador romano, padre de familia, fuese y avisase al Senado que volviesen a celebrar de nuevo los juegos romanos. El primer día en que debían hacerlos sacaron al suplicio a un malhechor en presencia del pueblo romano; y como pretendían realmente los dioses lograr un completo júbilo y regocijo en los juegos, les ofendió la triste y rigurosa justicia pública; y como el que había sido advertido en sueños no se atrevió al día siguiente a ejecutar lo que le mandaron, la segunda noche le volvieron a prevenir lo mismo con más rigor, y perdió la vida su hijo mayor, porque no lo practicó; la tercera noche le dijeron que le amenazaba aún mayor

castigo si no ejecutaba la orden; y no atreviéndose, a pesar de la cruel amenaza, cayó enfermo con un mal terrible y maligno; entonces, por consejo de sus amigos, dio al fin cuenta a los senadores, haciéndose conducir en una litera al Senado; y luego que declaró su misterioso sueño, recobró inmediatamente la salud, volviéndose a pie, sano y bueno, a su casa. Atónito el Senado con tan estupendo portento, mandó que se volviesen a celebrar los juegos, gastando en ellos cuatro veces mayor cantidad de la acostumbrada. ¿Qué hombre juicioso y sensato habrá que no advierta cómo los hombres sujetos a los infernales espíritus (de cuyo poderío no los puede librar otro que la gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro) fueron forzados a hacer en honor de estos dioses acciones que con justa razón se podían tener por torpes? Porque en los juegos escénicos es notorio se celebran las culpas y ficciones poéticas de los dioses, los cuales se renovaron por orden del Senado, habiéndole apremiado a ello los dioses. En tales fiestas, los obscenos y deshonestos farsantes cantaban, representaban y aplacaban a Júpiter de un modo extraordinario, manifestando claramente cómo era un profanador y corruptor de la honestidad. Si los sucesos reiterados en el teatro eran fingidos, enojárase en hora buena; pero si se holgaba y lisonjeaba de sus crímenes supuestos, ¿cómo había de ser reverenciado sino sirviendo al demonio? ¿Es posible que había de fundar, dilatar y conservar el imperio romano este hombre, el más abatido e infame, que cualquier romano a quien no agradaran ciertamente semejantes torpezas? ¿Y había de dar la felicidad el que tan infelizmente se hacía venerar, y si así no le reverenciaban se enojaba en extremo?

[27] Tusc., 1, 26.

[28] Refieren este hecho: Cic., De divinat., 1, 26; Valerio Max, 1, 7; Livio 2, 36.

Capítulo XXVII

DE TRES GÉNEROS DE DIOSES DE QUE HABLÓ EL PONTÍFICE ESCÉVOLA:

27 Refieren las historias que el doctísimo pontífice Escévola [29] trató de tres géneros de dioses, de los cuales, el uno introdujeron los poetas, otro, los filósofos, y el tercero, algunos príncipes de la ciudad. El primero dice que es una patraña, porque supone muchas operaciones indignas del carácter de los dioses. El segundo, que no conviene a las ciudades, porque tiene algunas cosas superfluas, y otras también que no conviene las sepa el pueblo: lo superfluo no es ahora tan digno de tenerse en cuenta, pues aun entre los doctos se suele decir que lo superfluo no daña; pero ¿cuáles son aquellas particularidades que, publicadas, dañan al vulgo? El saber que Hércules, Esculapio, Cástor y Pólux, no son dioses, pues escriben los doctos que fueron hombres, y que murieron como hombres; y ¿qué más?; que de los que son realmente dioses no tienen las ciudades verdaderas imágenes, porque el que es verdadero Dios no tiene sexo, ni edad, ni ciertos y determinados miembros del cuerpo. Esto no quiere el pontífice que lo sepa el pueblo, porque nos las tiene por falsas: luego opinó es bueno que sean engañadas las ciudades en materia de religión. Lo cual no duda afirmar el mismo Varrón en los libros de las cosas divinas. ¡Graciosa religión para que acuda a ella el enfermo en busca de su remedio, e indagando él la verdad para librarse, creamos que le está bien en engañarse en las mismas historias! No se omite tampoco la razón por qué Escévola no admite el género poético de los dioses, y es porque de tal manera afean y desfiguran a los dioses, que ni siquiera se pueden comparar a los hombres de bien, haciendo al uno ladrón y el otro adúltero. Y del mismo modo hacen que digan o hagan algunas cosas fuera de su orden natural, torpe y neciamente, publicando que tres diosas compitieron entre sí sobre quién llevaría el premio de la hermosura, y que las dos, por haber sido vencidas por Venus, destruyeron a Troya;

que las diosas se casan con los hombres; que Saturno se comía a sus hijos; en fin, que no se puede fingir engaño alguno sobre horrendos monstruos, o vicios que no se halle allí; todo lo cual es muy ajeno a la naturaleza de los dioses. ¡Oh Escévola, pontífice máximo! Destierra los juegos si puedes, manda al pueblo que no haga tales honores a los dioses inmortales, con los que se deleite en admirarse de las culpas y delitos de los dioses, y se le antoja de imitar lo que le es posible y fácil, y si te respondiere el pueblo: "Vosotros, pontífices, nos enseñasteis esta doctrina", acude y ruega a los mismos dioses, por cuya sugestión lo mandaste, que ordene no se ejecuten semejantes fiestas por ellos; las cuales, si son malas, por la misma razón en ninguna conformidad es justo que se crean de la majestad de los dioses; pues mayor injuria es la que se hace a éstos suponiendo libremente y sin temor semejantes abominaciones de ellos; pero no te oirán, son demonios, enseñan máximas perversas, gustan de torpezas, no sólo no las tienen por injuria cuando fingen de ellos estas liviandades, sino que no pueden sufrir de modo alguno la contumelia que reciben cuando estas torpezas no se representan en sus solemnidades. Ya, pues, si de estos juegos os quejaseis a Júpiter, especialmente por razón de que en ellos se representa la mayor parte de sus culpas y horrendos crímenes, acaso, aunque tengáis y confeséis a Júpiter por persona que rige y gobierna todo este mundo, por el mismo hecho de meterle vosotros entre la turba de los otros y adorarle juntamente con ellos y decir que es su reino, le hacéis una notable injuria.

[29] Este mismo Escévola es el que Cicerón, De orat, 1, 39, alaba como el más elocuente de los jurisperitos, el mejor jurisperito entre los oradores.

Capítulo XXVIII

SI PARA ALCANZAR Y DILATAR EL IMPERIO LES APROVECHÓ A LOS ROMANOS EL CULTO DE SUS DIOSES.

28 Luego de ningún modo semejantes dioses como estos que se aplacan; o, por mejor decir, se infaman con tales honores, que es mayor culpa el gastar de ellos siendo falsos, que si se dijeran de ellos con verdad; de ningún modo, digo, estos dioses pudieron acrecentar y conservar el imperio romano; porque si pudieran hacerlo, dispensaran antes esta gracia tan particular a los griegos, quienes en iguales solemnidades divinas, esto es, en los juegos escénicos, los honraron con mucho más respeto y más dignamente, supuesto, que ni aun a sí propios se eximieron de la mordaz crítica de los poetas con que veían afrontar a los dioses, concediéndoles permiso para que tratasen mal a quien se les antojase, y a los mismos actores no los tuvieron por personas abominables ni infames, antes los estimaron por beneméritos y dignos de grandes honras y dignidades. Con todo, así como los romanos pudieron tener la moneda de oro, aunque no veneraran al dios Aurino, y así como pudieron tener la de plata y la de bronce, aunque no tuvieran a Argentino ni a su padre, Esculano, y de este modo todo lo demás cuya narración fastidia, así también, aunque por ningún título pudieran tener el imperio contra la voluntad del verdadero Dios, sin embargo, aun cuando ignoraran o vilipendiaran a estos dioses falsos, conocieran o veneraran a Aquel uno y solo con fe sincera y buenas costumbres, y no sólo gozaran en la tierra de un reino mucho más apreciable, cualquiera que fuese, grande o pequeño, sino que después de éste alcanzaran el eterno, ya le tuvieran aquí o no le tuvieran.

Capítulo XXIX

DE LA FALSEDAD DEL AGÜERO QUE PARECIÓ HABER PRONOSTICADO LA FORTALEZA Y ESTABILIDAD DEL IMPERIO ROMANO.

29 ¿Y qué fué lo que dicen haber sido un maravilloso agüero? Digo lo que referí poco antes; que Marte, Término y Juventas no quisieron ceder su lugar a Júpiter, rey de los dioses, porque con esto, dicen, pronosticaron que la nación Marcial [30]; esto es, los romanos, a nadie habían de ceder el lugar que ocupasen; que ninguno había de mudar los términos y límites romanos por respeto al dios Término, y que la juventud romana, por la diosa Juventas, a nadie había de ceder en valor y constancia. Advertían, pues, el aprecio en que tenían al rey de sus dioses y dador de su reino, supuesto que le oponían tales agüeros, teniendo por presagio muy favorable el que no se le hubiera cedido el lugar preeminente; aunque si esto es cierto, nada tienen que temer, ya que no han de confesar ingenuamente que sus dioses, que no quisieron ceder a Júpiter, cedieron por necesidad a Cristo, puesto que sin detrimento ni menoscabo de los límites del imperio pudieron ceder al Salvador los lugares en donde residían, y, principalmente, los corazones de los fieles. No obstante, antes que Cristo viniese al mundo en carne mortal; antes, en fin, que se escribiesen estos sucesos que referimos y citamos de sus libros, y después que en tiempo de Tarquino tuvieron aquel agüero, fué derrotado en distintas ocasiones el ejército romano; esto es, le hicieron huir, y demostró ser falso el agüero que aquella juventud no había cedido a Júpiter; la gente marcial, vencida por los galos, fué atropellada y degollada dentro de la misma Roma, y los límites del Imperio, pasándose muchas ciudades al partido d Aníbal, se encogieron y estrecharon grandemente. Así salieron vanos sus admirables agüeros, y quedó contra Júpiter la contumacia no de los dioses, sino de los demonios; porque una cosa es no haber cedido, y otra el haber vuelto al lugar desde donde habían cedido, aunque también después en las provincias del Oriente se mudaron los límites del imperio romano,

queriéndolo así el emperador Adriano. Este concedió graciosamente al imperio de los persas tres hermosas provincias: Armenia, Mesopotamia y Asiria, de suerte que el dios Término, que, según éstos, defendía los límites romanos, y que por aquel admirable agüero no cedió su lugar a Júpiter, parece que temió más a Adriano, rey de los hombres, que al rey de los dioses; y habiéndose recobrado en esta época [31] estas provincias, casi en nuestros tiempos retrocedieron nuevamente los límites, cuando el emperador Juliano [32], dado a los oráculos de aquellos dioses, con demasiado atrevimiento mandó quemar las naves en que se llevaban los bastimentos, con cuya falta, el ejército, habiendo muerto luego el emperador de una herida que le dieron los enemigos, vino a padecer tanta necesidad, que fuera imposible escapar nadie, viéndose acometidos por todas partes, y los soldados, turbados con la muerte de su general, si por medio de la paz no se pusieran los límites del imperio donde hoy perseveran, aunque no con tanto menoscabo como los concedió Adriano; pero fijos, en efecto, por medio de un tratado amistoso. Luego, con vano agüero, el dios Término no cedió a Júpiter, pues cedió a la voluntad de Adriano; cedió a la temeridad de Juliano y a la necesidad de Joviano. Bien advirtieron estos lances los romanos más inteligentes y graves; pero eran poco poderosos para rebatir las inveteradas y corrompidas costumbres de una ciudad que estaba ligada con los ritos y ceremonias de los demonios, y ellos, aunque entendían que todo aquello era vanidad, eran de opinión que se debía tributar el culto divino que se debe a Dios, a la naturaleza criada, que está sujeta a la providencia e imperio de un solo Dios verdadero; sirviendo, como dice al Apóstol, "antes a la criatura que al Criador, que es bendito para siempre" [33]. El auxilio de este Dios verdadero era necesario para que nos enviara varones santos y verdaderamente píos que murieran por la verdadera religión, a fin de que se desterrara de entre los que viven y siguen la falsa.

[30] Se llamaron los romanos nación Marcial por su carácter belicoso, y por haber sido fundada por el hijo de Marte.

[31] Eutropio, 8, 6.

[32] Juliano el Apóstata; de él vuelve a hablar San Agustín, libro 5, capítulo XXI.

[33] Rom., 1, 25.

Capítulo XXX

QUÉ OPINAN LOS GENTILES DE LOS DIOSES QUE ADORAN.

30 Cicerón, siendo miembro del Colegio de Augores o Adivinos [34], se burla de los agüeros y reprende a los que disponen el método y régimen de su vida por las voces del cuervo y de la corneja. Pero este académico, que sostiene que todas las cosas sin inciertas, no merece crédito ni autoridad alguna en esta materia. En sus libros, y en el segundo De la Naturaleza de los dioses [34], disputa en persona de Quinto Lucio Balbo, y aunque admite las supersticiones que se derivan de la naturaleza de las cosas, como las físicas y filosóficas; con todo, reprueba la institución de los simulacros o ídolos y las opiniones falsas, diciendo de este modo: "¿Veis cómo de las cosas físicas que descubrieron y hallaron los hombres con utilidad y provecho de la humana sociedad, tomaron ocasión para fingir e inventar dioses fabulosos? Lo cual fué motivo de formarse muchas opiniones falsas, de errores turbulentos y de supersticiones casi propias de viejas; porque conocemos la fisonomía de los dioses, su edad, vestido y ornato, y asimismo el sexo, los casamientos, parentescos, todo ello reducido al modo y talle de nuestra humana flaqueza, pues nos lo introducen con ánimos perturbados; conocemos asimismo los apetitos de los dioses, sus melancolías y enojos, ni estuvieron exentos (según refieren las fábulas) de disensiones y guerras, no sólo, como vemos en Homero, cuando los dioses, unos favoreciendo una facción, y otros, la otra, ayudaban a dos ejércitos contrarios, sino también cuando sostuvieron sus propias guerras, como la que tuvieron con los titanes o gigantes. Estas particularidades no sólo se dicen, sino que se creen muy neciamente,

y en realidad no son más que sofismas llenos de vanidad y de suma liviandad". Y ved aquí, entre tanto, palpable lo que confiesan los que defienden a los dioses de los gentiles; pues cuando añade después que esta doctrina pertenece a la superstición, y aun a la religión que él, parece, enseña, según los estoicos; "porque no sólo los filósofos, dicen, sino también nuestros antepasados, distinguieron la superstición de la religión, en atención a que todo el día rezaban y sacrificaban para que les sobreviviesen sus hijos supérstites, por lo cual los llamaron supersticiosos". ¿Quién no advierte que Cicerón procura aquí, por temor de no contravenir al uso y costumbre de su ciudad [36], alabar la religión de sus mayores y queriéndola distinguir de la superstición, no halla medio para poderlo hacer? Porque si los progenitores llamaron supersticiosos a los que todo el día rezaban y sacrificaban, ¿acaso no los denominaron así los que idearon, no sin reprenderlo aquél, las estatuas de los dioses, de diferente edad, vestido, sexo, sus casamientos y parentescos? esta preocupaciones, sin duda, cuando se reprenden como supersticiosas, la misma culpa comprende a los antepasados, que establecieron y adoraron semejantes estatuas, que a él mismo, que por más que procura con el sacrificio de su elocuencia desenvolverse y librarse de ella, con todo, le era necesario tributarles culto, por no exponerse a los rigores de un pueblo iluso; ni tampoco lo que dice aquí Cicerón y defiende con tanta energía se atreviera a mentarlo, perorando delante del pueblo. Demos, pues, los cristianos gracias a Dios nuestro Señor, no al cielo ni a la tierra, como éste enseña, sino al que hizo el cielo y la tierra, de que estas supersticiones, que este Balbo como balbuciente apenas reprende, las derribó por la elevada humildad de Cristo, por la predicación de los Apóstoles, por la fe de los mártires, que mueren por la verdad y viven con ella, las derribó, digo, y desterró no sólo de los corazones religiosos, sino de los templos supersticiosos, con libre servidumbre de los suyos.

[34] De div., 2, 37; el mismo Cicerón declara haber sido augur en De leg., 2.

[35] De nat. deor., 2, 28.

[36] De los libros De natura deourum y De divinatione, resulta evidentemente que Cicerón no se atrevió a exponer libremente su sentir acerca de los dioses, por no sufrir la indignación de todo el pueblo, su deposición en el cargo honorífico que poseía y el último suplicio.

Capítulo XXXI

DE LAS OPINIONES DE VARRÓN, QUE AUNQUE REPRUEBA LA PERSUASIÓN QUE TENÍA EL PUEBLO, Y NO LLEGA A ALCANZAR LA NOTICIA DEL VERDADERO DIOS, CON TODO, ES DE PARECER QUE SE DEBÍA ADORAR UN SOLO DIOS.

31 Pues qué, el mismo Varrón (de quien nos pesa que haya colocado entre los asuntos de la religión los juegos escénicos, aunque esto no fuese de su dictamen, pues en muchos lugares, como religioso, exhorta al culto de los dioses), ¿acaso no confiesa que no sigue por parecer propio las cosas que refiere instituyó la ciudad de Roma acerca de este punto, de modo que no duda decir que, si él fundara de nuevo aquella ciudad, dedicara los dioses y los nombres de éstos según la fórmula de su naturaleza? Pero dice que le precisa seguir como estaba recibida por los antiguos en el pueblo viejo, la historia de sus nombres y sobrenombres, así como ellos nos la dejaron, y escribir y examinarlos atentamente, llevando la mira y procurando que el vulgo se incline antes a reverenciarlos que a menospreciarlos; con las cuales palabras este hombre indiscreto bastantemente nos da a entender que no declara todo lo que él solo despreciaba, sino lo que parecía que había de vilipendiar el mismo vulgo, si no lo pasase en silencio. Pareciera esto conjetura mía si el mismo autor en otro lugar, hablando de las religiones, no dijera claramente que muchas cosas hay verdaderas que no sólo no es útil que las sepa el vulgo, sino también, dado que sean falsas, es conveniente que el pueblo lo entienda de otra manera; y que por esto

los griegos ocultaron con silencio y entre paredes sus mayores secretos y misterios. Aquí realmente nos descubrió toda la traza de los presumidos de sabios, por quienes se gobiernan las ciudades y los pueblos, aunque de estas seducciones y engaños maravillosos gustan los malignos demonios; pues igualmente están en posesión de los seductores y de los seducidos, y de su posesión y dominio no hay quien los pueda librar, sino es la gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro. Dice también el mismo sabio y discreto autor, que es la opinión más cierta, que sólo han acertado en descifrar lo que es Dios los que creyeron era un espíritu, que con movimiento y discurso gobierna el mundo [37]; con cuyo sentir, aunque no alcanzó un conocimiento exacto y genuino de la verdad (porque el Dios verdadero no es precisamente el alma del mundo, sino más bien el Criador y Hacedor de este espíritu), con todo, si pudiera eximirse de las opiniones que estaban ya tan recibidas por la costumbre, confesara y persuadiera eficazmente que se debía adorar a un solo Dios, que con movimiento y razón rige el universo; de modo que sobre este punto sólo quedara con él indecisa la cuestión y duda en cuanto dice que es espíritu, y no como debiera decir, Criador del alma. Dice asimismo que los antiguos romanos, por más de 170 años adoraron y veneraron a los dioses [38] sin estatuas; y "si esto, añade, perseverara todavía, con más castidad y santidad se reverenciaran los dioses". Y en apoyo de su parecer cita entre otros por testigo la nación de los judíos, no dudando de concluir su discurso diciendo: "Que los primeros que introdujeron en el pueblo las estatuas de los dioses quitaron el miedo a los ciudadanos y los indujeron a nuevos errores"; advirtiendo, como prudente, que fácilmente podían despreciar a los dioses por la imperfección de sus imágenes; y al decir no sólo que enseñaron errores, sino que les indujeron, quiere dar a entender ciertamente que también sin las estatuas había ya errores. Por eso, cuando dice que sólo acertaron a indicar lo que era Dios los que se persuadieron era el alma que gobernaba el mundo, y es de parecer que más casta y santamente se guarda la religión sin

estatuas, ¿quién no advierte cuánto se aproximó al conocimiento de la verdad? Porque si se atreviera a oponerse a un error tan antiguo, sin duda que diría: lo uno que había un solo Dios, por cuya providencia creía que se gobernaba el mundo, y lo otro, que éste debía adorarse sin representación sensible. Y así hallándose tan cercano a las primeras nociones de la verdadera religión, acaso cayera fácilmente en la cuenta, opinando que el alma era mudable, para de este modo poder entender que Dios verdadero era una naturaleza inmutable que había criado asimismo a la misma alma. Y siendo esto cierto, todas las vanidades ilusorias de muchos dioses, de que semejantes autores han hecho mención en sus libros, más han sido obligados por ocultos juicios de Dios a confesarlas como son, que procurando persuadirlas. Cuando citamos algunos testimonios de éstos, los alegamos para convencer a los que no quieren advertir de cuán terrible y maligna potestad de los espíritus infernales nos libra el incruento sacrificio de la sangre santísima que por nosotros se derramó, y el don y gracia del espíritu que por él se nos comunica.

[37] De nat. deor., 1, 2.

[38] Plutarco, en el cap. 8 de la Historia de Numa, escribe que este rey prohibió a los romanos creer que la imagen de Dios tenía forma de hombre o de animal, y así en los primeros 170 años de la fundación de Roma se erigían templos, mas no se colocaban estatuas. Véase también Plinio, 34, 4.

Capítulo XXXII

CON QUÉ PRETEXTO QUISIERON LOS PRÍNCIPES GENTILES QUE PERSEVERASEN ENTRE SUS VASALLOS LAS FALSAS RELIGIONES.

32 Dice también que por lo que se refiere a las generaciones de los dioses, el pueblo se inclinó más a la autoridad de los poetas que a la de los físicos, y que por lo mismo sus antepasados; esto es, los antiguos romanos, creyeron como indudable el sexo y generaciones de los dioses, y creyeron que entre ellos había también casamientos;

lo cual ciertamente parece que no lo hicieran si no fuera porque el empeño y principal pretensión de los prudentes y sabios del siglo fué engañar al pueblo so color de religión, y en esto mismo no sólo adorar, sino imitar también a los demonios, que principalmente intentan seducirnos; porque así como los demonios no pueden poseer sino a los que han engañado, así también los príncipes, no digo los justos, sino los que son semejantes a los demonios, lo mismo que sabían era mentira y vanidad con nombre de religión, como si fuera verdad lo persuadieron al pueblo, pareciéndoles que de este modo estrechaban más en él el vínculo de la unión civil, para tenerle así obediente y sujeto, y con tal traza, ¿cómo el flaco e ignorante podría evadirse a un tiempo de los engaños de los príncipes y de los espíritus infernales?

Capítulo XXXIII

QUE TODOS LOS REYES Y REINOS ESTÁN DISPUESTOS Y ORDENADOS POR EL DECRETO Y POTESTAD DEL VERDADERO DIOS.

33 Aquel gran Dios, autor y único dispensador de la felicidad; esto es, el Dios verdadero, es el único que da los reinos de la tierra a los buenos y a los malos no temerariamente y como por acaso, pues es Dios y no fortuna, sino según el orden natural de las cosas y de los tiempos, que es oculto a nosotros y muy conocido a El, al cual orden de los tiempos no sirve y se acomoda como súbdito, sino que El, como Señor absoluto, le gobierna con admirable sabiduría, y como gobernador le dispone; mas la felicidad no la concede sino a los buenos, por cuanto ésta la pueden tener y no tener los que sirven; pueden también no tenerla y tenerla los que reinan, la cual, sin embargo, será perfecta y cumplida en la vida eterna, donde ya ninguno servirá a otro; y por eso concede los reinos de la tierra a los buenos y a los malos, para que los que le sirven y adoran y son aún pequeñuelos en el aprovechamiento del espíritu, no deseen ni le pidan estas gracias y mercedes como un don grande y estimable. Y este es

el misterio del Viejo Testamento, en donde estaba oculto y encubierto el Nuevo, porque allí todas las promesas y dones eran terrenos y temporales, predicando al mismo tiempo, aunque no claramente, los que entonces eran diligentes y espirituales la eternidad que significaban aquellas cosas temporales, y en qué dones de Dios consistía la verdadera felicidad.

Capítulo XXXIV

DEL REINO DE LOS JUDÍOS, EL CUAL INSTITUYÓ Y CONSERVÓ EL QUE ES SOLO Y VERDADERO DIOS, MIENTRAS QUE ELLOS PERSEVERARON EN LA VERDADERA RELIGIÓN.

34 Para que se conociese también que los bienes terrenos, a que sólo aspiran los que no saben imaginar con más utilidad espiritual, estaban en manos del mismo Dios, y no en la multitud de dioses falsos (los cuales creían los romanos antes de ahora se debían adorar), multiplicó en Egipto, su pueblo [39], que era en número muy corto, de donde le sacó libre de la servidumbre con maravillosos prodigios y señales; y, con todo, no invocaron a Lucina aquellas mujeres, cuando para que, de un modo admirable, se multiplicasen e increíblemente creciese aquella nación, las fecundó; él fué quien libró sus hijos varones; él fué quien los guardó de las manos y furias de los egipcios, que los perseguían y deseaban matarles; todas sus criaturas, sin la diosa Rumina, mamaron; sin la Cunina, estuvieron en las cunas; sin la Educa y Potina, comenzaron a comer y a beber, y, sin tantos dioses de niños se criaron; sin los dioses conyugales se casaron, sin invocar a Neptuno se les dividió el mar y concedió paso franco y anegó, tornando a juntar sus ondas, a los enemigos que iban en su seguimiento; ni consagraron alguna diosa Mannia, cuando les llovió maná del Cielo, ni cuando, estando muertos de sed, la piedra herida de la misteriosa vara, les brotó abundancia de agua, adoraron a las ninfas y linfas; sin los desaforados misterios de Marte y de Belona emprendieron sus guerras; y aunque es verdad que sin la victoria no

vencieron, mas no la tuvieron por diosa, sino por un beneficio singular de Dios. Tuvieron mieses sin Segecia; sin Bobona, bueyes, miel, sin Melona; pomos y frutas, sin Pomona; y, en efecto, todo aquello por lo que los romanos creyeron debían acudir a suplicar a tanta turba de falsos dioses, lo tuvieron con mucha más bendición y abundancia de la mano de un solo Dios verdadero; y si no pelearan contra él con curiosidad impía, acudiendo como hechizados con arte mágica a los dioses de los gentiles y a sus ídolos, y, últimamente, dando la muerte a Cristo, perseveraran en la posesión del mismo reino, aunque no tan espacioso; pero sí más dichoso. Y si ahora andan tan derramados por casi todas las tierras y naciones, es providencia inescrutable de aquel único y solo Dios verdadero, para que, viendo cómo se destruyen por todas partes las estatuas, aras, bosques y templos de los falsos dioses, y se prohíben sus sacrificios, se pruebe y verifique por sus libros mismos lo propio que muchos tiempos antes estaba profetizado, porque leyendo en los nuestros no piensen acaso que es invención y ficción nuestra; pero lo que se sigue es necesario que lo veamos en el libro siguiente.

[39] Gén., 46.

LIBRO QUINTO [1]

EL HADO Y LA PROVIDENCIA DIVINA

PROEMIO

Puesto que consta que el colmo de todo cuanto debe desearse es la felicidad, la cual no es diosa, sino don particular de Dios, y que por eso los hombres no deben adorar a otro dios, sino sólo al que puede hacerles felices; por cuyo motivo si ésta fuera diosa, con razón se diría que a ella sola se debía tributar culto; veamos ya, según estos principios, por qué razón Dios, que puede dar los bienes que pueden gozar también los que no son buenos, y por el mismo caso los que no son felices, quiso que el imperio romano fuese tan dilatado y que durase por tanto tiempo. Supuesto, pues, que esta tan admirable resolución no la causó la muchedumbre de dioses falsos que ellos adoraban, y basta por ahora lo que hemos ya referido acerca de ella; después diremos más donde nos pareciere a propósito.

[1] Escrito el año 415.

Capítulo I

QUE LA FELICIDAD DEL IMPERIO ROMANO Y DE TODOS LOS REINOS NO ES CASUAL NI DEBIDA A LA POSICIÓN DE LAS ESTRELLAS.

1 La causa, pues, de la grandeza y amplificación del imperio romano ni es fortuita ni fatal [2], según el sentir de los que afirman que las cosas fortuitas son las que, o no reconocen causa alguna, o suceden sin algún orden razonable, y las fatales las que acontecen por la necesidad de cierto orden, y contra la voluntad de Dios y de los hombres. Sin duda alguna que la divina providencia es la que funda los reinos de la tierra; y si ningún entusiasmo atribuye su erección al hado, fundado en que por el nombre de hado se entiende la misma voluntad o poder de Dios, siga su opinión y refrene la lengua; y este tal ¿por qué no dirá al principio lo que ha de decir al fin cuando le preguntaren qué entiende por hado? Porque cuando lo oyen los

hombres, según el común modo de hablar, no entienden por esta voz sino la fuerza de la constitución de las estrellas [3], calculada según el estado en que se hallan cuando uno nace o es concebido; cuya operación intentan varios eximir de la voluntad de Dios, aunque otros quieren que este efecto dependa asimismo de ella; pero a los que son de opinión que sin la voluntad de Dios las estrellas decretan lo que hemos de practicar, o lo que tenemos de bueno o padecemos de malo, no hay motivo para que les den oídos ni crédito, no sólo los que profesan la verdadera religión, sino los que siguen el culto de cualesquiera dioses aunque falsos; porque esta opinión errónea ¿qué otra cosa hace que persuadir que de ningún modo se adore a dios alguno, ni se le haga oración? Contra éstos al presente no disputamos, sino contra los que contradicen a la religión cristiana en defensa de los que ellos tienen por dioses; pero los que se persuaden estar dependiente de la voluntad de Dios la constitución de las estrellas, que en alguna manera decretan o fallan cuál es cada uno y lo que le sucede de bueno y de malo, si juzgan que las estrellas tienen este poder recibido del supremo poder de Dios, de modo que determinen voluntariamente estos efectos, hacen grande injuria al Cielo, en cuyo clarísimo consejo (digámoslo así) e ilustrísima corte, piensan que se decretan las maldades que se han de perpetrar por los malvados; que si tales las acordara alguna ciudad de la tierra por decreto de los hombres, debiera ser destruida y asolada. ¿Y qué imperio y jurisdicción le queda después a Dios sobre las acciones de los hombres si las atribuyen a la necesidad del cielo, o, por mejor decir, a la fatal constelación de los astros, siendo este gran Dios el Señor absoluto y Criador de los hombres y de las estrellas? Si dicen que las estrellas no decretan estos sucesos a su albedrío, aunque hayan obtenido facultad del sumo Dios, sino que en causar tales necesidades cumplen puntualmente sus mandatos, ¿es posible que hemos de sentir de Dios lo que nos pareció impropio sentir de la voluntad de las estrellas? Si instan diciendo que las estrellas significan los futuros contingentes, pero que no los ejecutan [4], de modo que aquella

constitución sea como una voz que anuncia lo que está por venir, más que no sea causa de ello (porque esta opinión fué de algunos filósofos bastante ignorantes), no suelen explicarse así los matemáticos, de forma que digan de esta manera: "Marte puesto en tal disposición, anuncia un homicidio", sino que dicen: "hace un homicida"; pero aun cuando concedamos que no se expresen como deben, y que es necesario tomen de los filósofos la regla de cómo han de hablar para pronosticar lo que piensan que alcanzan para la constitución de las estrellas, ¿qué arcano tan profundo o dificultad tan intrincada es ésta que jamás pudieron dar la razón por qué en la vida de los mellizos nacidos de un parto, en sus acciones, sucesos, profesiones, artes, oficios, en todo lo demás que toca a la vida humana, y en la misma muerte, hay por la mayor parte tanta diferencia, que les son más parecidos y semejantes en cuanto a estas cualidades muchos extraños que los mismos mellizos entre sí, a quienes al nacer los dividió un corto espacio de tiempo, y al ser concebidos con un mismo acto, y aun en un mismo movimiento los engendraron sus padres?

[2] No faltaron quienes atribuyesen este crecimiento del pueblo romano a una causa fortuita, como se ve en Cicerón, libro 2, De divinatione, cap. 47.

[3] Platón, los Estoicos y casi todos los filósofos antiguos creyeron que en la posición y cambio de las estrellas consistía el hado, siguiendo en esto la doctrina de los caldeos y egipcios.

[4] Véase Orígenes en su comentario al Génesis.

Capítulo II

DE LA DISPOSICIÓN SEMEJANTE Y DESEMEJANTE DE DOS MELLIZOS.

2 Refiere Cicerón [5] que Hipócrates, insigne médico, escribe que habiendo caído enfermos dos hermanos a un mismo tiempo, viendo que su enfermedad en un mismo instante crecía, y en el mismo declinaba, sospechó que eran gemelos, de quienes el estoico Posidonio, aficionado en extremo a la Astrología, solía decir [6] que

habían nacido bajo una misma constelación, que en la misma fueron concebidos, de modo que lo que el médico decía pertenecía a la correspondencia o semejanza que tenían entre sí por su disposición física, el filósofo astrólogo lo atribuía a la influencia y constitución de las estrellas que se reconoció al tiempo que nacieron y fueron concebidos. En este punto es mucho más creíble y común la conjetura de los médicos, pues conforme a la disposición corporal que tenían los padres, pudieron disponerse los primeros materiales de la generación, de modo que, recibiendo el cuerpo de la madre los mismos principios nutritivos, naciesen los hijos de igual disposición, fuera buena o mala; después, criándose en una misma casa, con unos propios alimentos, sobre cuyas circunstancias dicen los médicos que el aire, el sitio del lugar y la naturaleza de las aguas pueden mucho para preparar bien o mal el cuerpo, y acostumbrándose también a unos mismos ejercicios, es natural tuviesen los cuerpos tan semejantes, que de un mismo modo se dispusieran para estar enfermos a un tiempo, y por unas mismas causas; pero querer atribuir la igualdad y semejanza de esta enfermedad a la disposición del cielo y de las estrellas que se observó cuando los engendraron o cuando nacieron, siendo muy posible que se concibiesen y naciesen tantos de diverso género y de diferentes afectos y sucesos en una mismo tiempo, en una misma región y tierra colocada bajo un mismo cielo y clima, no sé si puede darse mayor temeridad; aunque en este país hemos conocido mellizos que han tenido no sólo diferentes acciones y peregrinaciones, sino que han padecido diferentes enfermedades; de lo cual, en mi sentir, pudiera dar fácilmente la causa Hipócrates, diciendo que con el uso de diferentes alimentos y ejercicios que proceden, no de la templanza del cuerpo, sino de la voluntad del ánimo, les pudo suceder tener diferentes disposiciones; y sería harto maravilloso que en este caso Pasidonio o cualquier otro defensor del hado o influencia de las estrellas pudiera hallar qué replicar, a no ser queriendo trastornar los juicios de los ignorantes con fenómenos raros que no saben ni entienden; pues los que intentan persuadir,

computando el pequeño espacio de tiempo que tuvieron entre sí los mellizos mientras nacieron con respecto a la partícula del cielo, donde se coloca la nota de la hora que llaman horóscopo, o no puede el signo tanto cuanta es la diversidad que hay en las voluntades, acciones, costumbres y sucesos de los gemelos, o pueden aún más estas cualidades que la misma bajeza o nobleza del linaje de los mellizos, cuya mayor diversidad no la calculan, sino la hora en que cada uno nace; y, por consiguiente, si tan presto viene a nacer uno como otro permaneciendo en igual grado la misma parte o punto del horóscopo, luego deberán ser del todo semejantes o iguales en sus propiedades, lo cual es imposible hallarse en ningunos mellizos. Y si la dilación del segundo en el nacimiento muda el horóscopo, luego los padres serán diferentes, cuya circunstancia no puede verificarse en los mellizos.

[5] No se encuentra este pasaje en ningún libro de Cicerón de los que han llegado hasta nosotros; pero parece probable que lo dijese en su libro De Galo, que ha llegado a nosotros mutilado y lleno de errores.

[6] Cic., Tusc, 2; De divinat., 1; de off., 3.

Capítulo III

DEL ARGUMENTO QUE NIGIDIO, ASTRÓLOGO, TOMÓ DE LA RUEDA DEL OLLERO EN LA CUESTIÓN DE LOS GEMELOS.

3 Así que en vano se alega en comprobación de esta doctrina aquella famosa invención de la rueda del ollero, de la cual refieren se valió Nigidio para responder hallándose atajado en esta cuestión, por lo cual le vinieron a llamar Fígulo [7], pues habiendo impelido y sacudido con toda su fuerza a la rueda, corriendo ésta la señaló con suma presteza, como si fuera en un determinado paraje de ella, con tinta dos veces; después, parando la rueda, hallaron los dos puntos que había señalado en las extremidades de ella no poco distantes entre sí; "del mismo modo, dice, siendo tan imperceptible la

velocidad con que se mueve el cielo, aunque uno tras otro nazca con tanta presteza con cuanta yo herí dos veces la rueda, es mucho mayor la ligereza del cielo en su curso; de este principio, prosigue, dimanan todas las diferencias tan singulares que refieren hay en las costumbres y sucesos de los mellizos". Esta ficción es más frágil que las mismas ollas que se forjan con las vueltas de aquella rueda, porque si tanto importa en el cielo (lo que no puede comprenderse en las constelaciones) que a uno de los gemelos le venga la herencia y al otro no, ¿cómo se atreven a los que no son mellizos (examinando sus constelaciones) a pronosticarles sucesos que pertenecen a aquel secreto que nadie puede comprender, notándolos y atribuyéndolos a los puntos y momentos en que nacen las criaturas? Y si estos acaecimientos los pronostican en los nacimientos de los otros porque conciernen a espacios y tiempos más largos, aquellos puntos y momentos de partes tan menudas que pueden tener entre sí los gemelos cuando nacen, atribuyéndose a cosas mínimas sobre que no se suele consultar a los astrólogos (porque quién ha de preguntar cuándo se sienta uno, cuándo se pasea o cuándo come), ¿por ventura diremos esto cuando en las costumbres, acciones y sucesos de los mellizos hallamos tantas y tan diferentes propiedades?

[7] De Fígulo hace mención A. Gelio. Ib. 14, 14; y Lucano, 1, 639 y siguientes.

Capítulo IV

DE LOS HERMANOS GEMELOS ESAÚ Y JACOB, Y DE LA DIFERENCIA TAN GRANDE QUE HUBO ENTRE ELLOS EN SUS COSTUMBRES Y ACCIONES.

4 Nacieron dos gemelos en tiempo de los antiguos padres (por hablar de los más insignes), de tal suerte el uno tras el otro, que el segundo tuvo asida la planta del pie del primero. Hubo tanta diversidad en su vida y costumbres, tanta desigualdad en sus acciones y tanta diferencia en el amor de sus padres, que esta distancia les hizo

entre sí enemigos [8]. ¿Acaso refieren las historias esta particularidad de que andando el uno el otro estaba sentado, durmiendo el uno el otro velaba, y hablando el uno el otro callaba, todo lo cual pertenece a aquellas menudencias que no pueden comprender los que describen la constitución de las estrellas, bajo cuyos auspicios nace cada uno, para que en su vista puedan consultar a los matemáticos? El uno pasó su visa sirviendo a sueldo [9], el otro no sirvió; el uno era amado de su madre, el otro no lo era; el uno perdió la dignidad que entre ellos era tenida en mucho aprecio, y el otro la alcanzó; ¿pues que diré de la diversidad que hubo en sus mujeres, hijos y hacienda?

[8] Gen., 25, 24_34.

[9] Gen., 29.

Capítulo V

COMO SE CONVENCE A LOS ASTRÓLOGOS DE LA VANIDAD DE SU CIENCIA.

5 Y si estas cosas se dicen porque se atiende no a las diferencias pequeñísimas de tiempo que hay entre los mellizos, sino a espacios de tiempos más considerables, ¿a qué viene la rueda del ollero, sino para que los hombres que tienen el corazón de barro los tenga al retortero, para que no queden en mal lugar las vanidades de los matemáticos?

¿Y qué practican, finalmente, aquéllos mismos cuya enfermedad, porque a un mismo tiempo crecía y declinaba, Hipócrates, mirándolo como médico, sospechó que eran gemelos? ¿Por ventura no es argumento suficiente contra los que quieren atribuir a las estrellas lo que procedía de una misma templanza y disposición física de los cuerpos? Pregunto: ¿por qué de una misma manera y a un mismo tiempo no enfermaban el uno tras el otro, como habían nacido, pues seguramente no pudieron nacer ambos juntamente? Y si no fué de momento para que cayeran enfermos en diferentes tiempos el haber nacido en distintas estaciones, ¿por qué pretenden que vale para la

diferencia de las otras propiedades la diferencia del tiempo en que nacen? Pregunto asimismo: ¿por qué pudieron peregrinar en diferentes tiempos casarse, engendrar hijos y no pudieron por la misma causa enfermar también en diferentes tiempos! Porque si la desigualdad y dilación en el nacer mudó el horóscopo y causó desproporción y diferencia en las demás cualidades, ¿por qué razón perseveró en las enfermedades, lo que tenían los que fueron concebidos con igualdad a un mismo tiempo? Y si la suerte o hado de la buena o mala disposición consiste en la concepción, y la de los demás sucesos en el nacimiento, no debieran vaticinar nada acerca de la salud, mirando las constelaciones del nacimiento, supuesto que no pueden observar la hora de la concepción. Y si vaticinan las enfermedades sin examinar el horóscopo de la concepción, ¿por qué las significan los puntos y momentos en que nacen? Pregunto: ¿cómo podrían pronosticar a cualquiera de aquellos mellizos, observando la hora de su nacimiento cuándo había de estar enfermo, si el otro que no nació en la misma hora, necesariamente había de enfermar a un mismo tiempo? Pregunto más: si hay tanta distancia de tiempo en el nacimiento de los mellizos que por ello sea preciso sucederles diferentes constelaciones por el horóscopo diferente, y por esto resultan distintos todos los ángulos cárdines [10], a los cuales atribuyen un influjo tan particular que de ellos quieren procedan diferentes hados y suertes, ¿por dónde pudo suceder esto, pues la concepción de ellos no pudo ser en diferente tiempo? Y si dos concebidos en un mismo momento pudieron tener diferentes hados para nacer, ¿por qué otros dos que nacieron en un mismo instante de tiempo no pueden tener diferentes hados para vivir y morir? Pues si un mismo momento en que ambos fueron concebidos no impidió que naciese el uno primero y el otro después, ¿por qué causa si nacen dos en un momento ha de haber algún motivo que impida que muera el uno primero y el otro después? Si un momento en la concepción causa el que los gemelos tengan diferentes suertes hasta en el vientre de su madre, ¿por qué un instante en el nacimiento no motivará que otros

dos cualesquiera tengan diferentes suertes en la tierra, y así se quitan todas las ficciones de esta arte, o mejor decir, vanidad? ¡Qué misterio se encierra en que los concebidos en un mismo tiempo, en un mismo momento, debajo de una misma porción del cielo, tengan diferentes suertes que los impelen a nacer en diferente hora, y que dos nacidos igualmente de dos madres en un momento de tiempo, debajo de una misma constelación del cielo, no puedan tener diferentes suertes que los traigan a diferente necesidad de vivir o morir? ¿Acaso los concebidos no participan de la influencia de los hados sino cuando llega el momento de nacer? ¿Cómo, pues, aseguran que si se halla la hora de la concepción pueden adivinar muchas maravillas? ¿Y cómo defienden también algunos que un sabio escogió la hora en que se había de juntar con su esposa, y mediante una lección tan prudente logró engendrar un hermoso y perfecto hijo? ¿Cómo, finalmente, decía Posidonio, aquel grande astrólogo y filósofo, de los dos gemelos, que la causa de haber enfermado en un mismo tiempo consistió en que nacieron en un mismo momento, y en uno mismo fueron concebidos? Sin duda, parece, añadió la concepción, porque no le dijesen que no pudieron nacer precisamente en un mismo tiempo los que era notorio fueron concebidos en un mismo momento, y por no atribuir la particularidad de haber enfermado de un mismo mal y a un mismo tiempo, a la igual templanza o disposición del cuerpo; antes más bien por imputar y hacer dependiente de las estrellas aquella misma igualdad y semejanza de enfermedad. Y si tanto puede para la igualdad de los hados la concepción, no se habían de mudar estos mismos hados con el nacimiento, o si se inmutan los hados de los gemelos porque nacen en diferentes tiempos, ¿por qué no hemos de imaginar con más justa causa que ya se habían mudado para que naciesen en diferentes tiempos? ¡Que no pueda la voluntad de los vivos mudar los hados del nacimiento, pudiendo el orden de hacer mudar los hados de la concepción, es admirable sin duda!

[10] Según los antiguos, los cárdines eran unos signos celestes de que se servían para pronosticar los sucesos. Véase Vives en sus

Comentarios a La Ciudad de Dios; véase también Manillo, 2, 808 y siguientes.

Capítulo VI

DE LOS MELLIZOS QUE SON DE DIFERENTE SEXO O GÉNERO.

6 Aunque en una misma concepción de los gemelos en la que seguramente ambos participaban de unos mismos momentos de tiempo acontece repetidas veces que debajo de una misma constelación fatal, el uno se conciba varón y la otra hembra, yo conozco unos mellizos de diferente sexo que ambos viven aún, y ambos están en edad florida, los cuales, siendo entre sí parecidos en los cuerpos cuanto puede darse en sexo diferente con todo, en la dirección y método de vida son tan diversos, que a excepción de las acciones que es necesario difieren las de las mujeres de las de los varones, el uno milita y está dedicado al cargo de capitán, y casi siempre anda peregrinando fuera de su casa, y ella no se desvía del suelo patrio, ni aun del de su propia casa.

Asimismo, lo que es más increíble si se da crédito al hado de las estrellas, pero que no es maravilla si se consideran las voluntades de los hombres y los dones de Dios, él es casado y ella doncella consagrada a Dios; él tiene un número crecido de hijos, y ella no se ha casado. Sin embargo que puede mucho a fuerza del horóscopo en tan contrarias inclinaciones, ya queda examinado lo bastante ser un desvarío el sostenerlo; pero como quiera que sea, dicen, es poderoso su influjo en el nacimiento. ¿Acaso es del mismo modo poderoso en la concepción, donde es manifiesto que es una cópula carnal? ¿Y es tanta la influencia de la naturaleza que en concibiendo la mujer un feto no pueda concebir otro del mismo modo? Y por eso es necesario que en los mellizos sean unos mismos los momentos de la concepción; pero pregunto: ¿por qué motivo nacieron con diferente horóscopo mientras nacían, transformándose él en varón o ella en hembra? Así que aunque totalmente no es desvarío decir que algunas

influencias del cielo y de sus estrella valen para causar algunas diferencias meramente corporales, como vemos que son sus idas y venidas, alejándose y acercándose el sol se varían los tiempos del año, y que con las crecientes y menguantes de la luna crecen y menguan algunas producciones naturales, como los erizos marinos, las conchas y las maravillosas crecientes del océano o sus flujos y reflujos, lo será, sin duda, si se intentara sostener que la voluntad del alma se sujeta a las posiciones de las estrellas; con todo, procurando estos espíritus preocupados en ligar y sujetar a ellas nuestras acciones, nos advierten que averigüemos cómo esta su razón no puede concluir demostrativamente ni aun en los mismos cuerpos; porque ¿qué cosa hay que tanto pertenezca al cuerpo como el sexo del cuerpo?

Y, con todo, debajo de una misma constelación se pudieron concebir dos gemelos de diferente sexo; por tanto, ¿qué mayor disparate puede decirse o creerse que intentar persuadir que la posición de las estrellas, que a la hora de la concepción para ambos fué una misma, no pudo hacer que con el que tenía una misma constelación no tuviese diferente sexo que el hermano y que la posición de las estrellas que hubo cuando nacieron pudo hacer que fuese tan diferente de él en la virtud de la castidad?

Capítulo VII

DE LA ELECCIÓN DEL DÍA PARA TOMAR MUJER O PARA PLANTAR O SEMBRAR ALGUNA SEMILLA EN EL CAMPO.

7 ¿Quién ha de poder sufrir el oír que con hacer elección de ciertos días, procuran formar con sus acciones unos nuevos hados? En efecto; no tuvo otro tal felicidad que lograse tener un hijo admirable; antes por el contrario, supo le había de engendrar soez y despreciable, y por eso el hombre docto escogió hora determinada; luego hizo el hado que no tenía y por el mismo hecho, comenzó a ser fatal, lo que no fué en su nacimiento. ¡Oh estupidez singular!, hacerse elección

del día para tomar mujer, porque de no hacerlo así, hubiera podido suceder en fecha no propicia. ¿Dónde está, pues, lo que decretaron las estrellas cuando nació? ¿Puede acaso el hombre mudar con la elección del día lo que le estaba ya decretado, y aquello que él determinó con la elección del día no lo podrá mudar otra potestad? Mas si los hombres solos, y no todos los entes que están colocados debajo del cielo, están sujetos a las constelaciones, ¿por qué escogen días acomodados [11] para plantar viñas, árboles o mieses, y otros para domar el ganado, o para echar los machos a las hembras, para que se multipliquen las yeguas o los bueyes, y todo lo que es de esta clase? Y si las elecciones de los días valen para estos ejercicios por causa de que la posición de las estrellas domina sobre todos los cuerpos terrenos animados o inanimados, según la diversidad de los momentos de los tiempos, consideren cuán innumerables son las producciones que debajo de un mismo punto de tiempo nacen o salen de la tierra, o empiezan a crecer, y, con todo, tienen tan diferentes fines que a cualquier niño le obligan a que se ría y mofe de estas observaciones; porque ¿quién hay tan falto de juicio que se atreva a decir que todos los árboles, todas las plantas y hierbas, todas las bestias, reptiles, aves, peces, gusanillos e insectos participan cada uno respectivamente de diferentes momentos en su nacimiento? Con todo, suelen algunos, para experimentar la pericia de los astrólogos, representarles las constelaciones de algunos animales brutos, cuyos nacimientos han observado diligentemente en su casa para este efecto, y reputan por excelentes astrólogos a los que, habiendo visto las constelaciones, responden que no nació hombre sino alguna bestia, atreviéndose a decir igualmente la calidad de la bestia, si es a propósito y acomodada para la lana, para carga, para el arado o para la custodia de la casa; y porque tienen su sabiduría hasta en los hados de los perros, responden a todo con grande aclamación de los que se admiran de su vana ciencia; tan necios proceden los hombres, que imaginan que cuando nace el hombre se impiden los demás nacimientos de las cosas naturales, de manera que debajo de una

misma región del cielo no nazca con él una mosca; pero si admiten el argumento, éste, paso a paso y poco a poco, los hace ir de las moscas a los camellos y elefantes. Tampoco quieren advertir que haciendo elección del día para sembrar grande muchedumbre de granos que cae juntamente en el suelo, juntamente nace, y, nacida, espiga, grana y blanquea; y con todo, entre ellas, a unas mismas espigas, que son de un mismo tiempo que las otras, sembradas, nacidas y criadas juntas, las destruye la niebla, a otras las consumen las aves, y a otras las arrancan los hombres. ¿Cómo han de decir que tuvieron diferentes constelaciones estas semillas, que ven tienen tan diferentes fines? Por ventura ¿se avergonzarán y dejarán de elegir días para estas investigaciones, y negarán que no pertenecen a los decretos del cielo, y sólo sujetarán al imperio de las estrellas al hombre, a quien sólo en la tierra dio Dios voluntad libre? Considerando todas estas justas reflexiones con la meditación debida, no sin razón se cree que cuando los astrólogos admirablemente pronostican muchos sucesos que salen verdaderos, esto sucede por oculto instinto de los espíritus no buenos [12], a cuyo cargo está el plantar y establecer en los hombres estas falsas y dañosas opiniones de los hados o influjos de las estrellas, y no por algún arte que observa y nota y el horóscopo, porque no le hay.

[11] Hesiodo distinguió diversos días para ejecutar las faenas del campo, y en esta opinión le siguieron Demócrito, Varrón, Columela y otros.

[12] Véase San Agustín en el libro 2º sobre el Génesis.

Capítulo VIII

DE LOS QUE ENTIENDEN POR NOMBRE DE HADO, NO LA POSICIÓN DE LOS ASTROS, SINO LA TRABAZÓN DE LAS CAUSAS QUE PENDEN DE LA VOLUNTAD DIVINA.

8 Pero los que entienden por nombre de hado, no la constitución de los astros como se halla cuando se engendra, o nace, o crece

alguna especie, sino la trabazón y orden de todas las causas con que se hace todo lo que se hace, hay razón para que nosotros nos cansemos ni porfiemos obstinadamente con ellos sobre la cuestión del nombre, supuesto que el mismo orden y trabazón de las causas la atribuyen a la voluntad y potestad del Dios sumo, de quien se cree con realidad y verdad que sabe todas las cosas antes que se hagan, y que no deja alguna sin orden; de quien dependen todas las potestades, aunque no dependen de él todas las voluntades; que llamen estos hados con especialidad a la misma voluntad del sumo Dios, cuyo poder sin resistencia se difunde por todo lo criado, se prueba con estos versos, que son, si no me engaño, de Séneca [13]: "Llévame, Sumo Padre y Señor del alto Cielo, a donde quiera que quisieres; obedeceré sin dilación alguna. Ved aquí, en resumen, que, supuesto el caso que no quiera, he de seguirte aunque no quiera, y haré por fuerza, siendo malo, lo que pude hacer de grado siendo bueno. Al que quiere, llévanle suavemente los hados, y al que no quiere, por fuerza". Así que con este último verso, evidentemente llamó hados a la que había llamado voluntad del Sumo Padre, a quien dice que está dispuesto a obedecer, para que queriéndolo le lleven de grado y suavemente, y no queriéndolo le lleven de grado y suavemente, y no queriendo no le lleven por fuerza; porque, en efecto, al que quieren le llevan suavemente los hados, y al que se resiste, por fuerza. Apoyan también esta sentencia aquellos versos de Homero, que Cicerón [14] puso en el idioma latino, y dicen: "Tales son las voluntades de los hombres, cuales son las influencias que al mismo padre Júpiter le parece enviar sobre la tierra". Y aunque fuera de poca autoridad en esta cuestión el parecer del poeta, mas porque dice que los estoicos (que son los que defienden la fuerza del hado) suelen citar estos versos de Homero, no se trata ya de la opinión del poeta, sino de la de estos filósofos; ya que con estos versos que citan en la materia que tratan del hado manifiestamente declaran qué es lo que sienten que es hado, supuesto que le llaman Júpiter, el cual piensan y entienden que

es el sumo Dios, de quien dicen que depende la trabazón de los hados.

[13] Epist., 117 hacia el fin.

[14] Odisea, 18, 136_137.

Capítulo IX

DE LA PRESCIENCIA DE DIOS, Y DE LA LIBRE VOLUNTAD DEL HOMBRE CONTRA LA DEFINICIÓN DE CICERÓN.

9 A estos filósofos de tal modo procura refutar Cicerón [15], que le parece no ser bastante poderoso contra ellos, si no es quitando la adivinación, la cual procura destruir diciendo que no hay ciencia de las cosas futuras, y de ésta pretende probar con todas sus fuerzas intelectuales que es del todo ninguna, así en Dios como en los hombres; que no hay predicción o profecía de ningún futuro; niega, por consiguiente, la presciencia de Dios, procura enervar, desautorizar y dar por el suelo con vanos y lisonjeros argumentos todas las profecías más claras que la luz; y oponiéndose a sí mismo algunos oráculos, a que fácilmente se puede contestar, con todo, tampoco responde a satisfacción; no obstante, cuando refuta estas conjeturas de los matemáticos, triunfa su elocuencia, porque realmente ellas son tales, que mutuamente se destruyen y confunden. Con todo eso, son mucho más tolerables aún los que opinan ser infalibles los hados de las estrellas que Cicerón, que quita la presciencia de las cosas futuras; porque confesar que hay Dios, y negar que sepa lo venidero, es caer en un claro desvarío; lo cual, advertido por este elocuente orador, procuró asimismo establecer como inconcurso aquel verdadero axioma que se halla en la Escritura: "Dijo el necio en su corazón: no hay Dios" [16]; aunque no en su nombre. Porque echó de ver cuán odioso y grave problema era éste; y, por lo mismo, aunque procuró disputase Cota, apoyando la hipótesis contra los estoicos en los libros de la naturaleza de los dioses; con todo, quiso más declararse en favor de Lucio Balbo, a

quien persuadió defendiese el sistema de los estoicos que por Cota, que pretende establecer como principio innegable que no hay naturaleza alguna divina; pero en los libros de Divinatione, hablando él mismo, refuta claramente la presciencia de los futuros, todo lo cual parece lo hace por no conceder que hay hado, y echar por tierra la libertad de la voluntad o libre albedrío; pues estaba imbuído en el error de que concediendo la ciencia de lo venidero, se seguía necesariamente conceder la influencia del hado, de forma que en ningún modo se pudiera negar; mas como quiera que sean las prolijas y perplejas disputas y conferencias de los filósofos, nosotros, así como confesamos que hay un sumo y verdadero Dios, así también confesamos su voluntad divina, sumo poder y presciencia; y no por eso tememos que hacemos involuntariamente lo que practicamos con libre voluntad, porque sabía ya que lo habíamos de ejecutar Aquel cuya presciencia es infalible. Esta justa repulsa temió Cicerón por el mismo hecho de combatir la presciencia, y los estoicos igualmente, por no verse precisados a confesar sinceramente, ni decir que todas las cosas se hacían necesariamente, no obstante que al mismo tiempo sostenían que todas se hacían por el hado. Pero con especialidad ¿qué fué lo que temió Cicerón en la presciencia de los futuros, para que así procurase derribarla y destruirla con un raciocinio tan impío? Es a saber, porque si se saben todas las cosas venideras, con el mismo orden que se sabe sucederán han de acontecer; y si han de acontecer con este orden, Dios que lo sabe ab aeterno, observa cierto orden en las cosas, necesariamente le hay también en las causas, ya que no puede ejecutarse operación alguna a que no preceda la causa eficiente, y si hay cierto orden de causas con que se efectúa todo cuanto se hace, "con el hado, dice, se hacen todas las cosas que se hacen, lo cual, si fuere cierto, nada está en nuestra potestad, y si esto lo concedemos, prosigue, todas las acciones de la vida humana van por el suelo. En vano se promulgan leyes, en vano se aplican reprensiones, elogios, ignominias y exhortaciones, y sin justicia se prometen premios a los buenos y penas a los malos". Por este motivo,

para que no se sigan estas consecuencias tan temerarias, funestas y perniciosas a las cosas humanas, no consiente que haya presciencia de los futuros, reduciendo Cicerón, y poniendo a un hombre pío y temeroso de Dios en la estrechez de elegir una de dos vías: o que hay alguna acción dependiente de nuestra voluntad, o que hay presciencia de lo venidero; pues le parece que ambas proposiciones no pueden ser ciertas, sino que si se concede la una se debe negar la otra, que si escogemos la presciencia de los futuros, quitamos el libre albedrío de la voluntad, y si elegimos éste, quitamos la presciencia del porvenir. El, pues, como varón tan docto y científico,atendiendo mucho y con mucha discreción y pericia a todo lo que toca a la vida humana, entre estos dos extremos escogió por más adecuado el libre albedrío de la voluntad, y para confirmarle y establecerle con solidez, niega la presciencia de los futuros; y así, queriendo hacer a los hombres libres, los hace sacrílegos; pero un corazón piadoso y temeroso de Dios hace elección de lo uno y de lo otro". Y ¿cómo es posible esto?, dice; porque si hay presciencia de lo venidero, síguense todas aquellas consecuencias que están entre sí trabadas, hasta que lleguemos al extremo de confesar que no hay acción alguna dependiente de nuestra voluntad, por los mismos grados llegamos a conocer que no hay presciencia de los futuros, porque por todas ellas volveremos a raciocinar así: si hay libre albedrío, no todas las cosas se hacen fatalmente; y si no se hacen todas fatalmente, no de todas hay cierto y determinado orden de causas. Si no hay cierto orden de causas, tampoco hay cierto orden de cosas para la presciencia de Dios, las cuales no se pueden hacer sin causas, antecedentes y eficientes; si no hay cierto orden de las cosas para la presciencia de Dios, no todas las cosas suceden así como El las sabía que habían de suceder. Y si no suceden así todas las cosas como El sabía que habían de acontecer, no hay, dice, en Dios presciencia de los futuros". Nosotros confesamos sinceramente contra esta sacrílega e impía presunción, que Dios sabe todas las cosas antes que se hagan, y que nosotros ejecutamos voluntariamente todo lo que sentimos, y

conocemos que lo hacemos queriéndolo así; pero no decimos que todas las cosas se hacen fatalmente, antes afirmamos que nada se hace fatalmente; porque el nombre de hado, donde le ponen los que comúnmente hablan, esto es, en la constitución de las estrellas, bajo cuyos auspicios fué concebido o nació cada uno (porque esto vanamente se asegura), probamos y demostramos que nada vale; y el orden de las causas, en cuya influencia puede mucho la voluntad divina, ni le negamos ni le llamamos con nombre de hado, sino que es acaso entendamos que factum se dijo de fando [17], esto es, de hablar; porque no podemos negar que dice la Sagrada Escritura: "Una vez habló Dios y oí estas dos cosas: que hay en ti, mi Dios, potestad y misericordia, y que recompensarás a cada uno según sus obras" [18]. En las palabras primeras, donde dice una vez habló, se entiende infaliblemente, esto es, inconmutablemente habló, así como conoce inconmutablemente todas las cosas que han de suceder, y las que él ha de hacer; así que en esta conformidad pudiéramos llamar y derivar el hado de fando, si no estuviera admitido comúnmente, el entenderse otra cosa distinta por este nombre, a cuya excepción no queremos que se inclinen los corazones de los hombres. Y no se sigue que si para Dios hay cierto orden de todas las causas, luego por lo mismo nada ha de depender del albedrío de nuestra voluntad; porque aun nuestras mismas voluntades están en el orden de las causas, el que es cierto y determinado respecto de Dios, y se comprende en su presciencia, pues las voluntades humanas son también causas de las acciones humanas; y así el que sabía todas las causas eficientes de las cosas, sin duda que en ellas no pudo ignorar nuestras voluntades, de las cuales tenía ciencia cierta eran causas de nuestras obras; porque aun lo que el mismo Cicerón concede [19], que no se ejecuta acción alguna sin que preceda causa eficiente, basta para convencerle en esta cuestión; y ¿qué le aprovecha lo que dice, que aunque nada se hace sin causa, toda causa es fatal, porque hay causa fortuita, natural y voluntaria? Basta su confesión cuando dice que todo cuanto se hace no se hace sino precediendo causa: pues nosotros no decimos que las

causas que se llaman fortuitas, de donde vino el nombre de la fortuna, son ningunas, sino ocultas y secretas, y éstas las atribuimos, o a la voluntad del verdadero Dios, o la de cualesquiera espíritus, y las que son naturales no las separamos de la suprema voluntad de aquel que es Autor y Criador de todas las naturalezas. Las causas voluntarias o son de Dios, o de los ángeles, o de los hombres, o de cualesquiera animales; pero al mismo tiempo deben llamarse voluntades los movimientos de los animales irracionales, con los que practican ciertas acciones según su naturaleza, cuando apetecen alguna cosa buena o mala, o la evitan; y también se dicen voluntades las de los ángeles, ya sean de los buenos, que llamamos ángeles de Dios, ya de los malos, a quienes denominamos ángeles del diablo, y también demonios; asimismo las de los hombres, es a saber, de los buenos y de los malos; de lo cual se deduce que no son causas eficientes de todo lo que se hace, sino las voluntarias de aquella naturaleza que es espíritu de vida; porque el aire se llama igualmente espíritu, mas porque es cuerpo no es espíritu de vida. El espíritu de vida que vivifica todas las cosas y es el criador de todos los cuerpos y espíritus criados, es el mismo Dios, que es espíritu no criado. En su voluntad se reconoce un poder absoluto, que dirige, ayuda y fomenta las voluntades buenas de los espíritus criados; las malas juzga y condena, todas las ordena, y a algunas da potestad y a otras no. Porque así como es criador de todas las naturalezas, así es dador y liberal dispensador de todas las potestades; no de las voluntades, porque las malas voluntades no proceden de Dios, en atención a que son contra el orden de la naturaleza que procede de él. Así que los cuerpos son los que están más sujetos a las voluntades, algunos a las nuestras, esto es, a las de todos los animales mortales, y más a las de los hombres que a las de las bestias; y algunos a las de los ángeles, aunque todos principalmente están subordinados a la voluntad de Dios, de quien también dependen todas sus voluntades, porque ellas no tienen otra potestad que las que él les concede.

Por eso decimos que la causa que hace y no es hecha; o más claro, es activa y no pasiva, es Dios; pero las otras causas hacen y son hechas, como son espíritus creados, y especialmente los racionales. Las causas corporales, que más son pasivas que activas, no se deben contar entre las causas eficientes; porque sólo pueden lo que hacen de ellas las voluntades de los espíritus. Y ¿cómo el orden de las causas (el cual es conocido a la presencia de Dios) hace que no dependa cosa alguna de nuestra voluntad, supuesto que nuestras voluntades tienen lugar privilegiado en el mismo orden de las causas?

Compóngase como pueda Cicerón, y arguya nerviosa y eficazmente con los estoicos, que sostienen que este orden de las causas es fatal, o, por mejor decir, le llaman con el nombre de hado (lo que nosotros abominamos) principalmente por el nombre que suele tomarse en mal sentido. Y en cuanto niega que la serie de todas las causas no es certísima y notoria a la paciencia de Dios, abominamos más de él nosotros que os estoicos; porque o niega que hay Dios (como bajo el nombre de otra persona lo procuró persuadir en los libros de la naturaleza de los dioses), o si confiesa que hay Dios negando que Dios sepa lo venidero, dice lo mismo que el otro necio en su corazón: Non est deus, no hay Dios; pues el que no sabe lo futuro sin duda no es Dios, y así también nuestras voluntades tanto pueden cuanto supo ya y quiso Dios que pudiesen, y por lo mismo todo lo que pueden ciertamente lo pueden, y lo que ellas han de venir a hacer en todo acontecimiento lo han de hacer, porque sabía que habían de poder y lo habían de hacer. Aquel cuya presciencia es infalible y no se puede engañar. Por tanto, si yo hubiera de dar el nombre de hado a alguna cosa, diría antes que el hado era de la naturaleza inferior, y que puede menos; y que la voluntad es de la superior y más poderosa, que tiene a la otra en su potestad; que decir que se quita el albedrío de nuestra voluntad con aquel orden de las causas, a quien los estoicos a su modo, aunque no comúnmente recibido, llaman hado.

[15] De divinat., 2.

[16] Ps., 13, 1.

[17] Varrón en su libro 5, De lingua latina; Lucano en su libro 9, defienden esta etimología.

[18] Ps., 61, 12_13.

[19] De fato, 10 y sigs.

Capítulo X

SI DOMINA ALGUNA NECESIDAD EN LAS VOLUNTADES DE LOS HOMBRES.

10 Así que tampoco se debe temer aquella necesidad por cuyo recelo procuraron los estoicos distinguir las causas, eximiendo a algunas de las necesidades y a otras sujetándolas a ella; y entre las que no quisieron que dependiesen de la necesidad pusieron también a nuestras voluntades, para que, en efecto, no dejasen de ser libres si se sujetaban a la necesidad. Porque si hemos de llamar necesidad propia a la que no está en nuestra facultad, sino que, aunque nos resistimos hace lo que ella puede, como es la necesidad de morir, es claro que nuestras voluntades, con que vivimos bien o mal, no están subordinadas a esta necesidad, supuesto que ejecutamos muchas acciones que, si no quisiésemos, las omitiríamos; a lo cual primeramente pertenece el mismo querer; porque si queremos es, si no queremos no es; porque no quisiéramos, si no quisiéramos. Y si se llama y define por necesidad aquella por la cual decimos es necesario que alguna cosa sea así o se haga así, no sé por qué hemos de temer que ésta nos quite la libertad de la voluntad, pues no ponemos la vida de Dios y su presciencia debajo de esta necesidad; porque digamos es necesario que Dios siempre viva y que lo sepa todo, así como no se disminuye su poder cuando decimos que no puede morir ni engañarse; porque de tal manera no puede esto, que si lo pudiese, sin duda sería menos facultad. Por esto se dice con justa causa todopoderoso, el que con todo no puede morir ni engañarse; pues se

dice todopoderoso haciendo lo que quiere y no padeciendo lo que no quiere; lo cual, si le sucediese, no sería todopoderoso, y por lo mismo no puede algunas cosas, porque es todopoderoso.

Así también, cuando decimos es necesario que cuando queremos sea con libre albedrío, sin duda decimos verdad, y no por eso sujetamos el libre albedrío a la necesidad que quita la libertad. Así que las voluntades son nuestras, y ellas hacen todo lo que queriendo hacemos, lo que no se haría si no quisiéramos; y en todo aquello que cada uno padece, no queriendo, por voluntad de otros hombres, también vale la voluntad, aunque no es voluntad de aquel hombre, sino potestad de Dios; porque si fuera sólo voluntad, y no pudiese lo que quisiese, quedaría impedida con otra voluntad más poderosa. Con todo, aun entonces habiendo querer habría voluntad y no sería de otro sino de aquel que quisiese, aunque no lo pudiese lograr; y así todo lo que padece el hombre fuera de su voluntad no lo debe atribuir a las voluntades humanas o angélicas o de algún otro espíritu criado, sino a la de Aquél que da potestad a los que quiere. Luego no porque Dios quisiese lo que había de depender de nuestra voluntad, deja de haber algo a nuestra libre determinación. Por otra parte, si el que previó lo que había de suceder en nuestra voluntad vio verdaderamente algo, se sigue que aun conociéndolo él, hay cosas de que puede disponer nuestra voluntad, por lo cual de ningún modo somos forzados, aunque admitimos la presciencia de Dios, a quitar el albedrío de la voluntad, ni aun cuando admitamos el libre albedrío, a negar que Dios (impiedad sería imaginarlo) sabe los futuros, sino que lo uno y lo otro tenemos, y lo uno y lo otro fiel y verdaderamente confesamos: lo primero para que creamos con firmeza esto otro, y lo segundo para que vivamos bien; y mal se vive si no se cree bien de Dios; por lo cual este gran Dios nos libre de negar su presciencia intentando ser libres, con cuyo soberano auxilio somos libres o lo seremos. Y así no son en vano las leyes, las reprensiones, exhortaciones, alabanzas y vituperios; porque también sabía que habían de ser útiles, y valen tanto cuanto sabía ya que habían de valer; las oraciones sirven para

alcanzar las gracias que sabía ya había de conceder a los que acudiesen a él con sus ruegos; y por eso justamente están establecidos premios a las obras nuevas, y castigos a los pecados. Ni tampoco peca el hombre porque sabía ya Dios que había de pecar, antes por lo mismo no se duda de que peca cuando peca, pues Aquel cuya presciencia es infalible y no se puede engañar, sabía ya que no el hado, ni la fortuna, ni otra causa, sino él había de pecar. El cual, si no quiere, sin duda no peca, pero si no quisiere pecar, también sabía ya Dios este su buen pensamiento.

Capítulo XI

De la providencia universal de Dios, debajo de cuyas leyes está todo lo criado.

11 El sumo y verdadero Dios Padre, con su unigénito Hijo y el Espíritu Santo, cuyas tres divinas personas son una esencia, un solo Dios todopoderoso, Criador y Hacedor de todas las almas y de todos los cuerpos, por cuya participación son felices todos los que son verdadera y no vanamente dichosos; el que hizo al hombre animal racional, alma y cuerpo; el que en pecando el hombre no le dejó sin castigo, ni sin misericordia; el que a los buenos y a los malos les dio también ser con las piedras, vida vegetativa con las plantas, vida sensitiva con las bestias, vida intelectiva sólo con los ángeles; de quien procede todo género, toda especie y todo orden; de quien dimana la medida, número y peso; de quien proviene todo lo que naturalmente ser de cualquier género, de cualquiera estimación que sea, de quien resultan las semillas de las formas, y las formas de las semillas, y sus movimientos; el que dio igualmente a la carne su origen, hermosura, salud, fecundidad para propagarse, disposición de miembros, equilibrio en la salud; y el que asimismo concedió al alma irracional memoria, sentido y apetito, y a la racional, además de estas cualidades, espíritu, inteligencia y voluntad; y el que no sólo al cielo y a la tierra, no sólo al ángel y al hombre, pero ni aun a las delicadas

telas de las entrañas de un pequeñito y humilde animal, ni a la plumita de un pájaro, ni a la florecita de una hierba, ni a la hoja del árbol dejó sin su conveniencia, y con una quieta posesión de sus partes, de ningún modo debe creerse que quiera estén fuera de las leyes de su providencia los reinos de los hombres, sus señoríos y servidumbres.

Capítulo XII

CUÁLES FUERON LAS COSTUMBRES DE LOS ANTIGUOS ROMANOS, CON QUE MERECIERON QUE EL VERDADERO DIOS AUNQUE NO LE ADORASEN, LES ACRECENTASE SU IMPERIO.

12 Por lo cual, examinemos ahora cuáles fueron las costumbres de los romanos, a quienes quiso favorecer el verdadero Dios, y los motivos por que tuvo a bien dilatar y acrecentar su imperio aquel Señor en cuya potestad están también los reinos de la tierra. Y con el fin de averiguar este punto más completamente, escribí en el libro pasado a este propósito, manifestando cómo en este importante asunto no han tenido ni tienen potestad alguna los dioses a quienes ellos adoraron con varios ritos, y para el mismo intento sirve lo que hasta aquí hemos tratado en este libro sobre la cuestión del hado; y no sé que nadie que estuviese ya persuadido de que el imperio romano ni se aumentó, ni se conservó por el culto y religión que tributaba a los falsos númenes, a qué hado pueda atribuir su opulencia, sino a la poderosa voluntad del sumo y verdadero Dios.

Así que los antiguos y primeros romanos, según lo indica y celebra su historia, aunque como las demás naciones (a excepción del pueblo hebreo) adorasen a los falsos dioses y sacrificasen en holocausto sus víctimas, no a Dios sino a los demonios; "con todo, eran aficionados a elogios, eran liberales en el dinero y tenían por riquezas bastantes una gloria inmortal" [20]; y por ésta no dudaron morir. Todos los demás deseos los refrenaron, contentándose con sólo el extraordinario apetito de gloria; finalmente, porque el servir

parecía ejercicio infame, y el ser señores y dominar glorioso, quisieron que su patria primeramente fuese libre, y después procuraron que fuese señora absoluta.

De aquí nació que, no pudiendo sufrir el dominio de los reyes, "establecieron su gobierno anual nombrando dos gobernadores, a quienes llamaron cónsules de consulendo, no reyes o señores de reinar o dominar" [21] con despotismo. Aunque, en efecto, los reyes parece que se dijeran así de regir y gobernar; pues el reino se deriva de los reyes, y la etimología de éstos, como queda dicho, de regir, pero el fausto y pompa real no se tuvo por oficio y cargo de persona que rige y gobierna; no se estimó por benevolencia y amor de persona que aconseja y mira por el bien y utilidad pública, sino por soberbia y altivez de persona que manda. Desterrado, pues, el rey Tarquino, y establecido los cónsules, siguiéronse los sucesos que el mismo autor refirió entre las alabanzas de los romanos: "Que la ciudad _ cosa increíble _, habiendo conseguido la libertad, cuanto mayor fué su incremento, tanto creció en ella el deseo de honra y gloria" [22]. Esta ambición del honor y deseo de gloria proporcionó todas aquellas maravillosas heroicidades, tan gloriosas a los ojos y estimación de los hombres.

Elogia el mismo Salustio [23] por ínclitos hombres de su tiempo a Marco Catón y a Cayo César, diciendo hacía muchos años que no había tenido la República persona que fuese heroica por su valor; pero que en su tiempo habían florecido aquellos dos excelentes y valerosos campeones, aunque diferentes en la condición, ideas y proyectos, y entre las alabanzas con que elogia el mérito de César, pone que deseaba para sí el generalato (mejor dijera toda la autoridad republicana reunida en su persona), un ejército numeroso y una nueva y continuada guerra, donde poder demostrar su valor y heroísmo. Y por eso confiaba en los ardientes deseos de los hombres famosos por su heroicidad y fortaleza, para que provocasen las miserables gentes a

la guerra, y las hostigase Belona con su sangriento látigo, a fin de que de este modo hubiese ocasión para poder ellos manifestar su valor.

La causa de estos deseos, sin duda era aquella insaciable ansia de honra y de gloria a que aspiraban. Por esto, primeramente por amor a la libertad, y después por afición al señorío y por codicia de la honra y de la gloria, hicieron muchas acciones admirables. Confirma lo uno y lo otro el insigne poeta, diciendo: "A Tarquino echado de Roma, pretendía Porsena restablecer en su reino, y con un grueso ejército la sitió; mas los ínclitos romanos por su libertad se arrojaban a las armas con extraordinario denuedo y fiereza" [24].

Así que entonces tuvieron ellos por acción heroica, o morir como fuertes y valerosos soldados, o vivir con libertad; pero luego que consiguieron la libertad, se encendieron tanto en el deseo de gloria, que les pareció poco sola la libertad, si no alcanzaban igualmente el dominio y señorío, teniendo por grande suceso lo que el mismo poeta en persona de Júpiter dice: "También Juno la áspera, la que ahora altera amedrentando los elementos mar, tierra y aire, mudará sus consejos para mejor parte, favorecerá conmigo a los romanos, señores de todo el mundo, y a la gente togada. Así lo he tenido a bien de acordarlo. Vendrá tiempo, pasando años, en el que el linaje de Asaraco apremiará con cautiverio a Ftía, y a la noble Micenas, y se enseñoreará, vencidos los griegos" [25]. Todo lo cual Virgilio refiere altamente, aunque introduce a Júpiter como que profetiza lo venidero; pero él lo dice como ya pasado, y lo observa como presente.

He querido alegar este testimonio para demostrar que los romanos, después de obtenida la libertad, estimaron tanto el mando y señorío, que le colocaban entre uno de sus mayores elogios. De aquí procede la expresión del mismo poeta, quien prefiriendo a las profesiones y artes de las demás naciones la pretensión de los romanos, reducida al punto primordial de reinar, mandar, sojuzgar y conquistar otras naciones, dice: "Otros harán tan al vivo las imágenes, que parezca

que respiran; no lo pongo en duda. Otros en el mármol esculpirán al vivo los rostros, Otros abogarán mejor, escribirán altamente de la astronomía, de los movimientos de los cielos y de los aspectos de los signos. Tú, oh Romano, no te olvides de regir a los pueblos con imperio; guarda solos estos preceptos; procura siempre conservar la paz, favoreciendo a los desvalidos y no perdonando a ningún poderoso" [26]. Estas artes y profesiones las ejercitaban con tanta destreza cuanto menos se entregaban a los deleites y a todos los ejercicios que embotan y enflaquecen el vigor del ánimo y del cuerpo, deseando y acumulando riquezas y con ellas estragando las costumbres, robando a sus infelices ciudadanos y gastando pródigadamente con los torpes actores; y así los que habían pasado y sobrepujado ya semejantes deslices y defectos en las costumbres, y eran ricos y poderosos cuando esto escribía Salustio y cantaba Virgilio, no aspiraban al honor y a la gloria por medio de aquellas artes, sino con cautelas y engaños; y así dice él mismo: "Pero al principio más ocupados tuvo los ánimos y corazones de los hombres la ambición que la avaricia,aunque este vicio frisa más y más llegado a la virtud; pues la gloria, la honra y el mando igualmente los desean el bueno y el malo; mas el uno, dice, aspira a la obtención por el camino verdadero, y el otro (porque le faltan medios limpios) procura alcanzarlo con cautelas y engaños". Los medios limpios son" llegar por la virtud, y no por una ambición engañosa, a la honra, a la gloria y al mando, todas las cuales felicidades desean igualmente el bueno y el malo; aunque el bueno las procura por el verdadero camino, y este camino es la virtud, por la cual procura ascender como al fin apetecido a la cumbre de la gloria, del honor y el mando; y que estas particularidades las tuviesen naturalmente fijas en sus corazones los romanos, nos lo manifiestan asimismo los templos de los dioses que tenían, el de la Virtud y el del Honor los cuales los edificaron contiguos y pegados el uno al otro, teniendo por dioses los dones peculiares que concede Dios gratuitamente a los mortales.

De donde puede colegirse el fin que se habían propuesto, que era el de la virtud, y a dónde la referían los que eran buenos, es a saber, a la honra; Porque los malos tampoco poseían la virtud, aunque aspiraban al honor, el cual procuraban conseguir por medios detestables, esto es, con cautelas y engaños.

Con más justa razón elogió a Catón [27], de quien dice que cuanto menos pretendía la gloria tanto más ella le seguía; porque la gloria de que ellos andaban tan codiciosos es el juicio y opinión de los hombres que juzgan y sienten bien de los hombres. Y así es mejor la virtud, que no se contenta con el testimonio de los hombres, sino con el de su propia conciencia, por lo que dice el apóstol: "Nuestra gloria es ésta: el testimonio de nuestra conciencia" [28]. Y en otro lugar: "Examine cada uno sus obras, y cuando su conciencia no le remordiere, entonces se podrá gloriar por lo que ve en sí solo, y no por lo que ve en otro" [29].

Así que la virtud no debe caminar detrás del honor, de la gloria y del mando, que los buenos apetecían, y donde pretendían llegar por buenos medios, sino que estas cualidades deben seguir a la virtud; porque no es verdadera virtud sino la que camina a aquel fin donde está el sumo bien del hombre, y así los honores que pidió Catón no los debió pedir, sino que la ciudad estaba obligada a dárselos por su virtud, sin pedirlos; pero habiendo en aquel tiempo dos personas grandes y excelentes en virtud, César y Catón, parece que la virtud de Catón se aproximó más a la verdad que la de César; por lo cual, en sentir del mismo Catón [30], veamos qué tal fué la ciudad en su tiempo, y qué tal lo fué antes. "No penséis, dice, que nuestros antepasados acrecentaron la República, y de pequeña la hicieron grande por las armas; que si así fuera, sin comparación la poseyéramos nosotros mucho más hermosa, porque tenemos muchos más aliados y ciudadanos y muchas más armas y caballos; pero otras causas fueron las que a ellos los hicieron grandes, que son las que nos faltan a nosotros.

"La industria en casa, y fuera la justicia en el gobierno, el ánimo libre en dar en el Senado su parecer, ajeno de toda pasión. En lugar de estas apreciables cualidades tenemos nosotros la lujuria y la avaricia, somos en común pobres y en particular ricos, alabamos las riquezas y seguimos la negligencia; entre los buenos y los malos no hay diferencia; de todos los premios debidos a la virtud está apoderada la ambición, y no es maravilla, supuesto que cada uno de vosotros de por sí mira por sus propios intereses; en casa se entrega a sus gustos y deleites, y aquí pretendéis el dinero y el favor. De estos principios nace que, estando la República pobre y exhausta de facultades, se le atrevan y le acometan".

Quien oyere atentamente estas palabras de Catón o de Salustio, imaginará al oír elogiar de un mismo modo a los antiguos romanos, que en aquel tiempo o todos o los más fueron tales, y no es así, porque de esta manera no sería cierto lo que él mismo escribe, que es lo que yo referí en el libro II de esta obra [31], donde dice: Que dentro de su misma ciudad hubo vejaciones y agravios causados por los poderosos y por ellos, división entre el pueblo y los senadores y otras discordias nacidas allá de muy atrás, y que no se vivió con más equidad y modestia que durante la época en que, desterrados los reyes, duró el miedo de Tarquino hasta tanto que se acabó aquella pesada guerra que por su causa se comenzó con los etruscos; y que después los padres comenzaron a tratar al pueblo como a esclavo, azotándolos a fuer de tiranos, defraudándolos del repartimiento de los campos; y que ellos solos, excluyendo a los demás, se alzaron con el mando y gobierno absoluto, y que lo que puso fin a estas discordias, queriendo los unos mandar, los otros no queriendo servir, fué la segunda guerra Púnica; porque volvió a darles cuidado otro grave miedo, y a reparar loa ánimos inquietos, y a revocarlos de aquellas discordias con otro mayor cuidado, y a reducirlos a la concordia civil.

Con todo por algunos pocos, que, según su dictamen, eran buenos, se administraban asuntos muy interesantes, y pasados y concluidos

aquellos infortunios, por la providencia de algunos virtuosos crecía y se fomentaba aquella República, como lo dice el mismo historiador [32], añadiendo que leyendo él en las historias, y oyendo muchas acciones gloriosas de las que el pueblo romano hizo tan famosas en paz y en guerra, por mar y por tierra, quiso averiguar qué fué principalmente lo que sustentó tan grandes empresas, pues advertía que muchas veces los romanos, con un pequeño número contrastaron y se defendieron contra numerosas legiones de sus enemigos; que con pequeños ejércitos habían sostenido crueles guerras con reyes muy poderosos, y que, revolviendo muchas relaciones históricas, vino a deducir que la virtud insigne y el valor de algunos pocos ciudadanos habían sido la causa de todas aquellas hazañas, y que de aquí nació que la pobreza venció a las riquezas y los pocos a los muchos. "pero después que la ciudad se estragó, dándose al regalo y al ocio, volvió la República otra vez con su grandeza a sustentar los vicios de sus caudillos y magistrados" [33]. Así que el valor y virtud de algunos pocos ciudadanos que aspiraban a la gloria, al honor y al mando por el verdadero camino, esto es, por la misma virtud, fué lo que también Catón alabó. De aquí nacía la industria que refiere el mismo Catón para que el erario y tesoro público estuviese rico, y que las haciendas de los particulares fuesen moderadas. Y así, habiéndose corrompido ya y estragado las costumbres, el vicio que las contrapuso fué la pobreza del común y la riqueza particular.

Por lo cual, como por muchos siglos florecieron los reinos del Oriente muy insignes y famosos, quiso Dios que también saliese a luz el del Occidente, aunque último en el orden del tiempo, pero en los límites y grandeza del imperio más ilustre y más famoso, y éste le concedió entre todos para domar las graves culpas de muchas naciones a una nación, que, por el amor al honor, a la gloria y a la alabanza miraba por su patria, en la cual buscaban el mismo honor y gloria, y no dudaron anteponer a su propia vida la salud de su patria, refrenando por solo este vicio, esto es, por el amor de la gloria, la codicia del dinero y otros muchos vicios.

[20] Salustio, Cat., 7.
[21] Cic., Rep., 2, 31.
[22] Salustio, ib.
[23] Ib., 53, 54.
[24] Eneida, 8, 646 y sigs.
[25] Ib., 1, 279 y sigs.
[26] Salustio, Cat., 11, 1.
[27] Salustio, ib., 54, 6.
[28] Cor., 1, 12.
[29] Gal., 6, 4.
[30] Salustio, Cat., 52, 19.
[31] Capt., 18.
[32] H., 53, 1.
[33] H., 52.

Capítulo XIII

DEL AMOR DE LA ALABANZA, EL CUAL, SIENDO VICIO, LE ESTIMAN POR VIRTUD, PORQUE POR ÉL SE REFRENAN OTROS MAYORES VICIOS.

13 Porque con más cordura observa el que advierte que el amor a la gloria y alabanza es vicio, lo cual no pudo encubrirse al poeta Horacio [34] cuando dice: "Si por ventura reina en ti la vanagloria y deseo de alabanza, ciertos remedios hallarás en este librito, que, leyéndolos bien dispuesto y con atención, te podrán aliviar grandemente". El mismo, en versos líricos, para reprimir el deseo de mandar y reinar, dice de este modo [35]: "Más extensa y anchurosamente reinarás reprimiendo tu codicioso espíritu, que si juntares la Livia con los remotos gaditanos, y más que si el uno y el otro cartaginés te sirvieran a ti solo".

Pues los que no refrenan sus apetitos, los que son más contumaces y torpes con la fe y la piedad, con acudir al Espíritu Santo y con el deseo y amor de la espiritual hermosura son mejores, sin embargo, por el deseo y ansia de la humana gloria y alabanza, aunque no son santos, todavía son menos malos. Ni tampoco Tulio [36] pudo disimular esto en los mismos libros que escribió De República donde trata de formar el príncipe de una ciudad, el cual dice que se debe criar y alentar con el deseo de honra y gloria, y a este propósito refiere que sus antepasados practicaron muchas acciones notables y famosas por el deseo de la gloria. Así que no sólo no procuraban el remedio para este vicio, sino que les parecía que era necesario alentarle y encenderle imaginando que este pensamiento era importante para la conservación de la República. Pero ni aun en los mismos libros de filosofía puede disimular Cicerón esta pestilencia, donde más claro que el sol la confiesa; porque hablando de los estudios que se deben seguir y profesar mirando al verdadero bien, y no por el viento de la humana alabanza y gloria, infirió esta universal y general sentencia: "El honor alienta las artes, y todos se encienden y animan a los estudios con el deseo de la gloria; y, por el contrario, vemos abatidos siempre aquellos mismos estudios, que todos generalmente desestiman> [37].

[34] Epist., 1, 1, 36_37.

[35] Carm., 2, 2, 9 y sigs.

[36] Lib. 5.

[37] Tusc., 1, 2.

Capítulo XIV

DE COMO SE DEBE CERCENAR EL DESEO DE LA HUMANA ALABANZA, PORQUE TODA LA HONRA Y GLORIA DE LOS JUSTOS ESTÁ PUESTA EN DIOS.

14 Es más conveniente resistir con firmeza este apetito que dejarse vencer de él; porque tanto más es uno parecido a Dios, cuanto está

más limpio y puro de semejante inmundicia. La cual, aunque en la vida presente no se desarraigue totalmente del corazón humano, por cuanto no deja de tentar aun a los espíritus bien aprovechados, a lo menos vénzase el deseo de gloria con el amor de la justicia, para que si en alguno hay ciertos sentimientos nobles que entre los mundanos suelen ser despreciados, el mismo amor de la alabanza humana se avergüence y se retire ante el amor de la verdad, porque este vicio es tan enemigo de la fe (que se debe a Dios cuando hay en el corazón mayor deseo de gloria que temor o amor de Dios), que dijo el Señor [38]: "¿Cómo podéis vosotros creer, pretendiendo ser honrados y estimados los unos de los otros, andando a caza de la gloria vana del mundo, olvidados de aquella que sólo Dios os puede dar?" Y asimismo dice el evangelista San Juan [39] de algunos que habían creído en él y temían confesarle públicamente: "estimaron más la gloria y alabanza de los hombres que la de Dios". Lo que no hicieron los Santos Apóstoles, quienes predicando el nombre de Jesucristo en parajes y provincias donde no sólo no le estimaban (porque, como dijo un sabio, están abatidas y olvidadas siempre las cosas de las que todos generalmente no hacen caso ni aprecian), sino que también le aborrecían en extremo, conservando en la memoria lo que habían oído a su divino Maestro y verdadero médico de sus almas: "Si alguno no me estimare y me negare delante de los hombres, también le negaré yo delante de los hombres, también le negaré yo delante de mi Padre, que está en los cielos, y delante de los ángeles de Dios" [40].

Ente las maldiciones y oprobios, entre las gravísimas persecuciones y crueles tormentos, no dejaron de proseguir en la predicación de la salud de los hombres aun cuando resultaba en notable ofensa de los hombres. Y aun cuando haciendo y diciendo cosas divinas, y viviendo divinamente después de haber conquistado en algún modo la dureza de los corazones, e introducido la paz de la justicia y santidad, alcanzaron en la iglesia de Cristo una suma gloria, sin embargo, no descansaron en ella como fin y blanco de su virtud, sino que atribuyendo esto mismo a gloria de Dios, por cuya singular

gracia y beneficio eran tales, con este divino fuego encendían asimismo a los que persuadían que le amasen, para que también a éstos les hiciese tales; porque les había enseñado su divino Maestro que no fuesen buenos por sólo la honra y gloria de los hombres, diciendo: "Guardaos no hagáis vuestras buenas obras delante de los hombres porque ellos las vean, porque de esta manera, perderéis el premio de vuestro Padre, que está en los cielos" [41].

pero, por otra parte, porque entendiendo estas expresiones, en sentido contrario, no temiesen y dejasen de agradar a los hombres, y fuesen de menos fruto estando encubiertos, y siendo buenos, mostrándoles con qué fin se habían de manifestar: "resplandezcan, dice, vuestras obras delante de los hombres, de suerte que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" [42]. Así que no lo practiquéis porque os vean, esto es, no con intención de que pongan los ojos en vosotros, pues por vosotros sois nada, sino porque glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos, porque, vueltos a El, sean como vosotros. Esta máxima siguieron los mártires, quienes se aventajaron y excedieron a los Escévolas, a los Curcios y Decios, no sólo en la verdadera virtud (por lo que en efecto les hicieron ventaja en la verdadera religión), sino también en la innumerable multitud, no tomando por sí mismos las penas y tormentos, sino sufriendo con paciencia los que otros les daban. Pero como aquéllos vivían en la ciudad terrena, y se habían propuesto por ella, como fin principal de todas sus obligaciones, su salvación y que reinase, no en el Cielo, sino en la tierra, no en la vida eterna, sino en el tránsito de los que mueren y en la sucesión de los que habían de morir, ¿qué habían de amar y estimar sino la honra y gloria con que querían también después de muertos vivir en las lenguas de los pregoneros de sus alabanzas?

[38] Io., 5, 44.

[39] Ib., 12, 44.

[40] Mt., 10, 33.

[41] Ib., 6, 1.
[42] Ib., 5, 16.

Capítulo XV

DEL PREMIO TEMPORAL CON QUE PAGÓ DIOS LAS COSTUMBRES DE LOS ROMANOS.

15 Aquellos a quienes no había de dar Dios vida eterna en compañía de sus santos ángeles en su celestial ciudad, a la que llegamos por el camino de la verdadera piedad, la cual no rinde el culto que los griegos llaman de latria sino es a un solo Dios verdadero; si a éstos no les concediera ni aun esta gloria terrena, dándoles un excelente imperio, no les premiara y pagara sus buenas artes, esto es, sus virtudes, con que procuraban llegar a tanta gloria. Porque de aquellos que parece practican alguna acción buena para que los alaben y honren los hombres, dice también el Señor: "De verdad os dije que ya recibieron su recompensa" [43]. Pues bien, éstos despreciaron sus intereses particulares por el interés común, esto es, por la República, y por su tesoro resistieron a la avaricia, dieron libremente su parecer en el Senado por el bien de su patria viviendo inculpablemente conforme a sus leyes y refrenando sus apetitos. Y con todas estas operaciones, como por un verdadero camino aspiraron al honor, al imperio y a la gloria, y así fueron honrados en casi todas las naciones, fueron señores y dieron leyes a muchas gentes, y en la actualidad tienen mucha gloria y fama en los libros e historias por casi toda la redondez del universo, y, por consiguiente, no se pueden quejar de la justicia del sumo y verdadero Dios, supuesto que en esta parte recibieron su premio.

[43] Mt., 6, 2.

Capítulo XVI

DEL PREMIO DE LOS CIUDADANOS SANTOS DE LA CIUDAD ETERNA, A QUIENES PUEDEN APROVECHAR LOS EJEMPLOS DE LAS VIRTUDES DE LOS ROMANOS.

16 Pero muy distante de éste es el premio y galardón de los santos que sufren también en esta vida con paciencia los oprobios por la verdad [44] de Dios, con la cual tienen ojeriza los amigos de este mundo. Aquella es la Ciudad sempiterna, allí ninguno nace, porque ninguno muere, donde la felicidad es verdadera y cumplida, no diosa, sino don de Dios. De allí procede la prenda que tenemos de nuestra fe, en tanto que, peregrinando por acá, suspiramos por su hermosura. Allí no nace el sol sobre los buenos y sobre los malos [45], sino que el sol de justicia sólo abriga a los buenos; allí no habrá necesidad de mucha industria y trabajo para enriquecer el erario y tesoro público con los pobres y escasos bienes de los particulares, donde el tesoro de la verdad es común.

Por tanto, debemos creer que no se dilató el romano imperio sólo por la gloria y honor de los hombres, a fin de que aquel galardón se diera a aquellos hombres, sino también para que los ciudadanos de la ciudad eterna, en tanto que acá son peregrinos, pongan los ojos con diligencia y cordura en semejantes ejemplos, y vean el amor tan grande que deben ellos tener a la patria celestial por la vida eterna, cuando tanto amor tuvieron sus ciudadanos a la terrena por la gloria y alabanza humana.

[44] ...pro veritate, dice el Corpus Vindobonense que seguimos; otros como Migne, Vives, etc., prefieren leer pro Civitate, lectura que adoptó el Sr. Díaz de Beyral al traducir por La Ciudad de Dios.

[45] Mt., 5, 45.

Capítulo XVII

QUÉ FRUTO SACARON LOS ROMANOS CON LAS GUERRAS Y CUANTO HICIERON A LOS QUE VENCIERON.

17 Por lo respectivo a esta vida mortal que en pocos días se goza y se acaba, ¿qué importa que viva el hombre que ha de morir bajo cualquiera imperio o señorío, si los que gobiernan y mandan no nos compelen a ejecutar operaciones impías e injustas? ¿Acaso fueron de algún daño o inconveniente los romanos a las naciones, a quienes después de reducidas a su dominación impusieron sus leyes, sino sólo en cuanto esto se hizo por medio de crueles guerras? Lo cual, si se hiciera con piedad, lo mismo se logrará con mejor suceso, aunque fuera ninguna la gloria de los que triunfaban. Porque tampoco los romanos dejaban de vivir debajo de sus propias leyes que imponían a los otros; lo que si se hiciera sin intervención de Marte y Belona, de modo que no tuviera lugar la victoria no venciendo nadie, donde nadie había peleado, ¿no fuera una misma la suerte y condición de los romanos y de las demás gentes? Mayormente si luego se determinara lo que después se deliberó grata y humanamente, ordenando que todos los vasallos que pertenecían al imperio romano gozasen de la naturaleza y privilegio de la ciudad, disfrutando el honor de los ciudadanos romanos, siendo así común a todos la prerrogativa que antes era peculiar de muy pocos, a excepción de aquel pueblo que no tuviese campos propios y se sustentase y viviese de los públicos, cuyo sustento, con más dulzura y beneficencia lo sacaran de los que se conformaban voluntariamente con esta sanción por mano de los prudentes gobernadores de la República, que consiguiéndolo por fuerza de los vencidos.

Porque no veo que importe para la salud y buenas costumbres y para las mismas dignidades de los hombres, que unos sean vencedores y otros vencidos, salvo aquel vano fausto de la honra humana, con el cual recibieron su galardón los que tanta ansia tuvieron de él, y tantas guerras sostuvieron por su logro. ¿Por ventura

los campos y haciendas de los vencidos no pagan su tributo? ¿Acaso pueden ellos aprender y saber lo que los otros no pueden? ¿Por ventura no hay muchos senadores en otras provincias que ni aun de vista conocen a Roma? Echemos a un lado la vanagloria. ¿Y qué son todos los hombres sino hombres? Que si la perversidad del siglo permitiera que los virtuosos fueran los más honrados, aun de este modo no había motivo para estimar en mucho la honra humana, porque es humo de ningún peso y de ningún momento; pero aprovechémonos también de estos sucesos de los beneficios de Dios nuestro Señor. Consideremos cuántas bellas ocasiones despreciaron, cuántas desgracias sufrieron, qué de apetitos propios vencieron por la gloria humana los que la merecieron alcanzar como galardón y premio de sus virtudes, y válganos también esta consideración para reprimir la soberbia; pues habiendo tanta diferencia entre la ciudad donde nos han prometido que hemos de reinar y entre esta terrena, cuanta hay del cielo a la tierra, el gozo temporal a la vida eterna, de los vanos elogios a la gloria sólida, de la compañía de los mortales a la sociedad de los ángeles, de la luz del sol y de la luna a la luz del que hizo el sol y la luna, no les parezca que han hecho una acción heroica los ciudadanos que tan excelente patria si por conseguirla practicasen alguna obra buena o sufrieren con paciencia algunas malas, cuando los otros por alcanzar esta terrena, hicieron tantas proezas y sufrieron tantos infortunios, mayormente cuando el perdón de los pecados, que va recogiendo los ciudadanos dispersos a aquella eterna patria, tiene alguna semejanza con el asilo de Rómulo, donde la remisión de cualesquier delitos fué el mejor aliciente para congregar los hombres y fundar aquella célebre ciudad.

Capítulo XVIII

CUÁN AJENOS DE VANAGLORIA DEBAN ESTAR LOS CRISTIANOS, SI HICIEREN ALGUNA LOABLE ACCIÓN POR EL AMOR DE LA ETERNA PATRIA, HABIENDO HECHO TANTO LOS ROMANOS POR LA GLORIA HUMANA Y POR LA CIUDAD ETERNA.

18 ¡Qué acción tan heroica será despreciar todos los deleites y regalos de este mundo, por más apreciables que sean, por aquella eterna y celestial patria, si por esta temporal y terrena se animó Bruto a degollar a sus propios hijos [46], temeraria resolución a la que nunca se obliga en aquélla! Pero, realmente, más dificultoso es el matar a los hijos que lo que debemos nosotros hacer por ésta, y se reduce a que los tesoros que habíamos de congregar y guardar para los hijos, o los repartamos con los pobres o los abandonemos si hubiere alguna tentación que nos fuerce a hacerlo por la fe y la justicia. Pues ni a nosotros ni a nuestros hijos nos hacen felices las riquezas de la tierra, pues que lo hemos de perder en vida, o muriendo nosotros, han de venir a poder de quien no sabemos o de quien no quisiéramos, sino Dios es el que nos hace felices, que es la verdadera riqueza y tesoro de nuestras almas; además que Bruto, por haber muerto a sus hijos, aun el mismo poeta que le elogia le tiene por infeliz y despreciado porque dice: "Y siendo padre poco dichoso, castigará a sus hijos que mueven guerras, deseando la libertad amable de la patria, lleven como llevaren esto sus descendientes" [47].

Pero en el verso que se sigue consuela al miserable héroe diciendo: "A esto le obligó el amor de la patria y el deseo desordenado de ser celebrado en el mundo"; estas dos cualidades, la libertad y el deseo de elogios, son las que movieron a los romanos a hacer empresas heroicas y maravillosas. Luego, si por obtener la libertad de los que eran mortales y habían de morir, y por el deseo de la lisonja humana, que son cualidades que apetecen los hombres, pudo un padre matar a sus hijos, ¿qué acción heroica será, por la verdadera libertad que nos exime de la esclavitud del demonio, del

pecado y de la muerte, y no por la codicia de las humanas alabanzas, sino por el amor y caridad de libertar los hombres, no de la tiranía del rey Tarquino, sino de la de los demonios y de Luzbel su príncipe, no digo ya matamos a los hijos, sino que a los pobres de Jesucristo los tenemos en lugar de hijos?

Asimismo, si otro príncipe romano llamado Torcuato, quitó la vida a su hijo porque, siendo provocado del enemigo, con ánimo y brío juvenil peleó, no contra su patria, sino en favor de ella; mas saliendo victorioso porque dio la batalla contra su orden y mandato, esto es, contra lo que el general, su padre, le había mandado, porque no fuese mayor inconveniente el ejemplo de no haber obedecido la orden de su general: qué gloria hubo en matar al enemigo, ¿para qué se han de jactar los que por las órdenes y mandamientos de la patria celestial desprecian todos los bienes de la tierra que se estiman y aman menos que los hijos? Si Furio Camilo, después de haber apartado de las cervices de su ingrata patria el yugo de los veyanos, sus inexorables enemigos, y no obstante de haberle condenado y desterrado de ella por envidia sus émulos, con todo, la libertó segunda vez del poder de los galos, porque no tenía otra mejor patria a donde pudiese vivir con más gloria, ¿por qué se ha de ensorbebecer como si ejecutara alguna acción plausible el que, habiendo acaso padecido en la Iglesia alguna gravísima injuria en su honra por los enemigos carnales, no se pasó a sus enemigos, los herejes, o por que él mismo no levantó contra ella herejía alguna, sino que antes la defendió cuanto pudo de los perniciosos errores de los herejes, no habiendo otra ciudad, no donde se pase la vida con honor y aplauso de los hombres, sino donde se pueda conseguir la vida eterna?

Mucio [48], para que se efectuara la paz con el rey Porsena, que tenía muy apretados a los romanos con su ejército, porque no pudo matar al mismo Porsena, y por yerro mató a otro por él, puso la mano en presencia del rey sobre unas brasas que en una ara estaban ardiendo, asegurándole que otros tan valerosos como él se habían conjurado en

su muerte, y temiendo el rey su fortaleza y asechanzas, sin dilación ajustó la paz y alzó la mano de aquella guerra; pues si esto sucedió así, ¿quién ha de zaherir o dar en cara al rey sus méritos, no al de los Cielos, aun cuando hubiere aventurado por él, no digo yo una mano, no haciéndolo de su voluntad, sino aun cuando padeciendo por alguna persecución, dejare abrasar todo su cuerpo? Si Curcio, armado, arremetiendo el caballo, se arrojó con él en un boquerón por donde se había abierto la tierra, porque en esta acción heroica obedecía a los oráculos de sus dioses, que ordenaron que echasen allí la mejor prenda que tuviesen los romanos, y no pudiendo entender otra cosa, advirtiendo que florecían en hombres y armas, sino que era necesario por mandato de los dioses que se arrojase en aquella horrible abertura algún hombre armado; ¿cómo se atreve a decir que ha hecho algo grande por la eterna patria, el que cayendo en poder de algún enemigo de su fe, muriese no arrojándose voluntariamente al riesgo de semejante muerte, sino lanzado por su enemigo; ya que tiene otro oráculo más cierto de su Señor, y del rey de su patria, donde le dice: "No queráis temer a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma"? [49].

Si los Decios consagrando su vida en cierto modo se ofrecieron solemnemente a la muerte para que con ella y con su sangre, aplacada la ira de los dioses, se librase el ejército romano, en ninguna manera se ensoberbezcan los santos mártires, como si hicieran alguna acción digna de alcanzar parte en aquella patria, donde hay eterna y verdadera felicidad, si amando hasta derramar su sangre, no sólo a sus hermanos, por quienes era derramada [50], sino, como Dios se lo manda, a los mismos enemigos que se la hacían derramar, pelearon con fe llena de caridad y con caridad llena de fe.

Marco Pulvilo en el acto de dedicar el templo de Júpiter, Juno y Minerva, advirtiéndole cautelosamente sus émulos y envidiosos que su hijo era muerto, para que turbado con tan triste nueva dejase la dedicación y la honra y gloria de ella la llevase su compañero, hizo

tan poco caso de la noticia, que mandó cuidasen de su sepultura, triunfando de esta manera en su corazón la codicia de gloria del sentimiento de la pérdida de su hijo; ¿pues qué heroicidad dirá que ha hecho por la predicación del Santo Evangelio con que se libran de multitud de errores los ciudadanos de la soberana patria, aquel a quien estando solícito de la sepultura de su padre, le dice el Señor: "Sígueme y deja a los muertos enterrar sus muertos"? [51].

Si Marco Régulo, por no quebrantar el juramento prestado en manos de sus crueles enemigos quiso volver a su poder desde la misma Roma, porque, según dicen, respondió a los romanos que le querían detener, que después que había sido esclavo de los africanos no podía tener allí el estado y dignidad de un noble y honrado ciudadano, y los cartagineses, porque peroró contra ellos en el Senado romano, le mataron con graves tormentos, ¿qué tormentos no se deben despreciar por la fe de aquella patria, a cuya bienaventuranza nos conduce la misma fe? ¿O qué es lo que se le da a Dios en retorno por todas las mercedes que nos hace [52] aun cuando por la fe que se le debe, padeciere el hombre otro tanto cuanto padeció Régulo por la fe que debía a sus perniciosos enemigos?

¿Y cómo se atreverá el cristiano a alabarse de la pobreza que voluntariamente ha abrazado para caminar en la peregrinación de esta vida más desembarazada por el camino que lleva a la patria, a donde las verdaderas riquezas es el mismo Dios, oyendo y leyendo que Lucio Valerio, cogiéndole la muerte siendo cónsul, murió tan pobre, que le enterraron e hicieron sus exequias con la suma que el pueblo contribuyó de limosna? ¿Qué dirá oyendo o leyendo que a Quinto Cincinato, que poseía entre su hacienda tanto cuanto podían arar en un día cuatro yugadas de bueyes, labrándolo y cultivándolo todo con sus propias manos, le sacaron del arado para crearle dictador, cuya dignidad era aún más honrada y apreciada que la de cónsul, y que después de haber vencido a los enemigos y adquirido una suma gloria, perseveró viviendo en el mismo estado? ¿O qué estupenda

acción se alabará que hizo el que por ningún premio de este mundo se dejó apartar de la compañía de la eterna patria, viendo que no pudieron tantas dádivas y dones de Pirro, rey de los epirotas, prometiéndole aún la cuarta parte de su reino, mudar a Fabricio de dictamen, ni precisarle por este arbitrio a que dejase la ciudad de Roma, queriendo más vivir en ella como particular en su pobreza, sin oficio público alguno?

Porque teniendo ellos su República, esto es, la hacienda del pueblo, la hacienda de la patria, la hacienda común, opulenta y próspera, experimentaron en sus casas tanta pobreza que echaron del Senado, compuesto de hombres indigentes y privaron de los honores de la magistratura por nota y visita del censor a uno de ellos que había sido cónsul dos veces, porque se averiguó que poseía una vajilla cuyo valor ascendía como hasta 10 libras de plata. Si estos mismos eran tan pobres, éstos, con cuyos triunfos crecía el tesoro público, ¿acaso todos los cristianos que con otro fin más laudable hacen comunes sus riquezas conforme a lo que se escribe en los hechos apostólicos [53], "que la distribuían entre todos, conforme a la necesidad de cada uno, y ninguno decía que tenía cosa alguna propia, sino que todo era de todos en común", no advierten que no les debe mover la lisonjera aura de la vanagloria cuando ejecuten acción semejante por alcanzar la compañía de los ángeles; habiendo los otros hecho casi otro tanto por conservar la gloria de los romanos?

Estas y otras operaciones semejantes, si alguna de ellas se halla en sus historias, ¿cuándo fueran tan públicas y notorias, cuánto la fama las celebrara tanto, si el imperio romano, tan extendido por todo el mundo, no se hubiere amplificado con magníficos sucesos? Así que, con este imperio tan vasto y dilatado, de tanta duración, tan célebre y glorioso por virtudes de tantos y tan famosos hombres, recompensó Dios, no sólo a la intención de estos insignes romanos con el premio que pretendían, sino que también nos propuso ejemplos necesarios para nuestra advertencia y utilidad espiritual, a fin de que, si no

poseyésemos las virtudes a que como quiera son tan parecidas estas que los romanos ejercitaron por la gloria de la ciudad terrena, sino que las tuviésemos por la ciudad de Dios, nos avergoncemos y confundamos; y si las tuviésemos, no nos ensoberbezcamos. Porque, como dice el Apóstol, "no son dignas las pasiones de este tiempo de la gloria que se ha de manifestar en nosotros [54]; pero para la gloria humana y la de este siglo, por bastante loable y digna imitación se tuvo la ejemplar vida que éstos hacían. Y por lo mismo también concedió Dios a los judíos que crucificaron a Jesucristo, revelándonos en el Nuevo Testamento lo que había estado encubierto en el Viejo, y manifestándonos que debemos adorar a un solo Dios, no por los beneficios terrenos y temporales que la Providencia divina, sin diferencia, distribuye entre los buenos y los malos, sino por la vida eterna, por los dones y premios perpetuos y por la compañía de la misma ciudad soberana, con muy justa razón, digo, concedió y entregó a los judíos a la gloria de los gentiles, para que éstos, que buscaron y consiguieron con la sombra de algunas virtudes de gloria terrena, venciesen a los que con sus grandes vicios quitaron afrentosamente la vida y despreciaron al dador y dispensador de la verdadera gloria y ciudad eterna.

[46] Liv., 2, 5.

[47] Eneida, 6, 820 y sigs.

[48] Liv., 2, 12_13.

[49] Mt., 10, 28.

[50] ..."por quienes era derramada..."; no ciertamente para su redención, como se derramó la de Cristo, sino para ejemplo de fortaleza. Pues como dice San León, papa, carta 97, de la fortaleza de los fieles brotaron ejemplos de paciencia, no dones de justicia.

[51] Mt., 8, 22.

[52] Ps., 115, 3.

[53] 2, 45; 4, 32.

[54] Rom., 8, 18.

Capítulo XIX

DE LA DIFERENCIA QUE HAY ENTRE EL DESEO DE GLORIA Y EL DESEO DE DOMINAR.

19 Pero hay notable diferencia entre el deseo de la gloria humana y el deseo del dominio y señorío; pues aunque sea fácil que el que gusta con exceso de la gloria humana apetezca también con gran vehemencia el dominio con todo los que codician la verdadera gloria, aunque sea de las humanas alabanzas, procuran no disgustar a los que hacen recta estimación y discreción de las cosas; porque hay muchas circunstancias buenas en las costumbres, de las cuales muchos opinan bien y las estiman, no obstante que algunos no las posean, y procuran por ellas aspirar a la gloria, al imperio y al dominio, de quien dice Salustio [55] que lo solicitan por el verdadero camino. Pero cualquiera que sin deseo de la gloria con que teme el hombre disgustar a los que hacen justa estimación de las cosas, desea el imperio y dominio, aun públicamente por manifiestas maldades, por lo general procura alcanzar lo que apetece; y así el que anhela la adquisición de la gloria, una de dos: o la procura por el verdadero camino, o a lo menos por vía de cautelas y engaños, queriendo parecer bueno no siéndolo. Por eso es gran virtud del que posee las virtudes menospreciar la gloria, porque el desprecio de ella está presente a los ojos de Dios, sin cuidar de descubrirse al juicio y aprecio de los hombres. Pues cualquiera acción que ejecutare a los ojos de los mortales, a fin de dar a entender que desprecia la gloria si creen que lo hace para mayor alabanza, esto es, para mayor gloria, no hay cómo pueda mostrar al juicio de los sospechosos que es su intención muy distinta de la que ellos imaginan. Mas el que vilipendia los juicios de los que le elogian, menosprecia también la temeridad de los maliciosos, cuya salvación, si él es verdaderamente bueno, no desprecia; porque es tan justo el que tiene las virtudes que dimanan

del espíritu de Dios, que ama aún a sus mismos enemigos y de tal modo los estima, que a los maldicientes y que murmuran de él, corregidos y enmendados los desea tener por compañeros, no en la patria terrena, sino en la del Cielo, y por lo que se refiere a los que le alaban, aunque no haya asunto de que ponderen sus virtudes; pero no deja de hacer caudal de que le amen, ni quiere engañar a éstos cuando le elogian por no engañarlos cuando le aman. Y por eso procura en cuanto puede que antes sea glorificado aquel Señor de quien tiene el hombre todo lo que en él con razón puede engrandecer. Mas el que menosprecia la gloria y apetece el mando y señorío, excede al de las bestias en crueldades y torpezas.

Y tales fueron algunos romanos, que después de haber dado a través con el anhelo de su reputación, no por eso se desprendieron del deseo insaciable del dominio. De muchos de éstos nos da noticia exacta la historia; pero el que primero subió a la cumbre, y como a la torre de homenaje de este vicio, fué el emperador Nerón, tan disoluto y afeminado, que pareciera que no se podía temer de él operación propia de hombre, siendo tan cruel que debería decirse con razón no podía haber en él sentimientos mujeriles si no se supiera. Ni tampoco estos tales llegan a ser príncipes y señores sino por la disposición de la divina Providencia, cuando a ella le parece que los defectos humanos merecen tales señores. Claramente lo dice Dios, hablando en los Proverbios su infinita sabiduría: "por mí reinan los reyes y los tiranos por mí son señores de la tierra" [56]. Mas por cuanto por los tiranos no se dejarán de entender los reyes perversos y malos, y no según el antiguo modo de hablar, los poderosos, como dijo Virgilio [57]. "Gran parte y segura prenda de la paz y amistad que deseo será para mí el haber tocado la diestra de vuestro tirano"; muy claramente se dice de Dios en otro lugar: "Que hace reine un príncipe malo por los pecados del pueblo" [58]; por lo cual, aunque según mi posibilidad he declarado bastantemente la causa por qué Dios verdadero uno y justo, ayudó a los romanos que fueron buenos según cierta forma de ciudad terrena, para que alcanzasen la gloria y extensión de tan

grande imperio; sin embargo, pudo haber también otra causa más secreta, y debió ser los diversos méritos del género humano, los cuales conoce Dios mejor que nosotros; y sea lo que fuere, con tal que conste entre todos los que son verdaderamente piadosos que ninguno, sin la verdadera piedad, esto es, sin el verdadero culto del verdadero Dios puede tener verdadera virtud, y que ésta no es verdadera cuando sirve a la gloria humana; con todo, los ciudadanos que no lo son de la ciudad eterna, que en las divinas letras se llama la Ciudad de Dios [59], son más importantes y útiles a la ciudad terrena cuando tienen también esta virtud, que no cuando se hallan sin ella. Y cuando los que profesan verdadera religión viven bien y han cultivado esta ciencia de gobernar el pueblo, por la misericordia de Dios alcanzan esta alta potestad, no hay felicidad mayor para las cosas humanas. Y estos tales, todas cuantas virtudes pueden adquirir en esta vida no las atribuyen sino a la divina gracia, que fué servida dárselas a los que la quisieron, creyeron y pidieron, y juntamente con esto saben lo mucho que les falta para llegar a la perfección de la justicia, cual la hay en la compañía de aquellos santos ángeles, para la cual se procuran disponer y acomodar. Y por más que se alabe y celebre la virtud, que sin la verdadera religión sirve a la gloria de los hombres, en ninguna manera se debe comparar con los pequeños principios de los santos, cuya esperanza se funda y estriba en la divina misericordia.

[55] Cat., 11, 1.

[56] Prov., 8, 15.

[57] Eneida, 7, 266.

[58] Iob., 34, 30.

[59] Ps., 45, 5; 47, 3 y sigs.

Capítulo XX

QUE TAN TORPEMENTE SIRVEN LAS VIRTUDES A LA GLORIA HUMANA COMO AL DELEITE DEL CUERPO.

20 Acostumbran los filósofos [60], que ponen el fin de la bienaventuranza humana en la misma virtud, para avergonzar a algunos otros de su misma virtud, para avergonzar a algunos otros de su misma profesión, que aunque aprueban las virtudes, con todo, las miden con el fin del deleite corporal, pareciéndoles que éste se debe desear por sí mismo, y las virtudes por él; suelen, digo, pintar de palabra una tabla, donde esté sentado el deleite en un trono real como una reina delicada y regalada, a quien estén sujetas como criadas las virtudes, pendientes o colgadas de su boca, para hacer lo que les ordenare, mandando a la prudencia que busque con vigilancia arbitrio para que reine el deleite y se conserve; previniendo la justicia que acuda con los beneficios que pueda para granjear las amistades que fueren necesarias para conseguir las comodidades corporales; que a nadie haga injuria, para que estando en su vigor las leyes, pueda el deleite vivir seguro; ordenando a la fortaleza que si al cuerpo le sobreviniere algún dolor por el cual no le sea forzoso el morir, tenga a su señora, esto es, al deleite fuertemente impreso en su imaginación, para que con la memoria de los pasados contentos y gustos alivie el rigor de la presente aflicción; prescribiendo a la templanza que se sirva moderadamente de los alimentos y de los objetos que le causaren gusto, de modo que por la demasía no turbe a la salud algún manjar dañoso, y padezca notable menoscabo el deleite. El mayor que hay le hacen igualmente consistir los epicúreos en la salud del cuerpo; y así las virtudes, con toda la autoridad de su gloria, servirán al deleite como a una mujercilla imperiosa y deshonesta.

Dicen que no puede idearse representación más ignominiosa y fea que esta pintura, ni que más ofenda a los ojos de los buenos, y dicen la verdad. Con todo, soy de dictamen no llegará la pintura vastamente

al decoro que se le debe, si también fijamos otro tal, a donde las virtudes sirvan a la gloria humana; porque aunque esta gloria no sea una regalada mujer, con todo, es muy arrogante y tiene mucho de vanidad. Y así no será razón que la sirva lo sólido y macizo que tienen las virtudes, de manera que nada provea la prudencia, nada distribuya la justicia, nada sufra la fortaleza, nada modere la templanza sino con el fin de complacer a los hombres y de que sirva al viento inestable de la vanagloria. Tampoco se separarán de esta fealdad los que como vilipendiadores de la gloria no hacen caso de los juicios ajenos, se tienen por sabios y están muy pagados y complacidos de su ciencia. Porque la virtud de éstos, si alguna tienen, en cierto modo se viene a sujetar a la alabanza humana, puesto que el que está agradado de sí mismo no deja de ser hombre; pero el que con verdadera religión cree y espera en Dios, a quien ama, más mira y atiende a las cualidades en que está desagradado de sí, que a aquéllas, si hay algunas en él, que no tanto le agraden a él cuanto a la misma verdad, y esto con que puede ya agradar, no lo atribuye sino a la misericordia de Aquel a quien teme desagradar, dándole gracias por los males de que le ha sanado, y suplicándole por la curación de los otros que tiene todavía por sanar.

[60] Cic., De fin., 2, 21.

Capítulo XXI

QUE LA DISPOSICIÓN DEL IMPERIO ROMANO FUÉ POR MANO DEL VERDADERO DIOS, DE QUIEN DIMANA TODA POTESTAD, Y CON CUYA PROVIDENCIA SE GOBIERNA TODO.

21 Siendo cierta, como lo es, esta doctrina, no atribuyamos la facultad de dar el reino y señorío sino al verdadero Dios, que concede la eterna felicidad en el reino de los cielos a solos los piadosos; y el reino de la tierra a los píos y a los impíos; como le agrada a aquel a quien si no es con muy justa razón nada place. Pues aunque hemos ya hablado de lo que quiso descubrirnos para que lo supiésemos, con

todo, es demasiado empeño para nosotros, y sobrepuja sin comparación nuestras fuerzas querer juzgar de los secretos humanos y examinar con toda claridad los méritos de los reinos. Así que aquel Dios verdadero que no deja de juzgar ni de favorecer al linaje humano, fué el mismo que dio el reino a los romanos cuando quiso y en cuanto quiso, y el que le dio a los asirios, y también a los persas, de quienes dicen sus historias adoraban solamente a dos dioses, uno bueno y otro malo; por no hacer referencia ahora del pueblo hebreo, de quien ya dije lo que juzgué suficiente, y cómo no adoró sino a un solo Dios, y en qué tiempo reinó. El que dio a los persas mieses sin el culto de la diosa Segecia, el que les concedió tantos beneficios y frutos de la tierra sin intervenir el culto prestado a tantos dioses como éstos multiplican, dando a cada producción el suyo, y aun a cada una muchos, el mismo también les dio el reino sin la adoración de aquéllos, por cuyo culto creyeron éstos que vinieron a reinar. Y del mismo modo les dispensó también a los hombres, siendo el que dio el reino a Mario el mismo que le dio a Cayo César; el que a Augusto, el mismo también a Nerón; el que a los Vespasianos, padre e hijo, benignos y piadosos emperadores, el mismo le dio igualmente al cruel Domiciano; y ¿por qué no vamos discurriendo por todos en particular? El que le dio al católico Constantino, el mismo le dio al apóstata Juliano, cuyo buen natural le estragó por el anhelo y codicia de reinar una sacrílega y abominable curiosidad. En estos vanos pronósticos y oráculos estaba enfrascado este impío monarca, cuando asegurando en la certeza de la victoria mandó poner fuego a los bajeles en que conducía el bastimento necesario para sus soldados; después, empeñándose con mucho ardimiento en empresas temerarias e imposibles, y muriendo a manos de sus enemigos en pago de su veleidad, dejó su ejército en tierra enemiga, tan escaso de vituallas y víveres, que no pudieron salvarse ni escapar de riesgo tan inminente si, contra el buen agüero del dios Término, de quien tratamos en el libro pasado [61], no demudaran los términos y mojones del imperio romano; porque el dios Término, que no quiso ceder a Júpiter, cedió

a la necesidad. Estos sucesos ciertamente sólo el Dios verdadero los rige y gobierna como le agrada. Y aunque sea con secretas y ocultas causas, ¿hemos por ventura de imaginar por eso que son injustas?

[61] Cap. 29.

Capítulo XXII

QUE LOS TIEMPOS Y SUCESOS DE LAS GUERRAS PENDEN DE LA VOLUNTAD DE DIOS.

22 Y así como está en su albedrío, justos juicios y misericordia el atribuir o consolar a los hombres, así también está en su mano el tiempo y duración de las guerras, pudiendo disponer libremente que unas se acaben presto y otras más tarde. Con invencible presteza y brevedad concluyó Pompeyo la guerra contra los piratas [62], y Escipión la tercera guerra Púnica [63], y también la que sustentó contra los fugitivos gladiadores, aunque con pérdida de muchos generales y dos cónsules romanos, y con el quebranto y destrucción miserable de Italia; no obstante que al tercer año, después de haber concluido y acabado muchas conquistas, se finalizó. Los Picenos, Marios y Pelignos, no ya naciones extranjeras, sino italianas, después de haber servido largo tiempo y con mucha afición bajo el yugo romano, sojuzgando muchas naciones a este imperio hasta destruir a Cartago, procuraron recobrar su primitiva libertad. Y esta guerra de Italia, en la que muchas veces fueron vencidos los romanos, muriendo dos cónsules y otros nobles senadores, con todo, no duró mucho, porque se acabó al quinto año; pero la segunda guerra Púnica, durando 18 años [64] con terribles daños y calamidades de la República, quebrantó y casi consumió las fuerzas de Roma; porque en solas dos batallas murieron casi 70.000 de los romanos. La primera guerra Púnica duró 23 años, y la Mitridática 40.

Y por que nadie juzgue que los primeros ensayos de los romanos fueron más felices y poderosos para concluir más presto las guerras en aquellos tiempos pasados tan celebrados en todo género de virtud,

la guerra Samnítica duró casi 50 años, en la que los romanos salieron tan derrotados que los obligaron a pasar debajo del yugo. Mas por cuanto no amaban la gloria por la justicia, sino que parece amaban la justicia por la gloria, rompieron dolorosamente la paz y concordia que ajustaron con sus enemigos [65].

Refiero esta particularidad, porque muchos que no tienen noticia exacta de los sucesos pasados, y aun algunos que disimulan lo que saben, si advierten que en los tiempos cristianos dura un poco más tiempo alguna guerra, luego con extraordinaria arrogancia se conmueven contra nuestra religión, exclamando que si no estuviera ella en el mundo, y se adoraran los dioses con la religión antigua, que ya la virtud y el valor de los romanos, que con ayuda de Marte y Belona acabó con tanta rapidez tantas guerras, también hubiera concluido ligeramente con aquélla. Acuérdense, pues, los que lo han leído cuán largas y prolijas guerras sostuvieron los antiguos romanos, y cuán varios sucesos y lastimosas pérdidas, según acostumbra a turbarse el mundo, como un mar borrascoso, con varias tempestades que motivan semejantes trabajos, y confiesen al fin lo que no quieren, y dejen de mover sus blasfemas lenguas contra Dios, de perderse a sí mismo y de engañar a los ignorantes.

[62] Floro, 1, 3: Cic., Pro Leg Man.

[63] Liv., 1, 49; Floro, 1, 2.

[64] Liv., 30; Floro., 1, 2.

[65] Liv., 9.

Capítulo XXIII

DE LA GUERRA EN QUE RADAGAISO, REY DE LOS GODOS QUE ADORABA A LOS DEMONIOS, EN UN DÍA FUÉ VENCIDO CON SU PODEROSO EJÉRCITO.

23 Pero lo que nuestro tiempos, y hace pocos años, obro Dios con admiración universal y ostentando su infinita misericordia, no sólo no

lo refieren con acción de gracias, sino que cuanto es en sí procuran sepultarlo en el olvido si fuese posible, para que ninguno tenga noticia de ello. Este prodigio, si nosotros le pasásemos también en silencio, seríamos tan ingratos como ellos.

Estando, Radagaiso, rey de los godos, con un grueso y formidable ejército cerca de Roma, amenazando a las cervices de los romanos su airada segur, fué roto y vencido en un día con tanta presteza, que sin haber ni un solo muerto, pero ni aun un herido entre los romanos, murieron más de 100.000 [66] de los godos; y siendo Radagaiso hecho prisionero pagó con la vida la pena merecida por su atentado. Y si aquel que era tan impío entrara en Roma con tan numeroso y feroz ejército, ¿a quién perdonara? ¿A qué lugares de mártires respetara? ¿En qué persona temiera Dios, cuya sangre no derramara, cuya castidad no violara? ¿Y qué de bondades publicaran éstos en favor de sus dioses? ¿Con cuánta arrogancia nos dieran en rostro que por eso había vencido, por eso había sido tan poderoso, porque cada día aplacaba y granjeaba la voluntad de los dioses con sus sacrificios, que no permitía a los romanos ofrecer la religión cristiana; pues aproximándose ya al lugar donde por permisión divina fué vencido, corriendo entonces su fama por todas partes, oí decir en Cartago que los paganos creían, esparcían y divulgaban que él, por tener a sus dioses por amigos y protectores, a quienes era notorio que sacrificaba diariamente, no podía de ningún modo ser vencidos por los que no hacían semejantes sacrificios a los dioses romanos, no permitían que nadie los hiciera?

Y dejan los miserables de ser agradecidos a una tan singular misericordia de Dios como ésta; pues habiendo determinado castigar con la invasión de los bárbaros la mala vida y costumbres de los hombres dignos de otro mayor castigo, templó su indignación con tanta mansedumbre, que permitió ante todas cosas que milagrosamente Radagaiso fuese vencido, para que no se diese la gloria, para derribar los ánimos de los débiles a los demonios, a

quienes constaba que él rendía culto y adoración. Y además de esto, siendo después entrada Roma por aquellos bárbaros, hizo que contra el uso y costumbre de todas las guerras pasadas los mismos amparasen, por reverencia a la religión cristiana, a los que se acogían a los lugares santos, los cuales eran tan contrarios por respeto del nombre cristiano a los mismos demonios y a los ritos de los impíos sacrificios en que el otro confiaba, que parecía que sustentaban más cruel y sangrienta la guerra con ellos que con los hombres; con cuyos prodigiosos triunfos el verdadero Señor y gobernador del mundo primeramente castigó a los romanos con misericordia, y después, venciendo maravillosamente a los que sacrificaban a los demonios, demostró que aquellos sacrificios no eran necesarios para conseguir el remedio en las presentes calamidades, sólo con el loable objeto de que los que no fuesen muy obstinados y pertinaces, sino que con prudencia considerasen el milagro, no abdicasen la verdadera religión por los infortunios y necesidades presentes, antes la tuviesen más asidua con la fidelísima esperanza de alcanzar la vida eterna.

[66] Paulo Emilio, Hist. Franc., 1; Orosio, 7, 37, y otros aseguran haber sido más de 200.000.

Capítulo XXIV

CUÁN VERDADERA Y GRANDE SEA LA FELICIDAD DE LOS EMPERADORES CRISTIANOS.

24 Tampoco decimos que fueron dichosos y felices algunos emperadores cristianos porque reinaron largos años, porque muriendo con muerte apacible dejaron a sus hijos en el imperio, porque sujetaron a los enemigos de la República, o porque pudieron no sólo guardarse de sus ciudadanos rebeldes, que se habían levantado contra ellos, sino también oprimirlos. Porque estos y otros semejantes bienes o consuelos de esta trabajosa vida también los merecieron y recibieron algunos idólatras de los demonios que no pertenecen al reino de Dios, al que pertenecen éstos. Y esto lo permitió por su

misericordia, para que los que creyeren en él no deseasen, ni le pidiesen estas felicidades como sumamente buenas. Sin embargo, los llamamos felices y dichosos cuando reinan justamente, cuando entre las lenguas de los que los engrandecen y entre las sumisiones de los que humildemente los saludan no se ensoberbecen, sino que se acuerdan y conocen que son hombres; cuando hacen que su dignidad y potestad sirva a la Divina Majestad para dilatar cuanto pudieren su culto y religión; cuando temen, aman y reverencian a Dios; cuando aprecian sobremanera aquel reino donde no hay temor de tener consorte que se le quite; cuando son tardos y remisos en vengarse y fáciles en perdonar; cuando esta venganza la hacen forzados de la necesidad del gobierno y defensa de la República, no por satisfacer su rencor y cuando le conceden este perdón, no porque el delito quede sin castigo, sino por la esperanza que hay de corrección; cuando lo que a veces obligados ordenan con aspereza y rigor, lo recompensen con la blandura y suavidad de la misericordia, y con la liberalidad y largueza de las mercedes y beneficios que hacen; cuando los gustos están en ellos tanto más a raya cuanto pudieran ser más libres; cuando gustan más de ser señores de sus apetitos que de cualesquiera naciones, y cuando ejercen todas estas virtudes, no por el ansia y deseo de la vanagloria, sino por el amor de la felicidad eterna; cuando en fin, por sus pecados no dejan de ofrecer sacrificios de humildad, compasión y oración a su verdadero Dios. Tales emperadores cristianos como éstos decimos que son felices, ahora en esperanza, y después realmente cuando viniere el cumplimiento de lo que esperamos.

Capítulo XXV

DE LAS PROSPERIDADES QUE DIOS DIO AL CRISTIANO EMPERADOR CONSTANTINO.

25 La bondad de Dios, a fin de que los hombres que tenían creído debían adorarle por la vida eterna no pensasen que ninguno podía

conseguir las dignidades y reinos de la tierra, sino los que adorasen a los demonios, porque estos espíritus en semejantes asuntos pueden mucho, enriqueció al emperador Constantino que no tributaba adoración a los demonios, sino al mismo Dios verdadero, de tantos bienes terrenos cuantos nadie se atreviera a desear. Concedióle asimismo que fundase una ciudad [67], compañera del imperio romano, como hija de la misma Roma; pero sin levantar en ella templo ni estatua alguna consagrados a los demonios, reinó muchos años [68], poseyó y conservó siendo él solo emperador augusto de todo el orbe romano; en la administración y dirección de la guerra fué feliz y victorioso; en oprimir los tiranos tuvo grande prosperidad. Cargado de años murió de los achaques de la vejez, dejando a sus hijos por sucesores en el imperio. Además, para que ningún emperador apeteciese profesar el cristianismo por el interés de alcanzar la felicidad de Constantino, debiendo ser cada uno cristiano sólo por hacerse digno de conseguir la vida eterna, se llevó mucho antes a Joviano que a Juliano, permitiendo que Graciano muriese a manos del hierro cruel, aunque con más humanidad que el gran Pompeyo, que adoraba a los dioses romanos; porque a aquél no le pudo vengar Catón, a quien dejó en cierto modo por sucesor en la guerra civil; pero a éste, aunque las almas no tengan necesidad de semejantes consuelos, le vengó Teodosio, a quien había tomado por compañero en el imperio, no obstante tener un hermano pequeño [69]; deseando más amistad sincera que mando despótico.

[67] Constantinopla.

[68] Treinta y uno, según Orosio, 7, 26.

[69] Pompeyo, como es sabido, murió a manos de los esbirros del rey Tolomeo, degollado en presencia de su esposa e hijos, Liv., 112.

Capítulo XXVI

DE LA FE Y RELIGIÓN DEL EMPERADOR TEODOSIO.

26 Y así Teodosio en vida no sólo le guardó la fe que le debía, sino también después de muerto; porque habiendo Máximo, que fué el que le dio a él muerte, echado del imperio Valentiniano [70] su hermano, que era aún muy pequeño, Teodosio, como cristiano, acogió al huérfano y pupilo, asociándole en la parte de su imperio; amparó con afecto de padre al que desamparado de todos los auxilios humanos, sin dificultad alguna podía quitarle de delante, si reinara en su corazón más la codicia de extender su imperio y señorío que el deseo de hacer bien. Y así, acogiéndole y conservándole la dignidad imperial le alentó más y consoló con toda clase de delicadezas y atenciones. Después, notando que con aquella deliberación se había hecho Máximo muy terrible, áspero y cruel, en el mayor aprieto y angustias que le causaban sus cuidados, no acudió a las curiosidades sacrílegas e ilícitas; antes por el contrario, envió su embajada a un santo varón que habitaba en el yermo en Egipto, llamado Juan, el cual por la fama que corría de él, entendía que era siervo muy estimado de Dios, y que tenía espíritu de profecía, de quien tuvo aviso cierto de que vencería a su enemigo; luego, habiendo muerto al tirano Máximo, restituyó al joven Valentiniano con una reverencia llena de misericordia, en la parte de su imperio de que le habían despojado. Y muerto éste dentro de breve tiempo, ya fuese por asechanzas o por cualquier otro motivo, o bien por casualidad, lleno de confianza por la respuesta profética que había recibido, venció y oprimió a otro tirano llamado Eugenio, que en lugar de Valentiniano había sido elegido ilegítimamente en el imperio, peleando contra su formidable ejército más con la oración que con la espada. A soldados que se hallaban presentes oí referir que les sucedió arrancarles de las manos las armas arrojadizas, corriendo un viento furiosísimo de la parte de Teodosio contra los enemigos, el cual no sólo les arrebataba violentamente todo lo que arrojaban, sino que los mismos dardos que

les tiraban se volvían contra los que los esgrimían; por lo cual también el poeta Claudiano, aunque enemigo del nombre de Cristo, con todo, en honra y alabanza suya, dijo [71]: "¡Oh sobremanera regalado y querido de Dios, por quien el cielo y los vientos conjurados al son de las trompetas acuden en su favor!"

Habiendo conseguido la victoria, como lo había creído y dicho, hizo derribar una estatua de Júpiter que contra él, no sé con qué ritos, se habían consagrado y colocado en los Alpes; y como los rayos que tenían estas imágenes eran de oro, y diciendo sus adalides entre las burlas que permitía aquella alegría, que quisieran ser heridos de aquellos rayos, se les concedió la petición con júbilo y benignidad. A los hijos de sus enemigos que habían muerto, no ya por orden suya, sino arrebatados del ímpetu y furia de la guerra, acogiéndose, aun no siendo cristianos, a la Iglesia, con esta ocasión quiso que fuesen cristianos, y como tales los amó con caridad cristiana, y no sólo no les quitó la hacienda, sino que los acrecentó y honró con oficios y dignidades. No permitió después de la victoria que ninguno con este motivo se pudiese vengar de sus particulares enemistades. En las guerras civiles no se portó como Cinna, Mario, Sila y otros semejantes, que después de acabadas no quisieron que se terminasen, antes tuvo más pena de verlas comenzadas que ánimo de que, concluidas, fuesen en daño de ninguno.

Entre todas estas revoluciones, desde su ingreso en el imperio, no dejó de ayudar y socorrer a las necesidades de la Iglesia promulgando leyes justas y benignas, la cual el hereje emperador Valente, favoreciendo a los arrianos, había afligido en extremo, y se preciaba más de ser miembro de esta Iglesia que de reinar en la tierra. Mandó que se derribasen los ídolos de los gentiles, sabiendo bien que ni aun los bienes de la tierra están en mano de los demonios, sino en la del verdadero Dios. ¿Y qué acción hubo más admirable que su religiosa humildad? Fué el caso que se vio obligado por el pueblo, a instancias de algunos que andaban a su lado, a castigar un grave crimen que

cometieron los tesalónicos, a quienes ya por intercesión de algunos obispos había prometido el perdón. Por esto fué corregido conforme al estilo de la disciplina eclesiástica, y fué tal su compunción que, rogando a Dios el pueblo por él, más lágrimas derramó viendo postrada en tierra la majestad del emperador, que temor había manifestado cuando le vio cegado por la ira.

Estas admirables acciones y otras buenas obras hizo que sería largo referirlas, llevando siempre consigo el desprendimiento del humo temporal de cualquier gloria y lisonja humana, de cuyas buenas operaciones el premio es la eterna felicidad, la cual sólo da Dios a los verdaderamente piadosos. Pero todas las demás cualidades, ya sean las más celebradas fortunas o los subsidios necesarios de esta vida, como son el mismo mundo, la luz, el aire, la tierra, el agua, los frutos, el alma del mismo hombre, el cuerpo, los sentidos, el espíritu y la vida lo da Dios a los buenos y a los malos, en lo cual se incluye también cualquiera grandeza o exaltación al trono, lo cual dispensa igualmente este gran Dios según lo piden los tiempos.

[70] Valentiniano el joven.

[71] Panegírico del tercer consulado de Honorio, vers. 96. 98.

Capítulo XXVII

INVECTIVA DE SAN AGUSTÍN CONTRA LOS ENVIDIOSOS QUE ESCRIBIERON CONTRA LOS LIBROS QUE ÉL HABÍA YA DADO A LUZ.

27 Según esto, advierto que únicamente me resta responder a aquellos que, refutados y convencidos con manifiestas razones y documentos, con que se demuestra evidentemente que para la obtención de estas felicidades temporales, que solos los necios desean tener, no aprovecha el número crecido de los dioses falsos, procuran, no obstante, defender que se deben adorar estos númenes, no por el provecho y comodidad de la vida presente, sino por la futura que se espera después de la muerte. Pues a los que por las amistades mundanas quieren adorar vanidades, y se quejan que no les

permiten entregarse a los gustos y bagatelas de los sentidos, me parece que en estos cinco libros les hemos respondido lo necesario. De los cuales, habiendo sacado a luz los tres primeros, y empezando a andar ya en manos de muchos, oí decir que algunos habían tomado la pluma y disponían no sé qué respuesta contra ellos. Después me informaron asimismo que habían escrito, pero que aguardaban tiempo para darlo al público a su salvo; a los cuales advierto que no deseen lo que no les está bien, porque es muy fácil parecer que ha respondido uno con no haber querido callar.

Y ¿qué cosa hay más locuaz y sobrada de palabras que la vanidad? La cual, no por eso puede lo que la verdad; pues, si quisiera, puede también dar muchas más voces que la verdad; si no, considérenlo todo muy bien, y si acaso, mirándolo sin pasión de las partes, les pareciere que es de tal calidad que más pueden echarlo a barato que desbaratarlo con su procaz locuacidad y con su satírica y ridícula liviandad, repórtense y den de mano a sus vaciedades, y quieran más ser antes corregidos por los prudentes que alabados por los imprudentes. Porque si aguardan tiempo, no para decir libremente la verdad, sino para tener licencia de decir mal, Dios los libre de que les suceda lo que dice Tulio [72] de uno, que por la licencia que tenía de pecar se llamaba feliz. ¡Oh miserable del que tuvo semejante licencia para pecar! Y así cualquiera que imaginare que es feliz por la licencia que tiene de maldecir, será mucho más dichoso si de ningún modo usare de tal permiso pudiendo aun ahora, dejando aparte la vanidad de la arrogancia, como con pretexto de querer saber la verdad, contradecir cuanto quisiere y cuanto fuere posible oír y saber honesta, grave y libremente lo que hace al caso de boca de aquellos con quienes, confiriéndolo en sana paz, lo preguntaren.

[72] Tusc., 5, 19 (?).

LIBRO SEXTO

TEOLOGÍA MÍTICA Y CIVIL DE VARRÓN

PROEMIO

Me parece que he disputado bastante en estos cinco libros pasados contra los que temerariamente sostienen que por la importancia y comodidad de la vida mortal, y por el goce de los bienes terrenos, deben adorarse con el rito y adoración que los griegos llaman latría, y se debe únicamente al solo Dios verdadero, a muchos y falsos dioses, de los cuales la verdad católica evidencia que son simulacros inútiles, o espíritus inmundos y perniciosos demonios, o por lo menos criaturas, y no el mismo Criador.

Y ¿quién no advierte que para una necedad y pertinacia tan grandes no bastan estos cinco libros ni otros infinitos, por más que sean muchos en el número? En atención a que se reputa por gloria y honra de la humana lisonja no rendirse a todos los contrastes de una verdad acrisolada, cuando resulta en perjuicio sin duda de aquel en quien reina tan monstruoso vicio. Porque también una enfermedad peligrosa contra toda la industria del que la cura es invencible, no precisamente porque cause daño alguno al médico, sino por el que resulta al enfermo considerado como incurable. Pero las personas que lo leen, lo examinan con madurez y circunspección, habiéndolo entendido y considerado sin ninguna, o a lo menos no con demasiada obstinación en el error en que se veían sumergidos, echarán de ver fácilmente que con estos cinco libros que hemos concluido hemos satisfecho bastantemente a más de lo que exigía la necesidad de la cuestión, antes que haber quedado cortos, y no podrán poner en duda que toda esa odiosidad que los necios se esfuerzan en arrojar contra la religión cristiana, tomando pie de las calamidades de este mundo y de la fragilidad y vicisitudes de las cosas terrenas, con disimulo, más aún, con la aprobación de los doctos que obrando contra su conciencia se hacen necios por su loca impiedad, no dudarán, digo,

que es un juicio vacío completamente de todo sentido y razón y lleno de vana temeridad y odio malvado.

Capítulo I

DE LOS QUE DICEN QUE ADORAN A LOS DIOSES NO POR ESTA VIDA PRESENTE, SINO POR LA ETERNA.

1 Ahora, pues, porque según lo pide nuestra promesa habremos también de refutar y desengañar a los que intentan defender que debe tributarse adoración a los dioses de los gentiles, que destruyen la religión cristiana, no por los intereses y felicidades de esta vida, sino por la que después de la muerte se espera, quiero dar principio a mi discurso por el verdadero oráculo del salmista rey, donde se lee [1]: "Bienaventurado el hombre que pone toda su confianza en Dios, y el que no se aparta de El, ni fingió las vanidades y los falsos desvaríos". Con todo, entre todas ilusorias doctrinas y falsos despropósitos, los que más tolerablemente se pueden oír son los de los filósofos a quienes no satisfizo la opinión y error universal de las gentes, que dedicaron simulacros a los dioses, suponiendo muchas falsedades de los que llaman dioses inmortales, las cuales, siendo falsas e impías las fingieron o una vez fingidas las creyeron, y creídas las introdujeron en el culto y ceremonias de su religión. Con estos tales, que aunque no diciéndolo libremente, pero sí al menos en sus obras, como entre dientes aseguraban que no aprovechan semejantes desatinos, no del todo fuera de propósito se tratará esta cuestión: si conviene adorar por la vida que se espera después de la muerte, no a un solo Dios, que hizo todo lo criado espiritual y corporal, sino a muchos dioses, de quienes algunos de los mismos filósofos, entre ellos los más acreditados y sabios, sintieron que fueron criados por aquél sólo, y colocados en un lugar sublime.

Porque ¿quién sufrirá se diga y defienda que los dioses de que hicimos mención en el libro IV [2] a quienes se atribuye a cada uno respectivamente su oficio y cargo de negocios de poco momento,

conceden a los mortales la vida eterna? ¿Por ventura aquellos sabios y científicos varones que se glorían por un beneficio digno del mayor aprecio el haber escrito y enseñado para que se supiese, el método y motivo con que se habían de suplicar a cada uno de los dioses, y qué era lo que se les debía pedir, a fin de que, inconsiderada y neciamente, como suele hacerse por risa y mofa en el teatro, no pidiesen agua a Baco y vino a las Ninfas, aconsejaran a ninguno rogase a los dioses inmortales que cuando hubiese pedido a las Ninfas vino, y le respondiesen: "nosotros sólo tenemos agua, eso, pedidlo a Baco", dijese entonces prudentemente: "si no tenéis vino, a lo menos dadme la vida eterna". ¿Qué idea puede haber más monstruosa que este disparate? ¿Acaso excitadas a risa, porque suelen ser fáciles en reír, a no ser que afecten engañar, como que son demonios, no responderán al que así les rogare: "hombre de bien, ¿pensáis que tenemos en nuestra mano la vida, siendo así que habéis oído repetidas veces que ni aun disponemos de vida?"

Así que es una necedad y desvarío insufrible pedir o esperar la vida eterna de semejantes dioses, de quienes se dice que cada partecilla de esta trabajosa y breve vida, y si hay alguna que pertenezca a su fomento, incremento y sustento, la tienen debajo de su amparo; pero es con tal restricción, que lo que está bajo la tutela y disposición de uno lo deben pedir a otro, de que resulta se tenga por tan absurda, imposible y temeraria tal potestad, como lo son los donaires y disparates del bobo de la farsa, y cuando esto lo hacen actores ingeniosos ante el público, con razón se ríen de ellos en el teatro, y cuando lo hacen los necios ignorándolo, con más justa causa se burlan y mofan de ellos en el mundo.

Con mucho ingenio descubrieron los doctos y dejaron escrito en sus obras a qué dios o diosa de los que fundaron las ciudades se debería acudir en busca de diversos remedios; es a saber, qué es lo que se debía pedir a Baco, a las Ninfas, a Vulcano, y así a los demás; de lo que parte referí en el libro IV, y parte me pareció conveniente

pasarlo en silencio, y si es un error notable pedir vino a Ceres, pan a Baco, agua a Vulcano y fuego a las Ninfas, ¿cuánto mayor disparate será pedir a alguno de éstos la vida eterna? Por lo mismo, si cuando preguntábamos acerca del reino de la tierra qué dioses o diosas debía creerse que le podían dar, habiendo examinado este punto, averiguamos era muy ajeno de la verdad el pensar que los reinos, a lo menos de la tierra, los daba ninguno de los que componen tanta multitud de falsos dioses. Por ventura, ¿no será una disparatada impiedad el creer que la vida eterna, que sin duda alguna y sin comparación se debe preferir a todos los reinos de la tierra, la pueda dar a nadie ninguno de ellos?

Porque está fuera de toda controversia que semejantes dioses no podían dar ni aun el reino de la tierra, por sólo el especioso título de ser ellos dioses grandes y soberanos; siendo estos dones tan viles y despreciables, que no se dignarían cuidar de ellos viéndose en tan encumbrada fortuna, a no ser que digamos que por más que uno, con justa razón vilipendie, considerando la fragilidad humana, los caducos títulos del reino de la tierra, estos dioses fueron de tal calidad, que parecieron indignos de que se les confiase la distribución y conservación de ellas, no obstante de ser correspondiente a su alta dignidad encomendárselas y ponerlas bajo su custodia.

Y, por consiguiente, si conforme a lo que manifestamos en los dos libros anteriores, ninguno de los que componen la turba de los dioses, ya sea de los plebeyos o de los patricios, es idóneo para dar los reinos mortales a los mortales, ¿cuánto menos podrá de mortales hacer inmortales?

Y más, que si lo tratamos con los que defienden deben ser adorados los dioses, no por las felicidades de la vida presente, sino por la futura, acaso nos dirán que de ninguna manera se les debe tributar veneración, a lo menos por aquellas cosas que se les atribuyen como repartidas entre ellos y propias de la potestad peculiar de cada uno, porque así lo persuada la luz de la verdad, sino

porque así lo introdujo la opinión común, fundada en la vanidad humana y en el fanatismo, como se persuaden los que sostienen que su culto es necesario para sufragar a las necesidades de la vida mortal, contra quienes en los cinco libros precedentes he disputado lo preciso cuanto me ha sido posible. Pero siendo, como es, innegable nuestra doctrina; si la edad de los que adoran a la diosa Juventas fuera más feliz y florida, y la de los que la desprecian se acabara en el verdor de su juventud, o en ella, como en un cuerpo cargado de años, quedaran yertos y fríos; si la fortuna Barbada con más gracia y donaire vistiera las quijadas de sus devotos, y a los que no lo fuesen los viéramos lampiños y mal barbados, dijéramos muy bien que hasta aquí cada una de estas diosas podía en alguna manera limitarse a sus peculiares oficios, y, por consiguiente, que no se debía pedir ni a la Juventas la vida eterna, pues no podía dar ni aun la barba; ni de la fortuna Barbada se debía esperar cosa buena después de esta vida, porque durante ella no tenía autoridad alguna para conceder siquiera aquella misma edad en que suele nacer la barba.

Mas ahora, no siendo necesario su culto ni aun para las cosas que ellos entienden que les están sujetas, ya que muchos que fueron devotos de la diosa Juventas no florecieron en aquella edad, y muchos que no lo fueron gozaron del vigor de la juventud; y asimismo algunos que se encomendaron a la fortuna Barbada, o no tuvieron barbas o las tuvieron muy escasas; y si hay algunos que por conseguir de ella las barbas los reverencian, los barbados que la desprecian se mofan y burlan de ellos.

¿Es posible que esté tan obcecado el corazón humano que viendo está lleno de embelecos, y es inútil el culto de los dioses para obtener estos bienes temporales y momentáneos, sobre los que dicen que cada uno preside particularmente a su objeto, crea que sea importante para conseguir vida eterna? Esta, ni aun aquellos han osado afirmar que la pueden dar; ni aun aquellos, digo, que para que el vulgo necio los adorase, porque pensaban que eran muchos en demasía, y que

ninguno debía estar ocioso, les repartieron con tanta prolijidad y menudencia todos estos oficios temporales.

[1] Ps., 39, 5.

[2] Cap. 22.

Capítulo II

QUÉ ES LO QUE SE DEBE CREER QUE SINTIÓ VARRÓN DE LOS DIOSES DE LOS GENTILES, CUYOS LINAJES Y SACRIFICIOS DE QUE ÉL DIO NOTICIA FUERON TALES, QUE HUBIERA USADO CON ELLOS DE MÁS REVERENCIA SI DEL TODO LOS HUBIERA PASADO EN SILENCIO.

2 ¿Quién anduvo buscando todas estas particularidades con más curiosidad que Marco Varrón? ¿Quién las descubrió más doctamente? ¿Quién las consideró con más atención? ¿Quién las distinguió con más exactitud y las escribió con más profusión y diligencia? Este escritor, aunque no es en el estilo y lenguaje muy suave, con todo, inserta tanta doctrina y tan buenas sentencias, que en todo género de erudición y letras que nosotros llamamos humanas y ellos liberales, enseña tanto al que busca la ciencia cuanto Cicerón deleita al que se complace en la hermosura de la frase. Finalmente, el mismo Tulio habla de éste con tanta aprobación, que dice en los libros académicos que la disputa la tuvo con Marco Varrón, sujeto, dice, entre todos sin controversia agudísimo y sin ninguna duda doctísimo; no le llama elocuentísimo o fecundísimo, porque en realidad de verdad en la retórica y elocuencia con mucho no llega a igualarse con los muy elocuentes y fecundos, sino entre todos, sin disputa, agudísimo.

En aquellos libros, digo, en los académicos, donde pretende probar que todas las cosas son dudosas, le distinguió con el apreciable título de doctísimo. Verdaderamente que de esta prenda estaba tan cierto que quitó la duda que suele poner en todo, como si habiendo de tratar de este célebre escritor, conforme a la costumbre que tienen los académicos de dudar de todo, se hubiera olvidado de que era

académico. Y en el libro I, celebrando las obras que escribió el mismo Varrón: "andando, dice, nosotros peregrinando y errantes por nuestra ciudad como si fuéramos forasteros, tus libros puedo asegurar nos encaminaron y tornaron a casa, para que al fin pudiéramos advertir quiénes éramos y adónde estábamos; tú nos declaraste la edad de nuestra patria, tú las descripciones de los tiempos, tú la razón de la religión, el oficio de los sacerdotes, la disciplina doméstica y pública, de los sitios, regiones, pueblos y de todas las cosas divinas y humanas nos declaraste los nombres, géneros, oficios y causas" [3].

Este Varrón, pues, es de tan excelente e insigne doctrina, que brevemente recopila su elogio Terenciano en este elegante y conciso verso: "Varrón por todas partes doctísimo". Leyó tanto que causa admiración tuviese tiempo para escribir sobre ninguna materia; y, sin embargo, escribió tantos volúmenes cuantos apenas es fácil persuadirse que ninguno pudo jamás leer. Este Varrón, digo, tan perspicaz e instruido, si escribiera contra las cosas divinas, de que escribió también y dijera que no eran cosas religiosas, sino supersticiosas, no sé si escribiera en ellas cosas tan dignas de risa, tan impertinentes y tan abominables. Con todo, adoró a estos mismos dioses y fué de dictamen que se debían reverenciar, tanto, que en los mismos libros dice teme no se pierdan, no por violencia causada por los enemigos, sino por negligencia de los ciudadanos. De esta inminente ruina dice que los libra depositándolos y guardándolos en la memoria de los buenos, por medio de aquellos sus libros, con una diligencia harto más provechosa que la que es fama usó Metelo cuando libró su estatua de Vesta, y Eneas sus penates del voraz incendio de Troya. Y con todo, deja allí escritas a la posteridad sentencias dignas que los sabios y los ignorantes las desechen y algunas sumamente contrarias a las verdades de la religión. En virtud de este proceder, ¿qué debemos pensar sino que este hombre, siendo muy ingenioso y docto, aunque no libre por la gracia del Espíritu Santo, se halló oprimido de la detestable costumbre y leyes de su

patria, y, con todo, no quiso pasar en silencio las causas que le movían, so color de encomendar la religión?

[3] Quaest. Acad., 1, 3.

Capítulo III

LA DIVISIÓN QUE HACE VARRÓN DE LOS LIBROS QUE COMPUSO ACERCA DE LAS ANTIGÜEDADES DE LAS COSAS HUMANAS Y DIVINAS.

3 Habiendo escrito cuarenta y un libros sobre las antigüedades, los dividió según materias divinas y humanas. En estas últimas consume veinticinco, en las divinas dieciséis, siguiendo en la división de materias esta distribución; de forma que reparte en cuatro partes veinticuatro libros concernientes a las cosas humanas, designando seis a cada parte. Allí trata por extenso quiénes, dónde, cuánto y qué llevan a cabo. Así, que en los seis primeros habla de los hombres, en los seis segundos de los lugares, en los seis terceros de los tiempos, y en los seis últimos de las cosas; y así cuatro veces seis hacen veinticuatro. Pero, además, colocó uno por sí sólo al principio, que en común habla de todos los asuntos propuestos. El que trata asimismo de las cosas divinas guardó el mismo método en la división, por lo respectivo a los ritos y víctimas que se deben ofrecer a los dioses; ya que los hombres, en determinados lugares y tiempos, les ofrecen el culto divino. Las cuatro materias que he dicho, las comprendió en cada tres libros: en los tres primeros, trata de los hombres; en los tres siguientes, de los lugares; en el tercer grupo, de los tiempos; en los tres últimos, del culto divino; designado en este lugar, por medio de una sencilla distinción, quiénes, dónde, cuándo y qué ofrecen. Mas porque convenía decir _ que era lo que principalmente se esperaba de él _ quiénes eran aquellos a quienes se ofrece, trató también de los mismos dioses en los tres postreros, para que cinco veces tres fuesen quince, y son entre todos, como he dicho, dieciséis; porque al principio puso uno de por sí, que primero habla en común de todos. Y acabado éste, luego, conforme a la división hecha en las cinco partes,

los tres primeros que pertenecen a los hombres, los reparte de este modo: en el primero, trata de los pontífices; en el segundo, de los augures o adivinos; en el tercero, de los quince varones que atendían a las funciones sagradas. Los tres segundos, que miran a los lugares de esta manera: en el primero, trata de los oratorios; en el segundo, de los templos sagrados; en el tercero, de los lugares religiosos; y los tres que siguen luego, que conciernen a los tiempos, esto es, a los días festivos, que en el primero habla de las ferias; en el segundo de los juegos circenses; en el tercero, de los escénicos. Los del cuarto ternario, que pertenecen a las cosas sagradas, los divide así: en el primero, diserta sobre las consagraciones; en el segundo, de la reverencia y culto particular, y en el tercero, del público. A éste, como aparato de los asuntos que ha de exponer en los tres que restan, siguen en último lugar los mismos dioses, en cuyo honor ha empleado todas sus tareas literarias, por este orden: en el primero trata de los dioses ciertos, en el segundo de los inciertos, en el tercero y último, de los dioses escogidos.

De lo que hemos ya insinuado y diremos adelante puede fácilmente advertir el que obstinadamente no fuere enemigo de sí propio, que en toda esta traza, en esta hermosa y sutil distribución y distinción, en vano se busca y espera la vida eterna, que imprudentemente la quieren y desean. Porque toda esta doctrina, o es invención de los hombres o de los demonios, y no de los demonios que ellos llaman buenos, sino, por hablar más claro, de los espíritus inmundos o más ciertamente malignos, los cuales con admirable odio y envidia ocultamente plantan en los juicios de los impíos unas opiniones erróneas y perniciosas con que el alma más y más se vaya desvaneciendo, y no pueda acomodarse ni adaptarse con la inmutable y eterna verdad; y en ocasiones evidentemente las infunden en los sentidos, y las confirman con los embelecos y engaños que les es posible imaginar.

Este mismo Varrón confiesa que por eso no escribió en primer lugar de las cosas humanas y después de las divinas, porque antes hubo ciudades, y después éstas ordenaron e instituyeron las ceremonias de la religión. Pero al mismo tiempo es indudable que a la verdadera religión no la fundó ninguna ciudad de la tierra, antes sí, ella es la que establece una ciudad verdaderamente celestial. Y ésta nos la inspira y enseña el verdadero Dios, que da la vida eterna a los que de corazón le sirven.

Capítulo IV

QUE CONFORME A LA DISPUTA DE VARRÓN, ENTRE LOS QUE ADORAN A LOS DIOSES, LAS COSAS HUMANAS SON MÁS ANTIGUAS QUE LAS DIVINAS.

4 La razón en que se funda Varrón cuando confiesa que por eso escribió primeramente de las cosas humanas y después de las divinas, porque éstas fueron instituidas y ordenadas por los hombres, es ésta: "Así como es primero el pintor que la tabla pintada, primero el arquitecto que el edificio, así son primero las ciudades que las instituciones que ordenaron estas mismas". Aunque dice que escribiera antes de los dioses y después de los hombres: si escribiera sobre toda la naturaleza de los dioses, como si escribiera aquí de alguna y no de toda, o como si alguna naturaleza de los dioses, aunque no sea toda, no debe ser primero que la de los hombres. Cuanto más que en los tres últimos libros, tratando cuidadosamente de los dioses ciertos, de los inciertos y de los escogidos, parece que no omite ninguna naturaleza de los dioses. ¿Qué significa, pues, lo que dice? "¿Si escribiéramos de toda la naturaleza de los dioses y de los hombres, primero concluyéramos con la divina que tocáramos a la humana?" Porque, o escribe de toda la naturaleza de los dioses, o de alguna o de ninguna; si de toda, debe ser preferida sin duda a las cosas humanas; si de alguna, ¿por qué también ésta no ha de preceder a las cosas humanas? ¿Acaso no merece alguna parte de los dioses

ser antepuesta aun a toda la naturaleza de los hombres? Y si es demasiado que alguna parte divina logre preferencia generalmente sobre todas las cosas humanas, por lo menos será razón que se anteponga siquiera a las romanas, puesto que escribió los libros relativos a las cosas humanas, no precisamente por lo que respectan a todo el orbe de la tierra, sino en cuanto conciernen a sola Roma. A los cuales, sin embargo, en los libros de las cosas divinas dijo que, según el orden analítico que había observado en escribir, con razón loa había antepuesto, así como debe ser preferido el pintor a la tabla pintada, el arquitecto al edificio, confesando con toda claridad que estas cosas divinas, igualmente que la pintura y el edificio, son instituciones que deben su erección a los hombres.

Resta, por último, sepamos que no escribió sobre naturaleza alguna de los dioses, lo cual no lo quiso hacer claramente y al descubierto; antes lo dejó a la consideración de los que lo entienden. Pues, cuando se dice "no toda", comúnmente se entiende "alguna"; pero puede entenderse asimismo "ninguna", porque la que es ninguna, ni es toda ni es alguna; en atención a que, como él dice: "Si escribiera de toda la naturaleza de los dioses, en el orden de la escritura debiera preferirla a las cosas humanas"; y conforme lo dice a voces, la verdad, aunque él lo calla, debiera anteponerla por lo menos a las glorias romanas, cuando no fuera toda, a lo menos alguna; es así que con razón se pospone, luego no quiere hacer alusión a los dioses, donde se infiere que no quiso preferir las cosas humanas a las divinas, antes por el contrario, a las verdaderas no quiso anteponer las falsas; pues en cuanto escribió acerca de las cosas humanas siguió la historia según el orden de los sucesos y acaecimientos; mas en lo que llama cosas divinas, ¿qué autoridad siguió sino meras conjeturas y sueños fantásticos?

Esto es, en efecto, lo que quiso con tanta sutileza dar a entender, no sólo escribiendo últimamente de éstas y no de aquéllas, sino también dando la razón por qué lo hizo así. La cual si omitiera, acaso

esto mismo que hizo lo defendieran otros de diversa manera; pero en la misma causa que dio no dejó lugar a los otros para sospechar lo que quisiesen a su albedrío. Con pruebas bien concluyentes y con razones harto claras dio a entender que prefirió los hombres a las instituciones humanas, y no la naturaleza humana a la naturaleza de los dioses. Y por esto confieso ingenuamente que Varrón escribió los libros pertenecientes a las cosas divinas, no según el idioma de la verdad que concierne a la naturaleza, sino según la falsedad que toca al error. Lo cual reprodujo más extensamente en otro lugar, como lo insinué en el libro IV [4], diciendo que él seguiría gustosamente el estilo y traza de la naturaleza, si él fundara una nueva ciudad; pero, como había hallado una ya fundada, no pudo sino acomodarse y seguir las prácticas de ella.

[4] Cap. 31.

Capítulo V

DE LOS TRES GÉNEROS DE TEOLOGÍA, SEGÚN VARRÓN FABULOSA, NATURAL Y CIVIL

5 ¿Y de qué aprecio es la proposición por la que sostiene que hay tres géneros de Teología, esto es, ciencia de los dioses, de los cuales el uno se llama mítico, el otro físico y el tercero civil? Al primer género le denominaremos con propiedad fabuloso, que es lo mismo que mithicon, pues mithos en griego quiere decir fábula; que al segundo llamemos natural, ya la costumbre de hablar así lo exige; al tercero, que se llama civil, él mismo le nombró en lengua latina. Después dice llaman mítico aquel del que usan los poetas, físico del que los filósofos, civil del que usa el pueblo. "En el primero, dice, se hallan infinitas ficciones indignas de la naturaleza de los inmortales; por cuanto en él se advierte cómo un dios nació de la cabeza, otro procedió de un muslo, otro de unas gotas de sangre. En él se lee cómo los dioses fueron ladrones, adúlteros, y cómo sirvieron a los hombres; finalmente, en él atribuyen a los dioses todas las

criminalidades que no sólo puede cometer un hombre, sino también aquellas que apenas se pueden acumular al más vil y despreciable". Aquí, a lo menos, donde pudo, donde se atrevió y donde le pareció que pudo hacerlo sin costarle molestia alguna, declaró con razones patéticas y demostrativas y sin obscuridad o ambigüedad, cuán grande agravio e injuria se hacía a la naturaleza de los dioses fingiendo de ellos mentirosas fábulas; explicose en términos tan insinuantes y propios, porque hablaba, no de la teología natural, no de la civil, sino de la fabulosa, a la cual le pareció debía culpar y reprender libremente.

Veamos lo que dice de lo segundo: "El segundo género es, dice, el que he enseñado, del cual nos dejaron escritos los filósofos muchos libros, donde se expone que sean los dioses, de qué género y calidad, desde qué tiempo proceden, si son ab aeterno, si constan de fuego como creyó Heráclito, si de números como Pitágoras, si de átomos como Epicuro, y otros desvaríos semejantes más acomodados para oídos entre paredes en las escuelas, que afuera en el trato humano y conversación social".

No culpó o reprendió proposición alguna relativa al género que llama físico y pertenece a los filósofos; sólo refirió las controversias que existen entre ellos, de las que han nacido tanta multitud de sectas como se advierte, todas tan discordantes entre sí. Con todo, separó este género, sacándole del trato común, esto es, de las investigaciones del vulgo y encerrándole dentro de las escuelas y sus paredes. Mas al otro, esto es, al primero mentiroso y obsceno, no le apartó ni exterminó de las ciudades. ¡Oh verdaderamente religiosos oídos los del vulgo, y sobre todo los de un romano! Lo que los filósofos disputan acerca de los dioses inmortales no lo pueden oír y lo que cantan los poetas y representan los farsantes, porque todo es indigno de la naturaleza de los inmortales y porque son crímenes que pueden recaer, no sólo en cualquier hombre, sino en el más bajo, humilde y despreciable, no sólo lo toleran, sino que oyen con gusto; y no

contentos con esto, resuelven autorizadamente que esto es lo que agrada a los mismos dioses, y que por medio de semejantes representaciones teatrales debe aplacarse su ira.

Diré alguno: estos dos géneros, mítico y físico, esto es, el fabuloso y el natural, debemos distinguirlos del civil de que ahora tratamos, así como él los distinguió, y veamos ya cómo declara el civil. Bien considero las razones que militan para que se deba distinguir del fabuloso, supuesto que es falso, torpe e indigno; mas el querer distinguir el natural del civil, ¿qué otra cosa es sino confesar que el mismo civil es asimismo mentiroso? Porque si aquél es natural, ¿qué tiene de reprensible para que se deba excluir? Y si éste que se llama civil no es natural, ¿qué mérito tiene para que se deba admitir? Esta es, en efecto, la causa por que primero escribió de las cosas humanas y últimamente de las divinas; pues, en éstas no siguió la naturaleza de los dioses, sino las instrucciones de los hombres. Examinemos, pues, al mismo tiempo la teología civil: "El tercer género es, dice, el que en las ciudades los ciudadanos, con especialidad los sacerdotes, deben saber y administrar, en el cual se incluye qué dioses deben adorarse y reverenciar públicamente, qué ritos y sacrificios es razón que cada uno les ofrezca". Veamos ahora también lo que se sigue: "La primera teología, dice, principalmente es acomodada para el teatro; la segunda para el mundo, la tercera para la ciudad". ¿Quién no echa de ver a cuál dio la primacía? Sin duda que a la segunda, de la que dijo arriba cómo era peculiar a los filósofos, porque ésta, añade, que pertenece al mundo, es la que éstos reputan por la más excelente de todas. Pero las otras dos teologías, la primera y la tercera, es a saber, la del teatro y la de la ciudad, ¿las distinguió o las separó? Porque advertimos que no porque una cosa sea propia de la ciudad puede consiguientemente pertenecer al mundo, aunque vemos que las ciudades están en el mundo; pues es posible acontezca que la ciudad instruida y fundada en opiniones falsas, adore y crea tales cosas cuya naturaleza no se halla en parte alguna del mundo o fuera de su ámbito. Y el teatro, ¿dónde está sino en la ciudad? ¿Y quién instituyó

el teatro sino la ciudad? ¿Y por qué le instituyó sino por afición a los juegos escénicos? ¿Y dónde se hallan colocados los juegos escénicos sino entre las cosas divinas, de las cuales se escriben estos libros con tanto ingenio y agudeza?

Capítulo VI

DE LA TEOLOGÍA MÍTICA, ESTO ES, FABULOSA, Y DE LA CIVIL, CONTRA VARRÓN.

6 ¡Oh, Marco Varrón! Eres ciertamente el más ingenioso entre todos los hombres, y sin duda el más sabio; pero hombre en fin, y no de Dios; y, por lo mismo, aunque no has sido elevado a la cumbre de la verdad y de la libertad por el espíritu de Dios para ver y publicar las maravillas divinas, bien echas de ver cuánta diferencia se debe hacer entre las cosas divinas y entre las fruslerías y mentiras humanas; pero temes ofender las erróneas opiniones y las pervertidas costumbres del pueblo, que las ha recibido entre las supersticiones públicas; asimismo notas que estas ficciones repugnan a la naturaleza de los dioses, aun de aquellos que la flaqueza del espíritu humano imagina destruidos en los elementos de este mundo; tú lo echas de ver cuando por todas partes las consideras, y todo cuanto tenéis escrito en vuestros libros lo dice a voces: ¿qué hace aquí aunque sea excelentísimo, el humano ingenio? ¿De qué te sirve en tal conflicto la sabiduría humana, aunque tan vasta y tan inmensa? ¿Deseas adorar los dioses naturales y eres forzado a venerar los civiles? Hallaste que los unos eran fabulosos contra quienes pudiste libremente decir tu sentir, y, sin embargo, aun contra tu misma voluntad viniste a salpicar en los civiles. ¿Por qué confiesas que los fabulosos son acomodados para el teatro, los naturales para el mundo, los civiles para la ciudad, siendo, como es, el mundo obra de todo un Dios, y las ciudades y los teatros invenciones humanas, y no siendo los dioses, de quienes se burlan y ríen en los teatros, otros que los que se adoran en los templos, y no dedicando los juegos a otros que a los que

ofrecéis las víctimas y sacrificios? Con cuánta más libertad y con cuánta más sutileza hicieras esta división, diciendo que unos eran dioses naturales y otros instituidos por los hombres. Pero que de los establecidos por los hombres, una cosa enseña la doctrina de los poetas, otra la de los sacerdotes, aunque una y otra profesan entre sí una amistad mutua, por lo que ambas tienen de falsas; y de una y otra gustan los demonios, a quienes ofende la doctrina de la verdad.

Dejando a un lado por un breve rato la teología que llaman natural, de la cual hablaremos después, ¿os parece acaso que debemos perder o esperar la vida eterna de los dioses poéticos, teátricos, juglares y escénicos? Ni por pensamiento; antes nos libre Dios de cometer tan execrable y sacrílego desatino. ¿Acaso interpondremos nuestros ruegos para suplicar nos concedan la vida eterna unos dioses que gustan oír unos desvaríos, y se aplacan cuando se refieren y frecuentan en semejantes lugares sus culpas? Ninguno a lo que pienso, ha llegado con su desvarío a un tan grande despeñadero de tan loca impiedad. De donde se infiere que nadie alcanza la vida eterna con la teología fabulosa, ni con la civil; porque una va sembrando doctrinas detestables, fingiendo de los dioses acciones torpes, y la otra, con el aplauso que las presta, las va segando y cogiendo; la una esparce mentiras, la otra las coge; la una recrimina a las deidades con supuestas culpas, la otra recibe y abraza entre las cosas divinas los juegos donde se celebran tales crímenes; la una, adornada con la poesía humana, pregona abominables ficciones de los dioses, la otra consagra esta misma poesía a las solemnidades de los mismos dioses; la una canta las impurezas y bellaquerías de los dioses, la otra las estima sobremanera; la una las publica y finge, y la otra, o las confirma por verdaderas, o se deleita aun con las falsas; ambas son seguramente torpes, ambas odiosas; pero la una _ que es la teátrica _, profesa públicamente la torpeza, y la otra, que es la civil, se adorna con la obscenidad de aquélla. ¿Es posible que hemos de esperar alcanzar la vida eterna con lo que ésta caduca y temporal se profana?

Y si adultera la vida el comercio y trato con los hombres facinerosos, cuando se entrometen a hacer consentir nuestros afectos y voluntades en sus maldades, ¿cómo no ha de profanarla y pervertir la sociedad con los demonios, que se adoran y veneran con sus culpas? Si éstas son verdaderas, ¿qué malos los que son adorados?; si falsas, ¿cuán mal son adorados? Cuando esto decimos, quizá parecerá al que fuere demasiado ignorante en esta materia, que sólo las impurezas que se celebran de semejantes dioses son indignas de la Majestad Divina; ridículas y abominables las que cantan los poetas y se representan en los juegos escénicos; pero los sacramentos que celebran, no los ristriones, sino los sacerdotes, son limpios, puros y ajenos de toda esta impiedad e indecencia. Si esto fuese así, jamás nadie fuera de parecer que se celebrase en honra y reverencia de los dioses las torpezas que pasan en el teatro, nunca ordenaran los mismos dioses que públicamente se representaran; mas no se ruborizan de hacer semejantes abominaciones en obsequio de los dioses, en los teatros, porque lo mismo se practica en los templos; finalmente, el mismo autor referido, procurando distinguir la teología civil de la fabulosa, y formar una tercera teología en su género, más quiso que la entendiésemos compuesta de la una y de la otra, que distinta y separada de ambas. Y así dice que lo que escriben los poetas es menos de lo que debe seguir el pueblo, y lo que los filósofos es más de lo que conviene escudriñar al vulgo. Asegurando asimismo que, "no obstante de estar tan encontradas entre sí una y otra doctrina, sin embargo, están recibidas no pocas opiniones de tantos géneros en el gobierno de los pueblos; con lo cual lo que fuere común con los poetas lo escribiremos juntamente con lo civil, aunque entre éstos debemos más arrimarnos y comunicar con los filósofos que con los poetas". Luego no del todo habla con los poetas, aunque en otro lugar dice que, por lo respectivo a las generaciones de los dioses, el pueblo se inclinó más a la autoridad de los poetas que a la de los físicos, por cuanto aquí designa lo que debía hacer, y allí lo que se hacía. Los físicos, añade, escribieron para la utilidad común, y

los poetas para deleitar. Y así, según este sentir, lo que han escrito estos poetas y lo que no debe seguir el pueblo son las culpas de los dioses, los cuales con todo deleitan, igualmente así al pueblo como a los dioses. Porque a fin de deleitar, escriben, como dicen los poetas, y no para aprovechar; y con todo, escriben lo que los dioses pueden apetecer y el pueblo se lo puede representar.

Capítulo VII

DE LA SEMEJANZA Y CONVENIENCIA QUE HAY ENTRE LA TEOLOGÍA CIVIL Y FABULOSA.

7 Así que a la Teología civil se reduce la Teología fabulosa, teatral, escénica, llena de preceptos indignos y torpes, y toda esta que justamente parece se debe reprender o condenar es parte de la otra, que, según su dictamen, se debe reverenciar y adorar, y parte no por cierto despreciable (como lo pienso demostrar); la cual no sólo no es distinta ni ajena en todas sus partes de todo lo que es cuerpo, sino que del todo es muy conforme con ella, y convenientemente como miembro de un mismo cuerpo se la han acomodado y juntado con ella.

Y si no, digan, ¿qué nos manifiestan aquellas estatuas, las formas, las edades, los sexos y hábitos de los dioses? ¿Por ventura consideran los poetas a Júpiter barbado y a Mercurio desbarbado, y los pontífices no? Pregunto: ¿Fueron los cómicos, solos los que atribuyeron enormes crímenes a Priapio, y no los sacerdotes? ¿O le presentan en los lugares sagrados a la pública adoración bajo otro aspecto, o con distintos adornos cuando le sacan para que se rían de él en los teatros? ¿Acaso los comediantes representan a Saturno viejo y a Apolo joven, o de una manera diferente como están sus estatuas en los templos? ¿Por qué, pregunto, Fórculo, que preside las puertas, y Lementino el umbral, son dioses varones y Cardea, que custodia los quicios, es hembra? ¿Acaso no se hallan estas simplezas en los libros relativos a las cosas divinas, las cuales, poetas graves las tuvieron por

indignas de incluirlas en sus obras? ¿Por qué causa Diana, la del teatro, trae armas, y la de la ciudad no es más que una simple doncella? ¿Por qué motivo Apolo, el de la escena, es citarista, y el de Delfos no ejercita tal arte? Pero todos estos despropósitos son tolerables respecto de otros más torpes. ¿Qué sintieron del mismo Júpiter los que colocaron al ama que le crió en el Capitolio? ¿Por ventura por este hecho no confirmaron la opinión de Evemero, quien, no con fabulosa locuacidad, sino con exactitud histórica, escribió que todos estos dioses fueron hombres y hombres mortales? Igualmente los que fingieron a los dioses Epulones, parásitos convidados a la mesa de Júpiter, ¿qué otra cosa quisieron que fuesen sino unas ceremonias de pura farsa? Porque si en el teatro dijera el bobo o el gracioso que en el convite de Júpiter hubo también sus parásitos; sin duda que parecería que había intentado con este donaire hacer reír a la gente; pero lo dijo Varrón, y no en ocasión que escarnecía a los dioses, sino cuando los recomendaba y celebraba. Testigos fidedignos de que lo escribió así son los libros, no los pertenecientes a las cosas humanas, sino los que tratan de las divinas, y no en parte donde explicaba los juegos escénicos, sino donde enseñaba al mundo los ritos del Capitolio; finalmente, de estas ficciones se deja vilmente vencer, confesando que así como supieron de los dioses que tuvieron forma humana, así también creyeron que gustaban de los humanos deleites.

Capítulo VIII

DE LAS INTERPRETACIONES DE LAS RAZONES NATURALES QUE PROCURAN ADUCIR LOS DOCTORES PAGANOS EN FAVOR DE SUS DIOSES.

8 Sin embargo, dicen que todo esto tiene ciertas interpretaciones fisiológicas, esto es, razones naturales, como si nosotros en la presente controversia buscásemos la fisiología y no la teología; es decir, no la razón de la naturaleza, sino la de Dios, porque aunque el

verdadero Dios es Dios, no por opinión, sino por naturaleza, con todo, no toda naturaleza es Dios, pues, en efecto, la del hombre, la de la bestia, la del árbol, la de la piedra, es naturaleza, y nada esto es Dios; y si cuando tratamos de los misterios de la madre de los dioses, lo principal de esta interpretación consiste en que la madre de los dioses es la tierra, ¿para qué pasamos adelante en la imaginación? ¿Para qué escudriñamos lo demás? ¿Qué argumento hay que concluya con más evidencia en favor de los que sostienen que todos estos dioses fueron hombres? Y en esta conformidad son terrígenas e hijos de la tierra, así como la tierra es su madre; pero en la verdadera teología, la tierra es obra de Dios y no de madre; con todo, como quiera que interpreten sus misterios y los refieran a la naturaleza de las cosas, el ser hombre afeminados no es según el orden de lo natural, sino contra toda la naturaleza.

Esta dolencia, este crimen, esta ignominia es la que se practica entre aquellas ceremonias, lo que en las corrompidas costumbres de los hombres apenas se confiesa en los tormentos; y si estas ceremonias, que, según se demuestra, son más abominables que las torpezas escénicas, se excusan y purgan porque tienen sus interpretaciones, con las que se manifiesta que significan la naturaleza de las cosas, ¿por qué no se excusará y purificará asimismo lo que dicen los poetas? Pues que ellos han interpretado muchas cosas de la misma manera, y esto de forma que lo más horrible y abominable que cuentan como de que Saturno se comió a sus hijos, lo exponen así algunos; que todo cuanto el dilatado transcurso del tiempo, significado por el nombre de Saturno, engendra, él mismo lo consume. O, como piensa el mismo Varrón, porque Saturno pertenece a las semillas, las cuales vuelven a caer en la misma tierra de donde traen su origen, y otros de otra manera, y así lo demás concerniente al asunto.

Y con todo ello, se llama teología fabulosa, la cual, con todas estas sus interpretaciones reprenden, desechan y condenan; y por que ha

fingido acciones impropias del carácter de los dioses, no sólo con razón la diferencia de la natural, que es propia de los filósofos, sino también de la civil, de que tratamos, de la que dicen que pertenece a las ciudades y al pueblo, lo cual ha sido con este fin, porque como los hombres ingeniosos y doctos que escriben de estas materias observaron que ambas teologías eran dignas de condenación, así la fabulosa como la civil, y se atrevieron a condenar aquélla y no ésta, propusieron aquélla para condenarla, y a ésta, que era su semejante, la pusieron en público para que se comparase con la otra no para que la escogiesen, sino para que se entendiese que era digna de desechar juntamente con la otra, y de esta manera, sin riesgo alguno de los que temían reprender la teología civil, dando de mano a la una y a la otra, que llaman natural, hállase lugar en los corazones de los que mejor sienten. Porque la civil y la fabulosa, ambas son fabulosas y ambas civiles, ambas las hallará fabulosas el que prudentemente considerare las vanidades y las torpezas de ambas, y ambas civiles al que advierte incluidos los juegos escénicos, que pertenecen a la fabulosa, entre las fiestas de los dioses civiles y entre las cosas divinas de las ciudades.

Esto supuesto, ¿cómo se puede atribuir el poder de dar la vida eterna a ninguno de estos dioses, a quienes sus propias estatuas, sus ritos y religión convencen que son semejantes a los dioses fabulosos que claramente reprueban, y muy parecidos a ellos en las formas, edades, sexo, hábito, matrimonio, generaciones, ritos? En todo lo cual se conoce que, o fueron hombres, y que conforme a la vida y muerte de cada uno les ordenaron sus peculiares ritos y solemnidades, insinuándoles y aun asegurándoles este error y ceguera los demonios, o que realmente fueron unos espíritus inmundos, que se entrometieron en su voluntad, favorecidos de cualquier ocasión ventajosa para engañar los juicios humanos.

Capítulo IX

DE LOS OFICIOS QUE CADA UNO DE LOS DIOSES TIENE.

9 ¿Y qué diremos de los oficios peculiares de los dioses repartidos tan vilmente y tan por menudo, por los cuales, dicen, es menester suplicarles conforme al destino y oficio que cada uno tiene? Sobre cuyo punto hemos ya dicho bastante, aunque no todo lo que había que decir; pues ¿por ventura no se conforma más esta doctrina con los chistes y donaires de la farsa, que con la autoridad y dignidad de los dioses? Si proveyese uno de dos amas a un hijo suyo para que la una no le diese más que la comida, y la otra, la bebida, así como los romanos designaron para este encargo dos diosas: Educa y Potina, sin duda parecería que perdía el juicio, y que hacía en su casa una acción semejante a las que practica el cómico en el teatro con una desvergüenza extraordinaria. El mismo Varrón confiesa que semejantes obscenidades era imposible las hiciesen aquellas mujeres ministras de Baco, sino enajenadas de juicio, aunque después estas abominables fiestas llegaron a ofender tanto los ojos del Senado, más cuerdo y modesto, que las extinguió y abolió por un solemne decreto; y a lo menos, al fin quizás echaron de ver lo que influyen los espíritus inmundos sobre los corazones humanos cuando los tienen los dioses. Estas impurezas, a buen seguro que no se ejecutaran en los teatros, porque allí se burlan, juegan y no andan furiosos; no obstante, el adorar dioses que gusten también de semejantes fiestas, es una especie de furor.

¿Y de qué valor es aquella proposición, donde haciendo distinción del religioso y supersticioso, dice que el supersticioso teme a los dioses, y que el religioso sólo los respeta como a padres, y no los teme como a enemigos: añadiendo que todos son tan buenos, que les es más fácil el perdonar a los culpados que el ofender al inocente? Con todo, refiere que a la mujer, después del parto, la ponen tres dioses de centinela, para que de noche no entre el dios Silvano y la cause alguna molestia; que para significar estos guardas, tres

hombres por la noche visitan y rondan los umbrales de la casa y que primeramente hieren el umbral con un hacha, después le golpean con mazo y mano de mortero, y, por último, le barren con unas escobas, a fin de que con estos símbolos de la labranza y cultivo se prohíba la entrada al dios Silvano, ya que no se cortan ni se podan los árboles sin hierro, ni el farro se hace con el mazo con que le deshacen, ni el grano de las mieses se junta sin las escobas, y que de estas tres cosas tomaron sus nombres tres dioses: Intercidona, de la intercisión o del partir de la hacha; Pilumno, del pilón o mazo; Daverra, de las escobas, para que con el amparo de estos dioses la mujer estuviese segura e indemne contra las furiosas invasiones del dios Silvano; y así contra la fuerza y rigor de un dios injurioso y malo, no aprovechara la guarda de los buenos, si no fueran muchos contra uno, y contrastaran al áspero, horrendo, inculto y en realidad silvestre, como con sus contrarios, con los símbolos de la labranza y cultivo. ¿Es ésta, pregunto, la inocencia de los dioses, ésta la concordia? ¿Son éstos los dioses saludables de las ciudades, más dignos ciertamente de befa y risa que los escarnios de poetas y teatros?

Váyanse, pues, y procuren distinguir con la sutileza que pudieren la teología civil de la fabulosa, las ciudades de los teatros, los templos de las escenas, los ritos de los pontífices, de los versos de los poetas, como las cosas honestas, de las torpes; las verdaderas, de las falsas; las graves, de las livianas; las veras, de las burlas, y las que se deben desear de las que se deben huir.

Bien entendemos lo que pretenden; conocen que la teología teatral y fabulosa depende de la civil, y que de los versos de los poetas, como de un espejo cristalino, resulta su retrato; y por eso, cuando hablan de ésta que no se atreven a condenar, con más libertad arguyen y reprenden a aquélla que es su imagen, para que los que advierten sus deseos, abominen también el mismo original, de ésta, cuyo dechado e imagen es aquélla, la cual, con todo, los mismos dioses, viéndose en ella como en un espejo, la aman; de modo que se

descubre y echa de ver mejor en ambos lo que ellos son, y qué tales son; y así también, con terribles amenazas, forzaron a los que los adoraban a que les dedicasen las impurezas de la teología fabulosa, la pusiesen en sus solemnidades y as tuviesen entre sus cosas sagradas, en lo que, por una parte, nos enseñaron con la mayor evidencia que ellos eran unos espíritus torpes, y por otra, a la teología teatral, tan abatida y reprobada, la hicieron miembro y parte de la civil, que es en cierto modo escogida y aprobada, para que, siendo toda ella generalmente obscena y engañosa, y estando llena en sí misma de dioses fingidos, una parte estuviese en la liturgia de los sacerdotes, y otra, en los versos de los poetas. Y si contiene igualmente otras partes más, es otra cuestión; por ahora, por lo que se refiere a la división de Varrón, me parece que bastantemente he demostrado cómo la teología urbana y teatral pertenece a una misma civil; y así, participando ambas de unas mismas torpezas absurdas, impropiedades y falsedades, no hay motivo para que personas religiosas y piadosas imaginen esperar de la una y de la otra la vida eterna.

Finalmente, hasta el mismo Varrón refiere y enumera los dioses, comenzando desde la concepción del hombre. Empieza por Jano, y va siguiendo la serie de los dioses hasta la muerte del hombre decrépito, y concluye con los dioses, que pertenecen al mismo hombre, hasta llegar a la diosa Nenia, que es la que se invoca en los entierros de los ancianos; después sigue declarando otros dioses, que pertenecen no al mismo hombre, sino a las cosas que son propias del hombre, como es el sustento, el vestido y todo lo demás que es necesario para la vida, manifestando en todos estos ramos cuál es el oficio de cada uno, y por qué se debe acudir y suplicar a cada uno de ellos; pero con toda esta su exactitud y curiosidad, no se hallará que demostró o nombró un solo Dios a quien se deba pedir la vida eterna, y solamente por ella sola somos en realidad cristianos.

En vista de esto, ¿quién será tan estúpido que no advierta que este hombre, declarando con tanta prolijidad la teología civil, manifestando que es tan semejante a la fabulosa, impía, detestable e ignominiosa, e indicando con sobrada evidencia que la fabulosa es parte de ésta, no hace sino preparar el camino en los corazones de los hombres a la natural, la cual, dice, pertenece a los filósofos, lo que desempeña con tanta sutileza, que reprende abiertamente la fabulosa; y aunque no se atreve a motejar la civil, no obstante, al tiempo de declararla y examinarla muestra cómo es reprensible? y así, reprobada la una y la otra, a juicio de los que lo entienden bien, quede sola la natural, para que usemos de ella; de lo cual, con el auxilio del verdadero Dios, trataremos con más extensión en su lugar.

Capítulo X

DE LA LIBERTAD CON QUE SÉNECA REPRENDIÓ LA TEOLOGÍA CIVIL, CON MÁS VIGOR QUE VARRÓN LA FABULOSA.

10 Pero la libertad que faltó a Varrón para reprender a cara descubierta y con desahogo, como a la otra, esta teología urbana tan parecida a la teatral, no faltó, aunque no del todo, pero sí en alguna parte, a Anneo Séneca, que por varios indicios sabemos floreció en tiempo de nuestros santo Apóstoles, porque la tuvo en la pluma, aunque le faltó en la vida. Y así en el libro que escribió contra las supersticiones, más abundantemente y con mayor vehemencia reprende esta teología civil y urbana, que Varrón la teatral y fabulosa; pues, tratando de las estatuas: "dedican _ dice _ a los dioses sagrados, inmortales e inviolables en materia vilísima e inmóvil, vistiéndolos de formas propias de hombres, fieras y peces, y algunos los hacen de ambos sexos y de diferentes cuerpos, llamándolos dioses, los cuales, si tomaran espíritu y vida y de improviso los encontraran, los tuvieran por monstruos". Después, un poco más abajo, habiendo referido los dictámenes de algunos filósofos, y celebrando la teología natural, se opuso a sí mismo una duda, y dice: "Aquí dirá alguno: ¿He

de sufrir yo a Platón y al peripatético Estratón [5], que el uno hizo a Dios sin cuerpo, y el otro sin alma?" Y respondiendo a este argumento dice: "¿Te parecen más verdaderos los sueños de Tito Tacio, o los de Rómulo, o los de Tulio Hostilio? Tito Tacio dedicó a la diosa Cloacina? Rómulo a Pico Tiberino, Hostilio al Pavor y a la Palidez, afectos pestilenciales del hombre, de los cuales el uno es un movimiento o alteración del ánimo espantado y despavorido, y el otro del cuerpo, y no es enfermedad, sino color; ¿y has de creer que éstos son dioses, canonizándolos y colocándolos en el cielo?" De los mismos ritos atroces y torpes, ¿acaso no escribió también con la mayor libertad? "El uno _ dice _ se corta las partes que tiene de hombre, y el otro los músculos de los brazos [6]: ¿cómo o cuándo temen a los dioses airados los que así granjean y lisonjean los propicios? Parece que por ningún motivo se deben reverenciar los dioses, si es que igualmente quieren se les tribute este honor. Tan grande es el furor y desvarío de un juicio perturbado y sacado de sus quicios, que piensan aplacar a los dioses con sacrificios tales, que ni aun los hombres más bárbaros, traídos por argumento de fábulas y tragedias crueles, se muestran más inhumanos y atroces que ellos. Los tiranos, aunque hicieron pedazos los miembros de algunos, sin embargo, a nadie mandaron que se los despedazase a sí propio. A algunos han castrado por contemplar o contemporizarse con el apetito sensual de algunos príncipes; mas ninguno puso en sí mismo las manos por mandato de algún señor para dejar de ser hombres. A sí propios se despedazaron en los templos, y bañados en su propia sangre y mortales heridas, imploran el favor de sus mentidas deidades; si alguno tiene lugar de ver lo que hacen y lo que padecen, advertirá acciones tan indecentes e impropias de los honestos, tan indignas de los libertinos, tan desemejantes y contrarias a las de los cuerdos y sensatos, que no dudaría decir que están dementes y furiosos si fueran menos en número; pero ahora, la numerosa multitud de fanáticos sirve para que los tengan por juiciosos".

Pues lo que insinúa que pasa en el mismo Capitolio, y lo que, sin miedo alguno reprende severamente, ¿quién creerá que lo ejecutan, sino personas que escarnecen de ello o que están furiosas? Y así, habiéndose reído porque en las funciones sagradas de los egipcios lloraban el haber perdido a Osiris, y luego inmediatamente manifestaban particular alegría de haberle hallado, viendo que el perderle y el hallarle era fingido; aunque el dolor y alegría de los que nada perdieron y nada hallaron, realmente le representaban: "con todo _ dice _ esta locura y furor tiene su tiempo limitado; es tolerable volverse locos una vez en el año. Vine al Capitolio; vergüenza causará el descubrir la demencia que un furor ridículo ha tomado por oficio: uno hace como que presenta los nombres al dios, otro se ocupa en avisar a Júpiter las horas, otro se muestra que es lector, otro untador, que con un irrisible menear de brazos contrahace al que unta. Hay algunas mujeres que fingen están aderezando los cabellos a Juno y a Minerva, y estando no sólo lejos de la estatua, sino del templo, mueven sus dedos como quien está componiendo y tocando a otra. Hay otras que tienen el espejo, otras que llaman a los dioses para que les favorezcan en sus pleitos. Hay quien les ofrece memoriales y les informa de su causa; un excelente Archi_mimo, o director de escena, anciano ya decrépito, cada día iba a recitar en el Capitolio, como si los dioses oyeran de buena gana al que los hombres habían ya dejado. Allí veréis ociosos todo género de oficiales, asistiendo al servicio de los dioses inmortales". Y poco después dice: "éstos, aunque ofrecen al dios un ministerio superfluo y excusado, sin embargo, no es torpe ni infame: hay algunas mujeres que están sentadas en el Capitolio, persuadidas de que Júpiter está enamorado de ellas, sin tener respeto ni miedo a Juno, no obstante de ser (si quisiereis creer a los poetas), una diosa colérica e iracunda".

Esta libertad no la tuvo Varrón; sólo se atrevió a reprender la teología poética, sin meterse con la civil, a la que éste fustigó. Con todo, si atendiéramos a la verdad, peores son los templos donde se ejecutan estas abominaciones que los teatros en donde se fingen. Y

así, en orden a los ritos de la teología civil, aconseja Séneca al sabio "que no los conserve religiosamente en el corazón sino que los finja en las obras, porque dice: todo lo cual guardará el sabio como las sanciones establecidas por la ley, pero no como agradables a los dioses". Y poco después añade: "Pues que hacemos también casamientos con los dioses, y aun esto no es piadosa y legítimamente, por cuanto casamos a hermanos con hermanas. A Belona casamos con Marte, a Venus con Vulcano, a Salacia con Neptuno; aunque a algunos los dejamos solteros, como si les hubiera faltado con quién, principalmente habiendo algunas viudas como Populonia o Fulgora, y la diosa Rumina, a quienes no me espanto no hubiesen quien las pidiese. Toda esta turba plebeya de dioses, la cual por largo tiempo la amontonó una dilatada y sucesiva superstición, la adoramos _ dice _ en tales términos, que parece que su culto y veneración pertenece más al uso ya adaptado". Por lo tanto, ni aquellas sus leyes civiles, ni el uso y la costumbre instituyeron en la teología civil cosa que fuese agradable a los dioses, o fuese de importancia; pero éste, a quien los filósofos, sus maestros, hicieron así libre, como que era ilustre senador del pueblo romano, reverenciaba lo que reprendía, practicaba lo que condenaba, lo que culpaba adoraba; y, en efecto, la filosofía le había enseñado adecuadas máximas para que no fuese supersticioso en el mundo; más él, por amor y respeto a las leyes civiles y a las costumbres establecidas, aunque no ejecutase lo que el escénico finge en el teatro, sin embargo, le imitaba en el templo, que es tanto peor y más reprensible; pues lo que hacía por ficción, lo hacía de modo que el pueblo pensaba lo hacía de veras, y el actor de burlas; y fingiendo, antes deleitaba que engañaba.

[5] Diógenes Laert., 5.

[6] Lactancio, Instit., 1, 21.

Capítulo XI

LO QUE SINTIÓ SÉNECA DE LOS JUDÍOS.

11 Séneca, entre otras supersticiones relativas a la teología civil, reprende igualmente los ritos de los judíos, con especialidad la solemnidad del sábado, diciendo que la celebran inútilmente; porque en los días que interponen cada siete días, estando ociosos, pierden casi la séptima parte de su vida, y se malbaratan muchas cosas dejándolas de hacer al tiempo que debieran; pero no se atrevió a hacer mención de los cristianos, que ya entonces eran aborrecidos de los judíos, ni en bien ni en mal, o por no alabarlos quebrantando la antigua costumbre de su patria, o por no reprenderlos quizá contra su voluntad; pero hablando de los judíos dice: "Y con todo eso, han cundido y prevalecido tanto las costumbres y método de vivir de esta malvada nación, que están ya recibidas por todas las provincias de la tierra, y, los vencidos, han dado leyes a los vencedores". Admirábase diciendo esto, y no sabía lo que Dios obraba; al fin puso su parecer, significando lo que sentía acerca de aquellos ritos, y dice así: "Con todo, ellos saben y entienden las causas en que se fundan sus ritos y ceremonias, y la mayor parte del pueblo hace lo que ignora por qué lo hace"; pero sobre los ritos de los judíos, las causas porque fueron instituidos por la autoridad divina, la manera que se observó en su establecimiento, y cómo después por la misma autoridad en el tiempo en que convino se los quitaron al pueblo de Dios, a quien fué servido revelar el misterio de la vida eterna, ya en otra parte lo hemos expuesto, principalmente cuando disputamos contra los maniqueos, y en estos libros lo manifestaremos también en lugar más oportuno.

Capítulo XII

QUE DESCUBIERTA LA VANIDAD DE LOS DIOSES DE LOS GENTILES, ES SIN DUDA, QUE NO PUEDEN ELLOS DAR A NINGUNO LA VIDA ETERNA, PUES QUE NO AYUDAN TAMPOCO PARA ESTA VIDA TEMPORAL.

12 Mas ahora acerca de estas tres teologías que los griegos llaman mítica, física y política, y en idioma latino pueden llamarse fabulosas, natural y civil, de ésta hemos demostrado que no se debe esperar la vida eterna; tampoco de la fabulosa, a la cual, aun los mismos que adoran muchos y falsos dioses, con bastante libertad reprenden; y menos de la civil, cuya parte principal se convence ser la fabulosa, descubriéndose que es muy semejante a ella y aun peor; pero si no pareciese suficiente a los incrédulos lo que hemos referido en este libro, añada también lo que hemos dicho copiosamente en los precedentes, y especialmente en el IV, hablando de Dios, dador y dispensador de la felicidad. Porque ¿a quién debieran consagrarse los hombres por amor de la vida eterna sino sólo a la felicidad, si ésta fuera diosa? Y, supuesto que no lo es, sino un don de Dios, ¿a qué Dios sino al dador de la felicidad nos hemos de consagrar los que con piadosa caridad amamos y deseamos la vida eterna, donde se halla la verdadera y completa felicidad? Que ninguno de los dioses que con tanta torpeza se reverencian, y que si no los adoran más torpemente se enojan, aunque se confiesan ellos mismos por espíritus inmundos; que ninguno de éstos, digo, sea dador de la felicidad, creo que por lo que llevamos referido ninguno tiene que dudar; y el que no da la felicidad, ¿cómo podrá dar la vida eterna? ¿Cuál es la causa porque llamamos vida eterna aquella donde hay felicidad sin fin? Pues si el alma vive en las penas eternas, donde también los espíritus malignos han de ser atormentados, mejor debe ser llamada aquélla muerte eterna que vida; porque no hay muerte mayor ni más temible que aquella donde no muere la muerte; pero como la naturaleza del alma, que fué criada inmortal, no puede existir sin alguna vida, cualquiera que sea, su muerte más infausta es hallarse ajena y privada de la vida

de Dios en la eternidad del tormento. De donde se infiere que la vida eterna, esto es, la feliz y bienaventurada sin fin, sólo la da el que da la verdadera felicidad; la cual, por cuanto está demostrado que no la pueden dar los dioses que reverencian esta teología civil, por lo mismo, no sólo no se les debe venerar por el interés de las cosas temporales y terrenas, según lo manifestamos en los cinco libros anteriores, pero mucho menos por la vida eterna que esperamos después de la muerte; lo cual hemos probado en este solo libro, aprovechándonos también de las máximas establecidas en los precedentes, y por cuanto suele estar demasiado arraigada la malicia de una envejecida costumbre, si a alguno le pareciese que hemos dicho poco en razón de condenar y desterrar esta teología civil, atienda con diligencia a lo que con el favor de Dios estudiaremos en el libro siguiente.

LIBRO SÉPTIMO

LOS DIOSES SELECTOS DE LA TEOLOGÍA CIVIL

PROEMIO

Si pareciese que soy algo más exacto y prolijo en procurar arrancar y extirpar las perversas y envejecidas opiniones contrarias a la verdadera religión, las cuales tenía arraigadas profunda y obstinadamente en los corazones meticulosos el error en que tanto tiempo había estado el género humano; y si vieren dedicar mis tareas literarias, y según lo que alcanzan mis facultades intelectuales cooperar, con la gracia de aquel que como verdadero Dios es poderoso, para extirparlas (aunque los ingenios que son más vivos y superiores en la comprensión quedan ya suficientemente satisfechos con los libros que dejamos explicados), lo habrán de sufrir con paciencia; y por amor a la salud eterna de sus prójimos, entender no es superfluo lo que ya respecto de ellos echan de ver que no es necesario. Grande negocio y muy interesante es el que se hace cuando se predica y enseña que se debe buscar y adorar la verdadera y realmente santa esencia divina, y aun cuando ella no nos deje suministrar los medios necesarios para sustentar la humana fragilidad de que al presente estamos vestidos; sin embargo, la causa final porque se debe buscar y adorar, no es el humo transitorio de esta vida mortal, sino la vida dichosa y bienaventurada, que no es otra sino la eterna.

Capítulo I

SI HABIÉNDONOS CONSTADO QUE NO HAY DIVINIDAD EN LA TEOLOGÍA CIVIL, DEBEMOS CREER QUE LA PODEMOS HALLAR EN LOS DIOSES QUE LLAMAN SELECTOS O ESCOGIDOS.

1 Que esta divinidad, o, por decirlo así, deidad (porque ya tampoco los nuestros se recelan de usar de esta palabra, por traducir del idioma griego lo que ellos llaman Ceoteta), que esta divinidad o deidad, digo no se halla en la teología denominada civil (de la cual

disputó Marco Varrón en 16 libros), es decir, que la felicidad de la vida eterna no se alcanza con el culto de semejantes dioses, cuales instituyeron las ciudades, y del modo que ellas establecieron fuesen adorados; a quienes esta verdad no hubiere aún convencido con la doctrina propuesta en el libro VI que acabamos de concluir, en leyendo acaso éste, no tendrá que desear más para la averiguación de esta cuestión; por que es factible piense alguno que por la vida bienaventurada, que no es otra sino la eterna, se debe tributar adoración a los dioses selectos y principales que Varrón comprendió en el último libro, de los cuales tratamos ya: sobre este punto no digo lo que indica Tertuliano, quizá con más donaire que verdad: "que si los dioses se escogen como las cebollas, sin duda que los demás se juzgan por impertinentes"; no digo esto, porque observo que de los escogidos se eligen igualmente algunos para algún otro objeto mayor y más excelente; así como en la milicia luego que se ha levantado y escogido la gente bisoña, de ésta también se eligen para algún lance mayor y más importantes de la guerra los más útiles, y cuando en la Iglesia se escogen y eligen los prepósitos y cabezas, no por eso reprueban a los demás, llamándose con más razón todos los buenos fieles escogidos.

Elígense para un edificio las piedras angulares, sin reprobar las demás que sirven para otros destinos y partes del edificio. Escógense las uvas para comer, y no hay necesidad de discurrir por otros ramos, siendo este asunto sumamente claro; por lo cual, no porque algunos dioses sean escogidos entre muchos, se debe menospreciar, o al que escribió sobre ellos, o a los que los adoran, o a los mismos dioses, antes se debe advertir quiénes sean éstos y para qué efecto los escogieron.

Capítulo II

QUIÉNES SON LOS DIOSES ESCOGIDOS, Y SI SON EXCEPTUADOS DE LOS OFICIOS DE LOS DIOSES SUBALTERNOS.

2 Los dioses selectos que celebra Varrón en el discurso de todo un libro, son éstos: Jano, Júpiter, Saturno, Genio, Mercurio, Apolo, Marte, Vulcano, Neptuno, Sol, Orco, el padre Líbero, Tellus o la Tierra, Ceres, Juno, Luna, Diana, Minerva, Venus, Vesta; entre todos estos, que llegan al número de 20, los 12 son varones y las 8 restantes hembras. Pregúntase si estos dioses se llaman escogidos porque tienen en el mundo los mayores encargos y administración, o porque son más conocidos en el pueblo, y se les presta mayor culto y veneración. Si es porque éstos dirigen los asuntos más críticos en el orbe, no fuera razón que los halláramos colocados entre aquella casi innumerable multitud plebeya de dioses, que está diputada para las operaciones menudas, pues primeramente el mismo Jano (al tiempo de concebirse la criatura, desde cuyo acto principian todas las operaciones que se distribuyen por menor a los dioses de segundo orden, abre la puerta y entrada para recibir la semilla generativa, allí está también Saturno por el mismo semen; allí Líbero, que derramando el semen, libra al varón; allí Líbera, la cual quieren también que sea Venus, que dispense este mismo beneficio a las mujeres, para que vertiendo igualmente su semen, se libren; todos éstos son de aquellos que llaman escogidos. Con todo, se halla también allí la diosa Mena, que preside sobre los menstruos ordinarios de las mujeres, la que, aunque hija de Júpiter, al fin es de la turba plebeya, y esta custodia de los menstruos, el expresado autor en el libro de los dioses selectos la atribuye a la misma Juno, que entre los dioses elegidos es también la reina, aquí preside asimismo como Juno, Lucina en compañía de la misma Mena su entenada, sobre los mismos menstruos. También hay aquí otros dos dioses obscuros, Vitumno y Sentino, que el uno da vida a la criatura y el otro la da a los sentidos, y, sin embargo, de ser de los más plebeyos,

dan mucho más que todos aquellos grandes y escogidos, porque, en efecto, sin la vida y el sentido, que es todo cuanto trae la mujer en su vientre, no se puede respirar, y lo demás es digno de compararse al cieno y al polvo.

Capítulo III

QUE ES DE NINGÚN MOMENTO LA RAZÓN QUE SE PUEDE DAR DE LA ELECCIÓN DE ALGUNOS DIOSES, PUES QUE SE ATRIBUYEN CARGOS MÁS EXCELENTES A MUCHOS QUE SON INFERIORES.

3 ¿Cuál fué la causa que compelió a tantos dioses principales y escogidos a ocuparse en obras tan menudas, supuesto que en la distribución de ellas vienen a ser inferiores a Vitumno y Sentino, deidades tan obscuras que apenas son conocidas? ¿Por qué Jano, siendo de los escogidos, da la entrada al semen; el elegido Saturno presta la misma semilla generativa; el electo Líbero da a los varones la emisión del semen; esto mismo suministra a las mujeres Líbera, que es Ceres o Venus; da la escogida Juno, y no por sí sola, sino asociada de Mena, hija de Júpiter, los menstruos ordinarios para que crezca el feto que se ha concebido; y Vitumno, siendo un numen y humilde plebeyo, da la vida, y Sentino; siendo también obscuro y bajo da el sentido? Cuyas dos cualidades son tanto más excelentes que aquéllas, cuanto son más aventajadas que éstas el entendimiento y la razón: pues, así como los entes que discurren y entienden, hacen ventajas seguramente a los que como bestias viven y sienten sin entendimiento ni razón, así también los que tienen vida y sentido, con justa causa se aventajan a los que no viven ni sienten. Por eso, con más razón, debieran computarse entre los dioses escogidos a Vitumno vivificador, y a Sentino sensificador, que a Jano, que admite el semen, a Saturno, que le da o derrama, y a Líbero y Líbera, en cuyo poder está la conmoción o emisión del semen, cuyas semillas son indignas aun de nombrarse mientras que no llegan a tener vida y sentido; y la vida y el sentido, que son beneficios singulares, no los

conceden dioses selectos, sino los más desconocidos y desechados, en comparación de la autoridad y dignidad de los otros. Y si respondieren que Jano ejerce un poder absoluto sobre todos los ingresos y principios, y que por lo mismo, no fuera de propósito le atribuyen la facultad de abrir entrada o introducir lo que se concibe, asimismo que de todas las semillas cuida generalmente Saturno, y que por eso no se puede distinguir y apartar de su oficio la seminación del hombre; que Líbero y Líbera tienen poder para expeler todas las simientes, y por lo mismo presiden igualmente a los objetos que pertenecen a la generación humana, y que Juno le tiene sobre todo cuando se debe purgar y parir; por cuyo motivo acude a las purgaciones de las mujeres y a los partos de las criaturas. Pregunten a estos ilusos que nos responden de Vitumno y Sentino, si les parece que también ellos ejercen una potestad independiente, relativa a todo lo que vive y siente. Y si así lo conceden, adviertan con cuánta más razón deben ensalzarlos sobre todos, por cuanto es propio de las simientes nacer en la tierra y de la tierra; pero el vivir y sentir, según ellos, lo hacen también los dioses en el cielo: y si dijesen que a Vitumno y Sentino se les atribuyen sólo aquellos entes que toman vida en carne, le sirven y apoyan con los sentidos, ¿por qué razón, pregunto, aquel dios que hace que todas las cosas vivan y sientan, no da también vida y sentido a la carne, haciendo con una operación universal este beneficio a los partos? ¿Y qué necesidad hay en tal caso de Vitumno y Sentino? Y si aquel que generalmente preside sobre la vida y el sentido encomendó y encargó estos ministerios carnales, como humildes y despreciables a éstos como a ministros y criados suyos, ¿tan faltos estaban los escogidos de familia que no hallaron a quien encomendar igualmente estos encargos, sino que con toda su autoridad y nobleza (por cuyos atributos pareció conveniente escogerlos) les fué forzoso ocuparse en su oficio con los plebeyos? Juno, no obstante de haber sido elegida reina, hermana y mujer de Júpiter, es Interduca de los niños, y se ocupa en este ministerio con unas diosas bien humildes y desconocidas, como

Abcona y Adcona: ¿dónde pusieron igualmente a la diosa Mente, cuyo empleo era imprimir en los tiernos niños buena mente o entendimiento? ¿Y por qué causa no la colocaron entre los dioses escogidos, siendo así que no hay dote más estimable con que enriquecer al hombre, y colocaron a Juno, porque es Interduca y Domiduca, como si aprovechara el comenzar a andar a ir a casa cuando el entendimiento no es bueno, omitiendo los electores el conferir el lugar más distinguido entre los dioses selectos a la deidad que suministra un beneficio tan singular como apreciable? A quien, sin duda debieran preferir a Minerva, como que a ésta, entre los menudos oficios de los niños le atribuyeron la memoria; porque, ¿quién duda que es mucho mejor tener buena mente o entendimiento que memoria, por grande que sea? Porque ninguno que tiene buen entendimiento es malo; y algunos que son perversos tienen maravillosa memoria, por lo que son tanto peores cuanto menos pueden olvidar el mal en que piensan; y con todo, Minerva está entre los dioses escogidos, y la diosa Mente arrinconada y metida entre la turba y vil canalla: ¿pues, qué diré de la virtud? ¿Qué de la Felicidad? De las cuales referimos en el libro IV, que, teniéndolas por diosas, no las quisieron dar lugar alguno entre los dioses escogidos, siendo así que se le dieron a Marte y al Orco, el uno ministro de muertes, y el otro acogedor de muertos; viendo, pues, en estos oficios menudos, que particularmente, se distribuyen entre muchos dioses, ocuparse, como si fuera un Senado juntamente con su pueblo, a los mismos dioses escogidos, y advirtiendo que algunas de estas deidades, que les pareció no eran aptas para ser elegidas, desempeñan encargos mucho mayores y más honoríficos que los que llaman escogidos: resta, imaginemos, que se llamaron selectos y principales, no por regentar oficios más excelentes en el mundo, sino por cuanto sucedió que fueron más conocidos en el vulgo; y así dice también el mismo Varrón, que así como acontece a los hombres, así les había sucedido la ignobilidad o bajeza, como el ser poco conocidos, a algunos dioses padres y diosas madres. Si la Felicidad no mereció quizá lugar entre

los dioses escogidos, por cuanto éstos llegaron a alcanzar esta nobleza, no por sus méritos, sino por acaso; a lo menos pusieran entre ellos, o, por mejor decir, antes que a ellos, a la Fortuna, supuesto que dicen que esta diosa suele dar sus dones y beneficios, no tanteando y midiendo proporcionalmente lo que se debe a cada uno conforme a razón, sino temerariamente y por acaso, como le viene a cada uno. Esta debía tener el supremo lugar entre los dioses escogidos, ya que en ellos mismos manifestó especialmente su poder ilimitado, mediante a que los vemos escogidos, no por más virtud, no por más felicidad consistente en la razón, sino según sienten de ella los que la adoran, por la temeraria e inconstante potestad de la fortuna, porque hasta el elocuente Salustio quizá puso la mira en los mismos dioses cuando dijo: "que realmente sobre todo tiene dominio la fortuna". Esta es una admirable cualidad que a todas las cosas las celebra o las sepulta en perpetuo olvido, más porque se la antoja que por justo motivo; sin embargo, no pueden descubrir la causa por que fué celebrada Venus y desechada la Virtud, siendo así que a ambas consagraron como a deidades, y que sus méritos no deben compararse respectivamente entre sí; o si ésta mereció ser ennoblecida, ¿por qué muchos apetecen más a Venus que a la Virtud? ¿Por qué causa fué elogiada la diosa Minerva y olvidada la diosa Pecunia? Mediante a que discurriendo por todo el género humano, a algunos halaga y lisonjea más la avaricia que la pericia; y en estos mismos, que son tan artificiosos rara vez hallarás un hombre que no ponga todo su estudio y haga consistir su arte venal en el estipendio pecuniario, pagándose siempre más por lo que se hace alguna cosa que lo que se ejecuta por alguna maniobra.

Si por el juicio de la multitud insipiente e ignorante se dispuso esta distinción y elección de los dioses ¿por qué la diosa Pecunia no fué preferida a Minerva, cuando por el dinero hay tantos artífices? Si esta distribución es de algunos pocos sabios, ¿por qué motivo no fué antepuesta la virtud a Venus, siendo así que la razón prefiere a aquélla por muchos y muy justificados títulos? Por lo menos

seguramente, como dije, la misma Fortuna (que según opinan los que la conceden facultades tan amplias) domina sobre todas las cosas, celebra y sepulta en el silencio a un mismo tiempo todas las cosas, más por liviandad suya que por justa causa. Y si tuvo tanto valimiento y poderío sobre los mismos dioses, que conforme a la temeridad y voluntariedad de su antojo ensalzó a los que quiso y obscureció a quienes le agradó, debería tener el primer lugar entre los escogidos aquella misma que sobre los mismos dioses ejercía una potestad tan singular y totalmente independiente. Pero, si no pudo conseguir lugar tan preeminente, ¿qué otra suerte sufrió la Fortuna sino la de que se juzgase con justo motivo que tuvo fortuna adversa?

Ciertamente fué contraria de sí misma aquella que, haciendo a otros ilustres y dichosos, no se ennobleció ni procuró su mayor elevación.

Capítulo IV

QUE MEJOR SE PORTARON CON LOS DIOSES INFERIORES, QUIENES NO SON INFAMADOS CON OPROBIO ALGUNO, QUE CON LOS SELECTOS, CUYAS INCREÍBLES TORPEZAS SE CELEBRAN EN SUS FUNCIONES.

4 Todo el que fuese deseoso de la humana gloria y alabanza celebraría a estos dioses selectos, y los llamaría afortunados si no los viese escogidos más para sufrir injurias que para obtener honores; porque su misma vileza tejió y formó aquella ínfima turba a efecto de no cubrirse de oprobios. Nosotros nos mofamos seguramente cuando los vemos distribuidos (repartidos entre sí sus respectivos encargos con las ficciones de las opiniones humanas) como arrendadores de alcabalas, o como artífices de las obras de plata, donde para que salga perfecto un pequeño vaso pasa por las manos de muchos artífices, cuando podría perfeccionarse por un oficial instruido en su arte. Aunque no se opinó lo contrario, resolviendo que debía consultarse a la multitud de los artífices, pues se deliberó así para que cada uno de

ellos aprendiese breve y fácilmente cada una de las partes de su oficio, y todos ellos no fuesen obligados a perfeccionarse tardamente y con dificultad en un arte sola. Con todo eso, apenas se halla uno de los dioses no selectos, que por algún crimen abominable no haya incurrido en mala fama; y apenas ninguno de los elegidos que no tuviese sobre su honor una singular nota de alguna insigne afrenta: éstos descendieron a los humildes ministerios de éstos, y aquéllos no llegaron a perpetrar los detestables y públicos crímenes de aquéllos. De Jano no me ocurre fácilmente acción alguna que pertenezca a su deshonor e infamia; y acaso fué tal, que observó una vida inocente, absteniéndose de los delitos y pecados obscenos que a los demás se acumulan; recibió, pues, con benignidad y cariño a Saturno cuando andaba huido vagando por todas partes: partió con su huésped el reino, fundando cada uno de éstos una ciudad [1], Jano a Janículo, y Saturno a Saturnia; pero los que en el culto de los dioses apetecen todo desdoro a aquel cuya vida hallaron menos torpe, deshonraron su estatua con una monstruosa deformidad, pintándole ya con dos caras, ya con cuatro, como gemelo; ¿por ventura quisieron que porque muchos dioses escogidos, perpetrando los más horrendos crímenes, habían perdido la frente, siendo éste el más inocente, apareciese con mayor número de frentes?

[1] Eneida, 8, 357_358.

Capítulo V

DE LA DOCTRINA SECRETA DE LOS PAGANOS, Y DE SUS RAZONES FÍSICAS.

5 Pero mejor será oír sus propias interpretaciones físicas con que procuran, bajo el pretexto de exponer una doctrina más profunda, disimular la abominación y torpezas de sus miserables errores: primeramente Varrón exagera sobremanera estas interpretaciones, diciendo que los antiguos fingieron las estatuas, las insignias y ornamentos de los dioses, para que, viéndolos con los ojos corporales

los que hubiesen penetrado y aprendido la misteriosa doctrina, pudiesen examinar con los del entendimiento el alma del mundo y sus partes, esto es, los verdaderos dioses; y que los que fabricaron sus estatuas en figura humana, parece lo hicieron así por cuanto el espíritu de los mortales, que reside en el cuerpo humano, es muy semejante al alma inmortal (2), como si para designar los dioses se pusiesen algunos vasos; y en el templo de Líbero se colocase una vasija que sirva de traer vino, para significar el vino, tomando por lo que contiene lo contenido.

Esto supuesto, decimos que por la estatua que tiene forma humana se significa el alma racional, porque en ella, como en un vaso, suele existir esta naturaleza, la cual creen que es dios o los dioses. Esta es misteriosa doctrina que había penetrado el doctísimo Varrón, de donde pudo deducir y enseñar estas máximas. Pero ¡oh hombre ingeniosísimo!, por ventura, alucinado con los misterios de esta doctrina, ¿te has olvidado de aquella tu innata prudencia, con que con mucho juicio sentiste que las primeras estatuas que notaste en el pueblo no sólo quitaron el temor a sus ciudadanos, sino que acrecentaron y añadieron errores condenables, y que más santamente reverenciaron a los dioses sin estatuas los antiguos romanos? Porque éstos te dieron autoridad para que te atrevieras a propalar tal injuria contra los romanos que después se siguieron. Pues aun concedido que los antiguos hubieran venerado las estatuas, ¿acaso este tu dictamen de que no se deben instituir estatuas, no hubiera sido mejor entregarle al silencio por el temor popular de que te hallas poseído, que con la ocasión de exponer estas perniciosas y vanas ficciones, publicar y pregonar con una vanidad y arrogancia extraordinaria los misterios de tan detestable doctrina? Sin embargo, esta tu alma, tan docta e ingeniosa (por lo que te tenemos mucha lástima) no obstante de hallarse ilustrada con los misterios de esta doctrina, de ningún modo pudo llegar a conocer al sumo Dios, esto es, a Aquel por quien fué hecha, no con quien fué formada el alma; no a aquel cuya porción es, sino cuya hechura y criatura es; no al que es el alma de todos, sino al

que es el criador de todas las almas, por cuya sola ilustración llega a ser el alma bienaventurada, si no corresponde ingrata a sus beneficios; pero qué tales sean y en cuanto se deben estimar los misterios de esta doctrina, lo que se sigue lo manifestará.

Confiesa con todo, el doctísimo Varrón, que el alma del mundo y sus partes son verdaderos dioses; de este principio se deduce que toda su teología, que es, en efecto, la natural, a quien atribuye una singular autoridad, cuanto se pudo extender fué hasta la naturaleza del alma racional; porque de la natural muy poco dice en el prólogo de este libro, donde veremos si por las interpretaciones fisiológicas puede referir a esta teología natural lo civil, que fué la última donde escribió de los dioses escogidos, que, si puede hacerlo, toda será natural. ¿Y qué necesidad había de distinguir con tanto cuidado la civil de ella? Y si la distinción fué buena, supuesto que ni la natural, que tanto le contenta, es verdadera, porque se extiende únicamente hasta el alma, y no hasta el verdadero Dios, que crió la misma alma, cuánto más despreciable será y falsa la civil, pues se ocupa principalmente en disertar acerca de la naturaleza de los cuerpos, como lo mostrarán sus mismas interpretaciones que con tanta exactitud y escrupulosidad han examinado y referido estos espíritus fanáticos, de los cuales necesariamente habré de referir alguna particularidad.

[2] Tusc., 5, 13.

Capítulo VI

DE LA OPINIÓN DE VARRÓN QUE PENSÓ QUE DIOS ERA EL ALMA DEL MUNDO, Y QUE, CON TODO, EN SUS PARTES TENÍA MUCHAS ALMAS, Y QUE LA NATURALEZA DE ÉSTAS ES DIVINA.

6 Dice, pues, el mismo Varrón hablando en el prólogo todavía de la teología natural, que él es de opinión que Dios es el alma del mundo, a quien los griegos llaman Kosmos, y que este mismo mundo, es dios; pero que así como el hombre sabio, constando de cuerpo y alma, se dice sabio por aquella parte del alma que le

ennoblece, así el mundo se dice dios por la misma parte del alma, por cuanto consta de alma y cuerpo.

Aquí parece confiesa, como quiera, un dios; mas por introducir también otros muchos, añade que el mundo se divide en dos partes: en cielo y tierra; y el cielo en otras dos: éter y aire; y la tierra en agua y tierra, de cuyos elementos asegura ser el supremo el éter; el segundo el aire; el tercero el agua, y el ínfimo la tierra; y que todas estas cuatro partes están pobladas de almas, esto es, que en la parte etérea y en el aire se hallan las dos de los mortales; en el agua y en la tierra las de los inmortales; que desde la suprema esfera del cielo hasta el círculo de la luna, las almas etéreas son los astros y las estrellas; que éstos, que son dioses celestiales, no sólo se ven con el entendimiento, sino que también se observan con los ojos; que entre el círculo de la luna y la última región de las nubes y vientos, están las almas aéreas; pero que éstas se alcanzan a ver sólo con el entendimiento, y no con los ojos; y que se llaman Heroas, Lares y Genios. Esta es, en efecto, la teología natural que brevemente propone en este su preámbulo, la cual le contentó no sólo a él, sino también a muchos filósofos; de la cual trataremos más particularmente cuando, auxiliados del verdadero Dios, hubiéramos concluido con lo que resta de la civil, por lo que se refiere a los dioses escogidos.

Capítulo VII

SI FUÉ CONFORME A RAZÓN HACER DOS DIOSES DISTINTOS A JANO Y TÉRMINO.

7 Pregunto, pues, de Jano, por quien comenzó Varrón la genealogía de los dioses, ¿quién es? Responden que es el mundo. Breve es sin duda y clara la respuesta. Mas ¿por qué dicen pertenecen a éste los principios de las cosas naturales, y los fines a otro, que llaman Término? Porque con respecto a los principios y fines, cuentan que dedicaron a estos dioses dos meses (además de los diez

que empiezan desde Marzo hasta Diciembre), Januario o Enero a Jano y Febrero a Término; y por lo mismo dicen que en el mismo mes de febrero se celebran las fiestas terminales, en las que practican la ceremonia de la purificación que llaman Februo [3], de que la misma deidad tomó su apellido; pero pregunto: ¿cómo los principios de las cosas naturales pertenecen acaso al mundo, que es Jano y no le pertenecen los fines de suerte que sea necesario acomodar y proveer a los fines de otro dios? ¿Acaso todas las cosas que insinúan se hacen en este mundo, no confiesan también que se terminan en este mismo mundo? ¿Qué impertinencia es esta, darle la mitad del poder en cuanto al ejercicio, y dos caras en las estatuas? ¿Por ventura no interpretaran con más propiedad a este dios de dos caras [4], si dijeran que Jano y Término eran una misma deidad, y acomodaran la una cara a los principios, y a los fines, la otra, pues el que hace alguna cosa debe atender a lo uno y a lo otro; porque siempre que uno se mueve a producir cualquier acción que sea, si no mira al principio tampoco mira al fin? Y así es necesario que la memoria, cuando se pone a recordar alguna especie, tenga juntamente consigo la intención de mirar al fin; porque al que se le olvidare lo que comenzó, ¿cómo ha de poder concluirlo?

Y si entendieran que la vida bienaventurada principiaba en este mundo y que acababa fuera de él, y por lo mismo atribuyeran a Jano, esto es, al mundo, la potestad sola de los principios, sin duda que prefirieran y pusieran antes de él a Término, y a éste no le excluyeran del número de los dioses escogidos, aunque ahora, cuando consideran igualmente en estos dioses los principios y fines de las cosas temporales, con todo, debía ser preferido y más honrado Término; porque es indecible el contento que experimenta cuando se pone fin a una obra, ya que los principios siempre están llenos de dificultades hasta que se conducen a buen fin, el cual, principalmente atiende, procura, espera y sumamente desea el que empieza alguna cosa, y no se ve contento y satisfecho con lo comenzado, si no lo acaba.

[3] Ovidio, Fast., 2.

[4] Cicerón en Nat. deor., 2, opina que Jano presidía el principio y fin de todas las cosas. Plutarco, Ovidio y otros autores interpretan de diversa manera este fenómeno de las dos caras.

Capítulo VIII

POR QUÉ RAZÓN LOS QUE ADORAN A JANO FINGIERON SU IMAGEN DE DOS CARAS, LA CUAL, CON TODO, QUIEREN TAMBIÉN QUE LA VEAMOS DE CUATRO.

8 Pero salga ya al público la interpretación de la estatua de Jano Bifronte, o de dos caras: dicen que tiene dos, una adelante y otra a las espaldas, porque el hueco de nuestra boca, cuando la abrimos, parece semejante al mundo, y así al paladar los griegos le llamaron Uranon, y algunos poetas latinos le llamaron Cielo [5]. Desde este hueco de la boca se ve una puerta o entrada, de la parte de afuera, hacia los dientes, y otra de la parte de adentro, hacia la garganta. Ved aquí en lo que ha parado el mundo, por adaptar el nombre griego o poético, que significa nuestro paladar; pero esto ¿qué tiene que ver con el alma? ¿Qué con la vida eterna? Adórese a este dios por solas las salivas, supuesto que ambas puertas del paladar se abren delante del cielo, ya para tragarlas o ya para expelerlas. ¿Y qué mayor absurdo que no hallar en el mismo mundo dos puertas contrapuestas, una enfrente de otra, por las cuales pueda recibir algún alimento dentro o expelerlo afuera? Tampoco nuestra boca y garganta tiene semejanza con el mundo, y menos el querer fingir en Jano la imagen del mundo por solo el paladar, cuya semejanza no tiene Jano; y cuando le hacen de cuatro caras y le llaman Jano Gémino, lo interpretan por las cuatro partes del mundo, como si el mundo tendiese la vista y mirase algún objeto de afuera, como Jano le observa por todas sus caras; además, si Jano es el mundo, y éste consta de cuatro partes, falsa es la estatua de Jano que tiene dos caras; o, si es verdadero, porque también en el nombre de Oriente y Occidente solemos entender todo el mundo,

pregunto: cuando nombramos las otras dos partes, del Septentrión y del Mediodía, ¿por qué llaman a aquel Jano de cuatro caras Gémino? ¿Hemos de llamar igualmente al mundo Gémino? Ciertamente no tienen expresiones adecuadas para poder interpretar y acomodar las cuatro puertas que están abiertas para los que entran y salen, a semejanza del mundo, así como las tuvieron por lo menos para poderlo decir de Jano Bifronte, en boca del hombre, si no es que los socorra Neptuno dándoles parte de un pez, que además de la abertura de la boca y de la garganta, tenga también otras dos a la diestra y a la siniestra, y, sin embargo, de tantas puertas, no hay alma que se pueda escapar de tal ilusión, si no es la que oye a la misma verdad, que le dice: Ego sum Janua. Yo soy la puerta [6].

[5] De nat., deor., 2. 18.

[6] Io., 10, 9.

Capítulo IX

DE LA POTESTAD DE JÚPITER Y DE LA COMPARACIÓN DE ÉSTA CON JANO.

9 Declaremos, pues, quién es el que quieren entendamos por Jove, a quien llaman también Júpiter; es un dios, responden, que tiene dominio y potestad absoluta sobre las causas que obran en el mundo; y cuán grande sea esta excelencia o prerrogativa, lo declara el celebrado verso de Virgilio [7] "dichoso el que consigue saber las causas de las cosas"; pero la razón por que se prefiere Jano, nos la insinúa el ingenioso y docto Varrón, cuando dice: "Jano ejerce potestad sobre las cosas primeras, y Júpiter sobre las principales"; así que con razón Júpiter es tenido por rey o monarca de todos; porque lo sumo vence a lo primero, pues aunque lo primero preceda en tiempo, sin embargo, lo sumo se le aventaja en dignidad; pero esto estuviera bien dicho cuando en las cosas que se hacen se distinguieran las primeras y las sumas, así como el principio de una acción es el partir y lo sumo el llegar; el principio de ella es empezar a aprender, y lo

sumo, alcanzar la ciencia; y así en todas las cosas lo primero es el principio, y lo sumo, el fin; mas este punto ya le tenemos averiguado entre Jano y Término; con todo, las causas que se atribuyen a Júpiter son las eficientes y no los efectos o las cosas hechas, no siendo posible de modo alguno que ni aun en tiempo sean primero que ellas los efectos o cosas hechas, o los principios de las hechas, porque siempre es primero la causa eficiente y activa que la que es hecha o pasiva; por lo cual, si tocan y pertenecen a Jano los principios de las cosas que se hacen o están hechas, no por eso son primero que las causas eficientes que atribuyen a Júpiter, pues así como no se hace cosa alguna, así tampoco se empieza a hacer alguna a que no haya precedido su causa eficiente, y realmente, si a este dios, en cuya suprema potestad están todas las causas de todas las naturalezas hechas y de las cosas naturales llaman los gentiles Júpiter, y le reverencian con tantas ignominias y tan abominables culpas, más sacrílegos son que si no le tuviesen por dios.

Y así, más acertadamente obrarían poniendo a otro que mereciera y le cuadrara aquella torpe y obscena veneración el nombre de Júpiter, colocando en su lugar algún objeto vano de que blasfemaran, como dicen que a Saturno le pusieron una piedra para que la comiese en lugar de su hijo, que no decir que este dios truena y adultera, gobierna todo el mundo y comete tantas maldades, y que tiene en su mano las causas sumas de todas las naturalezas y cosas naturales, y que las suyas no son buenas.

Asimismo pregunto: ¿qué lugar dan entre los dioses a Júpiter, si Jano es el mundo? Porque, según la doctrina de este autor, el alma del mundo y sus partes son los verdaderos dioses, y así, todo lo que esto no fuere, según éstos, sin duda no será el verdadero dios. ¿Dirán por ventura que Júpiter es el alma del mundo y Jano su cuerpo; esto es, este mundo visible? Si así lo persuaden, no habrá motivo para poder decir que Jano es dios, porque el cuerpo del mundo no es dios, aun según su mismo sentir, sino el alma del mundo y sus partes.

Por lo que el mismo Varrón dice claramente que su opinión es que dios es el alma del mundo, y que este mismo mundo es dios; pero que así como el hombre sabio, constando de alma y cuerpo, sin embargo, se dice sabio por el alma que le ennoblece, el mundo se dice dios por la misma alma, constando, como consta también, de alma y cuerpo; de donde se infiere que el cuerpo sólo del mundo no es dios, sino, o sola su alma, o juntamente el cuerpo y alma; pero de tal modo, que no sea dios por el cuerpo, sino por el alma; por la misma razón, si Jano es el mundo y dios es Jano, ¿querrán acaso decir que Júpiter, para que pueda ser dios, es necesario sea alguna parte de Jano? Antes por el contrario, suelen atribuir el poder absoluto sobre todo el universo a Júpiter, y por eso dijo Virgilio [8]: "que todo el mundo estaba lleno de Júpiter". Así que Júpiter, para que sea Dios, y especialmente rey y monarca de los dioses, no puede imaginar sea otro que el mundo, para que así reine sobre los demás dioses, que, según éstos, son sus partes. Conforme a esta opinión, el mismo Varrón, en el libro que compuso distinto de éstos, acerca del culto y reverencia de los dioses, declara unos versos de Valerio Sorano [9], que dicen así: "Júpiter todopoderoso es el progenitor de los reyes, de las cosas naturales y de todos los dioses, y el progenitor de los dioses es un dios y todos los dioses".

[7] Georg., 2, 490.

[8] Egl., 3, 60. Este verso lo tomó Virgilio de Arato, quien, siguiendo a los estoicos, decía que el alma del mundo penetra todo el universo.

[9] Véase Cic., de Orat., 3, 11.

Capítulo X

SI ES BUENA LA DISTINCIÓN DE JANO Y DE JÚPITER.

10 Siendo, pues, Jano y Júpiter el mundo, y siendo uno solo el mundo, ¿por qué son dos dioses Jano y Júpiter? ¿Por qué de por sí tienen sus templos, sus aras, diversos ritos y diferentes estatuas? Si es

porque una es la virtud y naturaleza de los principios y otra la de las causas, y la primera tomó el nombre de Jano y la segunda de Júpiter, pregunto: si porque un juez tenga en diferentes negocios dos jurisdicciones o dos ciencias, ¿hemos de decir que por cuanto es distinta la virtud y la naturaleza de cada una de éstas, por eso son dos jueces o dos artífices? Y en iguales circunstancias, porque un mismo dios tenga potestad sobre los principios y él mismo la tenga sobre las causas, ¿acaso por eso es forzoso imaginemos dos dioses, porque los principios y las causas son dos cosas? Y si esto les parece que es conforme a razón, también dirán que el mismo Júpiter será tantos dioses cuantos son los sobrenombres que le han puesto con relación a tantas facultades como tiene y ejerce, ya que son muchas y diversas las causas por las cuales le pusieron tantos sobrenombres, de los cuales referiré algunos.

Capítulo XI

DE LOS SOMBRENOMBRES DE JÚPITER QUE SE REFIEREN, NO A MUCHOS DIOSES, SINO A UNO MISMO.

11 Llámanle vencedor, invicto, auxiliador, impulsor, estator, cien pies, Supinal, Tiglio, Almo, Rumino y de otras maneras que sería largo el referirlas. Todos estos sobrenombres pusieron a un solo dios con respecto a diferentes causas y potestades, y, con todo, no en atención a tantos objetos, le obligaron a que fuese otros tantos dioses, porque todo lo vencía y de nadie era vencido, pues socorría a los que lo habían menester, tenía poder para impeler, estar permanente, establecer, trastornar, sostenía y sustentaba el mundo con una viga o puntal, todo lo mantiene y sustenta, y finalmente, con la ruma; esto es, los pechos, cría los animales. Entre estas prerrogativas, como hemos visto, algunas son grandes y otras pequeñas, y con todo, dicen que uno es el que lo hace todo.

Pienso que las causas y principios de las cosas, que es el motivo por que quisieron que un mundo fuese dos dioses, Júpiter y Jano,

están entre sí más conexas que su opinión, mediante la cual aseguran que contiene en sí al mundo, y que da la leche a los animales; y, no obstante, para desempeñar estos dos ministerios, tan distintos entre sí en virtud y en dignidad, no fué preciso que fuesen dos dioses, sino un Júpiter, que por el primero se llamó Tigilo, viga o puntal, que tiene y sustenta, y por el segundo, Rumino, que da el pecho; no quiero decir que por dar el pecho a los animales que maman, mejor se le pudo llamar Juno que Júpiter, mayormente habiendo también otra diosa Rumina, que en este cargo le podía ayudar a servir, porque imagino responderán que Juno no es otra que Júpiter, conforme a los versos de Valerio Sorano, donde dice: "Júpiter todopoderoso es el progenitor de los reyes, de las cosas naturales y de los dioses y progenitores de los dioses". Pero, pregunto: ¿por qué se llamó también Rumino, pues es el mismo en el concepto de los que quizá con alguna más exactitud y curiosidad lo consideran, aquella diosa Rumina? Porque si con razón pareció impropio de la majestad de las diosas que en una sola espiga uno cuidase el nudo de la caña y otro del hollejo, ¿cuánto más indecoroso es que de un oficio tan ínfimo y bajo como es dar de mamar a los animales, cuide la autoridad de los dioses, que el uno de ellos sea Júpiter, que es el rey y monarca de todos y que esto no lo haga siquiera con su esposa, sino con una deidad humilde y desconocida, como es Rumina, y el propio Rumino; Rumino, acaso, por los machos que maman, y Rumina por las hembras?

Cómo diría yo que no quisieron poner nombre de mujer a Júpiter, si en aquellos versos no le llamaran asimismo progenitor y progenitora, y entre otros nombres suyos no leyera que también se llama Pecunia, y cuya diosa hallamos entre aquellos oficiales munuscularios, como lo dijimos en el libro IV [10]; pero ya que la Pecunia la tienen los varones y las hembras, véanlo ellos por que no se llamó igualmente Pecunia y Pecunio, como Rumina y Rumino.

[10] Cap. 21.

Capítulo XII

QUE TAMBIÉN JÚPITER SE LLAMA PECUNIA.

12 ¡Y con cuánto donaire y gracejo dieron razón de este nombre ! "Llamábase también, dicen, Pecunia, porque todas las cosas son o dependen de la Pecunia". ¡Oh qué plausible razón de nombre del dios! Antes aquel cuyas son todas las cosas es envilecido e injuriado siempre que se le llama pecunia o dinero; porque, respecto de todo cuanto hay en el cielo y en la tierra, ¿qué es el dinero en general con respecto a cuanto posee el hombre con nombre de dinero? Pero, en efecto, la codicia puso a júpiter este nombre, para que el que ama el dinero le parezca que ama no a cualquier dios, sino al mismo rey y monarca de todos; mas fuera otra cosa muy diferente si se llamara riquezas, porque una cosa es riquezas y otra el dinero; porque llamamos ricos a los sabios, virtuosos y buenos, quienes, o no tienen dinero, o muy poco, y, con todo, son en realidad más ricos en virtudes, cuyo ornamento les basta aun en las necesidades corporales, contentándose con lo que poseen; y llamamos pobres a los codiciosos que están siempre suspirando, deseando y anhelando por las riquezas del mundo, pues aunque es posible que tengan las mayores riquezas del mundo, sin embargo, en su mayor abundancia no es posible dejen de tener necesidad, y al mismo Dios verdadero, con razón, la llamamos rico no por el dinero, sino por su omnipotencia.

Llámense también ricos los adinerados, mas en el interior son pobres, si son ambiciosos; asimismo se llaman pobres los que no tienen dinero; pero interiormente son ricos, si son sabios. ¿En qué estimación debe tener, pues, el sabio esta teología, en la cual el rey y monarca de los dioses toma el nombre de aquel objeto: "que ningún verdadero sabio deseó" [11], y cuanto más congruamente, si se aprendiera con esta doctrina alguna máxima saludable que fuese útil para la vida eterna, llamaran a Dios, que es gobernador del mundo, no dinero, sino sabiduría, cuyo amor nos purifica de la inmundicia de la codicia; esto es, del afecto y deseo desordenado del dinero?

[11] Sal. Cat., 11.

Capítulo XIII

QUE DECLARANDO QUÉ COSA ES SATURNO Y QUÉ ES GENIO, ENSEÑAN QUE EL UNO Y EL OTRO ES UN SOLO JÚPITER.

13 Pero ¿qué necesidad hay de que hablemos más de este Júpiter, a quien acaso se deben referir todas las otras deidades, sólo con el objeto de refutar la opinión que establece muchos dioses, supuesto que este es el mismo que todos, ya sea teniéndolos por sus partes o potestades, ya sea que la virtud del alma, la cual imaginan difundida por todos los seres creados, haya tomado de las partes de esta máquina, de las cuales se compone este mundo visible, y de los diversos oficios y cargos de la naturaleza sus nombres, como si fuera de muchos dioses? Porque ¿qué es Saturno? "Es uno de los principales dioses, dice, en cuya potestad y dominio están todas las sementeras". Por ventura la exposición de los versos de Valerio Sorano ¿no nos persuade claramente que Júpiter es el mundo, y que expele de sí todas las semillas, y que asimismo las recibe en sí? Luego él es en cuya mano esté el dominio de todas las sementeras. ¿Qué cosa es Genio? "Es un dios, dice, que preside y tiene potestad sobre todo cuanto se engendra". ¿Y quién otro imaginan ellos tiene esta facultad, sino el mundo, de quien dice que Júpiter todopoderoso es progenitor y progenitora? Y cuando en otro lugar añade que el genio es el alma racional de cada uno, y que por eso cada uno tiene su genio particular, y que la tal alma del mundo es diosa, a esto mismo, sin duda, lo reduce, para que se crea que la misma alma del mundo es como un genio universal; luego éste es el mismo a quien llaman Júpiter; porque si todo genio es dios, y toda alma del hombre es genio, se sigue que toda alma del hombre sea dios; y si el mismo absurdo y desvarío nos compele a abominarlos, resta que llamen singularmente y como por excelencia dios a aquel genio de quien aseguran que es el alma del mundo, y, por consiguiente Júpiter.

Capítulo XIV

DE LOS OFICIOS DE MERCURIO Y DE MARTE.

14 Pero a Mercurio y a Marte, ya que no hallaron medio para referirlos y acomodarlos entre algunas partes del mundo y entre las obras de Dios que se observan en los elementos, pudieran acomodarlos siquiera entre las operaciones de los hombres, designándolos por presidentes y ministros del habla y de la guerra; y el uno de éstos, que es Mercurio, si tiene la potestad de infundir el habla igualmente a los dioses, tendrá dominio también sobre el mismo rey de los dioses, si es que Júpiter habla conforme a su voluntad y albedrío, o toma de él la virtud y facultad de hablar, lo cual ciertamente es un disparate.

Si dijeren que sólo se le atribuye la facultad de conceder el habla a los hombres, no es creíble quisiese Júpiter humillarse al oficio vil de dar de mamar no sólo a los niños, sino también a las bestias, por lo que se llamó Rumino, y se resistiese a que le tocase el cuidado y cargo de nuestra lengua, con que nos aventajamos a los irracionales. Conforme a esta doctrina se deduce que uno mismo es Júpiter y Mercurio; y si la misma habla se llama Mercurio, como lo demuestran las interpretaciones que han escrito sobre la etimología y derivación de su nombre, por eso dicen se llamó Mercurio, como que corre por medio, por cuanto el habla corre por medio entre los hombres; y por lo mismo se llamó Hermes en griego, porque el habla o la interpretación, que sin duda pertenece al habla, se llama Hermenia, por cuyo motivo preside sobre las mercaderías; porque entre los que venden y compran andan de por medio las palabras. Y esta es la causa porque le ponen alas sobre la cabeza y en los pies, queriendo significar que vuela por los aires muy ligera la palabra, y que por eso se llamó mensajero, porque por medio de la palabra damos aviso y noticia de nuestros pensamientos y conceptos. Si Mercurio, pues, es la misma palabra, aun por confesión de ellos, no es dios. Pero, como hacen dioses a los que son demonios, suplicando

y adorando a los espíritus inmundos, vienen a caer en poder de los que no son dioses, sino demonios. De la misma manera, como no pudieron hallar para Marte algún elemento, o por parte del mundo, adonde como quiere ejercitara alguna obra natural, dijeron que era dios de la guerra, que es obra de los hombres, y no de la codicia; luego si la felicidad nos diera una paz sólida y perpetua, Marte no tuviera en qué entender; y si Marte es la misma guerra, así como Mercurio la palabra, ojalá que cuan claro está que no es dios, así no haya tampoco guerra que ni aun fingidamente se llame dios.

Capítulo XV

DE ALGUNAS ESTRELLAS A LAS QUE LOS GENTILES PUSIERON LOS NOMBRES DE SUS DIOSES.

15 Sino es que acaso estas estrellas sean los dioses cuyos nombres les pusieron, porque a una estrella llaman Mercurio, y asimismo a otra Marte; sin embargo, allí, esto es, en el globo celeste, está también la que llaman Júpiter, y, con todo, según éstos, el mundo es Júpiter; del mismo modo la que llaman Saturno, y, no obstante, además de ella le atribuyen otra no pequeña sustancia; es, a saber: la de todas las simientes; allí está también aquélla, que es la más clara y resplandeciente de todas, que llaman Venus, y, sin embargo, esta misma Venus quieren que sea también la Luna, aunque entre sí mismos, sobre esta radiante y refulgente estrella sostienen una reñida controversia, así como sobre la manzana de oro la sustentaron Juno y Venus, porque el lucero unos dicen que es de Venus, y otros, de Juno; pero como acostumbra, vence Venus, pues son muchos más los que atribuyen esta estrella a Venus, no hallándose apenas uno que sienta lo contrario. ¿Y quien podía dejar de reírse al ver que dicen que Júpiter es rey y monarca de todos, observando al mismo tiempo que su estrella queda muy atrás en el resplandor y claridad, respecto de la mucha que tiene la estrella de Venus; pues tanto más refulgente y resplandeciente debía ser aquélla que las demás, cuanto es Júpiter

más poderoso que todos? Responden que así parece, porque ésta que notamos menos resplandeciente está más elevada y mucho más distante de la tierra;luego si la dignidad mayor mereció lugar más alto, ¿por qué allí Saturno está más elevado que Júpiter? ¿Cómo no pudo la vanidad de la fábula que hizo rey a Júpiter llegar hasta las estrellas, antes por el contrario, permitió consiguiese Saturno en el cielo la gloria y preeminencia que no pudo adquirir en su reino ni en el Capitolio? ¿Por qué razón a Jano no le cupo alguna estrella? Si es porque es el mundo y todos están contenidos en él, también Júpiter es el mundo, y con todo eso la tiene. ¿O acaso éste negoció como pudo sus intereses, y en lugar de una estrella que no le cupo entre los astros se proveyó de tantas caras en la tierra? Asimismo, si por sólo las estrellas tienen a Mercurio y a Marte por partes del mundo para poderlos considerar como dioses supuestos, que en realidad la palabra y la guerra no son partes del mundo, sino actos y operaciones de los hombres, ¿por qué causa a Aries, a Tauro, a Cáncer, a Escorpión y los demás semejantes a éstos, que reputan por signos celestes, y constan cada uno no de una sola estrella, sino de muchas, y dicen que están colocados más arriba en el supremo cielo, donde un movimiento más constante da a las estrellas un curso inalterable, por qué razón, digo, a éstos no les dedicaron aras, ni sacrificios, ni templos, ni los tuvieron por dioses, ni colocaron no digo en el número de los escogidos, mas ni entre los humildes y casi plebeyos?

Capítulo XVI

DE APOLO Y DIANA Y DE LOS DEMÁS DIOSES ESCOGIDOS, QUE QUISIERON QUE FUESEN PARTES DEL MUNDO.

16 A Apolo, aunque le tienen por adivino y médico, con todo, para poderle colocar en alguna parte del mundo, dicen que él es también el Sol, y asimismo su hermana Diana, la Luna, que obtiene la intendencia de los caminos, queriendo sea doncella, porque no pare o produce cosa alguna, y asegurando que ambos tienen saetas, porque

estas dos estrellas llegan con sus rayos desde el cielo hasta la tierra. Vulcano quieren que sea el fuego del mundo; Neptuno, las aguas; el padre Plutón, esto es, el orco o infierno, la parte terrena e ínfima del mundo. A Líbero y Ceres hacen presidentes de las semillas, o, al uno, de las masculinas, y a la otra, de las femeninas, o a él que presida a la humedad y a ella a la sequedad de las semillas; todas las cuales virtudes se refieren, en efecto, al mundo; esto es, a Júpiter; pues por lo mismo se dijo progenitor y progenitora, porque echa y produce de sí todas las semillas y las recibe en sí. Igualmente quieren que la gran madre sea la misma Ceres, de la cual dicen no ser otra que la tierra, a la cual llaman también Juno, y por eso la atribuyen las causas segundas de las cosas, con haber dicho de Júpiter que es progenitor y progenitora de los dioses, porque, según ellos, todo el mundo es el mismo Júpiter; a Minerva también, porque la designaron para que presidiese las artes humanas, y no hallaron estrella donde colocarla, dijeron que era, o la suprema parte etérea o de la Luna; y de la misma Vesta creyeron era la mayor o más principal de todas las diosas, porque es la tierra; aunque al mismo tiempo imaginaron que se debía atribuir a ésta el fuego del mundo, más ligero, que pertenece y sirve para los usos ordinarios de los hombres, y no el violento, cual es el de Vulcano [12]; y por eso quieren que todos estos dioses escogidos sean este mundo; algunos todo él generalmente, otros sus partes; todo generalmente, como Júpiter; sus partes, como el genio, la gran Madre, el Sol, la Luna, o, por mejor decir, Apolo y Diana; y a veces a un dios hacen muchas cosas, y otras a una cosa designan muchos dioses, fundados en que un dios abraza muchas, con el mismo Júpiter, pues éste es todo el mundo, éste sólo el cielo y éste es y se llama estrella. Asimismo Juno, la señora y dispensadora de las causas segundas, es también el aire, la tierra y si venciera a Venus, del mismo modo, la estrella. De la misma manera, Minerva es la suprema parte etérea y la misma Luna, la cual imaginan que está en el lugar más ínfimo de la región etérea; y una misma cosa la hacen muchos

dioses en esta conformidad, pues el mundo es Jano y es Júpiter; asimismo la tierra es Jano, es la gran Madre y es Ceres.

[12] Lactancio, 1, Instit., 12.

Capítulo XVII

QUE EL MISMO VARRÓN TUVO POR DUDOSAS SUS OPINIONES ACERCA DE LOS DIOSES.

17 Y así como todo lo que he puesto por ejemplo no explica, antes oscurece este punto, así es en todo lo demás; pues conforme los lleva y arroja el ímpetu de su opinión errónea, así se abalanzan a esto y dejan aquello, tanto, que el mismo Varrón, primero quiso dudar de todo que afirmar cosa alguna.

Porque habiendo concluido el primer libro de los tres últimos que hablan de los dioses ciertos, empezando a tratar de los dioses inciertos, dice: "No porque en este libro tenga por dudosas las opiniones que hay acerca de los dioses debo ser reprendido, porque al que le pareciere que conviene y puede resolverse, lo podrá hacer cuando las hubiere leído: yo, respecto de mí, más fácilmente me persuadiré a que lo dije en el primer libro lo tenga por dudoso, que no lo que hubiere de escribir en éste lo resuelva todo como cierto e indudable". Y así hizo incierto no sólo este libro de los dioses inciertos, sino también aquel de los ciertos; y en este tercero, relativo a los dioses escogidos, después que hizo su preámbulo, tomando para ello lo que le pareció de la teología natural, habiendo de comenzar a tratar de las vanidades [13] y desarregladas ficciones de la teología civil, a cuyo examen imparcial no sólo no le dirigían ni encaminaba la verdad sencilla, sino que también le hacía grande fuerza y violencia la autoridad de sus antepasados: "De los dioses públicos, dice, del pueblo romano, escribiré en este libro, a quienes dedicaron templos y los hicieron notorios adornándolos con muchas estatuas; mas como escribe Xenófanes Colofonio, pondré lo que imagino y no

lo que como cierto defiendo; porque de hombres es el dudar sobre estas cosas, y de Dios, el saberlas".

Así que, habiendo de tratar de las instituciones hechas por los hombres con temor y recelo, promete exponer, no sucesos ignorados y que no les da crédito, sino máximas sobre las que hay opinión y razón para dudar; porque no del mismo modo que sabía que había mundo, que había cielo y tierra y veía al cielo resplandeciente y adornado de estrellas, y a la tierra, fértil y poblada de semillas, y todo lo demás en esta conformidad, ni de la misma manera que creía cierta y firmemente que toda esta máquina y naturaleza se regía y gobernaba por un cierta virtud invisible y muy poderosa, así en los propios términos podía afirmar de Jano que era el mundo, o averiguar de Saturno cómo era el padre de Júpiter, cómo vino a ser su súbdito y vasallo reinando Júpiter, y todo lo demás correspondiente al asunto.

[13] Alude al salmo 39, 5.

Capítulo XVIII

CUÁL SEA LA CAUSA MÁS CREÍBLE DE DONDE NACIÓ EL ERROR DEL PAGANISMO.

18 De todo lo cual, la razón más verosímil y más creíble que se alega es cuando dicen que fueron hombres, y que a cada uno de ellos le instituyeron su culto divino y peculiares solemnidades los mismos que por adulación y lisonja quisieron formar los dioses; conformándose en este punto con la condición de los dioses, con sus costumbres, con sus acciones y sucesos acaecidos, y cundiendo este culto paulatinamente por los ánimos de los hombres, semejantes a los demonios, y amigos de estas sutilezas, se divulgó por todo el mundo su santificación, adornándola por su parte las ficciones y mentiras de los poetas, y encaminándolos e induciéndolos a su adoración los cautelosos espíritus; pero más fácilmente pudo suceder que el impío joven, temeroso de que su cruel padre le matase, y codicioso del reino, echase y despojase de él a su mismo padre, que es lo que

Varrón interpreta cuando dice que Saturno, su padre, fué vencido por Júpiter, su hijo; porque primero es la causa que pertenece a Júpiter que la simiente que toca a Saturno, pues si esto fuera cierto, nunca Saturno fuera primero, ni sería padre de Júpiter, pues siempre la causa precede a la simiente y jamás precede o se engendra de la simiente; pero mientras procura adornar, como con interpretaciones naturales, fábulas vanas y algunos hechos particulares de los hombres, aun los hombres más ingeniosos se meten en un caos tan lleno de confusiones, que nos es forzoso dolernos y compadecernos de su vanidad.

Capítulo XIX

DE LAS INTERPRETACIONES DE LAS QUE SACAN RAZÓN PARA ADORAR A SATURNO.

19 "Refieren _ dice _ que Saturno acostumbraba a comer y devorar lo mismo que de él nacía (esto es, sus hijos), volviendo las semillas al mismo lugar donde eran procreadas, y el haberle puesto en lugar de Júpiter un terrón para que se le tragase, significa _ dice _ que los hombres, en sus sementeras, comenzaron con sus manos a enterrar debajo de la tierra las mieses, antes que se inventase el arado". Luego la tierra debió llamarse Saturno, y no las semillas, porque ella en algún modo es la que se traga lo que había engendrado, cuando las semillas, que habían nacido de ella, vuelven otra vez a su seno.

Sobre lo que añaden que porque Júpiter tomó y se comió un terrón, ¿qué importa esta necedad para lo que insinúan que los hombres con sus manos cubrieron la semilla con el terrón de la tierra? ¿Acaso no se lo tragó, como lo demás, porque se cubrió con un terrón de tierra? Esto se dice y suena del mismo modo que si el que opuso el terrón quitara y escondiera la semilla, así como refieren que ofreciendo a Saturno el terrón, le quitaron de delante a Júpiter, y no como si cubriendo la semilla con el terrón, no hiciera que se le

tragase mucho mejor. Y más que entendido así, la semilla es Júpiter, y no causa de la semilla, como poco antes indicamos, ¿pero qué han de hacer unos hombres que, como interpretan necedades, no hallan qué poder decir con discreción? "Tienen una hoz, dicen, que alude a la agricultura".

Y a la verdad, cuando él reinaba aún no se conocía la agricultura [14]; y por eso añaden que fueron sus tiempos los primeros según que él mismo interpreta las fábulas y patrañas, porque los primeros hombres se sustentaban y vivían de las semillas que voluntariamente producía la tierra. ¿Por ventura tomó la hoz luego que perdió el cetro, para que después de haber reinado en los primeros tiempos con descanso, reinando su hijo se diese a la labranza y al trabajo? "Después _ dice _ que por esta causa algunos le solían ofrecer en holocausto niños, como los cartagineses [15]; y otras personas mayores, como los galos, porque la mejor de las semillas es el género humano". De esta cruel superstición, ¿para qué hemos de hablar más? Antes debemos advertir y tener por indudable que todas estas interpretaciones no se refieren al verdadero Dios (que es una naturaleza viva, incorpórea e inmutable, a quien debe pedirse sinceramente la vida bienaventurada, que ha de durar siempre), sino que todos sus fines vienen a parar en cosas corporales, temporales, mudables y mortales. "Lo que refieren las fábulas _ dice _ que Saturno castró al cielo su padre, significa que la semilla divina está en la potestad de Saturno y no del cielo". Esta proposición, la misma razón la convence de fabulosa, porque en el cielo no nace cosa alguna de la semilla; pero advierten que si Saturno es hijo del cielo, es también hijo de Júpiter. Porque muchos afirman con toda aseveración que el cielo es el mismo Júpiter [16]. Por eso estas reflexiones que no caminan por la senda de la verdad por la mayor parte, aunque ninguno las violente, ellas mismas se destruyen. Dice "que se llamó Cronón, que en griego significa el espacio de tiempo, sin el cual _ añade _, la semilla no puede fecundizar". Estas particularidades y otras infinitas se dicen de Saturno, y todas se refieren a la semilla; pero si Saturno es bastante por sí solo,

ejerciendo un poder absoluto, como figuran tiene sobre las semillas, ¿a qué para ellas buscan otros dioses, principalmente a Líbero y Líbera, que es Ceres, de quienes (por lo que se refiere a las semillas) vuelve a referir tantas virtudes especiales, como si nada hubiera dicho de Saturno?

[14] No convienen entre sí los escritores antiguos, en sus fábulas, sobre quién inventó el arte de cultivar los campos. Pero todos suponen que fué después de Saturno, como se ve por las frases de Virgilio "antes del reinado de Júpiter no se cultivaban los campos". Gerog., 1, 125, y "la misma tierra, sin ser trabajada, lo producía todo en abundancia", ib., 127_128.

[15] Véase Eusebio Praepar., Evang., 4, 16.

[16] Eusebio, ib., 3, 3.

Capítulo XX

DE LOS SACRAMENTOS DE CERES ELEUSINA.

20 Entre los ritos de Ceres, los más celebrados son los Eleusinos, los cuales fueron muy famosos en Atenas. Acerca de los cuales, este autor nada interpreta, sino lo que toca al trigo descubierto por Ceres, y lo perteneciente a Proserpina, a quien perdió llevándosela robada al Orco. "Esta _ dice _ significa la fecundidad de las semillas, la cual, habiendo faltado por una temporada, y estando triste la tierra con su ausencia, de esta esterilidad nació una nueva opinión y fama, de que el Orco se había llevado a la hija de Ceres; esto es, a la fecundidad, que de Proserpendo se llamó Proserpina y que la detuvo por algún tiempo en los infiernos; lo cual, como lo celebrasen con tristeza y llanto público y volviese nuevamente la misma fecundidad, restituida Proserpina, renació la alegría, por cuyo motivo se le instituyeron sus peculiares solemnidades". Dice después "que se practican muchas ceremonias en sus sacrificios y festividades que no pertenecen sino precisamente a la invención de las mieses".

Capítulo XXI

DE LA TORPEZA E IGNOMINIA DE LOS SACRIFICIOS QUE CELEBRAN A LÍBERO.

21 Pero los sacramentos de Líbero, a quien hicieron presidente de las simientes líquidas, y por esta razón no sólo de los licores de los frutos de la tierra, entre los cuales obtiene también el primer lugar el vino, sino también de las semillas y producciones de los animales, ¿no llegaron a un estado de torpeza y abominación la más execrable? Aunque me pesa insinuarlo por ser demasiadamente prolijo, sin embargo, no lo siento, sólo por quebrantar la arrogante insolencia de estos fanáticos. Entre otras cosas, que me es preciso omitir por ser muchas, refiere "cómo en las plazas y lugares públicos de Italia se celebraron unos sacrificios y juegos consagrados a Líbero con tanta desenvoltura y deshonestidad, que en honra suya reverenciaban las partes poderosas del hombre; y esto no en lugar secreto y escondido que tuviera siquiera alguna semejanza con el pudor natural, sino en público, a vista de todos los circunstantes, triunfando la carnal torpeza en estas festividades". Por cuanto solían conducir los miembros viriles los días más solemnes dedicados a Líbero con grande pompa, puesto en un carro o andas, llevándole primeramente por los campos, por las encrucijadas y veredas de los caminos, hasta dar después con él en la ciudad, y en una villa llamada Lavinio gastaban un mes entero solemnemente en hacer fiestas en honor de Líbero. En tales días todos usaban de expresiones obscenas y abominables, entretanto que duraba la procesión de aquel miembro por las plazas y le colocaban en su propio lugar, al cual era necesario que una matrona honesta públicamente le pusiese una corona; de este modo convenía aplacar al dios Líbero para conseguir la buena cosecha de las semillas, y por un medio semejante era conducente asegurar sus campos de los hechizos y encantos, valiéndose de la extraña y odiosa traza de compeler a una matrona a practicar en público lo que no se debía permitir hiciese ni una ramera en presencia

de las matronas en un teatro: por eso se creyó que sólo Saturno no bastaba para la dirección de las semillas, y así, con un aliciente tan especial, el alma inmunda y profana del hombre hallase ocasiones propicias para multiplicar dioses, y para que, desamparada por razón de su asquerosidad del verdadero Dios, y expuesta como en un burdel por los falsos dioses, con ansia de mayor inmundicia llamase a estos sacrilegios sacramentos, y se entregase para ser violada y profanada a la obscenidad y malignidad de los torpes demonios.

Capítulo XXII

De Neptuno, Salacia y Venilia.

22 Supuesto que, en efecto, tenía ya Neptuno por socia en el poder a su mujer, Salacia, la cual dijeron era el agua de la parte más ínfima y profunda del mar, ¿por qué motivo juntaron también con ella a Venilia, sino para que sin justa causa que persuadiese el culto divino y una religión necesaria, sólo por la voluntariedad de una alma contaminada con los vicios más detestables, se multiplicara la invocación de los demonios? Pero salga a la luz la exposición de la famosa teología, que reprima con sus razones esta reprensión. "Venilia _ dice _, es la onda que viene a la orilla y Salacia la que vuelve al mar" [17], ¿por qué razón, pues, forman dos diosas siendo una la onda que va y viene? En efecto, esto es liviandad extremada que hierve por haber muchos dioses, pues aunque el agua que va y viene no sean dos, con todo, con ocasión de esta ilusión, convidando a los demonios se profana más el alma que va a los infiernos y no vuelve.

Por vida vuestra, Varrón, o vosotros, que habéis leído los libros de estos hombres tan doctos y presumís que habéis aprendido una doctrina admirable, interpretadme esto: no quiero decir conforme a aquella eterna e inmutable naturaleza, la cual es solamente Dios, sino siquiera según el alma del mundo y sus partes, que tenéis vosotros por verdaderos dioses. Como quiera que sea, es error más tolerable hicieseis que fuera vuestro dios Neptuno, aquella parte del alma del

mundo que discurre por el mar; pero que sea posible que la onda que se dirige a la costa y la que vuelve al mar sean dos partes del mundo, ¿quién de vosotros está fuera de sí, que se pueda persuadir de tan extraña ilusión? ¿Por qué os las designaron como diosas, sino porque proveyó la providencia de aquellos sabios, vuestros predecesores, no que os gobernasen más número de dioses, sino que os poseyeran más demonios, que son los que gustan de estas ficciones y vanidades lisonjeras? ¿Y por qué, pregunto, Salacia, según esta exposición, perdió la parte inferior del mar, donde estaba sujeta a su marido? ¿Por qué diciendo ahora que es la onda que va y viene, me la venís a colocar en la superficie? ¿Es por ventura porque su esposo se enamoró de Venilia, y enojada ella le arrojó y desposeyó de la parte superior del mar?

[17] Alude al salmo 77, 39.

Capítulo XXIII

DE LA TIERRA, LA CUAL CONFIRMA VARRÓN QUE ES DIOSA, PORQUE EL ALMA DEL MUNDO QUE ÉL SOSTIENE QUE ES DIOS, DISCURRE TAMBIÉN POR ESTA ÍNFIMA PARTE DE SU CUERPO, Y LE COMUNICA SU VIRTUD DIVINA.

23 Una es sin duda la tierra, la cual vemos poblada de animales distintos entre sí; pero ésta, que es un cuerpo grandioso entre los elementos y la ínfima parte del mundo, pregunto: ¿por qué motivo quieren que sea diosa? ¿Es acaso porque es fecunda? Y conforme a esta razón, ¿por qué causa no serán con mejor título dioses los hombres, que labrándola y cultivándola la hacen más frugal y fecunda, digo cuando la aran, y no cuando la adoran? "La parte del alma del mundo _ dicen _ que discurre por ella, la hace diosa"; como si no estuviera más ciertamente el alma en los hombres, la cual, si reside en éstos no hay cuestión; y, con todo, a los hombres no los tienen por dioses, antes por el contrario (lo que es más lamentable), los sujetan con admirable y miserable error a éstos que no son dioses

y son menos que ellos, reverenciándolos y tributándoles culto. Por lo menos el mismo Varrón, en el citado libro de los dioses escogidos, dice: "que hay tres grados o clases de alma [18] en cualquiera naturaleza, y generalmente en toda ella. El uno que pasa y discurre por todas las partes corporales que viven y no tienen sentido, sino solamente vigor para vivir, y supone que esta virtud en nuestro cuerpo se comunica y esparce por los huesos, uñas y cabellos, de la misma manera que en el mundo los árboles se sustentan y crecen, y en cierto modo viven. Llama segundo grado del alma aquel en que hay sentido, asegurando que esta virtud se comunica a los ojos, orejas, narices, boca y tacto. El tercer grado del alma dice que es el sumo y supremo, que se llama ánimo, en el cual preside la inteligencia, de la cual, a excepción del hombre, carecen todos los mortales; y esta parte del alma en el mundo dice que se llama dios, y en nosotros, genio. Y añade que hay también piedras y esta tierra que vemos, a las cuales no se les comunica el sentido, que son como los huesos y uñas del dios; que el sol, la luna y las estrellas que contemplamos son los sentidos de que usa; que el éter es su alma, cuya fuerza, que llega hasta los astros, hace dioses a las mismas estrellas, y por su medio convierte a lo que llega a la tierra en diosa Tellus, y a lo que pasa al mar lo hace dios Neptuno". Vuelva, pues, de esta que piensa ser teología natural, donde, como para tomar algún descanso y aliento, cansado y fatigado de tantos rodeos, se había acogido y divertido. Vuelva, digo, vuelva a la civil, aquí le tengo todavía, mientras discurro un rato acerca de ella; aun no me introduzco a disputar en si la tierra y las piedras son semejantes a nuestros huesos y uñas, ni tampoco en si así como carecen de sentido carecen también de inteligencia, o en si dicen que nuestros huesos y uñas tienen inteligencia porque están en el hombre, que tiene inteligencia; sin duda tan necio es el que dice que estos son dioses en el mundo, como lo es el que asegura que en nosotros los huesos y las uñas son hombres. Pero esta controversia acaso es asunto cuya investigación pertenece a los filósofos, por ahora todavía quiero

sostener la cuestión con este político; esto es, civil; porque puede ser que aun cuando parece quiso levantar un poco la cabeza, acogiéndose a la libertad de la teología natural, con todo, andando aun vacilante en este libro, y pensando andaba en aquél, desde éste también fijase la vista en ella, y que esto lo dijo porque no se entienda y crea que sus antepasados u otras ciudades adoraron vanamente a la Tierra y a Neptuno.

Mas lo que ahora pregunto es: ¿cómo la parte del alma del mundo que se difunde y comunica por la tierra, siendo, como es, una la tierra, no hizo igualmente una diosa, la que en su sentir es la Tellus? Y si lo hizo así, ¿dónde estará el Orco, hermano de Júpiter y Neptuno a quien llaman el Padre Plutón? [19]. ¿Adónde Proserpina, su mujer, que según otra opinión que se hallaba en los mismos libros, dicen que es, no la fecundidad de la tierra, sino su parte inferior? Si dicen que la parte del alma del mundo, cuando se difunde y comunica por la parte superior de la tierra, hace dios al padre Plutón, y cuando por la inferior hace diosa a Proserpina, la Tellus, ¿qué será? Porque el todo, que era ella, está dividido de tal manera en estas dos partes y dioses, que no puede hallarse quién sea esta tercera y dónde esté, a no ser que diga alguno que, juntos estos dioses, Orco y Proserpina, constituyen una diosa, Tellus, y que no son ya tres, sino una o dos; con todo, tres dicen que son, por tres se tienen, tres se adoran con sus aras, con sus templos, con sus sacramentos, con sus imágenes, con sus sacerdotes, y por medio de éstos, también con sus falsos y engañosos demonios, que profanan y abusan de la pobre alma del hombre; pero, respóndanme todavía: ¿por qué parte de la tierra se difunde y comunica la parte del alma del mundo para hacer al dios Tellumón? No da otra contestación, sino que una misma tierra contiene dos virtudes: una masculina, que produce las semillas, y otra femenina, que las recibe y cría; y que por eso de la virtud de la femenina se llamó Tellus, y de la masculina, Tellumón; pero, supuesta esta doctrina, ¿por qué motivo los pontífices, como él lo insinúa, aumentando aún otros dos, sacrifican a cuatro: a Tellus,

Tellumón, Altor y Rusor? Ya hemos hablado de la Tellus y de Tellumón, ¿mas por qué se ofrecen víctimas a Altor? Porque, dice, de la tierra se sustenta todo lo que nace. ¿Por qué a Rusor? Porque dice que de nuevo, todo vuelve a la tierra.

[18] Ya Pitágoras, Platón y Aristóteles habían distinguido estas tres clases de almas: vegetativa, sensitiva y racional.

[19] Véase el cap. 16.

Capítulo XXIV

DE LOS SOBRENOMBRES DE LA TIERRA Y SUS SIGNIFICADOS, LAS CUALES, AUNQUE DEMOSTRABAN MUCHAS COSAS, NO POR ESO DEBÍAN CONFIRMAR LAS OPINIONES DE MUCHOS DIOSES.

24 Luego una misma tierra, por estas cuatro virtudes, debía tener cuatro sobrenombres, y no era el caso de crear cuatro dioses. ¿Cómo hay un Júpiter con tantos sobrenombres y un Juno con otros tantos, en todos los cuales, dicen, se hallan diferentes virtudes que pertenecen a un dios o a una diosa, y no muchos sobrenombres que constituyen asimismo muchos dioses? Pero verdaderamente que así como algunas veces aun a las más viles y prostituidas mujercillas les pesa, se cansan y avergüenzan de la canalla que con sus deshonestidades han traído tras sí, de la misma manera el alma que ha dado en ser obscena y se ha sometido al apetito de los espíritus inmundos, cuanto al principio gustó más de la sensualidad, tanto más en repetidas ocasiones se arrepintió de haber multiplicado dioses para rendírseles y ser profanada de ellos; porque hasta el mismo Varrón, corrido y avergonzado de la multitud de los dioses, quiere que la tierra, o Tellus, no sea más que una diosa. "A la misma _ dice _ llaman la gran Madre, asegurando que el tener el tamboril [20] significa que ella es el orbe de la tierra, y las torres en la cabeza, que tiene villas y lugares; que el fingir alrededor de ella asientos, es porque moviéndose todas las causas, ella permanece inmóvil; que el haber dispuesto sirviesen a esta diosa los galos, significa que los que

carecen de simiente es menester sigan la tierra, porque en ella se hallan todas las cosas; el andar saltando y brincando junto a ella, es una advertencia _ dice _ a los que labran la tierra para que no se sienten, porque siempre hay que hacer en su cultivo; el sonido de los tamboriles y el ruido que se hace sacudiendo la herramienta y las manos y otras cosas de este jaez, significa lo que pasa en la labranza del campo. Es de cobre, porque los antiguos, antes que descubriesen el hierro, la labraban con cobre. Acompáñanla _ dice _ con un león suelto y manso, para demostrar que no hay pedazo de tierra tan áspero y silvestre que no convenga ararlo y cultivarlo. Después, añade y dice que el haber llamado a la madre Tellus con muchos nombres y sobrenombres, ha dado ocasión de entender que son muchos dioses. La Tellus _ dice _, piensan que es Opis, porque obrando, opere, y trabajando en ella, con el continuo cultivo se mejora; Madre, porque pare y produce muchas cosas magna o grande porque pare y produce el mantenimiento; Proserpina, porque de ella nacen y gracias a ella, como que trepan, Proserpere, las mieses; Vesta, porque se viste de hierbas, y de este modo _ dice _, no fuera de propósito, reducen a ésta otras diosas". Luego si es una sola diosa ésta, que, averiguada la verdad, tampoco lo es, ¿para qué la hacen muchas? sean de una sola tantos nombres, y no haya tantas diosas como nombres; pero la autoridad del error en que vivieron sus antepasados les hace mucha fuerza, y al mismo Varrón, después de haber dado este parecer, le hace titubear; porque, añade y dice: "Lo cual no se opone a la opinión de nuestros predecesores acerca de estas diosas, pensando que son muchas". ¿Y cómo no ha de ser contradictorio, siendo absolutamente distinto tener una diosa muchos nombres o ser muchas diosas? "Con todo, puede ser _ dice _ que una misma cosa sea una, y en ellas algunas cosas sean muchas". Concedo que en un hombre haya muchas particularidades; ¿luego por esto también habrá muchos hombres? De la misma manera, porque en una misma diosa hay muchas cualidades, ¿acaso por eso ha de haber también muchas diosas? Pero dividan como quieran, junten,

multipliquen y vuelvan a multiplicar y a enredarlo todo. Esto son, en efecto, los insignes misterios de Tellus y de la gran Madre, viniendo a reducirse todo su poder a las semillas mortales y corruptibles, y al cultivo de la tierra. ¡Y que sea posible que cuantas sandeces se refieren a éstas y paran en esta limitada potestad, el tamboril, las torres, los hombres castrados, o galos, el furioso brincar y sacudir de miembros, el ruido de los cencerros, la ficción de los leones, puedan prometer a ninguna la vida eterna! Y que sea posible que los galos castrados se dediquen al servicio de esa diosa magna, para significar que los que carecen del semen generativo han menester seguir la tierra, como si, por el contrario, la misma servidumbre no los hiciese tener necesidad de simiente! ¿Por qué cuando sirviendo a esta diosa, o no teniendo simiente la adquieren, o sirviendo a esta diosa, teniendo simiente la pierden? ¿Esto es interpretar o desatinar? Y no se advierte y considera lo que han prevalecido los malignos espíritus, que con no haberse atrevido a ofrecer con estos ritos cosa ninguna grande, con todo, pudieron pedir cosas tan horribles y crueles. Si la tierra no fuera diosa, trabajando los hombres, pusieran las manos en ella, para alcanzar por ella las semillas, y nos las pusieren cruelmente en sí, para perder la simiente por amor a ella. Si no fuera diosa, de tal modo se hiciera fecunda con las manos ajenas, que no obligara a los hombres a hacerse estériles con las suyas propias.

[20] Ovidio, Fast., 4.

Capítulo XXV

LA INTERPRETACIÓN QUE HALLARON LOS SABIOS GRIEGOS SOBRE LA CASTRACIÓN DE ATIS.

25 Y, con todo, este autor no recuerda, no hace mención de aquel buen Atis, ni trata de su interpretación, en cuya memoria y por cuyo amor se castra el gallo; pero los doctos y sabios griegos no pasaron en silencio razón tan graciosa y tan bella; porque Porfirio, filósofo insigne, dijo "que Atis significa la tierra en el verano, más hermosa

que en las demás estaciones, y que fue labrado o castrado, porque la flor cae antes que el fruto". Luego, según esta doctrina, no compararon al mismo hombre, o al cuasi hombre llamado Atis, o a la flor, sino a sus partes pudorosas; mediante a que éstas fueron las que, viviendo él, se le cayeron o, por mejor decir, no se le cayeron, ni se las cogieron; sino que se las arrancaron y despedazaron. Y, perdida aquella flor, no se siguió después fruto alguno, antes sí esterilidad; el resto de este hombre, pues, y lo que le quedó al castrado, ¿qué diremos significa? ¿A qué se refiere? ¿Qué interpretación se saca de aquí? ¿Es por ventura para que, procurando en vano la exposición, y no hallando dictamen alguno a propósito, nos persuadan debemos creer mejor lo que divulgó la fama y refieren las historias de este hombre castrado? Con razón le hurtó el cuerpo nuestro Varrón, y no quiso escribirlo porque no es de creer lo ignorase un hombre reputado por tan docto.

Capítulo XXVI

DE LA TORPEZA Y DESHONESTIDAD DE LOS SACRAMENTOS DE LA MADRE MAGNA.

26 Tampoco de los castrados bardages (consagrados a la misma gran Madre contra todo el decoro y pudor natural, así de los hombres como de las mujeres, a quienes hace aún poco tiempo los veíamos con sus húmedas greñas, miembros débiles y paso afeminado, andar pidiendo al pueblo por las calles y plazas de Cartago con qué pasar su vida torpemente), quiso hacer mención Varrón, ni yo me acuerdo haberlo leído en lugar alguno; faltó la interpretación, tuvo vergüenza la razón, y observó riguroso silencio la lengua. La grandeza, no de la divinidad, sino de la bellaquería de la gran Madre, sobrepujó y venció a todos los dioses, sus hijos. A este monstruo no se llegó ni aun la monstruosidad de Jano; aquél, en sus imágenes, era solamente disforme; pero ésta, en sus sacramentos, indica una disforme crueldad; aquél, en las piedras, tiene miembros añadidos por demás;

ésta, en los hombres, los tiene de menos, como perdidos. No llegan con mucho a esta ignominia tantos y tan abominables estupros del mismo Júpiter; aquél, entre las demás afrentas con que mancilló el honor de las mujeres, con sólo el infame estupro que cometió en la persona de Ganímedes, infamó al cielo; pero ésta, con tantos impotentes bardages, profesos y públicos, profanó la tierra y al cielo hizo injuria. ¿Pudiéramos, acaso, en vista de una especie de torpeza tan inhumana compararla o caracterizarla como superior a la de Saturno, de quien dicen que castró a su padre? Ciertamente que sí; sin embargo, en los sacramentos de Saturno pudieron los hombres morir a manos ajenas, mas no fueron compelidos a castrarse con las propias. Comióse aquél a sus hijos, según dicen los poetas; los físicos o filósofos naturales deducen este aserto de su interpretación o alegoría, como les viene mejor, y conforme lo cuenta la historia, los mató; pero el sacrificarle sus hijos como lo hicieron los cartagineses, no lo advirtieron los romanos, y, con todo, esta gran madre de los dioses, hasta en los templos romanos introdujo sus castrados y conservó esta cruel costumbre, creyendo todos los fanáticos que cooperaba al vigor y fuerza de los romanos la deliberación de cortarse los hombres los miembros que les constituye en clase de tales. ¿Qué tienen que ver con esta cruenta e insolente ejecución los hurtos de Mercurio, la lascivia de Venus, los estupros y torpezas de los demás que lo referiría yo congruamente en este lugar, extrayéndolos de sus libros, si cada día no se contaran y representaran en sus teatros? Pero unas criminalidades tan execrables, ¿qué tienen que ver con una vileza tan extraordinaria, cuya grandeza sólo convenía a la gran Madre? Mayormente cuando los delitos de los otros, dicen, son ficciones de poetas, como si éstos hubieran también fingido que los dioses gustaban y se servían de tan inicuas acciones; porque, aun concebido que sólo el hecho de cantarse o escribirse tales obscenidades haya sido atrevimiento o desvergüenza de los poetas, sin embargo, el que se introdujesen entre las cosas divinas, mandándolo y precisando su ejecución con terribles conminaciones

los mismos dioses, ¿qué es sino una culpa evidente de las deidades o, por mejor decir, una confesión tácita de que son demonios, y que todo es un embeleco y engaño para alucinar a estos miserables? Mas el honor con que la madre de los dioses mereció ser reverenciada con la consagración de los castrados, no lo fingieron los poetas, antes sí quisieron mejor tener horror y abominar un proceder tan odioso, que contarlo. ¿Es posible que ninguno quiera consagrarse a estos dioses selectos sólo por el interés de ser, después de la muerte, bienaventurados, y supuesto que, consagrándose a ellos antes de la muerte, no puede vivir honestamente viviendo sujeto a tan abominables supersticiones, y rendido a tan obscenos demonios, cómo ha de vivir? Pero dice: "todo esto se refiere al mundo". Yo quisiera considerase atentamente, que acaso se refiere mejor al inmundo. Sin embargo, ¿cómo no podrá referirse al mundo lo que se demuestra y averigua que está en el mundo? Con todo, nosotros buscamos únicamente aquella alma que, confiada a la verdadera religión, no adore como a dios al mundo, sino que, como obra de Dios, por Dios alabe al mundo, y purificada y limpia de la mácula mundana, llegue tersa y sin mancilla a Dios, criador del mundo; y aunque es verdad que estos dioses escogidos han sido más famosos y conocidos que los demás, no obstante esto, no ha sido para que se ilustraran y engrandecieran sus méritos, sino para que no se ocultaran sus ignominias y oprobios. Por lo que se hace más creíble que fueron hombres, así como lo refieren no sólo los poetas, sino también los historiadores; en cuya comprobación dice Virgilio "que Saturno fue el primero que desde el estrellado Olimpo vino a Italia huyendo de la guerra que Júpiter le hizo, privándole y desterrándole de sus reinos", y lo demás que sigue perteneciente al asunto. Euhemero declara toda esta historieta de Saturno, la cual tradujo en el idioma latino Ennio; y así, por cuanto los que antes que nosotros escribieron así en griego como en latín contra estos errores dijeron lo suficiente sobre el punto, no quise detenerme más en su examen y referencia.

Capítulo XXVII

DE LAS FICCIONES Y QUIMERAS DE LOS FISIÓLOGOS O NATURALES, QUE NI ADORAN AL VERDADERO DIOS, NI CON EL CULTO Y VENERACIÓN CON QUE SE LE DEBE ADORAR.

27 Cuando considero las mismas fisiologías o exposiciones naturales con que los hombres doctos e ingeniosos procuran convertir las cosas humanas en divinas, advierto que no pudieron revocar o atribuir cosa alguna sino a obras temporales y terrenas y a la naturaleza corpórea, que, aunque invisible, con todo, es mudable, cuyo defecto no se halla en el verdadero Dios.

Y si esto lo aplicaran a la religión con significaciones siquiera convenientes (aunque fuera lastimoso, porque con ellas no se daría noticia exacta, ni publicaría el nombre del Dios verdadero), con todo en alguna manera fuera tolerable, viendo que no se hacían ni se prescribían preceptos tan abominables y torpes; pero ahora, siendo como es, una acción impía y detestable que el alma adore por verdadero Dios (con que sólo morando él en ella es dichosa y bienaventurada) al cuerpo o alma, ¿cuánto más nefando será tributar culto a estas sustancias, para que el cuerpo y el alma del que así las adora, no alcance salud ni gloria humana? Por lo cual, cuando se adora con templo, sacerdote y sacrificio (honor que sólo se debe al verdadero Dios) algún elemento del mundo, o algún espíritu criado, aunque no sea inmundo y malo, no por eso es malo, porque son malas las ceremonias con que lo adoran, sino porque son tales que con ellas sólo se debe adorar aquel a quien se debe tal culto y religión.

Y si alguno opinase que adora a un solo Dios verdadero, esto es, al creador de todas las almas y cuerpos con disparates y monstruosidades de imágenes, con sacrificios de homicidios, y con fiestas de juegos y espectáculos torpes y abominables, no por eso peca, por cuanto no debe adorarse al mismo que adora, sino porque tributa culto al que deben reverenciar, no como se debe venerar; y el que con semejantes obscenidades, esto es, con obras torpes y

obscenas adorare al verdadero Dios, no peca precisamente porque no deba ser adorado aquel a quien adora, sino porque no le adora como debe; pero en cambio, él con tales torpezas adora no al verdadero Dios, es decir, al autor del alma y del cuerpo, sino a la criatura (aunque no sea mala, ya ésta sea alma, ya sea cuerpo, ya sea juntamente alma y cuerpo), dos veces peca contra Dios; lo uno, porque adora por Dios a lo que no es dios, y lo otro, porque le adora con tales ritos con los que no se debe adorar ni a Dios ni a lo que no es Dios; pero en qué términos, esto es, cuán torpemente hayan tributado adoración éstos a las mentidas deidades, fácil es de conocerlo. Y que hayan adorado, y a quiénes, sería dificultoso indagarlo, si no dijeran sus historias cómo ofrecieron a sus dioses (pidiéndoselo ellos con amenazas y terrores) aquellos mismos holocaustos y ceremonias que confiesan por abominables y torpes; y así, quitados los rodeos, resulta que con toda esta teología civil, han convidado e introducido a los impíos demonios e inmundos espíritus en las necias y vistosas imágenes, y por ello igualmente en los estúpidos corazones, para que los posean.

Capítulo XXVIII

QUE LA DOCTRINA QUE TRAE VARRÓN SOBRE LA TEOLOGÍA NO ES CONSECUENTE CONSIGO MISMA.

28 ¿Qué utilidad se sigue de que el docto e ingenioso Varrón procure, y no pueda, con una sutil y delicada doctrina reducir todos estos dioses al cielo y a la tierra? Sin duda se le van de las manos, se le deslizan, se le escapan y caen; porque habiendo de tratar de las hembras, esto es, de las diosas, dice: "Como insinué en el primer libro de los lugares, donde hemos considerado dos principios y orígenes que traen los dioses del cielo y de la tierra, por lo que éstos unos se dicen celestes y otros terrestres, así como arriba principiamos por el cielo cuando tratamos de Jano, que unos dijeron era el cielo, otros el mundo, así, hablando de los hombres, empezaremos a

escribir de la tierra". Bien advierto cuán penosa molestia es la que padece tal y tan elevado ingenio, dejándose arrastrar de una razón verosímil, "mediante la cual sostiene que el cielo es el que hace, y la tierra la que padece"; y por eso atribuye al uno la virtud masculina y a la otra la femenina, sin reflexionar que el que hizo hados a ambos es el que desempeña todas estas funciones con su virtud propia.

Conforme a esta exposición interpreta en el libro precedente los famosos misterios de los Samotraces [21], diciendo: "Declarará y escribirá alguna particularidades de que no tienen noticia ni aun los suyos, a quienes casi religiosamente promete enviárselas, porque insinúa allí que él ha deducido, por muchos indicios que ha visto en las estatuas, que una cosa significa el cielo, otra la tierra, otra los ejemplos o dechados de las cosas que Platón llamó ideas. Por el cielo quiere se entienda Júpiter, por la tierra Juno, por las ideas Minerva, estableciendo igualmente que el cielo es el que hace o el principal agente, la tierra de quien se forma la idea según la cual se hace". Sobre este particular, no quiere decir, como afirmó Platón [22], "que estas ideas tienen tanta virtud que el cielo conforme a ellas, no sólo obro en la producción de otros seres, sino que fue hecho también el mismo cielo". Lo que digo es que este autor, en el libro de los dioses selectos destruyó la razón relativa a los tres dioses con que había casi abarcado toda su idea, por cuanto al cielo atribuye los dioses masculinos, los femeninos a la tierra, entre los cuales puso a Minerva, a quien la había colocado anteriormente sobre el mismo cielo. Asimismo Neptuno, que es dios varón, reside en el mar, el cual pertenece más a la tierra que al cielo; finalmente, del padre Ditis, que en el lenguaje griego se llama Plutón, también varón, hermano de ambos, dicen es dios terrestre, que preside la parte superior de la tierra, y en la inferior tiene a su mujer Proserpina. ¿Acaso no es un medio extraordinario y ridículo el que usa para reducir los dioses al cielo y las diosas a la tierra? ¿Qué tiene este discurso de sólido, qué de constante, de cordura, de resolución y certeza? En efecto: la Tellus o tierra es el principio y origen de las diosas, es a saber, la gran

Madre con quien anda la turba de los espíritus abominables y torpes, los afeminados, bardajes castrados, los que se cortan y laceran los miembros, los que andan saltando y brincando alrededor de ella como dementes y atolondrados.

¿A qué viene decir que es cabeza de los dioses Jano, y de las diosas la Tierra, si ni allá constituye una cabeza el error, ni acá la hace sana y cuerda el furor? ¿Para qué procuran en vano reducir estas supuestas cualidades al mundo como si se pudiera adorar al mundo por verdadero dios o a la criatura por creador? Si una verdad manifiesta, los deja plenamente convencidos de que nada pueden sobre este punto, refieren solamente tales patrañas a los hombres muertos y a los malvados demonios, y no habrá más pleitos.

[21] Según Varrón, i, IV De lingua latina, los Samotraces son el Cielo y la Tierra; Júpiter y Juno; a éstos se añade Minerva, y a los otros tres se dedicó el Capitolio, templo el más suntuoso de Roma.

[22] En el Timeo y Parménides.

Capítulo XXIX

QUE TODO LO QUE LOS FISIÓLOGOS Y FILÓSOFOS NATURALES REFIEREN AL MUNDO Y A SUS PARTES, LO DEBÍAN REFERIR A UN SOLO DIOS VERDADERO.

29 Porque todo cuanto estos escritores insinúan de tales deidades, como fundados en razones físicas y naturales, lo refieren al mundo; seguramente que sin escrúpulo de sentir sacrílegamente lo podemos atribuir con más justa razón al verdadero Dios que hizo el mundo, y es el Criador de todas las almas y cuerpos, y se puede advertir mediante este raciocinio. Nosotros adoramos a Dios, no al cielo ni a la tierra, de los cuales consta este mundo, ni al alma ni a las almas que se hallan repartidas entre todos y cualesquiera vivientes, sino a Dios, que hizo el cielo y la tierra, y todo cuanto hay en ellos, el cual creó todas las almas, así las que viven y carecen de sentido y de razón, como las que sienten y usan también de la razón, y empezando

a discurrir ya por los efectos o por las obras admirables de Dios, que es uno solo y verdadero, por respeto de las cuales, mientras procuran éstos, como con cierta honestidad, interpretar ritos torpes y abominables, vienen a multiplicar y a establecer muchos dioses, y todos falsos; nosotros adoramos a aquel Dios que a las naturalezas que crió las dio los principios y fines de sus sustancia y movimiento; a aquel que tiene en su mano, conoce y dispone las causas de las cosas; a aquel que crió la virtud de las semillas, formó el alma racional, para que le sirviese a sus inescrutables designios; les dio el uso y facultad de hablar; repartió a los espíritus que fué su voluntad el singular don de vaticinar lo venidero, y por medio de quienes quiera las dice, y por medio de las personas que son de su agrado destierra las enfermedades; a aquel que preside también riguroso cuando conviene castigar y corregir el linaje humano, en los principios, progresos y fines de las mismas guerras; a aquel que no sólo crió, sino que también gobierna el vehemente y violento fuego de este mundo, conforme al temperamento de la inmensa naturaleza; que es criador y gobernador de todas las aguas; que hizo el sol, astro el más resplandeciente de todas las luces corpóreas que se ven en el hemisferio comunicándole virtud y movimiento conforme a su esfera; que hasta a los mismos condenados del infierno no niega su dominio y potestad; que sustituye y concede a las cosas mortales y caducas sus simientes, alimentos, así secos como líquidos; que fundó la tierra y la fecunda; que reparte sus frutos a las bestias y a los hombres; que conoce y ordena las causas, no sólo principales, sino también las subsiguientes o accesorias; que dio a la luna su curso y movimiento; que suministra con las mutaciones de los lugares los caminos por el cielo y por la tierra; que a los entendimientos humanos que crió, les concedió también para el auxilio y alivio de su vida y naturaleza una noticia exacta y conocimiento de varias ciencias y artes; que a las sociedades y familias de los hombres concedió para los usos ordinarios e indispensables el beneficio del fuego de la tierra, de que se pudiesen servir en los hogares y en las luces. Estos son, en efecto,

los cargos que el ingenioso y erudito Varrón, fundado en ciertas interpretaciones físicas y naturales, o tomadas de otro, o halladas por su propia conjetura, anduvo indeciso y confuso para distribuirlos y repartirlos entre los dioses escogidos.

Capítulo XXX

CÓMO SE DISTINGUE EL CRIADOR DE LA CRIATURA, PARA QUE NO SE ADOREN POR UNO TANTOS DIOSES CUANTAS SON LAS OBRAS DE UN MISMO AUTOR.

30 Y estas admirables obras son las que hace y en las que entiende aquel que es un solo Dios verdadero; aunque este mismo Dios, así como está donde quiera, todo, sin estar encerrado en ningún lugar, ni atado o ceñido a una sola cosa, sin ser divisible en partes y de ninguna parte mudable, llena el cielo y la tierra con su presente omnipotencia. Y así, sin estar ausente su naturaleza, también administra todo lo que crió con tan particular sabiduría, que a cada cosa la deja ejercer libremente y ejecutar sus acciones propias; porque aun cuando no puede haber cosa alguna sin él, no obstante, ninguna es lo que él. Hace también muchas cosas por medio de los ángeles; pero si no es consigo propio, no hace felices a los ángeles; por lo mismo, aunque por algunas causas ocultas envía ángeles a los hombres, con todo, no hace felices a los hombres con los ángeles, sino consigo propio como a los ángeles. De este solo y verdadero Dios esperamos nosotros la vida eterna.

Capítulo XXXI

DE QUE BENEFICIOS DE DIOS GOZAN PROPIAMENTE LOS QUE SIGUEN LA VERDAD, ADEMÁS DE LOS QUE A TODOS COMUNICA LA DIVINA LIBERALIDAD.

31 Por cuanto nosotros, además de estos beneficios comunes, que por medio de esta recta administración y gobierno del mundo, (del cual ya hemos dicho algunas particularidades), distribuye este gran

Dios a los buenos y a los malos, tenemos de su Divina majestad un indicio seguro y propio de los justos, del grande amor que nos profesa; aunque no podamos darle las debidas gracias por el ser que tenemos, de que vivimos, de que vemos el cielo y la tierra, de que tenemos entendimiento y razón, con que podemos buscar a este mismo que crió todas las cosas, debemos, sin embargo, corresponderle agradecidos, observando exactamente su santa ley; pero de que estando nosotros cargados y sumergidos en horribles pecados, sin dedicarnos, como debiéramos, a la contemplación de su luz, ciegos de amor y afición a las tinieblas, esto es, al pecado, no nos haya desamparado y dejado del todo, antes más bien nos haya enviado a su unigénito, para que haciéndose hombre por nosotros y padeciendo afrentosa muerte [23], conociésemos cuánto estima Dios al hombre; nos purificásemos con aquel incruento sacrificio de todas nuestras culpas e infundiendo con su espíritu en nuestros corazones su inefable amor, superadas todas las dificultades, viniesen a conseguir el descanso eterno y a gozar de la inmensa dulzura de su contemplación y visión beatífica. ¿Qué corazones, qué lenguas pretenderán ser bastantes para darle las debidas gracias?

[23] Rom., 8, 32.

Capítulo XXXII

QUE EL MISTERIO DE LA REDENCIÓN DE JESUCRISTO NUNCA FALTÓ EN LOS SIGLOS PASADOS, Y QUE SIEMPRE SE PREDICÓ Y MANIFESTÓ CON DIVERSAS FIGURAS Y SIGNIFICACIONES.

32 Este misterio de la vida eterna viene de atrás, y ya desde el principio de la creación del hombre se predicó por ministerio de los ángeles, a quienes convenía, por medio de ciertas señales y ritos acomodados a aquellos tiempos. Después se juntó el pueblo hebreo bajo una cierta forma de República que prefiguró este oculto sacramento, donde parte por algunos que lo entendían, y parte por otros que eran incapaces de comprenderlo, se anunció todo cuanto

por la venida de Cristo hasta ahora ha sucedido y en adelante ha de suceder. Después se derramó esta nación entre los gentiles, mediante el incontrastable testimonio de las escrituras, donde estaba profetizada la salud eterna por medio de Jesucristo.

Porque no sólo las profecías que en el sagrado texto se escriben, ni tampoco solamente los preceptos que conforman la vida y la piedad, y se expresan en aquellos libros, sino también los sacramentos, los sacerdotes, el tabernáculo o templo, los altares, los sacrificios, las ceremonias, los días festivos, y todo lo demás perteneciente al culto que se debe a Dios, que en griego propiamente se llama latría, nos significaron y anunciaron todo aquello que para la vida eterna de los fieles creemos que se ha cumplido en Cristo, vemos que se cumple y esperamos que se ha de cumplir [24].

[24] De esto habla San Agustín en esta misma obra, del libro XVII adelante. También en Contra Faustum, 4, 2; 22, 24.

Capítulo XXXIII

QUE SÓLO POR MEDIO DE LA RELIGIÓN CRISTIANA SE PUDO DESCUBRIR EL ENGAÑO DE LOS MALIGNOS ESPÍRITUS QUE GUSTAN DEL ERROR DE LOS HOMBRES.

33 Por esta religión verdadera y única se pudo descubrir que los dioses de los gentiles eran sumamente impuros y unos obscenos demonios, que con ocasión de algunas personas difuntas, y so color de las criaturas humanas, procuraron los tuviesen por dioses, gustando con detestable y abominable soberbia de los honores casi divinos, que no eran otra cosa que un complejo de acciones criminales y nefandas, envidiando a los hombres la conversión a su verdadero Dios. De cuyo cruel e impío poder y dominio se libró el hombre, creyendo sinceramente en Aquel que para levantarnos nos dio un ejemplo de humildad tan especial, cuanto fue mayor la soberbia por la que ellos cayeron destronados.

Del número de éstos son no sólo aquellos de quienes hemos ya referido varias particularidades y otras semejantes que han infestado las demás naciones y provincias, sino también de que ahora tratamos, como escogidos para componer el Senado de los dioses, y a la verdad elegidos por la grandeza y publicidad de sus culpas, no por la dignidad y méritos de sus virtudes, cuyos misterios, procurando Varrón reducirlos a razones naturales, buscando como dar un color honesto a las acciones torpes, no acaba de hallar cosa que le cuadre ni convenga, porque las causas que imagina, o, por mejor decir, quiere que se imaginen, no son causas de aquellos sacramentos. Porque si lo fuesen, no sólo éstas, sino también otras cualesquiera de esta especie, aunque no perteneciesen al verdadero Dios y a la vida eterna, que es la que en religión se debe buscar únicamente, con todo, dando cualquiera razón de la naturaleza de las cosas, mitigarían algún tanto la ofensa y escándalo que había causado su imponderable torpeza y desvarío, no entendido en la celebración de sus sacramentos, como lo procuró hacer el mismo Varrón en algunas fábulas teatrales o en los misterios de los templos, donde no con la semejanza de los templos dio por buenos los teatros, sino antes con la semejanza de los teatros condenó los templos; sin embargo, como quiera procuró aplacar el sentido ofendido y escandalizado con las obscenidades que le causaban horror, dando la razón a las causas naturales.

Capítulo XXXIV

DE LOS LIBROS DE NUMA POMPILIO, LOS CUALES MANDÓ QUEMAR EL SENADO, PORQUE NO SE PUBLICARON LAS CAUSAS QUE EN ELLOS SE CONTENÍAN DE LOS RITOS.

34 Con todo, por el contrario, descubrimos (como el mismo docto autor lo escribe citando los libros de Numa Pompilio), que no se pudieron tolerar de ningún modo las causas que allí se dan de los misterios de sus dioses, y no sólo las tuvieron por dignas de que, leyéndolas, viniesen a noticia de personas religiosas, pero ni aun

quisieron que escritas se guardasen en el archivo de las tinieblas; por lo mismo quiero ya decir lo que prometí explicar en su propio lugar, en el libro III de esta obra [25]. Porque según refiere el mismo Varrón en el libro del culto de los dioses: "Cierto hombre, llamado Terencio, poseía una heredad en el Janículo, y un quintero suyo arando con sus bueyes junto a la sepultura de Numa Pompilio, extrajo con el arado, debajo de la tierra, los libros donde estaban escritas las causas de los ritos que había instituido este monarca; y trayéndolos a la ciudad los entregó al Pretor, el cual, leyendo los títulos, pareciéndole asunto de importancia, los remitió al Senado; donde habiéndose leído algunas causas principales porque cada rito se había establecido en la religión, el Senado siguió el parecer del muerto Numa, y, como buenos religiosos, los Senadores, decretaron que el Pretor mandase quemar aquellos libros" [26]. Crea cada uno lo que él imagina, o, por mejor decir, cualquier famoso defensor de tan grande impiedad diga lo que le impele a decir su furiosa obstinación. A mí me basta advertir que las causas de los ritos que escribió el rey Pompilio, fundador de los misterios y religión de los romanos, fueron tales, que no convino tuviesen noticias de ellas ni el pueblo, ni el Senado, ni aun los mismos sacerdotes, como también que el mismo Numa Pompilio, con curiosidad ilícita y supersticiosa llegó a saber y penetrar aquellos secretos de los demonios, los cuales, aunque los escribió para avisarse a sí mismo con su lectura, sin embargo, con ser rey que a nadie temía, ni se atrevió a enseñarlos a sus vasallo, ni a destruirlos, borrándolos o consumiéndolos del todo; de suerte que lo que quiso que ninguno lo supiese por no instruir a los hombres en máximas obscenas y nefandas, y lo que temió violar por no provocar contra sí la ira de los dioses, lo enterró y sepultó donde la pareció más seguro, no creyendo que podía llegar el arado a su sepultura [27]; pero temiendo el Senado condenar la religión de sus antepasados, y hallándose por esto forzado a seguir el parecer de Numa, con todo, reputó aquellos libros por tan perniciosos, que no quiso mandar se volviesen a enterrar (porque la curiosidad humana no diese con más

vehemencia en buscar lo que ya se había divulgado), sino que las llamas consumiesen tan abominables memorias, pareciéndole era ya necesario celebrar aquellos ritos, tuvo por más tolerable el error, todas las veces que se ignorasen sus causas, que no el permitir se supiese públicamente, lo cual era exponerse a que se alborotase y turbase la ciudad.

[25] Cap. 9.

[26] De esto hablan Livio, 40, 29; Valerio, 1, 1; Plinio, 13.

[27] Desde los tiempos más remotos se tuvo gran cuidado de que nadie tocase los sepulcros, como se ve por la ley de las doce tablas, por las leyes de Solón y las más antiguas de latinos, y griegos. Pues se creía que los sepulcros eran como templos de los dioses manes, y por eso se les ponía esta inscripción: D. M. S. (diis manibus sacratum).

Capítulo XXXV

DE LA HIDROMANCIA CON QUE ANDUVO ENGAÑADO NUMA, VIENDO ALGUNAS IMÁGENES DE LOS DEMONIOS.

35 Por cuanto aun el mismo Numa (como no tuvo ningún profeta de Dios, ningún ángel santo que le ilustrase), le fué preciso usar de la hidromancia [28] para poder ver en el agua las imágenes de los dioses, o, por mejor decir, los engaños de los demonios, y así le instruyeron en lo que debía ordenar y observar acerca de la religión.

"Este modo de adivinar dice el mismo Varrón que vino de Persia, del cual usó Numa, y después el filósofo Pitágoras, donde no sin intervención de sangre dice que se hacen sus preguntas a las sombras infernales, y añade que en griego se llama Necromancia"; la cual, ya se llame hidromancia o necromancia, es lo mismo que a donde aparecen, o parece que adivinan los muertos. Con qué arte se ejecute, examínenlo ellos; porque no intento indicar que estas artes, aun antes de la venida de nuestro Salvador, entre los mismos gentiles se solían prohibir con leyes rigurosas y castigarlas con severísimas penas. No

quiero, digo, indicarlo, porque acaso entonces se permitían y eran lícitas semejantes especulaciones; pero es indudable que con estas artes aprendió Pompilio aquellos ritos de la religión cuyo ejercicio divulgó y cuyas causas enterró; por eso se receló él mismo de lo que aprendió, y el Senado quemó los libros en que se contenían estas necedades; en esta inteligencia, ¿para qué Varrón me quiere alegar no sé qué otras causas, al parecer físicas de aquellos ritos, que si los insinuados libros se hallaran, sin duda no los quemaran; ni acaso estos que escribió y dedicó Varrón al pontífice Cayo César [29] y dio a luz, tampoco los quemaron los Senadores si, realmente las contuvieran? Así que, por haber descubierto Numa Pompilio el agua con que hacía la hidromancia, por eso se dice que tuvo por mujer a la ninfa Egeria, como se declara en el libro de Varrón arriba citado.

De este modo la verdad de las cosas, mezclándola con mentiras, se suele convertir en fábulas. En aquella hidromancia, aquel curiosísimo rey romano aprendió los ritos que habían de conservar los pontífices en sus libros y las causas de ellos, las cuales, a excepción de él, quiso que ninguno las supiese; y, así, habiéndolas escrito separadamente, hizo en cierto modo que muriesen y acabasen consigo, cuando procuró desterrarlas del conocimiento de los hombres y sepultarlas. En dichos libros, o había tan abominables y perjudiciales máximas de que gustaban los demonios (que por ellas se advertía cómo toda la teología civil era maldita, aun en sentir de los que en los mismos misterios habían recibido tantas nociones vergonzosas y abominables), o se descubría que no era otra cosa que hombres muertos todos aquellos que casi todas las naciones, por una dilatada serie de siglos, habían creído eran dioses inmortales, supuesto que se complacían igualmente de semejantes ritos los mismos demonios, que con la vana apariencia de falsos portentos se suponían y entrometían allí para que los adorasen por los mismos muertos a quienes ellos habían procurado fuesen reputados por dioses.

Pero por oculta providencia del verdadero Dios, sucedió que, estando en gracia y reconciliados con su amigo Pompilio, por medio de aquellas artes con que se pudo ejercer la hidromancia, se les permitiese que le confesasen con claridad todas aquellas patrañas, y, con todo, no se les permitió le advirtiesen que cuando muriese procurase antes quemarlas que enterrarlas, pues para que no se supiese no pudieron, ni impedir al arado que las extrajo afuera, ni la pluma de Varrón, por cuyo medio llegó hasta nuestros tiempos la noticia circunstanciada de cuanto pasó sobre este asunto siendo como es, sabido que no pueden ejecutar lo que no se les permite, sin embargo, se les permite en muchas ocasiones, por alto y justo juicio del sumo Dios, por los pecados de aquellos respecto de quienes es conveniente que, solamente los aflijan o también los sujeten y engañen; y cuán pernicioso y ajeno al culto del verdadero Dios pareció lo que se contenía en aquellos libros, se puede inferir de la providencia del Senado, que más quiso quemar lo que Pompilio había escondido que temer lo que temió él mismo, que no pudo atreverse a practicar una acción tan generosa. El que no desea tener en la vida futura vida feliz, ni en la presente una verdaderamente piadosa y religiosa, con tales misterios busque la muerte eterna; pero el que no quiere tener comunicación con los malignos demonios, no tema la perniciosa superstición con que son adorados, sino reconozca la verdadera religión con que se descubren y vencen.

[28] Hidromancia, quiere decir adivinación por el agua.

[29] Este es el ya conocido dictador Julio César.

LIBRO OCTAVO

DIOSES DE LA TEOLOGÍA NATURAL DE VARRÓN

Capítulo I

SOBRE LA CUESTIÓN DE LA TEOLOGÍA NATURAL, Y QUE ÉSTA SE HA DE AVERIGUAR CON LOS FILÓSOFOS MÁS EXCELENTES Y SABIOS.

1 Ahora es preciso procedamos con más circunspección y escrupulosidad que en la resolución y explicación de las cuestiones tratadas en los libros anteriores; pues hemos de hablar de la teología natural, no con cualquiera especie de personas (porque no es novelesca ni civil; esto es, teatral o urbana, que la una alaba las culpas de los dioses y la otra descubre sus apetitos más abominables, y, por consiguiente, deseos de espíritus malignos antes que de dioses), sino con filósofos, cuyo nombre en latín significa "amantes de la sabiduría" [1], y si la verdadera sabiduría es Dios [2], que crió todas las cosas conforme a lo que le enseñó la autoridad divina y la misma verdad, el verdadero filósofo es el que ama a Dios; mas no hallándose la filosofía en todos los que se precian de este glorioso dictado (porque no son ciertamente amadores de la verdadera sabiduría todos los que se llaman filósofos), necesitamos escoger entre todos aquellos de cuyas opiniones hemos podido tener noticia por la lectura de los libros, con quienes muy al caso podamos tratar de esta materia; porque no pretendo en esta obra refutar todas las opiniones vanas de todos los filósofos, sino solamente las que se refieren a la teología (expresión griega que sabemos significa los conocimientos que tenemos de Dios) y éstos no son los de todos, sino únicamente los de aquellos que, aunque conceden que hay Dios, y que cuida y vigila sobre las cosas humanas, con todo, imaginan que no es suficiente el culto y religión de un solo Dios inmutable para conseguir una vida bienaventurada más allá de la muerte, sino que a este efecto aquel que es uno crió e instituyó muchos para que los adorásemos. Estos ya dejan muy atrás la opinión de Varrón y se aproximan más a la verdad; porque él sólo pudo abarcar en su teología natural el mundo o

su alma; pero éstos sobre toda la naturaleza del alma confiesan que hay Dios, que hizo no sólo este mundo visible, que ordinariamente se comprende bajo el nombre de cielo y tierra, sino también todas cuantas almas hay, y que a la racional e intelectual, cual es el alma del hombre, con la participación y comunicación de su luz inmutable e incorpórea, la hace bienaventurada y dichosa, y ninguno que haya leído este punto con alguna reflexión ignora que estos filósofos son los que llamamos platónicos, derivando su nombre del de su maestro Platón.

[1] Vid., Cicer., lib. II De Offic., cap. II.

[2] El Libro de la sabiduría, cap. VII vers., 24 sgs., y San Pablo en su carta a los hebreos llama al Hijo de Dios sabiduría del Padre, con la que formó el universo y cuanto en él se sostiene.

Capítulo II

DE DOS GÉNEROS DE FILÓSOFOS, ESTO ES, DEL ITÁLICO Y JÓNICO, Y DE SUS AUTORES.

2 De Platón brevemente tocaré lo que me pareciese necesario para la presente cuestión, refiriendo primero los que en la profesión de las mismas letras le precedieron. Por lo que se refiere a la literatura griega, que es el idioma que se tiene por más ilustre entre los demás de los gentiles, de dos sectas de filósofos se hace en aquella mención. La una, llamada Itálica, por aquella parte de Italia que antiguamente se llamó Magna Grecia. La otra Jónica, en las tierras que ahora se llaman Grecia. La Itálica tuvo por su autor y corifeo a Pitágoras Samio, de quien, según es fama, tuvo principio el nombre de filosofía, porque llamándose antes sabios los que en algún modo parecía que se aventajaban a los otros con el buen ejemplo de su vida, preguntado éste qué facultad era la que profesaba, respondió que era filósofo; esto es, estudioso y aficionado a la sabiduría, pues el manifestarse por sabio parecía acción muy arrogante y altanera. El príncipe y jefe de la secta Jónica fué Thales Milesio, uno de aquellos

siete que llamaron sabios [3]. Los seis se diferenciaban y distinguían entre sí en la forma de su profesión, y en ciertos preceptos acomodados para vivir bien; pero Thales fué tan excelente y aventajado, que habiendo inquirido y examinado menudamente la naturaleza y puesto por escrito sus disputas, dejó sucesores de su doctrina, y fué admirable especialmente, porque habiendo comprendido el movimiento de los astros, llegó a saber pronosticar los eclipses del sol y de la Luna. Sin embargo, creyó que el agua era principio de todas las cosas, y que de ella recibían su existencia todos los elementos del mundo, y el mismo mundo y cuanto en él nace; no atribuyendo a la mente divina nada de esta obra que observada la estructura del mundo aparece tan admirable. A éste sucedió Anaximandro, su discípulo, y mudó de opinión en cuanto a la naturaleza de las cosas; porque le pareció que no nacían, o se producían, como defendía Thales, del agua, sino que cada cosa debía su origen a sus peculiares principios; los cuales, sostuvo que eran infinitos y que engendraban infinitos mundo y todo cuanto en ellos nacía, y que estos mundos unas veces se disolvían y otros renacían tanto cuanto cada uno pudo durar en su tiempo, sin atribuir tampoco en estas obras del universo algún poder o influencia a la mente divina. Este dejó a Anaximenes por su discípulo y sucesor, quien atribuyó todas las cosas naturales al aire infinito, no negó los dioses ni los pasó en silencio, mas no creyó que ellos hubiesen criado el aire, sino que del aire nacieron ellos. Anaxágoras, discípulo de éste, fué de dictamen que la mente divina era la que hacía todas las cosas que vemos, y dijo que todas las cosas, según sus tamaños y especies propias, se hacían de la materia infinita, que consta de partes semejantes u homogéneas, pero todas por mano de la mente divina. Asimismo Diógenes [4], otro discípulo de Anaximenes, enseñó que el aire era la materia de todas las cosas, de la cual se hacían y formaban; pero que al mismo tiempo participaba de la mente divina, sin la cual nada se podía hacer de él. Sucedió a Anaxágoras su discípulo Archelao, quien igualmente opinó que de tal modo constaban todas

las cosas de aquellas partículas entre sí semejantes u homogéneas de que se formaban, que aseguraba tenían también mente, la cual, uniendo o disolviendo los cuerpos eternos, esto es, aquellas partículas hacía todas las cosas. Discípulo de éste dicen que fué Sócrates, maestro de Platón, por quien hemos referido brevemente todo lo dicho.

[3] Chilo de Lacedemonia, Pitaco de Mitilene, Bias Prieneo, Cleóbulo de Lindio, Periandro de Corintio y Solón de Atenas.

[4] Diógenes, no el Cínico, sino Apoloniata, de quien habla Cicerón, libro I De Natura deorum, cap. XII.

Capítulo III

DE LA DOCTRINA DE SÓCRATES.

3 Escriben algunos que Sócrates fué el primero que acomodó y dirigió toda la filosofía al loable objeto de corregir y arreglar las costumbres, habiendo empleado sus penosas tareas literarias los filósofos que le precedieron precisamente en el estudio y contemplación de las cosas físicas; esto es, naturales, dejando a un lado la de las morales, tan interesantes como necesarias al bien de la sociedad; pero no me parece fácil averiguar si Sócrates adoptó este medio por estar íntimamente penetrado y enfadado de la obscuridad e incertidumbre de las cosas; y por este motivo se aplicó a estudiar algún objeto claro y cierto que fuese necesario para la consecución de la vida eterna y feliz, por sola la cual parece se desveló y trabajó con más industria que todos los filósofos, o, como algunos sospechan, pensando más benignamente de él, no quería que ánimos contaminados por los apetitos y desórdenes terrenos, presumiesen extenderse a las cosas divinas. Pues advertía que andaban solícitos inquiriendo las causas de las cosas, y como las primeras y principales entendía que no dependían sino de la voluntad de un solo Dios verdadero, le parecía que no se podían comprender sino con ánimo puro y sencillo, y por eso se debía trabajar en purificar la vida con

buenas costumbres, para que, descargado y libre el ánimo de los apetitos que le oprimían con su vigor natural se elevase a la contemplación de las cosas eternas, y con la limpieza y pureza de la inteligencia pudiese ver la naturaleza de la luz incorpórea e inmutable, a donde con firme estabilidad viven las causas de todas las naturalezas criadas. Sin embargo, consta que con la admirable gracia y agudísimo donaire que tenía en disputar, aun en las mismas cuestiones morales, a las que parecía que había aplicado todo su entendimiento, notó y dio la vaya a los necios e ignorantes que presumen saber mucho; confesando su ignorancia o disimulando su ciencia. Por lo cual, habiéndose ganado enemigos, que le imputaron calumniosamente una fea criminalidad, fué condenado y muerto, aunque, después la misma ciudad de Atenas, que públicamente le había condenado, públicamente le lloró, revolviendo la indignación del pueblo contra los dos sujetos que le acusaron, de forma que el uno pereció a manos del furioso pueblo, y el otro se libertó de igual infortunio, desterrándose voluntariamente para siempre. Sócrates, pues, tan famoso e insigne en vida y muerte, dejó muchos discípulos que siguieron su doctrina, cuyo estudio principalmente se ocupó en las controversias y doctrinas morales, donde se trata del sumo bien, sin el cual el hombre no puede ser dichoso ni bienaventurado. Mas como este bien no le hallasen clara y evidentemente en los escritos y disputas de Sócrates, pues afirma por una parte lo que destruye por otra, tomaron de allí lo que cada uno quiso y colocaron el fin del sumo bien donde a cada uno le pareció o en el objeto que más le agradó. Llaman fin del bien aquel que alcanzado hace al que le posee bienaventurado y feliz, y fueron tan diversos los pareceres y opiniones que tuvieron los socráticos acerca de este último fin (apenas se puede creer que pudiese haber tantos entre discípulos de un mismo maestro), que algunos dijeron que el deleite era el sumo bien, como Aristipo; otros, que la virtud, como Antisthenes, y de esta manera otros muchos tuvieron otras y otras diferentes opiniones, que sería cosa larga referirlas todas.

Capítulo IV

DE PLATÓN, QUE FUÉ EL PRINCIPAL ENTRE LOS DISCÍPULOS DE SÓCRATES, Y DIVIDIÓ TODA LA FILOSOFÍA EN TRES PARTES.

4 Entre los discípulos de Sócrates, no sin justa razón, floreció con nombre y gloria tan excelente Platón, que oscureció la de todos los demás. Ateniense [5] de sangre y de familia ilustre, aventajando con su maravilloso ingenio a todos sus condiscípulos, con todo, desestimando su caudal y pareciéndole que ni éste ni la doctrina de Sócrates era bastante para llegar a perfeccionarse en el estudio de la filosofía, dio en peregrinar por cuantos países le fué posible, acudiendo a todas las partes donde le convidaba la fama de que podía aprender e instruirse en alguna ciencia útil y singular. Así aprendió en Egipto toda la literatura que allí se apreciaba como grande y se enseñaba; de donde, navegando hacia las regiones de Italia, en la que era célebre y famoso el nombre de los pitagóricos, comprendió fácilmente todo lo que entonces florecía de la filosofía itálica, oyendo a los más eminentes doctores que había entre ellos. Amando como amaba sobre todos a su maestro Sócrates, le introduce casi en todos sus diálogos, haciéndole autor, y que diga aun lo mismo que Platón había aprendido de otros, o lo que él, con cuanta inteligencia pudo, había conseguido, mezclándolo todo y sazonándolo con la sal, donaire y disputas de su maestro. Así, pues, consistiendo el estudio de la sabiduría en la acción y contemplación, de modo que una parte puede llamarse activa y la otra contemplativa (la activa concerniente al modo de pasar la vida; esto es, de arreglar las costumbres, y la contemplativa, a la meditación de las causas naturales y contemplación de la verdad sincera), de Sócrates dicen que se señaló en la activa, y de Pitágoras, que se dedicó más a la contemplación, empleando en ella todo cuanto pudo las fuerzas de su entendimiento, y por eso elogian a Platón, porque, abrazando y uniendo lo uno y lo otro, puso en su perfección la filosofía, la que distribuye en tres partes. La primera es la moral, la cual principalmente consiste en la

acción; la segunda es la natural, que se ocupa en la contemplación; la tercera es la racional, que distingue lo verdadero de lo falso, la cual, aunque sea necesaria para la una y para la otra; esto es, para la acción y contemplación, sin embargo, a la contemplación es a quien principalmente toca averiguar y descubrir la verdad. Por eso esta división tripartita no es contraria a la división, según la cual toda la sabiduría consiste en la acción y contemplación. Pero, ¿qué sintió Platón de estas cosas o de cada una de ellas; esto es, dónde entendió o creyó que estaba el fin de todas las acciones? ¿Dónde la causa de todas las naturalezas? ¿Dónde la luz de todas las razones? Imagino que sería asunto largo el declararlo, y que no es bueno tampoco afirmarlo temerariamente. Porque, como procura guardar el estilo conocido de disimular lo que sabe o lo que siente propio de su maestro Sócrates, a quien introduce en sus libros disputando; y a él le agradó igualmente este estilo, sucede que aún en asuntos graves tampoco se pueden echar de ver fácilmente las opiniones del mismo Platón. Mas de lo que se lee en sus escritos, o de lo que dijo, o de lo que refiere que otros pensaron y a él le agradó, importa que refiramos algunas particularidades y las pongamos en esta obra, ya sean en favor de la verdadera religión, que es la que profesa y defiende nuestra fe, o ya parezca que le son contrarias por lo tocante a la cuestión de un solo Dios y de muchos, el cual nos afirma y enseña que se debe adorar la doctrina de la religión católica, por la vida que después de la muerte ha de ser verdaderamente bienaventurada. Acaso los que se celebran y tienen fama que con más agudeza y verdad entendieron y siguieron a Platón; como al más famoso y excelente entre los demás filósofos gentiles, acerca de Dios sienten y opinan claramente que en él se halla la causa de la humana subsistencia, la razón de la inteligencia y el orden de la vida; cuyos atributos es sabido pertenecen, el uno, a la parte natural; el segundo, a la racional, y el tercero, a la moral. Pues si el hombre fué criado tal, que por la cualidad que en él es la más excelente de todas, y le hace superior a todos los entes, alcance lo que excede a cuantas dichas y

felicidades pueden conseguirse; esto es, el conocimiento y visión beatífica de un solo Dios verdadero, sumamente bueno, justo y omnipotente, sin el cual no hay naturaleza que pueda subsistir por sí, ni doctrina que nos alumbre, ni costumbre que nos convenga, búsquese, pues, a este gran Dios, en quien tendremos nuestra felicidad segura, sígase a este mismo, en quien todos lo tenemos cierto, y ámese de corazón a éste, en quien todo lo tendremos bueno.

[5] En Atenas estudió la filosofía de Sócrates.

Capítulo V

QUE DE LA TEOLOGÍA SE DEBE DISPUTAR PRINCIPALMENTE CON LOS PLATÓNICOS, CUYA OPINIÓN SE DEBE PREFERIR A LOS DOGMAS Y SECTAS DE TODOS LOS FILÓSOFOS.

5 Si, pues, Platón dijo que el sabio era el verdadero imitador, conocedor y amador de este gran Dios, con cuya participación es feliz y bienaventurado, ¿qué necesidad hay de examinar los demás filósofos, si ninguno de ellos se aproximó tanto a nosotros como los platónicos? Seguramente debe ceder a éstos no sólo la teología fabulosa, que con los crímenes de los dioses divierte y deleita a los impíos, e igualmente la civil, en la cual los impuros y obscenos demonios, con el dictado pomposo de dioses, seduciendo con engaños a los hombres entregados a los placeres de la tierra, quisieron tener los errores humanos por sus honores divinos, y para que viesen ocularmente en los juegos sus abominables culpas, tuvieron a sus falsos adoradores por ecónomos y directores de sus vanidades, pues por medio de ellos despertaban y excitaban con aquella profesión soez e inmunda a otros menos cautos a ejercer su culto y devoción, y de los mismos espectadores tomaban y establecían para sí otros juegos más deleitables. Así que si se ejecuta alguna acción en sus templos que tenga visos de honesta, se deslustra y mancilla mezclándose con la torpeza y profanidad de los teatros, y todas las obscenidades que se ejecutan en las escenas son loables,

comparada con ellas la deshonestidad y torpeza de los templos. Ceda también a estos filósofos todo cuanto Varrón interpretó sobre estos misterios, acomodándolos al cielo y a la tierra, a las semillas y producciones de cosas mortales y corruptibles, pues ni se significan con aquellos vanos ritos las cosas que él pretende insinuar y dar a entender, por lo cual, la verdad no va asociada del mismo influjo que él supone, ni aun cuando lo manifestaran realmente; sin embargo, el alma racional no debía adorar como a su Dios a objetos que en el orden natural la son inferiores, ni había de tener y preferir como deidades a unos entes inanimados, sobre quienes el verdadero Dios la prefirió y antepuso. Cédales asimismo toda la doctrina concerniente a este punto, que Numa Pompilio procuró esconder, sepultándola consigo mismo, y descubriéndola el arado, la mandó quemar el Senado. En este género podremos incluir igualmente, sólo por sentir con humanidad y rectitud de la conducta de Numa, todo cuanto escribe Alejandro de Macedonia a su madre, que le descubrió y confió León, gran sacerdote y ministro de los divinos misterios de los egipcios, en cuyo escrito no sólo Pico y Fauno, Eneas y Rómulo, y aun Hércules, Esculapio y Baco, hijo de Semele, los hermanos Tindaridas y otros mortales se tienen y están comprendidos en el catálogo de los dioses, sino también los mismos dioses principales que designaron sus antepasados, a quienes sin nombrar, parece que lo apunta Cicerón en sus Cuestiones Tusculanas [6], Júpiter, Juno, Saturno, Vulcano, Vesta y otros muchos que procura Varrón referir a las partes y elementos del mundo, de quienes se hace ver sin la menor ambigüedad que fueron hombres. Porque temiendo este insigne sacerdote un severo castigo por haber revelado los misterios, suplica a Alejandro que luego que haya escrito y dado noticia a su madre de lo contenido, mande quemar su carta. No sólo, pues, cuanto contienen estas dos teologías, es, a saber, la fabulosa y la civil, debe ceder a los filósofos platónicos, que confesaron que Dios verdadero era el autor de todas las causas, el ilustrador de la verdad y el dador de la bienaventuranza, sino que también deben ceder a los ínclitos

varones que tuvieron una noticia exacta de un Dios tan grande y tan justo; esto es, a todos los otros filósofos que, gobernados por una razón recta y atendiendo sólo a las cualidades del cuerpo, creyeron que los príncipes de la naturaleza eran corporales, así como Thales imaginó que era el agua; Anaximenes, el aire; los Estoicos, el fuego; Epicuro, los átomos; esto es, unos menudos corpúsculos que ni pueden dividirse ni sentirse, y otros varios, que no es necesario nos detengamos a referir, quienes sostuvieron que los cuerpos, o simples o compuestos, vivientes o no vivientes pero en realidad, cuerpos, eran la causa y principio de las cosas. Pues algunos de ellos, como fueron los epicúreos, creyeron que de las cosas no vivas podían engendrarse las vivas, y de los vivientes, formarse los vivientes y no vivientes [7]; aunque, en efecto, confesaban que de lo corpóreo se hacían cosas corpóreas. Los estoicos creyeron que el fuego, que es uno de los cuatro elementos de que consta este mundo visible, era el viviente, el sabio, el hacedor del mismo mundo y todo cuanto hay en él, y que de este mismo fuego era Dios. Estos y todos sus semejantes sólo pudieron imaginar las patrañas que les pintaron confusamente sus limitados entendimientos, sujetos a los sentidos de la carne. Porque en sí tenían lo que no veían, y dentro de sí imaginaban lo que fuera habían visto, aun cuando no lo veían, sino sólo lo imaginaban. Y esto, delante de tal pensamiento, ya no es cuerpo, sino semejanza de cuerpo. Aquella representación con que se observa en el ánimo esta semejanza del cuerpo, ni es cuerpo ni semejanza de él, y aquello con que se ve y se juzga si esta representación es hermosa o fea, sin duda es mejor que lo mismo que se juzga. Este es el espíritu del hombre y la naturaleza del alma racional, la cual, en efecto, no es cuerpo, supuesto que la representación del cuerpo, cuando se ve y se juzga en el ánimo del que imagina y piensa, tampoco es cuerpo. Luego no es ni tierra, ni agua, ni aire, ni fuego, de cuyos cuatro cuerpos, que llamamos cuatro elementos, vemos que está compuesto este mundo corpóreo. Y si nuestro espíritu no es cuerpo, ¿cómo Dios, que es criador de este espíritu, es cuerpo? Cedan, pues, también estos

filósofos, como hemos dicho, a los platónicos, y cédanles asimismo aquellos que, aunque no se atrevieron a decir que Dios era cuerpo, sin embargo, creyeron que nuestro espíritu era de la misma naturaleza que él; tan poco poderosa fué a excitarlos y desengañarlos la mutabilidad tan palpable de nuestro espíritu, que el intentar atribuirla a la naturaleza divina sería impiedad abominable. Pero añaden que con el cuerpo se muda y altera la naturaleza del alma, aunque por su esencia es inmutable. Con más razón debieran entonces decir que la carne se hiere con algún cuerpo, y que, sin embargo, por sí misma es incapaz de ser herida. Lo cierto es que lo que es inmutable, con ninguna cosa se puede cambiar, y lo que con el cuerpo puede mudarse con algo se puede mudar y no puede llamarse inmutable.

[6] 1, 13.

[7] Los epicúreos sostenían que los átomos dispersos y después unidos fortuitamente daban origen a los seres vivientes.

Capítulo VI

DE LO QUE SINTIERON LOS PLATÓNICOS EN LA PARTE DE LA FILOSOFÍA QUE SE LLAMA FÍSICA.

6 Observaron estos filósofos, que con justa causa vemos preferidos a los demás en fama y gloria, que ninguna especie de cuerpo es Dios; por cuyo motivo transcendieron e hicieron análisis de todos los cuerpos para hallar a Dios. Advirtieron que todo cuanto era mudable o estaba sujeto a las leyes de la instabilidad no era el sumo Dios [8], y así dirigieron todos sus discursos a examinar y averiguar la esencia y cualidades de todas las almas y espíritus instables, para descubrir en ellas al mismo Dios. Notaron aún más, que toda forma existente en cualquier ente mudable con la que recibe su primitivo ser, de cualquier modo o naturaleza que sea no puede ser sino dependiente de aquel ente superior que realmente tiene ser y es inmutable. Por lo cual, ni el cuerpo de todo el mundo, con sus figuras, cualidades, movimiento concertado; ni los elementos que

están ordenados desde el cielo hasta la tierra; ni cualesquiera cuerpos que haya en ellos; ni todas las vidas, así la que nutre y contiene, como la de los árboles y vegetales o la que además de esta cualidad entiende y discurre como la de los hombres, o la que no tiene necesidad de la nutrición, sino que únicamente contiene, siente y entiende, cuál es la de los ángeles, no puede ser sino dependiente de aquel que simple y absolutamente tiene ser; porque en él no es una cosa el ser y otra el vivir, como si pudiese ser no viviendo; ni es una cosa el vivir y otra el entender, como si pudiese vivir no entendiendo, ni es una cosa en él el entender y otra el ser bienaventurado; sino que lo mismo que en él es vivir, entender y ser bienaventurado; esto es, en él el ser. Por causa de esta inmutabilidad y simplicidad vinieron a conocerle y a inferir que él hizo todas estas cosas y que no pudo ser hecho por alguno. Pues consideraron que todo lo que tiene ser, o es cuerpo o vida [9]; y que la vida es una cualidad más apreciable que el cuerpo, y que la especie o forma del cuerpo era sensible, y la de la vida, inteligible; por cuya razón prefirieron la especie y forma inteligible a la sensible. Llamamos sensibles los objetos que pueden percibirse con la vista y con el tacto del cuerpo; inteligibles, los que se pueden comprender con la vista y reflexión del entendimiento; pues no hay hermosura o belleza corporal, ya sea en el estado de quietud del cuerpo, como es la figura; ya sea en el movimiento, como es el cántico o la música, de la que no pueda ser juez árbitro el alma. Lo cual sin duda no pudiera ser si no residiera en ella esta apreciable especie, que ni tiene grandeza de mole, ni ruido de voces, ni espacio de lugar o tiempo. Y si esta cualidad no fuese mudable, tampoco juzgaría uno mejor que otro de las especies sensibles; mejor el más ingenioso que el más estúpido, mejor el sabio que el ignorante, mejor el más ejercitado que el menos práctico, y aun uno mismo cuando va aprovechando, mejor ciertamente después que antes. Ahora bien, lo que admite más y menos, sin duda que es mudable; por cuyo motivo los hombres instruidos, ingeniosos y ejercitados en estas materias, vinieron a entender que la primera especie no residía en estas cosas,

sujetas a tal mutabilidad. Advirtiendo, pues, éstos que el cuerpo y el alma eran más y menos espaciosos, y que, si pudieran carecer de toda especie, serían absolutamente nada conocieron que existía alguna causa donde estuviese y residiese la primera especie inmutable, y por lo mismo incomparable creyendo con razón que allí estaba el principio de todas las cosas, el que no había sido hecho de ninguno, y por quien habían sido criados todos los seres. "De modo que la noticia que pueden tener los hombres de Dios, esa se la manifestó él mismo, cuando con la luz de su entendimiento vieron las cosas invisibles de Dios, rastreándolas por las cosas criadas, por la fábrica y artificio maravilloso de este mundo; y cuando observaron su sempiterna virtud y divinidad, por cuyas manos pasaron asimismo todas estas cosas visibles y temporales" [10]. Basta este autorizado testimonio, por lo concerniente a la parte que llaman física, esto es, natural.

[8] Platón (Timeo) dice que Dios es uno, siempre lo mismo y siempre semejante a sí.

[9] Llama al alma vida, así como Aristóteles suele llamarla "perfección", "acto perenne y continuado", Platón, cuando habla de las almas, sólo entiende las racionales.

[10] Rom., 1, 19, sg.

Capítulo VII

POR CUÁNTO MÁS AVENTAJADOS QUE LOS DEMÁS DEBEN TENERSE LOS PLATÓNICOS EN LA LÓGICA, ESTO ES, EN LA FILOSOFÍA RACIONAL.

7 Por lo que toca a la doctrina en que consiste la otra parte, que llaman lógica; esto es, racional, de ningún modo se pueden comparar con ellos los que colocan el examen y juicio de la verdad en los sentidos corporales, pareciéndoles que todo cuanto se sabe y aprende se debe tantear y medir con sus inconstantes y engañosas reglas, como los epicúreos, y cualesquiera otros que siguen la misma

opinión, y también los estoicos, quienes, habiendo ejercitado con la mayor agudeza y energía el arte de disputar, que llaman Dialéctica, fueron de dictamen que ésta se debía derivar de los sentidos del cuerpo; diciendo que por estos principios concebía el alma aquellas nociones que llaman Ennoias con que declaran las cosas que definen, y que de ellos procede y dimana toda la forma y estilo con que se aprende y enseña. Sobre cuya aserción no puedo menos de llenarme de admiración cuando dicen que no son hermosos sino los sabios, y al mismo tiempo no puedo comprender con qué sentidos del cuerpo ven esta hermosura, y con qué ojos carnales advierten la forma y belleza de la sabiduría. Mas estos otros, que con razón anteponemos a los demás, distinguieron las cosas que vemos con el entendimiento de las que tocamos con los sentidos, no defraudando a los sentidos lo que pueden en virtud de sus facultades, ni dándoles mas de lo que pueden y dijeron que la luz del entendimiento para aprender y saber todas las cosas era el mismo Dios, por quien fueron hechas todas.

Capítulo VIII

QUE TAMBIÉN EN LA FILOSOFÍA MORAL TIENEN EL PRIMER LUGAR LOS PLATÓNICOS.

8 La tercera y última parte es la moral, que en griego dicen Ethica, donde se busca aquel sumo bien, al cual, refiriendo nosotros todas nuestras acciones, deseándolo por sí solo y no por otro, y consiguiéndolo al fin, no tengamos que buscar más para ser bienaventurados. Por cuya razón se llama también fin, pues por él deseamos las otras cosas; mas a aquel sumo bien no se le busca sino por sí propio. Este bien beatífico unos dijeron que le venía al hombre del cuerpo, otros del alma, otros de ambos juntamente; porque advertían que el hombre constaba de alma y cuerpo, creyendo, por consiguiente, que de una de estas partes integrales o de ambas, podía procederles el bien, digo el bien final, con que fuesen verdaderamente felices, a donde enderezasen y refiriesen todas sus

acciones morales, y después de haberle conseguido no buscaran objeto alguno a qué referirlo. Por cuya causa los que se dice añadieron un tercer género de bienes, que llaman extrínsecos, como es el honor, la gloria, el dinero y otras cosas semejantes, no le aumentaron como si fuese bien final, esto es, digno de apetecerse por sí mismo, sino por otro bien, por el cual este género de bien era bueno para los buenos, y malo para los malos. Así los que pusieron el bien del hombre en el alma o en el cuerpo, o en lo uno y en lo otro, no sintieron otra cosa sino que se debía colocar en el hombre; mas los que le designaron en el cuerpo, le colocaron en la parte más soez del hombre, y los que en el alma, en la parte más noble; y los que en lo uno y en lo otro, en todo el hombre. Pues ya sea en una parte o en todo el hombre, ello no es sino el hombre. Y no porque haya estas tres diferencias se formaron solas tres sectas de filósofos, sino muchas; pues entre ellos se conocieron muchas y diversas opiniones sobre el bien del cuerpo, el bien del alma, y el bien de ambos juntos. Cedan, pues, todos estos a aquellos filósofos que dijeron que era bienaventurado el hombre, no el que gozaba del cuerpo, ni el que gozaba del alma, sino el que gozaba de Dios, no como goza el alma del cuerpo, o de sí misma, o como el amigo del amigo, sino como el ojo de la luz; si se hubieren de alegar algunas razones de éstos para demostrar qué sean o qué tal sean estas semejanzas, con el favor del mismo Dios, lo declararemos en otro lugar lo mejor que nos fuese posible.

Capítulo IX

DE LA FILOSOFÍA QUE MÁS SE ACERCÓ A LA VERDAD DE LA FE CATÓLICA.

9 Baste por ahora decir que Platón determinó en que el fin del sumo bien era vivir según la virtud, el cual solamente podía alcanzar el que tenía conocimiento de Dios y le imitaba en sus operaciones, y que no era por otra causa bienaventurado; por eso no duda asegurar

que filosofar rectamente es amar a Dios de corazón, cuya naturaleza es incorpórea. De cuya doctrina se infiere, efectivamente, que entonces será bienaventurado el estudioso y amigo de la sabiduría (que esto quiere decir filósofo) cuando principiare a gozar de Dios. Pues aunque no sea siempre feliz el que goza del objeto amado (porque muchos, apreciando lo que no debe amarse, son miserables, y mucho más cuando de ello gozan); sin embargo, ninguno es bienaventurado si no goza de lo que ama, pues los mismos que aman los objetos que no deben amar no imaginan que son felices sino cuando los gozan. Cuando uno disfruta aquello mismo que ama, y aprecia al verdadero y sumo bien, ¿quién sino un hombre estúpido y miserable puede negar que es bienaventurado? Este mismo verdadero y sumo bien, dice Platón que es Dios, y por eso desea que el filósofo sea amante de Dios, pues supuesto que la filosofía pretende y endereza sus especulaciones al goce de la vida bienaventurada, gozando de Dios será feliz el que amare a Dios.

Cualesquiera filósofos que sintieron así del sumo y verdadero Dios, es a saber, que opinaron que es autor de las cosas criadas, luz de las que deben conocerse y bien de las que deben ejecutarse, y que de él tenemos el principio de nuestra naturaleza y la felicidad de nuestra vida, ya se llamen con más propiedad platónicos, ya tenga su secta cualquiera otro nombre; ya hayan sido solamente los principales de la secta Jónica los que sintieron de este modo, como fué el mismo Platón y los que entendieron bien sus dogmas; ya fuesen también los discípulos de la secta Itálica, por amor y respeto a Pitágoras y sus defensores, y si acaso hubo otros filósofos del mismo dictamen; ya asimismo los que entre otras naciones han sido tenidos por sabios o filósofos, a saber: los atlánticos, líbicos, egipcios, indios, persas, caldeos, escitas, franceses, españoles, y si por fortuna existen otros que hayan entendido y enseñado esto mismo, todos los preferimos a los demás, y confesamos ingenuamente son los que más se han aproximado a nuestra opinión.

Aunque el cristiano, versado únicamente en la literatura eclesiástica, ignore acaso el nombre de los platónicos y no tenga la menor noticia de si hubo entre los griegos dos sectas de filósofos, jónicos e itálicos; sin embargo, no está tan ignorante de las cosas humanas que no sepa que los filósofos profesan, o el estudio de la sabiduría o la misma sabiduría. Con todo se guarda de los que filosofan y no saben más que cuántos son los elementos de este mundo, sin extenderse al conocimiento de Dios, por quien fué criado el mundo. Así está advertido por el precepto apostólico, que dice [11]: "Guardaos no os engañe ninguno en la filosofía y con vanas seducciones, conforme a los elementos de este mundo". Mas porque no imagine que todos son iguales, atienda lo que el mismo apóstol refiere de algunos de ellos [12]: "Porque todo cuanto puede saberse naturalmente de Dios lo comprendieron ellos; no obstante este conocimiento se le deben a Dios porque él se lo manifestó, si no por medio de los profetas, a lo menos se lo dio a conocer por las maravillas del mundo, pues las cosas invisibles de Dios se dejan ver con la luz del entendimiento, entendiéndolas e infiriéndolas por las hechas desde la creación del mundo, y se deja también ver su eterna virtud y divinidad". Y hablando con los atenienses, después de referir un incomprensible misterio de Dios que muy pocos podían entender: "Que en él vivimos, nos movemos y somos" [13], añadió: "como dijeron algunos de los vuestros". Sabe guardarse muy bien de estos mismos en los puntos en que erraron; porque donde dice el apóstol que por las cosas criadas les manifestó Dios cómo con la luz de su entendimiento pudiesen ver las invisibles, también dice que no reverenciaron ni adoraron como debían al mismo Dios, pues tributaron a otros que no debían el honor y gloria que sólo se debe dar a él solo [14]: "Porque conociendo a Dios, sin embargo, no le dieron la gloria y honra a Dios, ni le dieron gracias sino que ensoberbecidos devanearon en sus discursos y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas. Y mientras que se jactaban de sabios pararon en ser unos necios; hasta llegar a transferir a un simulacro en imagen de hombre

corruptible y a figuras de aves, y de bestias cuadrúpedas, y de serpientes, el honor debido solamente a Dios incorruptible e inmortal".

En cuya expresión sin duda entendió a los romanos, griegos y egipcios que se gloriaban de sabios [15], aunque de este punto trataremos después con ellos mismos. Pero en cuanto concuerdan con nosotros en la confesión de un solo Dios, autor y criador de este mundo, quien no sólo sobre todos los cuerpos es incorpóreo, sino también sobre todas las almas es incorruptible, principio nuestro, luz nuestra, bien nuestro; en esto preferimos estos filósofos a todos los demás.

[11] Col., 2, 8.

[12] Rom., 1, 19.

[13] Act., 17, 28.

[14] Rom., 1, 21.

[15] Los romanos y griegos adoraban por dioses los simulacros de los hombres y los egipcios a las bestias y animales.

Capítulo X

EXCELENCIA DEL CRISTIANISMO RELIGIOSO ENTRE TODAS LAS TEORÍAS FILOSÓFICAS.

10 Aunque el cristiano ignorante de la doctrina de estos filósofos no use en sus disputas los términos y expresiones que no aprendió, de modo que la parte en que se trata de la investigación de la naturaleza la llame, o natural en latín, o física en griego; racional o lógica donde se enseña demostrativamente el criterio de la verdad y método de discurrir y raciocinar; y moral o ética, donde se trata de las costumbres y del último fin de los bienes que deben desearse y de los males que se deben evitar; no por eso ignora que recibimos de un solo Dios verdadero y todopoderoso la naturaleza con que nos formó a su imagen y semejanza, la doctrina inconcusa con que podamos

conocerle a El y a nosotros mismos, y la gracia con que, uniéndonos con él, seamos bienaventurados. Así que esta es la causa por que anteponemos estos filósofos a los demás: porque habiendo éstos consumido su ingenio y estudio en la inquisición de las causas naturales, y en saber el método de aprender y de vivir, aquellos, con sólo conocer a Dios hallaron y descubrieron la causa de la creación del mundo, la verdadera luz para percibir la verdad, y la verdadera fuente para beber en sus cristalinas aguas la felicidad. Ya sean pues los platónicos, ya cualesquiera filósofos de otra nación, los que sienten así de Dios, opinan del mismo modo que nosotros. No obstante, tuvimos por conveniente tratar esta controversia más con los platónicos que con otros, porque su erudición y sabiduría es más conocida; pues aun los griegos, cuyo idioma es el que más florece entre los gentiles, la celebraron mucho, y asimismo los latinos, excitados o de su excelencia o de su gloria, se entregaron a ella con más gusto y voluntad, y traduciéndola en su lengua nativa, la han ido ilustrando y ennobleciendo más.

Capítulo XI

DE DÓNDE PUDO PLATÓN ALCANZAR AQUELLA NOTICIA CON QUE TANTO SE ACERCÓ A LA DOCTRINA CRISTIANA.

11 Admíranse algunos de los que se han unido a nuestra sociedad por la gracia de Jesucristo, cuando oyen o leen que Platón opinó con tanto acierto acerca de Dios, observando asimismo que su doctrina concuerda en gran parte con las verdades incontrastables de nuestra religión; por lo que imaginan muchos que cuando fué a Egipto oyó allí al profeta Jeremías [126], o que en la misma peregrinación, leyó los libros de los profetas, cuya opinión he estampado en algunos de mis escritos [17]. Pero ajustado cabalmente el cómputo de los tiempos conforme a las reglas de la cronología, resulta que desde la época en que profetizó Jeremías hasta que nació Platón transcursaron casi cien años; y habiendo vivido sólo ochenta y uno, contando desde el año en

que murió hasta el tiempo en que Ptolomeo, rey de Egipto, envió a pedir a los judíos las escrituras de los profetas de su nación hebrea, y mandó interpretarlas y conservarlas por medio de la exposición de los setenta intérpretes hebreos que sabían también el idioma griego, pasaron casi sesenta años; de lo cual se infiere que Platón, en su peregrinación, ni pudo ver a Jeremías, como que había muerto tantos años antes, ni leer las mismas escrituras, que aún no se habían traducido al griego, cuya lengua poseía; a no ser que digamos que, siendo este filósofo tan aplicado al estudio y tan instruido en las ciencias, tuvo noticia de ellas por intérprete, así como la tuvo de las egipcias, no para traducirlas por escrito (lo cual dicen logró Ptolomeo que se efectuase a costa de una considerable gracia que les dispensó y por el temor que podía inspirarles el mandato real), sino para aprender según su capacidad cuanto en ellas se contenía; comunicándolo y tratándolo con otros sabios [18]. Y que así pueda presumirse parece lo persuaden los incontestables testimonios que se hallan en el Génesis, donde se lee [19]: "Al principio hizo Dios el cielo y la tierra: la tierra estaba informe y vacía, y había tinieblas sobre el abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas". Y en el Timeo de Platón [20], que es un libro que escribió sobre la creación del mundo, dice que Dios , en aquella admirable obra, juntó primeramente la tierra y el fuego. Es evidente que al fuego le señala por verdadero lugar el cielo y a la tierra la misma tierra. Esta expresión, tiene cierta analogía con lo que dice la escritura, que al principio hizo Dios el cielo y la tierra. después los otros dos medios (con cuya interposición pudiesen coadunarse entre sí estos extremos [21] dice que son el agua y el aire; por lo que sospechan que entendió del mismo modo aquella expresión: que el espíritu de Dios se movía sobre las aguas. Porque advirtiendo con poca circunspección en qué sentido suele llamar la escritura el espíritu de Dios (supuesto que el aire se dice también espíritu), parece pudo entender que en el citado lugar se hizo mención de los cuatro elementos. Asimismo cuando insinúa Platón que el filósofo es amante de Dios, no hay objeto que

más nos encienda en la lectura de las sagradas letras; especialmente aquella expresión me excita a creer que Platón no dejó de instruirse en los libros, donde se refiere que el ángel habló en nombre de Dios al santo Moisés, de modo que, preguntándole éste que nombre tenía el que le mandaba ir a poner en libertad al pueblo hebreo, sacándole de la servidumbre de Egipto, le respondió [22]: "Yo soy el que soy, y dirás a los hijos de Israel: el que es, me envió a vosotros"; como dando a entender que las cosas que son mudables son nada en comparación del que verdaderamente es, por que es inmutable. Esta divina sentencia defendió acérrimamente Platón, y la recomendó con el mayor encargo; y dudo si se hallará descrita en los libros de cuantos sabios precedieron a Platón, sino es en el lugar donde se dijo: "Yo soy el que soy; el que es me envió a vosotros".

Pero en cualquiera libro que él aprendiese esta divina sentencia, ya fuese en los escritos de los que le precedieron, o como dice el apóstol [23]: "Que lo naturalmente se puede conocer de Dios, lo alcanzaron, porque él se lo manifestó; pues las causas invisibles de Dios se dejan ver con la luz del entendimiento, por las ejecutadas desde la creación del mundo, y asimismo su sempiterna virtud y divinidad", me parece ahora que con justa causa he elegido a los filósofos platónicos para ventilar esta cuestión que al presente tenemos entre manos, porque en ella se trata de la teología natural, donde se investiga si debe adorarse a un solo Dios o a muchos, por el interés de la felicidad que debe conseguirse en la vida futura. Lo cual creo que he declarado suficientemente en los libros anteriores.

[16] Jeremías pasó a Egipto con las tribus de Judá y Benjamín, llevando en su compañía a su discípulo Baruc.

[17] De doctr., Christ., II, c. 28.

[18] Que Platón conoció y tomó de las escrituras de los hebreos muchas cosas lo afirman S. Iustino, mártir, in orat, paraen, ad Gentes; Orígenes, contra Celsum, lib. 6; S. Clemente Alejandrino, lib. 1, Stromatum, cap. 22, 150 y en Orat, exhort, ad Gentes, lib. 2 cap. 1;

Eusebio, lib. 11 de Praepar. evang., capítulo 9; S. Ambrosio, sermón 18 in Psal. 118. Por el contrario, Lactancio afirma que en la peregrinación que hizo arrastrado por el amor de la verdad, no llegó a tratar de los hebreos. Lib. 4 de vera Sap., cap. 2.

[19] Gén., 1, 1 sig.

[20] P., 31, B.

[21] P., 32, B.

[22] Exod., 3, 14.

[23] Rom., 1, 19, sig.

Capítulo XII

QUE TAMBIÉN LOS PLATÓNICOS, AUNQUE SINTIERON BIEN DE UN SOLO DIOS VERDADERO, CON TODO, FUERON DE PARECER QUE DEBÍAN ADORARSE MUCHOS DIOSES.

12 Elegí principalmente a estos filósofos, porque cuanto mejor sintieron acerca de un solo Dios que hizo el cielo y la tierra, tanto más son tenidos por ilustres entre los demás; y los que después les sucedieron los prefirieron a todos en tanto grado, que habiendo Aristóteles, discípulo de Platón, hombre de excelente ingenio, y aunque en el estilo y elocuencia inferior a Platón [24], no obstante, superior a otros muchos, habiendo, digo, establecido la secta Peripatética (llamada así porque paseándose solía explicar y disputar; y congregado aun en vida de su maestro con su grande fama muchos discípulos que seguían su secta, y habiendo después de la muerte de Platón, Speusipo, hijo de su hermana, y Xenócrates, su querido discípulo, sucedídole en su escuela, que se llamaba Academia (por lo que así ellos como sus sucesores se denominaron académicos); con todo, los filósofos más modernos y famosos y que tuvieron por conveniente seguir a Platón, no quisieron llamarse peripatéticos o académicos, sino platónicos; entre quienes son muy nombrados Plotino, Jámblico y Porfirio, griegos, y en ambas lenguas, esto es, en

la griega y latina, ha sido muy insigne platónico Apuleyo el Africano. Pero todos estos, los demás, sus semejantes y el mismo Platón, siguieron la opinión de que se debían adorar muchos dioses.

[24] La elocuencia de Platón fué tan celebrada que dio origen al famoso axioma de los antiguos: "Si Júpiter deseara hablar en griego no lo haría de otra manera que Platón". En la ciencia de la retórica le adelantó Aristóteles, aunque no en la práctica de ella.

Capítulo XIII

DE LA SENTENCIA DE PLATÓN, EN QUE ESTABLECE QUE LOS DIOSES NO SON SINO BUENOS Y AMIGOS DE LAS VIRTUDES.

13 Y así, aunque en otros puntos, y algunos bastante graves, sean también de distinta opinión, sin embargo, como el artículo que acabo de referir, importa mucho, y la controversia que tratamos es acerca de lo mismo, les pregunto en primer lugar: ¿a qué dioses les parece debe darse culto y veneración, a los buenos o a los malos; o debe tributarse a unos y otros? Pero sobre este punto tenemos expresa la sentencia de Platón, que dice, que todos los dioses son buenos, y ninguno de ellos es malo. Luego se sigue que este culto y adoración debe darse a los buenos; porque entonces se hace este culto a los dioses cuando se hace a los buenos, supuesto que no serán dioses si no fuesen buenos. Y si esto es cierto (pues de los dioses no es razón se imagine lo contrario) sin duda que resulta vana y fútil la opinión de algunos que presumen que deben aplacarse con sacrificios a los dioses malos porque no nos dañen, y que debemos invocar a los buenos para que nos favorezcan; puesto que no hay dioses malos, y el culto, como dicen, debe tributarse a los buenos. ¿Quiénes son, pues, los que se lisonjean y gustan de los juegos escénicos, y piden que se los mezclen con los ritos divinos, y que en su nombre y honor se celebren? Cuyo poder, aunque no sea indicio de que son nada en la omnipotencia, sin embargo, este afecto es un signo demostrativo y real de que son malos. Porque es innegable la opinión de Platón sobre

los juegos escénicos, cuando a los mismos poetas, porque habían compuesto obras tan obscenas e indignas de la bondad y majestad de los dioses, fué dictamen que se les desterrase de la ciudad. ¿Qué dioses son estos, que sobre los juegos escénicos debaten y se oponen al mismo Platón? Por cuanto este insigne filósofo no puede tolerar que infamen a los dioses con crímenes supuestos, y éstos prescriben que, con la exposición de sus propias culpas, se celebren sus fiestas. Finalmente, cuando estas deidades mandaron restaurar los juegos escénicos, pidiendo cosas torpes, se manifestaron asimismo maligno con los daños que causaron quitando a Tito Latino un hijo y postrándole en una penosa y peligrosa dolencia, solamente porque rehusó cumplir su mandato; mas Platón, sin embargo de ser tan inicuos, es de dictamen que no se les debe temer, antes perseverando constante en su opinión, no duda en desterrar de una República bien ordenada todas las sacrílegas futilezas y ficciones de los poetas, de las que los dioses, por lo que participan de la abominación y de la torpeza, se complacen y deleitan. Como ya insinué en el segundo libro [25], Labeón coloca a Platón entre los semidioses. El cual Labeón opina que los dioses malos se aplacan con sacrificios cruentos y con semejantes medios, y los buenos con juegos y festividades de regocijo y alegría. Pero ¿cuál es la causa por que el semidios Platón se atreve con tanta constancia a abolir aquellos placeres y deleites que tiene por torpes, privando de este festejo, no como quiera a los semidioses, sino a los mismos dioses, y lo que es más reparable, a los buenos? Cuyas deidades evidentemente comprueban cuán falso sea el dictamen de Labeón, supuesto que en el suceso de Latino no sólo se mostraron lascivos y deseosos de fiestas, sino también crueles y terribles. Declárennos, pues, este misterio los platónicos que sustentan la opinión de su maestro, defendiendo que todos los dioses son buenos y honestos, y que en la práctica de las virtudes son socios inseparables de los sabios, y que sentir lo contrario de alguno de los dioses es impiedad. Dicen: nos agrada declararlo. Pues oigámoslos con atención.

[25] C., 14.

Capítulo XIV

DE LA OPINIÓN DE LOS QUE DICEN QUE LAS ALMAS RACIONALES SON DE TRES CLASES, A SABER: LAS QUE HAY EN LOS DIOSES CELESTIALES, EN LOS DEMONIOS AÉREOS Y EN LOS HOMBRES TERRENOS.

14 Todos los animales, dicen, que tienen alma racional, se dividen en tres clases: en dioses, hombres y demonios. Los dioses ocupan el lugar más elevado, los hombres el más humilde y los demonios el medio entre unos y otros. Por lo que el lugar propio de los dioses es el cielo, el de los hombres la tierra, el de los demonios el aire. Y así como tienen diferentes lugares, tienen también diferentes naturalezas. Por lo cual los dioses son mejores que los hombres y los demonios; los hombres son inferiores a los dioses y demonios, y como lo son en el orden de los elementos, así lo son también en la diferencia de los méritos. Los demonios, puesto que están en medio, así como deben ser pospuestos a los dioses, debajo de los cuales habitan, así se deben preferir a los hombres sobre quienes moran. Porque con los dioses participan de la inmortalidad de los cuerpos, y con los hombres de las pasiones del alma, y así no es maravilla, dicen, que gusten también de las torpezas y de los juegos y de las ficciones de los poetas, supuesto que están sujetos asimismo a las pasiones humanas, de que los dioses están muy ajenos y totalmente libres. De todo lo cual se infiere que cuando abomina y prohíbe Platón las ficciones poéticas, no quita el gusto y entretenimiento de los juegos escénicos a los dioses, todos los cuales son buenos y excelsos, sino a los demonios. Si esto es cierto, aunque también lo hallemos escrito en otros (sin embargo, Apuleyo Madurense, platónico, escribió sólo sobre este punto un libro que intituló el Dios de Sócrates, donde examina y declara de qué clase era el dios que tenía consigo Sócrates, con quien profesaba estrecha amistad [26], el cual dicen que acostumbraba advertirle dejase de hacer

alguna acción cuando el suceso no podía serle favorable; pero Apuleyo claramente afirma, y abundantemente confirma [27], que aquél no era dios, sino demonio, cuando disputa con la mayor exactitud sobre la opinión de Platón de la alteza de los dioses, de la bajeza de los hombres y de la medianía de los demonios), si esto es indudable, pregunto: ¿Cómo se atrevió Platón, desterrando de la ciudad a los poetas, a quitar las diversiones del teatro, ya que no a los dioses, a quienes eximió del contagio humano, a lo menos a los mismos demonios, sino aun cuando reside en el cuerpo humano, por el resplandor de la virtud y de la honestidad, no hace caso de los obscenos mandatos de los demonios, y abomina de su inmundicia? Y si Platón, por sus sentimientos honestos, lo reprende y prohíbe, sin duda que los demonios lo pidieron y mandaron torpemente. Luego, o Apuleyo se engaña, y el dios que Sócrates tuvo por amigo no fué de este orden, o Platón siente cosas entre sí contrarias, honrando por una parte a los demonios, y por otra desterrando sus deleites y festejos de una República virtuosa y bien gobernada, o no debemos dar el parabién a Sócrates de su amistad con el demonio, la cual causó tanto rubor al mismo Apuleyo, que intituló su libro con el nombre del Dios de Sócrates, debiéndole llamar, según su doctrina, en que tan diligente y copiosamente distingue los dioses de los demonios, no del dios, sino del demonio de Sócrates. Y quiso mejor poner este nombre en el mismo discurso, que no en el título del libro, pues merced a la sana y verdadera doctrina que dio luz a las tinieblas de los hombres, todos, o casi todos, tienen tanto horror al nombre de demonio que cualquiera que antes del discurso de Apuleyo, en que se acredita la dignidad de los demonios, leyera el título del demonio de Sócrates, entendiera que aquel hombre no había estado en su sano juicio. Y el mismo Apuleyo, ¿qué halló que alabar en los demonios sino la sutileza y firmeza de sus cuerpos y el lugar elevado donde habitan? Pues de sus costumbres, hablando de todos en general, no sólo no refirió alguna buena, sino muchas malas. Finalmente, leyendo aquel libro, no hay quien deje de admirarse que ellos hayan querido que en

su culto y veneración les sirvan igualmente con las torpezas y deshonestidades del teatro, y queriendo que les tengan por dioses, puedan holgarse y lisonjearse con las culpas de los dioses, y que todo aquello de que en sus fiestas se ríen, o con horror abominan por su impura solemnidad, o por su torpe crueldad pueda convenir a sus apetitos y afectos.

[26] P., 17, 20, sg.

[27] 17, sg.

Capítulo XV

QUE NI POR RAZÓN DE LOS CUERPOS AÉREOS, NI POR HABITAR EN LUGAR SUPERIOR, SE AVENTAJABAN LOS DEMONIOS A LOS HOMBRES.

15 Por lo cual, un corazón verdaderamente religioso y rendido al verdadero Dios, considerando estas futilezas, de ningún modo debe pensar que los demonios son mejores que él porque tienen cuerpos más bien organizados [28], pues por la misma razón pudieran igualmente ser aventajados por muchas bestias, que en la viveza de los sentidos, en la facilidad y ligereza de los movimientos, en la robustez de las fuerzas, en la firmeza y solidez de los cuerpos, nos hacen conocida ventaja. ¿Qué hombre puede igualarse en la perspicacia de la vista con las águilas y los buitres; en el olfato con los perros; en la velocidad con las liebres, con los ciervos y con las aves; en el valor con los leones y elefantes; en la vida larga con las serpientes, de quienes se dice que dejando los despojos de la senectud, y mudando su antigua túnica, vuelven a remozar? Pero así como en el discurso y la razón somos más excelentes que éstos, así también, viviendo bien y virtuosamente, debemos ser mejores que los demonios. Por esta causa la divina Providencia concedió ciertos dones corporales más singulares a estos animales, a quienes nosotros seguramente hacemos ventaja, para recomendarnos de este modo que tuviésemos cuidado de cultivar aquella parte en que les hacemos

ventaja con mucha mayor diligencia que el cuerpo, y para que aprendiésemos a despreciar la excelencia corporal que observamos tenían también los demonios en comparación de la buena y virtuosa vida, en que les hacemos ventaja; esperando igualmente nosotros la inmortalidad de los cuerpos, no la que ha de ser atormentada con penas eternas, sino a la que preceda y acompañe la limpieza y pureza de las almas. por lo que respecta a la superioridad del lugar excita la risa el pensar que porque ellos habitan en el aire y nosotros en la tierra, se nos deben anteponer, pues si así fuera también pueden ser preferidas a nosotros todas las aves del cielo. Y si dijeren que las aves, cuando están cansadas de volar o tienen necesidad de suministrar algún sustento al cuerpo se vuelven a la tierra, o para descansar o para comer, y que estas operaciones no las hacen los demonios, pregunto: ¿Acaso intentarán decir que las aves nos aventajan a nosotros, y los demonios a las aves? Y si esto es un desatino, no hay motivo para que creamos que porque habitan en elemento más elevado son dignos de que nos rindamos a ellos con afecto de religión. Porque así como es posible que las aves del aire no sólo no se nos antepongan a nosotros, que somos terrestres, sino también se nos rindan y sujeten por la dignidad del alma racional que tenemos, así es posible que los demonios, aunque sean más aéreos, no por eso sean mejores que nosotros, que somos terrestres, porque el aire está más alto que la tierra, sino que debemos ser preferidos, porque la desesperación de ellos de ninguna manera se debe comparar con la esperanza de los hombres piadosos y temerosos de Dios. Pues aun la razón de Platón, que dispone con cierta proporción los cuatro elementos, entrometiendo entre los dos extremos, que son el fuego movible y la tierra inmoble, los medios que son el aire y el agua (de modo que cuanto el aire es más superior que el agua, y el fuego más que el aire, tanto más superior es el agua que la tierra) con bastante claridad nos desengaña para que no debamos estimar los méritos y dignidad de los animales por los grados de los elementos. Aun el mismo Apuleyo [29], con los demás confiesa que el hombre es

animal terrestre, quien, no obstante es, sin comparación, más excelente, y se aventaja a los animales acuáticos, aunque prefiera Platón las aguas a la tierra; para que así entendamos que cuando se trata del mérito y dignidad de las almas, no debemos guardar el mismo orden que vemos hay en los grados de los cuerpos, sino que es posible que una alma mejor habite en cuerpo inferior y una peor en cuerpo superior.

[28] Atribuyeron cuerpo a los demonios: Orígenes, lib. 2 Periarchon, cap. 8; Tertuliano, lib. de Carne Christi, y otros, entre los antiguos. San Agustín no niega aquí que los tengan los que en otras partes llama "animales aéreos y etéreos", lib. 1 contra Acad., n. 20; epist., 9, n. 3; lib. 3 de Genesi ad litt, cap. 10, números 14, 15.

[29] De Deo Socr., p. 8, 10.

Capítulo XVI

LO QUE SINTIÓ EL PLATÓNICO APULEYO DE LAS COSTUMBRES DE LOS DEMONIOS.

16 Hablando, pues, este mismo platónico de la condición de los demonios [30], dice que padecen las mismas pasiones del alma que los hombres; que se enojan e irritan con las injurias; que se aplacan con los dones; que gustan de honores y se complacen con diferentes sacrificios y ritos, y que se enojan cuando se deja de hacer alguna ceremonia en ellos. Entre otras cosas dice también [31] que a ellos pertenecen las adivinaciones de los augures, arúspices, adivinos y sueños; que son los autores de los milagros o maravillas de los magos o sabios. Y definiéndolos brevemente dice [32] que los demonios, en su clase, son animales, en el ánimo pasivos, en el entendimiento racionales, en el cuerpo aéreos y en el tiempo eternos; y que de estas cinco cualidades, las tres primeras son comunes a nosotros, la cuarta es propia suya, y la quinta común con los dioses. Pero advierto que entre las tres primeras que tienen comunes con nosotros, dos las tienen también con los dioses. Porque dice que los dioses son

asimismo animales y a cada cual distribuye en su respectivo elemento: a nosotros nos coloca entre los animales terrestres con los demás que viven en la tierra y sienten; entre los acuáticos a los peces y otros animales que nadan; entre los aéreos a los demonios; entre los etéreos a los dioses. Y en cuanto los demonios son en su género animales, esta cualidad no sólo la tienen común con los hombres, sino también con los dioses y con los brutos; en cuanto son racionales convienen con los dioses y con los hombres; en cuanto son eternos sólo con los dioses; en cuanto son pasivos en el ánimo; sólo con los hombres; en cuanto son aéreos en el cuerpo, esto lo tienen ellos solos. Así no es extraño que en su género sean animales, supuesto que lo son también los brutos; porque en el tiempo sean racionales no son más que nosotros, que también lo somos nosotros; y el que sean eternos, ¿qué tiene de bueno, si no son bienaventurados? Porque mejor es la felicidad temporal que la eternidad miserable. Porque en el ánimo sean pasivos, ¿cómo pueden ser más que nosotros, pues también lo somos, ni tampoco lo fuéramos si no fuéramos miserables? Que en el cuerpo sean aéreos, ¿en cuánto debe apreciarse esta cualidad, ya que a cualquier cuerpo se aventaja el alma y así el culto de religión que se debe por parte del alma, de ningún modo se debe a una naturaleza inferior al alma? Si entre las prendas recomendables que refiere de los demonios pusiera la virtud, la sabiduría, la felicidad, y dijera que éstos las tenían comunes y eternas con los dioses, sin duda que expresara alguna cualidad digna de apetecerse, y, por consiguiente, muy apreciable; sin embargo, no por eso deberíamos adorarlos como a Dios, sino antes a aquel de quien nos constara que ellos lo habían recibido. ¿Cuánto menos serán dignos del culto divino unos animales aéreos que para esto son racionales, para que puedan ser míseros; para esto pasivos, para que sean miserables; para esto eternos, para que no puedan acabar la miseria?

Por dejar lo demás y tratar solamente de lo que dice que los demonios tienen común con nosotros, esto es, las pasiones del alma;

si todos los cuatro elementos están llenos cada uno de sus animales; el fuego y el aire de los inmortales, agua y tierra de los mortales, pregunto: ¿Por qué las almas de los demonios padecen turbaciones y tormentos de las pasiones? Porque perturbación es lo que en griego se dice pathos, por lo cual los llamó en el ánimo pasivos; pues palabra por palabra pathos se dijera pasión, que es un movimiento del ánimo contra la razón [33]. ¿Por qué motivo hay esta cualidad en los ánimos de los demonios, no habiéndola en los brutos? Pues cuando se hecha de ver alguna circunstancia como ésta en los brutos, no es perturbación, dado que no es contra razón, de que carecen los brutos. Y que en los hombres haya estas perturbaciones, lo causa la ignorancia o la miseria, porque aún no somos bienaventurados con aquella perfección de sabiduría que se nos promete al fin, cuando estuviéremos libres de esta mortalidad. Pero los dioses dicen que no padecen estas perturbaciones, porque no sólo son eternos, sino también bienaventurados; pues las mismas almas racionales dicen que tienen también ellos, aunque puras y purificadas de toda mácula y contagio. Por lo cual, si los dioses no se perturban por ser animales bienaventurados y no miserables, y los brutos no se perturban porque son animales que ni pueden ser bienaventurados ni miserables, resta que los demonios, como los hombres, se perturben precisamente porque son animales no bienaventurados, sino miserables.

[30] Ib., 15, 15, sg.

[31] Ib., p. 11, 5.

[32] Ib., p. 16, 17.

[33] Cicerón in lib., Tuseul Quaest, cap. 6, dice: Esta es la definición de Zenón; perturbación, que él llama pathos, es una conmoción del ánimo contra la naturaleza y contraria a la recta razón.

Capítulo XVII

SI ES RAZÓN QUE EL HOMBRE ADORE AQUELLOS ESPÍRITUS, DE CUYOS VICIOS LE CONVIENE LIBRARSE.

17 ¿Por qué ignorancia,, pues, o, por mejor decir, por qué demencia nos sujetamos por medio de alguna religión a los demonios, supuesto que por la religión verdadera nos libertamos del vicio en que somos semejantes a ellos? Porque siendo los demonios espíritus a quienes incita y hostiga la ira (como Apuleyo, aun forzado, lo confiesa, no obstante que les perdona y disimula muchos defectos y los tenga por dignos de que los honren como a dioses) a nosotros la verdadera religión nos manda que no nos dejemos dominar de la ira, sino que la resistamos tenazmente. Y dejándose los demonios atraer con dones y dádivas por nosotros, nos prescribe la verdadera religión que no favorezcamos a ninguno excitados por los dones. Y dejándose los demonios ablandar y mitigar con las honras, a nosotros nos manda la verdadera religión que de ningún modo nos muevan semejantes ficciones. Y aborreciendo los demonios a algunos hombres y amando a otros, no con juicio prudente y desapasionado, sino, como él dice, con ánimo pasivo, a nosotros nos encarga la verdadera religión que amemos aún a nuestros enemigos. Finalmente, todo aquel ímpetu del corazón y amargura del espíritu y todas las turbulencias y tempestades del alma con que dice que los demonios fluctúan y se atormentan, nos manda la verdadera religión que las dejemos. ¿Qué razón, pues, hay sino una ignorancia y error miserable, para que te humilles reverenciando a quien deseas ser desemejante viviendo, y que religiosamente adores a quien no quieres imitar, siendo el sumo o principal dogma de la religión imitar al que adoras?

Capítulo XVIII

QUÉ TAL SEA LA RELIGIÓN QUE ENSEÑA QUE LOS HOMBRES, PARA ENCAMINARSE A LOS DIOSES BUENOS, DEBEN APROVECHARSE DEL PATROCINIO O INTERCESIÓN DE LOS DEMONIOS.

18 En vano Apuleyo y todos los que con él sienten les hicieron este honor, poniéndolos en el aire, en medio, entre el cielo y la tierra, de modo que como ningún dios se mezcla o comunica con el hombre (lo que dice enseñó Platón [34], ellos sirvan para llevar las oraciones de los hombres a los dioses, y de allí volver a los hombres con lo que han conseguido con ellos. Porque los que creyeron esto tuvieron por cosa indigna que se mezclaran con los dioses los hombre, y los hombres con los dioses, y por cosa digna que se mezclasen los demonios con los dioses y con los hombres, para que de aquí lleven nuestras peticiones, y de allá las traigan despachadas; de modo que el hombre casto, honesto y ajeno a las abominaciones de las artes mágicas, tome por patronos para que le oigan los dioses, a aquellos que aman y gustan de cosas, las cuales no amándolas él, se hace más digno, para que más fácilmente y de mejor gana le oigan; porque ellos gustan de las torpezas y abominaciones de la escena, de las cuales no se agrada la honestidad. En las hechicerías y maleficios [35] "de mil modos y artificios de hacer mal", de lo que no se complace la inocencia. Luego la castidad y la inocencia, si quisieren alcanzar alguna gracia de los dioses, no podrán por sus méritos, sino interviniendo sus enemigos. No hay motivo para que éste nos procure justificar las ficciones poéticas y las futilezas del teatro. Tenemos contra ellas a Platón, su maestro, y para ellos de tanta autoridad; a no ser que el pudor humano se tenga en tan poco que no sólo apruebe las torpezas, sino también se persuada que se complace en ellas la pureza divina.

[34] Conuiu., p. 203.

[35] Vir., Aen., VII, 338.

Capítulo XIX

DE LA IMPIEDAD DEL ARTE MÁGICA, LA CUAL SE FUNDA EN EL PATROCINIO DE LOS MALIGNOS ESPÍRITUS.

19 Por lo que toca a las artes mágicas, de las cuales a algunos demasiado infelices y demasiado impíos se les antoja gloriarse, alegaré contra ellos la misma luz de este mundo. Porque ¿con qué causa se castigan estas ficciones tan severamente con el rigor de las leyes, si son obras de los dioses a quienes se debe respeto y veneración? ¿Acaso establecieron los cristianos estas leyes con que se procede contra las artes mágicas? ¿Y por qué otra razón, sino porque estos maleficios son en perjuicio de los hombres, dijo el ilustre poeta [36]: "Por los dioses te juro, y por tu dulce vida, querida hermana, que contra mi voluntad acudo a las artes mágicas"; y lo que en otra parte dice asimismo de estas artes [37]: "He visto transferir las mieses sembradas de un extremo a otro", porque con esta pestilente y abominable arte dicen que los frutos ajenos los suelen trasladar de unas a otras tierras? Y Cicerón ¿no refiere que en las doce tablas, esto es, en las leyes más antiguas de los romanos, hay establecida pena de muerte contra el que usare de ellas? Finalmente, pregunto al mismo Apuleyo: ¿Fué él acusado delante de los jueces cristianos por las artes mágicas? [38]. Las cuales, supuesto que se las pusieron por capítulo de residencia, si sabía que eran divinas, religiosas y conformes a las operaciones de las potestades divinas, no sólo debían confesarlas, sino también profesarlas, condenando antes las leyes que las prohibían y reputaban por perjudiciales, que tenerlas por admirables y dignas de veneración. Porque de este modo o les persuadiera a los jueces su parecer, o cuando ellos quisiesen atenerse al tenor de las injustas leyes y le condenasen a él, predicador y elogiador de semejantes artes a la pena de muerte; los mismos demonios darían a su alma el premio que merecía, pues por publicar sus divinas obras no temió perder la vida. Como nuestros mártires, acusándolos criminalmente por defender la religión cristiana, con la

que sabían habían de salvarse y ser gloriosos para siempre, no quisieron, negándola, libertarse de las penas temporales, sino que, confesándola, profesándola, o predicándola y sufriendo por ella fiel y valerosamente acerbos tormentos y muriendo seguramente en Dios, confundieron las leyes con que se la prohibían y las hicieron mudar. Existe una oración de este filósofo platónico muy extensa y elegante, en la cual se defiende y justifica del crimen que le acumulaban de profesar las artes mágicas, y no quiere defender de otra manera su inocencia sino negando, lo que no puede cometer un inocente. Y todas las maravillas de los magos, las cuales con razón siente que deben condenarse, se hacen por arte y obra de los demonios, y ya que se persuade que deben adorarse, advierta lo que enseña cuando dice que son necesarios para que lleven nuestras oraciones a los dioses, puesto que debemos huir de sus obras si queremos que nuestras oraciones lleguen delante del verdadero Dios. Pregunto lo segundo: ¿Qué especie de oraciones le parece llevan los demonios de los hombres a los dioses buenos, las mágicas o las lícitas? Si las mágicas, los dioses no gustan de ellas; si las lícitas, no las quieren por medio de tales arbitrios. Y si el pecador arrepentido mayormente por haber cometido alguna culpa mágica ruega ¿es posible que consiga el perdón por intercesión de aquellos con cuyo favor le pesa haber caído en tan torpe culpa? ¿O acaso los mismos demonios, para poder alcanzar la remisión a los que se arrepienten, hacen también primero penitencia por haberlos engañado, para que se les perdona? Esto jamás se ha dicho de los demonios; porque, si fuese así, de ningún modo se atreverían a desear la honra y culto que se debe a Dios los que por medio de la penitencia apetecían alcanzar la gracia del perdón; porque en lo uno hay una soberbia digna de abominación, y en lo otro una humildad digna de compasión.

[36] Palabras de Dido después de la partida de Eneas. _ Virg., Aen., IV, 492.

[37] Virg., Eglog., 898.

[38] Apuleyo fué acusado de magia ante Claudio, prefecto de Africa, que ciertamente no era cristiano.

Capítulo XX

SI SE DEBE CREER QUE LOS DIOSES BUENOS DE MEJOR GANA SE COMUNICAN CON LOS DEMONIOS QUE CON LOS HOMBRES.

20 Pero ciertamente dirán que hay una causa muy convincente, por la cual es indispensable que los demonios sean medianeros entre los dioses y entre los hombres, para que llevan los deseos y peticiones de los hombres a los dioses y de éstos traigan las respuestas de las gracias que hubieren alcanzado a los hombres. Y pregunto: ¿Cuál es esta causa, y cuánta la necesidad? Porque ningún Dios, dicen, se mezcla o comunica con el hombre. Donosa santidad la de Dios, que no se comunica con el hombre humilde, y se comunica con el demonio arrogante; no se comunica con el hombre arrepentido, y se comunica con el demonio engañador; no se comunica con el hombre, que se acoge al amparo de su divinidad, y se comunica con el demonio, que finge tener divinidad; no se comunica con el hombre, que le pide perdón de la culpa, y se comunica con el demonio, que le persuade; no se comunica con el hombre, que por medio de los libros filosóficos destierra a los poetas de una República bien ordenada y se comunica con el demonio, que, por medio de los juegos escénicos, pide a los principales magnates y pontífices de la ciudad los escarnios que hacen de ellos los poetas; no se comunica con el hombre, que prohíbe las ficciones de las culpas de los dioses, y se comunica con el demonio, que gusta y se deleita con los supuestos crímenes de los dioses; no se comunica con el hombre, que con justas leyes castiga los delitos e inepcias de los mágicos, y se comunica con el demonio, que enseña y practica las artes mágicas; no se comunica con el hombre, que huye de imitar a los demonios, y se comunica con el demonio, que anda a caza para engañar a los hombres.

Capítulo XXI

SI LOS DIOSES SE APROVECHAN DE LOS DEMONIOS PARA QUE LES SIRVAN DE MENSAJEROS E INTÉRPRETES, Y SI IGNORAN QUE LOS ENGAÑAN O QUIEREN SER ENGAÑADOS POR ELLOS.

21 La necesidad tan grande de sostener un disparate e indignidad tan calificada, es porque los dioses del cielo que cuidan de las cosas humanas, sin duda no supieran lo que hacían los hombres en la tierra, si los demonios aéreos no se lo avisaran; porque la región celeste está muy distante de la tierra, y es muy elevada, y el aire confina por una parte con ella, y por otra con la tierra. ¡Oh admirable sabiduría! ¿Qué otra cosa sienten estos sabios de los dioses, los cuales sostienen que todos son buenos, sino que cuidan de las cosas humanas por no parecer indignos del culto y veneración que les tributan, y que por la distancia de los elementos ignoran las cosas humanas, para que se entienda que los demonios son necesarios, y así se crea que también ellos deben ser adorados, para que por ellos puedan saber los dioses lo que pasa en las cosas humanas, y cuando fuese menester acudir al socorro de los hombres? Si esto es cierto, estos dioses buenos tienen más noticias del demonio por la contigüidad del cuerpo, que del hombre por la bondad del alma. ¡Oh necesidad digna de la mayor compasión, o por mejor decir; vanidad ridícula y abominable, por no llamarla ilusión fútil y despreciable! Porque si los dioses pueden ver nuestra alma con la suya libre de los impedimentos del cuerpo, para esta operación no necesitan de intermediarios los demonios; y si los dioses de la región etérea conocen por su cuerpo los indicios corporales de las almas, como son el semblante, el habla, el movimiento, infiriendo así lo que les anuncian los demonios, pueden ser también engañados con los embustes y mentiras de los demonios. Y si la divinidad de los dioses no puede ser engañada por los demonios, esa divinidad no puede ignorar nuestras acciones. Tuviera especial complacencia en que me dijeran estos alucinados eruditos si los demonios comunicaron a los dioses cómo desagradaron a Platón

las ficciones de los poetas sobre las culpas de los dioses, y les encubrieron que ellos se complacían con los festejos; o si les callaron lo uno y lo otro, y no quisieron que los dioses supiesen cosa alguna acerca de este asunto; o si les descubrieron lo uno y lo otro; la prudencia religiosa de Platón para con los dioses, y su apetito perjudicial al honor de los dioses; o, si, aunque quisieron encubrir a los dioses, el dictamen de Platón, reducido a no querer permitir que fuesen infamados los dioses con crímenes supuestos por la impía licencia de los poetas, sin embargo, no tuvieron pudor ni temor en manifestarles su propia vileza de que gustaban en los juegos escénicos, en los que se celebraban las ignominiosas criminalidades de los dioses. De estas cuatro razones que les propongo, elijan la que más les agrade, y consideren en cualquiera de ellas con cuánta impiedad sienten de los dioses buenos; porque si escogiesen la primera, han de conceder precisamente que no pudieron los dioses buenos vivir con el virtuoso Platón, porque prohibía la publicación de sus enormes relaciones, y que vivieron, sin embargo, con los demonios malos, que se lisonjeaban con la celebración de sus maldades; y que los dioses buenos no conocían al hombre bueno que distaba mucho de ellos, sino por medio de los malos demonios, a quienes, teniéndolos tan próximos, no podían conocer. Si eligiesen la segunda, y dijesen que lo uno y lo otro les callaron los demonios, de modo que los dioses por ningún motivo tuvieron noticia, ni de la religiosa ley de Platón, ni el sacrílego gusto y deleite de los demonios, ¿qué suceso de importancia pueden saber los dioses de los acontecimientos humanos por medio de la legacía de los demonios, cuando ignoran las saludables sanciones que decretan por la religión los hombres virtuosos, en honor de los dioses buenos, contra el voluptuoso deseo de los malos demonios? Y si escogiesen la tercera y respondieren que no sólo tuvieron noticia por medio de los mismos demonios del sentir de Platón, que vedaba la manifestación de los afrentosos dicterios de los dioses, sino también de la lascivia y maldad de los demonios, que se entretienen y recrean con las injurias

de los dioses, pregunto: ¿Esto es dar aviso o hacer mofa? ¿Y los dioses oyen lo uno y lo otro, y lo conocen y sufren con tanta conformidad, que no sólo no rehúsan la comunicación con los malignos demonios y desean y obran acciones tan contrarias a la dignidad de los dioses y a la religión de Platón, sino que por medio de estos impíos vecinos, al buen Platón, estando muy distantes de ellos, le remiten sus dones? Pues de tal modo los unió entre sí el orden de los elementos, que pueden comunicarse con los que les agravian, y con Platón, que los defiende, no pueden; sabiendo lo uno y lo otro, aunque no son poderosos para mudar la constitución del aire y de la tierra. Y si escogieren la cuarta, peor es que las demás; porque ¿quien ha de sufrir que los demonios digan a los dioses inmortales las ignominias y culpas que los poetas les suponen, y los indignos escarnios que se les hacen en los teatros, y el ardiente gusto y suavísimo deleite con que los mismos demonios se entretienen con estas fruslerías? A vista de esta doctrina deben confundirse y callar, cuando Platón con gravedad filosófica fué de parecer que se desterrasen estas infamias de una República bien ordenada, de modo que ya con esto los dioses buenos se vean obligados a saber por estos medios las obscenidades de estos perversos; no ajenas, sino de los mismos que se las dicen; y no los permiten y dejan saber lo contrario a ellas, es decir, las bondades de los filósofos; siendo lo primero en agravio, y lo segundo en honra de los mismos dioses.

Capítulo XXII

QUE SE DEBE DEJAR EL CULTO DE LOS DEMONIOS CONTRA APULEYO.

22 Y puesto que no debe adoptarse ninguna de estas cuatro cosas, porque con cualesquiera de ellas no se sienta tan impíamente de los dioses, resta que de ningún modo debe creerse lo que procura persuadirnos Apuleyo y cualesquiera otros filósofos que son de su dictamen, y sostienen que de tal manera están colocados en el lugar

medio los demonios entre los dioses y los hombres, que son como internuncios e intérpretes, para que desde acá lleven nuestras peticiones, y de allá nos traigan las gracias de los dioses; sino que son unos espíritus deseosísimos de hacer mal, ajenos totalmente de lo que es justo y bueno, llenos de soberbia, carcomidos de envidia, forjados de engaños y cautelas, que habitan en la región del aire [39], porque cuando los echaron de la altura del cielo superior (lo que merecieron por la culpa y transgresión irritable) los condenaron a este lugar como a cárcel conveniente para ellos; y no porque la región del aire sea superior en el sitio a la tierra y al agua, por eso también ellos en el mérito son superiores a los hombres, los cuales fácilmente los exceden y hacen ventaja, no en el cuerpo terreno, sino en haber escogido en su favor al verdadero Dios, y en la conciencia piadosa y temerosa de Dios. Y aunque es verdad que ellos se apoderaron de muchos que son indignos de la participación de la verdadera religión, como de cautivos y súbditos suyos, persuadiendo a la mayor parte de éstos que son dioses, embelesándolos con señales maravillosas y engañosas de obras y adivinaciones; sin embargo, a otros que miraron y consideraron con más atención sus vicios, no pudieron persuadirles que eran dioses, y así fingieron que eran entre los dioses y los hombres los internuncios, y los que alcanzaban de ellos los beneficios; mas ni aun esta honra quisieron se les diese los que tampoco creían que eran dioses, porque advertían que eran malos; porque éstos eran de opinión que todos los dioses eran buenos; y, con todo, no se atrevían a decir que del todo eran indignos del honor que se debe a Dios, principalmente por no ofender al pueblo, el cual veían que con tantos sacrificios y templos los honraba y servía por una envejecida superstición.

[39] Sobre el lugar que cree ocupan los demonios habla con frecuencia San Agustín en sus obras. Vid., lib. de Nat. Boni contra Manich., n. 33, et de Agone christiano, n. 3.

Capítulo XXIII

LO QUE SINTIÓ HERMES TRIMEGISTO DE LA IDOLATRÍA, Y DE DÓNDE PUDO SABER QUE SE HABÍAN DE SUPRIMIR LAS SUPERSTICIONES DE EGIPTO.

23 De modo diverso sintió y escribió de ellos Hermes, egipcio, a quien llaman Trimegisto; pues Apuleyo, aun cuando conceda que no son dioses, pero diciendo que son medianeros entre los dioses y los hombres, de modo que son necesarios a los hombres para el trato con los mismos dioses, no diferencian su culto de la religión de los dioses superiores. Mas el egipcio dice que hay unos dioses que los hizo el sumo Dios, y otros que los hicieron los hombres. El que oye esto como yo lo he puesto, entiende que habla de los simulacros que son obras de las manos de los hombres; con todo, dice que las imágenes visibles y palpables son como cuerpos de los dioses, y que hay en éstos ciertos espíritus atraídos allí, que tienen algún poder, ya sea para hacer mal. ya para cumplir algunos votos y deseos de los que los honran y reverencian con culto divino. El enlazar, pues, y juntar estos espíritus invisibles por cierta arte con los visibles de materia corpórea, de manera que los simulacros dedicados y sujetos a aquellos espíritus sean como unos cuerpos animados, esto dicen que es hacer dioses, y que en los hombres hay esta grande y admirable potestad de formar dioses. Extractaré las palabras de este egipcio como se hallan traducidas en nuestro idioma [40]: "y porque, dice él, nos notifican que hablemos de la cognación y comunicación de los hombres y de los dioses, mira, ¡oh Asclepio! la potestad y vigor del hombre: así como el Señor y Padre, o, lo que es lo mismo, Dios, es hacedor y autor de los dioses celestiales, así el hombre es el fabricador de los dioses que están en los templos contentos de la proximidad del hombre". Y poco después añade [41]: "La humanidad de tal modo perversa en aquella imitación de la divinidad, acordándose siempre de su naturaleza humana y de su origen; que así como el Padre y Señor, por que fuesen semejantes a él, hizo a los

dioses eternos, así el hombre hizo y figuró a sus dioses semejantes a él a la similitud de su rostro". Aquí, habiéndole Asclepio, con quien principalmente conferenciaba, respondido y dicho "¿habláis, ¡oh Trimegisto! de las estatuas?" Entonces dice: "¡oh Asclepio! ves estatuas, como tú mismo desconfías, estatuas animadas llenas de sentido y espíritu, y que ejecutan tales y tan grandes maravillas. Estatuas que saben lo futuro, adivinan y dicen en diferentes cosas lo que acaso ignora cualquier adivino; que causan las enfermedades en los hombres, y las curan y los convierten en tristes y alegres conforme lo merecieren. ¿Ignoras por ventura, ¡oh Asclepio!, que Egipto es un retrato e imagen del cielo, o, lo que es más cierto, es una traslación portentosa donde se establecen y descienden todas las cosas que se gobiernan y practican en el cielo? Y si ha de decir la verdad, añade, esta nuestra tierra es un templo vivo de todo el mundo. Y pues es conveniente que el prudente lo prevea y sepa todo, no es razón que vosotros ignoréis lo que voy a decir. Vendrá tiempo en que se advertirá que los egipcios inútilmente guardaron tan piadosa y devotamente la religión a los dioses, y que, cesando toda su santa veneración, los dejará frustrados y burlados". Después Hermes, con muchos raciocinios, prosigue este asunto, donde parece que profetiza o adivina aquella feliz época en que la religión cristiana, cuanto es más verdadera y santa, con tanta más eficacia y libertad destruye y echa por tierra todas las engañosas ficciones; para que la gracia del verdadero Salvador libre al hombre del cautiverio de los dioses, que por sí estableció el hombre, y los someta a aquel Dios que hizo al hombre. Pero cuando Hermes vaticina estas maravillas, habla como si fuera amigo de estos mismos engaños; ni expresa claramente el nombre cristiano, pero lamenta que se destierren de Egipto las observancias que le hacen semejante al cielo y anuncia con lacrimoso estilo los sucesos venideros; pues era de los que dice el Apóstol [42]: "que conociendo a Dios no le dieron la gloria de Dios, ni se le mostraron agradecidos sino que dieron en vano con sus imaginaciones y discursos, y quedó su necio corazón rodeado y

sumergido en las tinieblas de su presunción y arrogancia, porque en los mismo en que se gloriaban de sabios y literatos, en esto mismo quedaron necios e ignorantes, andando tan ciegos que profanaron la majestad de Dios inmortal, mudándola en la imagen o estatua de hombre mortal", y lo demás que sería largo referir. Alegando Hermes tan sólidos fundamentos sobre el único y solo Dios verdadero, Criador del mundo, conformes a lo que prescribe la verdad, no sé de qué modo se deja llevar de las oscuras tinieblas de su corazón a cosas como éstas; que quiere estén sujetos los hombres a los dioses, que confiesa son obras de los mismos hombres, y siente haya de venir tiempo en que esto desaparezca; como si pudiese haber cosa más desdichada que el hombre, a quien dominan los figmentos y estatuas que ha fabricado por sus manos; siendo más fácil que, adorando a los dioses que formó con sus propias manos, deje de ser hombre, que no porque él los adore sean dioses los que hizo el mismo hombre, porque más presto sucede [43]: "Que el hombre colocado en honrosa condición, y en un estado superior semejante a la imagen de Dios, no conociendo, antes olvidado de su condición y nobleza, se iguale en su miseria a las bestias; que llegue a anteponerse una obra de las manos del hombre a la obra de Dios, hecha por Dios a su semejanza, esto es, al mismo hombre". Por eso el hombre pierde algún tanto de ser que tiene de aquel que le crió, cuando se sujeta y toma por superior a lo que formó con sus mismas manos. De que estas falsedades, maldades y sacrilegios desapareciesen se dolía el egipcio Hermes, porque sabía que había de llegar tiempo en que así sucediese, pero lo sentía tan sin pudor, cuanto lo sabía sin fundamento sólido; pues el Espíritu Santo no se lo había revelado como a los santos profetas, que, conociendo y previendo estos admirables sucesos, decían con alegría de su corazón [44]: "Si hiciere y fabricare el hombre dioses para sí, presto llegará el desengaño de esta vana ilusión, y experimentará que no son dioses"; y en otro lugar [45]: "Vendrá tiempo, dice el Señor, en que exterminaré del mundo los ídolos y simulacros, y no habrá más memoria de ellos". Pero sobre este punto vaticinó en términos más claros e

incontrastables contra Egipto el santo profeta Isaías por estas palabras [46]: "Se desharán y desaparecerán cuando viniere el Señor los ídolos que hicieron para sí los egipcios, y el corazón de éstos de deshará y aniquilará entre sí"; con lo demás que continúa en orden a la misma profecía. De éstos fueron también los que teniendo una ciencia positiva e infalible de lo venidero se alegraban y lisonjeaban de que hubiese venido el Mesías prometido, como Simeón y Ana [47], que al punto que nació Jesús le conocieron; como Isabel, que con espíritu profético le reconoció existente en el vientre de su madre, y como Pedro cuando, revelándoselo el Eterno Padre, dijo: "Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo" [48]. Mas a este sabio egipcio le inspiraron su futura destrucción los mismos espíritus, que teniendo presente en carne humana al Dios todopoderoso, amilanados y llenos de temor y espanto, le dijeron [49]: "¿A qué viniste antes de tiempo a perdernos?" O porque para ellos repentinamente acaeció lo que creían debía tardar más tiempo en verificarse; o porque llamaban su destrucción y perdición al mismo acontecimiento en que fueron descubiertos; pues siendo conocidos los habían de desamparar y despreciar los hombres, lo cual era antes de tiempo, esto es, antes de la época en que se debe suceder el juicio universal, en el cual serán castigados con eterna condenación, juntamente con todos los hombres que se hallaren asociados a su compañía, como lo insinúa expresamente la verdadera religión, que ni engaña ni puede ser engañada; y no como este sabio que, dejándose llevar por una parte y por otra del viento de cualquiera doctrina [50], mezclando y confundiendo lo falso con lo verdadero, se duele como si hubiera de extinguirse la religión, que confiesa después llanamente ser un error.

[40] Apul., Asclep., 45, 11.

[41] Ib., p. 46, 12.

[42] Rom., 1, 21.

[43] Ps., 48, 13.

[44] Hierem., 16, 20.

[45] Zach., 13, 2.
[46] Isai., 19, 1.
[47] Luc., 2, 25, sg.; 1, 41 sig.
[48] Matth., 16, 16.
[49] Matth., 8, 29.
[50] Ephes., 4, 14.

Capítulo XXIV

CÓMO HERMES CLARAMENTE CONFESÓ EL ERROR DE SUS PADRES, Y CON TODO, LE PESÓ QUE HUBIESE DE DESAPARECER.

24 Después de algún intervalo vuelve a discurrir sobre el mismo punto, y hablar de los dioses hechura del hombre, diciendo de este modo [51]: "Pero ya de estos tales basta lo referido. Volvamos al hombre y a la razón, por la cual, concedida por singular beneficio de Dios, se denominó el hombre animal racional".

Admirables se nos presentan las cualidades del hombre que hemos relacionado por extenso, pero en verdad excede toda admiración, que fuera posible al hombre investigar y descubrir la naturaleza divina, y ser autor, criador y único artífice de ella. Pues como nuestros mayores anduvieron muy errados e incrédulos acerca de los dioses, sin atender a su culto y religión, hallaron traza e invención para formar dioses. Y luego que la descubrieron la apropiaron y aplicaron una virtud conveniente, tomándola de la naturaleza del mundo y mezclándola y ya que no podía crear almas, invocaron las de los demonios o de los ángeles; y las hicieron entrar dentro de las imágenes, y en los divinos misterios por las cuales los ídolos pudiesen tener potestad y virtud para hacer bien o mal. No sé si los mismos demonios, a fuerza de conjuros, confesarían esta verdad como la confiesa Hermes; porque dice: nuestros antepasados andaban muy errados e incrédulos acerca de la calidad de los dioses, y sin advertir a su culto y religión hallaron traza y modo para formar

dioses. Porque no dijo que andaban un tanto equivocados para descubrir el arte de hacer dioses, ni contentóse con decir errados, sino que añadió y dijo muy errados. Este grande error e incredulidad de los que no le advertían ni se aplicaban al culto y religión de Dios, inventó un raro medio de hacer dioses. Un error tan craso, una incredulidad tan dura, y la aversión contradicción del ánimo humano al culto y religión de Dios, encontró, sin embargo, modo de que el hombre fabricase con artificio dioses. Duélese de esta inepcia un hombre tan sabio como Hermes, sintiendo haya de venir tiempo en que se abrogue la religión divina. Adviertan, pues, cómo por virtud divina confiesa, aunque implícitamente, la alucinación y error de sus antepasados, y por una fuerza diabólica se siente penetrado de dolor por el futuro castigo de los demonios. Porque si sus mayores, procediendo con notable equivocación sobre la condición de los dioses, y estando dominados de incredulidad y aversión al culto de la religión divina, hallaron un espacioso artificio para crear dioses, ¿qué maravilla, que todo lo que hizo esta arte abominable, contraria a la religión divina, lo quite la religión divina; pues la verdad es la que enmienda y modera el error, y la fe la que convence a la incredulidad, y la conversión la que corrige a la aversión?

Porque si, omitiendo las causas, dijera que sus predecesores habían encontrado traza y modo para hacer dioses, sin duda nos tocaba a nosotros, si éramos cuerdos y religiosos, el averiguar cómo de ninguna manera pudieran llegar ellos a conseguir esta arte con que el hombre crea dioses, si no fueran equivocados en la verdad, si creyeran cosas dignas de Dios, si advirtieran y aplicaran el ánimo al culto y religión divina. Podríamos decir nosotros que las causas de este arte vano eran el error inmoderado de los hombres, la incredulidad y la aversión que el ánimo alucinado e infidente tenía a la religión divina, como la desenvoltura de los que se defienden contra la verdad merecían que dijésemos. Pero cuando esto admira el hombre más enterado que todos en lo concerniente a este arte de hacer dioses, y se duele de que ha de venir tiempo en que todas estas

ficciones o estatuas de los dioses fabricadas por los hombres se manden públicamente quitar y destruir por las leyes civiles; confesando además y declarando las causas porque llegaran a experimentar tan fatal excidio, diciendo que sus antepasados, poseídos de sus errores e incredulidad, y sin advertir ni aplicar su ánimo al culto y religión divina, descubrieron el arte con que pudieron formar dioses; ¿dejará de ser muy conforme que nosotros digamos, o por mejor decir, demos afectuosas y reverentes gracias a Dios nuestro Señor que por su amor benéfico hacia nosotros se sirvió desterrar y abolir tales errores, con causas contrarias a las que se instituyeron? Porque lo mismo que estableció el error y humano desvarío, lo abrogó la invención de la verdad; lo que introdujo la incredulidad, lo quitó la fe; lo que instituyó la aversión que tuvieron al culto divino y a la religión, lo destruyó la conversión sincera a un Dios santo y verdadero; y no sólo quitó y desterró de Egipto, del cual solamente se duele este sabio, el espíritu de los demonios, sino de toda la tierra, donde se canta con indecible júbilo al Señor un nuevo cántico, como lo expresaron las letras verdaderamente sagradas y verdaderamente proféticas, donde dice la Escritura [52]: "Cantad al Señor un nuevo cántico, cantad y glorificad al Señor toda la tierra". Pues el título del Salmo es: "Cuando se edificaba la casa después de la cautividad". Pues construyéndose da al Señor por casa la ciudad de Dios, que es la santa iglesia en toda la tierra, después del penoso cautiverio en que los demonios tenían esclavizados a los hombres, y de estos hombres creyentes como de unas piedras vivas y sólidas se edifica la casa [53]. Pues no porque el hombre formase dioses a su albedrío, dejaban de poseer al que los hacía; porque adorándolos se hacía su partidario y compañía, no ya de los insensatos y dolosos, sino de los astutos demonios. Pues ¿qué son los ídolos sino lo que insinúa la sagrada Escritura? [54] "que tienen ojos y no ven"; y todo lo demás que a este tenor pudo decirse de una masa aunque artificiosamente labrada, sin embargo, sin vida ni sentido. Con todo, los espíritus inmundos, encerrados por aquella arte nefaria en los

mismos simulacros, reduciendo a su compañía las almas de sus adoradores, las veían miserablemente cautivas; por lo que dice el apóstol [55]: "Sabemos bien que el ídolo es nadie, y lo que sacrifican los gentiles, a los demonios lo sacrifican y no a Dios; no quiero que os hagáis partícipes y compañeros de los demonios". Así que después de este cautiverio, en que los malignos demonios tenían esclavizados a los hombres, se va edificando la casa de Dios en toda la tierra, de donde tomó su título aquel salmo que dice [56]: "Cantad al Señor un cántico nuevo. Cantad al Señor toda la tierra. Cantad al Señor y bendecid su nombre. Anunciad cada día su salud. Anunciad y evangelizad a las gentes su gloria, y todos los pueblos sus maravillas, porque es grande el Señor y digno de alabanza sobremanera, y más terrible que todos los dioses; porque todos los dioses de los gentiles son demonios, pero el Señor hizo los cielos". El que se dolía de que había de venir tiempo en que se desterrase del mundo el culto y religión de los ídolos y el dominio que tenían los demonios sobre los que le adoraban, instigado del espíritu maligno, quería que durase siempre esta cautividad, la cual concluida, canta el salmista rey, que se va edificando la casa en toda la tierra. Profetizaba Hermes aquello doliéndose, y vaticinaba esto el profeta alegrándose. Y porque es el espíritu vencedor el que cantaba estas divinas alabanzas por medio de los profetas santos, también Hermes, lo que no quería y sentía que se abrogase, por un modo y traza admirable fué obligado a confesar que lo habían establecido no los prudentes, fieles y religiosos,sino los que andaban errados, los que eran incrédulos y opuestos al culto de la religión divina. Este sabio escritor, aunque los llame dioses, con todo, cuando confiesa que los formaron tales hombres cuales sin duda no debemos ser nosotros, aun contra su voluntad, manifiesta que no deben ser adorados por los que no son semejantes a los que los hicieron, esto es, a los sabios, fieles y religiosos, demostrando al mismo tiempo que los mismos hombres que los hicieron se impusieron a sí el subsidio de tener por dioses a los que no lo eran. Porque es infalible aquella divina expresión del profeta [57]: "Si hiciere

y fabricare el hombre dioses, ellos no son dioses". Así que a tales dioses, habiéndolos llamado Hermes dioses de tales, fabricados artificiosamente por tales, esto es, demonios, no sé por qué arte encerrados y detenidos en los ídolos con los lazos de sus apetitos o antojos, habiendo, digo, llamado dioses a los que habían creado los hombres; con todo no les concedió lo que el platónico Apuleyo (de quien hemos ya hablado, demostrando cuán absurda y contradictoria era su opinión) que sean intérpretes e intercesores entre los dioses que hizo Dios y los hombres que crió el mismo Dios, llevando desde la tierra los votos y peticiones, y volviendo del cielo con los despachos y gracias. Porque es un grande desatino creer que los dioses que crearon los hombres puedan más con los dioses que Dios, que los mismos hombres que hizo el mismo Dios. Pues el demonio, luego que el hombre le encierra con arte sacrílego en el simulacro, vino a ser Dios aunque peculiar para tal hombre, no para todos los hombres. ¿Cuál, pues, será este Dios a quien no formara el hombre sino errando y siendo incrédulo, y habiendo vuelto las espaldas al Dios verdadero? Y si los demonios que se adoran en los templos, encerrados no sé por qué arte en las imágenes, esto es, en los simulacros y estatuas visibles por industria de los hombres, que con este artificio los hicieron dioses, caminando errados y vueltas las espaldas al culto y religión divina, no son internuncios ni intérpretes entre los hombres y los dioses, y por sus perversas y torpes costumbres, aun los mismos hombres, aunque infieles y ajenos del culto y religión divina, son sin duda mejores que aquellos, a quienes con sus artificios hicieron dioses; resta, pues, que la autoridad que usurpan puedan ejercerla como demonios, ya sea cuando pareciendo que nos hacen bien nos hacen mal, porque entonces nos engañan mejor, ya cuando a las claras nos dañan. Y con todo, cualquiera operación de éstas no pueden efectuarla por sí mismos, sino cuando y en cuanto se les permite por la alta y secreta providencia de Dios, y no porque puedan mucho sobre los hombres por su amistad de los dioses, como intermedios entre los hombres y ellos. Porque de

ningún modo pueden tener amistad con los dioses buenos, que nosotros llamamos ángeles santos y criaturas racionales, que habitan en las santas moradas del cielo, ya sean tronos, o dominaciones, o principados, o potestades de quienes distan tanto cuanto los vicios de las virtudes y la malicia de la bondad.

[51] Apul. Ascl., p. 58, 11.

[52] Ps., 95, 1.

[53] 1 Petr., 2, 5.

[54] Ps., 114, 5.

[55] 1 Cor., 10, 20.

[56] Ps., 95, 1, sg.

[57] Hierem., 16, 20.

Capítulo XXV

DE LA COMUNICACIÓN QUE PUEDE HABER ENTRE LOS SANTOS ÁNGELES Y LOS HOMBRES.

25 De ningún modo por mediación e intercesión de los demonios debemos aspirar a la amistad o beneficencia de los dioses, o, por mejor decir, de los ángeles buenos, sino por la semejanza de la buena voluntad con que estamos unidos con ellos, vivimos con ellos y adoramos con ellos al mismo Dios que ellos adoran, aunque no los podamos ver con los ojos carnales; pero en cuanto somos miserables por la desemejanza de la voluntad y por la fragilidad de nuestra flaqueza, en tanto nos alejamos de ellos por el mérito de la vida, no por la distancia del cuerpo. Pues no porque dada la condición de la carne vivamos en la tierra, por eso dejamos de juntarnos y unirnos con ellos, sino gustamos de las cosas terrenas por la inmundicia del corazón. Pero cuando recuperada la salud, somos como ellos son, entonces en la fe nos acercamos y unimos con ellos si creemos también y esperamos por su intercesión la bienaventuranza de aquel que los hizo a ellos felices.

Capítulo XXVI

QUE TODA LA RELIGIÓN DE LOS PAGANOS SE EMPLEÓ Y RESUMIÓ EN ADORAR HOMBRES MUERTOS.

26 Y verdaderamente es digno de advertir cómo este egipcio, sintiendo el tiempo que había de sobrevenir, en el cual había de desterrarse de Egipto lo mismo que confiesa fué establecido por los que andaban muy errados, y eran incrédulos y contrarios al culto de la religión divina, entre otras cosas dice [58]: "entonces esta tierra, que es un venerable asiento de los delubros y templos, estará sumamente llena de sepulcros y difuntos". Como si de no desaparecer esta vana superstición, no hubieran de morir los hombres, o se hubieran de sepultar los muertos en otra parte que en la tierra, pues seguramente que cuanto más fuese corriendo el tiempo y los días, tanto mayor había de ser el número de los sepulcros por el número mayor de los muertos. Sin embargo, parece que se duele porque las memorias y capillas de nuestros mártires habían de suceder a sus delubros y templos. Sin duda porque leyendo esto los que nos tienen mala voluntad y el corazón dañado, imaginen que los paganos adoraron a los dioses en los templos, y que nosotros adoramos a los muertos en los sepulcros, pues es tanta la ceguedad de los hombres impíos que ofenden y tropiezan con los mismos montes, y no quieren observar las cosas que les dan en los ojos, para no echar de ver y confesar que en todas las historias o memorias de los paganos, o no se hallan, o apenas se encuentran dioses que no hayan sido hombres, y que, con todo, después de muertos procurasen honrar a todos y reverenciarlos como si fuesen dioses. Omito lo que dice Varrón, quien sustenta que tienen por dioses manes a todos los difuntos, y lo prueba por los sacrificios que se hacen casi a todos los muertos, entre los cuales refiere también los juegos fúnebres, como si éste fuera el argumento más convincente de su divinidad, puesto que los juegos no suelen dedicarse sino a los dioses. El mismo Hermes, de quien ahora hablamos en el mismo libro, donde como vaticinando lo venidero, y

lamentándose, dice: "Entonces esta tierra, que es un venerable asiento de los delubros y templos, estará inundada de sepulcros y difuntos"; afirma que los dioses de Egipto son hombres muertos. Porque habiendo dicho que sus antepasados andando muy errados sobre la razón de los dioses incrédulos, y sin advertir al culto y religión de los dioses, hallaron artificio para hacer dioses [59] y "luego que le encontraron, le aplicaron una virtud congruente y acomodada, tomándola de la naturaleza del mundo y mezclándola; y porque no podían crear almas, invocaron las de los demonios o de los ángeles, las hicieron entrar dentro de las imágenes y en los divinos misterios, por las cuales los ídolos pudiesen tener poder y autoridad para hacer bien y mal"; después prosigue, como intentando comprobar esta aserción con ejemplos, y dice: "porque tu abuelo ¡oh Asclepio!, que fué el primer inventor de la Medicina, a quien está consagrado un templo en el monte de Libia, cerca de la costa de los cocodrilos, donde yace su hombre mundano, esto es, su cuerpo, porque lo restante de él, o, por mejor decir, todo él, si es que está todo el hombre en el sentido de la vida, mejorado se volvió al cielo, de donde acude ahora también a auxiliar en todo a las enfermedades de los hombres con su virtud divina, como antes acostumbraba con el arte de la Medicina". Ved aquí cómo dijo que adoraban por Dios a un hombre difunto en el lugar donde tenía su sepultura, engañándose y engañando, diciendo que volvió al cielo. Añadiendo después otro ejemplo dice [60]: "Hermes, mi abuelo, cuyo nombre he heredado yo, pregunto, estando en su patria que se intitula con su propio nombre, ¿no ayuda y conserva a todos los mortales que de todo el mundo acuden allí?" Porque Hermes el mayor, esto es, Mercurio, de quien dice que fué su abuelo, refieren que está enterrado en Hermópoli, es decir, en la ciudad de su propio nombre. Ved como dice que dos dioses fueron hombres, Esculapio y Mercurio. De Esculapio sienten lo mismo los griegos y latinos, aunque de Mercurio opinan muchos que no fué mortal, quien, sin embargo, dice Hermes que fué su abuelo. Pero acaso dirán que uno fué aquél y otro éste, no obstante de

que tengan un mismo nombre. No reparo mucho en esta objeción, sea o no aquél, y otro distinto éste; con todo, a éste, como a Esculapio, de hombre le hicieron dios, según lo refiere Trimegisto, varón tan apreciado entre los suyos y nieto de Mercurio.

Más adelante continúa aún y dice: "Sabemos de Isis, mujer de Osiris, cuántos beneficios hace a los que la tienen favorable, y cuántos daños a los que la tienen enojada". Y, en seguida, para demostrar que de tal género son los dioses que los hombres crean con el insinuado artificio (donde da a entender que los demonios han resultado de las almas de los hombres difuntos, a quienes por el arte que descubrieron los hombres que caminaban errados, infieles y sin religión, dice que los hicieron entrar dentro de los simulacros, por cuanto los que formaban tales dioses no podían realmente crear almas), habiendo dicho él mismo de Isis lo que tengo referido: "A cuántos sabemos que ha dañado el tenerla irritada", prosiguiendo dice: "porque es muy fácil enojarse los dioses terrenos y mundanos, como aquellos que de ambas naturalezas han formado y compuesto los hombres". De ambas naturalezas, dice, de alma y de cuerpo, de modo que por el alma se entienda el demonio, y por el cuerpo el simulacro. "Por lo que sucedió, añade que los egipcios llamaron a estos animales santos, ordenando que en todas las ciudades se adoren las almas de los que en vida los consagraron; de tal suerte, que con sus leyes se gobiernen y se llamen con sus propios nombres". ¿Dónde está aquella que parecía queja lastimosa, que vendría tiempo en que la tierra de Egipto, venerable asiento de los delubros y templos, estaría llena de sepulcros y de muertos? En efecto, el seductor y falso espíritu que impelía a explicarse así a Hermes, fué obligado a confesar por boca del mismo Hermes que ya entonces estaba aquella tierra inundada de sepulcros y de difuntos que eran adorados como dioses. Pero el sentimiento de los demonios les hacía hablar por boca de este sabio, porque les pesaba de ver que se acercaban, y amenazaban las duras penas que habían de padecer en las memorias o capillas de los santos mártires; pues en muchos lugares de éstos son

atormentados, como lo confiesan ellos mismos, echándolos de los cuerpos de los hombres, de quienes estaban tiránicamente apoderados.

[58] Apul. Ascl., p. 47, 5.

[59] Apul. Ascl., p. 58, 19.

[60] Apul. Ascl., p. 59, 1.

Capítulo XXVII

DEL MODO CON QUE LOS CRISTIANOS HONRAN A LOS MÁRTIRES.

27 Tampoco nosotros fundamos en honor de los mártires templos, sacerdotes, sacrificios y solemnidades porque sean nuestros dioses, sino porque el Dios de éstos es el nuestro. Es cierto que honramos su memoria como de hombres santos, amigos de Dios, que combatieron por la verdad hasta aventurar y perder la vida de sus cuerpos para que se manifestase la verdadera religión, convenciendo y confundiendo las falsas y fingidas religiones, lo cual si algunos lo sentían antes, de miedo lo disimulaban y reprimían. ¿Quién de los fieles oyó jamás que estando el sacerdote en el altar, aunque fuese hecho el sacrificio sobre algún cuerpo santo de cualquiera mártir a honra y reverencia de Dios, dijese en sus oraciones: Pedro, o Pablo, o Cipriano, yo te ofrezco este sacrificio? Pues es manifiesto a todos que se ofrece en sus capillas u oratorios a Dios, que los hizo hombres y mártires, y los honró y juntó con sus santos ángeles en el Cielo; para que con aquella ofrenda demos gracias a Dios por las victorias de estos ínclitos soldados de Jesucristo, y para que a imitación de semejantes coronas y palmas, renovando su memoria y suplicando al mismo Señor que nos favorezca, nos animemos. Todas las obras piadosas que practican los hombres devotos en los lugares de los mártires son beneficios que ilustran sus memorias, no sacrificios que se hacen a muertos como a dioses; y todos los que allí llevan sus comidas [61] (aunque esto no lo hacen los mejores cristianos; y en las más partes no hay tal costumbre), con todo, los que lo ejecutan, en poniéndolas allí oran y

las quitan, o para comerlas, o para distribuirlas entre los pobres y necesitados, pues sólo pretenden sacrificar y bendecir en aquel santo lugar su comida por los méritos de los mártires, en nombre del Señor verdadero de éstos. Y que esta práctica no sea ofrecer sacrificio a los mártires lo sabe y comprende el que conoce el único y solo sacrificio, que allí se ofrece: el sacrificio de los cristianos. Así que nosotros no reverenciamos a nuestros mártires ni con honras divinas, ni con culpas humanas, como ellos adoran a sus dioses; ni les ofrecemos sacrificios, ni sus crímenes y afrentas las convertimos en un acto de religión suyo. De Isis, mujer de Osiris, diosa de Egipto, y de sus respectivos padres (quienes escriben que todos fueron reyes, y que sacrificando Isis un día en honor de sus padres descubrió la planta de la cebada, manifestando las espigas al rey su esposo y a su consejero Mercurio, por lo cual quiere que sea la misma que Ceres), cuántos y cuán grandes crímenes y maldades se halan escritas, no en los poetas sino en sus escrituras místicas, como lo que escribe Alejandro Magno a su madre Olimpias, conforme al secreto que le descubrió y comunicó un sacerdote llamado León; léanlo, pues, los que quieran o pudieren, y recorran su memoria los que lo hayan leído y adviertan a qué especie de hombres muertos, o por qué hazañas practicadas por ellos les instituyeron como a dioses culto, religión y sacrificios. Y no presuman con ningún pretexto comparar a estos tales, aunque los reputen por dioses, con nuestros santos mártires, no obstante de que no los tengamos por dioses; porque de este modo no instituimos sacerdotes, ni ofrecemos sacrificios a nuestros mártires, pues esta liturgia es improporcionada, indebida, ilícita y solamente debida a un solo Dios; de forma que no los entretendremos ni con sus culpas, ni con sus juegos torpes y abominables, en los cuales celebran éstos, o las abominaciones de sus dioses, si es que en vida, cuando eran hombres, cometieron semejantes crímenes, o las fingidas diversiones y deleites de los malos demonios, si es que no fueron hombres. De esta especie de demonios no tuviera Sócrates un dios, si realmente tuviera un dios, sino que acaso estando ajeno e inocente del arte de

formar dioses, le acumularon semejante dios los que quisieron ser reputados por excelentes y singulares en el arte. ¿Y para qué me dilato más puesto que no hay alguno medianamente juicioso que dude no deben ser adorados estos espíritus por la esperanza de conseguir la vida bienaventurada que ha de suceder después de la actual y mortal? Pero seguramente dirán que aunque es cierto que todos los dioses son buenos, sin embargo, los demonios unos son buenos y otros malos, y les parecerá que deben adorarse aquellos por quienes hemos de alcanzar la vida feliz y eterna, quienes creen que son buenos; y en cuánto sea cierta o falsa esta opinión lo demostraremos en el siguiente libro.

[61] Esta costumbre se practicó en los primeros siglos, sobre todo en Africa. El mismo San Agustín, Conf., lib. 6, refiere de su madre que llevó a los oratorios de los mártires en Milán, pan y otros comestibles. San Ambrosio prohibió esta práctica que se prestaba a muchos abusos.

LIBRO NOVENO

CRISTO IMPETRADOR DE LA VIDA ETERNA

Capítulo I

A QUÉ TÉRMINO HA LLEGADO EL DISCURSO DE QUE SE TRATA Y LO QUE RESTA AVERIGUAR DE ÉL.

1 Algunos escritores han opinado que hay dioses buenos y también malos; pero otros, sintiendo con más benignidad de los dioses, los honraron y elogiaron tanto, que no se atrevieron a creer que hubiese dios alguno que fuese malo; y los que sentaron como cierto que los dioses, unos son buenos y otros son malos, llamaron asimismo dioses a los demonios, y aunque fuesen dioses, sin embargo, muy pocas veces los designaron con el dictado de demonios; de tal suerte, que confiesan que al mismo Júpiter, que quieren sea el rey y príncipe de los demás, le llamó Homero demonio; mas los que afirman que todos los dioses no son sino buenos, y mucho más excelentes y mejores que los hombres que se reputan por buenos, con razón se conmueven y escandalizan de las obras que practican los demonios, las cuales no pueden negar; y entendiendo que de ningún modo pueden hacerlas los dioses, de quienes opinan que todos son buenos, se ven precisados a distinguir y hacer diferencia entre los dioses y los demonios, de tal suerte, que todo cuanto les desagrada con justa causa en sus obras o en sus malos afectos, con que los ocultos espíritus manifiestan su índole natural, creen que es propio y característico de los demonios y no de los dioses.

No obstante, porque también presumen que estos mismos demonios están colocados en el lugar medio entre los hombres y los dioses para el efecto de que, como ningún dios se mezcla y comunica con el hombre, lleven de acá sus votos y peticiones y traigan de allá lo que hubieren alcanzado; y esto mismo sienten los platónicos, que son los más insignes y famosos entre los filósofos, con quienes como los más excelentes me pareció conducente indagar y examinar esta

cuestión, de si el culto tributado a muchos dioses sirve para conseguir la vida feliz y bienaventurada que esperamos después de la muerte; por lo mismo en el libro anterior examinamos cómo los mismos demonios que se complacen en ciertos objetos de los que huyen y abominan los hombres cuerdos y virtuosos, esto es, de las acciones sacrílegas, abominables y detestables, de las ficciones que inventaron los poetas, no de cualquier hombre, sino de los mismos dioses, de la violencia perversa y digna de un severo castigo, de las artes mágicas; examinemos, digo, cómo los demonios, como más allegados amigos puedan conciliar los hombres buenos, con los dioses buenos, y hallamos y averiguamos que no pueden practicarlo de modo alguno.

Y así este libro, según lo prometimos al fin del pasado, tratará sobre la diferencia que hay, si quieren que haya alguna, no entre los dioses, porque de todos ellos dicen que son buenos, ni de la distinción que hay entre los dioses y los demonios, de quienes separan a los dioses y los diferencian de los hombres, colocando a los demonios entre los dioses y los hombres, sino de la diferencia que hay entre los mismos demonios, que es el asunto perteneciente a la presente cuestión.

Capítulo II

SI ENTRE LOS DEMONIOS, A LOS QUE LOS DIOSES SON SUPERIORES, HAY ALGUNOS BUENOS, CON CUYO FAVOR PUEDA EL ALMA DEL HOMBRE LLEGAR A OBTENER LA VERDADERA FELICIDAD.

2 Por cuanto entre la mayor parte de los filósofos gentiles suele decirse comúnmente que los demonios, unos son buenos y otros malos; cuya opinión ya sea también de los filósofos platónicos, ya sea de cualquier otros, no es razón que la adoptemos sin examinarla escrupulosamente, porque no crea alguno que debe imitar a los demonios con espíritus buenos, y mientras por su mediación desea y procura alcanzar la amistad de los dioses, de todos los cuales cree que son buenos para poder vivir con ellos después de su muerte,

implicado y alucinado con los artificiosos engaños de los espíritus malignos, no vaya errado y descaminado del todo del verdadero Dios, con quien solamente, en quien y de quien consigue únicamente la bienaventuranza el alma humana, esto es, la racional e intelectual.

Capítulo III

LO QUE ATRIBUYE APULEYO A LOS DEMONIOS, A QUIENES SIN QUITARLES LA RAZÓN, NO LES CONCEDE VIRTUD ALGUNA.

3 ¿Cuál es, pues, la diferencia que se supone entre los demonios buenos y los malos, supuesto que tratando generalmente de ellos el platónico Apuleyo, y diciendo tantas particularidades de sus cuerpos aéreos, no expresó cosa alguna de las virtudes del alma, de las cuales debieran tener si fueran buenos? Así que omitió la causa por la cual podían ser eternamente felices, mas no pudo callar el indicio por el que consta de su miseria; confesando que la parte principal, que ellos llaman entendimiento con que dio que eran racionales, por lo menos la que no estaba prevenida y abroquelada con la virtud, no escapaba de las pasiones desordenadas del alma, sino que también ella, como suelen los ánimos estúpidos, padece de algún modo tempestuosas borrascas y perturbaciones, sobre lo cual se explica así: "del número de estos demonios son casi _ dice _ todos los dioses que acostumbran los poetas, no muy distantes de la verdad, fingir que tienen odio o amor a algunos hombres, concediendo prosperidades, elevando a unos y humillando a otros; así que se compadecen, se irritan, se afligen y alegran, y padecen, todo cuanto el ánimo de un hombre sufre, corriendo su tormenta con la misma tribulación y agitación de ánimo por las temibles ondas de pensamientos dudosos; todas las cuales turbaciones y borrascas son muy ajenas de la tranquilidad de los dioses celestiales".

¿Acaso en estas expresiones hay alguna duda en que diga que se turban como mar proceloso con las bravas borrascas de sus pasiones, no ciertas partes inferiores del alma, sino el mismo espíritu de los

demonios, con que efectivamente son animales racionales? De modo que ni merecen que los comparen con los hombres sabios y cuerdos que a semejantes turbaciones del ánimo (de las que no se libra la flaqueza humana, aun cuando las padecen por la suerte y condición de esta vida mortal) las suelen resistir sin inquietud alguna de su espíritu, sin dejarse arrastrar de ellas para consentir o ejecutar una sola acción que desdiga del camino recto de la sabiduría y ley de la justicia, sino que los demonios, siendo semejantes y parecidos a los hombres necios e injustos, no en los cuerpos, sino en las condiciones, por no decir peores, por ser más antiguos en tiempo, incurables e insanables por la debida pena, corren también la tormenta y borrasca del mismo espíritu, como lo dice este mismo filósofo, sin tener en parte alguna de su ánimo consistencia ni firmeza en la verdad y en la virtud, con que se suelen contrarrestar las turbaciones y aflicciones del alma.

Capítulo IV

LO QUE SIENTEN LOS PERIPATÉTICOS Y LOS ESTOICOS SOBRE LAS PERTURBACIONES QUE SUCEDEN EN EL ALMA.

4 Dos opiniones hay de los filósofos sobre los movimientos del alma que los griegos llaman pathí, y algunos de los latinos como Cicerón [1], perturbaciones; otros, aflicciones o afectos [2], y otros, más expresamente, deduciendo el sentido literal de la voz griega, los llaman pasiones. Estas perturbaciones, afecciones o pasiones, dicen algunos filósofos que las acostumbra padecer también el sabio, pero moderadas y sujetas a la razón, de modo que el imperio del alma las refrena y reduce a una moderación conveniente. Los que sienten así son los platónicos o aristotélicos, porque Aristóteles fué discípulo de Platón y fundó la secta peripatética; pero otros, como son los estoicos, opinan que de ningún modo padece semejantes pasiones el sabio, aunque de éstos, es decir, los estoicos, prueba Cicerón en los libros de finibus bonorum et malorum, que están encontrados con los

platónicos y peripatéticos más en las palabras que en la sustancia, porque los estoicos no quieren llamar bienes, sino comodidades a los bienes del cuerpo y a los exteriores, porque no quieren que haya otro bien en el hombre sino la virtud, como que ésta es el arte y norma del bien vivir, la cual no se halla sino en el alma, a cuyos bienes llaman los platónicos llanamente y según el común modo de hablar, bienes, aunque en comparación de la virtud con que se vive bien y ajustadamente, son bien pequeños y escasos; de donde se sigue que como quiera que los unos y los otros los llamen bienes o comodidades, con todo, los estiman en igual grado, y en esta cuestión los estoicos no ponen cosa particular, sino que se agradan en la novedad de las palabras; así que soy de parecer que en la actual controversia sobre si el sabio suele tener pasiones o perturbaciones del alma, o si está del todo libre de ellas, es cuestión de palabras, pues presumo que estos filósofos en este punto sienten lo mismo que los platónicos y los peripatéticos, en cuanto a la fuerza y naturaleza del asunto controvertido, no en cuanto al sonido de las palabras; porque omitiendo otras particularidades con que pudiera demostrarlo, por no ser prolijo expondré solamente una, que será evidentísima. En los libros intitulados de las Noches Aticas, escribe Aulo Gelio, hombre muy instruido y elocuente, que se embarcó en cierta ocasión en compañía de un famoso filósofo estoico. Este sabio, como lo refiere más larga y difusamente el mismo Aulo Gelio [3], lo cual tocaré bien de paso, viendo la nave combatida de una terrible tempestad y con peligro de sumergirse, conmovido de la fuerza del temor, se demudó totalmente y perdió su color natural. Los que presenciaron tan fatal desgracia notaron la repentina mudanza, y aunque advertían que les amenazaba la muerte, estuvieron curiosamente atentos, observando si el filósofo se turbaba en el ánimo; después, sosegada y pasada la borrasca, así como la seguridad y bonanza, dio lugar para hablar y también para divertirse, uno de los que iban en la nave, que era hombre rico, natural de la provincia de Asia, y vivía con mucho regalo y ostentación, preguntó, bromeándose con el filósofo, por qué

había temido y demudado el color, habiendo él permanecido sin recelo alguno en el pasado inminente riesgo. Pero el estoico le respondió lo que Aristipo Socrático, quien oyendo en ocasión semejante las mismas palabras de otro hombre, le dijo con justo motivo no se había turbado por la pérdida de la vida de un hombre tan perdido y disoluto como él, mas que fué muy puesto en razón que temiese por la vida de Aristipo, habiendo así cortado y tapado la boca con tal respuesta a aquel hombre poderoso. Preguntó después Aulo Gelio al filósofo sobre su anterior terror, no con intención de sonrojarle, sino por saber cuál había sido la causa de su miedo, quien por enseñar y satisfacer completamente a uno que deseaba con vivas ansias saber, sacó luego de un fardito suyo un libro del estoico Epicteto, donde se contenían doctrinas conformes a los decretos y opiniones de Zenón y de Crisipo, los cuales sabemos fueron los príncipes y corifeos de los estoicos. En este libro, dice Aulo Gelio, que leyó que había sido opinión de los estoicos que las visiones del alma, que llaman fantasías y no dependen de nuestra potestad y albedrío, acontecen y dejan de acontecer al alma cuando proceden de representaciones horribles y temibles, y así es necesario que conmuevan y agiten aun el ánimo de un sabio o se intimide con la melancolía, en atención a que estas pasiones previenen y se anticipan al ejercicio del juicio y de la razón; pero que no por eso causaban en el alma la opinión del mal, ni se aprobaban o consentían; porque quieren que esto esté en nuestra mano, y entienden hay diferencia entre el ánimo del sabio y el del necio, que el ánimo del ignorante se rinde a las pasiones, acomodándoles el consentimiento de la voluntad, pero el del sabio, aunque las padezca necesariamente, con todo, conserva y guarda en su íntegra y firme voluntad el verdadero y sólido consentimiento sobre lo que con justa causa debe o no apetecer. Este raciocinio le he expuesto como he podido, aunque no con tanta extensión, como Aulo Gelio, pero a lo menos más conciso, y a lo que presumo, más claro, lo cual refiere este escritor haberlo

leído en el libro de Epicteto con cuanto dijo y sintió siguiendo la doctrina de los estoicos..

Y si esto es cierto, no hay diferencia, o muy poca, entre la opinión de los estoicos y la de los otros filósofos sobre las pasiones y perturbaciones del alma, pues unos y otros defienden y eximen al ánimo del sabio de su dominio, y por eso mismo dicen acaso los estoicos que no las padece el sabio, porque no entorpecen con error alguno o manchan su sabiduría, con que efectivamente es sabio. Sin embargo, suceden en el ánimo del sabio, salva la tranquilidad de la sabiduría, por aquello que denominan comodidades o incomodidades, aunque no los quieren llamar bienes o males; porque si realmente aquel filósofo no estimara aquellos objetos que veía que había de perder en el naufragio, como es esta vida y la salud del cuerpo, no temiera tanto aquel peligro que le publicara tan bien con demudarse y perder su color; con todo, podía padecer aquella extraña conmoción, y tener con esto fija en su ánimo la opinión de que aquella vida y salud del cuerpo, con cuya pérdida le amenazaba aquella cruel tormenta, no eran bienes que a los que los poseían hacían buenos, como lo hace la justicia, y lo que dicen de aquéllos que no se deben llamar bienes, sino comodidades; se debe atribuir al debate y contienda que hay sobre las palabras, y no al examen y averiguación de la sustancia.

Porque ¿qué importa altercar sobre si se llaman mejor bienes o comodidades, con tal que por miedo de no perderlas, no menos el estoico que el peripatético se estremezca y se demude no llamándolos de un mismo modo, sino estimándolos en un mismo grado? Unos y otros, en efecto, si con riesgo de estos bienes o comodidades los obligasen a que cometan algún pecado o acción torpe, de suerte que de otra conformidad no los puedan conservar, dicen que más quieren perder todo aquello con que se conserva la vida y salud corporal, que hacer una acción con que se profane y ofenda la justicia. De esta manera el ánimo, estando fijo en este propósito, no deja prevalecer en

sí contra razón ninguna perturbación, aunque sucedan averías en las partes inferiores del alma, antes él es señor absoluto de ellas, y, no consintiéndolas, antes resistiéndolas, hace que reine en él la virtud. Tal como éste pinta también Virgilio [4] a Eneas donde dice: Mens inmota manet, lacrymae volvuntur inanes: el ánimo está inmóvil, corren en vano las lágrimas.

[1] De fin., 3, 20; Tusc., 3, 4, 5 y 6.

[2] Quintil, 6, 2, 20.

[3] 19, 1.

[4] Eneida, 4, 449.

Capítulo V

QUE LAS PASIONES QUE PADECEN LOS ÁNIMOS CRISTIANOS NO INCLINAN NI ATRAEN AL VICIO, SINO QUE PRUEBAN LA VIRTUD.

5 No hay necesidad por ahora de que demostremos copiosa y particularmente qué es lo que acerca de las pasiones nos enseña la Sagrada Escritura, que es donde se contiene y encierra la erudición cristiana; porque aquella misma alma la sujeta a Dios para que la dirija y favorezca, y las pasiones al alma para que las modere y refrene, de modo que se conviertan en aprovechamiento de la justicia. En efecto; en la escuela cristiana, no tanto se pregunta si un ánimo piadoso y temeroso de Dios se irrita, sino por qué se enoja: ni si se entristece, sino por qué se melancoliza; ni se teme, sino qué es lo que teme; porque ni el enojarse con quien peca para que se enmiende, ni el entristecerse por un afligido deseando que se libre, ni el temor por el que está en peligro porque no se pierda, no sé yo si hay alguno que, considerándolo bien, lo reprenda.

Porque también es opinión particular de los estoicos que la misericordia es reprensible, pero ¿cuánto más razonable fuera que se turbara el otro estoico de compasión y misericordia por librar un hombre, que no que mudase el color por temor del naufragio? Mucho

mejor, con más humanidad, y conforme al sentir de los piadosos y temerosos de Dios, habló Cicerón [5] en elogio de César, cuando dijo: "entre todas tus virtudes ¡oh César! ninguna hay ni más admirable ni más agradable que la misericordia". ¿Y qué es la misericordia sino una compasión de nuestro corazón de la ajena miseria, que nos obliga e impele si podemos a ayudarla? Y este movimiento va sujeto y sirve a la razón cuando se usa de misericordia, de modo que se conserve la justicia, ya sea cuando se usa con el necesitado, o cuando se perdona al arrepentido. A ésta, Cicerón, que habló excelente y elocuentemente, no dudó llamarla virtud, a la cual los estoicos no se ruborizan de colocarla entre los vicios, los cuales, sin embargo (como lo hemos visto por el libro de Epicteto, famoso estoico), según la doctrina de Zenón y Crisipo, que fueron los principales jefes de esta secta, admiten semejantes pasiones en el ánimo del sabio, quien, no obstante, quieren que esté exento de todos los vicios. De donde se infiere que no reputan por vicios las pasiones cuando recaen en el sabio, con tal que no prevalezcan contra la virtud y esencia del alma, viniendo a ser una misma la sentencia de los peripatéticos, y aun también la de los platónicos y la de los estoicos, a no ser que, como dice Tulio [6], ya es costumbre antigua el debatir los griegos sobre el nombre y modo de decir, siendo más aficionados a altercar que a saber la verdad.

Pero todavía puede preguntarse con razón si es propio de la flaqueza e inconstancia de la vida presente el padecer semejantes afectos, aun en toda especie de ejercicios virtuosos. Porque los santos ángeles, aunque sin airarse, castiguen a los que castiga la ley eterna de Dios, y aunque socorran a los miserables sin compadecerse de su miseria, y favorezcan, sin padecer temor, a los enemigos que ven en peligro, sin embargo, les acomodamos los nombres de las pasiones en el uso común del lenguaje humano, por una cierta semejanza que tienen en las obras, mas no por flaqueza alguna de los afectos; así como el mismo Dios, según la divina Escritura, se enoja y, con todo, no se turba con ninguna pasión, en atención a que se aprovechó de

esta palabra y la usó el efecto de la venganza, y no porque en él residiese afecto alguno de turbación.

[5] Ligorio, 12.

[6] De Orat., 1, 11.

Capítulo VI

De qué especie son las pasiones que confiesa Apuleyo padecen los demonios, quienes dice favorecen a los hombres delante de los dioses.

6 Pero omitiendo por ahora la cuestión de los santos ángeles, veamos cómo dicen los platónicos que los demonios, colocados en el lugar medio entre los dioses y los hombres, padecen las terribles borrascas de las pasiones. Porque si no sufrieran semejantes movimientos teniendo el ánimo libre, superior y señor de sí mismos, no dijera Apuleyo [7] que corren su tormenta con la misma turbación y agitación de ánimo por las procelosas ondas de pensamientos. El espíritu de éstos, es decir, la parte superior del alma con que son racionales, y donde la virtud y la sabiduría, si existiese alguna en ellos, había de tener el mando y señorío para moderar y regir las turbulentas pasiones de las partes inferiores del alma, el espíritu de éstos, digo, como lo confiesa este platónico, padece una cruel tormenta de perturbaciones; luego el espíritu de los demonios está sujeto a las pasiones de los apetitos, a temores, enojos y todos los otros afectos; ¿qué parte, pues, les queda libre y que sea señora de la sabiduría, con que puedan agradar a los dioses, y a semejanza de los dioses buenos, mirar por los hombres, cuando su espíritu, estando sujeto y oprimido de las imperfecciones y vicios de las pasiones, todo lo que naturalmente tiene de discurso y entendimiento, con tanta más eficacia lo aviva para alucinar y engañar cuanto más poseído está del apetito y pasión de hacer mal?

[7] De Deo Socr., p. 15, 18.

Capítulo VII

QUE LOS PLATÓNICOS DICEN QUE LOS POETAS HAN INFAMADO A LOS DIOSES CON SUS FICCIONES, HACIÉNDOLOS COMBATIR ENTRE SÍ, SIGUIENDO CONTRARIAS OPINIONES, SIENDO ESTE OFICIO PROPIO DE LOS DEMONIOS Y NO DE LOS DIOSES.

7 Si alguno dijere que los dioses fingidos por los poetas, aunque no muy distantes de la verdad, que tienen odio o amor a algunos hombres, no son absolutamente del número de todos los demonios si no de los malos, de quienes dijo Apuleyo que corrían tormenta con las borrascas de su ánimo por las procelosas ondas de sus pensamientos, ¿cómo podremos comprender este enigma; pues cuando lo decía no describía la medianía de algunos en particular, esto es, la de los malos, sino generalmente la de todos los demonios entre los dioses y los hombres, por razón de sus cuerpos aéreos? Esto, dice [8], es lo que suponen los poetas al formar dioses de tales demonios, ponerles nombres de dioses, y de éstos distribuir entre los hombres que ellos estiman los amigos y enemigos, con la desenfrenada licencia de su fingido verso, confesando por otra parte que los dioses están muy lejos de las condiciones de los demonios, así por razón del lugar celestial que ocupan como por la riqueza y abundancia de la bienaventuranza que poseen.

Esta es, pues, la ficción de los poetas, llamar dioses a los que no son dioses, y obligarles a reñir entre sí, bajo el nombre de dioses, por amor de los hombres que ellos, según la parcialidad que han adoptado, aman o aborrecen; y dice que no dista mucho de la verdad esta ficción, porque llamando dioses a los que no lo son, sin embargo, los pintan tan demonios como son en sí mismos. Por último dice [9], que de éstos fué aquella Minerva de Homero, "que en medio de las discordias de los griegos, acudió a reprimir y aplacar a Aquiles".

Así que, el ser aquella Minerva, quiere que sea ficción poética; porque, en efecto, tiene por diosa a Minerva, y la coloca muy lejos del trato y comunicación de los mortales en el elevado éter, asiento

principal entre los dioses, de quienes cree que son buenos y bienaventurados; y ser algún demonio que favorecía a los griegos en contra de los troyanos (como señaló otro que ayudaba a los troyanos en contra de los griegos, a quien distingue el mismo poeta con el nombre de Venus o de Marte, a cuyos dioses pone en lugares y moradas celestiales, sin que se ocupen en semejantes encargos) y el combatir estos demonios entre sí en favor de los que estiman, y en contra de los que aborrecían, esto confesó que dijeron los poetas, sin separarse mucho de la verdad. Pues éstos así lo refirieron por aquellos de quienes confiesa que corren su tormenta como los hombres, con la misma turbación y agitación de ánimo por las procelosas ondas de pensamientos para poder ejercer en favor de unos y contra otros el amor y el odio, no según razón y justicia, sino como acostumbraba el pueblo, semejante a ellos, en favorecer a los cazadores y aurigas en los juegos circenses, inclinándose a la parte a que estaba más apasionado [10]; y esto parece fué lo que pretendió el filósofo Platónico, que no se creyese cuando lo dijesen los poetas que lo hacían los mismos dioses, cuyos nombres ellos fingen y ponen, sino los demonios intermedios.

[8] Apuleyo, ib., p. 15, 13.

[9] Ib., ib., p. 15, 2.

[10] Véanse Enar in psal., 39, 8 y 9; in psal., 53, n. 10.

Capítulo VIII

CÓMO DEFINE EL PLATÓNICO APULEYO LOS DIOSES CELESTIALES, LOS DEMONIOS AÉREOS Y LOS HOMBRES TERRENOS.

8 ¿Y qué significa la definición de éste acerca de los demonios? Hay acaso tan poco que advertir en ella, donde tan determinadamente comprendió sin duda, a todos, cuando dijo que los demonios en el género eran animales; en el ánimo, pasivos; en el entendimiento, racionales; en el cuerpo, aéreos; en el tiempo, eternos, en las cuales cinco cualidades no dijo alguna que al parecer tengan los demonios

común, a lo menos con los hombres virtuosos, que no halle también en los malos.

Porque comprendiendo a los mismos hombres en una larga descripción, hablando de ellos en su respectivo lugar como de los más ínfimos y terrenos, después de haber tratado primeramente de los dioses celestiales en habiendo encomendado las dos partes, de lo supremo y de lo ínfimo, pasa a hablar de lo último. En el tercer lugar, de los demonios medios, dice lo siguiente: así que los hombres que habitan en la tierra tienen uso de razón y hablan, tienen almas inmortales los miembros mortales, los pensamientos livianos y congojosos los cuerpos brutos y sujetos, las condiciones desemejantes y semejantes los errores, el atrevimiento obstinado, la esperanza pertinaz, el trabajo inútil, la fortuna caduca, siendo en especial mortales, pero todos generalmente perpetuos, mudables sucesivamente en la propagación, gozando de tiempo veloz, de tarda sabiduría, temprana muerte y afligida vida. Aquí donde refiere tantos particulares pertenecientes a la mayor parte de los hombres, ¿acaso pasó en silencio aquella cualidad que sabía concernía a muy pocos, que es la tarda sabiduría? Lo cual, si lo omitiera, no podría definir bien y rectamente al hombre con tan prolija descripción, y cuando elogia la excelencia de los dioses, dice que la misma bienaventuranza, a donde pretenden los hombres arribar por medio de la sabiduría, era lo que en ellos aparecía más excelente.

Por cual, si quisiera que se entendiera que había algunos demonios buenos, pusiera también en su descripción alguna circunstancia por donde se comprendiera que tenía con los dioses alguna parte de bienaventuranza, o con los hombres cualquiera especie de sabiduría. Pero aquí no refiere cosa alguna buena suya con que los buenos se diferencien de los malos, aunque anduvo escaso en declarar más libremente la malicia de ellos, no tanto por no ofenderlos como por no disgustar a sus adoradores, con quienes hablaba. Sin embargo, dio a entender a los cuerdos y prudentes lo que debían sentir de ellos,

supuesto que a los dioses, a todos los cuales quiso que los tuviesen por virtuosos y bienaventurados, los eximió del todo de sus pasiones, juntándolos con ellos en sola la eternidad de los cuerpos, repitiendo una y muchas veces claramente que los demonios en el ánimo son semejantes, no a los dioses, sino a los hombres, y esto no en lo bueno de la sabiduría, de que también pueden participar los hombres, sino en la perturbación de las pasiones, la cual domina en los ignorantes y malos, pero los sabios y virtuosos la tratan de modo que quisieran más no tenerla que vencerla.

Porque si quisiera que se entendiera que los demonios tenían con los dioses la eternidad, no de los cuerpos, sino de los ánimos, sin duda que no distinguiera y apartar a los hombres de la participación de semejante cualidad; pues sin duda, como Platónico defiende que los hombres tienen igualmente los ánimos eternos, y por eso, describiendo este género de animales, dijo que los hombres tenían las almas inmortales y los miembros mortales. Y así, si por esta razón no tienen los hombres común con los dioses la eternidad, por cuanto en el cuerpo son mortales, luego por la misma la tienen los demonios, porque en el cuerpo son inmortales.

Capítulo IX

SI POR INTERCESIÓN DE LOS DEMONIOS PUEDE GRANJEARSE EL HOMBRE LA AMISTAD DE LOS DIOSES CELESTIALES.

9 ¿Qué tales, pues, serán los medianeros entre los hombres y los dioses, por cuyo medio han de pretender los hombres la amistad y gracia de los dioses, supuesto que con los hombres tienen lo peor, que es en el animal la más estimable, esto es, el alma, y con los dioses tienen lo mejor, que es en el animal lo más despreciable, que es el cuerpo? Pues constando todo animal de alma y cuerpo, de las cuales dos cualidades sin duda el alma es más noble que el cuerpo, y aunque defectuosa y enferma, con todo, es mucho mejor a lo menos que el cuerpo, por muy sano y firme que esté, porque su naturaleza es

más excelente; y por las imperfecciones de los vicios no se pospone al cuerpo, así como al oro, aunque esté mohoso, se estima en más que la plata y el plomo, no obstante que estén purísimos estos metales; estos medianeros de los dioses y de los hombres, por cuya interposición se junta y comunica lo divino y lo humano, con los dioses participan de un cuerpo eterno, y con los hombres de un ánimo vicioso, como si la religión con que quieren los hombres unirse con los dioses por medio de los demonios, estuviera colocada en el cuerpo y no el alma.

¿Y qué pecado diremos, o que culpa colgó a estos medianeros falsos y engañosos, como cabeza abajo, de modo que tengan la parte inferior del animal, esto es, el cuerpo con los superiores y la superior, esto es, el alma, con los inferiores, y que en parte sujeta, y que sirve que estén unidos con los dioses celestiales y que con los hombres terrenos sean miserables en la parte que tiene el mando? Porque el cuerpo es esclavo, como lo dice también Salustio [11], "que nos servimos y aprovechamos del imperio del alma, y comúnmente del servicio del cuerpo". Y añadió el filósofo: "lo uno tenemos común con los dioses, y lo otro con los brutos", pues hablaba de los hombres, que, como las bestias, tienen cuerpo mortal.

Pero estos que los filósofos nos proveyeron por medianeros entre nosotros y los dioses, es verdad que pueden decir del alma y del cuerpo: el uno le tenemos común con los dioses, y el otro con los hombres; pero, según dije, como trastornados y suspendidos de un modo irregular, teniendo el cuerpo, que es siervo y esclavo con los dioses, bienaventurados; y el alma, que es la señora, con los hombres, miserable, elevados y encumbrados por la parte inferior, y abatidos y postrados por la superior. Y así, aunque alguno imagine que pueden tener la eternidad con los dioses, por cuanto sus almas con ninguna especie de muerte pueden dividirse del cuerpo como la de los animales terrestres, tampoco debe estimarse en esta conformidad su

cuerpo como una eterna carroza de famosos y honrados héroes, sino como una eterna prisión y calabozo de cautivos y condenados.

[11] Cat., 1.

Capítulo X

QUE SEGÚN LA SENTENCIA DE PLOTINO, SON MENOS MISERABLES LOS HOMBRES EN LOS CUERPOS MORTALES QUE LOS DEMONIOS EN LOS ETERNOS.

10 Plotino, escritor cercano a nuestros tiempos, es el que se lleva ciertamente la gloria y fama de haber entendido mejor que los demás a Platón; éste, tratando de las almas de los hombres, dice así [12]: "El padre misericordioso les puso unas prisiones y ataduras mortales"; por lo que es de dictamen que esto mismo que es ser los hombres mortales en el cuerpo era misericordia de Dios padre, porque no estuvieran presos en la miseria de esta vida.

De esta misericordia ha parecido indigna la malicia de los demonios, pues en la miseria del ánimo pasivo les cupo no cuerpo mortal como a los hombres, sino eterno; porque, efectivamente, serían más felices que los hombres su tuvieran con ellos el cuerpo mortal, y con los dioses el alma bienaventurada; y fueran iguales con los hombres, si con ánimo miserable por lo menos merecieran también tener con ellos el cuerpo mortal, si adquirieran algún tanto de piedad, de modo que llegaran a conseguir el descanso de los trabajos siquiera en la muerte. Pero no solamente son más felices que los hombres teniendo un ánimo miserable, sino que son aún más miserables con la perpetua prisión del cuerpo; y no quiso que imaginasen venían a convertirse de demonios en dioses, aprovechando en la práctica de obras piadosas y prudentes, supuesto que dijo expresamente que los demonios eran eternos.

[12] Eneida 4, 3, 12.

Capítulo XI

DE LA OPINIÓN DE LOS PLATÓNICOS, QUE CREEN QUE LAS ALMAS DE LOS HOMBRES SON DEMONIOS DESPUÉS DE SALIR DE LOS CUERPOS.

11 Dice [13] que las almas de los hombres son demonios, y que de hombres se hacen lares, si son de buen mérito, y si de malos lemures o larvas, y que cuando se ignora si tienen buenos o malos méritos, entonces se denominan dioses Manes. Y con tal opinión, ¿quién no advierte, por poco que quiera atenderlo, el abismo que descubren para perseverar en las perversas costumbres? Pues por más perversos y abandonados que sean los hombres, creyendo que han de ser o larvas o dioses Manes, vienen a ser tanto peores cuanto más inclinados y deseosos están de causar males; de modo que entienden que aun después de muertos los han de convidar con ciertos sacrificios, como su fuesen honores divinos a que hagan daños, por que las larvas _ dice _ que son malos y perjudiciales demonios que se forman de los hombres; pero esta es otra cuestión, y por eso dice que en griego los bienaventurados son llamados Eudémones, por cuanto son buenas almas, esto es, buenos demonios, confirmando también que las almas de los hombres son demonios.

[13] Apuleyo, ib., p. 18, 11.

Capítulo XII

DE LAS TRES COSAS CONTRARIAS CON QUE SEGÚN LOS PLATÓNICOS SE DISTINGUE LA NATURALEZA DE LOS DEMONIOS Y LA DE LOS HOMBRES.

12 Pero ahora hablamos de aquellos que descubrió según su propia naturaleza, colocándolos entre los dioses y los hombres, en el género animales, en el entendimiento racionales, en el ánimo pasivos, en el cuerpo aéreos, en el tiempo eternos. En efecto; habiendo puesto primeramente a los dioses en el alto cielo, y a los hombres en la tierra, distintos entre sí, así en los lugares como en la dignidad y perfección de su naturaleza, concluye de este modo [14]: "Tenéis dos

especies de animales, los dioses, que son muy diferentes de los hombres en la elevación del lugar, en la perpetuidad de la vida, en la perfección de la naturaleza, sin que haya entre ellos ninguna comunicación próxima; así por ser prolongada en el espacio y distancia que divide las moradas altas de las ínfimas como porque en el cielo la vida es eterna e indeficiente, y en la tierra caduca y perecedera, y porque aquellas naturalezas están en la cumbre de la bienaventuranza, y éstas están en lo más despreciable de la miseria".

Aquí advierto relacionadas tres cosas contrarias acerca de las dos partes extremas de la naturaleza de los animales, esto es, de la suma y de la ínfima; pues las insinuadas tres circunstancias loables y buenas que propuso acerca de los dioses, las vuelve a repetir, aunque con diferentes términos, de manera que coteja las de los hombres con otras tres contrarias. Las tres de los dioses son éstas: la altura del lugar, la perpetuidad de la vida y la perfección de la naturaleza. Estas las volvió a repetir con diferentes palabras, oponiéndolas otras tres contrarias a la condición humana: "porque es tan grande _ dice _ el espacio y distancia que divide las moradas sumas de las ínfimas, pues había dicho la altura del lugar y la vivacidad que añade allí es eterna e indeficiente y acá caduca y perecedera", ya que había dicho la perpetuidad de la vida, y dice, "que aquellas naturalezas están en la cumbre de la bienaventuranza, y éstas en lo más ínfimo de la miseria", pues había dicho la perfección de la naturaleza. Tres cosas afirmó sobre los dioses que son la sublimidad del lugar, la eternidad, la bienaventuranza; y de los hombres otras tres contrarias a éstas, que son el lugar ínfimo, la mortalidad y la miseria.

Entre estas tres particularidades de los dioses y de los hombres, porque en medio colocó a los demonios, no hay controversia sobre el lugar, pues entre lo más alto y lo más bajo, muy bien viene y se dice el lugar medio. Restan las otras dos, que será razón examinemos con alguna mayor diligencia, indagando si es cierto, que o no les convienen a los demonios, o que se les deben acomodar y distribuir

como parece que lo pide la medianía, y es innegable que no pueden dejar de convenir a los demonios.

Porque aunque decimos que el lugar medio no es el sumo ni el ínfimo, no podemos decir de igual manera que los demonios, siendo animales racionales, no son bienaventurados ni miserables como son las plantas y las bestias que carecen de sentido o razón, sino que los que participan de razón es necesario que sean miserables o bienaventurados. Asimismo no podemos afirmar con fundamento que los demonios no son mortales ni eternos, puesto que todos los vivientes, o viven perpetuamente o acaban la vida con la muerte; pero ya dijo este autor que los demonios, en tiempo, eran eternos. ¿Qué resta, pues, sino que los medios de las dos ciudades de los sumos tengan la una, y de las otras dos de los ínfimos la otra? Pues si tuvieran las dos de os ínfimos o las dos de los sumos, no serían ya medios, sino que o se excedieran o inclinaran a una de las partes; así que, según llevamos demostrado, no pueden carecer de ambas, y, por consiguiente, deben medirse con igualdad, tomando de ambas partes la una, y ya que de los ínfimos no pueden tener la eternidad, porque no gozan de ella, solamente pueden obtenerla de los sumos; por lo cual no les queda otra cosa que puedan tener de los ínfimos para cumplir su medianía, sino la miseria.

[14] Apuleyo, ib., 8, 23.

Capítulo XIII

CÓMO LOS DEMONIOS, SUPUESTO QUE CON LOS DIOSES NO SON BIENAVENTURADOS, NI CON LOS HOMBRES MISERABLES, SON MEDIOS ENTRE UNOS Y OTROS SIN COMUNICARSE CON LOS UNOS NI CON LOS OTROS.

13 Según opinión de los platónicos, los dioses que ocupan el lugar más elevado participan de una bienaventurada eternidad, o de una eterna bienaventuranza; los hombres que obtenían el lugar más humilde, o de una miseria mortal, o de una mortalidad miserable; y

los demonios, que están en medio, de una eternidad miserable, o de una eterna miseria. Con las cinco cualidades que describió en la definición de los demonios, todavía no probó que eran medios, como lo prometía; pues dijo que en tres cosas convenían con nosotros, en ser animales en el género, en el entendimiento racionales y en el ánimo pasivos; y con los dioses en una, que consistía en ser eternos en tiempo; y asimismo que tenían una propia, que era ser aéreos en el cuerpo. ¿Cómo, pues, serán medios, si en una cualidad convienen con los sumos, y en tres con los ínfimos? ¿Quién no advierte cuánto se inclinan y deprimen a los ínfimos pasando de la medianía? Sin embargo, pueden hallarse allí realmente medios, de modo que tengan una propia y peculiar, que es el cuerpo aéreo, como también los sumos e ínfimos tienen otra propia suya: los dioses cuerpo etéreo y los hombres terreno, y que las dos son comunes a todos, que es que en el género sean animales y en el ánimo racionales.

Porque hablando este autor de los dioses y de los hombres, "tenéis (dice) dos especies de animales", y estos autores no suelen llamar a los dioses sino racionales en el alma. Dos cosas restan, que son: ser pasivos en el ánimo y eternos en el tiempo. En una de éstas convienen con los ínfimos y en la otra con los sumos, para que ajustada la medianía con cierta proporción, ni se eleve a los sumos, ni se incline ni abata a lo ínfimo; y esta es aquella miserable eternidad o eterna miseria de los demonios, en atención a que quien los llamó pasivos en el ánimo, los llamara asimismo miserables, si no le dominara el pudor por respeto a sus adoradores. Y supuesto que según lo confiesan estos mismos filósofos, se gobierna el mundo con la providencia del sumo Dios y no por caso fortuito, jamás fuera eterna la miseria de éstos, si no fuera excesiva su malicia; luego si los bienaventurados se llaman Eudémones, no son Eudémones los demonios a quienes colocan en el lugar medio entre los hombres y los dioses. ¿Cuál es el lugar de estos buenos demonios que, estando sobre los hombres y debajo de los dioses, acuden a favorecer a los unos y servir a los otros? Porque si son buenos y eternos, sin duda

son también bienaventurados; pero la bienaventuranza eterna no consiente que sean medios, pues los compara y aproxima mucho a los dioses. Por lo cual en vano intentarán demostrar cómo los demonios buenos, si son igualmente inmortales y bienaventurados, se colocan justamente en medio entre los dioses inmortales y bienaventurados y los hombres inmortales y miserables; pues teniendo ambas cualidades comunes con los dioses, es a saber, la bienaventuranza y la inmortalidad, y ninguna de ellas con los hombres, que son miserables y mortales, no advierten que los ponen muy distantes y diferentes de los hombres, y junto con los dioses; y de ningún modo en medio entre unos y otros. Porque entonces fueran medios si tuvieran sus dos cualidades peculiares, no comunes con las dos de cualquiera de ambos, sino con una de las dos de ambos, así como el hombre ocupa un puesto medio entre las bestias y los ángeles, por ser animal racional mortal, siendo los ángeles racionales inmortales, y las bestias animales irracionales mortales, teniendo por lo tanto de común con los ángeles la razón, y con las bestias la mortalidad. Por consiguiente, cuando buscamos medio entre bienaventurados inmortales y entre los miserables mortales, debemos buscar una cualidad que siendo mortal sea bienaventurada, o siendo inmortal sea miserable.

Capítulo XIV

SI LOS HOMBRES, SIENDO MORTALES, PUEDEN SER BIENAVENTURADOS CON VERDADERA BIENAVENTURANZA.

14 Pero acerca de si siendo el hombre mortal puede también ser bienaventurado, hay grande y reñida controversia entre los sabios [15], pues ha habido algunos que examinaron con más humildad su condición, y dijeron que el hombre no podía ser capaz de la bienaventuranza, mientras existía en la vida mortal; otros se engrandecieron a sí mismos, atreviéndose a decir que los mortales, siendo sabios, podían ser bienaventurados. Si esto es cierto, ¿por qué no colocaron a éstos por medianeros entre los míseros mortales y los

inmortales bienaventurados, supuesto que tenían la bienaventuranza con los inmortales bienaventurados, y la mortalidad con los infelices mortales? Y si verdaderamente son bienaventurados, a ninguno deben tener envidia, porque ¿hay cosa más miserable que la envidia? Por lo cual deben favorecer y auxiliar en cuanto pudieren a los miserables mortales para que consigan la bienaventuranza, y después de la muerte puedan ser ellos también inmortales, y agregarse a la amable compañía de los ángeles inmortales y bienaventurados.

[15] Solón dice que ningún hombre puede ser bienaventurado antes de morir. Platón exceptúa a muy pocos; pues afirma ser difícil al hombre conseguir en vida aquella virtud divina por la que nos hacemos bienaventurados.

Capítulo XV

DEL HOMBRE CRISTO JESÚS, MEDIADOR ENTRE DIOS Y LOS HOMBRES.

15 Y si, lo que es más creíble y probable, que todos los hombres mientras son mortales es indefectible que sean igualmente miserables, debemos buscar un medio que sea no sólo hombre, sino también Dios, a fin de que conduzca a los hombres de esta miseria mortal a la bienaventurada inmortalidad, interviniendo la bienaventurada mortalidad de este medio; el cual convino que ni dejara de hacerse mortal, ni tampoco permaneciera mortal. Hízose, pues, mortal sin disminuir la divinidad del Verbo, recibiendo en sí la instabilidad de la humana naturaleza, pero no permaneció mortal en la misma carne, porque la resucitó de entre los muertos; siendo el fruto de su mediación que ni los mismos por cuya redención se hizo medianero quedaran sumergidos en la muerte perpetua aun de la carne. Por eso convino que el mediador entre nosotros y Dios tuviera una mortalidad transeúnte, y una bienaventuranza permanente y extensiva por los siglos de los siglos; para que con lo mismo que pasa y es puramente temporal, se acomodara a la suerte de los que deben

morir, y, de muertos los lleve a la posesión perpetua de la patria celestial; luego, según esta doctrina, los ángeles buenos no pueden ser medios entre los miserables mortales y los bienaventurados inmortales, pues son también bienaventurados e inmortales, y los ángeles malos pueden ser medios, porque son inmortales con aquéllos y miserables con éstos. Al contrario de estos espíritus es el mediador bueno, que contra su inmortalidad y miseria de ellos quiso ser mortal por algún tiempo, y pudo perseverar bienaventurado en la eternidad; por lo que a estos inmortales soberbios y miserables seductores, porque no atrajeran cautelosamente a la miseria por la jactancia de su inmortalidad, los destruyó con la humildad de su afrentosa muerte y con la benignidad de su bienaventuranza, respecto de aquellos cuyos corazones purificó con su fe y los libró de la impura y abominable dominación de los espíritus infernales.

Así que, el hombre mortal y miserable, desterrado y apartado de los inmortales y bienaventurados, ¿qué medios podrá elegir para poder unirse a la inmortalidad y bienaventuranza? Lo que nos puede convidar y agradar en la inmortalidad de los demonios, es miserable; lo que nos puede dar en rostro y ofender en la mortalidad de Cristo, ya pasó; así que allá nos debemos guardar de la eterna infelicidad, y acá no hay que temer a la muerte, que no pudo ser eterna, y debemos amar y desear la bienaventuranza perpetua; porque con este objeto se interpuso el medio inmortal y miserable, a fin de no dejarnos pasar a la obtención de la feliz inmortalidad, pues persevera obstinado en lo que impide, esto es, en la misma miseria; pero al mismo tiempo se interpuso el mortal y bienaventurado para que, pasada la mortalidad, nos hiciese de muertos, inmortales, lo cual manifestó en sí mismo resucitando glorioso, y para hacerlos, de infelices, perpetuamente felices, que es lo que él nunca dejó de ser.

Infiérese, por lo mismo, que el uno es medio malo que divide y separa a los amigos, y el otro es medio bueno que reconcilia a los enemigos; por lo que hay muchos medios que nos dividen y apartan,

porque la muchedumbre, que es bienaventurada, viene a serlo por la participación de un solo Dios, y la multitud de los ángeles malos es miserable por verse privada de la participación de este Dios, la cual podemos decir que se opone más para impedir, que se interpone para ayudar a la bienaventuranza; aun con su misma muchedumbre en alguna manera embaraza e impide que podamos llegar a la posesión de aquel único bien beatífico, que para que pudiéramos llegar a él fué necesario que tuviéramos no muchos, sino un solo mediador, quien fuera el mismo con cuya participación seamos bienaventurados, esto es, el Verbo divino, no hecho, sino aquel por cuya mano y omnipotencia se hicieron y criaron todas las cosas.

Mas no por eso es tampoco mediador, por cuanto es Verbo, pues el divino Verbo, que es sumamente inmortal y sumamente bienaventurado, está muy distante de los miserables mortales, y sólo es mediador por lo que es hombre, demostrándonos realmente con esto mismo que no debemos buscar para aquel bien (no sólo bienaventurado, sino también beatífico), otros mediadores, por quienes entendemos que nos conviene procurar otras máquinas y escalas para poder subir y llegar, porque el bienaventurado y beatífico Dios, vistiéndose de nuestra humanidad, nos proveyó de un medio infalible para que pudiéramos llegar a participar de su divinidad; pues, librándonos de la mortalidad y miseria no nos lleva a los ángeles inmortales y bienaventurados, para que con su participación seamos igualmente inmortales y bienaventurados, sino que nos dirige a aquella sacrosanta Trinidad con cuya participación los ángeles son también bienaventurados; por lo cual, cuando para ser mediador quiso en forma de siervo ser inferior a los ángeles, sin embargo, en la forma que Dios quedó superior a los ángeles, siendo el mismo el que en lo inferior era el verdadero camino de la vida eterna, y en lo superior era la misma vida.

Capítulo XVI

SI ES CONFORME A RAZÓN LA SENTENCIA DE LOS PLATÓNICOS, EN QUE DICEN QUE LOS DIOSES CELESTIALES, EVITANDO LOS CONTAGIOSOS DEFECTOS DE LA TIERRA, NO SE MEZCLAN Y COMUNICAN CON LOS HOMBRES, A QUIENES FAVORECEN LOS DEMONIOS PARA QUE ALCANCEN LA GRACIA Y AMISTAD DE LOS DIOSES.

16 Por cuanto no es cierto que el mismo platónico [16] refiere haber dicho Platón que, "ningún dios se mezcla con el hombre", lo cual, añade, es la principal señal de excelencia, no dejándose profanar con el trato de los hombres; luego confiesa que se dejan profanar los demonios, y por lo mismo no podrán purificar a los hombres que los profanan; según esta doctrina, los unos y los otros, todos vienen a ser inmundos y profanos: los demonios con el comercio sensible de los hombres, y éstos adorando a los espíritus infernales. Si es cierto que pueden los demonios ser tratados como sensiblemente de hombres y mezclarse con ellos, sin contaminarse, sin duda son mejores que los dioses, supuesto que si se mezclaran serían profanados; y esta prerrogativa dicen es la principal que tienen los dioses, que por estar tan altamente separados no los puede contaminar el trato de los hombres; y por lo perteneciente al sumo Dios, criador de todas las cosas, a quien nosotros llamamos verdadero Dios, dice [17] que le celebra Platón hablando de este modo: "que él solamente a quien por la cortedad e ignorancia del humano lenguaje no le pueden comprender ni una mínima parte, ninguna especie de palabras las más exageradas, y que apenas la inteligencia de este Dios se descubre a los sabios, después de haber primeramente recopilado con el vigor de su ánimo todo lo concerniente a las cualidades corporales, lo cual les sucede también a ratos, así como suele dejarse ver en unas densísimas tinieblas una luz cándida y apacible entre repentinos relámpagos"; luego si el que es verdaderamente sobre todas las cosas sumo Dios, con una inteligible e inefable presencia, aunque a ratos y

como una luz hermosa y agradable entre un rápido relámpago, con todo se descubre a los corazones de los sabios cuando se apartan en cuanto pueden de las cosas corporales, y no puede ser contaminado de ellos, ¿a qué fin colocan, pues, a estos dioses tan distantes en un lugar elevado, porque no se contaminen con el comercio sensible de los hombres? Como si pudiésemos mejor ver o mirar aquellos cuerpos etéreos, con cuya luz en cuanto puede se alumbra la tierra; y si las estrellas (todas las cuales dicen que son dioses visibles), no se contaminan porque las miren y observen, tampoco los demonios se contaminarán cuando los miren y vean los hombres, aunque sea de cerca.

¿O acaso temen que los contaminen los hombres con sus palabras a los que no se contaminan con sus ojos? Y por eso tienen en medio a los demonios para que les refieran las palabras de los hombres, de quienes están tan remotos y desviados para conservarse y perseverar purísimos sin rastro de mancha. ¿Pues que diré ya de los demás sentidos? Porque, o los dioses, por oler cuando estuviesen presentes no podrían ser contaminados o cuando están presentes los demonios pueden efectuarlo con los vapores de los cuerpos vivos de los hombres, quienes no se contaminan en los sacrificios con tanta multitud de cuerpos muertos; en el sentido del gusto, como no tienen necesidad de ir restaurando la humana naturaleza, tampoco hay hombre que los necesite para buscar qué comer de los hombres; por lo tocante al tacto, lo tienen en su libre potestad, pues aunque parece que este sentido principalmente se denominó trato sensible, con todo, si quisieran se mezclarían con los hombres hasta llegar a ver y que los viesen, a oír y que los oyesen; pero ¿qué necesidad hay del sentido del tacto? Pues ni los hombres se atrevieran a desearlo, gozando de la vista o conversación de los dioses y de los demonios buenos. Y si pasara tan adelante la curiosidad, según fuera de su agrado, ¿cómo pudiera ninguno tocar a Dios o al demonio contra la voluntad de ellos, el que no puede tocar a un pájaro si no es teniéndolo preso y asegurado?

Luego viendo y dejándose ver, hablando y oyendo, pudieran los dioses mezclarse corporalmente con los hombres, y si de esta manera se mezclan los demonios, como dije, y no se contamina, y los dioses se contaminaran si se mezclaran, hacen incontaminables a los demonios y contaminables a los dioses. Y si se contaminan también los demonios, ¿de qué sirven a los hombres para la obtención de la vida bienaventurada que esperan después de la muerte, supuesto que los contaminados no pueden purificarlos para que, ya limpios, se puedan unir con los dioses incontaminados, entre los cuales y los hombres estaban ellos colocados en el medio? Y si tampoco les hacen este beneficio, ¿de qué aprovecha a los hombres la amistad y mediación de los demonios, a no ser que sea para que los hombres, después de muertos, no se pasen a los dioses por ministerio de los demonios, sino que, incorporados unos y otros, vivan contaminados, y, por consiguiente, ni unos ni otros sean bienaventurados? Así es, si no es acaso que diga alguno que el método que observan los demonios para purificar a sus amigos es como el que tienen las esponjas y otras cosas de igual calidad, de suerte que tanto más se ensucian y manchan cuanto más se limpian y purifican los hombres. Y si esto es cierto, los dioses, que por no contaminar huyeron de la proximidad y trato social de los hombres, se mezclan con los demonios, que están más contaminados que ellos. Si no es que digan que pueden los dioses limpiar a los demonios contaminados por los hombres sin ser contaminados de ellos, lo cual no pueden hacerlo así con los hombres. ¿Y quién ha de creer este desatino, sino aquél a quien los falaces demonios hubieran engañado? Y más que si el dejarse ver y el ver contamina, los hombres ven a los dioses que él dice que son tan visibles, como "son las clarísimas lumbreras del mundo" [18] y las demás estrellas; y por esta cuenta más seguros están los demonios de esta contaminación de los hombres ya que no pueden ser vistos si ellos no quieren. O si contamina, no el dejarse ver, sino el ver, nieguen que estas resplandecientes antorchas del mundo, las cuales tienen por dioses, ven a los hombres cuando

arrojan sus rayos hasta tenderlos por la tierra, los cuales rayos, no obstante, aunque se derramen y extiendan por todas y cualesquiera obscenidades, no por eso se contaminan; ¿y los dioses se contaminarán si se mezclan con los hombres, aunque fuera necesario para ayudarlos el contacto? Porque los rayos del sol y de la luna tocan la tierra, y con todo, ella no contamina esta luz.

[16] Apuleyo, ib., p. 9, 6.

[17] Apuleyo, ib., p. 8, 1.

[18] Virgilio, Georg., 1, 5.

Capítulo XVII

QUE PARA CONSEGUIR LA VIDA BIENAVENTURADA, QUE CONSISTE EN LA PARTICIPACIÓN DEL SUMO BIEN, NO TIENE NECESIDAD EL HOMBRE DE TAL MEDIANERO COMO ES EL DEMONIO, SINO DE UNO COMO ES JESUCRISTO.

17 Pero mucho me admiro que hombres tan doctos, que pospusieron todas las cualidades corpóreas y sensibles a las incorpóreas e inteligibles, tratado de la vida bienaventurada hagan mención de los tratos corporales. ¿Dónde está aquella expresión de Plotino, que dice [19]: "Debemos, pues, acogernos y huir a la esclarecida patria donde está el padre, y todo cuanto puede desearse? ¿En qué escuadra o embarcación, o cómo hemos de huir? Procurando (dice) ser semejantes a Dios". Luego si cuanto uno más se asemeja a Dios tanto se le aproxima más, no hay otra distancia que esté lejos de él sino la desemejanza; y tanto más desemejante es el alma del hombre al incorpóreo, eterno e inmutable Dios, cuanto es más apasionada de las cosas temporales y mudables.

Y para remediar y reparar este quebranto, porque a la inmortal pureza que reside en lo sumo no pueden convenir las cosas mortales y abominables que hay en lo ínfimo, es innegable que es necesario un medianero, pero no tal que tenga el cuerpo inmortal que parezca a los sumos, y el alma poseída de las pasiones, flaca y enfermiza que se

asemeje a los ínfimos, para que con este defecto no nos envidie nuestra salud eterna, antes por el contrario, nos favorezca para conseguir la salud espiritual; a no ser tal que, acomodado y ajustado con nosotros, que somos los ínfimos, con la mortalidad del cuerpo, nos suministre los auxilios más eficaces y realmente divinos para purificarnos y librarnos con la inmortal justicia de su espíritu, por la cual quedó con los sumos, no con distancia de lugares, sino con la excelencia de la semejanza. Este, siendo Dios incontaminable, no puede decirse que tuviese mancha alguna del hombre, de cuya carne se vistió, o de los hombres entre quienes conversó y vivió siendo hombre; y no son pequeñas entretanto estas dos saludables máximas que nos demostró con su Encarnación, que ni la verdadera Divinidad se puede contaminar con la carne, ni por eso debemos imaginar que los demonios son mejores que nosotros, porque no están vestidos de la humana naturaleza. Este es, como nos lo dice la Sagrada Escritura [20] "el medianero de Dios y de los hombres Cristo Jesús", de cuya divinidad, en que es igual al Padre, y de su humanidad, en que se hizo semejante a nosotros, no hay aquí lugar para que podamos discurrir como es razón.

[19] Enéada 1, 6, 8; 2, 3.

[20] 1 Tim., 2, 5.

Capítulo XVIII

QUE LOS DEMONIOS, MIENTRAS NOS PROMETEN CON SU INTERCESIÓN EL CAMINO PARA DIOS, PROCURAN CON ENGAÑOS DESVIAR A LOS HOMBRES DEL CAMINO DE LA VERDAD.

18 Pero los demonios, falsos y engañosos medianeros, siendo miserables por la abominación de su espíritu, y malignos por muchas obras suyas, son famosos y conocidos; sin embargo, por medio del espacio de los lugares corporales, y por la sutileza de los cuerpos aéreos, nos procuran retirar y desviar del aprovechamiento y progreso espiritual de nuestras almas, y no nos abren el camino para lograr

conocer y ver a Dios, sino que nos lo impiden, para que no caminemos por él, llegando a tanto su encono, que nos ponen obstáculos hasta en el camino corporal, que es falsísimo y lleno de error, por donde no camina la justicia; porque, en efecto, debemos caminar y subir a Dios, no por la excelencia corporal, sino por la espiritual; esto es, por la semejanza incorpórea; sin embargo, en este propio camino corporal que los apasionados de los demonios trazan por las escalas y grados de los elementos, colocando a los demonios aéreos en medio de los dioses etéreos y de los hombres terrenos, entienden y creen que la principal prerrogativa que tienen los dioses es que por esta distancia de los lugares no pueden contaminarse con el trato y comunicación de los hombres, y por eso creen mejor que los demonios son contaminados por los hombres, que no que los hombres sean purificados por los demonios, y que los mismos dioses se pudieran contaminar, si no los defendiera la elevación del lugar. Y ¿quién es tan estúpido que asienta a que pueda purificarse por esta vía, cuando enseñan que los hombres son los que contaminan; los demonios los contaminados, y los dioses contaminables; y no elija antes el camino por donde se evite la concurrencia de los demonios que nos contaminan más, y por donde los hombres se limpian de la contaminación con la gracia de Dios inmutable, para llegar a gozar de la purísima compañía de los ángeles incontaminados?

Capítulo XIX

QUE YA EL NOMBRE DE DEMONIOS ENTRE SUS MISMOS ADORADORES NO SE USA PARA SIGNIFICAR COSA ALGUNA BUENA.

19 Mas porque no se crea que nosotros alteramos igualmente el genuino sentido de las palabras, por cuanto algunos de estos demonícolas, por decirlo así, cuyo partidario es también Labeón, dicen que otros llaman ángeles a los mismos que ellos llaman demonios [21], me parece que el asunto me convida a que diga ya alguna cosa de los ángeles buenos, los cuales no niega éstos que los

hay; sin embargo, gustan más llamarlos demonios buenos, que ángeles; pero nosotros, conforme al estilo de la sagrada Escritura, bajo cuya creencia somos cristianos, leemos que los ángeles son en parte buenos y en parte malos, mas los demonios nunca son buenos; y en cualquier lugar que en la divina Escritura se halla este nombre, que en latín dicen daemones o daemonia, no se entienden sino los espíritus malignos; modo de hablar que ha seguido tan generalmente el vulgo, que aun los mismos que se denominan paganos y pretenden que deben adorarse muchos dioses y demonios, casi ninguno hay tan literato y docto que se atreva a decir en buena parte, ni aun a su esclavo, "demonio tienes", sino que cualquiera a quien se lo dijere ha de entender sin duda que le quiso maldecir. ¿Qué ocasión, pues, nos excita a que, además de la ofensa de tantos oídos que ya casi pueden ser todos los que no suelen tomar este nombre sino en mala parte, nos sea forzoso ponernos a declarar lo que hemos dicho, pudiendo con usar del nombre de ángeles evitar la ofensa y mal sonido que podía haber con oír el nombre de demonios?

[21] Como entre los antiguos eran nuncios (angelus) entre los dioses y los hombres, por eso se les llamó ángeles.

Capítulo XX

DE LA CUALIDAD DE LA CIENCIA, QUE HACE A LOS DEMONIOS SOBERBIOS.

20 Aunque en el mismo origen de este nombre, si acudimos a la Sagrada Escritura, hallaremos una exposición digna de consideración. Dícense demonios porque el nombre es griego, dicho sí de la ciencia; y el Apóstol que habló por boca del Espíritu Santo, dice [22]: "que la ciencia causa hinchazón, pero que la caridad edifica"; lo cual no se entiende bien de este modo, si no entendemos que entonces aprovecha la ciencia cuando va asociada de la caridad, pero sin esta hinchazón, esto es, sin la que levanta y ensoberbece a manera de gran ventosa; hay, pues, en los demonios ciencia sin caridad; y por eso son

tan altivos, esto es, tan soberbios, que han procurado todo cuanto pueden, y con quien pueden todavía procuran que los adoren y tributen el honor y culto que saben que se debe al Dios verdadero; y contra esta soberbia de los demonios; que estaba apoderada del linaje humano por sus pecados, cuánta fuerza tenga la humildad de Dios que apareció en forma de siervo, no lo acaban de conocer las almas de los hombres, hinchadas con la abominación de la altivez, semejantes a los demonios en la soberbia, aunque no en la ciencia.

[22] 1 Cor., 8, 1.

Capítulo XXI

HASTA QUÉ GRADO QUISO EL SEÑOR DEJARSE CONOCER DE LOS DEMONIOS.

21 Los mismos demonios sabían aun esto, de modo que al mismo Señor, vestido de la humana flaqueza de nuestra carne, le dijeron: Quid nobis et tibi, Jesu Nazarene? venisti perdere nos? "¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús Nazareno, que has venido a perdernos y atormentarnos?" [23]. Claramente se advierte en estas palabras que había en ellos una ciencia muy profunda, mas no caridad, porque temían la pena y castigo que les había de venir de mano del Señor y no amaban la justicia que había en El, y tanto se dejó conocer de ellos cuanto quiso y tanto quiso cuanto fué menester; pero dejóse conocer y se les manifestó, no como a los santos ángeles que gozan y participan de su eternidad, según que es Verbo del eterno Padre, sino como fué necesario manifestarles para espantarlos, de cuya potestad, en alguna manera tiránica, había de librar a los que están predestinados para su reino y gloria para siempre verdadera y verdaderamente sempiterna. Manifestóse, pues, a los demonios, no en la parte que es vida eterna y luz inmutable que alumbra a los piadosos y temerosos de Dios, la cual los que la alcanzan a ver por la fe que es en él, se purifican y limpian, sino por ciertos efectos temporales de su virtud y por algunas señales de su impenetrable presciencia, las

cuales se pudiesen descubrir a los sentidos angélicos, aun de los espíritus malignos, antes que a la flaqueza de los hombres. Y así, cuando le pareció reprimirlas y ocultarlas un poco, y cuando se ocultó más profundamente, dudó de él el príncipe de los demonios, y le tentó para saber si era Cristo, examinando todo cuanto él se dejó tentar para acomodar al hombre que consigo traía para ejemplo y dechado nuestro; pero después de aquella tentación, sirviéndole, como dice el sagrado texto, los ángeles (sin duda, los buenos), y los santos, y, por consiguiente, haciéndose terribles y espantosos a los espíritus inmundos, se fué manifestando más y más a los demonios cuán grande era, para que a su mandato, aunque en él parecía de corta estimación por la flaqueza de la carne, nadie se atreviese a resistir.

[23] Mr., 1, 24; Mt., 8, 29.

Capítulo XXII

QUÉ DIFERENCIA HAY ENTRE LA CIENCIA DE LOS SANTOS ÁNGELES Y LA CIENCIA DE LOS DEMONIOS.

22 Estos ángeles buenos no estiman la ciencia de las cosas corporales y temporales con que se hinchan y ensoberbecen los demonios; no porque las ignoren, sino porque estiman y aprecian sobremanera la caridad de Dios con que se santifican, y en comparación de su hermosura, que es no sólo incorpórea, sino inmutable e inefable, de cuyo santo amor están inflamados, desprecian todas las cosas que están debajo de ella, y que no son lo que es ella, y así propios entre ellas, para poder gozar con todas las dotes que les constituye en la clase de una bondad suma de aquel sumo bien, de donde les proviene ser buenos. Y por eso tienen también una noticia más cierta de las cosas temporales y mudables, por cuanto en el Verbo Divino que crió el mundo ven las principales causas de ellas, con las que se comprueban unas, se reprueban otras, y todas se gobiernan y ordenan; pero los demonios no contemplan ni ven en la sabiduría de Dios las causas eternas de los tiempos y las

que son de algún modo las cardinales, sino que con la experiencia mayor de algunas señales ocultas a nuestros limitados entendimientos alcanzan a examinar muchas más cosas futuras que los hombres, y vaticinan algunas veces sus admirables disposiciones.

Finalmente, éstos se engañan a veces y los otros nunca; porque una cosa es conjeturar y comprender bajo el aspecto de las cosas temporales las temporales, y con las mudables las mudables, expresándolas y aplicándoles el juicio temporal y mudable de su voluntad y limitadas fuerzas, lo cual se permite a los demonios por una razón incomprensible a nosotros; y otra cosa es prever y presagiar en las eternas e inmutables leyes de Dios, que viven en su sabiduría, las vicisitudes y alteraciones de los tiempos, y conocer la voluntad de Dios tan cierta como poderosa con la participación que tienen de su divino espíritu; lo cual, según sus respectivos grados se concede con recta discreción a los santos ángeles; así que, no sólo son eternos, sino también bienaventurados, y el bien con que son felices es su Dios, que es por quien fueron criados, porque gozan sin alteración ni disminución alguna, y sin recelo de perderle jamás, de su participación y contemplación.

Capítulo XXIII

QUE EL NOMBRE DE DIOSES FALSAMENTE SE ATRIBUYE A LOS DIOSES DE LOS GENTILES, EL CUAL, CON TODO, POR AUTORIDAD DE LA DIVINA ESCRITURA VIENE A SER COMÚN ASÍ A LOS SANTOS ÁNGELES COMO A LOS HOMBRES.

23 Si los platónicos se complacen más de llamar a los ángeles dioses que demonios y de colocarlos entre los dioses, de quienes escribe su maestro Platón que los crió el sumo Dios, díganlo del modo que les agrade, porque no hay que molestarse ni reparar respecto de ellos en la disputa sobre el nombre; pues si dicen que son inmortales y confiesan llanamente que los crió el sumo Dios, y que son bienaventurados, no por sí mismos, sino por unirse con su

Criador, dicen lo mismo que nosotros, llámenles como gusten; que éste sea el dictamen de los platónicos o de todos, o de los más sabios, se puede indagar por sus mismos libros, por cuanto aun en la expresión del nombre con que llaman dioses a estas criaturas inmortales y bienaventuradas, no hay discrepancia notable entre ellos y nosotros; pues leemos también en nuestras sagradas letras, "el Señor Dios de los dioses se lo dijo" [24]; y en otra parte, "confesad y alabad al que es Dios de los dioses" [25]; en otro lugar, "rey grande sobre todos los dioses" [26]; porque cuando dice, "terrible es sobre todos los dioses" [27], la razón porque así lo dijo lo declara adelante; y prosigue quoniam omnes Dii Gentium doemonia, Dominus autem Coelos fecit, "porque todos los dioses de los gentiles son demonios, y el Señor es solamente el que hizo los cielos"; dijo, pues, terribles sobre todos los dioses, esto es, sobre todos los dioses de los gentiles, a quienes éstos tienen por tales, siendo así que son demonios, es terrible para ellos, y por esa con miedo y terror decían al Señor: ¿Para qué viniste a perdernos y atormentarnos?" [28]. Donde dice igualmente Dios de los dioses, no puede entenderse dios de los demonios, y donde dice rey grande sobre todos los dioses, líbrenos Dios de decir que es rey o caudillo grande sobre todos los demonios.

También llama la misma Escritura sagrada dioses a los hombres del pueblo de Dios [29]; "Yo dije _ dioses sois, y todos hijos del excelso"; por lo que podemos entender por Dios de estos dioses, al que llamó Dios de estos dioses y sobre tales dioses; rey grande, al que dijo que era rey grande sobre todos los dioses. Pero cuando nos preguntan, supuesto que se llaman dioses los hombres, por individuos del pueblo de Dios, con quien habla el Señor por medio de los ángeles o por los hombres, ¿cuánto más dignos serán de este honorífico dictado los inmortales que gozan de aquella bienaventuranza, a donde, sirviendo a Dios, desean los hombres llegar? ¿Qué hemos de responder sino que no en vano la Escritura llame más expresamente dioses a los hombres que a los inmortales y bienaventurados, a quienes se nos promete que seremos iguales en la

resurrección, es a saber, porque no se atreviera la imbecilidad humana a ponernos por Dios alguno de ellos, fundada en su alta excelencia? Lo cual es fácil de evitar en el hombre. Fué justamente determinado que más clara y distintamente se llamaran dioses los hombres del pueblo de Dios, para que se certificaran más y más y confiaran que era solamente su Dios el que se dijo Dios de los dioses, porque aunque se llamen dioses los inmortales y bienaventurados que gozan de la patria celestial, con todo, no se llamaron dioses de los dioses, esto es, dioses de los hombres del pueblo de Dios; por quienes se dijo: Ego dixi, Dii estis, et filii Excelsi omnes: "Yo dije, dioses sois, y todos hijos del Excelso", de donde proviene lo que dice el apóstol [30]: "Aunque haya otros que se llamen dioses, ya sea en el cielo o en la tierra, de los cuales, según el nombre y opinión común, se hallan muchos dioses y muchos señores; sin embargo, nosotros sólo tenemos un Dios que es el Padre, de quien como del verdadero autor y criador del universo nos viene todo encaminado para nosotros, y nosotros para él, y un solo Señor Jesucristo, por quien el Padre hizo todas las cosas, y a nosotros para él".

No hay motivo para controvertir, y altercar con obstinación sobre el nombre, siendo tan evidente y claro el asunto, que no admite duda alguna; pero siempre que decimos que del número de los inmortales bienaventurados envió Dios ángeles que anunciasen a los hombres su voluntad divina, no les agrada esta referencia, porque creen que este ministerio lo ejercen, no los que llaman dioses, esto es, los inmortales y bienaventurados, sino los demonios, a quienes se atreven a distinguir solamente con el nombre de inmortales, aunque no con el de bienaventurados, es de tal modo que, sin embargo, los llaman demonios buenos y no dioses colocados en lugar elevado, desviados del comercio sensible de los hombres. Y aunque esta discusión parezca precisamente controversia de nombre, no obstante, es tan abominable el nombre de los demonios, que en todo caso debemos desterrarle de entre los santos ángeles. Ahora, pues, cerremos este libro sosteniendo que los inmortales y bienaventurados, de cualquier

modo que los llamen (que en efecto son criaturas), no son medianeros para conducir a la inmortalidad y bienaventuranza a los miserables mortales, quienes se distinguen de ellos por dos diferencias, por la miseria y por la mortalidad, y los que son medios (que tienen la inmortalidad común con los superiores, y la miseria con los inferiores, por cuanto son miserables con su malicia), la bienaventuranza que no poseen, más bien pueden envidiárnosla que dárnosla. De estas razones se deduce que no tienen aliciente alguno de consideración que nos puedan representar los afectos y aficionados a los demonios, por cuyo respeto debemos reverenciarlos y auxiliarlos como ayudadores y protectores; antes como mentirosos, debemos evitar su trato y amistad; pero los que los tienen por buenos y consiguientemente, no sólo por inmortales, sino por bienaventurados, entienden que deben ser adorados por dioses, sirviéndolos afectuosamente con sacrificios y ceremonias divinas, para conseguir después de su muerte la vida bienaventurada, cualesquiera que sean ellos y cualquiera que sea el nombre que merezcan; éstos, digo, que los tienen por buenos, no quieren que adoremos con semejante culto sino a un solo Dios, que es quien los crió, y con cuya participación son bienaventurados, como prestándonos este gran Señor su favor y gracia, lo veremos más extensamente en el libro siguiente.

[24] Ps., 49, 1.

[25] Ps., 135, 3.

[26] Ps., 94, 3.

[27] Ps., 95, 4.

[28] Mr., 1, 24.

[29] Ps., 81, 6.

[30] I Cor., 8, 5 y 6.

Libro Décimo

El culto del verdadero Dios

Capítulo I

QUE FUÉ TAMBIÉN DOCTRINA DE LOS PLATÓNICOS, QUE LA VERDADERA BIENAVENTURANZA LA DA UN SOLO DIOS, YA SEA A LOS ÁNGELES, YA SEA A LOS HOMBRES; PERO RESTA AVERIGUAR SI LOS QUE ELLOS ENTIENDEN QUE POR ESTA MISMA BIENAVENTURANZA DEBEN SER ADORADOS, QUIEREN QUE SACRIFIQUEMOS SOLAMENTE A DIOS O A ELLOS TAMBIÉN.

1 Es cierto entre todos los que poseen la razón natural, que todos los hombres apetecen ser bienaventurados. Pero mientras la humana imbecilidad procura averiguar exactamente quiénes son bienaventurados, y la norma que observan para conseguir esta felicidad; han resultado de esta discusión muchas y célebres controversias, en las que han consumido el tiempo y sus estudios los filósofos; las cuales sería muy prolijo y nada necesario el intentar referir y discutir. Porque si el lector recuerda lo que propusimos en el libro VIII acerca de la elección de los filósofos, con quienes podía tratarse la cuestión sobre la vida bienaventurada que ha de suceder después de la muerte, esto es, si podíamos alcanzarla adorando a un solo Dios verdadero o a muchos dioses; no será su voluntad que volvamos a repetir aquí lo mismo, mayormente pudiendo, con volver a leerlo, si acaso se le hubiere olvidado, ayudar a refrescar la memoria. Elegimos con conocimiento de causa a los platónicos, que justamente son los más famosos y cuerdos entre todos los filósofos; porque así como pudieron comprender con las luces de su entendimiento que el alma del hombre, aunque era inmortal, racional o intelectual, con todo no podía ser bienaventurada sin la participación de la soberana luz de aquel por quien ella y el mundo fué criado, así también negaron que alguno pueda conseguir la eterna felicidad que todos los hombres apetecen y desean, a no ser que se una con la pureza de un amor casto con aquel sumo bien, que es el

inmutable y omnipotente Dios. Mas porque los platónicos, ya fuese rindiéndose a la vanidad y al error común del pueblo, o como dice el apóstol de las gentes, Pablo [1]: "Desvaneciéndose con sus imaginaciones y raciocinios", opinaron o quisieron que debían adorarse a muchos dioses y aun algunos de ellos fueron de opinión que debían ser adorados con honras y sacrificios divinos los demonios (a los cuales hemos contestado ya en lo principal); ahora nos resta examinar y averiguar, con el favor de Dios, cómo los inmortales y bienaventurados, que están en los celestiales tronos, dominaciones, principados y potestades, a quienes los platónicos llaman dioses, y algunos de ellos o demonios buenos, o como nosotros ángeles, cómo ha de entenderse que quieren que los reverenciemos, y con qué culto y religión quieren que los sirvamos; esto es, por decirlo más claro, si quieren que los adoremos, ofrezcamos sacrificios y les consagremos algunas cosas de nuestro uso, o a nosotros mismos, con ritos y ceremonias sagradas, o solamente a su Dios, que lo es también nuestro.

Porque este es el culto y religión que se debe tributar a la divinidad, o, si hemos de decirlo con más expresión, a la misma deidad; y para significar este culto y adoración con sola una palabra ya que no me ocurre una latina acomodada al asunto, donde es necesario lo doy a entender en la griega. Porque los nuestros en cualquier parte que se halla en la Sagrada Escritura esta voz latría, han interpretado servicio. Por el servicio que debe prestarse a los hombres, conforme al cual prescribe el apóstol [2] que los siervos estén sujetos a sus señores, suelen llamarle en griego con otro nombre [3], mas por la voz latría, según el uso común con que se explicaron los que nos interpretaron las sagradas letras, o siempre o frecuentísimamente convinieron que se entendiese el servicio que pertenece al culto y reverencia de Dios. Por lo cual si se dice solamente culto o reverencia parece que no es el que se debe a solo Dios; pues asimismo decimos que honramos y reverenciamos a los hombres cuando los nombramos o visitamos con respeto y sumisión.

Y no sólo acomodamos el nombre de culto a los objetos a que nos rendimos con religiosa humillación, sino también a algunos que nos están sujetos; pues de este verbo sacan su etimología los agrícolas, los colonos e íncolas, y a los mismos dioses no por otra causa los llaman Celícolas, sino porque son íncolas o moradores del cielo, no reverenciando a éste, sino a los que habitan y moran en él, como unos colonos y habitantes del cielo; no como se llaman colonos los que deben el arrendamiento de las tierras, por utilidad o fomento de la agricultura o labranza a los señores que las poseen, sino como dice un célebre autor de la lengua latina [4]: "Una ciudad antigua fué ya en cierto tiempo habitada por los colonos tirios". De íncola, que es habitar, llamó a los colonos, y no de la agricultura. Por esta misma razón las ciudades que fundaron otras poblaciones mayores con la gente sobrante de su pueblo se llaman colonias. Y aunque según esta exposición es, sin duda, verdad infalible que el culto no se debe sino a Dios por una significación propia y literal de esta voz, por cuanto el culto en el idioma latino se acomoda también a otras cosas, no obstante, el que se debe a Dios no puede significarse en latín con una palabra sola. Y aun la misma palabra religión aunque parezca que significa, no cualquiera culto, sino el verdadero, único y propio de Dios (por cuya razón los nuestros interpretan con este nombre lo que en griego se dice Threscia), mas porque según el uso común latino no sólo de los imperitos, sino también de los muy instruidos, se debe la religión a las cognaciones humanas, a las afinidades y a cualesquiera parentescos; con esta palabra no evitamos la ambigüedad siempre que se trate de la cuestión sobre el culto de la deidad; de modo que no podemos decir con toda confianza que la palabra religión sea exclusiva del culto debido a Dios, pues parece se emplea también para significar la observancia de los deberes anejos al parentesco humano. Asimismo la piedad a quien los griegos llaman Eusebia suele significar el culto de Dios; con todo, de ella se usa cuando, como humanos y agradecidos la ejercemos con los padres, y conforme al común lenguaje del vulgo acomodamos este nombre

ordinariamente a las obras de misericordia; lo cual sin duda ha procedido de que Dios manda principalmente que nos ejercitemos en ellas, las cuales dice que le agradan como sacrificios o más que sacrificios. De este modo de hablar ha provenido el que llamemos [5] piadoso al mismo Dios, aunque los griegos no le distinguen en su idioma con el nombre de Euseben, sin embargo, de que usen comúnmente de la voz Eusebia para significar la misericordia. Y así en algunos lugares de la Sagrada Escritura, para que tal distinción se advirtiese mejor, quisieron decir no Eusebian, que suena como si se dijera buen culto, sino Theosebian, que es culto de Dios. Pero nosotros no podemos dar a entender cualquiera significación de las insinuadas con una sola palabra. Así que lo que en griego se dice latría, en latín se interpreta servicio; pero aquel con que reverenciamos a Dios. Lo que se dice en griego Threscia, en latín se llama Religión; la que observamos para con Dios. lo que llaman Theosebia, y nosotros no podemos explicar con sola una palabra, la distinguimos con las voces de "culto de Dios"; éste decimos que se debe tributar únicamente a aquel Dios, que es Dios verdadero y que hace dioses a sus adoradores [6]. Todos cuantos inmortales y bienaventurados hay en las moradas celestiales, si no nos aman ni quieren que seamos bienaventurados, ciertamente no debemos adorarlos; y si nos aman y estiman, deseando que seamos eternamente felices, sin duda que con tan piadosa idea quieren que lo seamos del mismo modo que lo son ellos; y ¿por qué causa han de ser ellos bienaventurados de un modo y nosotros de otro?

[1] Rom., 1, 21.

[2] Ephes., 6, 5.

[3] Douleia. El mismo San Agustín, in Exod. quaest., 94, dice: "El culto de dulia se le debe a Dios como a Señor; al de latría solamente se le debe a Dios como a tal".

[4] Virg., Aen, 1, 12.

[5] 2 Par., 30. Eccli. 2, 13. Iudith, 7, 20.

[6] Ps., 81, 6.

Capítulo II

DE LO QUE SINTIÓ EL PLATÓNICO PLOTINO SOBRE LA SUPERIOR ILUMINACIÓN.

2 En la presente cuestión no sustentamos debate ni controversia alguna con estos insignes filósofos, porque ellos dejaron escrito abundantemente en sus libros en muchos lugares, que con el mismo medio que nosotros podemos adoptar llegan los ángeles a ser bienaventurados, teniendo por objeto una luz inteligible, que respecto de ellos es Dios, y es una cosa distinta de ellos con la que son ilustrados para que resplandezcan, y con su participación son perfectos y bienaventurados. En repetidas ocasiones y distintos lugares afirma Plotino, declarando la opinión de Platón, que ni aun aquella que imaginan ser el alma del universo es bienaventurada por algo distinto de aquello porque parece es la nuestra, a saber, por una luz que no es el alma misma, sino aquel por quien ha sido criada e iluminada por esta luz inteligiblemente, resplandece el alma en el entendimiento. Lo cual comprueba con en ejemplo concerniente a las cosas incorpóreas, tomándole de los cuerpos celestes grandes y visibles, diciendo que Dios es como el sol, y el alma del mundo como la luna; pues creen que la luna es iluminada con el objeto o presencia del sol. Añade, pues, aquel célebre platónico que el alma racional (si es que no debemos llamarla mejor intelectual, de cuyo género entiende que son las almas de los inmortales y bienaventurados, de las que no duda afirmar habitan en los asientos o tronos del Cielo) no tienen sobre sí otra naturaleza superior sino la de Dios, que crió el mundo, y por quien fué asimismo criada, y que no les viene de otra parte o los soberanos espíritus la vida bienaventurada sino de donde nos viene a nosotros, conformándose en este punto con la doctrina evangélica, donde dice el Señor por boca del Evangelista San Juan [7]: "Fué un hombre enviado de Dios, cuyo nombre era Juan; éste vino

por testigo para que diese testimonio de la luz, y todos creyeran por él; no era la luz, sino para dar testimonio de la luz. Era la luz verdadera, la cual alumbra a todo hombre que viene a este mundo". Con cuya diferencia se demuestra bastantemente que el alma racional o intelectual, cual era la que tenía Juan, no podía ser luz para sí mismo, sino que lucía con la participación de otra verdadera luz. Esto lo confiesa también el mismo Juan, cuando testificando de ella dice: "Todos nosotros cuanto hemos recibido, lo hemos recibido de su plenitud".

[7] Io., 1, 6 sg.

Capítulo III

DEL VERDADERO CULTO DE DIOS, DEL CUAL, AUNQUE LE RECONOCIERON COMO CRIADOR DEL UNIVERSO, SE DESVIARON LOS PLATÓNICOS, ADORANDO A LOS ÁNGELES, YA FUESEN BUENOS, YA FUESEN MALOS, COMO A DIOS.

3 Si los platónicos y todos cuantos sintieron como ellos, conociendo a Dios, le glorificaran como a tal y tributaran rendidas gracias por los incomparables beneficios que reciben de su bondad, si no hubieran inutilizado sus discursos y raciocinios, y no hubieran dado ocasión a los errores del pueblo, si no hubieran tenido bastante constancia para oponerse a ellos, sin duda confesaran que así los inmortales y bienaventurados como nosotros, mortales y miserables, para poder llegar a ser inmortales y bienaventurados debemos adorar a un solo Dios de los dioses, que es nuestro Dios y Señor, y también el suyo.

Capítulo IV

QUE SE DEBE SACRIFICAR A UN SOLO DIOS VERDADERO.

4 A este gran Dios debemos nosotros tributar el culto que en griego se dice latría, ya sea en algunos sacramentos, ya sea en nosotros mismos, porque todos juntos, unidos por la caridad en la

sociedad cristiana, somos y representamos su templo, y cada uno de por sí mismo sus verdaderos templos, para que así pueda decirse con verdad que habita en la unánime concordia de todos [8] y en cada uno, no siendo mayor en todos que en cada uno respectivamente; pues, ni con la grandeza se extiende y dilata, ni repartido entre todos disminuye en lo más mínimo. Cuando tenemos nuestro corazón levantado y puesto en Dios [9], entonces nuestro corazón es un verdadero altar, aplacamos su justa indignación por la mediación de un sacerdote, que es su unigénito; le ofrecemos sangrientas víctimas cuando peleamos valerosamente en defensa de las verdades de su incontrastable fe hasta derramar la sangre y rendir la vida en testimonio de estas verdades indefectibles; quemamos y le ofrecemos un suavísimo incienso cuando, postrados ante su divina presencia, nos abrasamos en su santo e inefable amor; ofrecémosle sus dones en nosotros y a nosotros mismos, y en esta oblación piadosa le volvemos lo que realmente es suyo; le consagramos y dedicamos en ciertos días solemnes la memoria de sus beneficios, para que con el transcurso de los tiempos no se apodere de nuestro corazón la ingratitud y olvido de sus misericordias; le sacrificamos una hostia de humildad y alabanza en el ara o templo vivo de nuestra alma, con el ardiente fuego de una caridad fervorosa. Con el laudable objeto de poder ver a este Señor del modo que puede ser visto y de unirnos con él, nos lavamos y purificamos de todas las máculas de los pecados y apetitos malos e impuros, y nos consagramos bajo sus divinos auspicios. Pues el Señor Dios Todopoderoso es la fuente inagotable de nuestra bienaventuranza, es el único fin de todos nuestros deseos. Eligiendo a este Señor por nuestro único Dios, o por mejor decir, reeligiéndole (pues siendo indolentes y negligentes le hemos perdido), reeligiéndole, digo, de cuyo verbo dicen procedió la voz Religión [10], caminamos a él por la predilección y el amor, para que, llegando a gozar de la visión intuitiva de su deidad, descansemos eternamente en aquellas moradas eternas donde seremos ciertamente bienaventurados, porque con tan glorioso fin seremos perfectos.

Nuestro bien y única felicidad, sobre cuyo último fin se han suscitado tan acres disputas entre los filósofos, no es otro que unirnos con el Señor y con un abrazo incorpóreo, si puede decirse así, o con la espiritual unión de este gran Dios, el alma intelectual se llene y fertilice de verdaderas virtudes. Este es el sumo bien que nos manda amemos solamente, cuando nos dice por su cronista y evangelista San Mateo: "Con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra virtud". A la posesión de este incomparable bien nos deben dirigir y encaminar los que verdaderamente nos aman, y nosotros debemos conducir a los que amamos tiernamente. Así se cumplen exactamente aquellos dos preceptos divinos, en los cuales, como en compendio, está cifrado lo que contiene la ley y los profetas [11]: "Amarás a Dios tu Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu, y amarás a tu prójimo como a ti mismo". Para que el hombre supiese amarse a sí mismo le determinaron un fin al cual refiriese todas sus acciones para que fuese bienaventurado; porque el que se ama a sí mismo no apetece otra felicidad que el ser bienaventurado; y este fin no es otro que unirse con Dios. Por consiguiente, al que sabe amarse a sí mismo, cuando le mandan que ame al prójimo como a sí mismo, ¿qué otra cosa le prescriben sino que en cuanto pudiere le encargue y encomiende el amor de Dios? Este es el culto de Dios, esta la verdadera religión, esta la recta piedad, este es el servicio y obsequio que se debe solamente a Dios. Cualquiera potestad inmortal, por grande y excelente que sea su virtud, si nos ama como a sí misma, quiere, para que seamos eternamente felices, que estemos sujetos y rendidos a aquel Señor a quien estando ella igualmente subordinada, es bienaventurada. Luego si no adora a Dios es miserable, porque se priva de la felicidad de ver a Dios; pero si adora a Dios, no quiere que le adoremos a ella como a Dios; por el contrario, ratifica y favorece con el vigor y sanción inviolable de su voluntad aquella divina sentencia donde dice la Escritura [12]: "Cualquiera que sacrificase a otros dioses que al Señor verdadero, sea castigado con pena de muerte".

Y omitiendo por ahora otras referencias que pertenecen al culto de la religión con que reverenciamos a Dios, a lo menos no hay hombre sensato que se atreva a decir que el sacrificio se deba a otro que a Dios. Muchos ritos hemos tomado efectivamente del culto divino, y los hemos transferido y acomodado a las ceremonias con que honramos y reverenciamos a los hombres, ya sea por la demasiada humildad, ya por la lisonja maligna; pero a los que atribuimos estas invenciones son tenidos por hombres que llaman colendos y reverendos, y si están muy elevados, adorandos; pero quién creyó jamás que el sacrificio se debía a otro sino a quien supo, creyó o fingió que era Dios? Cuán antiguo sea el reverenciar a Dios con el uso del sacrificio, bastantemente nos lo manifiestan los dos hermanos Caín y Abel, entre quienes reprobó Dios el sacrificio del mayor y aceptó el del menor.

[8] En la Iglesia formada por todos los fieles unidos entre sí con el vínculo de la caridad, con una misma fe, reconociendo por soberano y cabeza visible al Romano Pontífice.

[9] Levantar el corazón a Dios, se nos manda en el sacrificio de la misa, como preparación para la participación de los augustos misterios.

[10] Cicerón, lib. 2 de Nat_deor., cap. 28 deriva la palabra religión, de relegendo, significando por ella el conocimiento de Dios. Lactancio, libro 4, Instit., capítulo 28, pues los religiosos están ligados con Dios por el vínculo de la piedad.

[11] Mat., 22, 27.

[12] Exod., 22, 20.

Capítulo V

DE LOS SACRIFICIOS QUE DIOS NO PIDE, PERO QUISO SE OBSERVASEN PARA SIGNIFICACIÓN DE LOS QUE PIDE.

5 ¡Y quién será tan estúpido e ignorante que crea que lo que se ofrece en los sacrificios es necesario para algunos destinos de que Dios tenga necesidad! Lo cual, aunque en varios lugares lo enseña la Sagrada Escritura, por no dilatarme demasiado, sólo alegaré la expresión del salmo [13]: "Dije al Señor, tú eres mi Dios, y no tienes necesidad de mis bienes". Así hemos de entender que Dios no tiene necesidad de res o animal alguno, o de cualquiera otro ente corruptible o terreno; ni siquiera de la misma justicia del hombre, pues todo lo que es servir fiel y legítimamente a Dios, resulta en utilidad del hombre y no de Dios. Pues nadie afirmará que causa provecho a la fuente porque bebe sus aguas, o a la luz porque ve con ella. Y si los patriarcas antiguos ofrecieron algunos sacrificios con víctimas de varios animales (los cuales, aunque los tiene prescritos en el sagrado texto el pueblo de Dios, no los usa al presente), no debe entenderse sino que con aquellas figuras se significaron las verdades que realmente pasan en nosotros a fin de que nos unamos con Dios, y a este último fin dirijamos también al prójimo; así que el sacrificio visible es un sacramento, esto es, una señal sagrada del sacrificio invisible. Y así el rey penitente en boca del profeta, o el mismo profeta rogando con todo esfuerzo que Dios tuviese misericordia de sus pecados, dice [14]: "Si quisierais, Señor, sacrificio, yo os le ofreciera seguramente; pero no os pagáis de holocausto. El sacrificio que quiere Dios es el espíritu atribulado, pues al corazón compungido y humillado no le despreciará Dios". Notemos y consideremos cómo donde dijo que Dios no quería sacrificios, allí mismo indica que Dios le quiere. No quiere, pues, el sacrificio de una res muerta, y sólo quiere el sacrificio de un corazón contrito. Por la expresión en que dijo que no quería, se significa lo que en seguida dijo que quería. Dijo, pues, que Dios no gustaba de los sacrificios ofrecidos al modo

que los ignorantes creen que los quiere para que le sirviesen de diversión y complacencia. Porque si los sacrificios que únicamente apetece entre otros (que es uno solo; a saber el corazón contrito y humillado con el dolor verdadero y la penitencia) no quisiera se significaran con los sacrificios que presumieron deseaba, como si fuesen agradables y deleitables al Señor; sin duda que no mandara expresamente en la ley antigua se los ofrecieran. Por lo cual fué indispensable mudarlos al tiempo oportuno y vaticinado en la escritura, para que no se creyese que los codiciaba el mismo Dios, o, a lo menos, que eran aceptables por nuestra parte, y no por lo que en ellos se significaba. En esta conformidad dice en otra parte por su real profeta David [15]: "Si fuese posible que alguna vez tuviera hambre, no te diría que me apacentaras o sacrificaras, porque mío es el orbe de la tierra y cuanto en él se contiene; ¿por ventura he de comer yo las carnes de los toros, o he de beber la sangre de los cabritos?" Como si dijera: si tuviera yo necesidad de estos manjares, no te los pidiera teniéndolos todos en mi poder. después, prosiguiendo en relacionar lo que significan aquellas cosas, dice [16]: "Ofrece a Dios sacrificio de alabanza, cumple y paga tus promesas al Altísimo, llámame en el día de la tribulación, yo te libraré y me glorificarás". Asimismo en el profeta Micheas se lee [17]: "¿Con qué recibiré al Señor, con qué aplacaré a mi Dios excelso? ¿Le he de recibir acaso con holocaustos y con becerritos de un año? ¿Págase Dios por ventura con un millar de carneros, o con diez millares de cabritos gruesos? ¿Le he de ofrecer mis primogénitos por la remisión de mi culpa, y el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? ¿No te ha avisado ya, hombre, lo bueno y lo que quiere el Señor de ti? ¿Y qué otra cosa desea sino que vivas justa y santamente, que seas benigno y misericordioso, pronto y dispuesto para servir y agradar a Dios tu Señor?" Las dos amonestaciones se contienen distintamente en las expresiones de Micheas, quien claramente declara que no pide Dios para sí los sacrificios con que se significan los que le complacen. En la carta que se inscribe a los hebreos dice [18]: "No os

olvidéis de ser benignos y misericordiosos para con los pobres y miserables, pues con estos sacrificios se aplaca a Dios y se consigue su amistad". Y, por consiguiente, donde dice [19]: "Más quiero de ti la misericordia que el sacrificio", no es necesario que entendamos otra cosa sino que prefirió un sacrificio a otro sacrificio, mediante a que aquel que todos llaman sacrificio es una figura o representación del verdadero sacrificio, y la misericordia es del mismo modo verdadero sacrificio, por lo que dice lo que poco antes referí "que con tales sacrificios se granjea la amistad y gracia de Dios". Todo cuanto leemos que mandó Dios en diferentes ocasiones sobre los sacrificios y sobre el ministerio o servicio del tabernáculo o del templo, se refiere para significar el amor de Dios y del prójimo, porque en estos dos mandamientos, como dice la Sagrada Escritura [20]: está cifrado y recopilado todo lo que contiene la ley y los profetas.

[13] Ps., 15, 2.

[14] Ps., 50, 19.

[15] Ps., 49, 12 sg.

[16] Ps., 49, 14 sg.

[17] Mich., 6, 6 sg.

[18] Hebr., 13, 16. Según Luis Vives este modo de citar en San Agustín indica que no es cierto el autor de la carta. Pero el mismo santo la pone sin vacilación entre las catorce paulinas in lib. 2 de Doctrina Christiana, n. 13.

[19] Ose., 6, 6.

[20] Mt., 22, 40.

Capítulo VI

DEL VERDADERO Y PERFECTO SACRIFICIO.

6 Sacrificio verdadero es todo aquello que se practica a fin de unirnos santamente con Dios, refiriéndolo precisamente a aquel sumo bien con que verdaderamente podemos ser bienaventurados. Por lo

cual la misma misericordia que se emplea en el socorro del prójimo, si no se hace por Dios no es sacrificio. Pues aunque le haga u ofrezca el hombre, sin embargo, el sacrificio es cosa divina; de modo que aun los antiguos latinos llamaron al sacrificio con el nombre de cosa divina. Así el mismo hombre que se consagra el nombre de Dios y se ofrece solemnemente y de corazón a este gran Señor, en cuanto muere al mundo para vivir en Dios es sacrificio; porque también pertenece a la misericordia la que cada uno usa consigo mismo. Por eso dice la Sagrada Escritura [21]: "Usa de misericordia con tu alma agradando a Dios". Cuando castigamos nuestro cuerpo con la templanza, si lo hacemos por Dios, como debemos [22], no dando nuestros miembros para que se sirva de ellos el pecado por armas e instrumento para obrar el mal, sino para que use de ellos Dios nuestro Señor como de armas e instrumento para hacer bien, es igualmente sacrificio [23]: "Ruegóos, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que le ofrezcáis y sacrifiquéis vuestros cuerpos, no ya como animales muertos, sino como una hostia viva, verdaderamente pura y santa, agradable y acepta a Dios, como un sacrificio racional". Si, pues, el alma, que por ser superior se sirve del cuerpo como de un siervo o de un instrumento, cuando usa bien de él y lo refiere a Dios hace un sacrificio, ¿cuánto más aceptable será el sacrificio del alma siempre que éste se refiera a Dios, para que inflamada con el ardiente fuego de su divino amor, pierda totalmente la forma de la concupiscencia del siglo, y estando sujeta y rendida al mismo Señor, que es forma inmutable, se reforme y renueve espiritualmente, agradándole y sirviéndole con la brillante cualidad que tomó de la forma y hermosura divina? Todo lo cual, prosiguiendo el Apóstol el mismo raciocinio, dice: "Y no os conforméis con este siglo, antes transformaros por la renovación de vuestro espíritu en nuevos hombres, para que desde ahora en adelante no aprobéis lo que el vulgo profano adopta, sino lo que fuere grato y agradable a su Divina Majestad, y lo que fuera verdaderamente bueno, agradable y perfecto". Siendo, como son verdaderos sacrificios las obras de

misericordia, ya sean las que hacemos por nosotros o por nuestros prójimos referidas a Dios; y siendo igualmente cierto que no practicamos las obras de misericordia con otro objeto que con el de libertarnos de la miseria humana, y consiguientemente con el deseo de conseguir la bienaventuranza, cuya felicidad no nos es asequible sino con el favor de aquel sumo bien de quien dijo el real profeta [24]: "Que todo su bien estriba en unirse con Dios"; sin duda que toda esta ciudad redimida, esto es, la congregación y sociedad de los santos viene a ser un sacrificio universal que a Dios ofrece aquel gran sacerdote que e ofreció en la pasión como cruenta víctima por nuestra redención para que fuésemos nosotros el cuerpo de tan excelsa cabeza, tomando para consumar esta ilustre obra la humilde forma de siervo. Porque ésta fué la que ofreció el Señor, en ésta fué ofrecido, según ella es medianero, en ésta es sacerdote, en ésta sacrificio incruento. Así que habiéndonos exhortado el apóstol a que ofrezcamos en holocausto nuestros cuerpos como hostia viva, santa, inmaculada, agradable a Dios, como un sacrificio racional, y que no nos conformemos con las prácticas reprensibles de este siglo, sino que nos reformemos interiormente y volvamos a tomar la forma y hermosura de nuestro espíritu, para que con sentidos perspicaces, sano juicio y discreción, notemos y echemos de ver lo que quiere Dios que ejecutemos, esto es, lo que es bueno, lo que es aceptable y perfecto ante su divina Majestad, puesto que en realidad de verdad nosotros somos este sacrificio, como nos dice después el mismo Dios por el insinuado apóstol estas palabras [25]: "por la gracia que Dios me ha dado, os encargo generalmente a todos que no presumáis de vosotros más de lo que conviene, despreciando a los otros, antes sienta cada uno de sí con templanza y modestia, según la porción de dones que le hubiere repartido el Señor, porque así como este cuerpo visible, aunque es uno, está compuesto de muchos miembros, y no todos tienen un mismo oficio, así la multitud de los fieles vienen a constituir un cuerpo en Jesucristo, y cada uno es miembro del otro, teniendo diferentes dones, según la gracia que Dios nos ha repartido".

Este es el sacrificio de los cristianos, formando nosotros siendo muchos en número un cuerpo en Jesucristo. Lo cual frecuenta la Iglesia en la celebración del augusto sacramento del altar que usan los fieles, en el cual la demuestran que en la oblación y sacrificio que ofrece, ella misma se ofrece.

[21] Eccli., 30, 24.

[22] Rom., 6, 13.

[23] Rom., 12, 1 sig.

[24] Ps., 72, 28.

[25] Rom., 12, 3 sig.

Capítulo VII

QUE EL AMOR QUE NOS TIENEN LOS ÁNGELES SANTOS ES DE TAL CONFORMIDAD, QUE NO GUSTAN QUE LOS ADOREMOS, SINO A UN SOLO DIOS VERDADERO.

7 Con justa razón los inmortales y bienaventurados que habitan en las moradas celestiales y gozan de la participación y visión clara de su Criador, con cuya eternidad están firmes, con cuya verdad ciertos, y con cuya gracia son santos; porque llenos de misericordia nos aman a los mortales y miserables, para que seamos inmortales y bienaventurados, no quieren que les ofrezcamos sacrificios, sino a Aquel cuyo sacrificio saben que son también ellos juntamente con nosotros. Pues juntamente con ellos somos una Ciudad de Dios, con quien hablando el real profeta dice [26]: "Cosas ilustres y gloriosas están profetizadas de ti, Ciudad de Dios"; y una parte de ella, que está en nosotros, anda peregrinando, y la otra parte, que está en ellos, nos ayuda y favorece. De la Ciudad soberana, donde la voluntad de Dios sirve de ley inteligible e inmutable, de aquella corte soberana, nos vino por ministerio de los ángeles (quienes cuidan en ella de nosotros) el divino oráculo que dice [27]: "El que sacrificare a los dioses y no lo hiciese solamente a Dios, será desterrado de esta

Ciudad". Este oráculo, esta ley, este precepto, está confirmado con tantos milagros, que nos manifiesta evidentemente a quién quieren los espíritus angélicos y bienaventurados que ofrezcamos nuestros sacrificios, que es únicamente al Dios verdadero, pues nos desean la misma eterna felicidad e inmortalidad, de que están gozando y gozarán por toda la eternidad.

[26] Ps., 86, 3.

[27] Exod., 22, 20.

Capítulo VIII

DE LOS MILAGROS CON QUE QUISO EL SEÑOR, PARA ALENTAR LA FE DE LAS PERSONAS PIADOSAS, CONFIRMAR SUS PROMESAS POR MINISTERIO DE LOS ÁNGELES.

8 Acaso creerá alguno que revuelvo y examino sucesos más remotos de lo que es necesario, si intento referir los estupendos y antiguos milagros que hizo Dios en confirmación de las promesas que muchos millares de años antes había hecho el patriarca Abraham, empeñándole su divina e indefectible palabra de que su generación conseguiría la bendición de todas las naciones. ¿Quién no ha de llenarse de admiración al observar que Abraham procreó a Isaac de su esposa Sara, siendo tan anciana que naturalmente no podía concebir ni ser fecunda; al meditar que en el sacrificio de Abraham discurrió por el aire una llama que vino del Cielo, por medio de las víctimas; al reflexionar que dieron noticia exacta a Abraham los ángeles de Dios del fuego abrasador que había de caer del Cielo sobre los ciudadanos de Sodoma, a cuyos espíritus angélicos había hospedado en su casa bajo la figura y traje de hombres, y de ellos había sabido la promesa que Dios le había hecho sobre la dilatada posteridad que había de tener; al advertir que, aproximándose el tiempo en que debía descender del Cielo aquel milagroso fuego, consiguiese por mediación de los ángeles el que pudiese salir milagrosamente libre de toda desgracia de la misma ciudad de

Sodoma, Lot, su sobrino, hijo de su hermano, cuya mujer en el camino, volviendo la vista hacia la ciudad, y convertida de improviso en estatua de sal, nos advirtió con grande e incomprensible misterio que ninguno en el camino de su libertad debe volver los ojos del apetito a la vida pasada; al considerar cuán grandes son las maravillas que obro Moisés al tiempo de sacar al pueblo de Dios de la dura servidumbre de Egipto, cuando a los magos o sabios de Faraón, rey de Egipto, que tenía oprimido con su tiranía al pueblo escogido, les permitió Dios que hiciesen algunos raros portentos para vencerlos y confundirlos con otros mayores, pues ellos los hacían con encantamientos mágicos y hechicerías, a que son dados con particular afición los ángeles malos, esto es, los demonios, pero Moisés los venció fácilmente con el ministerio de los ángeles, tanto más poderosamente cuanto era más justo que los venciera y humillara en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra; finalmente, desfalleciendo los magos en la tercera plaga, suscitó Moisés hasta diez, que en sí representaban ocultos e impenetrables misterios, a las cuales se rindieron los duros corazones de Faraón y de los egipcios, permitiendo salir libremente al pueblo de Dios; pero luego se arrepintieron y procuraron dar alcance a los hombres, que iban marchando y pasando el mar a pie enjuto, porque por disposición divina se dividieron las aguas y les proporcionó un camino libre y anchuroso, y en este tiempo, queriendo los egipcios acometer al pueblo de Dios, entraron en su seguimiento por la misma senda, y volviendo a unir milagrosamente las aguas, quedaron sumergidos en ellas y muertos todos? ¿Qué diré de los milagros que caminado por el desierto los israelitas hizo Dios en tanto número y tan estupendos, como de las aguas, que no pudiendo ser bebidas por su amargura, echando en ellas un leño, como el Señor lo había mandado, perdieron su amargura y hartaron a los sedientos; cómo asimismo, teniendo hambre, les llovió maná del cielo; cómo habiendo puesto tasa a los que lo cogían, a los que se excedieron de ella se les corrompió y llenó de gusanos, y cómo aunque lo cogieron en doblada cantidad el día

antes del sábado (porque el día del sábado no era lícito cogerlo) no se les corrompió; cómo deseando comer carne, que parece no había de bastar ninguna para su pueblo tan numeroso, se llenó todo el campo de los hebreos de volatería, y se apagó el ardor de su apetito con el fastidio de la hartura; cómo saliéndoles los enemigos al encuentro pretendiendo prohibirles el paso, y peleando con ellos, con orar Moisés y extender sus brazos en figura de cruz, sin morir ni uno de los hebreos fueron rotos y vencidos los contrarios; cómo a los sediciosos que se habían amotinado en el pueblo de Dios, separándose de la sociedad que Dios había ordenado, para ejemplo visible de las penas invisibles, abriéndose la tierra se los tragó vivos; cómo hiriendo una piedra con una vara derramó para tanta multitud abundantísimas aguas; cómo habiéndoles Dios enviado por justo castigo de sus pecados, serpientes que apenas les mordían morían, levantando en un leño una serpiente de metal, y mirándola quedaron sanos, así para con esta figura socorrer al pueblo afligido como para figurar con la semejanza de una muerte casi crucificada, la muerte que destruyó Cristo con la suya; la cual serpiente, habiéndose guardado en memoria de este beneficio, y comenzando después el pueblo ignorante a adorarla como ídolo, el rey Ezequías [28], sirviendo a Dios como príncipe religioso, la hizo pedazos, con grande gloria de su celo y religión?

[28] 4 Reg., 18, 4.

Capítulo IX

DE LAS ARTES ILÍCITAS QUE SE USAN EN EL CULTO DE LOS DEMONIOS, DE LOS CUALES, DISPUTANDO EL PLATÓNICO PORFIRIO, PARECE QUE APRUEBA A VECES ALGUNAS, Y QUE DE OTRAS DUDA Y CASI LAS REPRUEBA.

9 Estas y otras maravillas semejantes, que sería demasiada prolijidad referir, se hacían para establecer el culto del verdadero Dios y prohibir el de los dioses falsos, las cuales se ejecutaban con

una fe sencilla y confianza en Dios, no con encantamientos ni fórmulas verbales, compuestas conforme al arte de su nefaria curiosidad, a la que o llaman mágica, o con otro nombre más abominable goecia, o con otro más honroso theurgia [29]. Los que pretenden distinguir estas ridiculeces, quieren dar a entender que de los que se entregan al estudio de las artes ilícitas, unos son reprensibles, cuales son los que el vulgo llama maléficos o hechiceros, porque éstos dicen que pertenecen a la goecia; y otros, más loables, a quienes atribuyen la theurgia, siendo indubitable que unos y otros están sujetos y dedicados a los falsos y engañosos ritos de los demonios, bajo los nombres de ángeles. Porfirio, aunque con poco gusto, en un discurso lleno de algún modo de rubor y empacho, promete cierta purificación del alma por medio de la theurgia; sin embargo, niega que con tal arte pueda alguno conseguir el volver a Dios, de modo que puede advertirse fácilmente cómo anda fluctuando y dudoso con pareceres varios entre el vicio de tan sacrílega curiosidad y entre la profesión de la filosofía. Porque ya avisa que se guarden los hombres de la profesión de este arte, como falaz y engañosa, la cual se practica no sin notorio riesgo y peligro, y está prohibida severamente por las leyes; ya advierte, rindiéndose a los que la aprueban y elogian, que es útil para purificar una parte del alma, si no la intelectual con que percibimos la verdad de las cosas inteligibles, que no tienen semejanza alguna con los cuerpos, a lo menos la espiritual con que recibimos las imágenes y representaciones vivas de las cosas corporales. Esta dice que por ciertas consagraciones theúrgicas, que llaman teletas [30], se hace capaz y se dispone para recibir espíritus y ángeles para ver los dioses. Aunque de tales consagraciones confiesa que no se le introduce sombra alguna de purificación al alma intelectual que la haga idónea para ver a su Dios y entender las cosas que son verdaderas. De cuya doctrina puede inferirse qué tal sea la visión que resulta de las theúrgicas consagraciones, y a qué clase de dioses se ofrecen, pues en ella no se ven las cosas que verdaderamente son. Finalmente, dice

que el alma racional, o como le agrada llamarla, el alma intelectual, puede elevarse al conocimiento de las cosas celestiales, aunque la parte que en ella es espiritual no esté purificada con arte alguna theúrgica, y asimismo que la espiritual se purga por el theurgo tan escasamente que no puede arribar a la inmortalidad y eternidad. Así que, no obstante de que distinga los ángeles de los demonios, diciendo que el lugar que ocupan los demonios es el aire; y el lugar etéreo o empíreo el que corresponde a los ángeles, y aconseje que debe usarse de la amistad de algún demonio para que llevándonos él a sus moradas respectivas pueda cada uno elevarse algún tanto de la tierra después de muerto, y diga que hay otro camino para llegar a gozar de la inefable compañía de los ángeles; sin embargo, afirma expresamente que debe cualquiera cautelarse y huir de la sociedad de los demonios, cuando asegura que las almas, después de la muerte, satisfaciendo sus culpas, abominan con horror el culto de los demonios, que en vida los acostumbran engañar. Con todo, no pudo negar que la misma thuergia, la cual elogia y recomienda como conciliadora de los ángeles y de los dioses, negocia con tales potestades, que o nos envidian la purgación de las almas, o se rinden y sujetan a las falaces artes de otros envidiosos, refiriendo latamente la queja de cierto caldeo alusiva a este punto. "Quéjase, dice, un buen hombre en Caldea de que se le frustraron las penosas tareas que había sufrido para purificar su alma, habiéndoselas atajado otro, que era poderoso en lo mismo, sólo por envidia, conjurando y ligando las potestades con sus sagradas oraciones para que no le concediesen su petición; luego el uno ligó, dice, y el otro no desligó". Con lo cual, añade, se da a entender que la theurgia sirve para hacer bien como para hacer mal, y que así los dioses como los hombres están sujetos también a la disciplina y padecen las perturbaciones y pasiones que Apuleyo comúnmente atribuye a los demonios y a los hombres, aunque distingue a los dioses de los hombres por la elevación del lugar etéreo y confirma en esta distinción la sentencia de Platón.

[29] Diferénciase estas artes inventadas por los persas en que la Magia es una invocación a los demonios benéficos para alguna acción buena; la Goecia se practicaba por invocación de los muertos, y se llamaba así por el llanto que se hacía en sus sepulturas, y la Theurgia es propia de los dioses principales, en la cual, siempre que se yerra, como dice Jamblico, no se presentan los números buenos, sino los de peor condición, bajo la forma de buenos. Por eso, añade, no es conveniente apartarse del rito antiguo y disposiciones de los sacerdotes.

[30] Teletas son sacrificios perfectos, en cuya celebración no falta requisito alguno relativo a los ritos, ceremonias, víctimas, etc.

Capítulo X

DE LA THEURGIA, QUE CON LA INVOCACIÓN DE LOS DEMONIOS PROMETE A LAS ALMAS UNA FALSA PURIFICACIÓN.

10 Y ved aquí cómo Porfirio, platónico en la secta, dicen que es más docto que el primero por su estudio en el arte theúrgico, el cual pinta a los mismos dioses sujetos y rendidos a pasiones y perturbaciones, puesto que sus conjuros les pudieron aterrar para que no verificasen la purgación del alma; y pudo espantarlos seguramente el que les mandaba ejecutasen lo que era malo, cuando el otro, que les pedía lo que era bueno, por el mismo arte no pudo librarles del miedo para que le hicieran bien. ¿Y quién no advierte que todo esto es invención de los engañosos demonios, a no ser que sea un miserable esclavo suyo y esté privado de la gracia del verdadero libertador? Pues si esto se tratara con los dioses buenos, sin duda que más pudiera con ellos la buena intención del que lo pretende impedir. Y si a los dioses virtuosos les pareció indigna de la purificación la persona para quien se pedía, no se negaron por terrores que les impuso el envidioso, y como él dice, impedidos del miedo que pudiese causarles otra deidad más poderosa, sino libremente. Es digno de admiración que aquel benigno caldeo, que deseaba purificar

el alma con las consagraciones theúrgicas, no hallase algún otro dios superior que, o les infundiese mayor terror y obligase a los aterrados dioses a hacer bien, o que refrenase a los que les causaban miedo, para que libremente y sin obstáculo hiciesen bien; pero le faltaron sus oraciones y conjuros al buen theurgo para poder purificar primeramente del contagio del temor a los mismos dioses que invocaba con el ánimo de purgar su alma. Y si no, díganme: ¿qué causa hay para que pueda tener a mano y como a su disposición un Dios más poderoso con el objeto de excitarles terror, y no pueda tenerle para que los libre del miedo? ¿Acaso se halla un dios que oiga al envidioso y ponga miedo a los dioses para que no hagan bien, y no se encuentra otro dios que oiga benignamente al bueno, y quite el terror a los dioses para que puedan hacer bien? ¡Oh famosa theurgia, oh graciosa purificación del alma, donde vale más lo que puede y prescribe la inmundicia de la envidia que la pureza de la obra buena, o, por mejor decir, donde es más poderosa la perversa y abominable falacia de los malignos espíritus que la buena y saludable doctrina! Porque, cuanto éste refiere de los que ejecuten estas sucias e inmundas purificaciones con tan sacrílegos ritos que notan, como con espíritu terso y limpio, unas hermosísimas imágenes, o de ángeles o de dioses (si es que ven algún objeto) es lo mismo que dice el apóstol [31]: "Que Satanás se suele transfigurar como en ángel de luz". Suyas son aquellas ilusiones y fantasmas con que procura enredar las miserables almas en la religión falsa de muchos y falsos dioses y apartarlas del culto del verdadero Dios con cuyo favor, y por quien solamente se purifican y sanan de las envejecidas enfermedades del alma, lo cual se dice de Proteo cuando el poeta cuenta [32] que no deja forma ni figura que no tome, persiguiendo unas veces como enemigo; otras, ayudando engañosamente, y ofendiéndolas de todos modos con lo uno y con lo otro.

[31] Cor., 11, 14.

[32] Virgilio, Georg., IV, 411, hace a Proteo hijo del Océano y de Tetis, insigne adivino, de quien dice el mismo poeta "conoce todas las cosas que suceden, han sucedido y están por venir". Proteo tomaba todas las formas de animales y plantas, cuya naturaleza conocía, ya por sus estudios astronómicos, ya por su comunicación con los sacerdotes.

Capítulo XI

DE LA CARTA QUE ESCRIBIÓ PORFIRIO AL EGIPCIO ANEBUNTE, EN QUE LE PIDE LE ENSEÑE LA DIVERSIDAD DE LOS DEMONIOS.

11 Con más cordura procedió Porfirio cuando escribió al egipcio Anebunte, en cuyo escrito, como si pidiera parecer, no sólo descubre, sino que destruye estas sacrílegas artes. Allí reprueba generalmente a todos los demonios, de quienes dice que por su imprudencia atraen los vapores húmedos, y que por eso no residen en la parte etérea, sino en la aérea debajo de la luna, y en el mismo globo de este planeta; pero no se atreve a atribuir absolutamente a los demonios todos los engaños, malicias e imperfecciones que con razón le ofenden; pues algunos de ellos, siguiendo el sentir de otros escritores, los llama demonios benignos, confesando no obstante que, generalmente, todos son imprudentes. Admírase de ver que a los dioses no sólo los sacien y conviden con víctimas, sino que también los compelan y obliguen a ejecutar lo que los hombres quieren; y si los dioses se distinguen y diferencian de los demonios en lo corpóreo e incorpóreo, ¿cómo ha de presumirse que son dioses el sol y la luna y las demás cosas visibles del cielo, las cuales es indudable que son cuerpos? Y si son dioses, ¿cómo aseguran, que unos son benéficos y otros malignos, y cómo siendo corpóreos se unen con los incorpóreos? Pregunta igualmente, como el que duda, si los que adivinan y practican algunas acciones admirables participan de almas más poderosas, o si externamente les acuden y auxilian algunos espíritus, por cuyo medio practican semejantes maravillas. Y sospecha que esta potestad les

viene de fuera, pues por medio de piedras y hierbas se ve que no sólo ligan a algunos, sino que abren también puertas cerradas, o hacen algunas maravillas semejantes. Por lo cual dice que otros son de opinión que hay cierto género de demonios a quienes es connatural y propio el oír y acudir a los que les piden y que son naturalmente cautelosos, mudables en todas formas y configuraciones, fingiendo dioses y demonios, y almas de difuntos, y que éstos son los que ejecutan todos estos portentos, que parece que son buenos o malos; pero en los que son realmente buenos no ayudan ni sirven de nada, y ni siquiera los conocen, sino que enredan, acusan e impiden algunas veces a los que de veras siguen la virtud; que son temerarios y soberbios, llenos de arrogancia y fausto; que gustan de los perfumes de los sacrificios, se pagan de lisonjas, y todo cuanto dice sobre este género de espíritus cautelosos y malignos que de fuera acuden al alma, y embelecan y engañan los sentidos humanos, dormidos o despiertos, lo afirma no como un principio inconcuso que le tiene persuadido suficientemente o creído, sino que lo sospecha o duda con tanta ambigüedad y fútiles fundamentos, que asegura que otros son de esta opinión. En efecto: fué empresa muy ardua para un filósofo tan ingenioso el llegar a conocer o argüir atrevidamente y condenar toda la diabólica chusma, a la cual cualquiera vejezuela cristiana fácilmente conoce, y con singular libertad escupe y abomina, si no es que acaso este filósofo tema ofender a Anebunte, a quien escribe como a una insigne cabeza y pontífice de semejante religión, y a otros aficionados que admiran estas cosas como divinas y pertenecientes al culto y religión de los dioses. Sin embargo, prosigue como preguntando cosas que, consideradas con atención y cordura, no pueden atribuirse sino a potestades y espíritus malignos y engañosos. Pregunta, pues, por qué invocándolos como buenos los mandan como si fueran malos, que ejecuten y practiquen los injustos mandamientos de los hombres; por qué no prestan oídos a los que los invoca y pide algún favor, si el suplicante hubiere incidido en pecados deshonestos, conduciéndolos al mismo tiempo tan

fácilmente a cualesquiera torpezas y actos venéreos; por qué advierten a sus sacerdotes que les conviene abstenerse de comer ciertos animales, sin duda con el objeto de que no se coinquinen y profanen con los vapores o hálitos de los cuerpos, y por otra parte gustan y dejan captarse de otros vapores más perniciosos, y de la oblación de holocaustos, víctimas y sacrificios, prohibiendo a sus sacerdotes que no toquen los cuerpos muertos, siendo innegable que la mayor parte de sacrificios que se le ofrece constan de cuerpos muertos. ¿De dónde proviene que un hombre sujeto a toda suerte de vicios conmine con terribles amenazas, no al demonio o al alma de algún difunto, sino a los primeros luminares del mundo, sol y luna, o a cualquiera de las deidades celestiales, aterrándolos con ficciones para sacarles la verdad? ¿Por qué los intimida, declarando que hará pedazos el cielo y otros cuerpos poderosos semejantes, cuya ejecución es imposible al hombre, con el ánimo de que los dioses, como niños tiernos, inocentes e ignorantes, atemorizados con las ridículas y falsas conminaciones, practiquen exactamente sus mandatos? Y da la razón diciendo por qué Cheremon, hombre muy instruido y versado en semejantes asuntos sagrados, escribe que las maravillas que se celebran entre los egipcios por tradición y fama común, así de Isis como de Osiris, su marido, tienen particular fuerza y virtud para obligar a los dioses a que ejecuten cuanto se les ordene, siempre que el que los conjura con sus vanas fórmulas, encantaciones y sortilegios les amenaza que las divulgará o las destruirá a raíz, y todas las veces que con expresiones fuertes les asegura que disipará y aniquilará los miembros de Osiris si no hicieren todo cuanto les prescribe. De que el hombre amenace con semejantes desatinos a los dioses, no como quiera a los de la clase inferior, sino a los mismos que denominan celestiales y brillan con luz y resplandor refulgente y de que esta conminación no quede sin efecto, antes por el contrario, que forzándolos violentamente los obligasen a hacer con tales medios cuanto deseaban, se admira con razón Porfirio; o, por mejor decir, bajo el pretexto de admiración, y como preguntando la causa que

motivaba tan extraño suceso, da a entender que obran estas maravillas los mismos espíritus, de quienes dijo ya, según el sentir de otros filósofos, que eran seductores, engañosos y cautelosos, no como él dice naturalmente, sino por su culpa y malicia, quienes se fingen dioses y almas de difuntos, y no fingen ser demonios, sino que realmente lo son. Y lo que él opina, que los hombres con hierbas, piedras y animales, por medio de ciertos sonidos, voces, figuras, ademanes y ficciones, y con ciertas observaciones sobre la conversión y movimiento de las estrellas, fabrican en la tierra ciertos entes singulares para causar y hacer diferentes efectos; todo esto es obra de los mismos demonios, seductores de los hombres, que tienen subyugados y sujetos a su dominio, gustando y complaciéndose en la ignorancia y errores de los mortales. Así que, o dudando efectivamente Porfirio, o indagando y preguntando acerca de la causa de estos portentos, refiere extrañas particularidades con que se convencen y arguyen de falsos, demostrando de paso que no pertenecen a las potestades que nos auxilian en la grande obra de conseguir la vida eterna, sino a los demonios cautos y engañosos, que los forman para tenernos más embaucados y alucinados; o porque opinemos y sintamos con más benignidad de un filósofo tan instruido, por tratar con un sabio egipcio aficionado a tales errores, y que presumía o se lisonjeaba de saber los secretos más singulares y las causas más abstractas y recónditas, pretendió ciertamente no ofenderle con la autoridad de doctor y maestro arrogante y presuntuoso, ni turbarle contradiciendo públicamente su opinión, antes con figurada humildad de persona que aparenta desear saber, al preguntarle sobre toda especie de materias, quiso traerle a la consideración de aquellas maravillas y manifestarle de cuán poco momento son y cuánto debe huirse de ellas. Finalmente, casi al fin de la carta le pide que le demuestre y enseñe el camino recto para alcanzar la bienaventuranza, según la doctrina de los sabios de Egipto. Por lo demás, aquellos que tuviesen trato familiar con los dioses, de modo que por sólo hallar un fugitivo o conseguir la

posesión de una heredad, o un honrado casamiento, o por sus negociaciones y otros intereses semejantes inquietarían al divino espíritu, es de parecer que los tales no se aplicaron al estudio de la sabiduría, y que los mismos dioses con quienes tenían amistosa correspondencia, aunque en otros puntos les dijesen la verdad, sin embargo, porque nada les advertían sobre la bienaventuranza que les fuese útil y a propósito, no eran dioses, ni benignos demonios, sino del número de aquellos de quienes dijimos que eran falaces y engañosos o más ciertamente todo una quimera o ficción humana.

Pero porque con estas artes se obran y ejecutan tales y tan raras operaciones que exceden realmente las facultades y fuerzas humanas, ¿qué resta ya sino que todo cuanto observamos que maravillosamente vaticinan y obran como si estuvieran iluminados del espíritu divino, y, no obstante, no se refiere al culto de un solo Dios verdadero, cuya perfecta unión absolutamente (aun según el sentir de los platónicos en diversos lugares) es solamente el único bien que nos hace bienaventurados; que resta, digo, sino que, considerados atentamente todos aquellos raros portentos, entendamos que son embelecos y engaños con que nos alucinan y divierten los espíritus infernales, cuyo funesto mal debemos evitar, procurando guardarnos de sus cautelas con el amparo y protección de la religión verdadera?

Capítulo XII

DE LOS MILAGROS QUE OBRA EL VERDADERO DIOS POR MINISTERIO DE LOS SANTOS ÁNGELES.

12 Todos los milagros que se hacen por disposición divina, ya sea interviniendo el ministerio de los ángeles, ya sea por otro medio, pero dirigidos siempre a recomendarnos el culto y religión de un solo Dios, en quien consiste solamente la posesión de la bienaventuranza, debemos creer que los hacen realmente aquellos espíritus justos, o por medio de los que nos aman según la verdad y piedad, obrando el mismo Dios en ellos. Porque no debemos prestar nuestra atención a

los que niegan que Dios, siendo invisible, no hace milagros visibles, pues según ellos crió el mundo, del cual no pueden a lo menos negar que es visible. Cualquiera maravilla que sucede en este mundo, sin duda que es de menos entidad que la creación y conservación del mundo, y de cuanto contiene en su dilatada extensión, esto es, es menos que el cielo y la tierra y todo lo que en ellos se contiene, todo lo cual efectivamente lo crió Dios. De que se infiere que así como el que lo hizo es oculto e incomprensible al hombre, así también lo es el modo que observó para la ejecución de tan grande obra. Así que, aun cuando las maravillas de este mundo visible las tengamos en poco por verlas tan de ordinario y con tanta frecuencia, sin embargo, cuando meditamos en ellas con prudencia y dirección, se nos representan mayores que las más inusitadas y raras; pues la formación del mismo hombre, dotado de tantas y tan estimables perfecciones, es mayor milagro que cualquiera otro que se efectúa por medio del hombre. Por lo cual Dios, que hizo visibles el cielo y la tierra, no se desdeña de hacer milagros visibles en el cielo y en la tierra, para excitar, al alma entregada aún a la contemplación y afición de los objetos visibles, a que tribute culto y adoración a El que es invisible. El descifrar el lugar y tiempo donde y en el que Dios ha de obrar portentos, es un arcano incomprensible y negocio ya determinado sabiamente en su divino consejo, sin que pueda alterarse en lo más mínimo; como que en sus previos e indefectibles decretos y providencia están ya presentes todos los tiempos que han de venir. Pues este gran Dios, sin moverse temporalmente mueve todas las cosas temporales, y de una misma manera conoce lo que está por hacer que lo hecho, y de un mismo modo oye a los que le invocan, que ve y observa a los que le han de invocar y llamar en sus aflicciones. Pues, aun cuando sus ángeles nos oyen, él nos oye en ellos como en su templo verdadero, y no formado por mano inferior; así como en todos sus santos, y lo que prescribe se ejecute temporalmente, corre ya conforme a las justas ordenaciones de su santa ley eterna.

Capítulo XIII

CÓMO SIENDO DIOS INVISIBLE SE DEJÓ VER MUCHAS VECES, NO SEGÚN LO QUE ES, SINO SEGÚN LO QUE PODÍAN COMPRENDER LOS QUE LO VEÍAN.

13 No nos debe extrañar que siendo invisible se diga que en repetidas ocasiones se apareció visiblemente a los santos padres de la antigua ley, por que de la misma manera que con el sonido o eco de la voz se oye y percibe la sentencia y concepto que está en el oculto seno del entendimiento, así también la forma o figura con que dejó verse Dios (la cual consiste en una naturaleza visible) no era realmente lo que es el mismo Señor. Sin embargo, el Omnipotente era el que se dejaba ver en aquella forma corporal, así como la misma sentencia o concepto es lo que se oye por el sonido y eco de la voz; no ignoraban los padres que veían a Dios (que es ciertamente invisible) en forma o especie corporal, lo cual no era en realidad de verdad, porque también hablaba con Moisés cuando conferenciaba con el Señor, y, no obstante, le decía [33]: "Si he hallado gracia delante de ti, déjame que te vea para que te conozca". Así que, conviniendo, según los inescrutables decretos del Altísimo, que la ley de Dios se diese y publicase no a una persona sola, o ciertos hombres sabios, sino a toda una nación y pueblo inmenso; en presencia de todo ese pueblo se vieron obrar estupendas maravillas en el monte donde se daba la ley por uno solo, estando presente toda aquella innumerable multitud a los pavorosos y tremendos estruendos que se oían. Porque el pueblo de Israel no creyó a Moisés, como creyeron los lacedemonios al legislador Licurgo cuando les dijo que había recibido de Júpiter o de Apolo las leyes que él había formado para sí solo [34]; porque cuando se dio la ley al pueblo a quien se mandaba que reverenciase y adorase a un solo Dios, a vista del mismo pueblo apareció en cuanto fué necesario la majestad y providencia divina con maravillosas señales y movimientos, para promulgar la misma ley que nos enseña cómo ha de servir la criatura a su Criador.

[33] Exod., 33, 13.

[34] Licurgo, rey de los espartanos, promulgó un código de leyes tan duras y severas, que se vio en la necesidad de fingir que las había recibido de Apolo y, según otros dicen, del mismo Júpiter.

Capítulo XIV

CÓMO DEBE ADORARSE UN SOLO DIOS, NO SÓLO POR LOS BIENES ETERNOS, SINO TAMBIÉN POR LOS TEMPORALES, TODOS LOS CUALES CONSISTEN EN LA POTESTAD DE SU PROVIDENCIA.

14 Del mismo modo que van fomentándose y aprovechando las buenas y saludables instrucciones de un hombre virtuoso; así las del linaje humano, en lo referente al pueblo de Dios, fueron creciendo por determinados períodos, como quien crece progresivamente según el estado de su edad, para que viniera a elevarse de la contemplación de las cosas temporales a la de las eternas, y de las visibles a las invisibles; de modo, que aun cuando Dios nos prometía premios visibles, no obstante, nos iba recomendando la veneración y adoración de un solo Dios, para que es espíritu humano, por los bienes terrenos y caducos de esta vida transitoria, no se sujetase a otro que al verdadero Criador y Señor absoluto de las almas. Porque cualquiera que niega que todo cuanto pueden dar a los hombres, o los ángeles, o los hombres, no está en la omnipotencia y sumo poder de un Dios todopoderoso, éste sin duda desatina o está demente. A lo menos Plotino, filósofo platónico, tratando de la providencia divina [35] prueba, por la hermosura de las hojas y de las flores, que la Providencia llega a abrazar y comprender todo cuanto hay; desde el mismo Dios, cuya hermosura es incomprensible e inefable, hasta estas cosas terrenas y humildes; de todas las cuales, como despreciables que pasan velozmente y en un momento perecen, afirma que no pueden tener los correspondientes números y perfecciones de sus formas, si no les sobreviene la forma de aquella verdadera forma incomprensible e inconmutable que comprende en sí

todas las perfecciones. Lo mismo enseña Jesucristo, Señor nuestro, por estas palabras [36]: "Considerad las flores del campo cómo crecen sin trabajar ni hilar, y, no obstante, os digo que ni aun Salomón, en el colmo de su gloria y prosperidad, se vistió como una de éstas. Pues si a la hierba del campo que hoy nace, y mañana se echa al fuego la viste Dios así, ¿cuánto más a vosotros, gente de poca fe?" Así que para el alma del hombre, sujeta a los deseos y propensiones de la tierra; los mismos bienes caducos e inestables que temporalmente desea y necesita en esta vida transitoria son de poco momento en comparación con los bienes eternos de la vida futura; sin embargo, no los acostumbra pedir ni esperar sino de la mano de un solo Dios, a fin de que ni aun con el deseo de éstos se aparte del culto y veneración de aquel cuya posesión y visión beatífica ha de conseguir por el desprecio y aversión de semejantes bienes terrenos.

[35] Enn. III, 2, 13.

[36] Mt., 6, 28 sig.

Capítulo XV

DEL MINISTERIO CON QUE LOS SANTOS ÁNGELES SIRVEN A LA DIVINA PROVIDENCIA.

15 De tal modo quiso la divina Providencia trazar y ordenar el curso de los tiempos, que, según dije y se lee en los Hechos Apostólicos: "Fué su voluntad que la ley sobre el culto y religión de un verdadero Dios se diese por medio de los edictos de los ángeles", y que en ellos se mostrase visiblemente la persona del mismo Dios, aunque no en realidad, porque siempre permanece invisible a los ojos corruptibles, sino que por ciertos indicios apareciese visiblemente por medio de la criatura sujeta a su Criador, y que hablase con voces articuladas de lengua humana, gastando en las sílabas sus pausas y detenciones de tiempo, el cual, en su naturaleza no corporal, sino espiritual; no sensible, sino inteligible; no temporal, sino eterna, ni comienza ni deja de hablar; lo cual, estando cerca de él, oyen más

sinceramente, no con el oído del cuerpo, sino con el del espíritu sus ministros y mensajeros, que gozan y participan de su inmutable verdad siendo bienaventurados e inmortales, y lo que oyen con expresiones inefables sobre lo que deben ejecutar y comunicar a los seres visibles, sensibles y terrenos, lo hacen sin réplica ni dificultad alguna. Esta ley se dio conforme a la distribución ordenada de los tiempos, la cual tuvo primeramente, como queda dicho, promesas terrenas, significativas de las eternas, las cuales celebraron muchos con sacramentos visibles y las entendieron muy pocos. Con todo, en ella con manifiesta contextación y analogía, así dos veces como de expresos mandatos, se manda y establece el culto y veneración de un solo Dios, no de alguno de los que componen la turba de los falsos, sino de aquel que hizo el cielo y la tierra, y todas las almas y todo espíritu que no es el mismo Dios; porque éste es el que crió y formó, y ellos son sus hechuras, y para que tengan ser y se conserven, tienen necesidad de valerse en todo del que los hizo.

Capítulo XVI

SI EN LA MATERIA DE PODER ALCANZAR Y MERECER LA BIENAVENTURANZA SE DEBE CREER A LOS ÁNGELES, QUE PIDEN SER REVERENCIADOS CON EL HONOR Y CULTO QUE SE DEBE A DIOS, O A AQUELLOS QUE MANDAN SIRVAMOS SANTA Y RELIGIOSAMENTE, NO A ELLOS, SINO A DIOS.

16 ¿A qué ángeles debemos dar asenso sobre la cuestión de la vida bienaventurada y sempiterna, a los que intentan que los reverenciemos con ritos y ceremonias religiosas, pidiéndonos que los adoremos y ofrezcamos sacrificios, o a los que dicen que toda esta reverencia y culto se debe solamente a un Dios Todopoderoso, Criador de todas las cosas, a quien prescriben que rindamos todo este honor y culto con verdadera piedad; con cuya amable vista y contemplación son también bienaventurados, prometiéndonos que lo seremos también nosotros? Porque la vista de Dios es tan hermosa y

digna de un amor tan singular, que sin ella, aunque tenga uno abundancia de otros cualesquiera bienes, no duda Plotino [37] decir que es infelicísimo. Siendo, pues, cierto que unos ángeles nos mueven e incitan con señales admirables a que adoremos con reverencia y culto de latría a solo Dios, y otros a que se les adore a ellos, es digno de notarse que aquéllos nos prohíben el adorar a éstos, y éstos no se atreven a prohibir que sea venerado aquél. De éstos ¿a quiénes debemos dar más crédito? Respóndannos los platónicos, respóndannos cualesquiera filósofo, respóndannos los theurgos, o, por mejor decir, los periurgos, por cuanto son acreedores a que se les de este nombre, por tales artes y estudios; finalmente, respóndannos los hombres, si es que de algún modo vive en ellos algún sentido natural, con el cual les hizo Dios racionales; respóndannos, digo, si se debe ofrecer sacrificios a los dioses o ángeles, que mandan expresamente que se les sacrifique a ellos solos, o solamente a aquel Señor a quien prescriben se haga así los que prohíben que se les ofrezcan víctimas y sacrificios a ellos mismos y a los otros, aunque ni éstos ni aquéllos hicieran milagros, sino únicamente mandaran los unos que se les sacrificase a ellos, y los otros ordenaran que solamente se ofreciesen sacrificios a un solo Dios verdadero, debían muy bien advertir con piedad y religión cuál de éstos procedía con fausto y soberbia, y cuál con verdadera religión. Digo más: aun cuando solo los que quieren se les sacrifique pudieran mover a los hombres con obras maravillosas, y los que los prohíben y prescriben que se sacrifique a un solo Dios verdadero, no quisiesen practicar estas maravillas y milagros visibles, seguramente debíamos anteponer su autoridad, siguiendo, no el sentido del cuerpo, sino la luz de la razón. Pero habiendo Dios, para recomendaros la verdad de su palabra, procedido de manera que por éstos sus mensajeros y ministros inmortales que predican y celebran, no su fausto y soberbia, sino la Majestad Divina, ha hecho milagros mayores, más ciertos y más evidentes, para que los que desean para sí los sacrificios no persuadiesen fácilmente a los flacos el conocimiento de Dios,

probando la falsa religión a sus sentidos con algunos prodigios estupendos; ¿quién habrá tan ignorante que no elija los verdaderos para seguirlos, puesto que halla en ellos mucho más de que poder admirarse? Puesto que los milagros que obran los dioses de los gentiles, de que se hace mención en sus historias (y no hablo de los que en el decurso de los tiempos suceden por ocultas y secretas causas naturales, aunque ciertas y subordinadas a la divina Providencia, como son los inusitados partos de los animales, las apariencias extraordinarias en el cielo y en la tierra, ya sean las que causan espanto y terror, ya las que hacen notables daños y estragos, las cuales dicen que se aplacan y mitigan con ritos diabólicos por la engañosa astucia de los espíritus infernales, sino de los milagros, que con toda evidencia se hacen por la virtud y potestad divina, como es lo que refieren de las imágenes o simulacros de los dioses Penates, que condujo Eneas cuando vino huido de troya que se mudaron de un lugar a otro; que Tarquino cortó con una navaja una piedra; que la Serpiente de Epidauro acompañó la estatua de Esculapio, habiéndola embarcado en su nave para traerla a Roma; que la nave en que iba la estatua de la madre Frigia, no pudiéndola mover todos los esfuerzos de muchos hombres y bueyes, la movió y trajo a la ribera sólo una tierna doncella, atándola su faja para testimonio de su castidad; que la virgen Vestal, sobre cuya honestidad se hacía inquisición, satisfizo a la duda, llenando en el Tíber de agua un harnero sin que se le vertiese una gota), estos portentos y otros semejantes de ningún modo deben compararse en virtud y grandeza a los que leemos sucedieron en el pueblo de Dios; cuanto menos los que por las leyes aun de las naciones que adoraron y reverenciaron a los falsos dioses, fueron prohibidos y severamente castigados, es a saber los mágicos y theúrgicos; que los más de ellos sólo en la apariencia embelesan y engañan los humanos sentidos, como es el hacer bajar la luna, como dice Lucano [38], "hasta que llegue de cerca a arrojar su veneno en las hierbas que tiene para este efecto preparadas el encantador". Y aunque algunos milagros o singulares habilidades suyas, en la

grandeza de las obras parece que se igualan con algunos que hacen las personas piadosas y religiosas, con todo, el mismo fin con que se hacen manifiesta que son sin comparación mucho más excelentes los nuestros. Porque con aquellos portentos se pretende recomendar el culto de muchos dioses, a los cuales tanto menos debemos sacrificar cuanto más lo desean; y con éstos se nos encarga el culto de un solo Dios verdadero, quien claramente nos demuestra que no tiene necesidad de semejantes sacrificios así con el testimonio de sus sagradas letras como con haber abrogado el mismo Señor al tiempo de predicar y promulgar la ley Evangélica, todos los sacrificios y ritos de la Mosaica. Luego si algunos ángeles desean para sí los sacrificios, deben ser pospuestos a los que lo desean no para sí, sino para Dios, Criador de todas las cosas, a quien sirven fielmente. Porque con este modo de obrar nos manifiestan el amor sincero que nos profesan, puesto que con el sacrificio intentan sujetarnos, no a sí mismos, sino a aquel gran Dios con cuya vista son bienaventurados y eternamente felices. Pretenden asimismo que nos acerquemos a conseguir aquel sumo bien, de cuyo amor y obediencia jamás se apartaron; y si los ángeles que quieren se ofrezcan sacrificios, no a uno, sino a muchos quieren se sacrifique, no así, sino a muchos dioses, cuyos ángeles son aquellos mismos; aun así deben ser pospuestos a aquellos que son ángeles de un solo Dios verdadero. Dios de todos los dioses, a quien ordenan se tribute adoración y sacrificios; de manera que prohíben expresamente el sacrificar a otro alguno, y ninguno de ellos veda el sacrificar a este gran Dios a quien mandan éstos que se ofrezcan sacrificios. Y si lo que más da a entender y demuestra sus altivos y arrogantes engaños, ni son buenos, ni ángeles de dioses buenos, sino demonios malos que intentan que sacrifiquemos, no a un solo y sumo Dios, sino a ellos mismos; ¿qué mayor favor y amparo debemos procurar contra ellos que el de un solo Dios a quien sirven los ángeles buenos, los cuales ordenan que sirvamos con el sacrificio, no a ellos, sino a aquel cuyo sacrificio debemos ser nosotros mismos?

[37] Enn., 1, 6, 7.

[38] Phars. VI, 506.

Capítulo XVI

DE LA ARCA DEL TESTAMENTO, Y DE LOS MILAGROS QUE OBRO DIOS PARA RECOMENDARNOS LA AUTORIDAD DE SU LEY Y PROMESAS.

17 Por este motivo la ley de Dios, que se promulgó por ministerio de los ángeles, en la que se mandó reverenciar y adorar con religión divina a un solo Dios de los dioses, prohibiendo severamente la adoración de todos los demás dioses, estaba colocada en el arca que se llamó Arca del Testimonio. Con este nombre se da a entender bastantemente que Dios (a quien adoraban por medio de todos aquellos ritos y figuras) no solía incluirse y encerrase en lugar alguno, cuando desde la misma Arca daba a sus oráculos respuestas y señales visibles, sino que de allí salían los testimonios de su voluntad divina, puesto que la ley que estaba escrita en tablas de piedra, estaba allí, como dije, en el Arca; la cual todo el tiempo que peregrinaron por el desierto, llevando consigo el Tabernáculo que asimismo se llama Tabernáculo del Testimonio, la conducían los sacerdotes con la debida reverencia y veneración. Servíales [39] también de señal el que de día se les apareciera una nube, la cual de noche resplandecía como fuego, y cuando se movía la nube [40], se movía todo el campo real, y donde paraba, allí sentaban los reales. Dio Dios al tiempo de la promulgación de su ley santa otros testimonios confirmados con grandes y estupendos milagros, fuera de los que he referido, y además de las respuestas que daba desde el sagrado lugar del Arca. Pues cuando entraron en la tierra de promisión, pasando con la misma Arca por el Jordán [41], suspendiendo el río el curso de sus aguas por la parte de arriba y corriendo por la de abajo, abrió lugar capaz y enjuto para pasar en seco el Arca y el pueblo. Después, dando siete vueltas con el Arca a la primera ciudad enemiga que

encontraron [42], cuyos ciudadanos, como gentiles, adoraban muchos dioses, repentinamente cayeron al suelo sus fuertes muros, sin combatirlos, ni batirlos con máquinas ni otras invenciones guerreras. En seguida, estando ya en posesión de la tierra de promisión, y por sus enormes pecados el Arca cayó en poder de sus enemigos, quienes la cautivaron, y colocaron con grande honor y reverencia en el templo de su dios tutelar, a quien entre todos veneraban más, y dejándola así, cerraron el templo, y abriéndole al día siguiente, hallaron al ídolo que adoraban caído en el suelo y todo quebrado. Conmovidos los idólatras con tan estupendo prodigio, y viéndose vergonzosamente castigados, volvieron el Arca del Testamento al pueblo, a quien se la había tomado; ¿pero de qué modo se hizo la restitución? [43]. Pusiéronla sobre un carro y uncieron en él dos vacas recién paridas, quitándolas de la ubre sus becerrillos, y de esta manera las dejaron ir libremente donde quisiesen, intentando por este medio experimentar y probar la eficacia de la potestad divina; pero las vacas, sin tener persona que las guiase ni gobernase, caminando directamente hacia el país de los hebreos, sin hacerlas volver atrás los bramidos de sus hambrientos hijos, pusieron en manos de los que reverenciaban a Dios aquel grande sacramento de la ley antigua. Estos y otros prodigios semejantes son pequeños, respecto del gran poder de Dios, pero son al mismo tiempo grandes para causar temor saludable, enseñar e instruir a los mortales; porque si los filósofos, especialmente los platónicos son elogiados por cuanto opinaron mejor que los demás, como ya llevo referido, y enseñaron que la divina Providencia administraba y gobernaba igualmente estos objetos ínfimos y terrenos, fundados en el irrefragable testimonio de la numerosa, varia y hermosa procreación de seres que hace nacer, no sólo entre los cuerpos de los animales, sino también en las flores y las hierbas del campo; ¿con cuánta más claridad y evidencia presenta un testimonio claro de su divinidad, lo que acaece en su admirable predicación, donde se recomienda y enseña la religión que prohíbe el sacrificar a criatura alguna de las del cielo, tierra e infierno;

mandando que solamente ofrezcamos sacrificios a un solo Dios verdadero, el cual, solo, amante y amado hace bienaventurados? Y definiendo exactamente los tiempos en que había ordenado se hiciesen los antiguos sacrificios, y prometiendo que por medio de otro mejor sacerdote los había de mudar en estado más sublime, nos demuestra y da infalible testimonio de que no los apetece ni quiere, sino que por ellos nos quiere significar otros mejores; no porque él se ensalce o engrandezca con estas honras, sino para que nosotros, encendidos con el fuego de su divino amor, nos alentemos y excitemos a reverenciarle, y procuremos unirnos espiritualmente con este Señor, cuya utilidad redunda en nuestro bien, no en el suyo.

[39] Exod., 13, 21.

[40] Ib., 40, 34 sig.

[41] Ios., 3, 16, sig.

[42] Ios., 6, 20.

[43] Reg. I, 6, 11, sig.

Capítulo XVIII

CONTRA LOS QUE NIEGAN QUE DEBE DARSE CRÉDITO A LOS LIBROS ECLESIÁSTICOS SOBRE LOS MILAGROS QUE SE HICIERON PARA ESTABLECER E INSTRUIR EL PUEBLO DE DIOS.

18 ¿Dirá alguno que estos milagros son falsos y que nunca sucedieron, sino que mintieron los que los escribieron? Todo el que así se explica, si niega que en este particular no debemos creer absolutamente a escritura alguna, podrá decir también que tampoco hay dioses que cuiden de los mortales. Pues ellos mismos no usaron de otro arbitrio para persuadir a los hombres a que los adorasen, sino obrando estupendos prodigios, los cuales refiere igualmente la historia de los gentiles, cuyos dioses pudieron mejor hacer ostentación de admirables que mostrarse útiles. Y así en esta obra, cuyo libro X tenemos ya entre manos, no nos encargamos de

convencer y refutar a los que niegan que hay naturaleza divina, o defienden que no vigila ni cuida de las cosas humanas, sino a los que prefieren y anteponen sus dioses a nuestro Dios, autor y fundador de esta santísima y gloriosísima ciudad, ignorando que este mismo es también el autor y criador invisible e inconmutable de este mundo visible y mudable, verdadero dador de la vida bienaventurada, no con los objetos que ha criado, sino con su propia persona. Porque su profeta veracísimo, dice expresamente [44]: "Mi bien es unirme con Dios". Pues el sumo bien de que se disputa entre los filósofos es aquel al cual deben referirse para su consecución todos los oficios y operaciones humanas. No dijo el real profeta, mi sumo bien o toda mi bienaventuranza es el tener abundancia de riquezas, o el vestirme de púrpura, o empuñar el cetro, o alcanzar la corona real, o lo que no tuvieron pudor en proferir algunos de los filósofos, el deleite del cuerpo es mi sumo bien; o lo que mejor dijeron los más sensatos y cuerdos, la virtud de mi alma es mi sumo bien; sino para mí, dice, el uniforme con Dios es mi sumo bien y toda mi bienaventuranza. Esta célebre doctrina se la enseñó al real profeta aquel Señor a quien nos advirtieron los santos ángeles con el testimonio de los sacrificios legales, que debíamos solamente ofrecer sacrificios; y así el mismo profeta se había hecho un sacrificio de cuyo fuego inteligible estaba interiormente abrasado, y a cuyo espiritual reposo y unión inefable aspiraba con santos deseos. Pero si los que adoran muchos dioses (como quiera que imaginen y opinen de ellos) creen a las historias civiles, o a los libros mágicos, o lo que tienen por más decente, a los theúrgicos, donde se dice que hicieron milagros, ¿qué razón hay para que no quieran creer que obro Dios estos prodigios, referidos en la Santa Escritura, a la cual se debe tanta mayor fe cuanto sobre todas las cosas es mayor aquel a quien solo manda que ofrezcamos nuestro sacrificio?

[44] Ps., 72, 28.

Capítulo XIX

RAZÓN POR QUE LA VERDADERA RELIGIÓN NOS ENSEÑA A OFRECER A UN SOLO DIOS VERDADERO E INVISIBLE EL SACRIFICIO VISIBLE.

19 Los que imaginan que los sacrificios visible convienen también a los otros dioses, y que al verdadero Dios, como invisible, le convienen los sacrificios invisibles como a mayor, mayores, y como a mejor, mejores, como son los oficios de la conciencia pura y de la voluntad buena; sin duda ignoran que estos sacrificios son figuras y señales de estos otros, así como las palabras sonoras son señales de los objetos que se representan en el ánimo. Por cuyo motivo, lo mismo que cuando oramos y alabamos a Dios, enderezamos y encaminamos nuestras voces significativas a aquel Señor a quien ofrecemos en nuestro corazón las mismas cosas que significamos; así cuando sacrificamos hemos de entender que no debemos ofrecer el sacrificio visible a otro que aquel gran Dios cuyo sacrificio invisible debemos ser nosotros mismos en nuestros corazones. Y en este piadoso acto, nos aplauden, nos dan el parabién, y nos ayudan en cuanto pueden todos los ángeles, y las virtudes que nos son superiores y más poderosas en la misma bondad y piedad. Y si les deseamos ofrecer este honor, no quieren admitirle, y cuando Dios los envía a nosotros de modo que advirtamos su presencia, nos lo prohíben expresamente. De esta especie hay muchos ejemplos en la Sagrada Escritura. Opinaron algunos [45] que se debía a los ángeles el mismo honor y culto que se debe a Dios, adorándolos u ofreciéndoles sacrificio, pero los mismos espíritus celestiales se lo vedaron y ordenaron que tributasen esta adoración a aquel Señor a quien sabían que solamente se debía; en cuyo admirable ejemplo imitaron también a los santos ángeles los hombres santos y temerosos de Dios; pues en Licaonia [46], habiendo milagrosamente sanado San Pablo y San Bernabé a un hombre, los tuvieron por dioses, queriendo los licaonios ofrecerles víctimas en sacrificio y estorbándolo con humilde piedad los santos apóstoles, les anunciaron y dieron noticia del Dios

verdadero en quién debían creer. Pero los espíritus seductores no por otra causa piden con tanta arrogancia se les tribute este honor; sino porque saben como se debe al verdadero Dios; pues no gustan, como enseña Porfirio y sienten algunos filósofos, de los olores y perfumes de los cuerpos muertos, sino del honor y culto que se debe a Dios; ya que en todas partes tienen abundancia de perfumes, y si quisieran más, ellos mismos podrían proporcionárselo. Así que los espíritus que se le atribuyen a sí mismos con altivez y soberbia la divinidad, no gustan del humo del cuerpo, sino del alma del que les suplica para enseñorearse de ella, sujetándola y ganándola para sí, cerrándola el camino para llegar a conocer el verdadero Dios, para que no sea el hombre su sacrificio, sacrificándose a otro que a este gran Dios.

[45] Iudic., 13, 16; Apoc., 22, 8.

[46] Act., 14.

Capítulo XX

DEL SUMO Y VERDADERO SACRIFICIO QUE HIZO DE SÍ MISMO EL MEDIADOR DE DIOS Y DE LOS HOMBRES.

20 Por lo cual el verdadero mediador, que tomando la forma de siervo se hizo medianero entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, aunque admite y recibe en la forma de Dios sacrificio con el Padre, con quien es igualmente un solo Dios verdadero; sin embargo, bajo la forma de siervo, más quiso ser incruento sacrificio que recibirle, para que ni aun por este motivo pensase alguno que se debía ofrecer sacrificio a ninguna especie de criatura humana. Por este sacrificio viene a ser el mismo Dios sacerdote, siendo él mismo que ofrece, y él mismo la oblación, la víctima y el sacrificio. Fué su voluntad divina también que fuese sacramento cuotidiano el sacrificio de la Iglesia, la cual, siendo cuerpo místico y verdadero de esta misma y suprema cabeza, aprende a ofrecerse a sí misma en virtud del mandato de Jesucristo. A este verdadero sacrificio figuran en muchas y en diferentes formas y signos los antiguos sacrificios

que ofrecían los santos, figurando o representando a éste solo por medio de tantos, como si un mismo asunto se dijese por muchas y diferentes palabras, para encargarle y recomendarle más próvidamente, sin que de él resultase fastidio alguno. A este sumo y verdadero sacrificio cedieron todos los sacrificios falsos.

Capítulo XXI

DE LA POTESTAD QUE DIOS DIO A LOS DEMONIOS PARA GLORIFICAR SUS SANTOS POR EL SUFRIMIENTO, LOS CUALES VENCIERON A LOS ESPÍRITUS AÉREOS, NO APLACÁNDOLOS, SINO PERSEVERANDO EN DIOS.

21 Aquella potestad que en ciertos y determinados tiempos permite y concede Dios a los demonios, para que por medio de los hombres, de cuyo corazón están apoderados, ejerciten tiránicamente su rencor y enemistad contra la Ciudad de Dios, y que admitan sacrificios, no sólo de los que se los ofrecen voluntariamente, sino también de los que no quieren ofrecérselos y se resisten, por lo cual los persiguen violentamente hasta lograr que se los ofrezcan; no sólo no es daño, sino que resulta en utilidad de la Iglesia para que se cumpla el número de los mártires, a quienes la Ciudad de Dios estima por ciudadanos más ilustres y honrados, cuanto más fuerte y valerosamente pelean contra la impiedad de las potestades y tiranos, hasta derramar su inocente sangre. A éstos, con mayor razón, si lo permitiera el uso común del idioma de la Iglesia, los llamaríamos nuestros héroes. Por cuanto este nombre dicen que se deriva de Juno, dado que Juno, en idioma griego, se llama Hera, y por eso no sé que hijo suyo, según las fábulas de los griegos, se llamó Heros, significando con esta fábula como en sentido místico que el aire se atribuya a Juno, en cuyo lugar dicen que habitan los héroes con los demonios, llamando con este nombre a las almas de los difuntos que hicieron méritos sobresalientes. Por el contrario, se llamaran nuestros mártires héroes, si, como llevo indicado, lo admitiera el uso y

lenguaje eclesiástico, no porque estuviesen asociados con los demonios en el aire, sino porque vencían a los mismos demonios, esto es, a las potestades aéreas, y en ellas a la misma Juno (signifique esta voz lo que quieran), a la cual, no del todo fuera de propósito, pintan los poetas enemiga de las virtudes, émula y envidiosa de los varones fuertes que caminan al cielo. Sin embargo, vuelve a rendirse a ella miserablemente Virgilio, pues confesándose esta deidad vencida por Eneas [47], no obstante viene Heleno al mismo Eneas para darle un consejo piadoso y religioso y a decirle [48]: "Ofrecerás prontamente tus votos a Juno, y aplacarás y rendirás a esta poderosa señora con tus humildes dones". Y conforme a esta opinión, Porfirio, aunque no siguiendo su dictamen, sino el de los otros, dice que un Dios bueno o el genio no acude a favorecer al hombre, sin que primero se haya aplacado el malo, como si entre ellos fueran más poderosos los dioses malos que los buenos (sino es que aplacándolos les concedan su protección), y no queriendo los malos, no pueden aprovechar los buenos, y pueden dañar y ofender los malos, sin que se lo puedan resistir los buenos. No es esta la traza que usa la religión verdadera y realmente santa; no vencen de este modo nuestros mártires a Juno, esto es, a las potestades aéreas, émulas de las virtudes de los siervos de Dios. Si conforme al uso común pudiera decirse así, diríamos que de ninguna manera vencen nuestros héroes a la Hera con humildes dones, sino con virtudes divinas. Por eso más a propósito pusieron a Escipión el sobrenombre de Africano, porque venció y conquistó con su valor el Africa, que si con dones y dádivas aplacara a los africanos sus enemigos para que se aquietaran y no le causaran daño alguno.

[47] Virg., Aen., VII, 310.

[48] Virg., Aen., III, 438 sig.

Capítulo XXII

DE DÓNDE DIMANA LA POTESTAD QUE EJERCEN LOS SANTOS SOBRE LOS DEMONIOS, Y DE DÓNDE PROCEDE LA VERDADERA PURIFICACIÓN DEL CORAZÓN.

22 Los hombres de Dios, por medio de la verdadera piedad salen vencedores contra la potestad aérea, enemiga y contraria a la piedad, exorcistándola y no aplicándola; y todas sus tentaciones y acometidas las vencen haciendo oración, no a ella, sino a su Dios contra ella. Pues ésta no vence o sujeta a alguno si no es con la asociación del pecado. Por lo tanto la victoria se consigue en nombre de aquel Señor que se hizo hombre y vivió indemne de toda mácula de pecado, para que por la virtud divina del mismo, que era juntamente sacerdote y sacrificio, se realizara la remisión de los pecados, esto es, por el medianero entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús, por cuyo medio, efectuada la purificación de nuestros crímenes, nos reconciliamos y volvemos a la gracia de Dios. Pues los hombres no se desvían ni apartan de Dios si no es por medio de los pecados, cuya purificación no puede hacerse en esta vida por nuestras propias fuerzas y virtud, sino mediante la divina misericordia, por su indulgencia solamente y no por nuestra potencia; pues aun aquella escasa virtud que se dice nuestra, el mismo Dios nos la ha concedido por efecto de su bondad. Muchas facultades y perfección nos atribuyéramos viviendo en esta carne mortal, sin no viviéramos bajo la merced y beneficio de Dios todo el tiempo que la traemos hasta que la dejamos. Por eso nos dio el Señor su gracia por el divino mediador, para que, contemplándonos manchados con la torpeza del pecado, nos limpiáramos y purificáramos con la semejanza de la carne del pecado. En virtud de la divina gracia con que Dios manifiesta en nosotros su grande misericordia, caminamos y nos gobernamos en la vida presente por la fe y, después de ella, por la vista clara y beatífica de la verdad inmutable llegaremos a gozar de la plenísima perfección.

Capítulo XXIII

DE LOS PRINCIPIOS EN QUE ENSEÑAN LOS PLATÓNICOS CONSISTE LA PURIFICACIÓN DEL ALMA.

23 Dice también Porfirio que sabía, por respuesta de los oráculos, que no nos purificamos con los sacramentos Teletas, que llaman ellos de la Luna, ni con los que dicen del Sol, para darnos a entender en esta expresión que no puede purgarse el hombre con ninguna especie de sacramentos de ninguno de los dioses. ¿Pues qué sacramentos habrá que nos purifiquen, sin no purifican los del Sol y de la Luna, que son los dioses principales que reconocen entre los celestiales? Finalmente, dice que declaró el mismo oráculo que los principios no podían purificar, porque habiendo dicho que los sacramentos de la Luna y del Sol no purificaban, no entendiese acaso alguno que valían para purificar los sacramentos de algún otro de la turba de las vanas deidades. Ya sabemos qué es lo que entiende por principios, como platónico que es. Porque entiende a Dios Padre y a Dios Hijo, a quien el estilo griego llama entendimiento paterno o mente paterna; sobre el Espíritu Santo, o nada dice o no lo dice expresamente, aunque no comprendo de quién pueda decir que es medio entre éstos. Pues si quisiera que entendiéramos la tercera naturaleza, que es la del alma, como infiere Plotino cuando disputa de las tres principales substancias, sin duda que no le llamara medio entre éstos, es decir, medio entre el Padre y el Hijo; porque Plotino pospone la naturaleza del alma al entendimiento paterno, y Porfirio cuando la llama medio, no la pospone, sino que la interpone. Efectivamente, dijo estas expresiones como pudo o como quiso, señalando con ellas lo que nosotros llamamos Espíritu Santo; Espíritu no sólo del Padre, ni sólo del Hijo, sino de ambos; pues los filósofos hablan con más libertad y con los términos que les agrada, sin reparar en si ofenden en los asuntos difíciles de comprender los oídos religiosos y escrupulosos; pero nosotros no podemos hablar sino con términos muy limitados y

precisos, porque la libertad en el decir no engendra alguna impía opinión en los objetos que con ella significamos.

Así que nosotros no decimos que hay dos o tres principios cuando hablamos de Dios, así como tampoco nos es lícito decir que hay dos o tres dioses, aunque hablando de cada uno en particular, o del Padre, o del Hijo, o del Espíritu Santo, confesamos también que cada uno es Dios; y, sin embargo, no decimos lo que los herejes sabelianos, que el Padre es el mismo que el Hijo, y que el Espíritu Santo es el mismo que el Padre y el Hijo, sino que el Padre es padre del Hijo, y el Hijo del Padre, y que el Espíritu Santo ni es Padre, ni hijo del Padre y del Hijo, por cuya razón dijeron con verdad que no se purifica el hombre sino con el principio, aunque los sabelianos, en su modo de explicarse, pusieron los principios en plural.

Capítulo XXIV

DEL ÚNICO Y VERDADERO PRINCIPIO QUE PURIFICA Y RENUEVA LA HUMANA NATURALEZA.

24 Pero como Porfirio estaba sujeto a las envidiosas potestades, de quienes por una parte se avergonzaba y por otra no se atrevía a reprenderlas ni redargüirlas libremente, no quiso entender que nuestro Señor Jesucristo era el principio, con cuya soberana Encarnación nos purificamos; porque le despreció en la misma carne que tomó para que sirviese de sacrificio para nuestra purificación, no comprendiendo efectivamente aquel grande e incomprensible Sacramento por estar lleno de la soberbia, que Cristo abatió con su humildad, siendo verdadero y benigno mediador, manifestándose a los mortales en aquella mortalidad que por libertarse de ella los malignos y engañosos medianeros con extraordinaria arrogancia se ensoberbecieron y prometieron a los miserables hombres mortales, como inmortales, su engañoso y frívolo favor y ayuda. Así que este mediador bueno y verdadero nos manifestó y enseñó que el pecado es únicamente lo que es malo, no la sustancia de la carne o la misma

naturaleza, la cual pudo recibir sin mácula de pecado con el alma del hombre, y pudo retenerla y dejarla con la muerte y mudarla en mejor estado con la resurrección; mostrándonos de paso que la misma muerte, aunque fuese pena merecida por el pecado, la cual quiso el mismo Dios satisfacer por nosotros (no obstante de estar indemne del más mínimo pecado), no se debía ejecutar aún cuando se pudiese, pecando; antes, si fuese posible, se debía padecer por la justicia; y por eso pudo, muriendo, perdonar los pecados porque murió, y no por su pecado. A éste no conoció el filósofo platónico que era el principio, porque le reconociera por purificativo; porque no es el principio la carne o el alma humana, sino el Verbo por quien fueron criadas todas las cosas. Así que la carne no purifica por sí misma, sino el Verbo que quiso vestirse de ella, cuando "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" [49]. Y así hablando de la mística comida de su carne, los que no lo habían entendido, ofendidos y escandalizados, se fueron diciendo: "dura es esta palabra, ¿quién la puede escuchar?" [50] y a los demás que habían quedado les dijo: "el espíritu es el que vivifica; la carne nada aprovecha" [51]. Por eso habiendo tomado el principio alma y carne, él es el que purifica el alma y la carne de los creyentes; y por lo mismo, preguntándole los judíos quien era, respondió que era principio, lo cual sin duda nosotros, siendo carnales, flacos, sujetos a pecados y envueltos en las tinieblas de la ignorancia, no lo pudiéramos entender si no nos purificara y sanara el mismo Señor por lo que éramos y no éramos. Porque éramos hombres, pero no éramos justos, y en su Encarnación hubo naturaleza humana, pero era justa, no pecadora. Esta es la mediación con que se dio la mano a los caídos y postrados. Esta es la semilla dispuesta por los ángeles [52], con cuyos edictos se promulgó la ley que mandó adorar y reverenciar un solo Dios, y prometió que vendría este mediador.

[49] Io., 1, 14.

[50] Io., 6, 60.

[51] Io., 8, 25.
[52] Gal., 3, 19.

Capítulo XXV

QUE TODOS LOS SANTOS, ASÍ EN TIEMPO DE LA LEY COMO EN LOS PRIMEROS SIGLOS, SE JUSTIFICARON EN VIRTUD DEL SACRAMENTO Y FE DE JESUCRISTO.

25 Asimismo con la fe de este sacramento pudieron purificarse los justos de la antigua ley viviendo santamente, no sólo antes que la ley se diese al pueblo hebreo (porque no les faltó Dios o ángeles que les predicasen), sino también en tiempo de la misma ley; aunque en las figuras de los ritos espirituales pareciese que las promesas que contenían eran carnales, por lo cual se llama Testamento Viejo. Porque hubo entonces también profetas por quienes igualmente que por los ángeles se predicó la misma promesa, y del número de éstos era aquel cuyo dictamen y sentencia tan soberana y tan divina referí poco antes, tratando sobre el fin del sumo bien del hombre: "todo mi bien y mi bienaventuranza es unirme con Dios" [53]. En cuyo salmo se declara bastantemente la distinción que hay entre los dos Testamentos que se llaman Viejo y Nuevo. Pues por las promesas carnales y terrenas, viendo que los impíos abundaban de ellas, dice que vacilaron sus pies y que estuvo titubeando para caer, pareciéndole como que había servido en vano a Dios, pues los que le despreciaban y no servían fielmente gozaban de la felicidad que él esperaba de tan gran Señor; y que sufrió grandes molestias en el examen de este punto, queriendo averiguar por qué pasaba así; hasta que entró en el santuario de Dios, y entendió y conoció el último fin y destino de los que parecían felices y dichosos a los ojos de su ignorancia. Entonces notó que los que se encumbraron sobremanera fueron, como dice, derrotados y abatidos, y que faltaron y perecieron por sus culpas, y todo el colmo de la felicidad temporal se les volvió como un sueño de uno que, despertado de improviso, se halla

desamparado de los falsos contentos y objetos deleitables que imaginaba en su fantasía. Y porque en esta tierra o ciudad terrena les parecía que eran grandes [54]: "Señor, dice, allá en tu Ciudad reducirás a nada aquella su apariencia o imaginaria felicidad". Pero cuán útil le fué no buscar aún las cosas terrenas, sino de la mano de un solo Dios verdadero, en cuyo poder están todas las cosas celestes y terrestres, bien claro lo manifiesta cuando dice: "Yo he sido como una bestia delante de ti, y yo siempre contigo". Como una bestia dijo, efectivamente, porque no lo entendía. Pues yo no debía esperar de tu mano sino cosas que no puedo tener comunes con los impíos y pecadores; a los cuales, viendo en abundancia, imaginé que te había servido en vano, puesto que las tenían los que no habían querido servirte. Con todo, yo siempre perseveré contigo, porque aun en el deseo de semejantes objetos no te dejé ni busqué otros dioses, y por eso continúa: "me tuviste de la mano derecha y me encaminaste por el camino de tu voluntad y ley, y me recibiste y acogiste con mucho honor y gloria". Como que pertenecen a la siniestra todas aquellas cosas de que, viendo a los impíos con abundancia, casi estuvo para caer: "Porque, ¿qué tengo yo, dice, en el Cielo sin ti, o qué puedo desear sobre la tierra sino a ti?" Repréndese a sí mismo, y con razón se arrepiente, porque teniendo un bien tan inestimable en el cielo (lo que después conoció), buscó y pretendió en la tierra de la mano poderosa de su Dios una cosa tan transitoria y frágil, y en algún modo una felicidad de lodo: "desfalleció, dice, mi corazón y carne, Dios de mi corazón, es a saber, desfalleció con buen desfallecimiento y deseo, aspirando de las cosas inferiores a la posesión de las superiores"; por lo que dice en otro salmo [55]: "desea y desfallece mi alma por el goce de los soberanos palacios del Señor"; y asimismo dice en otro [56]: "desfalleció mi alma por tu salud". Sin embargo, habiendo hablado del corazón y de la carne, no añadió Dios de mi corazón y de mi carne, sino Dios de mi corazón, pues por el corazón se purifica la carne; y así dice el Señor [57]: "limpiad lo que está dentro, y así lo de afuera estará limpio". Después llama su parte a Dios, y no algo de él,

sino él mismo: "Dios, dice, de mi corazón, o Dios que para siempre eres mi parte y opción"; porque entre muchas cosas a que se aficionan y escogen los hombres, él quiso elegir a Dios "porque los que se alejan, dice, de ti, perecerán; destruiste a todos los que fornicaron y se apartaron de tu fe y religión; esto es, que quieren ser como una prostitución y amancebamiento de muchos dioses". De donde se deduce la otra expresión, por cuya ocasión me pareció conveniente referir lo restante del mismo salmo: "respecto de mí, todo mi bien y bienaventuranza consiste en unirme con Dios"; no desviarme lejos de él, no andar fornicando por diferentes objetos. Y el unirme con Dios se efectuará perfectamente cuando todo lo que se hubiere de libertar estuviere ya en salvo y libre. Pero ahora es muy a propósito lo que sigue: "que es poner su esperanza en Dios" [58]: "pues la esperanza que se ve no es esperanza, porque lo que uno ve ya ¿cómo lo espera?, dice el apóstol, y si lo que no vemos esperamos, con paciencia y sufrimiento lo esperamos". Viviendo, pues, ahora con esta esperanza, practiquemos lo que se sigue, y seamos también según nuestra posibilidad ángeles de Dios, esto es, sus nuncios y mensajeros, anunciando su voluntad y alabando su gloria y divina gracia. Por lo que habiendo dicho: "ahora pongo mi esperanza en Dios", añadió: "para que anuncie y predique todas sus alabanzas en las puertas de la hija de Sión". Esta es la gloriosísima Ciudad de Dios, ésta es la que reconoce y reverencia a un solo Dios, ésta es la que nos anunciaron los santos ángeles cuando nos convidaron con su amable compañía y quisieron que en ellas fuéramos conciudadanos suyos, los cuales no gustan de que los veneremos como a Dioses nuestros, sino que con ellos adoremos a su Dios, que lo es nuestro; ni que les ofrezcamos sacrificios, sino que con ellos nos ofrezcamos como verdadero sacrificio al Señor. Así que, sin que pueda dudar ninguno que considerare esto libremente sin perversa obstinación; todos los inmortales bienaventurados que no nos envidian (porque si fueran émulos nuestros ya no fueran bienaventurados), sino que nos estiman sobremanera y desean que seamos también como ellos lo son

bienaventurados; más nos favorecen y ayudan cuando reverenciamos con ellos a un solo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que si les veneráramos a ellos mismos y les ofreciéramos sacrificios.

[53] Ps., 72, 28.

[54] Ps., 72, 20.

[55] Ps., 38, 3.

[56] Ps., 118, 81.

[57] Mt., 28, 26.

[58] Rom., 8, 24, sig.

Capítulo XXVI

DE LA INCONSTANCIA DE PORFIRIO, QUE ANDA VACILANDO ENTRE LA CONFESIÓN DE UN VERDADERO DIOS Y EL CULTO DE LOS DEMONIOS.

26 No sé cómo en este particular Porfirio, a mi entender, pudo tener empacho y pudor de sus amigos los theurgos, porque los misterios, o más bien ridiculeces de éstos los comprendió bien, mas no por eso se encargó libremente de la defensa del verdadero Dios contra el culto de muchos dioses falsos. Pues llegó a decir que del número de los ángeles había unos que descendían a la tierra y daban a entender a los prohombres theurgos las máximas y ordenaciones divinas; otros que en la tierra declaraban los arcanos y atributos que son peculiares del padre, su alteza y su profundidad en las ideas. Pregunto, pues: ¿hemos de creer que esos ángeles, cuyo oficio es patentizar la voluntad del padre, quieren que nos sujetemos y rindamos a otro que a aquel Señor cuya voluntad nos anuncian? Por lo que nos advierte con justa razón el mismo filósofo platónico, que a éstos antes los debemos imitar que invocar. No debemos, pues, temer ofender a los inmortales y bienaventurados que reconocen un solo Dios verdadero, por no ofrecerles sacrificios, pues aquel culto que saben no se debe sino a un solo Dios verdadero, con cuya inefable

unión son bienaventurados, sin duda que no se complacen en que se les atribuya a ellos, ni por figura alguna significativa ni por el mismo misterio que se significa por los sacramentos. Porque tal arrogancia es propia de los demonios soberbios, altivos y miserables, de la cual se diferencia mucho la piedad de los que reconocen a Dios y de los que son bienaventurados, no por otro motivo sino por la unión beatífica que tienen con este Señor. Y para que con toda claridad comprendamos este sumo bien, se sigue necesariamente que nos hayan de favorecer con benignidad sincera, y que no se arroguen facultad alguna por la que nos sujetemos a ellos, sino que nos prediquen y anuncien a aquel gran Dios, bajo cuyos auspicios soberanos nos vengamos a unir con ellos en paz. ¿A qué temes todavía, ¡oh filósofo!, y no hablas libremente contra las émulas potestades que envidian las verdaderas virtudes, y los dones y beneficios del verdadero Dios? Ya has confesado que los ángeles que nos anuncian la voluntad del Padre son diferentes de los otros ángeles que descienden no sé con qué artificio a los hombres theúrgicos; ¿para qué les tributas honores todavía, diciendo que pronuncian portentos divinos? ¿Y qué cosas divinas declaran los que no nos anuncian la voluntad del Padre? En efecto; son aquellos a quienes el envidioso espíritu ligó con sus conjuros a fin de que no practicasen la purificación del alma y a quienes ni el bueno, como tú dices, deseando ellos hacer la purificación, los pudo soltar y ponerlos en su potestad. ¿Aun dudas de que éstos son demonios malignos, o acaso finges que lo ignoras por no ofender a los theúrgicos, por quienes, engañado con la curiosidad, aprendiste como gran beneficio estas perniciosas abominaciones y desvaríos? ¿Y te atreves a esta envidiosa, no digo potencia, sino pestilencia; no quiero llamarla señora, sino como tú lo confiesas, esclava de los envidiosos y malintencionados; te atreves, digo, transcendiendo este aire de la atmósfera a levantarla sobre los cielos y colocarla en lugar sublime entre vuestros dioses celestiales, y aun a infamar con estas ignominias las mismas estrellas?

Capítulo XXVII

DE LA IMPIEDAD DE PORFIRIO, QUE SOBREPUJÓ AÚN EL ERROR DE APULEYO.

27 ¿Cuánto más tolerable y humano fué el error de Apuleyo, platónico como tú, quien situando a los demonios solamente en lugar inferior a la luna, aunque honrándolos, sin embargo, voluntaria o forzosamente, confesó que padecían las flaquezas de las pasiones y perturbaciones del ánimo; pero a los dioses superiores del cielo que pertenecen a los espacios y regiones etéreas, ya sea los visibles que veía que con sus brillantes resplandores alumbran todo el mundo: el sol, la luna y los otros luminares celestes; ya sea los invisibles, de quienes entendía que estaban libres de los defectos y sensaciones de las turbaciones del alma, los distinguió y segregó de éstos con toda la diligencia y exactitud que exigían sus facultades intelectuales? Mas tú aprendiste esta doctrina errónea, no de Platón, sino de tus maestros los caldeos, elevando los humanos vicios sobre las alturas etéreas y aun sobre las empíreas y sobre el firmamento del cielo, para que así puedan vuestros dioses pronunciar y patentizar los arcanos divinos a los theurgos; y, sin embargo, te haces superior a las inteligencias divinas sólo por el privilegio que gozas de lograr la vida intelectual; de tal conformidad, que, efectivamente, no te parecen necesarias para tu uso, como filósofo, las purificaciones del arte theúrgico, y, con todo, las persuades a otros, como para recompensar con esta satisfacción a tus maestros, induciendo engañosamente a los que son incapaces de filosofar, o adoptar máximas que confiesas son inútiles para ti, como capaz de superiores inteligencias; con el ánimo de que cuantos estuvieren alejados de la filosofía, y no fueren capaces de penetrar y abrazar su virtud, que es muy ardua y dificultosa y adaptable a muy pocos, acuden con tu autoridad y dictamen a los theúrgicos para que los purifiquen, si no en el alma intelectual, a lo menos en el alma espiritual. Y por cuanto sin comparación es mayor el número de los que no gustan ni se aplican a filosofar, acuden

muchos más a tus secretos ilícitos preceptores que a las escuelas de Platón, porque ésta fué la promesa que te hicieron los inmundos e infernales espíritus, fingiéndose dioses etéreos, cuyo predicador, panegirista y ángel te has constituido, diciendo que los purificados en el alma espiritual por las operaciones del arte theúrgico, aunque no vuelvan al Padre, con todo, habitarán con los dioses etéreos sobre las regiones aéreas. No escucha ni admite estas falsedades la congregación de los fieles, a quienes vino a libertar de la pesada servidumbre y tiranía del demonio Jesucristo nuestro Señor, porque en él tienen la fuente inagotable de sus misericordias para conseguir la purificación de su alma, espíritu y cuerpo, y por eso recibió en sí, sin haber cometido el más mínimo desliz, los pecados de todos los hombres para sanar del contagio del pecado a todo aquello de que consta el hombre. Y ojalá que tú le hubieras conocido también, y que para tu eterna salvación te hubieras puesto con tanta más seguridad en sus manos, que no, o en las de tu propia virtud, que es, en efecto, humana, frágil, imbécil, o en las de una perniciosa curiosidad. Porque no te engañaría aquel gran Dios, a quien, como tú mismo escribes, vuestros oráculos confesaron por santo e inmortal; por quien dijo asimismo el príncipe de los poetas, en estilo poético, y aunque en persona de otro, con todo, fué veraz si lo refieres a Jesucristo: "Cuando vos reinareis, Señor, si hubieren quedado algunos rastros de nuestras culpas, vos las perdonaréis y libraréis al mundo del perpetuo miedo" [59]. Llámalos, aunque no pecados, a lo menos rastros de pecados, a los que pueden quedar aun en los más aprovechados en la virtud de la justicia por la humana flaqueza e instabilidad de esta vida; los cuales no los quita ni sana sino el soberano Salvador, por cuyo respeto se compuso este verso; pues que no dijo Virgilio estas palabras como si fuesen producción de su entendimiento, lo demuestra el cuarto verso de la égloga, que dice: "La santa edad postrera ya es llegada, que la Cumea sagrada había cantado"; donde aparece evidentemente que la sibila Cumea fué la autora de esta predicción. Pero los theurgos, o, por mejor decir, los demonios, que

fingen especies y figuras de dioses, antes profanan que purifican el espíritu del hombre con la falsedad de sus fantasmas y con el engañoso embeleco de sus vanas formas; ¿pues cómo han de purificar el espíritu del hombre los que tienen tan impuro y sucio el suyo? Porque si no le tuvieran de este modo, de ninguna manera se dejaran ligar con los conjuros del hombre envidioso y mal intencionado, ni el mismo beneficio vano y fútil que parece habían de hacer, o de miedo le detuvieran, o con otra igual envidia le denegaran. Basta el que confieses que no puede limpiarse con purificación theúrgica el alma intelectual, esto es, nuestra mente, aunque dices que puede purgarse con semejante arte la parte espiritual, es decir, la inferior a nuestra mente y sin embargo, confiesas que con esta arte no puede hacerse a él inmortal o eterna. Pero Jesucristo promete la vida eterna, y así concurre todo el mundo, con despecho, mas no sin admiración y terror vuestro. ¿Qué aprovecha decir lo que no pudiste negar, que van errados los hombres con la disciplina theúrgica, y que suceden a infinitos con sus ciegas y necias opiniones, siendo un error evidente acudir con nuestros votos y súplicas a los príncipes y a los ángeles? Y, por otra parte, porque no parezca que has trabajado en vano, diciendo esto vuelves a enviar los hombres a los theurgos, para que éstos purifiquen las almas espirituales de los que no viven conforme al alma intelectual.

[59] Virg., Eglog., 4, 13, sig.

Capítulo XXVIII

CON QUÉ RAZONES OFUSCADO PORFIRIO NO PUDO CONOCER LA VERDADERA SABIDURÍA, QUE ES JESUCRISTO.

28 Así que introduces a los hombres en un notable error, y no te avergüenzas de un da;o tan grave profesando amor a la virtud y sabiduría; la cual, si fiel y verdaderamente amaras y profesaras, hubieras conocido a Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios, y no hubieras apostatado y dejado su apreciable humildad, llevado de la

vana altivez de tu vana ciencia [60]. Sin embargo, confiesas que puede al alma espiritual purificarse con la virtud de la continencia, sin el auxilio de las artes theúrgicas y sin sus decantados sacramentos, en cuyo estudio te has molestado inútilmente. A veces dices también que después de la muerte estos sacramentos no alivian el alma; de modo que ni a la misma que llamas espiritual parece que aprovecha después de la vida presente; y, no obstante, haces una larga disgresión sobre este particular, no por otro fin, a lo que creo, sino por parecer perito y práctico en semejantes futilezas, y por venderte al gusto de los aficionados a las artes ilícitas, o por excitar la curiosidad de otros excitándolos a abrazarlas. Pero es asimismo cierto lo que dices que se deben temer estas artes, o por el rigor de las leyes, o por el rigor que hay en practicarlas [61]. Y ¡ojalá que a lo menos oigan y adopten este tu consejo los miserables y que las desamparen, porque en ellas no se aneguen y pierdan, o que por ningún pretexto se aproximen al estudio de ellas! Dices también que no se purifica con ellas la ignorancia, y por consiguiente tampoco se purgan muchos otros vicios, sino únicamente por el entendimiento paterno, que sabe y conoce la voluntad paterna. Y, sin embargo, no quieres creer que este es Jesucristo, pues le desprecias por haber tomado carne humana de una mujer, y por la ignominia que padeció sufriendo muerte de cruz, hallándose efectivamente idóneo para reprender en lo superior a la soberana y suprema sabiduría con despreciarla y abatirla en lo inferior. Y, con todo, es este Señor el que realmente cumple lo que los santos profetas, con mucha verdad y espíritu divino dijeron de él [62]: "que había de destruir la sabiduría de los sabios, y confundir la prudencia de los prudentes". Pues no hemos de entender que destruye y condena en ellos la sabiduría que les dio, sino la que se atribuyen y arrogan a sí los que no tienen la suya. Y así, habiendo referido este testimonio profético, prosigue y dice el apóstol [63]: ¿"Adónde está el sabio? ¿Adónde el escriba, intérprete de la ley? ¿Adónde el escrudiñador de las cosas de este siglo? ¿Acaso no nos dio a entender Dios que es ignorancia la sabiduría de este mundo? Y porque los

mundanos y carnales por esta hermosísima máquina que Dios hizo con tanta sabiduría, no conocieron con su sabiduría a Dios, quiso Dios salvar los creyentes por la predicación de unos necios e ignorantes a los ojos y estimación de los hombres. Porque los judíos piden prodigios y milagros, los griegos no se contentan sino con la sabiduría que les cuadre, y nosotros, dice, predicamos a Cristo crucificado, cuya humildad escandalizó a los judíos y a los gentiles se les hizo disparate; pero los que el Espíritu Santo llamó a la fe, así de los judíos como de los griegos, advierten que esta humildad de Cristo es virtud de Dios y sabiduría de Dios, pues lo que les parece desvarío e ignorancia en Dios, que es la cruz, sobrepuja a toda la fortaleza de los hombres". Esto es lo que desprecian como ignorancia e imbecilidad los que se tienen a sí mismos como sabios y fuertes. Pero ésta es la gracia que sana a los dolientes y enfermos, no a los que con soberbia se jactan de su bienaventuranza, sino a los que con humildad confiesan su verdadera miseria.

[60] Porfirio fué primero cristiano; pero después apostató e impugnó a la Iglesia. Socrot. Hist. eccles., libr. 3, cap. 23.

[61] Las leyes civiles imponían castigos a los que profesaban las artes mágicas. El mismo acto era en sí peligroso, pues si no se ejecutaba con toda precisión se irritaban los demonios y enviaban desgracias sobre el imperio encantador. Lo cual ellos confirmaban con muchos ejemplos.

[62] Esai., 29, 14.

[63] I Cor., 1, 19, sig.

Capítulo XXIX

DE LA ENCARNACIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, LA CUAL SE AVERGÜENZA DE CONFESAR LA IMPIEDAD DE LOS PLATÓNICOS.

29 Predicas al Padre y a su Hijo, a quien llamas entendimiento o mente del Padre, y al que es medio entre éstos, del cual imaginamos que entendéis que es el Espíritu Santo, y a vuestro modo los llamáis

tres dioses. Sobre cuyo particular, aunque usáis de palabras no conformes al rigor de las ciencias y artes, con todo, advertís como quiera, y como por las sombras de una imaginación débil, a dónde debe aspirarse; pero la Encarnación del inmutable Hijo de Dios, en que consiste la salvación para que podamos llegar a alcanzar los inefables bienes que creemos o los que podemos comprender por poco que sea con la luz de nuestro entendimiento, no la queréis reconocer. Así que veis como de lejos y con una vista caliginosa, la patria a donde debemos tener el término de nuestra carrera; pero no tenéis indagado el camino por donde se debe caminar para llegar a las eternas moradas. Sin embargo, tú mismo confiesas la gracia, pues dices que a pocos se concede el llegar a unirse con Dios por virtud de la inteligencia. No dijiste: pocos gustan o pocos quieren, sino que, diciendo a pocos se concede, sin duda confiesas la gracia de Dios, no la suficiencia del hombre. Usas también aún más expresamente el nombre de gracia cuando, siguiendo la sentencia de Platón, tampoco pones en duda que el hombre en la vida actual de ningún modo llega a la perfección de la sabiduría; pero que a los que viven según el entendimiento, todo lo que les falta se lo puede dar cumplidamente después de esta vida la providencia y gracia de Dios. ¡Oh, si hubieras conocido la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, y su misma Encarnación con que recibió alma y cuerpo de hombre, entonces pudieras echar de ver cómo era el dechado y ejemplo sumo de la gracia! ¿Pero qué hago? Veo que en vano hablo con un muerto en cuanto hablo contigo; pero a los que tanto te estiman y aman (o por el amor de cualquiera sabiduría o por la curiosidad de las artes, que fuera más conducente el que no las aprendieras) a quienes hablo, hablando contigo, acaso no hablo en vano. La gracia de Dios no se nos pudo encomendar más graciosa y agradablemente que con hacer que el mismo Hijo único de Dios, quedándose inmutablemente en la naturaleza divina, se vistiera de la naturaleza humana, se hiciera hombre y diera al hombre esperanza de su gracia y divino amor por medio del hombre, por quien los mortales pudieran venir a unirse con

aquel Señor que estaba antes tan lejos de los hombres, siendo inmortal; de los mudables, siendo inmutable; de los impíos, siendo justo; de los miserables, siendo bienaventurado. Y porque naturalmente puso en nosotros un deseo eficaz de ser bienaventurados e inmortales, quedándose él bienaventurado y haciéndose mortal por darnos lo que deseamos, padeció y nos enseñó a menospreciar y no hacer caso de lo que tenemos.

Mas para que pudieran aquietarse vuestros corazones en la inteligencia de esta verdad, era necesaria la humildad, la cual con gran dificultad se puede persuadir a vuestra dura cerviz. Porque ¿qué cosa increíble decimos, especialmente hablando con vosotros, que sentís algunas cosas tales, que con ellas os debéis persuadir a vosotros mismos a creer esto?; ¿qué cosa increíble, pues, os decimos, que Dios tomó alma y cuerpo humano? Vosotros atribuís tanta eficacia al alma intelectual, la cual sin duda es la humana, que se puede hace consubstancial a aquella mente paterna que confesáis ser el Hijo de Dios. ¿Qué cosa increíble es que a una alma intelectual, por un modo inefable y singular la tomase Dios y juntase consigo para la salud de muchos? Sabemos por la reiterada experiencia de nuestra propia naturaleza que el cuerpo se une con el alma para formar un hombre entero y cumplido, lo que si no fuera muy ordinario y usado, fuera más increíble sin duda que esto; porque más fácilmente se debe creer que se puede juntar, aunque sea lo humano con lo divino, lo mudable con lo inmudable, el espíritu con el espíritu, o por usar de los términos que vosotros empleáis, con más facilidad puede juntarse lo incorpóreo con lo incorpóreo que lo corpóreo con lo corpóreo. ¿Por ventura os ofende el inusitado parto del cuerpo, nacido de una virgen? Tampoco esto os debe ofender, antes os debe mover a creer en Dios, viendo que el que es admirable nace admirablemente. ¿O acaso el ver que, habiendo una vez dejado el cuerpo con la muerte, y habiéndole renovado y mejorado con la resurrección, le subió a los cielos incorruptible ya e inmortal? Podría ser que os resistieseis a creerlo, observando que Porfirio, en los

mismos libros que escribió de Regressu animae, de los cuales he citado bastantes particularidades, enseña frecuentemente que debe huirse todo lo que es cuerpo, para que el alma pueda permanecer bienaventurada con Dios. Pero antes él en este particular debió ser corregido, especialmente sintiendo vosotros con él acerca del alma de este mundo visible y de tan ingente mole [64]. Pues siguiendo a Platón decís que el mundo es un animal, y animal beatísimo, el cual queréis también que sea sempiterno. ¿De qué manera, ni jamás dejará el cuerpo, ni jamás carecerá de la bienaventuranza, si para que sea el alma bienaventurada debe huir de todo lo que es cuerpo? También el sol y los demás astros, no sólo confesáis en vuestros libros que son corpóreos (lo que con todos vosotros, cuantos los ven, sin duda lo confiesan), sino que con una pericia y charlatanería extraordinaria (a vuestro parecer profunda) afirmáis que estos astros son animales beatísimos, y por los cuerpos que tienen, sempiternos. ¿Cuál es, pues, la causa por que cuando os predican y persuadan la fe cristiana, entonces olvidáis o fingís que ignoráis lo que acostumbráis a leer y enseñar? ¿Qué razón hay para que por las mismas opiniones, que vosotros refutáis, no queráis ser cristianos sino porque Cristo vino humilde, y vosotros sois soberbios? De la cualidad que han de tener los cuerpos de los santos en la resurrección (aunque se puede disputar con más sutileza y escrupulosidad entre los doctos y versados en las cristianas escrituras), en que hayan de ser sempiternos no ponemos duda alguna, como en que han de ser de la calidad que manifestó Jesucristo con el ejemplo y primicias de su resurrección. Pero de cualquiera calidad que fuesen, diciendo que han de ser totalmente incorruptibles e inmortales, y que no impedirán la alta contemplación con que el alma se fija en Dios, y confesando vosotros también que hay en los cielos cuerpos de bienaventurados para siempre ¿qué razón hay séais de opinión que para que seamos bienaventurados se debe huir todo lo que es cuerpo, por parecer que con algún pretexto razonable huís de la fe cristiana, sino es lo que repito, que Cristo es humilde y vosotros soberbios? ¿O acaso os corréis o avergonzáis de

que os corrijan? Este vicio es característico de los espíritus soberbios. En efecto: causa pudor a los varones doctos el imaginar que los discípulos de Platón vengan a ser al fin discípulos de Jesucristo, quien con su divino espíritu enseñó a un pecador para que entendiese y dijese [65]: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era en Dios, y Dios era el Verbo; esto era en el principio en Dios, todas las cosas fueron hechas por él mismo, y sin él nada se hizo; lo que se hizo en él mismo era la vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz brillaba en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron".

Este principio del Santo Evangelio, escrito por San Juan, decía un platónico (según acostumbraba a decírnoslo el santo anciano Simpliciano [66], que después fué electo Obispo de Milán) que se debía escribir con letras de oro y colocarle en todas las iglesias en los sitios más eminentes y distinguidos; y por eso vino a ser vilipendiado por los soberbios este divino Maestro, "porque se dignó hacerse hombre, cubrirse de nuestra carne, bajar a la tierra a vivir con nosotros, sin dejar al mismo tiempo el cielo ni salir del seno de su Padre"; de modo, que no les basta a los miserables el estar dolientes y enfermos, sino que en la misma enfermedad se ensoberbecen y glorían, despreciando y aun avergonzándose de tomar la medicina con que pudieran sanar, lo cual no practican para que les den la mano y levanten, sino para que, cayendo, sean más gravemente afligidos.

[64] Tim., p. 30, sig.

[65] Io., 1, 1 y sig.

[66] Simpliciano profesó íntima amistad con San Agustín a quien aconsejó que aplicase su gran ingenio a la interpretación de las Escrituras.

Capítulo XXX

CUÁNTAS COSAS DE PLATÓN, HA REFUTADO Y CORREGIDO PORFIRIO, NO SINTIENDO CON ÉL.

30 Si después de Platón se estima por una acción indigna el enmendar o corregir cualquiera doctrina, ¿por qué el mismo Porfirio le enmendó alguna opiniones, y no de poca importancia? Porque es indubitable que escribió Platón que las almas de los hombres, después de la muerte, vuelven a dar la vuelta hasta encerrarse en los cuerpos de las bestias [67]. esta sentencia sostuvo su maestro Platón y Plotino, la cual, sin embargo, no agradó, y con justa causa, a su discípulo Porfirio; pues éste opinó que las almas de los hombres volvían a los cuerpos de los hombres, aunque no a los mismos que habían dejado, sino a otros distintos. Efectivamente; se ruborizó de creer la transmigración a las bestias, porque acaso viniendo una madre a parar con su alma en alguna mula, no viniese a traer a cuestas a su hijo, y no tuvo reparo en asentir al disparate de que viniendo una madre a dar en alguna tierna joven, acaso se casaría con su hijo. ¿Con cuánta más razón y decoro se cree lo que los santos y verdaderos ángeles nos enseñaron, lo que dijo el mismo Señor, de quien los celestiales mensajeros enviados en tiempo oportuno y anterior, anunciaron que había de venir por Salvador del linaje humano; y lo que los Apóstoles, delegados del Altísimo, predicaron, extendiendo el Evangelio por todo el ámbito de la tierra; con cuánto más decoro y razón, digo, se cree que vuelvan las almas una vez a sus propios cuerpos, que no el que vuelven tantas veces a diferentes cuerpos? Pero, como llevo insinuado, en gran parte se corrigió Porfirio en esta opinión, a lo menos cuando estableció como sentir suyo que las almas de los hombres sólo podían volver a recaer en los cuerpos de los hombres, no dudando dar al través con las cárceles de las bestias. Dice también que Dios, a este efecto, concedió alma al mundo, para que, viendo y conociendo los males de la materia corporal, acudiese al Padre y no estuviese por más tiempo sujeta al

contagio de semejantes dolencias. Cuya opinión, aunque tiene contra sí varios inconvenientes (porque, en efecto, se dio el ánima al cuerpo para que ejecutase operaciones buenas y virtuosas, pues no conociera claramente las malas si no las hiciera), sin embargo, en aquel punto, que no es de poco momento, enmendó la opinión de los otros platónicos, confesando que el alma, purificada ya de todos los males y puesta con el Padre, no ha de volver a padecer ya más los infortunios de este mundo. Con cuya opinión sin duda quitó lo que dicen que es especial doctrina de Platón; que así como suceden siempre los muertos a los vivos, así los vivos a los muertos; y demuestra que es falso lo que conforme al dictamen de Platón parece que insinúa Virgilio, cuando refiere que las almas purificadas iban a los campos Elíseos (con cuyo nombre, como por fábula, parece que significan los gozos y contentos de los bienaventurados) y venían a parar en el río Letheo, esto es, en el olvido de las cosas pasadas [68] "para que olvidadas vuelvan otra vez al mundo, y empiecen de nuevo a desear volver a nuevos cuerpos". Con razón descontentó esta sentencia a Porfirio; porque en realidad de verdad es desvarío creer que las almas (desde aquella vida que no puede ser bienaventurada si no es estando cierta de su eternidad) desee en contagio de los cuerpos corruptibles, y que de allí vuelvan a ellos como si la suma pureza o purificación hiciera que vuelvan a buscar la inmundicia. Porque si el purificarse perfectamente hace que se olviden de todos los males, y el olvido de los infortunios causa deseo de los cuerpos, en los que han de volver a contaminarse con los males; sin duda que la suma felicidad será causa de la infelicidad, y la perfectísima sabiduría causa de la ignorancia, y la suma pureza causa de la inmundicia. Ni el alma será allí realmente bienaventurada durante el tiempo que residiere en aquel lugar, donde es indispensable que viva engañada, para que sea eternamente feliz. Porque no será bienaventurada si no estuviere segura, y para que esté segura, falsamente ha de entender que siempre ha de ser bienaventurada, pues alguna vez ha de venir a ser miserable. ¿Y a quién da ocasión de gozo la falsa proposición,

como gozara con la verdad? Advirtió este inconveniente Porfirio, y por eso dijo que el alma purificada volvía al Padre para no tornar ya más a sujetarse al contagio de los malos.

Por estos justificados motivos me persuado que falsamente creyeron algunos platónicos ser como necesario aquel círculo y revolución de unas cosas en otras. Lo cual, aun cuando fuera cierto, ¿de qué podía aprovechar el saberlo, a no ser que acaso por este motivo los platónicos se atreviesen a anteponérsenos en la doctrina, pues nosotros ignorábamos en la vida actual lo que ellos en la otra que es mejor estando purificados sobremanera, y siendo tan sabios no habían de conocer, y creyendo lo falso habían de ser bienaventurados? Lo cual, si es un absurdo y desvarío, seguramente que debe preferirse la opinión de Porfirio a la de los que imaginaron los círculos y revoluciones de las almas con la perpetua alternativa de la bienaventuranza y de la miseria. Y si esto es así, ved cómo un platónico disiente de Platón, sintiendo con más cordura; ved cómo observó éste lo que el otro no advirtió, y, sin embargo, de ser un maestro tan afamado, no rehusó corregir su dictamen, anteponiendo la verdad al respeto debido a la persona.

[67] Enn., III, 4, 2.

[68] Ae., VI, 750, sig.

Capítulo XXXI

CONTRA EL ARGUMENTO DE LOS PLATÓNICOS CON QUE PRETENDEN PROBAR QUE EL ALMA DEL HOMBRE ES COETERNA A DIOS.

31 ¿Por qué causa no creemos antes a Dios en las cosas que no podemos penetrar ni rastrear con las luces del humano ingenio, diciéndonos el mismo filósofo que aun la misma alma no es coeterna a Dios, sino que fué criada la que no tenía antes ser? Pues para no querer creer esto los platónicos, les parecía que tenían una causa idónea y suficiente, diciendo que lo que no había sido antes en todos los tiempos, después no podía ser sempiterno; aunque del mundo y de

los dioses, que escribe Platón [69] haber criado Dios en el mundo, diga expresamente que comenzaron a ser, que tuvieron principio y sin embargo no han de tener fin, sino que por la poderosa voluntad de su Criador han de permanecer para siempre. Pero encontraron modo de entender esta frase diciendo que ese principio no es tiempo, sino de sustitución. Porque así como, dicen ellos, si un pie estuviese desde la eternidad siempre en el polvo, en todos los tiempos estaría debajo de él su huella, la cual ninguno podría dudar que la hizo el que la pisa, ni lo uno sería primero que lo otro, aunque lo uno fuese formado por el otro; así, dicen, también el mundo y los dioses que fueron criados en él existieron siempre, habiendo existido en todos los tiempos el que los hizo, y con todo, fueron hechos. Pregunto, pues: ¿si el alma existió siempre hemos de decir también que existió siempre su miseria? Y si comenzó en ella alguna operación en el tiempo que no fuese ab aeterno, ¿por qué no pudo ser que ella comenzase a existir en el tiempo sin que antes hubiese sido? Y más, que la bienaventuranza de ésta, que después de la experiencia de los males ha de ser más firme y constante y ha de durar para siempre, como este filósofo lo confiesa, sin duda que principió en el tiempo, y sin embargo, ¿será para siempre sin haber sido antes? Así que todo el argumento con el cual entienden que nada puede ser sin fin de tiempo, si no es lo que no tiene principio de tiempo queda deshecho; porque hemos hallado la bienaventuranza del alma, la cual, habiendo tenido principio de tiempo, no tendrá fin de tiempo. Por lo cual ríndase la humana flaqueza a la autoridad divina, y sobre la verdadera religión creamos a los bienaventurados e inmortales, que no desean para sí la honra que saben se debe a su Dios, que lo es también nuestro; ni mandan que hagamos sacrificios sino sólo a aquel cuyo sacrificio debemos ser nosotros con ellos, como muchas veces lo he referido, y se debe decir frecuentemente; para que nos ofrezca a aquel Sacerdote que (en la naturaleza humana que tomó, según la cual quiso también ser Sacerdote) se dignó ser por nosotros sacrificio hasta morir.

[69] Tim., p. 41. B.

Capítulo XXXII

Del camino general para libertar el alma, el cual, buscándole mal, no le encontró Porfirio, y lo descubrió solamente la gracia cristiana.

32 Esta es la religión que contiene el camino general para libertar el alma, pues por ningún otro camino, sino por éste, puede alcanzar su libertad; porque éste es en algún modo el camino real que solamente conduce al reino, no al que está inconstante y vacilando con el encumbramiento temporal, sino al que está firme y seguro con la firmeza de la eternidad. Y cuando dice Porfirio en el libro I de Regressu animae, cerca del fin, que no está recibida aún alguna secta o doctrina que demuestre un camino general para librar el alma, ni por la vía de alguna filosofía cierta, ni por las costumbres ni disciplina de los indios, ni por la inducción de los caldeos, ni por algún otro camino, y que aún no ha llegado a su noticia este camino por medio de historia alguna, sin duda confiesa que hay alguno, pero que aún no ha llegado a su noticia. De modo que no le bastó todo cuanto con la mayor diligencia había estudiado y aprendido en razón de librar el alma y lo que a él le parecía o, por mejor decir, parecía a otros que trataba. Porque advertía que todavía le faltaba alguna grande y protestante autoridad, que debía seguir sobre negocio tan importante. Y cuando dice que ni por la vía de una filosofía verdadera había llegado a su noticia secta alguna que enseñe y manifieste el camino general para libertar el alma, bastantemente a lo que entiendo muestra, o que aquella filosofía, en que él había estudiado y filosofado no era la verdadera, o que en ella no estaba o se hallaba el tal camino. ¿Y cómo puede ser ya verdadera la filosofía donde no se halla este camino? Porque ¿qué otro camino general hay para libertar el alma sino aquel mismo por donde se libran todas las almas y, por consiguiente, sin el cual ninguna alma se libra? Y cuanto

añade y dice ni por las costumbres y disciplina de los indios, ni por la inducción de los caldeos, ni por algún otro camino; claramente confiesa que este camino general para librar el alma no está, en lo que había hallado en los indios y en los caldeos, y no pudo remitir al silencio el que había consultado los oráculos divinos de los caldeos, de quienes hace mención ordinaria y continuamente. ¿Qué camino general, pues, para libertar el alma quiere dar a entender que no había aún hallado, ni en alguna filosofía verdadera, ni en las doctrinas de las naciones que se tenían y estimaban como grandes y cultas en las materias de la religión, porque prevaleció entre ellas la curiosidad de querer conocer y adorar cualesquiera ángeles, del cual camino la historia no le había aún suministrado noticia? ¿Y cuál es ese camino general sino el que no es propio y peculiar de cada nación, y nos le dio Dios para que fuese común generalmente a todas las gentes? El cual, que exista, este filósofo de más que mediano ingenio, a lo menos no pone duda. Porque no cree que la divina Providencia pudo dejar al linaje humano sin este camino general para libertar el alma; porque no dice que no le hay, sino que este bien tan singular, y este auxilio tan poderoso no está aún recibido, no ha llegado todavía a su noticia, y no es maravilla, porque Porfirio vivió en tiempo en que este universal camino, dirigido a eximir el alma de su última ruina (que no es otro que la religión cristiana) permitía Dios que fuese combatido y perseguido por los gentiles que adoraban a los demonios, y por los reyes y príncipes de la tierra [70], a fin de establecer y consagrar el número de los mártires, esto es, de los testigos de la verdad, para demostrarnos por ellos que por la fe de la religión, y testimonio de la verdad, debemos tolerar y padecer todos los males y penurias corporales. Advertía esto Porfirio. e imaginaba que con semejantes persecuciones había de extinguirse y perecer bien presto este camino, y que por eso no era el general para libertar el alma, no entendiendo que lo que a él le movía, y lo que temía padecer si lo escogiera era para mayor confirmación y para más firme recomendación y aprobación suya.

Esta es la única senda para librar el alma, esta es, la que Dios por su misericordia concedió generalmente a todas las naciones, cuya noticia a algunos ha llegado y a otros llegará; sin que se pueda decir ¿por qué ahora y por qué tan tarde?; pues a los consejos y altas ideas del que la envía no puede darle alcance la flaqueza del humano ingenio. Lo cual sintió del mismo modo este filósofo cuando dijo que aún no se había llegado a su noticia; mas no por eso probó que no era verdadero, porque aún no le había recibido en su fe o no había llegado todavía a su noticia. Este es, digo, el camino general para librar y salvar a los creyentes, del cual tuvo noticia el fiel Abraham, mediante el divino oráculo [71]: "En tu descendencia alcanzarán la bendición todas las gentes". Quien aunque fué de nación caldeo, no obstante, para que pudiesen alcanzar semejantes promesas, y por él se propagase y dilatase su generación [72], "dispuesta por los ángeles en virtud del Mediador"; en cuya descendencia estuviese este camino general para librar el alma, esto es, el que Dios concedió a todas las naciones, le mandó Dios salir de su tierra de entre sus parientes y de la casa de su padre. Entonces Abraham, siendo el primero que fué libertado de las supersticiones de los caldeos, siguió y adoró a un solo Dios verdadero, a quien creyó fielmente cuando le hizo sus divinas promesas. Este es el camino general, del cual hablando el rey profeta David dice: "Dios haya misericordia de nosotros, bendíganos e ilústrenos con la luz de su divino rostro, y tenga misericordia de nosotros, para que reconozcamos, Señor, en la tierra tu camino, y en todas las gentes tu salud" [73]. Y así después, al cabo de tanto tiempo, habiendo ya tomado carne de la descendencia de Abraham, dice el Salvador de sí mismo [74]: "Yo soy el camino, la verdad y la vida>. Este es el camino general, de quien con tanta anterioridad de tiempo estaba profetizado [75]: "Estará en aquellos últimos días manifiesto y aparejado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y sobrepujará todos los collados, acudirán a él muchas naciones y dirán: venid y subamos al monte del Señor y a la casa del Señor, Dios de Jacob; y os anunciará su camino, y andaremos por él; porque ha de

salir de Sión la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor". Así que este camino no es peculiar a una sola nación, sino generalmente a todas. La ley y la palabra del Señor no paró en Sión y en Jerusalén, sino que salió de allí para derramarse por todo el mundo. Y así el mismo Medianero, después de su resurrección, estando medrosos sus discípulos, les dijo: "Era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la ley, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió los ojos del entendimiento para que entendiesen las Escrituras, y les dijo cómo fué necesario que Cristo padeciese y resucitase al tercero día de entre los muertos, y que por todas las gentes se predicase en su nombre la penitencia y remisión de los pecados, empezando desde Jerusalén" [76]. Este es el camino general para librar el alma que nos significaron y publicaron los santos ángeles y los santos profetas; lo primero entre unos pocos hombres que hallaron cuando pidieron la gracia de Dios, y especialmente entre la nación hebrea, cuya sagrada República era en algún modo como una profecía y significación de la Ciudad de Dios, que se había de juntar y componer de todas las naciones; nos lo significaron, digo, con el tabernáculo, con el templo, con el sacerdocio y con los sacrificios, y nos lo profetizaron con algunas expresiones claras y manifiestas, aunque las más veces místicas; pero habiendo ya encarnado y venido en persona el mismo Medianero, y sus santos apóstoles descubriéndonos ya la gracia del Nuevo Testamento, comenzaron a manifestar y enseñar aún más evidentemente todo lo que estaba ya significado con más oscuridad en los tiempos pasados, según la distribución del tiempo y edades del linaje humano, conforme a lo que quiso ordenar y disponer la divina sabiduría, obrando Dios en confirmación de ello muchos portentos y señales maravillosas, de las cuales he referido ya algunas. Porque no sólo se vieron ángeles y se oyeron hablar los ministros del cielo, sino que también los hombres siervos de Dios, con sola su fe sencilla, lanzaron los espíritus inmundos de los cuerpos y sentidos humanos, sanaron los defectos y enfermedades corporales; las bestias de la tierra y del agua, las aves

del cielo, los árboles, elementos y estrellas obedecieron la divina palabra; cedieron los infiernos, resucitaron los muertos, sin contar los milagros propios y peculiares del mismo Salvador, especialmente el de su nacimiento y resurrección, de los cuales en el primero nos mostró claramente el misterio de la virginidad de su madre, y en el segundo un ejemplo de los que al fin han de resucitar. Este es el camino que limpia y purifica a todo hombre, y le dispone, siendo mortal por todas las partes de que consta, a la inmortalidad. Pues para que no fuese necesario buscar una purificación para la parte que llama Porfirio intelectual, y otra para la que llama espiritual, y otra para el mismo cuerpo, por eso se vistió de todo el verdadero y poderoso purificador y salvador. Fuera de este camino, el cual nunca faltó al género humano, ya cuando se predicaba que habían de suceder estos prodigios, ya cuando nos predican que han sucedido, nadie se libró, nadie se libra, nadie se librará.

Sobre lo que dice Porfirio que no ha llegado aún a su noticia por medio de alguna historia el camino general para libertar el alma, ¿qué puede haber más ilustre que esta historia, que con tan revelante autoridad se ha divulgado por todo el mundo? ¿O cuál más fiel o verdadero, donde de tal modo se refieren los sucesos pasados que se dicen también los futuros, de los cuales vemos muchos cumplidos, y los que restan esperamos también sin duda que se cumplirán? Porque no puede Porfirio ni otros cualesquiera platónicos, aun por lo tocante a este camino, despreciar la adivinación o predicción como cosas terrenas, y que pertenecen a esta vida mortal, como con razón hacen con otros vaticinios y predicaciones de cualesquiera asunto y arte. Pues aseguran que estas adivinaciones no fueron de hombres ilustrados, y que no debe hacerse caso de ellas, y dicen bien. Porque se efectúan, o por el conocimiento que se tiene de las causas inferiores, así como por el arte de la medicina, por medio de algunas señales antecedentes se pronostican varios sucesos que han de sobrevenir al enfermo; o los espíritus inmundos adivinan las cosas que tienen ya trazadas y dispuestas, y en los corazones y gustos de

los impíos hacen que a lo hecho cuadre y corresponda a lo dicho, o a lo dicho lo hecho, para adquirir de algún modo derecho y acción en la imbécil materia de la humana fragilidad. Pero los varones santos que se dirigieron por este camino general, por donde se libran las almas, no procuraron profetizar semejantes sucesos como grandes, aunque no los ignorasen y los dijesen muchas veces para hacerlos creer que no debía estimarse ni dar a entender el sentido humano, ni hacer después con facilidad la experiencia de ellos. Pero otras obras eran verdaderamente grandes y divinas, las cuales, según se les permitía, conocida la divina voluntad, anunciaron que habían de suceder. Porque la venida de Jesucristo hecho hombre, y todo lo que por este gran Señor claramente sucedió, y se cumplió en su nombre, la penitencia de los hombres y la conversión de sus voluntades a Dios, la remisión de los pecados y la gracia de la justicia, la fe de los piadosos y justos, y la multitud que por todo el mundo había de creer en el verdadero Dios; la ruina y destrucción del culto de los ídolos y demonios; y el ejercicio con las tentaciones, la purgación de los aprovechados y la liberación de todo mal; el día del juicio, la resurrección de los muertos, la eterna condenación de los impíos, y el reino eterno de la gloriosísima Ciudad de Dios que goza inmortalmente de su vista; todo esto está dicho y prometido en las Escrituras, hablando de este verdadero camino, del que vemos tantas cosas cumplidas, que piadosamente creemos que han de suceder así las demás. Y que la rectitud de este camino que nos conduce directamente hasta ver a Dios y unirnos con El eternamente está depositada en el archivo santo de la divina Escritura, con la misma verdad que se predica y afirma en ella; todos los que no lo creen, y por eso no lo entienden, pueden combatirlo pero no expugnarlo.

Por lo que en estos diez libros, aunque menos de lo que esperaban algunos de mí, no obstante he satisfecho el deseo de otros, cuando ha sido servido de ayudarme el verdadero Dios y Señor, refutando las contradicciones de los impíos, que al autor de la Santísima Ciudad, de la cual nos propusimos tratar, prefieren sus dioses. En los cinco

primeros de estos diez libros escribo contra los que piensan que deben adorarse los dioses por los bienes de esta tierra; y en los otros cinco contra los que entienden que debe conservarse el culto de los dioses por la vida que ha de haber después de la muerte. Así que de aquí adelante, como lo prometí en el libro I, con el favor de Dios, trataré lo que me pareciere necesario acerca del nacimiento, progreso y debidos fines de las dos ciudades que dije que en el presente siglo andaban mezcladas y unidas una con otra.

[70] Porfirio vivió durante el imperio de Diocleciano y Maximiano, que con odio satánico persiguieron a los cristianos.

[71] Gen., 22, 18.

[72] Gal., 3, 19.

[73] Ps., 66, 2, sig.

[74] Io., 14, 6.

[75] Isai., 2, 2, sig.

[76] Luc., 24, 44, sig.

LIBRO UNDÉCIMO [1]

PRINCIPIO DE LAS DOS CIUDADES ENTRE LOS ÁNGELES

Capítulo I

PARTE DE LA OBRA DONDE SE EMPIEZAN A DEMOSTRAR LOS PRINCIPIOS Y FINES DE LAS DOS CIUDADES, ESTO ES, DE LA CELESTIAL Y DE LA TERRENA.

1 Llamamos Ciudad de Dios aquella de quien nos testifica y acredita la Sagrada Escritura que no por movimientos fortuitos de los átomos, sino realmente por disposición de la alta Providencia sobre los escritos de todas las gentes rindió a su obediencia, con la prerrogativa de la autoridad divina, la variedad de todos los ingenios y entendimientos humanos. Porque de ella está escrito: "Cosas admirables y grandiosas están profetizadas de ti, ¡oh Ciudad de Dios!" [2]; y en otro lugar: "Grande es, dice el Señor, y sumamente digno de que se celebre y alabe en la Ciudad de nuestro Dios y en su monte santo, que dilata los contentos y alegría de toda la tierra" [3]; y poco más abajo: "Así como lo oímos, así hemos visto cumplido todo en la Ciudad del Señor de los ejércitos, en la Ciudad de nuestro Dios; Dios la fundó eterna para siempre" [4]; y asimismo en otro salmo "el ímpetu y avenida de las gentes, como unos ríos caudalosos han de alegrar y acrecentar la Ciudad de Dios, donde el soberano omnipotente Señor puso y santificó su tabernáculo y asiento; y puesto que Dios está y habita en medio de ella, no se moverá ni faltará para siempre jamás" [5]. Por estos y otros testimonios semejantes que sería demasiado prolijo referir, sabemos que hay una ciudad de Dios cuyos ciudadanos deseamos ser con aquella ansia y amor que nos inspiró su divino Autor. Al Autor y fundador de esta ciudad santa quieren anteponer sus dioses los ciudadanos de la ciudad terrena, sin advertir que es Dios de los dioses, no de los dioses falsos, esto es, de los impíos y soberbios, que estando desterrados y privados de su inmutable luz, común y extensiva a toda clase de personas y hallándose por este motivo reducidos a una indigente potestad,

pretenden en cierto modo sus particulares señoríos y dominio, y quieren que sus engañados e ilusos súbditos los reverencien con el mismo culto que se debe a Dios; sino que es Dios de los dioses piadosos y santos, que gustan más de sujetarse a sí mismos y a un solo Dios que sujetar muchos a sí propios; adorar y venerar a Dios más que ser adorados y reverenciados por dioses. Pero ya hemos respondido a los enemigos de la ciudad santa cuanto nos ha sido posible, auxiliados del poderoso favor de nuestro Señor y nuestro Rey en los diez libros pasados; y sabiendo al presente lo que se espera de mí, y acordándome de lo que prometí, principiaré a tratar, confiado en el auxilio eficaz del mismo Señor y Rey nuestro, lo mejor que alcanzaren mis fuerzas, del nacimiento, progresos y debidos fines de las dos ciudades, celestial y terrena, de las que dijimos que andaban confundidas en este siglo de algún modo, y mezcladas la una con la otra; y en cuanto a lo primero diré cómo procedieron los principios de ambas ciudades en el encuentro y diferencia que tuvieron entre sí los ángeles.

[1] Escrito el año de Cristo 416 o 417.

[2] Ps., 86, 3.

[3] Ps., 47, 2, 3, 9.

[4] Salmo 47. Sicut audivinus, ita et vidimus in Civitate Domini vitutum, in Civitate Dei Nostri, Deus fundavit eam in aeternum.

[5] Salmo 45. Fluminis impetus, laetificat Civitatem Dei, santificavit tabernaculum suum Altissimus. Deus in medio ejus non commovebitur.

Capítulo II

DEL CONOCIMIENTO DE DIOS, A CUYA NOTICIA NO LLEGÓ HOMBRE ALGUNO, SINO POR EL MEDIADOR ENTRE DIOS Y LOS HOMBRES, JESUCRISTO.

2 Es asunto grande y muy singular el intentar sobrepujar con las limitadas fuerzas del entendimiento a todas las criaturas corpóreas e incorpóreas, y averiguado que son mudables, llegar a la alta contemplación de la inmutable sustancia de Dios, aprender en él y saber de su incomprensible sabiduría, cómo todas las criaturas que no son lo que él, no las crió otro que él. Porque no había Dios con el hombre por medio de alguna criatura corporal, dejándose percibir de los oídos corporales, de forma que entre el que excita este sonido o eco y el que oye, se hiera el espacio intermedio del aire, ni tampoco por alguna criatura espiritual de las que se visten con representaciones de cuerpos, como en sueños, o de otro modo igual (pues también habla de esta manera como si hablara a los oídos corpóreos, porque habla como si tuviera cuerpo y como por interposición de espacio de lugares corporales), sino que habla Dios al hombre con la misma verdad cuando está dispuesto para oír con el espíritu, no con el cuerpo. Porque de esta forma habla a aquella parte del hombre, que en él es lo más sublime y apreciable, y a la que sólo el mismo Dios le hace ventaja. Para que con justa causa se entienda, o, si esto no es posible, a lo menos se crea que el hombre fué criado a imagen y semejanza de Dios, y sin duda según aquella parte se acerca más a Dios omnipotente, con la que él excede a sus partes inferiores, las cuales tiene también comunes con las bestias. Mas por cuanto la misma mente o alma donde reside naturalmente la razón e inteligencia, por causa de ciertos vicios reprensibles y envejecidos, está exhausta de fuerzas, no sólo para unirse con su Señor gozando de Dios, sino también para participar de la luz inmutable, hasta que, renovándose de día en día, y sanando de su mortal dolencia, se haga capaz de tanta felicidad; debió ante todas cosas ser instruida en la fe,

y así quedar purificada. En cuya infalible creencia, para que con mayor confianza caminase al conocimiento de la verdad; la misma verdad, Dios, Hijo único del Altísimo, haciéndose hombre sin desprenderse de la divinidad, estableció y fundó la misma fe, para que tuviese el hombre una senda abierta para llegar a Dios por medio del hombre Dios. Porque este es el medianero entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. Pues por la parte que es medianero, es hombre y verdadero camino de salud. Porque si entre el que camina y el objeto a donde se camina es medio el camino, esperanza habrá de llegar; pero si falta o se ignora por dónde ha de caminarse, ¿qué aprovecha saber a dónde se ha de caminar? Así que sólo puede ser un camino cierto contra todos los errores el que una misma persona sea Dios y hombre: a donde se camina, Dios; por donde se camina, hombre.

Capítulo III

DE LA AUTORIDAD DE LA ESCRITURA CANÓNICA, CUYO AUTOR ES EL ESPÍRITU SANTO.

3 Este Señor habiéndonos hablado primero por los profetas, después por sí mismo, y últimamente por los apóstoles cuando le pareció conducente, ordenó también una santa Escritura que se llamó canónica, de grande autoridad, a quien damos fe y crédito sobre los importantes dogmas que importa que sepamos, y que nosotros mismos no somos idóneos y suficientes para comprender. Porque si podemos conocer por nosotros mismos las cosas que no están distantes ni remotas de nuestros sentidos, así interiores como exteriores (por lo que obtuvieron su peculiar nombre las cosas presentes, porque decimos que están tan presentes, esto es, tan delante de los sentidos como está delante de los ojos lo que cae bajo el sentido de la vista), sin duda que para saber las cosas que están distantes de nuestros sentidos, porque no podemos saberlas por testimonio nuestro, tenemos necesidad de buscar otros testigos; y a

aquellos creemos de cuyos sentidos sabemos que no están, o no estuvieron remotas las tales cosas. Así que como en las cosas visibles que no hemos visto creemos a las personas que las vieron, y así en los demás objetos que pertenecen particularmente a cada uno de los sentidos corporales, de la misma manera en las cosas que se alcanzan y perciben con el entendimiento (porque él con mucha propiedad se dice sentido, de donde dimanó el nombre sentencia), quiero decir en las cosas invisibles [6] que están distantes de nuestro sentido exterior, es necesario que creamos a los que las aprendieron como están dispuestas en aquella luz incorpórea, o a los que las ven como están en ella.

[6] Por invisible entiende San Agustín lo que no es perceptible por ninguno de los sentidos corporales.

Capítulo IV

DE LA CREACIÓN DEL MUNDO, QUE NI FUÉ SIN TIEMPO, NI SE TRAZÓ CON NUEVO ACUERDO QUE SOBRE ELLO TUVIESE DIOS, COMO SI HUBIESE QUERIDO DESPUÉS LO QUE ANTES NO HABÍA QUERIDO.

4 Entre todos los objetos visibles, el mayor de todos es el mundo; y entre todos los invisibles, el mayor de todos es Dios. Pero que haya mundo lo vemos experimentalmente; y que haya Dios lo creemos firmemente. Que Dios haya hecho este mundo a ninguno debemos creer con más seguridad en este punto que al mismo Dios; ¿pero dónde se lo hemos oído? Nosotros lo hemos oído y sabemos por el irrefragable testimonio de la Sagrada Escritura, donde dice su profeta [7]: "Al principio crió Dios el cielo y la tierra". Pero, pregunto: ¿Se halló presente este profeta cuando hizo Dios el cielo y la tierra? No por cierto; solamente se halló allí la sabiduría de Dios por quien fueron criadas todas las cosas [8], la cual se comunica a las almas santas, las hace amigas y profetas de Dios, y a éstos en lo interior de su alma, sin estrépito ni ruido les manifiesta sus divinas obras e incomprensibles decretos. A éstos también hablan los ángeles de

Dios [9]: "Que ven siempre la cara del Padre Eterno, y anuncian su voluntad a los que conviene". Entre éstos fué uno el profeta que dijo y escribió: "Al principio crió Dios el cielo y la tierra:, quien es un testigo tan abonado, para que con su testimonio debamos creer a Dios, que con el mismo espíritu divino con que conoció el singular arcano que se le reveló con ese mismo anunció y vaticinó grandes misterios mucho tiempo antes de promulgarse esta nuestra santa fe.

Pero ¿por qué quiso Dios eterno e inmutable hacer entonces el cielo y la tierra, proyecto que hasta entonces no había realizado? Los que hacen esa pregunta, si son de los que entienden que el mundo es eterno sin ningún principio, y por lo mismo quieren y opinan que no lo hizo Dios, se apartan infinito de la verdad, y alucinados con la mortal flaqueza de la impiedad, desvarían como frenéticos, porque además de las expresiones y testimonios de los profetas, el mismo mundo, con su concertada mutabilidad y movilidad y con la hermosa presencia de todas las cosas visibles, entregándose al silencio en cierto modo, proclama y da voces que fué hecho, y que no pudo serlo sino por la poderosa mano de Dios, que inefable e invisiblemente es grande, e inefable e invisiblemente hermoso; pero si son los que confiesan que le hizo Dios, y, con todo, quieren que no haya tenido principio de tiempo, sino sólo de creación, de manera que con un modo apenas concebible haya sido siempre hecho, éstos dicen lo bastante como para defender a Dios de una fortuita temeridad, para que no se entienda que de improviso le vino a la imaginación lo que nunca antes le había venido de criar el mundo, y que tuvo un nuevo querer, no siendo de algún modo mudable; sin embargo, no advierto cómo en las demás cosas se pueda salvar este modo de decir, especialmente en el alma, de la cual si dijeran que es coeterna de Dios, en ninguna manera podrán explicar de dónde le sobrevino la nueva miseria que jamás tuvo antes eternamente. Porque si dijeren que hubo en todo tiempo alternativa entre su miseria y bienaventuranza, es necesario que digan también que siempre estará en esta alternativa, de que deducirán un absurdo; pues aun cuando

digan que es bienaventurada en esto, a lo menos no lo será si antevé su futura miseria y torpeza, y si no la prevé ni piensa que ha de ser miserable, sino siempre bienaventurada, con falsa opinión es bienaventurada, que no puede decirse expresión más necia. Y si imaginan que infinitos siglos atrás existió siempre esta alternativa entre la bienaventuranza y la miseria del alma, pero que en adelante, habiéndose ya libertado, no volverá a la miseria; con todo, confesarán por necesidad que nunca fué verdaderamente bienaventurada, sino que en adelante empieza a serlo con una nueva y no engañosa bienaventuranza, y, por consiguiente, han de decir que le sucede algo nuevo extraordinario que nunca eternamente en lo pasado le sucedió. Y si negaren que la causa de esta novedad estuvo en el eterno consejo de Dios, negarán también con esto que es el autor de su bienaventuranza, que es una impiedad abominable. Y si dijeren que él, con nuevo acuerdo, trazó que en adelante el alma para siempre fuese bienaventurada, ¿cómo demostrarán que en Dios no hay aquella mutabilidad, que es también contra la opinión de ellos? Y si confiesan que fué criada en el tiempo, pero que en lo sucesivo en ningún tiempo ha de perecer, como el número que tiene verdadero principio y no tiene fin, y que por eso, habiendo una vez experimentado la miseria, si se librase de ella nunca jamás vendrá a ser miserable; por lo menos no pondrán duda en que esto se hace, quedando en su constancia la inmutabilidad del consejo de Dios. Así, pues, crean también que pudo el mundo hacerse en el tiempo y que no por eso en hacerle mudó Dios su eterno consejo y voluntad.

[7] Gen., 1, 1.

[8] Sap., 7, 27.

[9] Mat., 18, 10.

Capítulo V

QUE NO DEBEN IMAGINARSE INFINITOS ESPACIOS DE TIEMPO ANTES DEL MUNDO, COMO NI INFINITOS ESPACIOS DE LUGARES.

5 Asimismo es indispensable que sepamos responder a los que confiesan a Dios por autor y criador del mundo, y, sin embargo, preguntan y dudan acerca del tiempo del principio del mundo, y qué es lo que nos responden sobre el lugar del mundo. Porque de la misma manera se pregunta: ¿por qué razón se hizo entonces y no antes?, como puede preguntarse: ¿por qué fué hecho donde existe, y no en otra parte? Pues si imaginan infinitos espacios de tiempo antes del mundo, en los cuales opinan que no pudo Dios estar ocioso sin empezar la obra, piensen asimismo fuera del mundo infinitos espacios de lugares, en los cuales, si alguno dijere que no pudo estar ocioso Dios todopoderoso, pregunto: ¿no se infiere de tal antecedente que le será forzoso soñar con Epicuro innumerables mundos [10], disintiendo con él solamente en que dice éste que se forman con los fortuitos movimientos de los átomos, y los otros dirán que los hizo Dios, si quieren que no esté ocioso, por la interminable inmensidad de lugares que hay por todas partes fuera del mundo, y que estos tales mundos, como sienten de éste, por ninguna causa podrán deshacerse? ¿Por qué disputamos ahora con los que sienten con nosotros que Dios es incorpóreo y criador de todas las naturalezas que no son lo que es este gran Señor? Pues dar entrada en esta controversia de religión a los que defienden que se debe el culto de los sacrificios a muchos dioses, sería cosa muy exorbitante e indigna. Estos filósofos excedieron a los demás en fama y autoridad, porque, aunque con notable distancia, no obstante se aproximaron más que la sustancia de Dios (la cual ni la incluyen, ni determinan, ni la extienden en lugar, sino que la confiesan, como es razón sentir de Dios,que está en todas partes con la presencia incorpórea), ¿han de decir, digo, que está ausente de tantos y tan inmensos espacios de lugares como hay fuera del mundo, y que está ocupada solamente en un lugar, y aquél, en

comparación de aquella infinidad e inmensidad, tan pequeño como es el lugar donde está este mundo? No presumo que piensen tales disparates. Confesando, pues, ellos que existe un mundo, el cual aunque de inmensa grandeza corpórea, con todo, dicen que es finito y determinado en su lugar, y hecho por mano de Dios; lo que responden a la cuestión sobre los infinitos lugares constituidos fuera del mundo, porque Dios en ellos cesa de obrar y está ocioso, eso mismo respóndase a sí mismos en la controversia sobre los infinitos tiempos antes del mundo, porque Dios cesó de obrar en ellos y estuvo ocioso. Y así como no se infiere, ni es consecuencia legítima, que por casualidad más bien que por alta disposición y razón divina haya Dios criado y colocado el mundo en este lugar en donde existe y no en otro (pues habiendo por todas partes infinitos lugares igualmente desembarazados y patentes, pudo escoger éste sin que hubiese en él ninguna prerrogativa o excelencia particular, aunque esta misma disposición y razón divina por qué así lo hizo no la pueda comprender ningún entendimiento humano), así tampoco se infiere ni es consecuencia que entendamos haya sucedido a Dios algún suceso por acaso y fortuitamente que le moviera a criar el mundo más en aquel tiempo que antes, habiendo pasado igualmente los tiempos anteriores por infinito espacio atrás sin haber diferencia alguna por la que en la elección se pudiese preferir un tiempo a otro. Y si dijeren que son vanas las imaginaciones de los hombres con que piensan infinitos lugares, no habiendo otro lugar fuera del mundo, les respondemos que de esa manera opinan vanamente los hombres sobre los tiempos pasados en que estuvo Dios ocioso, no habiendo habido tiempo antes de la creación del mundo.

[10] Epicuro defendía que no sólo debía haber muchos mundos, sino infinitos, refutándole Aristóteles, los Estoicos con Platón y otros sabios, que admitían la existencia de un solo universo.

Capítulo VI

QUE EL PRINCIPIO DE LA CREACIÓN DEL MUNDO Y EL PRINCIPIO DE LOS TIEMPOS ES UNO, Y QUE NO ES UNO ANTES QUE OTRO.

6 Porque si bien se distinguen la eternidad y el tiempo, en que no hay tiempo sin alguna instabilidad movible, ni hay eternidad que padezca mudanza alguna, ¿quién no advierte que no hubiera habido tiempos si no se formara la criatura que mudara algunos objetos con varias mutaciones, de cuyo movimiento y mudanza (como va a una y otra parte, que no pueden estar juntas, cediendo y sucediéndose en espacios e intervalos más cortos o más largos de pausas y detenciones) se siguiera y resultara el tiempo? Así que, siendo Dios, en cuya eternidad no hay mudanza alguna, el que crió y dispuso los tiempos, no advierto cómo puede decirse que crió el mundo después de los espacios de los tiempos; si no es que digan que antes del mundo hubo ya alguna criatura con cuyos movimientos corriesen los tiempos. Y si las sagradas letras (que son sumamente verdaderas) dicen "que al principio hizo Dios el cielo y la tierra", de modo que no hizo otra cosa primero, porque dijeron antes lo que había hecho si hiciera algo antes de todas las cosas que hizo; sin duda que el mundo no se hizo en el tiempo, sino con el tiempo. Porque lo que se hace en el tiempo se hace después de algún tiempo y antes de algún tiempo; después de aquel que ha pasado, y antes de aquel que ha de venir; pero no podía haber antes del mundo algún tiempo pasado, porque no había ninguna criatura con cuyos mudables movimientos fuera sucediendo. Hízose el mundo con el tiempo, pues en su creación se hizo el movimiento mudable, como parece se representa en aquel orden de los primeros seis o siete días, en que se hace mención de la mañana y tarde, hasta que todo lo que hizo Dios en estos días se acabó y perfeccionó al día sexto, y al séptimo, con gran misterio, se nos declara que cesó Dios. Y el querer imaginar nosotros cuáles son estos días, o es asunto sumamente arduo y dificultoso, o imposible, cuanto más el querer decirlo.

Capítulo VII

DE LA CALIDAD DE LOS PRIMEROS DÍAS, PORQUE ANTES QUE SE HICIESE EL SOL, SE DICE QUE TUVIERON TARDE Y MAÑANA.

7 Por cuanto advertimos que los días ordinarios y conocidos no tienen tarde sino respecto del ocaso, ni mañana sino respecto del nacimiento del sol; sin embargo, los tres primeros de la creación pasaron sin sol; el cual se dice en la Escritura que fué hecho el cuarto; y aunque se refiere que primeramente se hizo la luz con la palabra de Dios, y que Dios la dividió y distinguió de las tinieblas, dando por nombre peculiar a la luz, día, y a las tinieblas, noche [11]; cuál sea aquella luz, cuál sea su movimiento alternativo, y cuál la mañana y tarde que hizo, está bien lejos de nuestros sentidos; ni podemos comprender del modo que es, lo que sin embargo ciertamente debe creerse. Porque o hemos de decir que hay alguna luz corpórea, ya sea en las partes superiores del mundo muy distantes de nuestra vista, ya sea aquella con que después se encendió el sol; o hemos de decir que por el nombre de luz se entiende y significa la Ciudad Santa, que constituyen y componen los santos ángeles y espíritus bienaventurados, de la cual dice el apóstol [12]: "La Jerusalén que está arriba, nuestra madre, es eterna en los cielos"; y en otro lugar dijo [13]: "Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día, no somos hijos de la noche, ni de las tinieblas". Con todo, en este día se incluye también la tarde y la mañana en cierto modo, porque la ciencia de la criatura en comparación de la ciencia del Criador, en alguna manera se hace tarde, y asimismo esta misma se hace mañana cuando se refiere a la gloria y amor de su Criador; pero jamás se convierte en noche, cuando no se deja al Criador por el amor a la criatura. Finalmente, refiriendo la Escritura por su orden los días primeros de la creación, jamás interpuso el nombre de noche; pues en ningún lugar, dice, hizo la noche, sino hízose la tarde, e hízose la mañana, un día o el primer día; y así del segundo y de los demás. Porque el conocimiento de la criatura en sí misma está más obscuro y

descolorido (por decirlo así) que cuando se conoce en la sabiduría de Dios, como en un modelo y arte de donde se hizo. Y así más propiamente puede llamarse tarde que noche; la cual tarde, sin embargo, como he insinuado, cuando se refiere para alabar y amar a su Criador, viene a parar en mañana. Todo lo cual, cuando se realiza en el conocimiento de sí mismo, se hace el primer día; cuando en el conocimiento del firmamento, que hay entre las aguas superiores e inferiores y se llama cielo, se hace el segundo día; cuando en el conocimiento de la tierra, mar y de todas las plantas que en la tierra producen semilla y fruto, el tercero día; cuando en el conocimiento de los luminares mayor y menor, y de todas las estrellas, el cuarto día; cuando en el conocimiento de todos los animales del agua y volátiles, el quinto día; cuando en el conocimiento de todos los animales terrestres y del mismo hombre, el día sexto [14].

[11] Gen., c., 1.

[12] Gal., 4, 26.

[13] 1 Thess, 5, 5.

[14] La interpretación alegórica de los días del Génesis, según San Agustín (Cfr. De Gen ad litt., 1, 4; c. 21_29, M. L. 34, 311_316; C. V. 28, 2, 123_128), se reduce a lo siguiente: Los días genesiacos son otros tantos conocimientos o pensamientos angélicos. La luz, que fué hecha el primer día, es un conocimiento angélico. El ángel, conociéndose a sí, en sí mismo tiene el conocimiento vespertino, y conociéndose a sí, en el Verbo, tiene el matutino, y esta es la mañana y la tarde del día primero. Conociendo el firmamento en sí mismo, tiene otro conocimiento vespertino, y conociéndole en el Verbo, el matutino, y así se puede ir diciendo de los otros días.

Luego la mañana y la tarde forman un día completo. La tarde es el conocimiento angélico de la obra de Dios en sí misma, y la mañana ese conocimiento en el Verbo.

Esta interpretación, aunque está permitida por la Iglesia, hoy no es admitida por los teólogos.

Capítulo VIII

CÓMO HA DE ENTENDERSE EL DESCANSO DE DIOS CUANDO DESPUÉS DE LAS OBRAS DE LOS SEIS DÍAS DESCANSÓ EL SÉPTIMO.

8 Pero cuando descansa Dios de todas sus obras al séptimo día, y le santifica, no debe entenderse materialmente como si Dios hubiese padecido alguna fatiga o cansancio ideando y ejecutando tan grandes maravillas en estos días, puesto que dijo y se hicieron todas las cosas con la virtud de sola su palabra inteligibles y sempiterna, no sonora y temporal; sino que el descanso de Dios significa el de los que descansan en Dios, así como la alegría de la casa significa el júbilo de los que se alegran en ella, aunque no los cause contento la misma casa, sino algún otro objeto deleitable. Cuánto más si la misma casa, con su hermosura, alegra a los moradores de ella; de manera que no sólo se llama alegre por aquella figura con que significamos lo contenido por lo que contiene (así como decimos que los teatros aplauden y los prados braman, cuando en los unos aplauden los hombres, y en los otros braman los bueyes), sino también por aquella con que se significa el efecto por la causa eficiente, así como decimos la carta festiva, significando la alegría de los que se llenan de júbilo leyéndola. Así que convenientísimamente cuando la autoridad profética dice que descansó Dios, se significa el descanso de los que en él descansan, y los que el mismo Señor hace descansar; prometiendo también esto a los hombres con quienes habla la profecía, y por quienes se escribió ciertamente que también ellos, después de las buenas obras que en ellos y por medio de ellos obra Dios, si acudieren y llegaren a él en esta vida en algún modo con la fe, tendrán en él perpetuo descanso. Porque esto se figuró también conforme al precepto de la ley, con la vacación y fiesta del sábado en

el antiguo pueblo de Dios, y así me parece que debemos tratar de ello más particularmente en su propio lugar.

Capítulo IX

QUÉ ES LO QUE DEBEMOS SENTIR DE LA CREACIÓN DE LOS ÁNGELES, SEGÚN LA SAGRADA ESCRITURA.

9 Porque me he propuesto al presente la idea de tratar del principio y nacimiento de la Ciudad Santa, y me ha parecido conducente exponer en primer lugar todo lo que pertenece a los santos ángeles, que son parte no sólo grande de esta ciudad, sino también la más bienaventurada, en cuanto jamás ha sido peregrina; procuraré explicar, con el auxilio de Dios, lo que pareciese bastante sobre lo que nos dice acerca de esta materia la Sagrada Escritura. Y aunque es verdad que donde trata de la creación del mundo no nos dice clara y distintamente si crió Dios a los ángeles o con qué orden los crió, sin embargo, puesto que no dejó de hacer mención de ellos, o los significó con el nombre de cielo cuando dijo: "al principio hizo Dios el cielo y la tierra"; o bajo el nombre de esta luz de que voy hablando. Y que no omitió el hacer mención de ellos se infiere, porque dice que descansó Dios el séptimo día de todas las maravillosas obras que hizo, habiendo principiado de este modo el divino libro: "Al principio hizo Dios el cielo y la tierra", como si antes de la creación del cielo y la tierra al parecer no hubiese hecho otra cosa. Así que, habiendo empezado por el cielo y la tierra que formó en primer lugar como dice a continuación la Sagrada Escritura, siendo entonces invisible e informe, y como no hubiese criado aún la luz, opacas tinieblas se extendiesen sobre el abismo, esto es, sobre alguna indistinta confusión de tierra y agua (pues donde no hay luz es necesario que haya tinieblas) y después, habiendo dispuesto la creación especial de todas las cosas, que refiere haber acabado y perfeccionado en los seis días, ¿cómo había de dejar a los ángeles, como si no se incluyeran en las obras de Dios, de las que descansó al séptimo día? Y que Dios

crió a los ángeles (aunque aquí no omitió el decirlo, sin embargo, no lo especificó particularmente con toda claridad), en otro lugar lo indica expresamente el sagrado texto; pues hasta en el himno que cantaron los tres mancebos en el horno de fuego, diciendo: "Alabad y bendecid todas las obras del Señor al Señor" [15]; enumerando esas obras divinas hace asimismo mención de los ángeles. Y en el salmo se canta [16]: "Alabad al Señor vosotros que estáis en los cielos; alabadle los que vivís en las alturas; alabadle todos sus ángeles; alabadle toda la milicia de los espíritus celestiales; alabadle, Sol y Luna; alabadle todas las estrellas y astros luminosos; alabadle los más encumbrados e ilustres cielos; todas las aguas y raudales cristalinos que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor; porque él es el autor y criador de todos; con sola su divina palabra se hicieron todas las cosas, y con mandarlo se criaron". También nos manifiesta aquí con toda evidencia el Espíritu Santo que Dios crió los ángeles, pues habiéndolos referido y numerado entre las demás criaturas del cielo, concluye y dice: "porque él es el autor y criador de todas, con sola su divina palabra se hicieron, y con mandarlo se criaron". ¿Y quién será tan necio que se atreva a imaginar que crió Dios los ángeles después de criar todos los seres comunes que se refieren en los seis días? Pero cuando haya alguno tan idiota y poco instruido, convencerá su vanidad aquella expresión de la Escritura que tiene igual autoridad infalible, donde dice Dios [17]: "Cuando hice las estrellas me alabaron con grandes aclamaciones todos los ángeles". Luego había ya ángeles cuando crió las estrellas, las que formó en el cuarto día. ¿Diremos acaso que los hizo al tercero día? Ni por pensamiento, porque es indudable cuanto obro en este día, dividiendo la tierra de las aguas y repartiendo a cada uno de estos dos elementos sus especies de animales, produciendo al mismo tiempo la tierra todo lo que está plantado en ella. ¿Acaso diremos que al segundo? Tampoco, porque en él hizo el firmamento entre las aguas superiores, al cual llamó cielo, y en él crió las estrellas al cuarto día. Luego si los ángeles pertenecen a las obras que Dios hizo en estos

días, son sin duda aquella luz refulgente que se llamó día, el cual, para recomendarnos y darnos a entender que fué uno, no le llamó día primero, sino uno. Mas ni por eso hemos de inferir que es otro distinto el día segundo o el tercero o los demás, sino que el mismo uno se repite por cumplimiento del número senario o septenario, para darnos individual noticia del senario y septenario conocimiento, es decir: el senario, de las maravillosas obras que Dios hizo; y el septenario, en el que Dios descansó. Porque cuando dijo Dios: "hágase la luz", y se hizo la luz, si se entiende bien en esta luz la creación de los ángeles, sin duda que los hizo partícipes de la luz eterna, que es la inmutable sabiduría de Dios, por quien fueron criadas todas las cosas, a quien llamamos el unigénito de Dios; para que, alumbrados con la luz sobrenatural que fueron criados, se hicieran luz y se llamaran día, por la participación de aquella inmutable luz y día, que es el Verbo divino, por quien ellos y todas las cosas fueron criadas. Porque la luz verdadera que ilumina a todos los hombres que vienen a este mundo, ésta también alumbra a todos los ángeles puros y limpios para que sean luz, no en sí mismos, sino en Dios, de quien si se separa el ángel se hace inmundo, como todos los que se llaman espíritus inmundos, que no son ya luz en el Señor, sino tinieblas en sí mismos, privados de la participación de la luz eterna. Porque el mal no tiene naturaleza alguna, sino que la pérdida del bien recibió el nombre del mal.

[15] Dan., 3, 57, sig.

[16] Ps., 148, 1, sig.

[17] Job, 38, 7.

Capítulo X

DE LA SIMPLE E INMUTABLE TRINIDAD DEL PADRE, HIJO Y ESPÍRITU SANTO, UN SOLO DIOS, EN QUIEN NO ES OTRO LA CUALIDAD Y OTRO LA SUSTANCIA.

10 Así que, el bien que es Dios es solamente simple, y por eso inmutable. Por este sumo bien fueron criados todos los bienes, pero no simples, y por lo mismo mudables. Fueron criados, digo, esto es, fueron hechos, no engendrados; pues lo que se engendró del bien simple, es del mismo modo simple, lo mismo que aquel de que se engendró, cuyas dos cualidades o esencias llamamos Padre e Hijo, y ambos con su Espíritu es un solo Dios, el cual Espíritu del Padre y del Hijo se llama en la Sagrada Escritura, Espíritu Santo, con una noción propia de este nombre. Sin embargo, es otro distinto que el Padre y el Hijo, porque ni es el Padre, ni es el Hijo; otro he dicho, pero no otra sustancia, porque también este es del mismo modo simple, bien inmutable y coeterno. Y esta Trinidad es un solo Dios, no dejando de ser simple porque es Trinidad. Y no llamamos simple a la naturaleza del bien, porque está en ella sólo el Padre, o sólo el Hijo, o sólo el Espíritu Santo, mediante a que no está sola esta Trinidad de nombres, sin subsistencia de personas, como entendieron los herejes sabelianos, sino que se llama simple porque todo lo que tiene eso mismo es, a excepción de que cada una de las personas se refiere a otra, porque sin duda el Padre tiene Hijo, y con todo, él no es el Hijo, y el Hijo tiene Padre, y con todo, él no es Padre. En lo que se refiere a sí mismo y no a otro, eso es lo que tiene; como a sí mismo se refiere el viviente porque tiene vida, y él mismo es la vida.

Así que se dice naturaleza simple, aquel a quien no sucede tener cosa alguna que pueda perder, o en quien sea una cosa el que lo tiene y otra lo tenido; así como el vaso que tiene algún licor, o el cuerpo que tiene color, o el aire, la luz o calor, o como el alma, que tiene la sabiduría; porque ninguna de estas cualidades es aquello que en sí tiene, pues el vaso no es el licor, ni el cuerpo es el color, ni el aire la

luz o el calor, ni el alma la sabiduría. De donde resulta que pueden privarse también de los objetos que tienen, y convertirse y transformarse en otros hábitos y cualidades; de modo que el vaso se desocupe del licor de que estaba lleno, y el cuerpo pierda el color; el aire se oscurezca o refresque; y el alma deje de saber. Pero si el cuerpo es incorruptible, como lo es el que se promete a los santos en la resurrección, aunque es cierto que tiene aquella inadmisible cualidad de la misma incorrupción, no obstante, quedando la sustancia corporal en su natural ser, no se identifica con la incorrupción, porque ésta está toda particularmente esparcida por todas las partes del cuerpo, y no es mayor en una parte y menor en otra, porque ninguna parte es más incorrupta que la otra; mas el mismo cuerpo es mayor en el todo que en la parte, y siendo en él una parte mayor y otra menor, la que es mayor no es más incorrupta que la que es menor. Así que una cosa es el cuerpo que no se halla todo en cualquiera parte suya, otra cosa es la incorrupción, la cual en cualquiera parte suya está toda; porque cualquiera parte del cuerpo incorruptible, aun desigual a todas las demás, es igualmente incorrupta. Porque supongamos, v. gr., no porque el dedo es menor que toda la mano, por esto es más incorruptible la mano que el dedo; así, pues, siendo desiguales la mano y el dedo, sin embargo, es igual la incorruptibilidad de la mano y la del dedo; y, consiguientemente, aunque la incorrupción sea inseparable del cuerpo incorruptible, una cosa es la sustancia que se llama cuerpo y otra su cualidad de incorruptible. Y por eso también no es así la prenda que tiene. Igualmente la misma alma, aunque sea también sabia, como lo será cuando se librare para siempre de la presente miseria, aunque entonces será sabia para siempre, con todo, será sabia por la participación de la sabiduría inmutable, la cual no es lo mismo que ella. Porque tampoco el aire, aunque nunca se despoje de la luz que le baña, por eso dejará él de ser una cosa y otra la luz que le ilumina, lo cual no lo digo como si el alma fuese aire, según imaginaron algunos que no pudieron penetrar y comprender la naturaleza incorpórea, sino

porque estas cosas, respecto de aquéllas, con ser todavía tan diversas y desiguales, tienen cierta semejanza; de modo que muy al caso se dice, que así se ilumina el alma incorpórea con la luz incorpórea de la simple sabiduría de Dios, como se ilumina el cuerpo del aire con la luz corpórea, y así como se oscurece cuando le desampara esta luz (porque no son otra cosa las que llamamos tinieblas de los espacios corporales que el aire, que carece de luz) de la misma manera se oscurece y cubre de tinieblas el alma privada de la luz de la sabiduría. Así que por esto se llaman aquellas cosas simples, las cuales principalmente y con verdad son divinas; porque no es en ellas una cosa la cualidad [18] y otra la sustancia, ni son por participación de otras divinas, o sabias o bienaventuradas. Con todo, en la Sagrada Escritura se llama múltiple [19] y vario el espíritu de la sabiduría, porque contiene en sí muchos objetos admirables; pero los que tiene, éstos también es él, y es uno todos ellos. Porque no son muchos, sino una la sabiduría, donde residen los inmensos e infinitos tesoros de las cosas inteligibles, en las cuales existen todas las causas y razones invisibles e inmutables de las cosas, aun de las visibles y mudables, las cuales fueron hechas y criadas por ésta. Porque Dios no ejecutó operación alguna, ignorando lo que debía de hacer, lo cual no puede decirse propiamente de cualquier artífice. Y si sabiendo, hizo todas las cosas, hizo sin duda las que sabía. De lo cual ocurre al entendimiento una idea maravillosa, aunque verdadera; que nosotros no podíamos tener noticia de este mundo, si no existiera; pero si Dios no tuviera noticia de él, era imposible que fuera.

[18] El santo entiende por cualidad lo que los filósofos llamaron después accidente.

[19] Sap., 7, 22.

Capítulo XI

SI HEMOS DE CREER QUE LOS ESPÍRITUS QUE NO PERSEVERARON EN LA VERDAD, PARTICIPARON DE AQUELLA BIENAVENTURANZA QUE SIEMPRE TUVIERON LOS SANTOS ÁNGELES DESDE SU PRINCIPIO.

11 Lo cual, siendo innegable, en ninguna manera aquellos espíritus que llamamos ángeles fueron primero tinieblas por algún espacio de tiempo, sino que luego que fueron criados los crió Dios luz; con todo, no fueron criados sólo para que fuesen como quiera y viviesen como quiera, sino que también fueron iluminados para que viviesen sabia y felizmente. Desviándose algunos de esta ilustración divina, no solamente no llegaron a conseguir la excelencia de la vida sabia y bienaventurada (la cual sin duda no es sino la eterna, y muy cierta y segura de su eternidad), pero aún la vida racional, aunque no sabia, sino ignorante y destituida de razón, la tienen de manera que no la pueden perder, ni aun cuando quieran.

Y cuánto tiempo fueron partícipes de aquella sabiduría eterna antes que pecasen, ¿quién lo podrá determinar? Sin embargo, ¿cómo podremos decir que en esta participación, éstos fueron iguales a aquéllos, que son verdadera y cumplidamente bienaventurados porque en ninguna manera se engañan, sino que están ciertos de la eternidad de su bienaventuranza? Pues si en ella fueran iguales, también éstos perseveraran en su eternidad igualmente bienaventurados, porque estaban igualmente ciertos. Pues así como la vida se puede decir vida, entretanto que durare, no así podrá decirse con verdad la vida eterna si ha de tener fin; por cuanto la vida sólo se llama vida si se vive; y eterna, si no tiene fin. Por lo cual, aunque no todo lo que es eterno es bienaventurado (porque también el fuego del infierno se llama eterno), con todo, si verdadera y perfectamente la vida bienaventurada no es sino eterna, no era tal la vida de éstos, porque alguna vez se había de acabar; y, por lo tanto, no era eterna, ya supiesen esto, ya ignorándolo imaginasen otra cosa; porque el temor a los que lo sabían y el error a los que lo ignoraban no los

permitían ser eternamente felices. Y si esto no lo sabían, de modo que no estribaban ni confiaban en cosas falsas o inciertas, ni se inclinaban con firme determinación a una parte ni a otra acerca de si su bien había de ser sempiterno, o alguna vez había de tener fin; la misma suspensión y duda sobre tan grande felicidad, no tenía aquel colmo y plenitud de vida bienaventurada que creemos hay en los santos ángeles. Porque al nombre de vida bienaventurada no le queremos acortar y limitar tanto su significación, que sólo llamemos a Dios bienaventurado [20], quien, sin embargo, de tal manera es verdaderamente bienaventurado, que no pueda haber mayor bienaventuranza, en cuya comparación nada significa que los ángeles sean bienaventurados con una bienaventuranza suya, tanta cuanta en ellos pueda haber.

[20] Los antiguos definieron la bienaventuranza: un estado perfecto y colmado de todo género de bienes, el cual sólo compete a Dios y por participación de él son bienaventurados los ángeles y santos.

Capítulo XII

DE LA COMPARACIÓN DE LA BIENAVENTURANZA DE LOS JUSTOS QUE NO HAN ALCANZADO AÚN EL PREMIO DE LA DIVINA PROMESA, CON LA BIENAVENTURANZA DE LOS PRIMEROS HOMBRES EN EL PARAÍSO ANTES DEL PECADO.

12 Ni estos solos por lo que toca a la naturaleza racional e intelectual se deben llamar bienaventurados; porque ¿quién se atreverá a negar que los primeros hombres en el Paraíso, antes de caer en el pecado, fueron bienaventurados [21]; aunque no estuviesen ciertos de su bienaventuranza, cuán larga había de ser, o si había de ser eterna; la cual, seguramente, hubiera sido eterna si no pecaran? Pues sin reparo alguno lamamos hoy bienaventurados a los que viven justa y santamente con esperanza de la futura inmortalidad, sin culpa que les entregue la conciencia, consiguiendo fácilmente la divina misericordia para los pecados de la presente flaqueza humana, los

cuales, aunque están ciertos del premio de su perseverancia, con todo, se hallan inciertos de ella; porque ¿qué hombre habrá que sepa que ha de perseverar hasta el fin en el ejercicio y aprovechamiento de la justicia, si no es que con alguna revelación se lo certifique el que no a todos da parte de este sublime arcano por justos y secretos juicios, aunque a ninguno engañe? Así que por lo perteneciente al gusto y deleite del bien presente, más bienaventurado era el primer hombre en el Paraíso que cualquier justo existente en esta humana carne mortal; pero respecto a la esperanza del bien futuro, cualquiera que sabe con evidencia, no con opinión, sino con verdad cierta e inefable que ha de gozar sin fin, libre de toda molestia, de la amable compañía de los ángeles en la participación del sumo Dios, es más bienaventurado con cualesquiera aflicciones y tormentos del cuerpo que lo era aquel hombre estando incierto de su caída en aquella grande felicidad del Paraíso.

[21] Quiere decir el santo que aun cuando los ángeles no estuvieran ciertos de su ruina o perseverancia, de algún modo hubieran sido bienaventurados, por estar adornados de una naturaleza tan noble; de la misma manera que Adán lo era antes de pecar, por las dotes de alma y cuerpo que Dios le dio.

Capítulo XIII

SI DE TAL MANERA CRIÓ DIOS A TODOS LOS ÁNGELES CON LA MISMA FELICIDAD, QUE NI LOS QUE CAYERON PUDIERON SABER QUE HABÍAN DE CAER, NI LOS QUE NO CAYERON, DESPUÉS DE LA RUINA DE LOS CAÍDOS, RECIBIERON LA PRESCIENCIA DE SU PERSEVERANCIA.

13 Por lo cual, podrá cualquiera fácilmente echar de ver que de lo uno y de lo otro resulta juntamente la bienaventuranza que con recto propósito desea la naturaleza intelectual, esto es, de gozar del bien inmutable y eterno, que es Dios, sin ninguna molestia, y de saber que ha de perseverar en él para siempre, sin que duda alguna le tenga

suspenso, ni error alguno le engañe. De ésta piadosamente creemos que gozan los ángeles de la luz, y que no la tuvieron antes que cayesen los ángeles pecadores que por su malicia fueron privados de aquella luz, lo colegimos por consecuencia; con todo, se debe creer o ciertamente, que si vivieron antes del pecado, tuvieron alguna bienaventuranza, aunque no la presciencia de si habían de perseverar. Y, si parece cosa dura el creer que cuando Dios crió a los ángeles, a unos los crió de modo que no tuvieron la presciencia de su perseverancia o de su caída, y a otros los crió de manera que con verdad cierta e inefable conocieron la eternidad de su bienaventuranza, sino que a todos desde su principio los crió con igual felicidad, y que así estuvieron hasta que éstos, que ahora son malos, por su voluntad cayeron de aquella luz de la suma bondad; sin duda que es más duro de creer que los santos ángeles estén ahora inciertos de su eterna bienaventuranza, y que ellos de sí mismos ignoren lo que nosotros pudimos alcanzar y conocer de ellos por la divina Escritura. Porque ¿qué católico cristiano ignora que no ha de haber ya ningún nuevo demonio de los buenos ángeles, así como tampoco el demonio ha de volver ya más a la sociedad de los ángeles buenos? Porque, prometiendo en el Evangelio [22], a los santos fieles que serán iguales a los ángeles de Dios, asimismo les ofrece que irán a gozar de la vida eterna [23]; y si es cierto que nosotros estamos seguros de que jamás hemos de caer de aquella inmortal bienaventuranza, y ellos no lo están, seremos necesariamente de mejor condición que ellos, y no iguales; mas porque de ningún modo puede faltar la verdad de que seremos iguales a ellos, sin duda ellos están también ciertos de su eterna felicidad. De la cual, porque los otros no estuvieron ciertos (porque no iba a ser eterna la felicidad, de la cual pudieran estar asegurados, pues había de tener fin), resta confesar que, o fueron desiguales, o si fueron iguales, después de la caída y ruina de ellos alcanzaron los otros la ciencia cierta de su felicidad sempiterna. A no ser que quiera decir alguno que lo que el Señor dice del demonio en el Evangelio: "que el demonio fué

homicida desde el principio, y no perseveró en la verdad"; debe entenderse, de tal modo, que no sólo fué homicida desde el principio, esto es, desde el principio del linaje humano, o sea, desde que fué criado el hombre, a quien con engaños pudiese matar, sino también que desde el principio de su creación no perseveró en la verdad; por lo cual, nunca fué bienaventurado con los santos ángeles, no queriendo sujetarse a su Criador, y complaciéndose, por su soberbia, en su alta potestad, como si fuera propia, con lo cual quedó engañado y engañoso, pues quedó para siempre subyugado a la elevada potestad y omnipotencia del que es Todopoderoso; y el que con suave sujeción no quiso conservar lo que verdaderamente es, con altivez y soberbia procura fingir lo que no es, para que así se entienda con más claridad lo que insinúa el Apóstol y Evangelista San Juan cuando dice: "Que el diablo peca desde el principio", esto es, desde que fué criado rehusó la justicia, la cual no puede caber sino en la voluntad piadosa y rendida a Dios. Los que adoptan esta opinión, pregunto, ¿no sienten lo mismo con otros herejes, esto es, con los maniqueos [24], y si hay otras sectas pestilenciales que sostengan que tiene el demonio procedente como de un principio contrario su propia naturaleza mala? Los cuales disparatan tan vanamente, que teniendo con nosotros y en nuestro abono la autoridad de estas palabras evangélicas, no advierten ni consideran que no dijo el Señor: "no tuvo verdad", sino "no perseveró en la verdad"; queriendo manifestar que cayó del conocimiento de la verdad, en la cual, seguramente, si perseverara participando de ella, perseveraría también en la bienaventuranza con los santos ángeles.

[22] Mat., 22, 30.

[23] Ib., 25, 46.

[24] Leyendo los maniqueos "que el demonio fué homicida desde el principio", entendieron que fué criado ya malo, siéndolo, pues por naturaleza y no por voluntad.

Capítulo XIV

CON QUÉ FRASE O MODO DE HABLAR DICE LA ESCRITURA DEL DEMONIO QUE NO PERSEVERÓ EN LA VERDAD, PORQUE NO HAY EN ÉL VERDAD.

14 Y añadió la razón, como si preguntáramos por dónde consta que no perseveró en la verdad, y dice [25]: "Porque no hay verdad en él". Y sin duda la hubiera en él si perseverara en ella. Esta causa está expuesta bajo un método de raciocinar no muy corriente y usado, pues parece que suena así: no perseveró en la verdad porque no hay verdad en él, como si la causa de que no haya perseverado en la verdad fuera porque no hay verdad en él, siendo más bien la causa de no haber verdad en él, el no haber permanecido en la verdad. Pero este mismo lenguaje hallamos también en el Salmo, donde dice [26]: "Yo clamé porque me oíste, mi Dios". Debiendo, al parecer, decir: Me oíste mi Dios porque clamé a ti. Pero habiendo dicho yo clamé, como si le preguntaran por qué señal demostró el haber clamado, manifestando el deseado efecto de haberle oído Dios, muestra sin duda el afecto de su clamor como si dijera: por esto doy a entender expresamente que he clamado, porque me habéis oído.

[25] Io., 8, 44.

[26] Ps., 16, 6.

Capítulo XV

CÓMO HA DE ENTENDERSE LA AUTORIDAD DE LA ESCRITURA: DESDE EL PRINCIPIO PECA EL DEMONIO.

15 La expresión que profiere San Juan hablando del demonio [27]: "Desde el principio el demonio peca", no entiende que si es natural, de ningún modo es pecado. Pero ¿qué responderán a los testimonios incontrastables de los Profetas, o a los que dice Isaías, significando al demonio bajo la persona del príncipe de Babilonia [28]: "Cómo cayó Lucifer, que nacía resplandeciente de mañana"; o a lo que dice Ezequiel [29]: "¿Estuviste en los deleites del Paraíso de Dios, adornado

de todas las piedras preciosas?" De cuyos testimonios se deduce que estuvo alguna vez sin pecado, porque más expresamente le dice poco después: "Anduviste en tus días sin pecado". Cuyas autoridades, puesto que no pueden entenderse de otra manera, vienen en confirmación de lo que se dice: que no perseveró en la verdad, para que lo entendamos de manera que estuvo en la verdad, pero que no perseveró en ella; y aquella expresión, que desde el principio el demonio peca, no desde el principio que fué criado se ha de entender que peca, sino desde el principio del pecado, porque de su soberbia resultó el haber pecado. Ni lo que se escribe en el libro de Job [30] hablando del demonio: "Esta es la primera o principal criatura que hizo el Señor para que se burlasen de él sus ángeles", con lo que parece concuerda la expresión del real Profeta cuando dice [31]: "Este dragón que formaste para que se burlen de él", se debe entender de tal modo, que creemos que le crió desde el principio, para que los ángeles se burlasen de él, aunque después de cometido su execrable crimen, le ordenó Dios este castigo. Su principio, pues, es ser hechura del Señor; pues no hay naturaleza alguna, aun entre las más viles y despreciables sabandijas del mundo, que no la haya criado y formado aquel Señor de quien procede toda formación, toda especie y hermosura, todo el orden de las cosas, sin el cual no puede hallarse o imaginarse cosa alguna criada, cuanto más la criatura angélica que en dignidad de naturaleza excede a todas las demás que Dios crió.

[27] Io., Ep., I. c. 3.

[28] Isai., 14, 12.

[29] Ezech., 28, 13.

[30] Iob., 40, 14.

[31] Ps., 103, 26.

Capítulo XVI

DE LOS GRADOS Y DIFERENCIAS DE LAS CRIATURAS, LAS CUALES DE UNA MANERA SE ESTIMAN RESPECTO DEL PROVECHO Y UTILIDAD, Y DE OTRA RESPECTO DEL ORDEN DE LA RAZÓN.

16 Entre las criaturas que son de cualquiera especie, y no son lo mismo que es Dios, por quien fueron criadas, se anteponen y aventajan las vivientes a las no vivientes, como también las que tienen facultad de engendrar o apetecer a las que carecen de esta tendencia; y entre las que viven se anteponen las que sienten a las que no sienten, como a los árboles, los animales; y entre los que sienten se anteponen las que entienden a las que no entienden, así como los hombres a las bestias; y entre las que entienden se anteponen las inmortales a las mortales, como los ángeles a los hombres. Pero se anteponen así siguiendo el orden de la naturaleza; sin embargo, hay otros muchos modos de estimación, conforme a la utilidad de cada cosa; de que resulta que antepongamos algunas cosas insensibles a algunas que sienten, en tanto grado, que si pudiésemos, quisiéramos desterrarlas del mundo; ya sea ignorando el lugar que en él tienen, ya sea, aunque lo sepamos, posponiéndolas a nuestras comodidades e intereses. Porque ¿quién hay que no quiera más tener en su casa pan que ratones, dineros que pulgas? Pero ¿qué maravilla, cuando aun en la estimación de los mismos hombres, cuya naturaleza es tan sublime, por la mayor parte se compra más caro un caballo que un esclavo, una piedra preciosa que una esclava? Así que donde hay semejante libertad en el juzgar, hay mucha diferencia entre la razón del que lo considera y la necesidad del que lo ha menester, o el gusto del que lo desea; puesto que la razón estima qué es lo que en sí vale cada cosa según la excelencia de la naturaleza; y la necesidad estima que es aquel objeto por lo que le desea; buscando la razón lo que juzga por verdad la luz del entendimiento; y el deleite y gusto lo que es agradable a los sentidos del cuerpo. No obstante, tanto vale en las naturalezas racionales un como peso de la voluntad y amor, que

aunque por la naturaleza se antepongan los ángeles a los hombres; con todo, por la ley de la justicia, los hombres buenos son preferidos y antepuestos a los ángeles malos.

Capítulo XVII

QUE EL VICIO DE LA MALICIA NO ES LA NATURALEZA, SINO QUE ES CONTRA LA NATURALEZA; A QUIEN NO DA OCASIÓN O CAUSA DE PECAR SU CRIADOR, SINO SU PROPIA VOLUNTAD.

17 Por razón de la naturaleza, no por la malicia del demonio, inferimos que está con justa causa dicho: "Esta es la primera o principal criatura que hizo el Señor". Porque, sin duda, donde no había vicio de malicia, precedió la naturaleza no viciada, y el vicio es contra la naturaleza, de manera que no puede ser sino en daño de la naturaleza. Así que no fuera vicio el apartarse de Dios, si a la naturaleza, cuyo vicio es el apartarse de Dios, no le correspondiese mejor el estar con Dios; por lo cual, aun la voluntad mala es gran testigo de la naturaleza buena. Pero Dios, así como es Criador benignísimo de las naturalezas buenas, así también justísimamente ordena y dispone de las voluntades malas, porque cuando ellas usan mal de las naturalezas buenas, el Señor usa bien aun de las voluntades malas. Por eso hizo que el demonio, que en cuanto es producción de su poderosa mano es bueno, y por su voluntad malo, habiéndole dispuesto y ordenado acá abajo, entre las cosas inferiores, fuese burlado por sus ángeles, esto es, que sacasen fruto y aprovechamiento de sus tentaciones los santos, a quienes desea y procura dañar con ellas. Y porque Dios, cuando le crió, sin duda no ignoraba la malicia que había de tener, y preveía los bienes que el espíritu infernal había de sacar de su malicia, por este motivo dice el Salmo: "Este dragón que formaste para que le escarnezcan", a fin de que por el mismo hecho de haberle formado, aunque por su bondad, bueno, se entienda que por su presencia tenía ya prevenido y dispuesto cómo había de usar de él aunque fuese malo.

Capítulo XVIII

DE LA HERMOSURA DEL UNIVERSO, LA CUAL, POR DISPOSICIÓN DIVINA, CAMPEA AÚN MÁS CON LA OPOSICIÓN DE SUS CONTRARIOS.

18 Dios no criara no digo yo a ninguno de los ángeles, pero ni de los hombres, que supiese con su soberana presciencia había de ser malo, si no tuviera exacta ciencia de los provechos que de ella habían de sacar los buenos; disponiendo de esta manera el orden admirable del universo, como un hermoso poema, con sus antítesis y contraposiciones. Porque las que llamamos antítesis son muy oportunas y a propósito para la elegancia y ornamento de la elocuencia; y en idioma latino se distinguen con el nombre de oposición, o, lo que con más claridad se dice, contraposición. No está recibido entre nosotros este vocablo, aunque también la lengua latina usa de esos artificios y adornos de la elocuencia, como los idiomas de todas las naciones. Y el apóstol San Pablo, con estas antítesis en su carta segunda a los corintios, suave y enérgicamente declara aquel lugar donde dice [32]: "Mostrémonos armados de justicia y buenas obras, a diestro y siniestro, para que caminemos seguros por la gloria y por la ignominia; por la infamia y la buena fe; teniéndonos del mundo por embusteros, siendo hombres de verdad; por no conocidos, siendo, sin embargo, conocidos; por muertos, perseverando vivos; por castigados, y no muertos; por tristes, estando siempre alegres; por pobres, enriqueciendo a muchos; como quien nada posee, poseyéndolo todo". Así como contraponiendo los contrarios a sus contrarios se adorna la elegancia del lenguaje, así se compone y adorna la hermosura del universo con una cierta elocuencia, no de palabras, sino de obras, contraponiendo los contrarios. Con toda claridad nos enseña esta doctrina el Eclesiástico cuando dice [33]: "Así como es contrario al mal el bien, y como es contraria a la muerte, así es contrario al justo el pecador, y esta conformidad observarás en todas las admirables obras del Altísimo de dos en dos las cosas, una contraria a la otra".

[32] 2 Cor., 6, 7, sig.
[33] Eccli., 33, 15.

Capítulo XIX

QUÉ DEBE SENTIRSE DE LO QUE DICE LA SAGRADA ESCRITURA QUE DIVIDIÓ DIOS LA LUZ Y LAS TINIEBLAS.

19 Así que aun cuando la oscuridad de esta divina palabra sea también útil para adquirir exacto conocimiento de aquel Señor que produce verdades sensibles, y las saca a la luz del conocimiento, mientras uno la entiende de un modo, y otro de otro (pero de tal manera que lo que se percibe en un lugar oscuro se confirme, o con el irrefragable testimonio de cosas claras y manifiestas, o con otros lugares que no admiten duda; ya sea porque revolviendo muchas cosas se viene a conseguir también la inteligencia de lo que sintió el autor de la Escritura; ya sea que aquel arcano se nos oculte a nuestra escasa trascendencia y, sin embargo, con ocasión de tratar de la profunda oscuridad, se expresan algunas otras verdades); por consiguiente, no me parece absurda y ajena de las obras de Dios aquella opinión, sobre si cuando crió Dios la primera luz se entiende que crió los ángeles; y que hizo distinción entre los ángeles santos y los espíritus inmundos, donde dice: "Dividió Dios la luz y las tinieblas, y llamó Dios a la luz día y a las tinieblas noche". Porque sólo pudo distinguir estas cosas el que pudo saber primero que cayesen, que habían de caer; y que privados de la luz de la verdad habían de quedar en su tenebrosa soberbia. Porque entre este tan conocido día y noche, esto es, entre esta luz y estas tinieblas, mandó que las dividiesen estos luminares del cielo tan patentes a nuestros sentidos: "Háganse, dice, los luminares en el firmamento del cielo, para que den su luz sobre la tierra y dividan el día y la noche"; y poco después: "Hizo Dios, dice, dos luminares grandes, el luminar mayor para que presidiese al día, y el menor a la noche, y con ellos las estrellas, y los colocó en el firmamento del cielo para que difundiesen

su luz sobre la tierra y fuesen señores del día y de la noche y para que dividiesen la luz y las tinieblas". Pero entre aquella luz, que es la santa congregación de los ángeles, y resplandece con la inteligible ilustración de la verdad, y entre las contrarias tinieblas, esto es, entre aquellas abominables inteligencias de los ángeles malos que se desviaron de la luz de la justicia, aquel Señor pudo hacer división, a quien tampoco pudo estar oculta o incierta la futura malicia, no de la naturaleza, sino de la voluntad.

Capítulo XX

DE LO QUE DICE DESPUÉS DE HECHA LA DISTINCIÓN ENTRE LA LUZ Y LAS TINIEBLAS: "Y VIO DIOS QUE ERA BUENA LA LUZ".

20 Finalmente, tampoco debe pasarse en silencio que cuando, dijo Dios: "Hágase la luz, y se hizo la luz", añadió en seguida: "Y vio Dios la luz que era buena"; no dijo estas expresiones después que hizo distinción entre la luz y las tinieblas, llamando a la luz día, y a las tinieblas noche; porque ninguno se persuadiese que le agradaban también aquellas tinieblas, como la luz. Pues cuando éstas son ya inculpables (entre las cuales y la luz que percibimos con nuestros ojos hacen distinción y división los luminares del cielo), no antes, sino después, se infiere claramente que vio Dios que era bueno. "Y púsolos, dice, en el firmamento del cielo, para que difundiesen su luz sobre la tierra, presidiesen al día y a la noche, y dividiesen entre sí la luz y las tinieblas, y vio Dios que era bueno". Entonces ambos resplandecientes luminares le agradaron, porque ambos eran inculpables. Pero cuando dijo Dios "hágase la luz y se hizo la luz"; sigue inmediatamente: "Y vio Dios la luz que era buena"; e infiere luego: "Separó Dios la luz de as tinieblas, y llamó Dios a la luz, día, y a las tinieblas, noche"; pero no añadió aquí: y vio Dios que era bueno, por no llamar buenos a ambas cosas, siendo la una de ellas mala, no por su naturaleza, sino por su propia culpa. Y por eso sólo agradó la

luz a su Criador; mas las tinieblas angélicas, aunque las había de disponer en su respectivo lugar, sin embargo, no las había de aprobar.

Capítulo XXI

DE LA ETERNA E INMUTABLE CIENCIA Y VOLUNTAD DE DIOS, CON QUE TODO LO QUE HIZO EN EL UNIVERSO, LE AGRADÓ ANTES DE HACERLO, COMO LO HIZO DESPUÉS.

21 Porque ¿qué otra cosa debe entenderse en aquella expresión que frecuentemente repite: "Vio Dios que era bueno", sino la aprobación de la obra practicada conforme a la idea, que es la sabiduría de Dios? Porque es cierto que Dios no llegó a comprender entonces que la cosa era buena cuando la crió; pues si no lo supiera, no hiciera cosa alguna de las que crió. Así que, cuando advierte que es bueno (lo cual si no lo hubiera visto antes de hacerlo, sin duda no lo hiciera), nos enseña y demuestra que aquello es bueno, mas no lo aprende. Platón se atrevió a decir más aún [34]: que se llenó Dios de gozo luego que acabó de ejecutar la admirable obra de la creación del mundo. De cuya doctrina no hemos de inferir que procedía de tanta ignorancia que entendiese que se le había acrecentado a Dios alguna bienaventuranza con la novedad de su obra, sino que quiso manifestar con éste su sentir que agradó a su artífice lo mismo que había hecho, como le había complacido en idea cuando lo pensaba hacer; no porque en modo alguno haya variedad en la ciencia de Dios, de suerte que sean diferentes en ella las cosas que aun no son de las que ya son y las que serán; pues no de la misma manera que nosotros prevé Dios lo que ha de ser, o ve lo presente, o mira lo pasado, sino con otra muy diferente de la que acostumbran nuestros discursos y pensamientos. Pues el Señor no ve, discurriendo de uno en otro, mudando el pensamiento, sino totalmente, de un modo inmutable; de forma que entre las cosas que se hacen temporalmente, las futuras aún no son, las presentes ya son, y las pasadas ya no son; pero Dios todas las comprende con una estable y eterna presciencia; no de una manera

con los ojos y otra con el entendimiento, porque no consta de alma y cuerpo; ni tampoco las comprende de un modo ahora y de otro después, pues su ciencia no se muda, como la nuestra, con la variedad del presente, pretérito y futuro [35]: "En quien no hay mudanza ni sombra alguna de vicisitud". Porque su conocimiento no pasa de pensamiento en pensamiento, sino que a su vista incorpórea están patentes y presentes juntamente todas las cosas que conoce; pues así comprende los tiempos sin ninguna temporal noción, como mueve las cosas temporales sin ninguna mudanza temporal suya. Así que entonces vio que era bueno lo que hizo, cuando vio que era bueno para hacerlo, y no porque lo vio hecho duplicó la ciencia o en alguna parte la acrecentó, como si tuviera menor ciencia primero que hiciese lo que veía, pues no obrara con tanta perfección si no fuera tan consumada su inteligencia, que sus obras no le puedan añadir cosa alguna. Por lo cual, si a nosotros solamente se nos hubiera de significar quien crió la luz, bastara decir: hizo Dios la luz; pero si nos dijeran no sólo quién la hizo,sino por qué medio la hizo, sería suficiente decir así: Dijo Dios: hágase la luz, y se hizo la luz", para que entendiéramos que no solamente hizo Dios la luz, sino que también la hizo por el Verbo; mas porque convenía que se nos intimasen tres cosas que debíamos saber sobre la creación de la criatura racional, es a saber, quién la hizo, por quién la hizo, y por qué la hizo, por eso dice: "Dijo Dios: hágase la luz, y se hizo la luz, y vio Dios la luz que era buena". Por este motivo, si queremos saber quién la hizo, Dios; si por quién la hizo, dijo: hágase, e hízose; si por qué la hizo, porque era buena. No hay autor más excelente que Dios, ni arte más eficaz que la palabra de Dios; ni causa mejor que lo bueno para que lo criara Dios bueno. Esta causa dice Platón [36] que es la justísima de la creación del mundo, para que por el buen Dios fueran hechas buenas obras, ya sea que esto lo hubiese leído, ya lo hubiese quizá entendido de los que lo habían leído, ya con su agudísimo y perspicaz ingenio hubiese llegado a tener conocimiento

de las cosas invisibles de Dios, por medio de las criadas [37], ya las hubiese aprendido de los que las habían conocido.

[34] Tim., p. 37, C.

[35] Luc., 1, 17.

[36] Tim., p. 30.

[37] Rom., 1, 20.

Capítulo XXII

DE AQUELLOS A QUIENES NO SATISFACEN ALGUNAS COSAS QUE HIZO EL BUEN CRIADOR EN LA CREACIÓN DEL UNIVERSO BIEN HECHAS, Y JUZGAN QUE HAY ALGUNA NATURALEZA MALA.

22 Pero la causa que hubo para criar las cosas buenas, que es la bondad de Dios, esta causa, digo, tan justa y tan idónea, que considerada diligentemente, y piadosamente meditada y ponderada resuelve todas las controversias de los que disputan acerca del principio y origen del mundo; algunos herejes no la comprendieron, porque advierten que a esta necesitada y frágil mortalidad, que procede del justo castigo, la ofenden muchas cosas que no la convienen: como el fuego, el frío, la ferocidad de las bestias u otras cosas semejantes, y no observan y consideran cuánto campean estas mismas en sus propios lugares y naturalezas; cuánta es la hermosura y orden de su disposición; cuánto todas ellas contribuyen por su parte con su hermosura y ornato a formar como una común república; y a nosotros mismos cuántas comodidades nos prestan, usando de ellas con congruencia y discreción, tanto, que los mismos venenos que son perniciosos por la inconveniencia, si convenientemente se aplican, se convierten en saludables medicamentos; y al contrario, cuán dañosos sean aun los objetos del mayor gusto y diversión, como la comida y la bebida, y esta luz, usando de ellas sin moderación y oportunidad. Por lo que nos advierte la divina Providencia que no despreciemos neciamente las cosas, sino con diligencia procuremos saber la utilidad y provecho que tienen, y cuando nuestro ingenio limitado no

lo comprendiese, creamos que está oculto, así como lo estaban algunas otras cosas que apenas que apenas pudimos descubrir; pues la utilidad que resulta del secreto, o sirva para ejercitar nuestra humildad o para quebrantar nuestra soberbia, puesto que no hay naturaleza que sea mala, y este nombre de malo no denota otra cosa que una privación de lo bueno. Sin embargo, desde las cosas terrenas hasta las celestiales, desde las visibles hasta las invisibles, algunas buenas son mejores que otras, a fin de que todas fuesen desiguales; pero Dios, artífice grande en las cosas grandes, no es menor en las pequeñas, cuya pequeñez no debe estimarse ni medirse por su grandeza (porque ninguna tienen), sino por la sabiduría del artífice; así como si al rostro de un hombre le rayasen una ceja, cuán cortísima porción sería lo que se le quitaría al cuerpo, y cuán grande a la hermosura, que consta, no de la grandeza, sino de la igualdad y dimensión de los miembros. Y verdaderamente no hay motivo para que nos admiremos que los que piensan que hay alguna naturaleza mala, nacida y propagada de un principio contrario suyo, no quieran admitir esta causa de la Creación del Mundo, es a saber: que Dios, siendo bueno, hizo cosas buenas; pues creen que forzado y compelido de la extrema necesidad, rebelándose contra él el mal, llegó a formar la fábrica del mundo; y que en la batalla, procurando reprimir y vencer el mal, vino a mezclar con él su naturaleza buena, la cual habiendo quedado abominablemente profanada y cruelmente cautivada y oprimida con grandes molestias, apenas la puede purificar y librar, aunque no toda, sino que lo que de ella no se pudo purificar de aquella coinquinación, viene a servir de prisión al enemigo que tiene dentro vencido y encerrado. Pero los maniqueos no fueran tan necios o, por mejor decir, tan insensatos y frenéticos, si creyeran que la naturaleza divina es inmutable, como es totalmente incorruptible, a la cual no hay cosa que pueda ofender o dañar, y con cristiana cordura y juicio sano sintieran que el alma, que pudo mudarse y empeorarse con la voluntad y corromperse con el pecado, y así privarse de la felicidad de gozar de la luz de la inmutable

verdad, no era parte de Dios ni de la naturaleza que es Dios, sino criada, por lo que es muy diferente y desigual a su Criador.

Capítulo XXIII

DEL ERROR CON QUE CULPAN LA DOCTRINA DE ORÍGENES.

23 Pero es mucho más digno de admiración que algunos que con nosotros admiten un principio de todas las cosas y que ninguna naturaleza que no sea Dios puede tener ser sino del que es su autor; sin embargo, no quisieron creer bien y sencillamente esta causa tan justa y tan sencilla de la creación del mundo, que Dios, siendo, como es, bueno, crió cosas buenas que existieran después de Dios, las cuales aunque buenas no eran como Dios, y no las pudo hacer sino Dios bueno; antes dicen que las almas, aunque no son partes de Dios, sino hechas y criadas por Dios, pecaron apartándose de su Criador, y por diferentes progresos, según la diversidad de los pecados, en el espacio que hay desde el cielo y la tierra, merecieron diferentes cuerpos como cárceles y prisiones y que este es el mundo, no para que se criaran cosas buenas, sino que se corrigieran y reprimieran las malas. De este error con razón culpan y reprenden a Orígenes, porque en los libros que él intitula Periarjón, o de los Principios, esto mismo sintió y escribió. Examinando esta obra me lleno de admiración al observar que persona tan docta y ejercitada en la literatura eclesiástica, no advirtiese lo primero cuán contrario era esta opinión a la intención de la Sagrada Escritura, obra tan admirable y de tanta autoridad, que, concluyendo la relación de todas las obras de Dios, "y vio Dios que era bueno", e infiriendo después de haberlas concluido todas: "Y vio Dios todas las cosas que hizo y eran por extremo buenas", no quiso que se reconociese otra causa de la creación del mundo, sino la de que hizo cosas buenas, Dios bueno. Donde se lee que si ninguno pecara, el mundo estuviera adornado y lleno solamente de naturalezas buenas; y no porque acaeció pecar se llenó todo el universo de pecados, supuesto que mucho mayor número de

justos conservaron en los cielos el orden de su naturaleza. Y la mala voluntad, no porque rehusó guardar el orden de la naturaleza, por eso se eximió de las leyes del justo Dios, que ordena y dispone rectamente todas las cosas; porque así como una pintura, colocado en su respectivo lugar el color negro, es hermosa, así el mundo, si uno le pudiese ver, aun con los mismos pecadores es hermoso, aunque éstos, considerados de por sí, los haga torpes y abominables su propia deformidad.

Lo segundo debiera advertir Orígenes y todos los que esto sienten, que si fuera verdadera la opinión de que el mundo fué criado, porque las almas conforme a los méritos de sus pecados tomaran cuerpo como mazmorras, donde estuviesen encerradas pagando su pena: las que pecaron menos en los cuerpos superiores y más ligeros, y las que más en inferiores y más graves, sin duda se seguiría que los demonios, que son lo peor que puede haber, habían de tener cuerpos terrenos, que es lo más inferior y más grave que hay, antes que no los hombres buenos. Mas para que entendiéramos que los méritos de las almas no deben estimarse por la calidad de los cuerpos, el demonio, que es el peor de todos tiene el cuerpo aéreo, y el hombre, aunque al presente es malo, sin embargo, su malicia es mucho menor y menos grave, y por lo menos lo era antes de que pecara; no obstante, el hombre, digo, tomó cuerpo de lodo y barro. Y ¿qué mayor desatino puede decirse, que fabricando Dios el sol para que fuese único en el mundo, no atendió su artífice al decoro y ornato de la hermosura, o al bien y conservación de las cosas corporales, sino que se debió a que un alma pecó, de tal suerte, que mereció que la encerrasen en semejante cuerpo? Y por consiguiente, si sucediera que no una, sino dos; y no dos, sino diez o ciento, pecaran igualmente de una manera, tuviera este mundo cien soles. Lo cual, para que no aconteciera, no lo previno la admirable providencia del artífice para la conservación y hermosura de las cosas corporales, sino que aconteció por haber progresado tanto un alma pecando que sola ella se hizo digna de tal cuerpo. Verdaderamente y con justa causa se debe reprimir, no el

progreso y desmán de las almas, acerca de las cuales no saben lo que dicen, sino el progreso de los que sienten semejantes disparates, desviándose tanto de la verdad. Así que cuando en cualquiera criatura se preguntan y consideran las tres cosas que he insinuado; quién la hizo, por qué medio la hizo y por qué la hizo, de modo que se responda: "Dios, por el Verbo, y porque es bueno"; si en ello con la profundidad del sentido místico se nos intima la misma Trinidad, esto es, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, o si ocurre alguna dificultad porque algún lugar de la Escritura nos impida entenderlo así, es cuestión larga y difusa, y no es razón obligarnos a explicarlo todo en un libro.

Capítulo XXIV

DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, LA CUAL POR TODAS SUS OBRAS SEMBRÓ Y ESPARCIÓ ALGUNOS INDICIOS PARA SIGNIFICÁRSENOS.

24 Creemos, tenemos y fielmente confesamos que el Padre engendró al Verbo, esto es, a la sabiduría por quien crió todas las cosas, al Unigénito Hijo, siendo el uno igual al otro, eterno con el coeterno, sumamente bueno con el sumamente bueno; y que el Espíritu Santo es justamente espíritu del Padre y del Hijo, y él mismo consustancial y coeterno con ambos; y que todo esto es una Trinidad por la propiedad de las personas, y un solo Dios, todopoderoso por la inseparable omnipotencia, pero de tal modo, que cuando de cada uno de por sí se pregunta sobre estas cualidades, se responda que cualquiera de ellos es Dios, y es todopoderoso; y cuando juntamente de todos digamos que no son tres dioses o tres todopoderosos, sino un solo Dios todopoderoso, tan grande es allí la inseparable unidad en los tres, la cual así se quiso predicar. Pero si me preguntaren si el Espíritu Santo del buen Padre y del buen Hijo, porque es común a ambos, se puede decir expresamente la bondad de ambos, no me atrevo arrojadamente a determinarlo; sin embargo, más fácilmente me atrevería a llamarle santidad de ambos, no como cualidad común

a ambos, sino siendo la misma sustancia y tercera persona en la Trinidad. Y este sentir me parece más probable al observar que siendo el Padre espíritu, y el Hijo espíritu, y el Padre santo y el Hijo santo, sin embargo propiamente es la tercera persona la que se llama Espíritu Santo, como santidad sustancial y consustancial de ambos. Pero si no es otra cosa la bondad divina que la santidad, seguramente que aquella cuestión es igualmente conforme a razón, y no atrevida presunción; para que en las obras de Dios, por medio de cierto secreto e incomprensible lenguaje con que se ejercita nuestro entendimiento, entendamos que se nos insinúa y significa la misma Trinidad, donde dice quién hizo cada criatura, por quién la hizo, y por qué la hizo cada criatura, por quién la hizo, y por qué la hizo. El Padre del Verbo dijo, "hágase"; y lo que, diciéndolo el mismo Señor, se hizo, sin duda, se hizo por el Verbo; y sobre lo que dice que vio Dios que era bueno: se nos significa bien claro que Dios, sin necesidad alguna suya, sino solamente por su bondad, hizo lo que hizo, esto es, porque es bueno; y lo dijo después de haberlo hecho, para indicarnos que el objeto que fué criado cuadra y conviene a la bondad de aquel por quien fué hecho; cuya bondad, si se entiende que es el Espíritu Santo, toda la Trinidad se nos manifiesta en sus obras. De aquí la Ciudad Santa habitada de los angélicos espíritus celestiales, toma su origen, su información y bienaventuranza. Porque si preguntan sobre el principio de donde viene, Dios la fundó; si de dónde es sabia, Dios es de quien goza; subsistiendo se modifica, con la contemplación se ilustra, y con la unión goza de perpetua alegría; vive, ve y ama; vive en la eternidad de Dios; luce en la verdad de Dios y goza en la bondad de Dios.

Capítulo XXV

CÓMO TODA LA FILOSOFÍA ESTÁ DIVIDIDA EN TRES PARTES.

25 Fundados en estos principios, a lo que puede entenderse, opinaron y quisieron los filósofos que la disciplina o arte de la

sabiduría, esto es, la filosofía, se dividiese en tres partes, o, por mejor decir, pudieron advertir que estaba dividida en tres (porque no procuraron el que así fuese, antes averiguaron que era así); a cuya partes pudieron llamar: a una física, a otra lógica y a otra ética (las cuales acostumbran llamar ya muchos escritores en idioma latino: natural, racional y moral y de ellas brevemente hicimos mención en el libro VIII); no porque se infiera que en estas tres partes imaginasen o formasen alguna idea, según Dios, de la Trinidad; aunque dicen que Platón fué el primero que halló y enseñó esta división, el cual fué de parecer que no había otro autor que Dios de todas las naturalezas, ni dador de la inteligencia, ni inspirador del amor con que pueda vivirse bien y bienaventuradamente. Aunque los filósofos sientan diversamente acerca de la naturaleza del universo, del método de rastrear e indagar la verdad, y del fin del bien a que debemos enderezar y referir todas nuestras acciones, con todo, en estas tres célebres y generales cuestiones ocupan y emplean toda su atención. De modo que habiendo en cada una de ellas mucha variedad de opiniones, sin embargo, ninguno duda que hay alguna causa efectríz de la naturaleza, alguna forma de ciencia y resumen de la vida. También se consideran tres circunstancias en cualquier artífice, para que pueda sacar una buena producción: la naturaleza, la doctrina y el uso. La naturaleza debe atenderse y estimarse según el ingenio, la doctrina según la ciencia, y el uso según el fruto. Tampoco ignoro que propiamente el fruto es del que goza y el uso del que usa, en lo cual al parecer se nota esta diferencia, que gozamos de aquella cosa que, no debiéndose referir a otra, ella por sí misma nos deleita; pero usamos de aquella que buscamos, no por sí, sino por otra (por lo que debemos usar más de las temporales que gozarlas; para que merezcamos gozar de las eternas, no como los ignorantes y los que proceden con error queriendo gozar del dinero y usando de Dios, porque no expenden el dinero por amor a Dios, sino que adoran a Dios por el dinero); con todo, adoptando el modo de hablar recibido más comúnmente, digo que usamos también del fruto y gozamos del

uso, porque en un sentido propio se dicen frutos los del campo, de todos los cuales usamos en la vida presente. Así que según esta costumbre llamo yo uso en las tres circunstancias que advertí debían considerarse en el hombre, que son la naturaleza, la doctrina y el uso. Por éstas hallaron los filósofos, como insinué, las tres disciplinas o ciencias que creyeron necesarias para conseguir la vida bienaventurada; la natural por amor a la naturaleza, la racional por la doctrina y la moral por el uso. Luego si la naturaleza que tenemos la tuviéramos de nosotros mismos, sin duda que nosotros fuéramos también autores de nuestra sabiduría, y no procuráramos alcanzarla por medio de la doctrina, esto es, aprendiéndola de otra parte. Y nuestro amor, procediendo de nosotros y referido a nosotros, bastara para vivir felizmente, sin tener necesidad de otro algún bien para gozarle; pero supuesto que nuestra naturaleza, para que tuviese ser necesitó tener a Dios por autor y su Criador; sin duda para que sigamos la verdad al mismo debemos tener por doctor, y al mismo igualmente para que seamos bienaventurados por dador de la suavidad y gozo interior.

Capítulo XXVI

DE LA IMAGEN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, QUE EN CIERTO MODO SE HALLA EN LA NATURALEZA DEL HOMBRE AÚN NO BEATIFICADO.

26 Y aun nosotros en nosotros mismos reconocemos la imagen de Dios, esto es, aquella suma Trinidad, aunque no tan perfecta y cabal como es en sí misma, antes sí en gran manera diferentísima; ni coeterna con ella, ni (por decirlo en una palabra) de la misma sustancia que ella; sino que naturalmente no hay cosa en todas cuantas hizo el Señor que más se aproxime a Dios, la cual aún debemos ir perfeccionando con la reforma de las costumbres, para que venga a ser también muy cercana en la semejanza. Porque nosotros somos y conocemos que somos y amamos nuestro ser y conocimiento. Y en estas tres cosas que digo no hay falsedad alguna

que pueda turbar nuestro entendimiento; porque estas cosas no las atinamos y tocamos con algún sentido corporal como hacemos con las exteriores, como el color con ver, el sonido con oír, el olor con oler, el sabor con gustar, las cosas duras y blandas con tocar; y también las imágenes de estas mismas cosas sensibles, que son muy semejantes a ellas, aunque no son corpóreas, las revolvemos en la imaginación, las conservamos en la memoria y por ellas nos movemos a desearlas, sino que sin ninguna imaginación engañosa de la fantasía, me consta ciertamente que soy, y que eso lo conozco y amo. Acerca de estas verdades no hay motivo para temer argumento alguno de los académicos, aunque digan: ¿qué, si te engañas? Porque si me engaño ya soy; pues el que realmente no es, tampoco puede engañarse, y, por consiguiente, ya soy si me engaño. Y si existo porque me engaño, ¿cómo me engaño que soy, siendo cierto que soy, si me engaño? Y pues existiría si me engañase, aun cuando me engañe, sin duda en lo que conozco que soy no me engaño, siguiéndose, por consecuencia, que también en lo que conozco que me conozco no me engaño; porque así como me conozco que soy, así conozco igualmente esto mismo: que me conozco. Y cuando amo estas dos cosas, este mismo amor es como un tercero, y no de menor estimación. Porque no me engaño en que me amo, no engañándome en las cosas que amo, pues aun cuando ellas fuesen falsas, sería cierto que amaba las falsas. Porque ¿cómo me reprendieran rectamente, y con justa razón me prohibieran el amor de las cosas falsas, si fuese falso que yo las amaba? Pero siendo ellas verdaderas y ciertas, ¿quién duda que cuando las amo, también su amor es verdadero y cierto? Y tan cierto es que no hay uno solo que no quiera ser, como que no hay ninguno que no quiera ser bienaventurado. ¿Pues cómo puede ser bienaventurado si es nada?

Capítulo XXVII

DE LA ESENCIA, DE LA CIENCIA Y DEL AMOR DE AMBOS.

27 El mismo ser, en virtud de cierto impulso natural, es tan suave y gustoso, que no por otra causa, aun los que son miserables y extremadamente indigentes, no apetecen morir, y advirtiendo que son miserables, no quieren que los libren de la miseria. Aun aquellos que conocen que son y en realidad de verdad son miserables; y no sólo los juzgan por miserables los sabios, por observar que son ignorantes, sino también los que se estiman por dichosos y bienaventurados, porque son pobres y mendigos; aun a esos si alguno les concediese la inmortalidad con la condición de que juntamente con ella jamás le faltase la miseria, proponiéndoles que si no quisiesen vivir siempre en la misma miseria no habían de tener de ningún modo ser, sino habían de parecer; seguramente que saltaran de contento y eligieran primero vivir siempre así, que no el dejar de ser del todo. Testigo es de este aserto la experiencia, y la conocida opinión de estos filósofos. Porque ¿cuál es la causa por que temen morir, y gustan más de vivir en aquella miseria que concluir y acabar con ella de una vez con la muerte, sino porque bastantemente se deja entender cuánto rehusa la naturaleza el no ser? Y por eso, como advierten que han de morir, desean se les conceda por gran beneficio la especial gracia de que les permitan vivir algún tiempo más en la misma miseria, y morir más tarde. Luego sin duda manifiestan con cuánto aplauso recibirían la inmortalidad, aun la que no pudiese dejar de ser pobre y menesterosa. ¿Y qué diremos de los animales irracionales, a quienes no se les concedió facultad de considerar sobre este punto, contando desde los más corpulentos y desaforados dragones hasta los más pequeños e imperceptibles gusanillos e insectos? ¿Acaso no dan a entender que quieren y aman el vivir y el ser, y por eso huyen y rehusan el morir con todos los movimientos y demostraciones que pueden? Pues qué ¿las plantas y todas las matas y arbustos que carecen de sentido para poder evitar con manifiestas mociones su daño, para poder lanzar al

aire su renuevo, no fijan y encaminan otro de raíces por la tierra con que poder atraer el sustento y conservar así en cierto modo su ser? Finalmente, los mismos cuerpos, que no solamente carecen de todo sentido, sino también de vida seminal, de tal modo o suben arriba, o bajan abajo, o se nivelan en medio, que conservan su ser, donde pueden existir según su naturaleza.

Y cuánto estime y aprecie el conocer, y cuánto desee no ser engañada la naturaleza, puede deducirse de que más quiere uno quejarse y lamentarse disfrutando de juicio sano, que alegrarse estando demente. La cual virtud e impulso admirable, a excepción del hombre, no la llegan a comprender los demás animales, aunque algunos de ellos, para examinar esta brillante luc corporal, tengan más agudo y perspicaz el sentido de la vista; mas no pueden arribar al exacto conocimiento de aquella luz incorpórea, con la que de algún modo se ilumina nuestro entendimiento, para que podamos juzgar rectamente de estas cosas; pues conforme a las ilustraciones que recibimos de ella, podemos entender. Sin embargo, los sentidos de los animales irracionales, aunque no contengan en sí ciencia alguna, tienen a lo menos una semejanza de ciencia; pero las demás cosas corporales se llaman sensibles, no porque sienten, sino porque se dejan sentir. Entre ellas, las plantas tienen la semejanza o propiedad común con los sentidos de sustentarse y crecer; y aunque éstas y todos los objetos corpóreos tienen sus causas secretas en la naturaleza, no obstante por sus formas y varias apariencias conque se hermosea la visible fábrica del universo, abren camino a los sentidos para que las vean y sientan, de suerte que, en vez de ser incapaces de conocimiento, parece que quieren en cierto modo darse a conocer. Sin embargo, nosotros las conocemos con el sentido corporal, y no juzgamos de ellas con el sentido del cuerpo, porque disfrutamos de otro sentido correspondiente al hombre interior mucho más excelente y noble, con el cual sentimos y conocemos las cosas justas y las injustas por su privación. Al oficio peculiar de este sentido no llega ni la agudeza de los ojos, ni la viveza de los oídos, ni el espíritu del

olfato, ni el gusto de la boca, ni el tacto del cuerpo. Allí es donde estoy cierto que soy, y estoy cierto que lo sé, y esto amo; y asimismo estoy firmemente seguro que lo amo.

Capítulo XXVIII

SI DEBEMOS AMAR TAMBIÉN AL MISMO AMOR CON QUE AMAMOS EL SER Y SABER, PARA ACERCARNOS MÁS A LA IMAGEN DE LA TRINIDAD DIVINA.

28 Pero ya hemos dicho lo bastante, y cuanto parece que exige la naturaleza de esta obra, sobre la esencia y noticia en cuanto son amadas en nosotros; y cómo se halla también en los demás objetos inferiores a ellas, aunque diferente, una cierta semejanza suya; pero no hemos raciocinado sobre el amor con que se aman; es decir, si amamos ese mismo amor. Es innegable que se ama y lo probamos así: porque los hombres que más rectamente aman, lo aman más. Porque no se llama hombre bueno el que sabe lo que es bueno, sino el que ama lo bueno.

¿Por qué, pues, no advertimos en nosotros mismos que amamos también al mismo amor con que amamos todo lo bueno? Supuesto que también es amor aquel con que se ama lo que no debe amarse, y este amor aborrece en sí el que ama aquel amor con que se ama lo que debe amarse. Pues ambos pueden hallarse en un hombre; y esto es un bien para la humana criatura, para que, elevándose aquél con que vivimos bien, se humille éste con que vivimos mal hasta que perfectamente sane y se mude en bien todo lo que vivimos. Porque si fuéramos bestias, apreciaríamos la vida carnal y lo que es conforme a sus sentidos, y esto sin duda fuera suficiente bien nuestro, y conforme a esta máxima, yéndonos bien con ello no buscáramos otra cosa. Asimismo, si fuéramos árboles, aunque no pudiéramos amar objeto alguno con la potencia sensitiva, sin embargo, se daría a entender que apetecíamos en cierto modo el ser más fértiles y fructuosos. Si fuéramos piedra, agua, aire o fuego u otra cosa semejante, aunque

destituídos de todo sentido y vida, con todo, no estuviéramos privados de cierto apetito en su orden, deseando hallarnos en nuestro propio lugar. Porque las inclinaciones de la balanza del peso son como un peculiar amor de los cuerpos, ya procuren con su gravedad el lugar humilde, ya siendo leves el alto y más elevado. Pues así como el cuerpo le lleva y conduce su propio peso, así al ánimo su amor donde quiera que vaya. Y puesto que somos hombres criados según la imagen y semejanza de nuestro Criador, a quien pertenece realmente la verdadera eternidad, la eterna verdad, el eterno y verdadero amor, y él mismo es la eterna, verdadera y amable Trinidad, no confusa, ni tampoco separada; discurriendo ahora por los objetos que nos son inferiores (porque tampoco tuvieran ser ni se contuvieran debajo de especie alguna, ni apetecieran o conservaran orden metódico, si no los formara aquel Señor que es sumo, sumamente sabio y sumamente bueno), discurriendo, pues, digo por todas las cosas que hizo Dios con admirable estabilidad; vamos recogiendo algunos como vestigios suyos, que nos ha dejado impresos, en partes más, y en partes menos; pero considerando y observando en nosotros mismos su imagen, como el hijo menor del Evangelio [38], y volviendo sobre nosotros, levantemos nuestra contemplación, y volvamos a aquel Señor de quien nos habíamos apartado, ofendiéndole con nuestros enormes pecados. Allí nuestro ser no tendrá muerte; allí nuestro saber no padece error; allí nuestro amor no sufrirá ofensa. Y ahora, aunque estemos seguros de estas tres cosas y no las creemos por otros testigos, sino que nosotros mismos las sentimos presentes y las vemos con la infalible vista interior del alma; con todo, porque con nuestras limitadas luces no podemos saber cuánto tiempo han de permanecer, o si nunca han de faltar, y a dónde han de llegar si obrasen bien, y a dónde si mal; por este motivo, o buscamos o tenemos otros testigos, de cuya fe y crédito y de la razón por qué no deba dudarse de ellos, por no ser este lugar propio para tratarlo, lo expondremos después con más exactitud y diligencia. Así que en este libro hemos hablado de la Ciudad de Dios,

a saber, de la que no es peregrina en la presente vida mortal, sino que vive siempre inmortal en los cielos; esto es, de los santos ángeles que están unidos con Dios, y que jamás le desampararon ni desampararán eternamente. Ya hemos dicho cómo entre éstos y aquéllos, que desamparando la luz eterna se convirtieron en tinieblas. Dios al principio puso distinción; prosigamos, pues, con su divino auxilio lo comenzado, y declarémoslo según alcanzaren nuestras débiles fuerzas.

[38] Luc., cap. XV.

Capítulo XXIX

DE LA CIENCIA DE LOS SANTOS ÁNGELES CON QUE CONOCEN A LA TRINIDAD EN SU MISMA DIVINIDAD, Y VEN LAS CAUSAS DE LAS OBRAS EN EL MISMO QUE LAS OBRA, PRIMERO QUE EN LAS MISMAS OBRAS DEL ARTÍFICE.

29 Los santos ángeles no tienen noticia de Dios por medio de palabras, sino por la misma presencia de la inmutable verdad, esto es, por el Verbo unigénito del Padre. Y al mismo Verbo, al Padre y al Espíritu Santo; y que esta es una Trinidad inseparable, de modo que cada persona de por sí en ella es una sustancia, y sin embargo, todas tres no son tres Dioses, sino un solo Dios, lo saben de tal suerte, que lo conocen mejor que nosotros nos conocemos a nosotros mismos. Y aun a la misma criatura la conocen mejor allí, esto es, en la divina sabiduría, como en el arte o idea con que fué criada, mejor digo, que en sí misma, y por consiguiente a sí mismos mejor allí que en sí mismos, aunque también se conocen a sí en sí mismos, porque son criaturas y un ser distinto de aquel que los crió. Allí, pues, se conocen como un conocimiento diurno; pero en sí mismos, como con un conocimiento vespertino, según dijimos ya. Porque hay mucha diferencia en que se conozca un objeto en la forma y razón, según la cual fué criada, o en sí mismo; así como de un modo distinto se sabe la rectitud de las líneas o la verdad de las figuras con las luces del

entendimiento y de otra manera cuando se escriben en el polvo; de un modo la justicia en la inmutable verdad, y de otro en el alma del justo. Y así consecutivamente lo demás, como el firmamento que observamos haber entre las aguas superiores y las inferiores que se llamó cielo; como en la tierra la congregación de las aguas y la aparición y descubrimiento de la tierra, la creación y formación de las hierbas y de las plantas; como la creación del sol, luna y estrellas; como la de los animales que viven en el aire y en las aguas, es a saber, de los volátiles y peces, y las de las bestias grandes que nadan; como la de otras cualquiera que andan a pie o arrastrando por la tierra, y la del mismo hombre que excede en excelencia y nobleza a todos los seres creados. Todas estas cosas, de una manera las conocen los ángeles en el Verbo divino, donde existen sus causas y razones inmutablemente permanentes, según las cuales fueron criadas; y de otra manera en sí mismas, allí participan de un conocimiento más claro, aquí de uno más confuso, como en el conocimiento del arte y de las obras; las cuales obras, cuando se refieren a alabanza y honra de su Criador, amanece y sale la luz como una apacible mañana en los entendimientos de los que las contemplan atentamente.

Capítulo XXX

DE LA PERFECCIÓN DEL NÚMERO SENARIO, QUE ES EL PRIMERO QUE SALE CABAL, CON LA CANTIDAD DE SUS PARTES.

30 Y éstas por la perfección del número senario, repitiendo un mismo día seis veces, se refiere que se concluyó su creación en seis días, no porque Dios tuviese necesidad de tanto espacio de tiempo, o porque no pudo criar juntamente todas las cosas, y que después ellas mismas con sus acomodados movimientos hicieron los tiempos, sino porque nos significó por el número senario la perfección y consumación de sus obras. Pues el número senario es el principio que se completa con sus partes; esto es, con su sexta parte, con la tercera y con la media, que son una, dos y tres; las cuales, sumadas, hacen

seis. Y cuando se consideran así los números, deben entenderse las partes de las que podamos señalar la cuota, esto es, qué parte de cantidad sea; así como la media, la tercera, la cuarta, y las demás que se dominan de algún número. Porque, supongamos, v. gr., el número nueve, en el cual el cuarto es una parte suya, pero no por eso podemos decir qué parte de cantidad sea; uno, bien puede caberle, porque es su nona parte, y tres también, porque es su tercera; pero unidas estas dos partes suyas, es a saber, la nona y la tercera, esto es, una y tres, distan mucho de toda la suma, que es nueve. Y asimismo en el denario; el cuartenario es una parte suya, pero cuánta sea su cuota no puede asignarse; pero una bien puede caberle, porque es su décima parte. Tiene también la quinta, que son dos, tiene igualmente la mitad, que son cinco, pero sumadas éstas, sus tres partes, la décima, quinta y media, esto es, una, dos y cinco, no llenan el número diez, porque son ocho; y sumadas las partes del número duodenario, transcienden y suben a más, porque contiene la duodécima, que es una, tiene la sexta, que son dos, tiene también la cuarta, que son tres, tiene la tercera, que son cuatro, tiene la mitad, que son seis; pero una, dos, tres, cuatro y seis, hacen, no doce, sino mucho más, porque vienen a ser diez y seis. Me ha parecido conducente decir esto en compendio, para recomendar la perfección del número senario, que es el primero, como dije, que se viene a formar él mismo de sus partes unidas y sumadas, en el cual finalizó Dios las maravillosas obras de su creación. Por lo cual no debe despreciarse la razón del número; y cuánto deba estimarse, lo advertirán en muchos lugares de la Sagrada Escritura los que con exactitud y escrupulosidad lo considerasen; pues no sin grave fundamento se dice entre las divinas alabanzas [39]: "Todo lo ordenaste, Señor, y dispusiste con medida, número y peso".

[39] Sap., 11, 21.

Capítulo XXXI

DEL DÍA SÉPTIMO, EN QUE SE NOS ENCOMIENDA LA PLENITUD Y EL DESCANSO.

31 En el séptimo día, esto es, en un mismo día siete veces repetido (cuyo número también por otro motivo es perfecto), se nos manifiesta y recomienda el descanso de Dios y la santificación de este día. Y así Dios no quiso consagrar como santo este día con ninguna otra obra suya, sino con su reposo, el cual carece de tarde, o de la hora vespertina, porque no hay en él criatura, que, siendo conocida de una manera en el Verbo divino, y de otra en sí misma, cause diferente noticia; una como diurna, y otra como nocturna o vespertina. Y aunque sobre la perfección del número septenario pueden decirse muchas cosas, sin embargo, este libro crece ya demasiado, y recelo asimismo crea alguno que, aprovechándome de la ocasión, quiero hacer ostentación con más altivez que utilidad de lo poco que sé; así que, conduce atender a la modestia y gravedad que exige el asunto, para que, hablando quizá con extensión del número, no se entienda que me he olvidado de la medida y del peso. Por lo que baste solamente advertir que el primer número impar total es el ternario, y el total par o igual el cuartenario, y que de estos dos consta el septenario. Por cuyo motivo en repetidas ocasiones se pone por el todo, como cuando se dice: [40] "siete veces caerá el justo y se levantará", esto es, siempre que cayere no perecerá, lo cual no se entiende de las culpas y pecados, sino de las tribulaciones que humillan nuestra soberbia; y "siete veces al día te alabaré" [41], que es lo que en otro lugar dice el mismo real profeta, aunque en otro sentido [42] "siempre estará su alabanza en mi boca". Hállanse en las sagradas letras muchas autoridades semejantes a éstas, donde el número septenario se pone, como insinué, por el todo del asunto que se trata, y por eso con este mismo número se nos significa muchas veces el Espíritu Santo, de quien dice Jesucristo [43] "que nos instruirá en la verdad". Allí está el descanso de Dios, con el cual se reposa en

Dios. Porque en el todo, esto es, en la plenitud de la perfección se halla el descanso, pero en la parte el trabajo y la fatiga. Por eso trabajamos, cuando sabemos en parte; pero [44] "cuando llegare lo que es perfecto y consumado, desaparecerá lo que es imperfecto y en parte". Y de aquí es que con suma molestia escudriñamos y examinamos estas escrituras santas; pero los santos ángeles, a cuya amable compañía y congregación aspiramos y suspiramos en esta penosísima peregrinación, así disfrutan de una singular facilidad en conocer y de una inalterable felicidad en descansar, porque sin molestia suya nos ayudan, pues con los movimientos espirituales, que son puros y libres, no trabajan.

[40] Prov., 24, 16.

[41] Ps., 118, 164.

[42] Ps., 33, 2.

[43] Io., 16, 13.

[44] 1 Cor., 13, 9, sig.

Capítulo XXXII

SOBRE LA OPINIÓN DE LOS QUE SOSTIENEN QUE LA CREACIÓN DE LOS ÁNGELES HA SIDO ANTERIOR A LA DEL MUNDO.

32 Pero para que ninguno porfíe con pesadas altercaciones, y digan que no fueron significados los espíritus angélicos en la expresión de la Escritura, "hágase la luz, y se hizo la luz", y enseñe que crió Dios en primer lugar alguna luz corpórea; y que crió los ángeles, no sólo antes de formar el firmamento (el cual habiéndole criado entre aguas y aguas se llamó cielo), sino aun antes de lo que se dice: "que en el principio hizo Dios el cielo y la tierra"; y que cuando dice en el principio, no lo dice porque aquello fuese lo primero que hizo, habiendo criado antes los ángeles, sino porque todo lo hizo en la sabiduría, que es su verbo eterno, al cual llama la Escritura principio (así como el mismo verbo encarnado, según se dice en el

Evangelio, preguntado por los judíos quién era, les respondió que era el principio), tampoco me pondré a altercar sobre este punto y argüir contra ellos, señaladamente porque esta opinión me cuadro y me lisonjeo de ver que hasta en el principio del santo libro del Génesis se nos recomienda la Trinidad. Pues cuando dice "en el principio hizo Dios el cielo y la tierra", lo dice para que se entienda que el Padre lo hizo en el Hijo, como lo confirma el real profeta [45] cuando dice "¡cuán grandes y magníficas son, Señor, tus obras; todas las hicistes en el espíritu de la sabiduría!" Y muy al caso, poco después, hace también mención del Espíritu Santo; pues habiendo explicado la calidad de la tierra que al principio hizo Dios, o a qué especie de materia, destinada para la futura construcción del mundo, había llamado con el nombre de cielo y tierra, prosiguiendo el mismo asunto, dijo: "que la tierra era invisible y descompuesta, y que había tinieblas sobre el abismo de las aguas"; luego para que se verificase la exacta mención que hacía de la Trinidad, dice: "y el espíritu de Dios se movía y extendía por las aguas". Por lo cual cada uno entenderá el texto como más le agradare, porque es tan profundo y misterioso, que para inteligencia de los que lean puede producirnos muchos sentidos, que todos ellos no desdigan ni discrepen de las reglas de la fe cristiana; pero con la condición de que ninguno ponga duda en que los santos ángeles residen en las sublimes moradas del cielo, y aunque no son coeternos a Dios, están, sin embargo, seguros y ciertos de su eterna y verdadera bienaventuranza. Y cuando nos enseña el Señor que los pequeñuelos pertenecen a la compañía de los espíritus celestiales, no sólo dijo [46] "vendrán a ser iguales a los ángeles de Dios", sino que nos manifiesta también la contemplación y visión beatífica de que gozan los mismos ángeles, cuando dice [47]: "Mirad, no despreciéis uno de estos pequeñuelos, porque os digo que sus ángeles en los cielos están siempre mirando el rostro de mi padre, que está en los cielos".

[45] Ps., 103, 24.

[46] Mt., 22, 30.
[47] Mt., 18, 10.

Capítulo XXXIII

DE LAS DOS COMPAÑÍAS DIFERENTES Y DESIGUALES DE LOS ÁNGELES, QUE NO FUERA DE PROPÓSITO SE ENTIENDE HABERLAS COMPRENDIDO Y NOMBRADO BAJO DE LOS NOMBRES DE LUZ Y TINIEBLAS.

33 Que hubiesen pecado algunos ángeles, y Dios los arrojase a los lugares más profundos de la tierra, que es como una cárcel suya, donde perseverasen hasta la última condenación que ha de verificarse el día terrible del juicio, lo demuestra con toda evidencia el príncipe de los apóstoles, San Pedro, por estas palabras [48]: "que Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al abismo, donde las tinieblas les sirven de maromas para ser atormentados y tenidos como en reserva para el día del juicio". ¿Quién duda que entre éstos y los otros que se conservaron en la gracia del Señor incólumes de todo pecado, hizo Dios una notable distinción, o con su presciencia o efectivamente por la obra, y que con razón fueron llamados luz? Puesto que a nosotros, que vivimos todavía con la fe y estamos aún en la expectativa de igualarnos con ellos (sin tenerla aún) nos llamó ya el apóstol luz [49]: "fuisteis, dice, alguna vez tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor". Que estos ángeles apóstatas sean designados expresamente con el nombre de tinieblas, lo advertirá el que crea realmente que son peores que los hombres infieles. Por lo cual, aun cuando haya de entenderse otra luz en este lugar del Génesis, donde leemos: "dijo Dios hágase la luz, y se hizo la luz"; y signifique tinieblas, cuando dice: "hizo Dios división entre la luz y las tinieblas"; con todo, nosotros entendemos que se significan estas dos angélicas compañías: una que está gozando de la visión intuitiva de Dios, y otra que está desesperada por su soberbia; una a quien dice el real profeta [50]: "adoradle todos sus ángeles", y

otra cuyo príncipe y caudillo atrevidamente dice [51]: "todo esto te daré, si te postrares y me adorares"; una que está abrasada en el santo amor de Dios; otra que está humeando de altivez con el amor inmundo de su propia altura; y porque como insinúa la Sagrada Escritura [52] "Dios es de ellos, anda tumultando en este ínfimo cielo aéreo; la una vive y mora en los cielos de los cielos, y la otra, echada y desterrada de ellos, anda tumultando con este ínfimo cielo aéreo; la una vive tranquila y pacífica con la luz de la piedad, la otra camina turbada y borrascosa con las tinieblas de sus apetitos; la una, teniéndolo por conveniente la divina Providencia, nos favorece con clemencia y nos castiga con justicia; la otra se deshace y abrasa de pura soberbia con el insaciable deseo de sujetarnos y hacernos daño; la una es mensajera de la bondad divina, para que nos aconseje y notifique todo lo que procede de la voluntad divina, la otra anda reprimida y refrenada por la omnipotencia del Altísimo, para que nos cause tantos perjuicios como quisiera; la una se lisonjea y burla de la otra para que, contra su voluntad, no aprovechen sus persecuciones; la otra tiene envidia de aquélla, porque va recogiendo piadosamente sus peregrinos y descaminados. Habiendo, pues, entendido nosotros en este lugar del Génesis, bajo el nombre de luz y tinieblas, significadas estas dos compañías angélicas, entre sí diferentes y contrarias, la una que es de naturaleza buena y de voluntad recta, y la otra también de naturaleza buena, pero de perversa voluntad, y habiéndolas declarado y apoyado con otros testimonios más convincentes de la Sagrada Escritura, aunque acaso sintió lo contrario sobre este lugar el que lo escribió, no hemos ventilado inútilmente la obscuridad de esta autoridad; porque cuando no hayamos podido aclarar rastreando la voluntad del autor de este libro, sin embargo, no nos hemos separado de la norma de la fe cristiana, la cual es bien notoria a los fieles por otros testimonios de la Sagrada Escritura que tienen igual autoridad. Pues aunque aquí se refieren las obras corporales que hizo Dios, tienen sin duda cierta analogía con las espirituales, según la cual, dice el apóstol [53]: "todos vosotros sois

hijos de la luz e hijos de Dios, pues no lo somos de la noche ni de las tinieblas". Y si también sintió lo mismo que decimos el que lo escribió, nuestra intención y deseos habrán llegado al complemento y único fin del objeto que controvertíamos, de manera que el hombre de Dios, dotado de sabiduría insigne y divina, o mejor dicho, por él, el Espíritu Santo refiriendo las obras que hizo Dios, todas las cuales dice que las concluyó al sexto día, de ninguna manera se crea que omitió los ángeles, ya sea cuando dice: "en el principio", porque los crió lo primero; ya sea lo que más a propósito se entiende en el principio, porque las hizo en el Verbo unigénito del Padre, según su expresión: "en el principio hizo Dios el cielo y la tierra", en cuya palabras nos significa todas las criaturas, las espirituales y corporales, que es lo más creíble, o las dos mayores partes del mundo que contienen en su seno todas las cosas criadas; de tal suerte, que primero las propuso todas en general, y después continuó sus partes respectivas según el número misterioso de los días.

[48] 2 Petr., 2, 4.

[49] Ephes, 5, 8.

[50] Ps., 96, 7.

[51] Mat., 4, 9.

[52] Iac., 4, 6.

[53] Thess, 5, 5.

Capítulo XXXIV

SOBRE LO QUE ALGUNOS OPINAN, QUE DEBAJO DEL NOMBRE DE LAS AGUAS QUE FUERON DIVIDIDAS CUANDO DIOS CRIÓ EL FIRMAMENTO, SE NOS SIGNIFICARON LOS ÁNGELES, Y SOBRE LO QUE ALGUNOS ENTIENDEN QUE LAS AGUAS NO FUERON CRIADAS.

34 Algunos han entendido que bajo el nombre de las aguas en cierto modo se nos significó la congregación de los ángeles, y que esto es lo que quiere decirse en estas expresiones: "Hágase el

firmamento entre agua y agua"; de modo que se entienden colocados sobre el firmamento los ángeles; y debajo del firmamento o de las aguas visibles, la multitud de los ángeles malos, o toda la especie humana. Lo cual, si es cierto, no aparece en el sagrado texto cuándo fueron criados los ángeles, sino sólo que fueron separados los unos de los otros; aunque también hay algunos que niegan (lo cual es una perversa e impía vanidad) que Dios crió las aguas, por cuanto no hallan lugar alguno donde dijese Dios: háganse las aguas. Lo cual podría decir asimismo de la tierra, puesto que no se lee en la Escritura que dijese Dios: "Hágase la tierra". Pero responden que dice el sagrado texto: "En el principio crió Dios el cielo y la tierra". Luego allí debe entenderse también el agua, porque a ambas comprende con un mismo nombre, puesto que "suyo es el mar y él le hizo, y hechura de sus manos es la tierra" [54]. Pero los que por las aguas que están sobre los cielos quieren que se entiendan los ángeles, fúndanse en el peso de los elementos, y por eso no imaginan que pudo dar asiento a la naturaleza fluída y grave en la parte superior del mundo; los cuales, si a su modo, y según sus razones y discursos pudieran formar al hombre, no le pusieran en la cabeza la pituita (o humor flemático) que en griego se llama phelegma, y que en los respectivos elementos de nuestro cuerpo ocupa el lugar de las aguas, porque allí es donde tiene la phelegma su asiento, muy a propósito sin duda, según que Dios así lo hizo; pero conforme a la conjetura de éstos, tan absurdamente que si lo ignoráramos y estuviera asimismo escrito en este libro que Dios puso el humor fluido y frío, y por consiguiente grave, en la parte superior a todas las demás del cuerpo humano, estos especuladores y examinadores de los elementos de ningún modo lo creyeran. Y cuando fueran de los que se sujetaron a la autoridad de la misma Escritura, se persuadirían que bajo este nombre se debía entender alguna otra cosa. Mas porque si cada asunto de los que más se escriben el divino libro de la Creación del Mundo, le hubiéramos de desenvolver y tratar de propósito fuera indispensable alargarnos y desviarnos demasiado del objeto de esta

obra, ya que hemos disputado lo que ha parecido conducente y bastante acerca de las dos clases de ángeles, diferentes y contrarias entre sí, en las cuales se hallan igualmente ciertos principios de las dos ciudades que se conocen en las cosas humanas, de las cuales pienso hablar desde ahora en adelante, concluyamos ya aquí con este libro.

[54] Ps., 94, 5.

LIBRO DUODÉCIMO

BONDAD Y MALICIA DE LOS ÁNGELES. CREACIÓN DEL HOMBRE

Capítulo I

CÓMO LA NATURALEZA DE LOS ÁNGELES BUENOS Y MALOS ES UNA MISMA.

1 Antes de tratar de la creación del hombre, donde se descubrirá el origen y principio de las dos ciudades en lo tocante al linaje de los racionales y mortales (así como en el libro anterior se manifestó el de los ángeles); creo conducente, para mayor ilustración del asunto, referir primeramente algunos pasajes tocantes a los mismos ángeles, para demostrar, en cuanto alcanzasen nuestras fuerzas, con cuán justa causa y conveniencia decimos que forman juntamente una sociedad los hombres y los ángeles; de suerte, que adecuadamente se diga que las ciudades, esto es, las compañías, no son cuatro, es a saber: dos de ángeles y otras dos de hombres, sino solas dos, fundadas una en los buenos y otra en los malos, no sólo en los ángeles, sino también en los hombres.

No es lícito dudar de que los apetitos entre sí contrarios que tienen los ángeles buenos y los malos no nacieron de la diferencia entre sus naturalezas y principios (habiendo criado a los unos y a los otros un solo Dios, que es autor y criador benigno de todas las sustancias espirituales y corporales); sino de la variedad de sus voluntades y deseos; habiendo perseverado constantemente unos en el bien común a todos, que es el mismo Dios en su eternidad y caridad, y habiéndose los otros deleitado y pagado de su poder, como si ellos fueran su mismo bien, se apartaron del bien superior, beatífico, común a todos, y volviéronse a sí mismos teniendo el ostentoso fausto de su altivez por altísima eternidad, la astucia de la vanidad por verdad indefectible, y la afición de su parcialidad por una caridad individual, se hicieron soberbios, seductores y embusteros. Así, que la causa de la bienaventuranza de los unos es unirse con Dios, y la causa de la miseria y desgracia de los otros es, por el contrario, el no unirse con

Dios; por tanto, si cuando preguntamos ¿por qué los unos son bienaventurados? nos responden bien, porque están unidos con Dios; asimismo cuando preguntamos, ¿por qué los otros son miserables? se responde muy bien porque no están unidos con Dios; pues no hay otro bien con que la criatura racional e intelectual pueda ser enteramente feliz sino Dios. Y por eso, aunque no todas las criaturas puedan ser bienaventuradas (porque no alcanzan este beneficio, ni son capaces de él las bestias, las plantas, las piedras y otros seres semejantes), sin embargo, las que pueden arribar a esta dicha no pueden serlo por sí propias, por cuanto fueron criadas de la nada, sino que han de ser bienaventuradas por aquel Señor por cuya poderosa mano fueron criadas; porque alcanzando a este Señor serán eternamente felices; y perdiéndole, miserables; y así aquel que es bienaventurado, y no con otro bien sino consigo mismo, no puede ser miserable, porque no puede perderse a sí mismo.

Confesamos, pues, que el inmutable bien no es sino un solo Dios verdadero y bienaventurado, y todo cuanto hizo el Señor, aunque es bueno porque lo hizo, no obstante, son mudables y caducas todas las cosas que produjo, porque no las hizo de sí, sino de la nada. Así que, aunque no sean sumos bienes para los que consideran a Dios por el mayor bien, con todo, son grandes e inestimables aquellos bienes mudables que pueden unirse para ser bienaventurados con el sumo bien inmutable, el cual es en tanto grado bien suyo, que sin él es absolutamente preciso que sean infelices. Tampoco son entre todas las criaturas las mejores las que no pueden ser miserables; pues no podemos decir que todos los demás miembros de nuestro cuerpo son mejores que los ojos, porque no pueden ser ciegos. Pero así como es mejor la naturaleza sensitiva, aun cuando está doliente, que la piedra, que no puede en modo alguno padecer dolor; así también la naturaleza racional es más excelente aun siendo miserable que la que carece de razón y sentido, y, por consiguiente, no es susceptible por su naturaleza de sufrir miseria ni infortunio alguno. Siendo esto cierto, realmente esta naturaleza, criada con tanta excelencia y

adornada de tantas dotes y prerrogativas, aunque sea mudable, sin embargo, uniéndose con el bien inconmutable, esto es, con Dios todopoderoso, puede conseguir la bienaventuranza, y no se completa ni se llena su indigencia sino siendo bienaventurada, no bastando a llenar su vacío otro que el mismo Dios; y así verdaderamente digo que el no unirse con el Señor es un vicio en ella; y todo vicio es dañoso a la naturaleza, y, por consiguiente, contrario a la naturaleza, luego la naturaleza que se une con Dios no se diferencia de la otra sino por el vicio, aunque con este vicio no deja de manifestar la naturaleza cuán noble y cuán excelente sea en su origen; porque donde el vicio con justa causa es reprendido, allí sin duda se alaba la naturaleza, puesto que una de las justas reprensiones que se dan al vicio es porque con él se deshonra y afea la buena y loable naturaleza. Por eso cuando al vicio en la vista llamamos ceguera, hacemos ver que a la naturaleza de los ojos corresponde la facultad de ver; y cuando al vicio del oído llamamos sordera, demostramos que a su naturaleza pertenece el oír; así, siempre que decimos que es vicio de la criatura angélica el no unirse con Dios, con esta expresión evidentemente declaramos que conviene y es propio de su naturaleza el unirse con Dios. Y cuán meritoria y loable acción sea el unirse con Dios para vivir perpetuamente con El, saber con El, alegrarse con El, y gozar de tantos bienes sin error y sin molestia, ¿quién dignamente lo podrá imaginar o expresar? Así también con el vicio de los ángeles malos, quienes no se unen a Dios por ser todo vicio perjudicial a la naturaleza, bastantemente se da a entender que Dios crió tan buena, tan pura y tan noble la naturaleza de los espíritus infernales, que les es sumamente nocivo el no estar unidos con Dios.

Capítulo II

QUE NINGUNA ESENCIA ES CONTRARIA A DIOS, PORQUE A AQUEL SEÑOR, QUE ES, Y SIEMPRE ES, PARECE QUE SE LE OPONE TODO LO QUE NO ES.

2 Sirva esta doctrina para que ninguno imagine, cuando habláremos de los ángeles apóstatas, que pudieron tener otra naturaleza distinta, como criados por otro principio, y que Dios no es el autor de su naturaleza. Pues tanto más fácilmente se librará cualquiera de la impiedad de este error, cuanta fuese mayor la atención con que considere lo que dijo Dios por su ángel, cuando envió a Moisés por su legado a los hijos de Israel, significándole el nombre y autoridad del supremo príncipe y legislador que le enviaba por estas insinuantes y misteriosas palabras: "Yo soy el que soy". Porque siendo Dios suma esencia, esto es, siendo sumo, y siendo por esto inmutable, a las cosas que crió de la nada, dio el ser, pero no un ser sumo, como lo es su Divina Majestad. A unos distribuyó el ser en más, y a otros en menos; y así ordenó respectivamente por sus grados la naturaleza de las esencias porque así como del saber toma el nombre la sabiduría, así del ser se llama esencia; bien que con un nombre nuevamente inventado, no usado de los antiguos autores de la lengua latina, pero ya usado en nuestros tiempos, para que no faltase en nuestro idioma la voz que los griegos denominan en la suya usia, pues esta palabra está traducida a la letra para decir y significar la esencia; y, por consiguiente, a la naturaleza que sumamente es, de cuya poderosa mano proceden todos los entes que tienen ser, no hay naturaleza contraria sino la que no es; pues a lo que es, se opone, o es contrario el no ser; y por eso, respecto de Dios, esto es, de la suma esencia, y autor de todas y cualesquiera esencias, no hay esencia alguna contraria.

Capítulo III

DE LOS ENEMIGOS DE DIOS, NO POR NATURALEZA, SINO POR VOLUNTAD CONTRARIA, LA CUAL, CUANDO A ELLOS LES PERJUDICA, SIN DUDA QUE DAÑA A UNA NATURALEZA BUENA, PORQUE EL VICIO, SI NO DAÑA, NO EXISTE.

3 Llámanse en la Sagrada Escritura enemigos de Dios los que contradicen y resisten a su mandato, no por impulso de su naturaleza, sino con sus vicios, con los cuales no son bastante poderosos a dañar al Señor en cosa alguna, sino a sí mismos. Pues son enemigos precisamente por la voluntad que tienen de resistir, y no por la potestad que obtengan de ofender, porque Dios es inmutable y totalmente incorruptible. Por eso el vicio con que resisten a Dios los que se llaman sus enemigos no es mal para Dios, sino para ellos mismos, y esto no por otra causa sino porque estraga en ellos lo bueno que tiene en sí la naturaleza. Así, pues, la naturaleza no es contraria a Dios, sino el vicio, porque lo que es malo es contrario a lo bueno. ¿Y quién podrá negar que Dios es sumamente bueno? El vicio, pues, es el que es contrario a Dios, así como lo malo a lo bueno. También es un bien la naturaleza que vicia y estraga el vicio, por lo cual es contrario también a este bien; pero a Dios solamente, como a lo bueno lo malo; mas a la naturaleza que vicia no sólo es malo, sino dañoso; porque no hay mal alguno que sea dañoso a Dios, sino a las naturalezas mudables y corruptibles; sin embargo, éstas son buenas por el testimonio aun de los mismos vicios; puesto que si no fueran buenas, los vicios no las pudieran causar daño. Porque ¿qué es lo que les hacen con su daño, sino quitarles su integridad, hermosura, salud, virtud y todo lo bueno de que suele despojarse y desposeerse la naturaleza por el vicio? Lo cual, si totalmente no se halla en ella, así como no le priva de cosa buena, así tampoco le hará daño y, consiguientemente, no será vicio; porque ser vicio y no hacer daño no puede ser. De donde se infiere que aunque el vicio no puede dañar al bien inmutable, sin embargo, no puede dañar sino a lo bueno, por

cuanto no se halla sino donde hace daño. Puede decirse también, que no puede haber vicio en el sumo bien, y que el vicio no puede existir si no es en algún objeto bueno. Por eso puede haber en alguna parte solas cosas buenas, y solas malas no las puede haber en ninguna; pues aun aquellas naturalezas que están estragadas por el vicio de una voluntad mala, en cuanto están viciadas y estragadas son malas, y en cuanto son naturalezas son buenas. Y cuando la naturaleza viciada está sufriendo penas, además de lo que es ser naturaleza, también es bueno el no estar sin castigo; porque esto es justo, y todo lo justo sin duda es bueno. Porque ninguno paga las penas debidas por los vicios naturales, sino por los contrarios; pues hasta el vicio que por la costumbre habitual y por demasiado fomento ha adquirido tales fuerzas que se ha hecho como natural, de la voluntad tomó su primer principio. Hablamos, pues, al presente, de los vicios de la naturaleza que posee un entendimiento capaz de la luz inteligible, con la que distinguimos y diferenciamos lo justo de lo injusto.

Capítulo IV

DE LA NATURALEZA DE LAS COSAS IRRACIONALES O QUE CARECEN DE VIDA, LA CUAL, EN SU GÉNERO Y ORDEN, NO DESDICE DE LA HERMOSURA Y DECORO DEL UNIVERSO.

4 Pasando a la consideración de los demás seres, seguramente que el imaginar que los vicios de las bestias, árboles y de las demás cosas mudables y mortales, y que carecen de entendimiento, de sentido o vida, con que su disoluble naturaleza se estraga y corrompe son dignos de reprensión, es asunto digno de risa; habiendo recibido las criaturas este orden por voluntad de su Criador, para que, pereciendo unas y sucediendo otras, cumplan en su clase la interior hermosura corporal concerniente a las partes de este mundo. Por cuanto no habían de igualarse a las cosas celestiales las terrenas, ni debieron éstas faltar en el universo, porque las otras son mejores. Cuando en estos lugares, donde convenía que hubiese tales seres, nacen unos

faltando otros, rindiéndose los menores a los mayores, y convirtiéndose los vencidos en cualidades de los que vencen, este es el orden que se observa en las cosas mudables y transitorias. El decoro y hermoso ornato de este admirable orden por eso nos deleita y satisface, porque estando nosotros incluidos y arrinconados en una parte de él según la condición de nuestra humana naturaleza, no podemos descubrir y observar el universo, al cual con grande gracia y conveniencia cuadran las pequeñas partes que nos ofenden. Y así a nosotros en los puntos que somos menos idóneos para contemplar y descubrir la alta providencia del Criador, con justa causa se nos prescribe que la creamos, a fin de que no nos atrevamos, alucinados con la vanidad de la humana temeridad, a reprender y motejar en lo más mínimo las obras del Artífice supremo. Aunque si prudentemente consideramos los vicios de las cosas terrenas, que no son voluntarios ni penales, nos recomiendan a las mismas naturalezas, de las cuales no hay una sola cuyo autor y criador no sea Dios, porque aun respecto de ellas nos desagrada el que nos quite el vicio, lo que nos agrada, atendida solamente la naturaleza; a no ser que al hombre le descontenten las más veces las mismas naturalezas cuando le son dañosas, no considerándolas precisamente por su respeto y esencia, sino atendiendo únicamente a su propia utilidad, como se refiere de aquellos animalejos cuya abundancia sirvió de azote para castigar la soberbia de los egipcios. Pero siguiendo este modo de opinar, también pondrán tacha en el sol, porque a ciertos delincuentes o deudores los condenan los jueces a que los pongan al sol. Así que, considerada la naturaleza en sí misma, y no conforme a la comodidad o incomodidad que nos resulta de sus influencias, da gloria a su artífice; y en esta conformidad la naturaleza del fuego eterno es también seguramente loable, aunque haya de ser penosa e insufrible a los impíos condenados. Porque ¿qué objeto hay más hermoso y apacible a la vista que el fuego ardoroso, vivo y resplandeciente? ¿qué es más útil cuando calienta, nos cura y pone en sazón lo que necesitamos para nuestro sustento, aunque no haya otro

más insufrible cuando nos quema? El mismo que para un efecto es pernicioso; aplicado convenientemente y en debido tiempo es muy provechoso. Porque ¿quién podría declarar las utilidades que tiene y causa en el universo? Ni deben ser oídos los que en el fuego alaban la luz y reprenden el calor, porque le estiman, no por su naturaleza, sino conforme a su bienestar o incomodidad. Quieren ver y no arder; y no consideran que la misma luz que les agrada suele ser dañosa por la disconveniencia o perjuicio que les resulta a los que tienen los ojos llorosos y tiernos; y que en el mismo ardor que les desagrada acostumbran por su propia utilidad a vivir cómodamente algunos animales.

Capítulo V

QUE EL CRIADOR ES LOABLE EN TODOS LOS MODOS Y ESPECIES DE LA NATURALEZA.

5 Así que todas las naturalezas, en cuanto tienen ser, y, por consiguiente, disfrutan de su orden respectivo, especie y cierta paz consigo mismas, sin duda son buenas; y también cuando residen allí, donde según el orden de la naturaleza deben estar, y conforme a la cualidad y esencia que recibieron, conservan su ser; y las que no recibieron siempre el ser según el estilo y movimiento de las cosas a que por expresa ley del que las gobierna están sujetas, se mudan a un estado mejor o peor, dirigiéndose y caminando por las rectas sendas de la divina Providencia, al fin que incluye en sí la razón principal del gobierno del universo; de modo, que ni la corrupción tan notable, cuanta es la que reduce las naturalezas inestables, mudables y mortales, hasta acabar con ellas con la muerte, hace de tal suerte, no ser lo que era, que consiguientemente no resulte, y se haga de allí lo que debía ser. Lo cual siendo cierto, Dios, que sumamente es, y por eso toda esencia es obra de sus manos (la cual no es suma porque no debía ser igual al Señor lo que se hizo de la nada, y no podía ser ni existir de modo alguno si no fuera hecha por Dios), ni por la ofensa

de vicio alguno debe ser reprendido; antes, por la consideración de todas las naturalezas, debe ser alabado.

Capítulo VI

CUÁL ES LA CAUSA DE LA BIENAVENTURANZA DE LOS ÁNGELES BUENOS Y DE LA MISERIA DE LOS ÁNGELES MALOS.

6 Por tanto, inferimos rectamente que la verdadera causa de la bienaventuranza de los ángeles buenos es porque están unidos con él, que es el sumo Ser entre todos los seres. Y cuando indagamos la causa de a miseria de los ángeles malos, con razón se nos ofrece que es, porque volviendo las espaldas al sumo Dios, se miraron a sí mismos, que no son sumos u omnipotentes; y a este vicio ¿cómo le designaremos, sino con el nombre de soberbia? Porque "la soberbia es el origen de todo pecado" [1]. No quisieron, pues [2], "referir a Dios su fortaleza", y los que fueron más, si se unieran con el Señor, que es sumo, prefiriéndose a él, antepusieron lo que realmente es menos. Este fué el primer defecto, la primera falta y el primer vicio de la naturaleza angélica, que fué criada en tal conformidad, que no fué suma, aunque pudo gozar, obteniendo la bienaventuranza de aquel Señor, que es sumo, a quien, volviendo las espaldas, aunque no se aniquiló, pero fué menos que era, y, por tanto, eternamente infeliz. Y si buscamos la causa eficiente de una voluntad tan perversa, hallaremos que es nada. Porque, ¿qué es lo que hace mala a la voluntad, cuando obra alguna acción pecaminosa? Luego la voluntad es la causa eficiente de la mala obra, y la causa principal de la mala voluntad es nada; porque si es algo, o tiene o no tiene voluntad. Si la tiene, la tiene, sin duda, o buena o mala; si buena, ¿quién ha de ser tan ignorante que diga que la voluntad buena hace a la voluntad mala? Porque si así fuese, la voluntad buena sería causa del pecado, lo que no puede imaginarse. Pero si lo que constituye la voluntad mala, también tiene voluntad mala, pregunto: ¿Qué causa es la que la hizo? Y para no proceder de un modo infinito, vuelvo a preguntar:

¿Cuál es la causa de la primera voluntad mala? Porque no hay primera voluntad mala a la cual haya hecho alguna voluntad también mala, sino que aquélla es la primera a quien ninguna hizo; pues si precedió, quien la hiciese, aquélla es primero que hizo a la otra. Si respondieren que ninguna causa la hizo, y que por eso existió siempre, pregunto: ¿Acaso estaba en alguna naturaleza? Porque si no estaba en ninguna, tampoco tenía ser, y si en alguna, la estragaba, corrompía y causaba perjuicio y daño, y, por consiguiente, la privaba del bien. Y por eso la voluntad mala no pudo estar en la naturaleza mala, sino en la buena, aunque mudable, a quien este vicio podía dañar; porque si no la hizo daño, sin duda que no fué vicio, y, consiguientemente, tampoco debe decirse que fué voluntad mala; y si hizo daño, el daño que hizo fué quitando o disminuyendo el bien. Luego o no pudo haber voluntad eterna mala en cosa alguna dotada de bien natural, el cual, causando daño, podía quitarlo la voluntad mala. Y supuesto que no era sempiterna, pregunto: ¿Quién la hizo? Resta que digan que hizo a la voluntad mala una cosa en la que no hubo ninguna voluntad. Esta, pregunto, ha de ser superior, inferior o igual; si es superior, sin duda es mejor, ¿cómo, pues, carece de voluntad o no la tiene buena? Y esto mismo, sin duda, puede decirse si fuere igual; porque cuando dos fueren igualmente de buena voluntad, no hace uno en el otro voluntad mala. Resta que alguna cosa inferior, que no tiene voluntad, sea la que hizo en la naturaleza angélica, que fué la primera que pecó, la voluntad mala; pero también esta misma cosa, cualquiera que sea, aun la más inferior, hasta la ínfima tierra, por ser naturaleza, y esencia, sin duda es buena, y tiene su cierto modo y especie en su género y orden. ¿Cómo, pues, la cosa buena es eficiente de la voluntad mala? ¿Cómo, digo, lo bueno es causa de lo malo? Porque cuando la voluntad, dejando lo superior y convirtiéndose a los objetos inferiores se hace mala, no es porque es malo aquello a que se convierte, sino porque la misma conversión es perversa. Por eso no fué la cosa inferior la que hizo la voluntad mala, sino ésta la que se hizo mala apeteciendo perversa y

desordenadamente la cosa inferior. Pues si dos igualmente dispuestos en el alma y en el cuerpo observan la hermosura de un cuerpo, y viéndola uno de ellos se mueve a quererla gozar ilícitamente, perseverando el otro constantemente en una voluntad casta, ¿cuál diremos será la causa de que en el uno se haga, y en el otro no se haga la voluntad mala? ¿Qué causa la motivó en aquel en que fué hecha? Porque no la hizo la hermosura del cuerpo, puesto que no la produjo en los dos, ocurriendo a un mismo tiempo, y representándose a los ojos de ambos del mismo modo. ¿Por ventura la causa es la carne mortal del que mira? ¿Y por qué no es también la del otro? ¿Acaso es el alma? ¿Y por qué no la de ambos? Porque a los dos pusimos igualmente dispuestos en el alma y en el cuerpo. ¿O por ventura diremos que el uno fué tentado con secreta y oculta sugestión del espíritu infernal, como a esa sugestión o a cualquiera especie de persecución no hubiera consentido la propia voluntad? Este consentimiento, pues; esta mala voluntad que asintió al que la persuadió mal, preguntamos: ¿Qué cosa fué la que la hizo? Pues para que quitemos el escollo de esta duda, si tienta a los dos una misma tentación, y el uno se rinde y consiente, y el otro persevera el mismo que antes, ¿qué se infiere sino que el uno quiso y el otro no quiso mancillar la castidad? ¿Y por qué sino por la voluntad propia? Supuesto que hubo en el uno y en el otro una misma afección y disposición de cuerpo y alma, a los dos igualmente se les representó una misma hermosura, a ambos acometió igualmente una oculta y peligrosa tentación. Así que los que quisieren saber qué fué el secreto impulso que obro en el uno de éstos la propia voluntad mala, si bien lo miran e investigan, encontrarán que es nada. Porque si dijésemos que él mismo la motivó, ¿qué era él mismo antes de estar poseído de la voluntad mala, sino una naturaleza buena cuyo autor es Dios, que es un bien inmutable? El que dijere que aquel que consintió al que le tentó y persuadió (cuando no consintió el otro para gozar ilícitamente de la hermosura del cuerpo que igualmente se representó a los ojos de ambos, habiendo sido los dos, antes de aquella tentación, semejantes

en el alma y en el cuerpo), él mismo se hizo la voluntad mala; sin duda siendo antes de la voluntad mala, bueno, indague o pregunte por qué la hizo; si porque es naturaleza, o porque fué hecha de la nada, y hallará que la voluntad mala no empezó a ser de aquello porque es naturaleza, sino porque tal fué criada de nada. Pues si la naturaleza es causa de la voluntad mala, ¿qué más podemos decir, sino que lo bueno engendra lo malo, y que lo bueno es causa de lo malo, puesto que por la naturaleza buena se hace la voluntad mala? ¿y cómo puede suceder que la naturaleza buena, aunque mudable, antes que tenga voluntad mala haga algún mal, esto es, haga la misma voluntad mala?

[1] Ecles., 10.

[2] Ps., 53.

Capítulo VII

QUE NO DEBE BUSCARSE LA CAUSA EFICIENTE DE LA MALA VOLUNTAD.

7 Ninguno, pues, investigue la causa eficiente de la mala voluntad, por cuanto no es eficiente, sino deficiente, supuesto que ella tampoco es efecto, sino defecto. Pues el dejar la unión del que es sumo por lo que es menos, esto es, empezar a tener mala voluntad. Querer, pues, hallar las causas (como dije) de estas defecciones, no siendo eficientes, sino deficientes, es como si uno quisiese ver las tinieblas u oír el silencio, aunque ambas cualidades nos son conocidas: lo primero, no sino por los ojos, y lo segundo, no sino por los oídos, aunque no por su especie, sino por la privación de su especie. Ninguno intente saber de mí lo que sé que ignoro, si no es para aprender a no saber lo que se ha de saber, que no puede saberse. Porque las cosas que se saben, no por su especie, sino por su privación, si puede decirse o entenderse, en cierto modo se saben no sabiendo, de modo que sabiendo no se sepan; pues cuando la vista de los ojos corporales corre por las especies corporales, en ninguna parte observa las tinieblas sino donde empieza a no ver. Así también el

silencio pertenece, no a algún otro sentido, sino solamente al oído, el cual, sin embargo, de ninguna manera se percibe, si no es oyendo. Así nuestro entendimiento ve comprendiendo las especies inteligibles, pero cuando faltan, aprende no sabiendo. "Porque ¿quién hay que conozca los errores?" [3].

Esto sé yo, que la naturaleza divina nunca ni por parte alguna puede faltar y que pueden faltar los seres formados de la nada. los cuales cuanto más son y obran el bien (pues entonces algo hacen) tienen causas eficientes; pero en cuanto faltan y con esto obran perversamente (pues qué hacen entonces sino vanidades) tienen causas deficientes.

[3] Ps., 18, 13.

Capítulo VIII

DEL AMOR PERVERSO CON QUE LA VOLUNTAD SE APARTA DEL BIEN INMUTABLE Y SE INCLINA AL BIEN MUDABLE.

8 Asimismo estoy firmemente persuadido que cuando se hace la mala voluntad, ésta se efectúa de suerte que, si él no quisiera, no se hiciera, y por eso sigue justamente la pena a los defectos, no necesarios, sino voluntarios. No porque se inclina a las cosas malas, sino porque malamente se inclina; esto es, no a las naturalezas malas, sino porque malamente; pues pasa contra el orden de las naturalezas, de lo que es sumo a lo que es menos. Por cuanto la avaricia no es vicio del oro, sino del hombre que ama perversamente al oro dejando la justicia, que sin comparación se debía anteponer al oro. Ni la lujuria es vicio de los cuerpos hermosos y delicados, sino del alma que apasionadamente ama los deleites corporales, dejando la templanza con que nos acomodamos a objetos espiritualmente más hermosos e incorruptiblemente más suaves. Ni la jactancia es vicio de la alabanza humana, sino del alma que impíamente apetece ser elogiada de los hombres, despreciando el testimonio de su propia conciencia. Ni la soberbia es vicio del que concede la potestad, sino

del alma que perversamente ama su potestad vilipendiando la potestad más justa del que es más poderoso. Y, por consiguiente, el que ama temerariamente el bien de cualquiera naturaleza, aunque la alcance, él mismo se hace en lo bueno malo y miserable privándose de lo mejor.

Capítulo IX

SI LOS SANTOS ÁNGELES, AL QUE TIENEN POR CRIADOR DE SU NATURALEZA, LO TIENEN TAMBIÉN POR AUTOR DE SU BUENA VOLUNTAD, DIFUNDIENDO EN ELLOS SU CARIDAD POR EL ESPÍRITU SANTO.

9 No existiendo, pues, causa alguna eficiente natural, o si puede decirse así, esencial de la mala voluntad, porque de ella misma principia en los espíritus mudables el mal con que se disminuye y estraga el bien de la naturaleza, ni a semejante voluntad la hace, sino la defección con que se deja a Dios, de cuya defección falta sin duda también la causa; si dijésemos que no hay tampoco causa alguna eficiente de la buena voluntad, debemos guardarnos, no se entienda que la voluntad buena de los ángeles buenos no es cosa hecha, sino coeterna a Dios. Porque siendo ellos criados y hechos, ¿cómo puede decirse que ella no fué hecha? Y puesto que fué hecha, pregunto: ¿Si fué hecha con ellos, o ellos fueron primero sin ella? Pero si lo fué con ellos, no hay duda que fué hecha por aquel Señor por quien fueron ellos; y luego que fueron hechos con el amor con que fueron hechos. Y por eso se apartaron éstos de la amable compañía de aquéllos, porque éstos permanecieron en la misma voluntad buena, y aquéllos, faltando a ella, se mudaron, es decir, con la mala voluntad, por el mismo hecho de apartarse del bien, del cual no se separaran si hubieran querido.Y si los buenos ángeles estuvieron primero sin la buena voluntad, y ésta la hicieron ellos en sí mismos sin que obrase Dios, mejores se hicieron ellos por sí mismos que fueron hechos por Dios. Pero no. Porque ¿qué fueran sin la buena voluntad sino malos?

O si por eso no eran malos, porque tampoco tenían mala voluntad (pues no se habían apartado de aquella que aún no habían comenzado a tener), a lo menos entonces aún no eran tales, ni eran tan buenos como empezaron a ser con la buena voluntad. O si no pudieron hacerse a sí mismos mejores que lo que Dios les había hecho, pues ninguno hace las cosas más perfectas que este Señor, sin duda que no pudieran tampoco tener la buena voluntad con que fueron mejores sin la intervención del auxilio de su Criador. Y cuando su voluntad buena hizo que se convirtiesen, no a sí mismos, que eran menos, sino a Dios, que era el sumo y omnipotente, y uniéndose con él fuesen más, y participando de su divina gracia viviesen sabia y bienaventuradamente, ¿qué se deduce sino que la voluntad, por más buena que fuera, quedara indigente y permaneciera en solo el deseo, si aquel que hizo de la nada la naturaleza buena capaz de sí, llenándola de su gracia, no la hiciera mejor, que criándola primero con vivificarla y animarla más deseosa?

Porque también debe discutirse: si los buenos ángeles, ellos en sí mismos hicieron la buena voluntad ¿la hicieron con alguna o sin ninguna voluntad? Si con ninguna, sin duda que no la hicieron; si con alguna, con mala o con buena. Si con mala, ¿cómo pudo la mala voluntad hacer a la buena voluntad? Si con buena, luego ya la tenían, y ésta ¿quién la crió, sino el que los crió con la buena voluntad, esto es, con amor casto, para que se unieran con él, criando en ellos juntamente la naturaleza y dándoles la gracia? Y así no ha de creerse que los santos ángeles estuvieron jamás sin la buena voluntad, esto es, sin el amor de Dios. Pero éstos, que habiéndolos criado buenos el Señor, con todo, son malos por su propia voluntad mala (a la cual no hizo la buena naturaleza sino cuando se apartó voluntariamente del bien; de forma que la causa de lo malo no sea lo bueno, sino el desviarse y apartarse de lo bueno) digo que éstos, o recibieron menor gracia en el divino amor que los que perseveraron en la misma, o si los unos y los otros igualmente fueron criados buenos, cayendo éstos con la mala voluntad, los otros tuvieron mayor auxilio, con el cual

llegaron a la posesión de aquella plenitud de bienaventuranza donde estuviesen ciertos que nunca habían de caer, como lo referimos ya en el libro anterior [4]. Así que, debemos confesar, tributando la debida alabanza y gloria al Criador, que no sólo pertenece a los hombres santos, sino que también puede decirse de los ángeles [5], "que el amor y caridad de Dios se derramó copiosamente en ellos por medio del Espíritu Santo, que les fué dado"; y que aquel sumo bien de quien dice la Sagrada Escritura [6]: "Mi bien y bienaventuranza es unirme con Dios", no sólo es bien propio y peculiar de los hombres, sino que primero y principalmente es bien característico de los ángeles. Los que comunican y participan de este bien le tienen asimismo con aquel Señor con quien y entre sí se unen en una compañía santa, componiendo una Ciudad de Dios la cual es un vivo sacrificio suyo y un vivo templo suyo. De cuya parte (la que se ve formando de los hombres mortales para incorporarse con los ángeles inmortales, y que al presente siendo mortal, peregrina en la tierra, o está descansando ya, cuales son los que murieron y moran en los secretos receptáculos y moradas de las almas) observo que ya es conveniente examinar el origen y principio que tuvo, siendo su autor el mismo Dios, como se ha dicho de los ángeles, porque de un hombre que crió Dios en el principio, tuvo su origen el humano linaje, según el constante testimonio de las sagradas letras, las cuales obtienen en toda la tierra, no sin justa razón, admirable autoridad; y entre otras cosas que la misma Escritura dijo con verdadero espíritu divino, anunció que todas las gentes y las naciones la habían de dar entero crédito y fe.

[4] XI, c. 13.

[5] Rom., 5, 5.

[6] Ps., 72, 28.

Capítulo X

DE LA OPINIÓN DE AQUELLOS QUE CREEN QUE ASÍ COMO EL MUNDO EXISTIÓ SIEMPRE, LOS HOMBRES TAMBIÉN EXISTIERON.

10 Dejemos, pues, las vanas conjeturas de los hombres que ignoran lo que dicen sobre la naturaleza o creación del género humano. Porque unos, así como lo creyeron del mundo, imaginan que siempre existieron los hombres. Así Apuleyo, describiendo este género de animales, dice [7]: "Tomándolos particularmente, son mortales, pero generalmente en todo su género son perpetuos". Y cuando les objetan: si siempre fué o existió el género humano, ¿cómo puede ser verdadera su historia cuando ésta refiere quiénes fueron, y de las artes e instrumentos de que fueron inventores, quiénes los primeros maestros de las artes liberales y de otras facultades, y quiénes principiaron a poblar esta o aquella provincia, o parte de la tierra, y esta o aquella isla? Responden, que por ciertos intervalos de tiempos se suelen despoblar y destruir muchas regiones de la tierra con los diluvios y los incendios, aunque no todas, de modo que vienen a reducirse los hombres a un número muy limitado y corto, de cuya generación se vuelve a reparar y restaurar la perdida multitud, reparándose de este modo ordinariamente y criándose nuevos individuos como los primeros, siendo cierto que así se restituyen los que se interrumpieron y consumieron con las inmensas ruinas o desolaciones; siendo cierto que de ninguna manera puede proceder y derivarse el hombre sino de otro individuo de su misma naturaleza. Pero dicen lo que imaginan, y no lo que saben.

[7] De deo Socr., p. 8, 20.

Capítulo XI

DE LA FALSEDAD DE LA HISTORIA QUE ATRIBUYE MUCHOS MILES DE AÑOS A LOS TIEMPOS PASADOS.

11 Engáñanlos asimismo algunos mentirosos escritos, los cuales dicen que en la historia de los tiempos se contienen muchos millares

de años; siendo así que de la Sagrada Escritura consta no haber transcurrido desde la creación del mundo hasta la actualidad más que seis mil años cumplidos; y por no alegar aquí infinitos testimonios que demuestren cómo se conoce y comprueba la vanidad y falacia de aquellos escritos donde se refieren muchos más millares de años, sin embargo de no hallarse en ellas autoridad alguna idónea, mencionaré, para ratificar esta falsa aserción, aquella carta de Alejandro Magno a su madre Olimpias, en la cual insertó lo que refería un sacerdote egipcio, tomando de las escrituras que entre ellos se tienen por sagradas, expresando juntamente en ella, según el orden de los tiempos, el origen de los reinos, de que tiene asimismo noticia la historia griega; entre los cuales, en la misma carta de Alejandro, se hace conmemoración del reino de los asirios, el cual pasa de cinco mil años, según lo relacionado en ella; pero en la historia de los griegos no tiene más que unos mil y trescientos desde que comenzó a reinar Belo, al cual coloca también el egipcio en el principio del mismo reino; y al imperio de los persas y macedonios, hasta el mismo Alejandro con quien hablaba, le atribuye más de ocho mil años siendo así que el de los macedonios, hasta la muerte de Alejandro, no se halla entre los griegos que tenga más de cuatrocientos ochenta y cinco, y el de los persas, hasta que expiró con las victorias de Alejandro, doscientos treinta y tres. Así que, sin comparación es menor el número de estos años respecto de aquellos de los egipcios, ni pueden llegar a ellos, aunque se triplicaran. Pues escriben que los egipcios usaron por algún tiempo de años tan cortos que sólo tenían cuatro meses, y así el año más cumplido y verdadero, cual es el que en la actualidad tenemos nosotros, y ellos también, contenía tres años antiguos de los suyos. Pero ni aun de esta manera, como dije, concuerda la historia de los griegos con la de los egipcios en el número de los tiempos, y así debemos dar más crédito a la griega, porque no excede a la verdad de los años que se hallan en nuestras Escrituras, que son verdaderamente sagradas. Y si esta carta de Alejandro, que fué tan notoria entre los egipcios, en orden al

tiempo desdice infinito de la probabilidad y fe de lo realmente sucedido, ¿cuánto menos debe creerse a las historias y memorias que nos quieran alegar, llenas de fabulosas antigüedades, contra la autoridad de los libros tan conocidos y divinos, que vaticinaron y dijeron que todo el orbe había de darles crédito, y según lo expresaron así todo el mundo les prestó gustosamente su asenso, los cuales prueban y demuestran que dijeron verdad en lo que nos refieren de los sucesos pretéritos, cuando vemos que se va cumpliendo con tanta puntualidad todo cuanto dijeron que había de suceder?

Capítulo XII

DE LOS QUE OPINAN QUE ESTE MUNDO, AUNQUE NO ES ETERNO, SIN EMBARGO, SE REPRODUCE; ESTO ES, QUE EL MISMO MUNDO AL CABO DE CIERTOS SIGLOS VUELVE A NACER.

12 Otros están persuadidos que el mundo no es eterno, ya piensen que no es uno solo, sino que son innumerables, ya confiesen que es uno solo, pero que por ciertos intervalos de siglos nace y muere innumerables veces. Estos es necesario que confiesen que el linaje humano estuvo primero sin hombres que pudiesen procrear. Porque esto no sucede del mismo modo que en los diluvios e incendios de las tierras, los cuales no suceden generalmente en todo el mundo, y por eso pretenden que siempre quedan algunos pocos hombres con quienes se pudo reparar la generación extinguida. Así también pueden éstos imaginar que, pereciendo el mundo, quedan algunos hombres en el mundo; pero así como piensan que el mundo renace de su materia, así piensan que en él brota de los elementos el linaje humano, y después, de sus padres, la generación de los mortales, como la de los otros animales.

Capítulo XIII

QUÉ DEBE RESPONDERSE A LOS QUE PONEN POR INCONVENIENTE QUE FUÉ TARDE LA CREACIÓN DEL MUNDO.

13 Lo que respondimos cuando tratamos del principio y origen del mundo a los que no quieren creer que no fué o existió siempre, sino que empezó a ser (como también expresamente lo confiesa Platón, aunque algunos crean que sintió lo contrario de lo que dijo), eso mismo responderé sobre la creación del hombre por satisfacer a los que asimismo se ofenden, porque el hombre no fué criado innumerables e infinitos tiempos antes, y porque fué criado tan tarde; pues en la Sagrada Escritura está escrito que ha menos de seis mil años que principio a ser. Pues si ofende a éstos la brevedad del tiempo, viendo tan pocos años, desde donde refieren nuestras memorias auténticas que fué criado el hombre, consideren que no media un tiempo diuturno o largo, donde hay algún extremo; y cualesquiera espacios y siglos infinitos y limitados cotejados con la infinita eternidad sin límites, no deben tenerse por pequeños, sino por nada. Por consiguiente, si dijésemos, no cinco o seis mil, sino sesenta y seiscientos millares de años, o si por otros tantos, otras tanta veces se multiplicara esta suma, de modo que no tuviésemos nombre, ni número con que expresar los años después que crió Dios al hombre, de la misma manera puede preguntarse por qué no le crió antes. Porque la cesación eterna que tuvo Dios antes de criar al hombre sin principio es tan grande, que si comparamos con ella cualquiera número de tiempos, por grande que sea, con tal que termine en ciertos y determinados espacios, no debe parecer tanta como si comparásemos una mínima gota de agua a todo el mar, y con cuanto el profundo caos del Océano comprende; porque de estas dos cosas, sin duda la una es muy pequeña y la otra sin comparación grande e inmensa; sin embargo, ambas son limitadas, y el espacio de tiempo que procede de algún principio y se acaba con algún término, aunque se dilate y extienda, comparado con lo que no tiene principio y se

acaba con algún término, aunque se dilate y extienda, comparado con lo que no tiene principio, dudo si se debe estimar por cosa mínima o por ninguna. Porque si a ésta poco a poco la fueron quitando desde el fin sus momentos, por brevísimos que sean, decreciendo el número, aunque sea tan inmenso, que no tenga nombre, volviendo hacia atrás (como si fueses quitando al hombre los días, empezando desde aquel en que ahora vive hasta aquel en que nació), al fin, alguna vez llegarás al principio con aquel quitar. Pero si fueren desmembrando o quitando hacia atrás en el espacio que no tuvo principio, no digo yo poco a poco, pequeños momentos de horas, o de días, o de meses, o cantidades aun de años, si no tan grandes espacios como aquella suma de años, que no pueda nombrar ningún aritmético por hábil que sea, pero que, en efecto, se consume, quitándola paulatinamente los momentos; y le fueran quitando estos espacios tan grandes, no una, o dos, o muchas veces, sino siempre, ¿qué es lo que harán, puesto que jamás llegarán al principio, porque realmente carece de él? Por lo cual, lo que nosotros preguntamos ahora, al cabo de cinco mil y más años podrán también nuestros descendientes, aun después de seiscientos mil, preguntar, excitados de la misma curiosidad, si durare y perseverare tanto tiempo naciendo y muriendo la humana naturaleza y su ignorante imbecilidad y mortalidad. También pudieran los que nos precedieron luego que fué criado el hombre, mover esta cuestión; y, finalmente, el mismo primer hombre, un día después, o el mismo en que fué criado pudo preguntar, por qué Dios no le crió antes. Y por más que se anticipara y fuera criado con anterioridad de tiempo, no por eso esta controversia sobre el origen y principio que tuvieron las cosas temporales hallará más sólidos fundamentos entonces que al presente, ni los hallará después.

Capítulo XIV

DE LA REVOLUCIÓN DE LOS SIGLOS, LOS CUALES ALGUNOS FILÓSOFOS LOS INCLUYEN DENTRO DE UN CIERTO Y LIMITADO FIN,

Y ASÍ CREYERON QUE TODAS LAS COSAS VOLVÍAN SIEMPRE A UN MISMO ORDEN Y A UNA MISMA ESPECIE.

14 No imaginaron los filósofos del siglo, que podían, o debían resolver de otro modo esta controversia, sino introduciendo un circuito y revolución de tiempos, con que dicen que unas mismas cosas se han ido renovando y repitiendo siempre en el mundo, y que así será en adelante, sin cesar jamás, con la revolución de unos mismos siglos que van y vienen; ya se hagan estos circuitos y revoluciones, permaneciendo en su mismo ser el mundo, o ya por ciertos intervalos, naciendo y muriendo el universo, produzca siempre como nuevas unas mismas cosas, las pasadas y las futuras. De cuyo devaneo no pueden eximir y libertar el alma, que es totalmente inmortal, aun cuando haya conseguido la sabiduría, haciéndola que camine sin cesar a la falsa bienaventuranza, y que vuelva sin interrupción a la verdadera miseria. ¿Cómo puede ser verdadera bienaventuranza aquella, de cuya eternidad jamás está segura el alma, o por no conocer la futura miseria, procediendo con la mayor ignorancia en la verdad, o por tener con temor noticia de ella? Pero si de los infortunios va caminando a la bienaventuranza para nunca jamás volver a ellos, ya en el tiempo se hace alguna cosa nueva que no tiene fin de tiempo. ¿Por qué no decir lo mismo del mundo? ¿Y por qué no asimismo d un hombre criado en el mundo, para que procediendo con la doctrina sana por una senda recta, excusemos aquellos falsos circuitos y retornos inventados por engañosos sabios?

Porque las palabras del Eclesiastés sobre Salomón [8]: "¿Qué fué? Lo mismo que será. ¿Qué se hizo? Lo mismo que se hará; y no hay cosa nueva debajo del sol. Ninguno puede decir esto es nuevo, porque ya precedió en los siglos que fueron antes de nosotros"; quieren algunos que se refieran a estos circuitos y revoluciones que vuelven a lo mismo, y lo traen todo a lo mismo; habiéndolo él dicho, o de las demás cosas de que trata arriba, esto es, de las generaciones,

unas que van, y otras que vienen; de las vueltas que da el sol; de las sendas y caminos de los arroyos o, a lo menos, de todas las cosas generales y corruptibles. Porque hubo hombres antes que nosotros, los hay con nosotros y los habrá después de nosotros. Asimismo animales y árboles, y aun los mismos monstruos que nacen fuera del curso ordinario, aunque son entre sí diferentes, y de algunos de ellos se dice que los hubo una sola vez; raros y monstruos, también fueron y los habrá; pues no es cosa reciente y nueva que nazca un monstruo debajo del sol. Aunque algunos hayan entendido estas palabras como si el sabio quisiera decir que todas las cosas fueron ya en la predestinación de Dios, que por eso no hay cosa nueva debajo del sol; pero no permita Dios en la fe verdadera que profesamos, que creamos que estas palabras de Salomón signifiquen o digan aquellos circuitos y retornos con que ellos piensan que unas mismas revoluciones de los tiempos y de las cosas temporales van dando la vuelta; de manera que _ pongamos por ejemplo _ en este siglo Platón, insigne filósofo, enseñó a sus discípulos en la ciudad de Atenas en la escuela que se dijo Academia; y después de innumerables siglos, aunque por muy largos y prolijos intervalos, pero ciertos y determinados, el mismo Platón, la misma ciudad, la misma escuela y los mismos discípulos volvieron a ser y existir, y por innumerables siglos después volverán a ser. Así que, Dios nos libre de que creamos esto: "porque una vez murió Jesucristo por nuestros pecados, y habiendo resucitado de entre los muertos ya no muere, ni la muerte tendrá más dominio sobre él, y nosotros, después de la resurrección, estaremos siempre con el Señor" [9] a quien con confianza decimos ahora lo que nos advierte el real profeta [10]: "Tú, Señor, nos guardarás y ampararás de esta generación para siempre". Y me parece que muy al caso les conviene lo que sigue: "los impíos andan en circuito", no porque ha de venir a dar la vuelta su vida por los circuitos imaginarios que creen, sino porque es tal en la actualidad el camino errado que llevan, esto es, su falsa doctrina.

[8] 1, 9, sig.

[9] Rom., 6, 9.
[10] Ps., 11, 8, sig.

Capítulo XV

DE LA TEMPORAL CREACIÓN DEL HOMBRE, LA CUAL HIZO DIOS, NO CON NUEVO ACUERDO O CONSEJO NI CON VOLUNTAD MUDABLE.

15 ¿Y qué maravilla es que andando descaminados en estos circuitos y círculos no hallen entrada ni salida? Pues ignoran qué principio tuvo, ni qué fin tendrá el linaje humano y esta nuestra mortalidad; porque es imposible penetrar la alteza de Dios, pues siendo el Señor eterno y sin principio, sin embargo, por algún principio empezaron los tiempos; y al hombre, que jamás había criado antes, le hizo en el tiempo, pero no con algún nuevo y repentino consejo, sino con acuerdo inmutable y eterno. ¿Y quién podrá comprender esta grandeza incomprensible, e investigar lo que es incapaz de indagarse: cómo crió Dios en el tiempo con inmutable voluntad al hombre temporal, antes del cual jamás hubo otro hombre, y con quien solamente multiplicó el humano linaje? Porque habiendo ya dicho el mismo real profeta [11]: "Tú, Señor, nos guardarás y ampararás de esta generación para siempre"; y habiendo después cargado la mano sobre aquellos en cuya insensata e impía doctrina no se halla para el alma libertad alguna ni bienaventuranza eterna, añade inmediatamente, "en círculo, dice, y alrededor andan los impíos"; como si le dijeran, ¿qué es, lo que tú crees, sientes y entiendes?, ¿acaso hemos de pensar que de improviso vino a Dios la voluntad de criar al hombre, a quien jamás durante una infinita eternidad había hecho, siendo Dios, al que nada le puede suceder de nuevo, y en quien no hay cosa mudable? Y porque oyendo nosotros esta doctrina no nos inquietara acaso alguna duda, inmediatamente respondió hablando con el mismo Dios: "conforme a tu grandeza multiplicaste a los hijos de los hombres". Sientan, dice, los hombres y estén satisfechos de lo que piensan, e imaginen lo que les agrade y todo

cuanto quieran, y de eso disputen y conferencien; vos, Señor, conforme a vuestra grandeza y majestad, la cual no puede comprender ningún entendimiento humano, multiplicaste los hijos de los hombres. Porque es asunto muy escabroso, profundo e incomprensible el querer investigar cómo Dios fué siempre, y cómo quiso hacer primeramente en algún tiempo al hombre, que nunca antes había criado, y cómo, sin embargo, no mudó ni de dictamen, ni de voluntad.

[11] Ps., 11, 8, sig.

Capítulo XVI

SI PARA QUE SE ENTIENDA QUE FUÉ SIEMPRE SEÑOR, ASÍ COMO SIEMPRE FUÉ DIOS, HEMOS DE CREER QUE NO LE FALTÓ JAMÁS CRIATURA DE QUIEN FUESE SEÑOR; Y CÓMO SE PUEDE LLAMAR SIEMPRE CRIADO LO QUE NO PUEDE DECIRSE COETERNO.

16 Así como no me atrevo a decir que Dios nuestro Señor alguna vez no fué Señor, así no debo dudar que el hombre no existió siempre, sino que en algún tiempo fué criado. Pero cuando considero de quién pudo ser siempre Señor, si la criatura no existió siempre, temo afirmar cosa alguna, porque me considero a mí mismo, y advierto también que dice el apóstol [12]; "¿qué hombre hay que baste a saber los altos decretos de Dios?¿O quién podrá imaginar lo que quiere la voluntad del Señor? Porque los pensamientos de los mortales son falsos y tímidos, inciertos y engañosos nuestros discursos, pues este cuerpo corruptible agrava el alma, y esta habitación de tierra abate y oprime el espíritu ocupado con varios pensamientos y cuidados". Entre esta multitud de ideas que revuelvo y hallo en esta terrena habitación y casa (que, en efecto, son muchas, y entre ellas hay alguna en que acaso no pienso, y tal vez sea la verdadera), si dijere que la criatura fué o existió siempre _ cuyo Señor fuese el que es siempre Señor y nunca dejó de ser Señor _ pero que esta criatura es ahora una, ahora otra, según los diversos tiempos,

para que así no digamos que hay alguna coeterna a su Criador, que es contra la fe y buena razón; nos debemos guardar de que sea un absurdo ajeno de la luz de la verdad, que la criatura mortal haya sido siempre por el orden y sucesión de los tiempos, pasando una y sucediendo otra; y que la inmortal no empiece a ser sino cuando llegaron nuestros siglos, cuando fueron criados los ángeles (si es que los significa aquella luz que primeramente fué criada o aquel cielo de quien dice la Sagrada Escritura: "en el principio hizo Dios el cielo y la tierra") [13] no habiendo existido antes de ser formados. Porque si decimos que los inmortales fueron siempre, no debe entenderse que son coeternos a Dios. Y si dijeren que los ángeles no fueron criados en el tiempo, sino que fueron antes de todos los tiempos, para que Dios fuera su Señor, que nunca fué sino Señor; asimismo me preguntarán: si es que fueron criados antes de todos los tiempos, ¿pudieron acaso ser siempre los que fueron hechos? Aquí por ventura parece que se podrá responder: ¿cómo no siempre, puesto que lo que es en todo tiempo sin inconveniente se dice que es siempre? Y de tal suerte fueron los ángeles en todo tiempo que fueron criados antes de todos los tiempos; y si con el cielo comenzaron los tiempos, ellos eran ya antes del cielo; pero si el tiempo no tuvo su origen con el cielo, sino que fué todavía antes del cielo, aunque no en horas, días, meses y años (porque que estas dimensiones de los espacios temporales, que comúnmente y con propiedad se llaman tiempos, principiaron con los movimientos de las estrellas, y así cuando los crió, dijo Dios [14]: "Sirvan de señales y de distinguir los tiempos, días y años"), sino que existió el tiempo en algún movimiento mudable, cuyas partes se sucedieron porque no podían estar juntas; si antes del cielo, digo, en los movimientos angélicos hubo algo de esto y por eso hubo ya tiempo; y los ángeles después que fueron criados temporalmente se movían; así fueron también en todo tiempo, puesto que con ellos se hicieron los tiempos. ¿Y quién dirá que no fué siempre lo que en todo tiempo fué?

Pero si yo les respondiese esto, me dirían, ¿cómo no son coeternos a su Criador si él fué siempre, y ellos fueron siempre? ¿Y cómo puede decirse que fueron criados si se entiende que fueron siempre? A esto ¿qué responderemos? ¿Diremos acaso que fueron siempre porque fueron en todo tiempo, los que con el tiempo fueron formados, o con quienes fueron hechos los tiempos, y que, sin embargo, fueron criados? Porque tampoco podemos negar que los mismos tiempos fueron criados; aunque ninguno dude que en todo tiempo hubo tiempo. Porque si en todo tiempo no hubo tiempo, resultaría que hubo tiempo cuando no hubo tiempo alguno; ¿y quién habrá tan ignorante que diga esto? Podemos, pues, decir muy bien: hubo tiempo cuando no era Roma, hubo tiempo cuando no era Jerusalén, hubo tiempo cuando no era Abraham, hubo tiempo cuando no era el hombre, y otras cosas semejantes. Finalmente, si no fué criado el mundo con principios de tiempo, sino después de algún tiempo, podemos decir: hubo tiempo cuando no era el mundo; pero decir hubo tiempo cuando no hubo tiempo alguno, es tan contradictorio, como si uno dijera hubo hombre cuando no hubo hombre alguno; o había este mundo cuando no había mundo. Porque si se entiende de diferentes, de éste y de otro, podrá decirse en cierto modo, hubo otro hombre cuando no había este hombre; y así podremos decir bien, había otro tiempo cuando no había este tiempo; pero, hubo tiempo cuando no había tiempo alguno, ¿quién habrá tan ignorante que lo diga? Así pues, como decimos que fué criado el tiempo, aunque el tiempo fué siempre, porque en todo tiempo hubo tiempo; así también no se sigue que porque siempre fueron ángeles, no hayan sido criados; de manera que por lo mismo se dice que fueron siempre, porque fueron en todo tiempo; y por eso fueron en todo tiempo, porque en ninguna manera sin ellos pudo haber tiempo, pues donde no hay criatura alguna con cuyos inestables movimientos se hagan los tiempos, no puede haber de ningún modo tiempos; por lo cual aunque siempre hayan existido, son criados; y no, aunque siempre fueron, por eso son coeternos a su Criador. Porque Dios

siempre fué con eternidad inmutable pero los ángeles fueron criados, mas por eso se dice que fueron siempre, porque fueron en todo tiempo, y sin ellos los tiempos en ninguna manera pudieron ser; pero el tiempo que corre y pasa con mutabilidad no puede ser coeterno a la eternidad inmutable. Así, pues, aunque la inmortalidad de los ángeles no pasa en el tiempo; ni ha pasado como si ya no fuese; ni es futura como si aun no fuese; con todo, sus movimientos con que se hacen los tiempos, pasan de lo futuro a lo pasado, y por eso no pueden ser coeternos a su Criador, en cuyo movimiento no podemos decir, que fué lo que ya no es, o que ha de ser lo que aun no es.

Por lo cual, si Dios fuese siempre Señor, siempre tendría criatura que le sirviese, aunque no engendrada de sí mismo, sino formada por El de la nada, y no coeterna a su Divina Majestad; porque era antes que ella, aunque en ningún tiempo sin ella; no traspasándola en el espacio, sino precediéndola con la eternidad permanente. Pero cuando respondiere esto a los que me preguntan: ¿cómo el Criador fué siempre Señor si no hubo siempre criatura que le sirviese; o cómo la criatura fué criada y no es coeterna a su Criador, si siempre fué? recelo les parezca que más fácilmente afirmo lo que ignoro, que enseñó lo que sé. Vuelvo, pues, a lo que nuestro Criador quiso que supiésemos, porque las cosas que quiso las supiesen en esta vida los más sabios, o las que reservó para que las supiesen los que son del todo perfectos en la otra, confieso que exceden a mis débiles fuerzas; pero me pareció exponerlas sin afirmar cosa alguna, para que los que esto leyesen observen de cuántas cuestiones escabrosas, intrincadas e insolubles se deben excusar, y no presuman que son idóneos y hábiles para todo; antes más bien adviertan cuán obedientes debemos ser al saludable precepto del apóstol: "Yo, nos dice, usando de la gracia y merced que Dios me ha hecho, mando a cualquiera de vosotros que no intentéis saber más de lo que conviene, sino que seáis sabios con moderación, conforme a los dones que el Señor repartió a cada uno de la nueva vida espiritual" [15]. Porque si a una criatura pequeña la sustentaren y dieren de comer conforme al estado

de sus fuerzas, llegará a crecer y a ser capaz de que le alarguen poco a poco al nutrimiento; pero si le dieran más de lo que exigen sus fuerzas, antes desfallecerá y no crecerá.

[12] Sap., 9, 13; Rom., 11, 33.

[13] Gen., 1.

[14] Gen., 1.

[15] Rom., 12, 3. Con esto nos da a entender el apóstol de las gentes, San Pablo, la distribución de sabiduría que hizo Dios entre los hombres, arreglada a la medida de la fe de cada uno; con lo cual debemos contentarnos, sin abrogarnos temerariamente conocimientos superiores a nuestra esfera, que más demuestran nuestra ignorancia que recomiendan nuestra ciencia.

Capítulo XVII

CÓMO HA DE ENTENDERSE QUE PROMETIÓ DIOS AL HOMBRE VIDA ETERNA ANTES DE LOS TIEMPOS ETERNOS.

17 Qué siglos hayan pasado antes de la creación del hombre, confieso que no lo sé; pero no dudo que ninguna cosa criada es coeterna a su Criador. Llama también el apóstol a los tiempos eternos, y no a los futuros, sino, lo que excita más la admiración a los pasados, explicándose con estas palabras: 'para [16] esperar la vida eterna que nos prometió Dios, que no miente, antes de los tiempos eternos, y nos cumplió y manifestó a su tiempo su palabra". Y ved aquí, como dice, que hubo anteriores tiempos eternos, los cuales, sin embargo, no fueron coeternos a Dios, puesto que no sólo el Señor era antes de los tiempos eternos, sino que también nos prometió la vida eterna, la cual nos manifestó a su tiempo, esto es, en el tiempo conveniente. ¿Y qué otra prenda más segura que su Verbo? Porque éste es la vida eterna. Pero, ¿cómo lo prometió, ya que lo prometió efectivamente a los hombres, que aún no eran, antes de los tiempos eternos, sino porque en su misma eternidad y en su misma palabra y Verbo, coeterno al mismo Dios, estaba ya, mediante la alta

predestinación, establecido y decretado lo que a su tiempo debía de ser?

[16] Tit., 1, 2, sig.

Capítulo XVIII

QUÉ ES LO QUE LA VERDADERA FE SOSTIENE SOBRE EL INMUTABLE CONSEJO Y VOLUNTAD DE DIOS, CONTRA LOS DISCURSOS DE LOS QUE QUIEREN QUE LAS OBRAS DE DIOS, DERIVÁNDOLAS DESDE LA ETERNIDAD, VUELVAN SIEMPRE POR UNOS MISMOS CÍRCULOS Y REVOLUCIONES DE SIGLOS.

18 Tampoco pongo en duda en que antes que Dios criase al primer hombre jamás hubo hombre alguno; ni tampoco que él mismo volviese a existir no sé con que circuitos o rodeos, ni al cabo de cuántas revoluciones; ni otro alguno semejante a él en naturaleza. Ni de esta fe y creencia me pueden apartar los argumentos de los filósofos, entre los que se tiene por más agudo aquel que dice: que con ninguna ciencia pueden comprenderse las cosas que son infinitas; y, así, dicen, las razones que tiene Dios acerca de las cosas finitas que hizo son finitas; y debemos creer que su bondad jamás estuvo ociosa, porque no venga a ser temporal la operación de aquel Señor cuya inacción haya sido antes eterna, como si se hubiese arrepentido de la ociosidad primera sin principio, y por esto hubiese comenzado a obrar; por lo que dicen, es necesario que unas mismas cosas vuelvan por su orden, y que las mismas pasen y corran para tornar siempre a volver, ya sea permaneciendo mudable el mundo, el cual aunque siempre haya existido sin principio de tiempo, sin embargo, ha sido criado; ya sea repitiendo siempre, y debiendo repetir con aquellos círculos y revoluciones su nacimiento y ocaso; porque si dijésemos que alguna vez comenzaron primeramente las obras de Dios, no se entienda que condenó de modo alguno aquella su primera inacción sin principio como ociosa y sin destino, y que por eso, como poco satisfecho de ella, la mudó. Si dijeren que siempre estuvo haciendo

las cosas temporales, aunque ahora unas, ahora otras; y así llegó también a formar al hombre, que nunca antes había criado, parecerá que hizo lo que hizo con cierta casual inconstancia, y no con la ciencia (con la que imaginan no puede comprender cualesquiera infinito), sino como por acaso, como le vino a la imaginación. Pero si admitimos, dicen, aquellos circuitos y rodeos con que (o permaneciendo el mundo o mezclando con los propios circuitos sus volubles nacimientos y ocasos) se vuelven a hacer las mismas cosas temporales; ni atribuiremos a Dios el ocio vergonzoso de una tan larga duración sin principio, ni la impróvida temeridad de sus obras; porque si no se repiten y vuelve a hacer las mismas, no puede ninguna ciencia o presciencia suya comprender la infinidad de ellas variadas con tanta diversidad.

De estos argumentos con que los infieles procuran torcer del camino recto a nuestra sencilla y piadosa fe, para que andemos con ellos alrededor, aun cuando la razón no los pudiera refutar, la fe se debiera reír. Además, que con el favor de Dios nuestro Señor, estos volubles círculos que inventa la opinión los deshace la razón clara y manifiesta, por cuanto en esto se engañan, queriendo más caminar en su falso círculo que por el verdadero y derecho camino; pues miden el entendimiento divino del todo inmutable, capaz de cualquiera infinidad, y que enumera todo lo innumerable sin ninguna sucesión alternativa de su pensamiento, con el suyo, que es humano, inestable y limitado, sucediéndoles lo que dice el apóstol [17]: "que midiendo y comparándose ellos mismos así mismos, no se entienden y conocen a sí mismos". Porque como ellos, todo cuanto se les antoja hacer de nuevo, lo hacen con nuevo acuerdo, porque tienen mudable entendimiento, sin duda que considerando e imaginando, no a Dios a quien no pueden imaginar, sino a sí mismos por él, no miden ni comparan a Dios con Dios, sino ellos mismos se comparan a sí mismos. Pero nosotros no podemos ni debemos creer que de un modo está dispuesto Dios cuando está ocioso y de otro cuando obra, porque no puede decirse que se dispone, como si en su naturaleza sucediese

y hubiese alguna novedad que antes no había, por cuanto el que se dispone padece, y es mudable todo el que padece algo. Así, que no se imagine que en su inacción haya ociosidad, inercia o pereza, como tampoco en sus obras, trabajo, conato o industria. Sabe él estando quieto trabajar, y trabajando estarse quieto. Puede aplicar a la obra nueva no nuevo acuerdo, sino el acuerdo eterno, y sin arrepentirse de que primero hubiese cesado, empezó a obrar lo que antes no había obrado. Pero aunque primero cesó y después obro (lo cual no sé cómo el hombre puede entenderlo), esto sin duda, que llamamos primero y postrero, estuvo sin duda, que llamamos primero y postrero, estuvo en las cosas que primero no hubo, y después hubo; pero en él no mudó alguna voluntad nueva otra voluntad que antes tuviese, sino que con una misma sempiterna e inmutable voluntad hizo que las cosas que crió primero no fuesen hasta que no fueron; y después fuesen cuando comenzaron a ser; manifestando acaso con esto maravillosamente a los que pueden ser capaces de entender estas cosas, que no tenía necesidad de ellas, sino que las crió por su mera gratuita bondad, habiendo estado sin ellas en no menor bienaventuranza desde la eternidad sin principio.

[17] 2 Cor., 10, 12.

Capítulo XIX

CONTRA LOS QUE DICEN QUE LAS COSAS QUE SON INFINITAS NO LAS PUEDE COMPRENDER NI AUN LA CIENCIA DE DIOS.

19 Sobre el otro punto que dicen, que ni la ciencia de Dios puede comprender las cosas infinitas, les resta el atreverse a decir, sumergiéndose en este profundo abismo de impiedad, que no conoce Dios todos los números. Porque éstos es indudable que son infinitos, pues en cualquiera número que os pareciere parar y hacer fin, este mismo puede, no digo yo que añadiéndole uno, acrecentarse, sino que por alto que sea y por inmensa la multitud que abrace, en la misma razón y ciencia de los números puede, no sólo duplicarse, sino

multiplicarse. Y de tal modo cada número acaba y termina con sus propiedades, que ninguno de ellos puede ser igual a otro alguno. Así que, son desiguales entre sí y diferentes; cada uno es finito y todos son infinitos. ¿Y que sea posible que Dios todopoderoso no sepa los números por su infinidad, y que la ciencia de Dios llegue hasta cierta suma de números, y que ignore los demás, quién habrá que pueda decirlo por más ignorante y necio que sea? Y no es posible que se atrevan éstos a despreciar los números, y decir que no pertenecen a la ciencia de Dios, pues entre ellos Platón, con grande autoridad, enaltece a Dios, que fabricó el mundo con números. Y entre nosotros leemos que se atribuye a Dios el "que todo lo dispuso según medida, número y peso" [18]; de quien dice asimismo el profeta [19]: "que produce en número el siglo", y el Salvador en el Evangelio [20]: "todos vuestros cabellos, dice, están numerados". De ningún modo dudemos de que conoce todos los números aquel "cuya inteligencia como dice el salmista, [21], no tiene número". Así que la infinidad del número, aunque no haya número de números infinitos, con todo, no es incomprensible a aquel cuya inteligencia no tiene número. Por lo cual, si lo que comprende la ciencia se limita con la comprensión del que posee la sabiduría, sin duda que cualquiera infinidad en cierto modo inefable es finita y limitada para Dios, pues no es incomprensible a su ciencia. Y así que, la infinidad de los números para la ciencia de Dios, que la comprende, no puede ser infinita, ¿qué presunción es la nuestra, que siendo unos hombrecillos nos atrevemos a poner límites a su ciencia, diciendo que si unas mismas cosas temporales no vuelven con los mismos circuitos y revoluciones de tiempos, no puede Dios en todas las cosas que ha hecho, o preverlas para hacerlas, o conocerlas habiéndolas hecho? cuya sabiduría, siendo una y varia, y uniformemente multiforme, o de muchas formas, con tan incomprensible entendimiento comprende todas las cosas incomprensibles, que si siempre quisiese obrar por más que se siguiesen cosas nuevas y diferentes de las pasadas, no pudiera tenerlas desordenadas e imprevistas, ni las anteviera de

tiempo cercano y próximo, sino que las comprendiera y abrazara en sí con presciencia eterna.

[18] Sap., 11, 21.

[19] Isai., 40, 26.

[20] Mt., 10, 30.

[21] Ps., 146, 5.

Capítulo XX

DE LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS.

20 Lo cual, si lo ejecuta así, y si va uniendo entre sí con una continuada conexión los que acostumbramos llamar siglos de los siglos, aunque transcurriendo unos y otros con un ordenado desorden y desemejanza, y permaneciendo, sin embargo, solos los que se libertan de la miseria en su bienaventurada inmortalidad sin fin; o si se llaman siglos de los siglos, los siglos que permanecen en la sabiduría de Dios con una inmoble estabilidad como causas eficientes de estos siglos que pasan con el tiempo, no me atrevo a definirlo. Porque acaso podrá ser que se llame siglo lo que son siglos, así como no es otra cosa cielo de cielo que cielos de cielos. Porque cielo llamó Dios al firmamento sobre que están las aguas, y no obstante, dice el real profeta [22]: "Las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor". Qué cosa sea de estas dos, o si fuera de ambas podemos entender alguna otra por "siglos de los siglos", es una cuestión muy profunda; ni al punto que tratamos, impedirá si dejándola indecisa, la diferimos para adelante; ya sea que podamos definir sobre ella, ya sea que, tratándola con más exactitud, nos hagamos más cautos y reservados, para que en tanta oscuridad no nos atrevamos y arroguemos la facultad de determinar decisivamente sobre un negocio tan escabroso, lo que siempre sería temeraria e inconsideradamente. Porque al presente disputamos con los que ponen aquellos circuitos con que entienden que necesariamente unas mismas cosas vuelven siempre por sus intervalos y espacios de

tiempo. Pero cualquiera de aquellas dos opiniones acerca de los siglos de los siglos que sea verdadera no hace al caso para estos circuitos; porque ya sean los siglos de los siglos, no los que volvieron por aquella revolución, sino los que corren, derivándose unos de otros con una conexión y trabazón muy concertada, quedando la bienaventuranza de los libertados certísima, sin que tengan recurso alguno los trabajos e infortunios; ya los siglos de los siglos sean eternos, como eficientes de los siglos temporales, como señores de sus súbditos; aquellas revoluciones con que vuelven unos mismos no tienen aquí lugar, a las cuales especialmente confunde y convence la vida eterna de los santos.

[22] Ps., 14, 8, 4.

Capítulo XXI

DE LA IMPIEDAD DE LOS QUE DICEN QUE LAS ALMAS QUE GOZAN DE LA SUMA Y VERDADERA BIENAVENTURANZA, HAN DE TORNAR A VOLVER UNA Y OTRA VEZ POR LOS CIRCUITOS DE LOS TIEMPOS A LAS MISMAS MISERIAS Y AFLICCIONES PASADAS.

21 ¿Y qué católico temeroso de Dios ha de poder oír que después de haber pasado una vida con tantas calamidades y miserias (si es que merece nombre de vida ésta, que con más razón puede llamarse muerte tanto más grave, que, por amarla, tememos la muerte que de ella nos libra) que después de tan horrendos males, tantos y tan horribles, purificados finalmente por medio de la verdadera religión y sabiduría, lleguemos a la presencia de Dios y nos hagamos bienaventurados con la contemplación de la luz incorpórea (participando de aquella inmortalidad inmutable, con cuyo amor y deseo de conseguirla vivimos) de modo que no sea preciso al fin dejarla en algún tiempo; y que los que la dejan, privados de aquella eternidad, verdad y felicidad, se vuelvan a enlazar en la mortalidad infernal, en la torpe demencia y abominable miseria donde vengan a perder a Dios, donde aborrezcan la verdad, donde, por medio de los

detestables vicios, vengan a buscar la bienaventuranza; y que esto haya sido y haya de ser una y otra vez sin ningún fin, por ciertos intervalos y dimensiones de los siglos que han sucedido y sucederán; y esto para que Dios pueda tener noticia exacta de sus obras en ciertos y limitados circuitos que van y vuelven constantemente por nuestras falsas felicidades y verdaderas miserias, que aunque alternas con la revolución incesable, son sempiternas; porque no puede cesar de hacer, ni con su ciencia comprender las cosas que son infinitas? ¿Quién puede escuchar esta doctrina? ¿Quién darla crédito? ¿Quién puede sufrirla? Que si fuese verdad, no sólo con más cordura se pasara en silencio, sino también (por decir según mi posibilidad lo que siento) fuera prueba de más sabiduría el no saberlo. Pues si en la eternidad no hemos de tener memoria de estas cosas, por eso hemos de ser bienaventurados, ¿por qué razón aquí, con la noticia de que tenemos de ellas, se nos agrava más esta nueva miseria? Y si en la vida futura necesariamente las hemos de saber, a lo menos no las sepamos en la presente, para que así sea más dichosa la esperanza, que allá el gozo y posesión del sumo bien; puesto que aquí esperamos conseguir la vida eterna, y allá sabemos que hemos al fin alguna vez de perder la vida bienaventurada, aunque no eterna.

Y si dijesen que ninguno puede llegar a aquella bienaventuranza, si en la escuela de esta vida no hubiere conocido estos circuitos y revoluciones, donde alternativamente suceden la bienaventuranza y la miseria, ¿cómo enseñan que cuanto uno más amare a Dios, tanto más fácilmente llegará a la bienaventuranza, los que enseñan doctrinas con que se entibie y enfríe este amor? Porque ¿quién habrá que no ame más remisa y tibiamente a quien sabe que necesariamente ha de venir a dejar, y contra cuya verdad y sabiduría ha de sentir; y esto cuando con la perfección de la bienaventuranza hubiere llegado, según su capacidad, a tener plena y cumplida noticia de su verdad y sabiduría? Pues ni a un hombre amigo puede uno amar fielmente si sabe que ha de venir a ser su enemigo. Pero Dios nos libre de creer que sea verdad esto, que nos promete y amenaza una verdadera

miseria que nunca ha de acabarse, sino que con la interposición de la falsa bienaventuranza, muchas veces y sin fin se ha de ir interrumpiendo. Porque ¿qué cosa puede haber más falsa y engañosa que aquella bienaventuranza donde estando en la misma luz de la verdad, no sepamos que hemos de ser miserables, o estando en la cumbre de la suma felicidad, temamos que lo habremos de ser? Porque si allá hemos de ignorar la calamidad que nos ha de sobrevenir, más sabia es acá nuestra miseria, donde tenemos noticia de la bienaventuranza que hemos de gozar; y si allá no se nos ha de esconder la miseria que esperamos, con más felicidad pasa su tiempo el alma miserable; pues pasado ha de subir a la bienaventuranza, que la bienaventuranza, pues, en pasando el suyo ha de volver al estado de miseria. Y así la esperanza que hay en nuestra desdicha será dichosa; y desdichada, la que hay en nuestra felicidad. Por lo cual se deduce que puesto que aquí padecemos los males presentes, y allá tememos los que nos amenazan y aguardan, con más verdad seremos siempre miserables, que alguna vez bienaventurados.

Mas, porque esta doctrina es falsa y manifiestamente contraria a la religión y a la verdad (pues, efectivamente, nos promete Dios aquella verdadera felicidad, de cuya seguridad estaremos siempre ciertos; sin que la interrumpa ninguna desdicha) sigamos el camino recto que para nosotros es Jesucristo, y auxiliados de este ínclito caudillo y salvador, enderecemos las sendas de nuestra fe y desviémonos de este vano y absurdo círculo de los impíos. Porque si el platónico Porfirio no quiso seguir la opinión de los suyos acerca de estas revoluciones, idas y venidas alternativas de las almas sin cesar un momento, ya fuese movido por su propia vanidad, ya lo fuese por tener algún respeto a los tiempos cristianos, y quiso mejor decir (según insinué en el libro X) que el alma fué entregada al mundo para que conociese los males, y librada y purificada de ellos, cuando volviese al Padre, no padeciese ya semejantes mutaciones en su estado, ¿cuánto más debemos nosotros abominar y huir de esta falsedad contraria a la fe cristiana? descubiertos, pues ya, y deshechos estos círculos y

revoluciones, no habrá necesidad de decir que el género humano no tuvo principio de tiempo, en que empezara a existir; pues por no sé qué circuitos y revoluciones no hay cosa nueva en el mundo que no haya sido antes por ciertos intervalos de tiempos, y después no haya de volver a ser. Porque si se liberta el alma para no volver a las miserias, de manera que nunca antes se ha librado a sí misma; ya se hace en ella algún efecto que jamás se hizo antes, y esta, es, en efecto, cosa muy grande, pues es la eterna felicidad que nunca ha de acabarse. Y si en la naturaleza inmortal de haber tan singular novedad, sin que haya sucedido jamás, ni haya de volver a suceder con ningún circuito o revolución, ¿por qué porfían que no la puede haber en las cosas mortales? Y si dijeren que no alcanza el alma ninguna nueva bienaventuranza, porque torna a dar vuelta a aquella en que siempre estuvo; por lo menos es nuevo en ella libertarse de la miseria en que nunca estuvo cuando se libra del infortunio; y también lo es la misma miseria que nunca hubo. Y si esta novedad no es de las cosas ordinarias que se gobiernan por la divina Providencia, sino que sucede al acaso, ¿dónde están aquellos circuitos en quienes no sucede cosa nueva, sino que vuelven a ser las mismas cosas que antes fueron? Y si a esta novedad tampoco la eximen del gobierno de la divina Providencia (ya sea dada el alma a un cuerpo, ya sea que cayó en él), pueden hacerse cosas nuevas, que ni antes habían sido hechas, ni son, sin embargo, ajenas y extrañas del orden natural de las cosas. Y si pudo el alma forjarse a sí misma por su imprudencia una nueva miseria que no fuese imprevista a la divina Providencia, de manera que ésta la incluyese en el orden y gobierno de las cosas, y de tal estado la misma Providencia la libertase, ¿con qué temeridad y vana presunción humana nos atrevemos a negar que pueda Dios hacer, no para sí, sino para el mundo, cosas nuevas que ni antes las haya hecho, ni jamás las haya tenido imprevistas? Y si dijeren que aunque las almas que se hubieren libertado no han de caer en la miseria; pero que cuando esto sucede cosa nueva en el mundo, porque siempre se han ido librando unas y otras almas, y se libran y librarán; con esto a

lo menos conceden si es así, que se forman nuevas almas, y en ellas también nueva miseria y nueva libertad. Porque si dijeren que son las antiguas y de atrás sempiternas, con las cuales diariamente se hacen nuevos hombres (de cuyos cuerpos, si han vivido sabia y rectamente, salen libres, de manera que nunca más vuelven a la miseria) han de decir por consiguiente, que estas almas son infinitas. Pues por grande que se suponga que haya sido el número de las almas, no pudiera ser suficiente para los infinitos siglos pasados, para que de ellas se fuesen haciendo siempre los hombres, cuyas almas se libraron siempre de esta mortalidad para no volver después más allá. Y no nos podrán explicar de modo alguno cómo en las cosas de este mundo, que suponen no las comprende Dios porque son infinitas, haya un número infinito de almas. Por lo cual, quedando ya excluidas aquellas revoluciones y círculos, con que se suponía que el alma necesariamente había de volver a unas mismas miserias, ¿qué otra cosa nos resta que más convenga a la piedad y religión católica, sino creer que no es imposible a Dios criar cosas nuevas que jamás haya hecho, y con su inefable presciencia no tenga voluntad mudable? Pero si el número de las almas que se han librado, y no han de volver ya al estado de la miseria, se puede siempre acrecentar, examínenlo los que discurren con tanta sutileza sobre limitar la infinitud de las cosas; porque nosotros cerramos y concluimos nuestro argumento por ambas partes. Pues si se puede, ¿qué razón hay para negar que se pudo criar lo que nunca antes fué criado; si el número que nunca antes hubo de las almas libertadas, no sólo se hizo de una vez, sino que jamás se dejará y acabará de hacer? Y si es necesario que haya cierto número limitado de almas libertadas que no vuelvan más a la miseria, y que este número no se acreciente más, también éste, cualquiera que hubiere de ser, nunca fué antes. Ni realmente pudiera crecer y llegar al término de su cantidad sin algún principio, el cual tampoco existió antes. Para que hubiese este principio fué criado el hombre, antes del cual no hubo hombre alguno.

Capítulo XXII

DE LA CREACIÓN DEL PRIMER HOMBRE SOLO, Y EN ÉL LA DEL LINAJE HUMANO.

22 Habiendo explicado ya, según lo que permiten nuestras facultades, esta difícil y espinosa cuestión por la eternidad de Dios que va criando nuevas especies sin novedad alguna en su voluntad, no será dificultoso el advertir que fué mucho mejor lo que Dios hizo cuando de un solo hombre, que crió al principio, multiplicó el género humano, que si le empezara por muchos. Porque habiendo criado a los demás animales, a unos solitarios, agrestes, y en cierto modo solivagos, esto es, que apetecen y gustan más de la soledad y de vivir solos, como son las águilas, milanos, leones, lobos y todos los demás que son de esta especie; a otros los hizo aficionados a la sociedad y a vivir congregados para habitar juntos en bandadas y en rebaños, como son las palomas, estorninos, ciervos, gamos y otros semejantes; con todo, no propagó y multiplicó estos dos géneros principiando por uno, sino mandó que fuesen muchos juntos. Pero el hombre, cuya naturaleza la criaba en cierto modo media entre los ángeles y las bestias; de tal suerte, que si se sujetase a su Criador como a verdadero Señor, y guardase con piadosa obediencia su precepto y mandato, pasase al bando y sociedad de los ángeles sin intermisión de la muerte, alcanzando la bienaventurada inmortalidad sin fin, y si usando de su libre voluntad con soberbia y desobediencia ofendiese a Dios, su Señor, condenado a muerte viviese bestialmente y fuese siervo de su apetito, y después de la muerte destinado a la pena eterna; le crió uno y singular, no para dejarle solo sin la humana compañía, sino para encomendarle con esto más estrechamente la unión con la misma compañía y el vínculo de la concordia; viniéndose a juntar los hombres entre sí, no sólo por la semejanza de la naturaleza, sino también por el afecto del parentesco, pues aun a la misma mujer que se había de unir con el varón, no la quiso criar

como a él, sino de él, a fin de que todo el género humano se propagase y extendiese de un solo hombre.

Capítulo XXIII

QUE SUPO Y PREVIÓ DIOS QUE EL PRIMER HOMBRE QUE CRIÓ HABÍA DE PECAR; Y JUNTAMENTE VIO EL NÚMERO DE LOS SANTOS Y PIADOSOS QUE DE SU GENERACIÓN, POR SU GRACIA, HABÍA DE TRASLADAR A LA COMPAÑÍA DE LOS ÁNGELES.

23 No ignoraba Dios que el hombre había de pecar, y que, estando ya sujeto a la muerte, había de procrear y propagar hombres asimismo sujetos a la muerte, y que habían de excederse sobremanera los mortales con la licencia y demasía del pecar; que más seguras y pacíficas habían de vivir entre sí, sin tener voluntad racional las bestias de una especie (cuya propagación empezó de muchas, parte en el agua y parte en la tierra) que los hombres, cuya generación para fomentar la concordia se comenzó a propagar de uno solo. Porque nunca han traído tales guerras entre sí los leones o los dragones, como los hombres. Pero consideraba al mismo tiempo Dios que con su gracia había de convidar y llamar al pueblo piadoso y devoto a su adopción; y que, absuelto de los pecados y justificado por el Espíritu Santo, le había de unir inseparablemente con los santos ángeles en la paz eterna, habiendo destruido al último enemigo, que es la muerte; al cual pueblo le había de ser no de poca importancia la consideración de cómo Dios, para manifestar a los hombres cuán acepta le es también la unión entre muchos, crió el linaje humano y le propagó de un solo individuo.

Capítulo XXIV

DE LA NATURALEZA DEL ALMA DEL HOMBRE, CRIADA A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS.

24 Crió Dios al hombre a imagen y semejanza suya, porque le dio una alma de tal calidad, que por la razón y el entendimiento fuese

aventajada a todos los animales de la tierra, del agua y del aire, que no tendría otra tal mente. Y habiendo formado al hombre del polvo o limo de la tierra, y habiéndole infundido una alma, como dije (ya la hubiese hecho, y se la infundiese soplando, ya, por mejor decir, la hiciese soplando) y queriendo que aquel soplo se hizo soplando (porque ¿qué otra cosa es soplar sino hacer soplo?) fuese el alma del hombre, también le crió una mujer para su compañía y auxilio en la generación, sacándole una costilla del lado, obrando como Dios. Porque no hemos de imaginar esto al modo común de la carne, como vemos que los artífices fabrican de cualquiera materia cosas terrenas con los miembros corporales, lo mejor que pueden con la industria de su parte. La mano de Dios es la potencia de Dios, el cual, aun las cosas visibles las obra invisiblemente. Pero estas cosas las tienen por fabulosas más que por verdaderas los que miden por estas obras ordinarias y cotidianas la virtud y sabiduría de Dios, que sabe y puede sin semilla criar la misma semilla; pero las que primeramente crió Dios, porque no las entienden, las imaginan infielmente, como si estas mismas cosas que salen y entienden acerca de las generaciones y partos de los hombres, contándolas a los que no tuvieran experiencia de ellas ni las supieran, no se les hiciesen más increíbles, aunque hay muchos que estas mismas las atribuyen antes a las causas corporales de la naturaleza que a las admirables obras de la divina Providencia.

Capítulo XXV

SI PUEDE DECIRSE QUE LOS ÁNGELES HAN CRIADO ALGUNA CRIATURA, POR MÍNIMA QUE SEA.

25 Pero en estos libros no tratamos ni disputamos con los que no creen que la Majestad Divina es el autor de estas cosas o el que cuida de ellas. Con todo, aquellos que creen a su Platón [23] y sostienen que el sumo Dios que hizo el mundo, no crió, sino que con su licencia o mandato, otros menores, que él mismo hizo, criaron todos los

animales mortales, y entre ellos al hombre, para que obtuviese el lugar más principal y más próximo a los mismos dioses; si estuviesen exentos de la superstición con que pretenden demostrar que justamente los adoran y ofrecen sacrificios como a autores y criadores suyos, fácilmente se librarán también de la falsedad y engaño de esta opinión. Porque no es lícito creer o afirmar que otro que Dios sea criador de ninguna criatura, por mínima y mortal que sea, aun antes que pueda esto dejarse entender. Y así los ángeles, a quienes ellos con más gusto llaman dioses, aunque aplican, o mandándoselo Dios o permitiéndoselo, su operación a las cosas que se crían en el mundo, sin embargo, no son más criadores de los animales que lo son los labradores de las mieses y plantas.

[23] Tim., p. 41, C.

Capítulo XXVI

QUE LA NATURALEZA Y FORMA DE TODAS LAS CRIATURAS NO SE HACE SINO POR OBRA DIVINA.

26 Porque habiendo dos especies de formas, una que se da exteriormente a cualquiera materia corporal, como son las que fabrican los alfareros y carpinteros y otros artífices semejantes, que forjan y hacen figuras y formas parecidas a los cuerpos de los animales; y otra que interiormente tiene sus causas eficientes, según el secreto y oculto albedrío de la naturaleza que vive y entiende; la cual, no sólo hace las formas naturales de los cuerpos, sino también las mismas almas de los animales al nacer; la primera forma se puede atribuir a cualesquiera artífices, pero esta otra no, sino solamente a Dios criador y autor de todas las cosas visibles e invisibles, que crió al mundo y a los ángeles sin ningún mundo y sin ningunos ángeles.

Porque con aquella virtud divina, y por decirlo así, efectiva, que no sabe ser hecha, sino hacer (con que recibió la forma, cuando se hizo, el mundo, la redondez del cielo y la redondez del sol) con la misma virtud divina y efectiva, que no sabe ser hecha, sino hacer,

recibió forma la redondez del ojo y la redondez de la manzana, y las demás figuras naturales que vemos se acomodan a todas las cosas que nacen, no extrínsecamente, sino por virtud y potencia intrínseca del Criador, que dijo [24]: "Yo lleno el cielo y la tierra" [25] y "soy aquel cuya sabiduría toca de fin a fin con fortaleza y con suavidad dispone todas las cosas". Y así no sabré decir de qué sirvieron a su Criador en la creación de las demás cosas los ángeles que primeramente Dios crió; porque ni me atrevo a atribuirles lo que acaso no pueden, ni debo derogarles lo que pueden. Pero la creación y fábrica de todas las naturalezas, por la que son naturalezas, con asentimiento de ellos mismos, la atribuyo a aquel Dios, a quien ellos mismos saben que deben con acción de gracias el ser que tienen. Así que decimos que no sólo los labradores no son criadores de género alguno de frutales, puesto que leemos [26]: "Que ni el que planta es el criador, ni el que riega, sino Dios, que es el que da el incremento", más ni aun la misma tierra, aunque parezca una fecunda madre de todos, que promueve lo que brota en renuevos y pimpollos, y lo que está fijo con raíces lo mantiene; porque asimismo leemos [27]: "Que Dios es el que da al grano sembrado su cuerpo como quiere, y a cada semilla su cuerpo conforme a su condición". Por lo que tampoco debemos llamar a la madre autora y criadora de su hijo, sino antes a aquel que dijo a un siervo suyo: "Antes que te formara en el vientre de tu madre te conocí" [28]. Y aunque el alma de la que está encinta, estando en esta o aquella disposición, pueda imprimir algunas cualidades al fruto de su vientre, como Jacob [29], que con las varas de diferentes colores hizo que la cría de sus ganados saliese de diferentes colores; con todo, aquella naturaleza, no la crió ella misma, como tampoco se hizo a sí misma.

Así que cualesquiera causas corporales o generativas que se apliquen para la procreación de los seres, ya sea por operación de los ángeles o de los hombres, o de cualesquiera animales, ya sea por la conjunción conyugal de varón y hembra, y cualesquiera deseos, pasiones y mociones del alma de la madre, pueden ser poderosos para

sembrar algunos lineamentos o colores en los tiernos y suaves embriones; pero a las mismas naturalezas que en su género se disponen de este o de aquel modo, no las hace sino el sumo Dios, cuyo oculto poder, como lo penetra todo con su inmutable presencia, hace que sea todo lo que en alguna manera tiene ser de cualquier manera, poco o mucho que le tenga; porque si el Señor no lo hiciera, no sólo no tuviera tal o tal ser, sino que del todo no pudiera ser. Por lo cual, si en aquella forma que los artífices dan exteriormente a las cosas corporales, decimos que las ciudades de Roma y Alejandría las fundaron, no los artífices y arquitectos, sino los reyes: a la una Rómulo, y a la otra Alejandro, con cuya voluntad, acuerdo y orden fueron edificadas; ¿con cuánta más razón no debemos admitir sino a Dios por autor y criador de las naturalezas, que es el que ni hace ser alguno de otra materia, sino de la que él mismo hizo y formó, ni tiene otros obreros sino los que él crió? Y si retirase su potencia fabricadora de las cosas, por decirlo así, no tendrán más ser que el que tuvieron antes que no fuesen ni existiesen. Antes, digo, en eternidad, no en tiempo; porque, ¿quién oro es el autor de los tiempos sino el que hizo todas las cosas, con cuyos movimientos alternativos corriesen los tiempos?

[24] Hierem., 23, 24.

[25] Sap., 8, 1.

[26] 1 Cor., 3, 7.

[27] 1 Cor., 15, 38.

[28] Hierem., 1, 5.

[29] Gen., 30, 37.

Capítulo XXVII

DE LA OPINIÓN DE LOS PLATÓNICOS, QUE PIENSAN QUE A LOS ÁNGELES LOS CRIÓ DIOS, PERO QUE LOS ÁNGELES SON LOS QUE CRÍAN LOS CUERPOS HUMANOS.

27 El filósofo Platón [30] quiso que los dioses menores que crió el sumo Dios fuesen hacedores de los demás animales, recibiendo del Señor la parte inmortal, y de ellos la mortal. Por lo cual estos dioses no eran criadores de nuestras almas, sino de los cuerpos. Y por cuanto Porfirio, por amor de la purificación del alma dice que debe huirse de todo lo que es cuerpo, opinando asimismo con su maestro Platón y con los demás platónicos que los que vivieren disoluta y torpemente vuelven a los cuerpos mortales para pagar sus penas (aunque Platón dice que también pasan a los cuerpos de las bestias, y Porfirio solamente a los de los hombres) síguese necesariamente que confiesen, que estos dioses a que ellos desean les tributemos adoración como a progenitores y autores nuestros, no son otra cosa que unos fabricadores y arquitectos de nuestras cadenas y cárceles, y no nuestros hacedores, sino crueles carceleros que nos encierran en miserables y horrendos calabozos, y nos ponen gravísimas e insufribles prisiones y cadenas. O desistan, pues, los platónicos de amenazarnos con las penas que resultan a las almas de estos cuerpos, o no nos prediquen que adoremos a los dioses cuyas obras que hacen en nosotros, ellos mismos nos exhortan a que las huyamos en cuanto pudiéremos y nos libremos de ellas, aunque lo uno y lo otro es falsísimo. Porque ni de esta suerte satisfacen las almas las penas que deben, tornando de nuevo a esta vida penal, ni hay otro autor y criador de todos los que viven así en el cielo como en la tierra, sino aquel que hizo el cielo y la tierra. Porque si no hay otra causa para vivir en este cuerpo mortal sino la de satisfacer a las merecidas penas por las culpas cometidas, ¿cómo dice el mismo Platón [31] que no pudo hacerse de otro modo el mundo tan perfectamente hermoso y bueno si no le llenara Dios de todo género de animales, esto es, de los

inmortales y mortales? Y si nuestra creación, por la que fuimos criados, aunque mortales, es don y beneficio divino, ¿cómo puede ser pena el volver a estos cuerpos, esto es, a los divinos beneficios? Y si Dios (lo que es muy común en la doctrina de Platón) tenía en su eterna inteligencia las ideas y especies, así como las del universo, así también las de todos los animales, ¿cómo no criaba él mismo todas las cosas? ¿Cómo no había de querer ser artífice de algunas, teniendo su inefable e inefablemente loable entendimiento arte para hacerlas?.

[30] Tim., 41, C.

[31] Tim., 92, B.

Capítulo XXVIII

QUE EN EL PRIMER HOMBRE NACIÓ TODA LA PLENITUD DEL LINAJE HUMANO, EN LA CUAL PREVIÓ DIOS LA PARTE QUE HABÍA DE SER HONRADA Y PREMIADA Y LA QUE HABÍA DE SER CONDENADA Y CASTIGADA.

28 Con razón la verdadera religión le reconoce y predica por autor y Criador del mundo y de todos los animales, esto es, de las almas y de los cuerpos. Y entre los terrenos y mortales hizo a su imagen y semejanza, por la causa que he insinuado, si acaso no hay otra más oculta, al hombre solamente, pero no le dejó solo. Porque no hay linaje de animal tan desavenido por sus vicios, ni tan sociable por su naturaleza como éste. Tampoco la humana naturaleza pudiera testificar más a propósito contra el vicio de la discordia, o para prevenir que no la hubiese, o para quitarla cuando la hubiese, que trayéndonos a la memoria aquel primer padre, a quien por eso quiso Dios criarle único, de quien se propagase la humana generación, para que con esta advertencia se viniese a conservar también entre muchos una concorde unión. Con haberle Dios formado una mujer, extrayéndola de su costado, nos dio a entender bien claro cuán amada y querida debe ser la unión del marido y la mujer. Y estas obras de Dios, por eso son extraordinarias e inusitadas, porque son primeras.

Y los que no las creen tampoco deben creer que Dios hizo estupendos y admirables prodigios, pues que ni éstos, si se efectuasen según el curso ordinario de la naturaleza, se llamarían prodigios. ¿Y qué cosa hay que se haga en vano bajo un gobierno tan soberano y arreglado de la Divina Providencia, aunque su causa no sea oculta y secreta? Por lo que dice el real profeta [32]: "Venid, y considerad las obras del Señor, los prodigios que hizo en tierra". La causa porque Dios hizo a la mujer del costado del varón, y lo que prefiguró éste, que en cierto modo podemos llamar primer prodigio, lo diré en otro lugar con el favor del Señor.

Y ahora, porque hemos de poner fin a este libro, consideremos cómo en el primer hombre, que ante todos fué criado, nacieron, aunque no según evidencia, sin embargo, según la presciencia de Dios, en el linaje humano dos compañías o congregaciones de hombres, como dos ciudades; porque de él habían de nacer, unos para venirse a juntar con los ángeles malos en las penas y tormentos, otros con los buenos en el premio eterno por oculto, pero justo juicio de Dios. Pues como dice la Sagrada Escritura [33]: "Estando todas las sendas y disposiciones del Señor llenas de misericordia y verdad", ni su gracia puede ser injusta, ni cruel su justicia.

[32] Ps., 45, 9.

[33] Ps., 24, 10.

LIBRO DECIMOTERCERO

LA MUERTE, PENA DEL PECADO DE ADÁN

Capítulo I

DE LA CAÍDA DEL PRIMER HOMBRE, POR QUIEN HEREDAMOS EL SER MORTALES.

1 Ya que hemos ventilado las escabrosas y difíciles cuestiones sobre el origen de nuestro siglo y del principio del humano linaje, parece exige el orden metódico que continuemos la disputa acerca de la caída del primer hombre, o por mejor decir, de los primeros hombres; y del origen y propagación de la muerte del hombre. Porque no crió Dios a los hombres de la misma condición que a los Angeles, que, aunque pecasen, no pudiesen morir; sino de tal condición, que, cumpliendo con la obligación de la obediencia, pudiesen alcanzar sin intervención de la muerte, la inmortalidad angélica y la eternidad bienaventurada, y siendo desobedientes incurriesen en pena de muerte por medio de una justísima condenación, como lo insinuamos ya en el libro anterior.

Capítulo II

DE LA MUERTE QUE PUEDE SUFRIR EL ALMA, LIBRE DEL CUERPO, Y DE AQUELLA A QUE ESTÁ SUJETA EL ALMA UNIDA AL CUERPO.

2 Paréceme llegado el momento de tratar con más exactitud y escrupulosidad de los dos géneros de muerte pues aunque con verdad se dice que el alma del hombre es inmortal, sin embargo, padece también su peculiar muerte. Se dice inmortal, porque en cierto modo nunca deja de vivir y sentir, y el cuerpo por eso es mortal, porque puede faltarle totalmente la vida, y por sí mismo no puede vivir de modo alguno. Así que la muerte del alma sucede cuando la desampara el Señor, así como la del cuerpo cuando la deja el alma; por lo cual la muerte del uno y del otro, esto es, de todo el hombre,

sucede cuando el alma, desamparada de Dios, desampara al cuerpo; porque así ni ella vive con Dios, ni el cuerpo con ella.

A esta muerte de todo el hombre se sigue aquella a quien la autoridad de la Sagrada Escritura [1] llama muerte segunda, la cual nos significó el Salvador cuando dice [2]: "Temed a aquel que tiene potestad para arrojar para siempre al cuerpo y al alma en el infierno", lo cual, como no acontece antes que el alma se haya juntado con el cuerpo, sino después, de modo que no haya fuerza que pueda ya dividirlos y apartarlos, puede causar admiración, que digamos, que el cuerpo muere, sin que le desampare el alma; antes sí, estando animado y sintiendo, muere atormentado. Porque en aquella pena última y eterna (de la cual trataremos cuando sea conducente en su respectivo lugar), muy bien puede decirse que muere el alma porque no vive con Dios; pero que muera el cuerpo, ¿cómo puede suceder, si vive con el alma? No podría de otra conformidad sentir los tormentos corporales que ha de sufrir después de la resurrección. ¿Diremos acaso que por cuanto la vida, cualquiera que sea, es un singular bien, y el dolor un mal, por eso tampoco debe decirse que vive el cuerpo donde el alma no es causa del vivir, sino de padecer con dolor? Así que vive el alma con Dios cuando vive bien, porque no puede vivir bien si no es obrando Dios en ella lo que es bueno; pero el cuerpo vive con el alma cuando el alma vive en el cuerpo, ya viva ella, ya no viva con Dios. Porque la vida de los impíos en los cuerpos no es vida de las almas, sino de los cuerpos, la cual les pueden dar las almas aunque estén difuntas, esto es, desamparadas de Dios, sin que las deje la propia vida, cualquiera que sea, por la cual son también inmortales. Mas en la última y final condenación, aunque el hombre no dejará de sentir, con todo, porque el mismo sentido ni será suave por el deleite, ni saludable por la quietud, sino penoso por el dolor, no sin razón la llaman mejor muerte que vida, y por lo mismo segunda, porque es después de la primera, con que se hace la división de las naturalezas que estaban juntas, ya sea de Dios y del alma, ya sea del alma y del cuerpo; así que de la primera muerte del cuerpo puede decirse que es

buena para los buenos, y mala para los malos; pero la segunda, sin duda que como no es de ningún bien, así para ninguno es buena.

[1] Apoc., 2, 11, 21, 8.

[2] Mt., 10, 28.

Capítulo III

SI LA MUERTE, QUE POR EL PECADO DE LOS PRIMEROS HOMBRES SE COMUNICÓ A TODOS LOS HOMBRES, ES TAMBIÉN EN LOS SANTOS PENA DEL PECADO.

3 Pero se ofrece una duda que no es razón omitir: si realmente la muerte, con que se dividen el alma y el cuerpo, es buena para los buenos [3]. Porque si es así, ¿cómo podrá defenderse que ella sea también pena del pecado? Pues no incurrieran en ella seguramente los primeros hombres si no pecaran; ¿y de qué manera podrá ser buena para los buenos la que no pudo suceder sino a los malos? Y, por otra parte, si no podía suceder sino a los malos, ya no podía ser buena para los buenos, antes no la debieran sufrir; ¿pues para qué había de haber pena donde no había que castigar? Por lo cual hemos de confesar que, aunque Dios crió a los primeros hombres de suerte que si no pecaran no incurrieran en ningún género de muerte, sin embargo, a éstos que primeramente pecaron, los condenó a muerte de modo que todo lo que naciese de su descendencia estuviese también sujeto al mismo castigo, puesto que no había de nacer de ellos otra cosa de lo que ellos habían sido. Pues la pena, según la gravedad de aquella culpa, empeoró la naturaleza de tal conformidad, que lo que precedió penalmente en los primeros hombres que pecaron, eso mismo siguiese como naturalmente en los demás que fuesen naciendo. Porque no se formó el hombre de otro hombre, así como se formó el hombre del polvo; pues el polvo, para hacer al hombre sirvió de materia, pero el hombre para engendrar al hombre sirvió de padre. Por lo tanto, no es la carne lo que es la tierra, aunque de la tierra se hizo la carne; mientras que lo que es el hombre padre, es

también el hombre hijo. Todo el linaje humano que se había de propagar por medio de la mujer en sus hijos y generación, existió en el primer hombre cuando los dos primeros casados recibieron la divina sentencia de su condenación; y lo que fué hecho el hombre, no cuando le crió Dios, sino cuando pecó y fué castigado, eso fué lo que engendró respecto al origen del pecado y de la muerte.

No quedó el hombre reducido con el pecado o con la pena a la ignorancia y debilidad del alma y cuerpo que observamos en los niños (que en esta ignorancia e imbecilidad quiso Dios que entrasen en la vida, como los hijos de las bestias, los tiernos hijos de los padres que había condenado a una vida y muerte propia de bestias, como lo dice la Sagrada Escritura: "El hombre, cuando vivía honrado en la justicia original, no entendió, no usó de la razón, y pecando, vino a ser semejante a las bestias que no tienen discurso ni razón, siendo mortal como ellas" [4]; y aun observamos en los niños, que en el uso y movimiento de sus miembros, y en el sentido de apetecer o evitar, son aún más débiles e indolentes que los más tiernos hijos de los demás animales, como si la virtud humana con tanta mayor excelencia se aventajase sobre todos los demás animales, cuanto más se detiene en dilatar su imperio, retirándole atrás como saeta cuando se estira el arco); así que no sólo cayó el primer hombre con aquella su ilícita y vana presunción, o le arrojaron y condenaron con justísimo decreto a la rudeza y flaqueza de niños, sino que la naturaleza humana quedó en él corrompida y mudada, de manera que padeciese en sus miembros la desobediencia y repugnancia de la concupiscencia, y quedase sujeta a la necesidad de morir, y así engendrase lo que vino a ser por su culpa y por la pena y castigo que en él hicieron, esto es, hijos sujetos al pecado y a la muerte. Y cuando los niños se libran de esta sujeción del pecado por la gracia de Jesucristo nuestro mediador y redentor, sólo pueden padecer la muerte que aparta y divide al alma del cuerpo, pero no pasan a aquella segunda de las penas eternas, porque están ya libres de la obligación del pecado.

[3] Acerca de esta cuestión se puede consultar San Jerónimo (Epístola 24. De obito Leae; y Epis. 25, ad Paulam super obitu Blesillae filiae).

[4] Ps., 48, 13.

Capítulo IV

POR QUÉ A LOS QUE ESTÁN ABSUELTOS DEL PECADO POR LA GRACIA DE LA REGENERACIÓN, NO LOS ABSUELVEN DE LA MUERTE, ESTO ES, DE LA PENA DEL PECADO.

4 Pero si alguno dudase creer que sufren también esta muerte, si ésta es asimismo pena del pecado, aquellos cuya culpa se perdonó por la gracia; ya está tratada y averiguada esta cuestión en otro libro que intitulé del Bautismo de los niños [5], donde dije que la causa porque quedaba al alma el haber de pasar por la experiencia de la separación del cuerpo, aunque estuviese absuelta del vínculo del pecado era porque si consiguientemente al sacramento de la regeneración se siguiera luego la inmortalidad del cuerpo, la misma fe perdiera su fuerza y vigor; la cual entonces es fe, cuando se aguarda con la esperanza lo que aun no se ve en la realidad. Y con la virtud y contraste de la fe en la edad madura habían de llegar a vencer los hombres el temor de la muerte, lo cual principalmente resplandeció en los santos mártires; pues de este contraste y lucha, no hubiera, sin duda, ni victoria ni gloria, porque tampoco pudiera haber este mismo contraste y batalla, si después de la regeneración y bautismo no pudieran los santos padecer muerte corporal. ¿Y quién habría que, con los pequeñuelos que se han de bautizar, no acudiese a la gracia de Jesucristo; principalmente por no apartarse y dividirse del cuerpo? No se estimaría, pues, la fe por el premio invisible; ni sería ya fe, hallando y recibiendo de contado el premio de sus fatigas.

Pero de esta otra conformidad con mucha mayor y más admirable ventaja de la gracia del Salvador, vemos la pena del pecado convertida en utilidad y aprovechamiento de la justicia; porque

entonces dijo Dios al hombre: "morirás si pecares", y ahora dice el mártir: "muere por que no peques"; entonces le dijo: "si quebrantaseis el mandamiento, moriréis de muerte"; ahora les dice: "si rehusareis la muerte, quebrantaréis el precepto". Lo que entonces debió ponerles freno y temor para no pecar, ahora lo deben admitir y abrazar para que no pequen; y de esta manera, por la inefable misericordia de Dios, la misma pena de los vicios se convierte y trueca en armas para la virtud, y viene a ser mérito del justo aun el castigo del pecador, porque entonces se ganó la muerte pecando, y ahora se cumple la justicia muriendo. Pero esto se entiende en los santos mártires, a quienes el tirano les propone una de dos, o que abjuren la fe o padezcan la muerte, porque los justos más quieren, creyendo, padecer lo que al principio, no creyendo, padecieron los pecadores; pues si éstos no pecaran no murieran; pero aquéllos pecarán si no mueren. Así que murieron aquéllos porque pecaron, éstos no pecan porque mueren; sucedió por culpa de aquellos que incurriesen en el castigo; sucede por la pena de éstos que no caigan en la culpa; no porque la muerte se haya convertido en cosa buena, siendo antes mala, sino porque Dios dio tanta gracia a la fe, que la muerte que, según es notorio, es contraria a la vida, se viniese a hacer instrumento por el cual se pudiese pasar a la vida.

[5] Se refiere a los tres libros de Peccat, Merit, et Remiss.

Capítulo V

QUE ASÍ COMO LOS PECADORES USAN MAL DE LA LEY, QUE ES BUENA, ASÍ LOS JUSTOS USAN BIEN DE LA MUERTE, QUE ES MALA.

5 Porque el apóstol, queriendo demostrar cuán poderoso era el pecado para causar males cuando falta la ayuda de la gracia, no dudó llamar a la misma ley que prohíbe el pecado, virtud del pecado [6]: "el aguijón, dice, o el arma con que mata la muerte es el pecado, y la ley es la virtud o potencia del pecado". Y con mucha verdad ciertamente, porque la prohibición acrecienta el deseo de la acción ilícita cuando

no amamos la justicia, de modo que con el gusto y deleite de ella venzamos el apetito de pecar. Y para que amemos y nos deleite la verdadera justicia, no nos ayuda y alienta sino la divina gracia. Pero porque no tuviésemos por mala a la ley, porque la llama virtud del pecado, por eso él mismo, tratando en otro lugar de esta cuestión, dice de esta manera [7]: "la ley sin duda es santa, y los mandamientos santos, justos y buenos; ¿luego lo que es bueno, me ha causado por sí la muerte? En manera alguna, sino el pecado, por manifestarse pecado, esto es, porque campease la grandeza de su impulso por medio del mismo bien, tomando ocasión de la ley, me obro y causó la muerte para mostrarse el pecado sobremanera pecador, esto es, para manifestar todo su veneno y la inmensidad de su malicia". Sobremanera, dijo, porque también se añade pecado cuando habiendo aumentado en sí el apetito de pecar, se desprecia también la misma ley. Pero ¿a qué fin hemos dicho esto? Para que veamos que así como la ley no es mala cuando acrecienta el apetito de los que pecan, así tampoco la muerte es buena cuando aumenta la gloria de los que padecen; cuando la ley se deja por el pecado y forma prevaricadores y transgresores, o cuando la muerte se recibe por la verdad, y hace mártires; y por eso la ley, aunque es buena porque prohíbe el pecado, y la muerte es mala porque es la paga, recompensa y premio del pecado, sin embargo, así como los malos y pecadores usan mal, no sólo de las cosas malas, sino también de las buenas, así los buenos y justos usan bien, no solamente de las buenas, sino también de las malas; de donde dimana que los malos usan mal de la ley aunque la ley sea buena, y que los buenos mueren bien aunque la muerte sea mala.

[6] 1 Cor., 15, 56.

[7] Rom., 7, 12, sig.

Capítulo VI

DEL MAL GENERAL DE LA MUERTE, CON QUE SE DIVIDE LA SOCIEDAD DEL ALMA Y DEL CUERPO.

6 Por lo cual, en cuanto toca a la muerte del cuerpo, esto es, a la separación del alma del cuerpo, cuando la padecen los que decimos que mueren, para ninguno es buena, porque el mismo impulso con que se separa lo uno y lo otro, que estaba en el viviente unido y trabado, tiene un sentimiento áspero y contrario a la naturaleza en tanto que dura hasta que se extinga y pierda todo el sentido que resultaba de la misma unión del alma y del cuerpo. Toda esta molestia a veces la ataja un golpe en el cuerpo o un trastorno del alma, y no permite que se sienta, con la presteza; pero todo aquello que, en los que mueren con grave sentimiento quita el sentido, sufriéndole piadosa y fielmente, acrecienta el mérito de la paciencia, mas no la quita el nombre de pena. Y así, siendo la muerte sin duda, por la descendencia continuada desde el primer hombre, una pena del que nace, con todo, si se emplea por la piedad y justicia, viene a ser gloria del que renace; y siendo la muerte retribución y recompensa del pecado, a veces impetra y alcanza que no se dé castigo al pecado.

Capítulo VII

DE LA MUERTE QUE PADECEN POR LA CONFESIÓN DE JESUCRISTO LOS QUE NO ESTÁN BAUTIZADOS.

7 Todos aquellos que sin haber recibido el agua de la regeneración mueren por la confesión de Jesucristo, les vale ésta tanto para obtener la remisión de sus pecados, como si se lavasen en la fuente santa del bautismo; pues si dijo Jesucristo [8]: :que el que no renaciere con el agua y con el Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos", en otro lugar le eximió, cuando con expresiones no menos generales, dijo [9]: "al que me confesare delante de los hombres le confesaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos"; y en otra parte [10]: "el que perdiere por mí su vida, ése la hallará". Por eso dice el real

profeta [11]: "que es preciosa en los ojos del Señor la muerte de los santos". ¿Pues qué objeto más precisos y estimable que la muerte, por la que consigue el hombre que se le perdonen todos sus pecados y se le acrecienten más colmadamente los merecimientos? Porque no participan de un mérito tan relevante los que, no pudiendo diferir la muerte, se bautizaron y pasaron de esta vida remitidos todos sus pecados, como le gozan los que, pudiendo dilatar la muerte, no la difirieron, porque más quisieron confesando a Jesucristo acabar esta vida mortal, que, negándole, conseguir su bautismo. El cual seguramente si lo recibieran, también se les perdonara en aquel admirable lavatorio el pecado con que, por temor de la muerte, negaron a Jesucristo; pues en el mismo lavatorio se les perdonó igualmente aquel tan enorme crimen a los que crucificaran a Jesucristo. ¿pero cómo, sino con la abundancia de la gracia de aquel soberano espíritu, que donde quiere inspira >12>, pudieran amar tanto al Salvador, que en el peligro tan inminente de la vida, pudiendo, con negarle, alcanzar el perdón, no quisieran hacerlo? Así que la preciosa muerte de los santos (a quienes adelantadamente con tanta gracia se les comunicó la muerte de Jesucristo, que para alcanzarle y gozar de él no dudaron emplear y dar voluntariamente su vida), demostró bien llanamente que lo que antes estaba puesto para castigo del que pecase, se había ya convertido en instrumento de donde naciese al hombre más copioso y abundante el fruto de la justicia. Así, pues, la muerte no debe parecer buena porque la veamos transformada en una utilidad tan considerable, no por virtud suya, sino por la divina gracia, la cual determina que la que entonces se propuso por terror y freno para que no pecaran, ahora se proponga que la padezcan para que no se cometa pecado; y para que el cometido se perdone y se conceda a tan plausible victoria la debida palma de la justicia.

[8] Io., 3, 5.

[9] Mt., 10, 32.

[10] Mt., 16, 25.
[11] Ps., 115, 15.
[12] Io., 3, 8.

Capítulo VIII

QUE EN LOS SANTOS, LA PRIMERA MUERTE QUE PADECIERON POR LA VERDAD FUÉ ABSOLUCIÓN DE LA SEGUNDA MUERTE.

8 Si reflexionamos con más atención, cuando uno muere fiel y loablemente por la verdad, también huye de la muerte, pues padece algún tanto de ella, porque no se le apodere toda y llegue juntamente la segunda, que jamás se acaba. Sufre que le separen el alma del cuerpo, para que no se aparte ésta del cuerpo cuando Dios se encuentre apartado del alma; y cumplida la primera muerte de todo hombre, venga a caer en la segunda y eterna. Por lo cual la muerte, como insinué, cuando la padecen los que mueren y hace en ellos que mueran, para ninguno es buena; pero se sufre loablemente por conservar o alcanzar el sumo bien. Mas cuando están en ella los que se llaman ya muertos, no sin motivo se dice que para los malos es mala, y para los buenos, buena; porque las almas de los justos, separadas de sus cuerpos, están ya en descanso, y las de los impíos están satisfaciendo sus debidas penas, hasta que los cuerpos de las unas resuciten para la vida eterna, y los de las otras para la muerte eterna, que se llama segunda.

Capítulo IX

SI EL TIEMPO DE LA MUERTE EN QUE PIERDEN LOS QUE MUEREN EL SENTIDO DE LA VIDA, SE HA DE DECIR QUE ESTÁ EN LOS MUERTOS.

9 Pero ¿cómo hemos de llamar aquel tiempo en que las almas, separadas de sus cuerpos, están, o participando del sumo bien, o padeciendo el mayor mal? ¿Diremos que es el momento mismo de la muerte, o el tiempo que sigue después de la muerte? Porque si es después de la muerte, ya no es la misma muerte, que ya ha pasado,

sino la vida presente del alma que sigue inmediatamente, o buena o mala. Pues la muerte entonces les era mala, cuando ella existía, esto es, cuando la padecían los que morían, por serles grave y molesto lo que sentían; y de este mal y penalidad usan bien y se aprovechan los buenos. Pero la muerte que ya ha pasado, ¿cómo puede ser, o buena o mala, supuesto que ya no es? Y si todavía quisiéramos considerarlo con más escrupulosidad, advertiremos que no será muerte la que dijimos que sentían grave y molesta los que morían; porque entre tanto que sienten, aún viven, y si todavía viven, mejor diremos que están o existen antes de la muerte, que no en la muerte; porque cuando ésta llega quita todo el sentido, el cual, aproximándose la muerte, es penoso y molesto al cuerpo. Por lo mismo es difícil declarar, cómo decimos que mueren o están en la muerte los que aún no están muertos, sino que acercándose ya la muerte, están padeciendo una extrema y mortal aflicción; aunque de éstos digamos con propiedad que se están muriendo: mas cuando llega la muerte que los amenaza, ya no decimos que se mueren, sino que están muertos. Todos los que están muriendo están vivos, porque el que se halla en el último período de la vida, como están, según decimos, los que se encuentran ya dando el alma, mientras no carecen de alma, todavía viven. Luego juntamente uno mismo es el que está muriendo y el que vive, aunque se va acercando a la muerte y apartándose de la vida, pero todavía con la vida, porque reside el alma en el cuerpo; y aún no está en la muerte, porque aún no se ha despedido del cuerpo. Y si cuando se ha despedido ya tampoco está entonces en la muerte, sino después de la muerte, ¿quién podrá decir cuándo está en la muerte? Porque tampoco habrá alguno que esté muriendo y viviendo, pues entretanto que está el alma en el cuerpo, no podemos negar que vive. Y si es mejor decir que está muriendo aquel en cuyo cuerpo ya empieza a mostrarse la muerte, y nadie puede juntamente estar viviendo y muriendo, no sé cuándo diremos que está viviendo.

Capítulo X

SI LA VIDA DE LOS MORTALES DEBE LLAMARSE MEJOR MUERTE QUE VIDA.

10 Porque desde el momento que el hombre comienza a existir y residir en este cuerpo mortal que ha de morir [13], no puede evitar que venga sobre él la muerte, pues lo que hace su mutabilidad en todo el tiempo de la vida mortal (si es que debe llamarse vida) es que se acabe por llegar a la muerte. No hay alguno que no esté más próximo a ella al fin del año que lo estaba antes del principio del año, y más cercano mañana que hoy, y más hoy que ayer, y más poco después que ahora, y más ahora que poco antes; porque todo el tiempo que vamos viviendo lo desfalcamos del espacio de la vida, cada día se va disminuyendo más y más lo que resta; de manera que no viene a ser otra cosa el tiempo de esta vida que una precipitada carrera a la muerte, donde a ninguno se permite ni parar un solo instante, ni caminar con paso alguno más tardo, sino que a todos los lleva un igual movimiento; ni les obliga a que caminen con diferente paso, porque el que tuvo vida más breve no pasó más aprisa sus días que el que la disfrutó más larga, sino que, como al uno y al otro les fueron arrebatando igualmente unos mismos momentos, el uno tuvo más cerca y el otro más distante el término adonde ambos corrían con una misma velocidad; y una cosa es el haber andado más camino y otra el haber caminado con paso más lento.

Así que, el que consume más dilatados espacios de tiempo hasta llegar a la muerte, no camina más lentamente, sino que anda más camino. Y si desde aquella hora principia cada uno a morir, esto es, a estar en la muerte, desde que comenzó en él a hacerse la misma muerte, es decir, desde que empezó a desfalcársele la vida (porque en concluyendo de desfalcarla estará ya después de la muerte, y no en la muerte) sin duda que desde la hora que comienza a estar en este cuerpo está en la muerte; porque ¿qué otra cosa se hace todos los días, horas y momentos, hasta que, consumida aquella muerte que se

iba fabricando, se cumpla y acabe, y principie ya a ser después de la muerte el tiempo, que cuando ya se iba desfalcando la vida estaba en la muerte? Luego nunca se halla el hombre en la vida desde la hora que está en el cuerpo, y aún le podemos decir más muerto que vivo, puesto que juntamente no puede estar en la vida y en la muerte. ¿O acaso diremos que está juntamente en la vida y en la muerte; en la vida porque vive hasta que se le desfalque toda, y en la muerte porque ya muere cuando se le defrauda la vida? porque si no está en la vida, ¿qué es lo que se le desfalca hasta que se consuma del todo? Y si no está en la muerte, ¿qué es aquello que se le desfalca y quita de la vida? No en vano, en habiendo faltado toda vida al cuerpo, decimos que ya es después de la muerte, sino porque estaba en la muerte cuando se le desfalcaba. Porque si acabado de desfalcar, el hombre no está en la muerte, sino después de la muerte, ¿cuándo, sino cuando se desfalca, estará en la muerte?

[13] Gran parte de las cosas que se dicen en este capítulo están tomadas de diversos pasajes de Séneca.

Capítulo XI

SI PUEDE UNO JUNTAMENTE ESTAR VIVO Y MUERTO.

11 Y si es un absurdo el decir que el hombre antes que llegue a la muerte está ya en la muerte (porque ¿a qué muerte diremos que se va acercando cuando va cumpliendo los días de su vida, o si ya está en ella?), especialmente que es cosa muy dura y extraordinaria el que se diga que a un mismo tiempo está viviendo y muriendo, puesto que no puede estar en un solo instante velando y durmiendo; resta saber cuándo estará muriendo. Porque antes que venga la muerte no está muriendo, sino viviendo, y cuando hubiere ya venido estará muerto, y no muriendo. Así que aquello es todavía antes de la muerte, y esto ya después de la muerte. ¿Cuándo, pues, está en la muerte? Porque entonces está muriendo; pues así como son tres cosas cuando decimos: antes de la muerte, en la muerte y después de la muerte, así

a cada una de éstas acomodamos otras tres, a cada una la suya cuando está viviendo, muriendo y muerto. ¿Cuándo diremos que estará muriendo, esto es, en la muerte, adonde ni esté viviendo, que es antes de la muerte; ni muerto, que es después de la muerte; sino muriendo, que es en la muerte? Con gran dificultad puede determinarse, porque entre tanto que reside el alma en el cuerpo, principalmente si está con sus sentidos, sin duda que vive el hombre, que consta de alma y cuerpo, y, por consiguiente, hemos de decir que todavía es antes de la muerte, y no en la muerte; y cuando se hubiere partido el alma y quitado todo el sentido del cuerpo, ya decimos que es después de la muerte, y que está muerto. Desaparece, pues, entre lo uno y lo otro; cuándo está muriendo o en la muerte; porque si todavía vive es antes de la muerte, y si dejó de vivir ya es después de la muerte. Así que nunca puede entenderse y comprenderse cuándo esté muriendo o en la muerte.

Así también en el discurso del tiempo buscamos el presente y no le hallamos, porque no tiene espacio alguno aquello por donde se pasa del futuro al pretérito. Pero conviene fijar la atención bastante para que no vengamos de esta manera a decir que no hay muerte alguna del cuerpo. Porque si la hay, ¿cuándo es, pues, ella no puede estar en nadie, ni alguno en ella? Cuando se vive, aún todavía no está, porque esto es antes de la muerte, y no en la muerte; y si se dejó de vivir, ya no está, porque también esto es ya después de la muerte, y no en la muerte. Y por otra parte, si no hay muerte alguna antes o después, ¿qué es lo que llamamos antes de la muerte o después de la muerte? Porque también lo diremos vanamente, si no hay muerte alguna. Y pluguiera a Dios que, viviendo bien en el Paraíso, hubiéramos hecho que en realidad de verdad no la hubiera; pero ahora no sólo la hay, sino que también la que hay es tan molesta, que en ninguna manera tenemos palabras para explicarla ni traza alguna para excusarla. Hablemos, pues, conforme al uso y a la costumbre, porque no es razón que hablemos de otro modo, y digamos antes de la muerte primero que suceda la muerte, como lo dice la Sagrada

Escritura: "Antes de la muerte [14] no alabes a ningún hombre". Digamos también cuando sucediere: después de la muerte de fulano o de zutano, sucedió esto o aquello; digamos también del tiempo presente como pudiéremos, así como cuando decimos: muriendo fulano hizo testamento, y muriendo dejó esto y aquello a fulano y a zutano, aunque esto en ninguna manera lo pudo hacer nadie sino viviendo, y lo hizo antes de la muerte, y no en la muerte. Raciocinemos también, como lo hace la Escritura, que sin escrúpulo alguno llama también muertos, no a los que se hallan después de la muerte, sino en la muerte; y así dice el real Profeta [15]: "Porque en la muerte no hay quien se acuerde de ti". Pues hasta que vivan y resuciten se dice muy bien que están en la muerte, como decimos que está uno metido en el sueño hasta que despierta; aunque a los que están en el sueño decimos que están durmiendo; con todo, no podemos decir del mismo modo a los que ya han muerto que están muriendo. Porque no mueren todavía los que, respecto a la muerte del cuerpo, de que tratamos ahora, están ya separados de los cuerpos. Esto es lo que dije que no se podía explicar con palabras; ¿cómo a los que mueren decimos que viven, o cómo a los que ya han muerto, aun después de la muerte todavía decimos que están en la muerte? Porque ¿cómo se hallan después de la muerte, si aún están en la muerte, principalmente no pudiendo decir que están muriendo? Como a los que están en el sueño decimos que están durmiendo; y a los que en el trabajo, trabajando; y a los que en la pena, penando; y a los que en la vida, viviendo. Pero a los muertos, antes que resuciten, decimos que están en la muerte; y, sin embargo, no podemos decir que están muriendo.

Por lo cual muy a propósito, y no sin que le cuadre, me parece que sucedió (cuando no fuese por industria humana, quizá por juicio divino) que este verbo moritur, que es morir, en el idioma latino no le pudieron declinar los gramáticos por la regla que suelen declinarse sus semejantes. Porque del verbo oritur se deriva el pretérito ortus est, y otros semejantes que se declinan por los participios del tiempo

pretérito; pero del verbo moritur, si preguntásemos el tiempo pretérito, responderán mortuus est, duplicando la letra u. Porque así decimos mortuus, como fatuus, arduus, conspícuus, y otros tales que no son del tiempo pretérito, sino que, como sus nombres, se declinan sin tiempo. Mas como para que se decline lo que no puede declinarse, pónese y constitúyese un nombre por participio del tiempo pretérito. Sucedió, pues, muy bien, que así como aquello que significa no se puede evitar en la realidad, así el mismo verbo no puede declinarse, hablando [16]. Podemos, sin embargo, con el auxilio y gracia de nuestro Redentor, a lo menos declinar la muerte segunda. Porque ésta es la más grave y el colmo de todos los males, la cual sucede, no por la división del alma y del cuerpo, sino con la unión de ambos para la pena eterna. En ésta, por el contrario, no estarán los hombres antes de la muerte, ni después de la muerte, sino que siempre se hallarán en la muerte; y, por consiguiente, nunca viviendo, ni jamás muertos, sino muriendo sin fin. Pues nunca le sucederá al hombre peor en la muerte que en donde habrá la misma muerte sin muerte.

[14] Eccli., 11, 30.

[15] Ps., 6, 6.

[16] Juega con la palabra latina declinari. En la realidad _ dice _, no se puede evitar; hablando no se puede declinar; pues ambos sentidos puede darse a tal palabra.

Capítulo XII

CON QUÉ GÉNERO DE MUERTE AMENAZÓ DIOS A LOS PRIMEROS HOMBRES, SI QUEBRANTASEN SU MANDAMIENTO.

12 Cuando se pregunta ¿con qué especie de muerte amenazó Dios a los primeros hombres si quebrantaban el mandamiento que les puso, y si no le guardaban obediencia, si con la del alma o la del cuerpo, o con la de todo el hombre, o con la que se dice segunda? Responderemos que con todas. Porque la primera consta de las dos, y la segunda totalmente de todas. Pues así como toda la tierra consta de

muchas tierras y toda la Iglesia de muchas iglesias, así toda la muerte de todas. Porque la primera consta de las dos: de la del alma, y de la del cuerpo; de manera, que la primera sea muerte de todo el hombre, cuando el alma sin Dios y sin cuerpo paga por cierto tiempo sus penas; en la segunda queda el alma sin Dios y con el cuerpo, y satisface las penas eternas. Así que, cuando Dios dijo al primer hombre, a quien colocó en el Paraíso, acerca del manjar que le mandaba no comiese: "El día que comiereis de él moriréis de muerte"; no sólo comprendió aquella amenaza la primera parte de la primera muerte, donde el alma queda privada de Dios; ni sola la última, donde el cuerpo queda privado del alma; ni tampoco solamente toda la primera, donde el alma padece sus penas separadas de Dios y del cuerpo, sino que comprendió todo lo que hay de muerte hasta la última, que se llama la segunda, después de la cual no hay otra que la suceda.

Capítulo XIII

CUÁL FUÉ EL PRIMER CASTIGO DE LA CULPA DE LOS PRIMEROS HOMBRES.

13 Apenas quebrantaron nuestros primeros padres el precepto, cuando los desamparó luego la divina gracia y quedaron confusos y avergonzados de ver la desnudez de sus cuerpos. Y así, con las hojas de higuera que fueron acaso las primeras que estando turbados, hallaron a mano, cubrieron sus partes vergonzosas, que antes, aunque eran los mismos miembros, no les causaban vergüenza. Sintieron, pues, un nuevo movimiento de su carne desobediente como una pena recíproca de su desobediencia. Porque ya el alma que se había deleitado y usado mal de su propia libertad, y se había desdeñado de obedecer a Dios, la iba dejando la obediencia que le solía guardar el cuerpo, y porque con su propia voluntad y albedrío desamparó al Señor, que era superior; al criado, que era su inferior, no le tenía a su albedrío, ni del todo tenía ya sujeta la carne como siempre la pudo

tener, si perseverara ella guardando la obediencia y subordinación a su Dios. Entonces, pues, la carne comenzó a desear contra el espíritu [17], y con esta batalla y lucha nacimos, trayendo con nosotros el origen de la muerte, y trayendo en nuestros miembros y en la naturaleza viciada y corrompida la guerra continuada con ella o la victoria contra el primer pecado.

[17] Gal., 5, 17.

Capítulo XIV

DE LAS CUALIDADES CON QUE CRIÓ DIOS AL HOMBRE Y EN LA DESVENTURA QUE CAYÓ POR EL ALBEDRÍO DE SU VOLUNTAD.

14 Dios crió al hombre recto, como verdadero autor de las naturalezas, y no de los vicios; pero como éste se depravó de su propia voluntad, y por ello fué justamente condenado, engendró asimismo hijos malvados y condenados. Puesto que todos nos representamos en aquel uno, cuando todos fuimos aquel uno que por la mujer cayó en el pecado, la cual fué formada de él antes del pecado. Aún no había criado y distribuido Dios particularmente la forma en que cada uno habíamos de vivir; pero existía ya la naturaleza seminal y fecunda de donde habíamos de nacer; de modo que estando ésta corrupta y viciada por causa del pecado, obligada al vínculo de la muerte y justamente condenada, no podía nacer del hombre otro hombre que fuese de distinta condición. Y así del mal uso del libre albedrío nació el progreso y fomento de esta calamidad, la cual desde su origen y principio depravado, como de una raíz corrompida, trae al linaje humano con la trabazón de las miserias hasta el abismo de la muerte segunda que no tiene fin, a excepción de los que se escapan y libertan por beneficio de la divina gracia.

Capítulo XV

QUE PECANDO ADÁN, PRIMERO DEJÓ ÉL A DIOS, QUE DIOS LE DEJASE A ÉL, Y QUE LA PRIMERA MUERTE DEL ALMA FUÉ EL HABERSE APARTADO DE DIOS.

15 Por lo cual cuando les dijo Dios morte moriemini, moriréis de muerte, ya que no dijo de muertes, si quisiéremos entender sólo aquella que sucede cuando el alma queda desamparada de su vida, que para ella es Dios (que no la desamparó para que ella desamparase, sino que fué desamparada por haberle desamparado; pues para el daño suyo primero es su voluntad, mientras para su bien primero es la voluntad de su Criador; así para criarla cuando no era, como para restaurarla y redimirla cuando, pecando, se perdió); por ello decimos que Dios les amenazó y denunció esta muerte al decir [18]: :El día que comiereis de él moriréis de muerte"; como si dijera: "El día que me dejareis por la desobediencia, os desampararé por la justicia"; y sin duda que en aquella muerte les amenazó y notificó también las demás que infaliblemente se habían de seguir de ella. Porque cuando nació en la carne del alma desobediente el movimiento rebelde y desobediente, por el cual cubrieron sus partes vergonzosas, entonces sintieron la primera muerte con que desamparó Dios al alma. Esta la significaron aquellas palabras cuando escondiéndose el hombre despavorido de miedo le dijo Dios [19]: "Adán, ¿dónde estás?" No como quien le busca por ignorar dónde estaba, sino por advertirle con la reprensión, que considerase dónde estaba al no estar Dios con él. Pero cuando la misma alma viene ya a desamparar al cuerpo menoscabado por la edad y deshecho por la senectud, sucede la otra muerte, de la cual dijo Dios al hombre, procediendo todavía contra el pecado [20]: "Tierra eres y a la tierra volverás", para que con estas dos se acabase de cumplir aquella primera muerte que es la de todo hombre, tras la cual se sigue al último la segunda, si no se escapa y libra el hombre por el beneficio de la divina gracia. Porque el cuerpo, que es de tierra, no volviera a la

tierra si no fuera por su muerte, la cual le sucede cuando le desampara su vida, esto es, su alma. Y así consta entre los cristianos que tienen la verdadera fe católica, que tampoco la muerte del cuerpo nos vino por ley de la naturaleza, porque en ella no dio Dios muerte alguna al hombre, sino que nos la dio en pena y castigo del pecado; pues castigando Dios el pecado dijo al hombre, en quien entonces estábamos comprendidos todos: "Tierra eres, y a la tierra volverás".

[18] Gen., 2, 17.

[19] Gen., 3, 9.

[20] Gen., 3, 19.

Capítulo XVI

DE LOS FILÓSOFOS QUE OPINAN QUE LA SEPARACIÓN DEL ALMA Y DEL CUERPO NO ES POR PENA O CASTIGO DEL PECADO DE DESOBEDIENCIA.

16 Pero los filósofos, de cuyas calumnias procuramos defender la Ciudad de Dios, esto es, su Iglesia, se ríen y mofan de lo que decimos, que la división y separación que hace el alma del cuerpo, se debe numerar entre sus penas; porque, efectivamente, ellos sostienen que viene a ser perfectamente bienaventurada, quedando, despojada íntegramente de todo lo que es cuerpo, simple, sola, y en cierto modo desnuda vuelve a Dios. En lo cual, si no hallara en la doctrina de los mismos filósofos fundamentos con que refutar esta opinión, más prolijidad hubiera de costarme el demostrarles que el cuerpo no es trabajoso y pesado al alma, sino solamente el cuerpo corruptible. Esto mismo quiso decir el sabio (cuyo testimonio citamos en el libro precedente [21] cuando dijo "que el cuerpo corruptible es el que agrava al alma" [22]; pues añadiendo esta voz, corruptible, dice que agrava al alma, no cualquier cuerpo, sino el que hizo el pecado, con las cualidades que se le siguieron con el castigo; y aun cuando esto no lo añadiera, no deberíamos entender otra cosa.

Pero confesando con toda claridad Platón que los dioses hechos y formados por mano del sumo Dios tienen cuerpos inmortales; y añadiendo que el mismo Dios que los crió los prometió por singular beneficio el que hará que vivan eternamente con sus cuerpos, y que con ninguna especie de muerte se separen de ellos, ¿por qué nuestros adversarios, por solo el hecho de perseguir la fe cristiana fingen ignorar lo que saben, contradiciéndose a sí mismos, por no dejar de contradecirnos? Estas son las palabras de Platón como las refiere Cicerón en latín; introduciendo al sumo Dios, hablando y diciendo a los dioses que crió [23]: "Vosotros, que nacisteis por generación de los dioses, atended que las obras que yo he hecho son indisolubles a mi albedrío, aunque todo lo que está ligado se puede disolver; pero no es bueno disolver lo que está atado con discreción. Porque habéis nacido, no podéis ser inmortales e indisolubles; no obstante, jamás os disolveréis, ni hado alguno de muerte os quitará la vida, ni será más poderoso que mi ideal y voluntad, que es vínculo mayor y más fuerte para vuestra perpetuidad, que el hado a que quedasteis obligado cuando principió vuestra generación". Y ved aquí cómo Platón dice que los dioses, por la mezcla del cuerpo y del alma, son mortales, y que, sin embargo, son inmortales por la voluntad del Dios que los hizo. Luego si es pena del alma el residir en cualquier cuerpo, ¿por qué hablándoles Dios como temerosos de que se les entrase casualmente la muerte por sus puertas, esto es, de que se separasen del cuerpo, les asegura de su inmortalidad, no por su naturaleza, que es compuesta, y no simple, sino por su invicta voluntad con que puede hacer que ni lo engendrado se corrompa, ni lo compuesto se resuelva, sino que perseveren incorruptibles? Y si es verdad o no lo que en este particular dice Platón de las estrellas, es otra cuestión; porque no hemos de concederle incontinente que estos globos resplandecientes o estas estrellas que con su luz corpórea alumbran o de día o de noche la tierra, viven con sus almas propias, y éstas intelectuales y bienaventuradas; lo cual asimismo constantemente afirma del mismo mundo, como de un animal inmenso donde se

contienen todos los demás animales [24]. Pero ésta (como llevo insinuado) es otra cuestión, la cual, no tratamos por ahora de averiguar; sólo quise insinuarla para refutar a los que se glorían de ser llamados platónicos, o quieren seguir su doctrina, y por la vanidad y soberbia de este nombre se ruborizan de ser cristianos, porque tomando el apellido común como el vulgo, no se les disminuya y apoque el de los del palio filosófico [25], que viene a ser tanto más vano cuanto es menor el número que se halla de ellos; y buscando que tachar y reprender en la cristiana doctrina, dan contra la eternidad de los cuerpos, como si fuera entre sí contradictorio el que indaguemos la bienaventuranza del alma y queramos que ésta esté siempre en el cuerpo, como encerrada en una molesta y miserable prisión; confesando su jefe y maestro Platón que es merced y beneficio que el sumo Dios hizo a los dioses formados de su mano que nunca mueran, esto es, que nunca se separen y dividan de los cuerpos con que una vez los juntó.

[21] Cp. 15.

[22] Sap., 9, 15.

[23] El opúsculo de Cicerón titulado de Universitate es parte del Timeo, de Platón. Ti., p. 41, A.

[24] Esta opinión se lee a cada paso en el Timeo, de Platón; San Agustín nunca se atrevió a dar su parecer sobre esta cuestión, pues advertía que Orígenes siguió la opinión de su maestro Platón e hizo que la abrazasen sujetos muy versados en la filosofía.

[25] La toga de los romanos equivalía al palio de los griegos. Estos, cuando querían ser tenidos por sabios o filósofos, vestían el palio, el cual se confería a los más señalados en el porte, en las sanas costumbres y en erudición.

Capítulo XVII

CONTRA LOS QUE DICEN QUE LOS CUERPOS TERRENOS NO PUEDEN HACERSE INCORRUPTIBLES Y ETERNOS.

17 Pretenden también estos filósofos que los cuerpos terrestres no pueden ser eternos, sosteniendo, por otra parte, que toda la tierra es miembro de su Dios, aunque no del sumo, sino del grande, esto es, de todo el mundo visible y sempiternos. Habiéndoles, pues, criado aquel Dios sumo, a otro que ellos imaginan que es Dios, esto es, a este mundo, digno de preferirse a todos los demás dioses que están debajo de él; y defendiendo que este mismo es animal, es a saber, adornado del alma, según dicen racional o intelectual, encerrada en la inmensa máquina de su cuerpo; y habiendo puesto los cuatro elementos como miembros de su cuerpo, dispuestos y ordenados en sus respectivos lugares (cuya trabazón y composición, porque jamás se les muera un Dios tan grande, sostienen que es indisoluble y eterna), ¿qué razón hay para que en el cuerpo de este animal mayor, la tierra, como medio de sus miembros, sea eterna, y los cuerpos de los otros animales terrestres no puedan ser eternos, si Dios quiere que lo sean como aquél? Pero dirán que la tierra debe volver a la tierra, de la que se compusieron y formaron los cuerpos terrestres de los animales, por lo cual sucede _ dicen _ que necesariamente se disuelvan y mueran, y que de este modo se restituyan a la tierra estable y eterna, de donde fueron sacados. Si alguno afirmase esta doctrina respecto al fuego, y dijere que han de volver al fuego los cuerpos que se tomaron de él para formar los animales celestes, ¿acaso no viene a destruirse con la violencia de esta doctrina la inmortalidad que a semejantes dioses, como por boca del sumo Dios les prometió Platón? ¿O dirán por ventura que esto no será así en los animales celestes, porque Dios no lo quiere, a cuya voluntad, como insinúa Platón, ninguna fuerza es superior? ¿Por qué causa no podrá hacer Dios esto mismo de los cuerpos terrestres?; supuesto que confiesa Platón que Dios es poderoso para hacer que las cosas que tienen ser por generación no

mueran; que las que son compuestas no se disuelvan; que las que se tomaron de los elementos no vuelvan a ellos, y que las almas residentes en los cuerpos jamás los desamparen, gozando con ellos de la inmortalidad y de la eterna bienaventuranza. ¿Por qué motivo no será bastante poderoso para que tampoco mueran los terrestres? ¿O acaso no es tan poderoso Dios como creen los cristianos, sino cuanto quieren los platónicos? Porque, en efecto, ¿pudieron los filósofos, y no pudieron los profetas tener exacta noticia de la voluntad y poder de Dios, siendo antes al contrario, que a los santos profetas los iluminó y enseñó el divino espíritu, para que manifestasen y publicasen su voluntad, en cuanto les concedió facultad para ello, y que a los filósofos, en tener noticia de ella los engañó la humana confianza?

Pero no fuera razón que se engañaran tanto, no sólo dejándose llevar de la ignorancia, sino también de la obstinación; de modo que se contradicen claramente a sí mismos con grandes y prolijas disputas, afirmando, por una parte, que el alma, para que sea bienaventurada, no sólo debe huir del cuerpo terreno, sino de todo género de cuerpo, y asegurando, por otra, que los dioses disfrutan de almas beatísimas, y que, sin embargo, las tienen en cuerpos eternos, aunque los celestiales en cuerpos ígneos; y que el alma del mismo Júpiter, que quieren que sea este mundo, está contenida o encerrada por todos los elementos corpóreos de que consta toda esta máquina, principiando desde la tierra hasta el cielo. Por cuanto esta alma imagina Platón que se difunde y extiende por números músicos [26], desde el íntimo medio de la tierra, que los geómetras llaman centro, hasta las últimas y extremas partes del cielo; de suerte que este mundo sea un animal inmenso, beatísimo y eterno, cuya alma, por una parte, tenga perfecta felicidad de sabiduría, no desamparando su propio cuerpo, y por otra que este su cuerpo viva por ella eternamente, y que, sin embargo, de no ser simple, sino compuesto de tantos y tan grandes cuerpos, no por eso la puede embotar y entorpecer. Permitiendo toda esta licencia a sus imaginaciones y

sospechas, ¿por qué no quieren creer que, por la divina voluntad y poder, pueden los cuerpos terrenos venir a ser inmortales, donde las almas, sin separarse de ellos con ninguna especie de muerte, sin gravamen ni apego a ellos, vivan eterna y felizmente; así como aseguran que pueden vivir sus dioses en los cuerpos ígneos, y el mismo Júpiter, rey monarca de todos los números, en todos los elementos corpóreos? Porque si el alma, para ser bienaventurada, debe huir y escaparse de todo lo que es cuerpo; huyan sus dioses de los globos de las estrellas, huya Júpiter del cielo y de la tierra; o, si no pueden, repútenlos por miserables. Pero ni lo uno ni lo otro quieren, pues, ni se atreven a dar a sus dioses la separación de los cuerpos, porque no parezca que los adoran siendo mortales, ni la privación de la bienaventuranza, por no confesar que son infelices. Así que, para conseguir la eterna felicidad, no es necesario huir de cualesquiera cuerpo, sino de los corruptibles, molestos, graves y mortales, no cuales los crió la bondad de Dios a los primeros hombres, sino cuales les obligó a ser la pena del pecado.

[26] Sobre estos números escribieron Macrobio Calcidio y Marsilio Ficino en el compendio que antepuso al Timeo, de Platón, el cual lo tradujo, o traducido por otro lo publicó como suyo. La significación de tales números es oscura y misteriosa.

Capítulo XVIII

DE LOS CUERPOS TERRENOS QUE DICEN LOS FILÓSOFOS QUE NO PUEDEN ESTAR EN LOS CIELOS, PORQUE A LO QUE ES TERRENO, SU PESO NATURAL LO LLAMA Y ATRAE LA TIERRA.

18 Con toda seriedad, dicen, que el peso natural en la tierra detiene los cuerpos terrenos, o los conduce impelidos por fuerza a la tierra, por lo que no pueden estar en el cielo. De los primeros hombres sabemos que estuvieron en una tierra poblada de bosques y fructífera, que se llamó Paraíso; mas porque a esta objeción hemos de responder igualmente, así por el cuerpo de Jesucristo, con que subió

glorioso a los cielos, como por los demás santos, quienes los tendrán en la resurrección, es bien que consideremos con alguna más singular atención los dichos pesos terrenos. Porque si el ingenio humano puede hacer con ciertos artificios que algunos vasos fabricados de metal, cuya materia, colocada sobre el agua, luego se hunde, anden todavía nadando sobre ella, ¿cuánto más creíble y eficazmente puede Dios con un oculto y secreto modo de su divina acción (con cuya omnipotente voluntad, dice Platón, que ni las cosas que no tienen ser por generación se corrompen, ni las compuestas se disuelven, siendo más digno de admiración que estén unidas las incorpóreas con las corpóreas, que cualesquiera cuerpo con cualesquiera cuerpos), puede, digo, dar a los cuerpos y máquinas terrenas impulso para que no los deprima y tire hacia la tierra ningún peso; y a las almas, que son ya perfectamente bienaventuradas, que pongan donde quieran sus cuerpos, aunque terrenos, pero ya incorruptibles, y que los muevan donde quieran con una disposición y movimiento facilísimo? Y si pueden los ángeles arrebatar cualesquiera animales terrenos de cualesquiera parte, y ponerlos donde quieran, ¿hemos acaso de creer que no lo pueden hacer sin molestia, o que sienten el peso y la carga? ¿Y por qué no creemos que las almas de los santos, que por especial gracia y beneficio de Dios son perfectos y bienaventurados, pueden llevar sin dificultad sus cuerpos donde quisieren, y ponerlos donde fuese su voluntad?

Pues siendo cierto que acostumbramos imaginar llevando a cuestas el peso de los cuerpos terrenos, que cuanto mayor es la cantidad tanto mayor es la gravedad, de suerte que oprime y fatiga más lo que más pesa; sin embargo, el alma más fácil y ligeramente lleva los miembros de su cuerpo cuando están sanos y robustos, que cuando están enfermos y flacos. Y siendo más pesado, cuando le llevan otros, el sano y robusto que el flaco y enfermo, con todo, él mismo, para mover y traer su cuerpo, es más ágil cuando, estando bueno y sano, tiene más peso que cuando en la pestilencia o hambre tiene menos fuerza. Tanto puede para sustentar, aun los cuerpos

terrenos, aunque todavía corruptibles y mortales, no el peso de la cantidad, sino el modo del temperamento.

¿Y quién podrá explicar con palabras la diferencia tan grande que hay entre la sanidad presente que decimos y la futura inmortalidad? No arguyan y reprendan, pues, nuestra fe los filósofos, por los pesos y los cuerpos. Porque no quiero preguntarles ¿por qué causa no creen que puede estar en el cielo el cuerpo terreno, viendo que toda la tierra se sustenta en nada? Porque quizá parezca verosímil la razón y el argumento que se toma del mismo lugar medio del mundo, puesto que acude a él todo lo que es grave.

Sólo quiero decir: si los dioses menores, a quienes Platón [27] dio facultad para hacer, entre los demás animales terrestres, al hombre, pudieron, como dice, separar del fuego la calidad que tiene de quemar y dejarle la de resplandecer, como es la que sale y resplandece por los ojos, ¿por qué no concederemos al sumo Dios (a cuya voluntad y potestad concedió él mismo [28] el privilegio de que no se corrompan y mueran las cosas que tienen ser por generación, y que cosas tan diversas e incomparables, como son las corpóreas e incorpóreas entre sí unidas y conglutinadas no puedan desunirse y descomponerse de modo alguno), que pueda desterrar del cuerpo del hombre, a quien hace la gracia de la inmortalidad, la corrupción, dejarle la naturaleza, conservarle la congruencia de la figura y de los miembros y quitarle la gravedad del peso? Pero al fin de esta obra, si fuese voluntad de Dios, trataremos más particularmente de la de la resurrección de los muertos y de sus cuerpos inmortales.

[27] Tim., p. 42, D.

[28] Tim., p. 45, B.

Capítulo XIX

CONTRA LA DOCTRINA DE LOS QUE NO CREEN QUE FUERAN INMORTALES LOS PRIMEROS HOMBRES SI NO PECARAN.

19 Ahora declararemos lo que principiamos a decir de los cuerpos de los primeros hombres. Pues ni esta muerte, que dicen es buena para los buenos, y que la conocen no sólo algunos pocos inteligentes o creyentes, sino que es notoria a todos; muerte con que se hace la división del alma y del cuerpo; con la cual, sin duda, el cuerpo del animal que evidentemente vivía, evidentemente muere; no les pudiera sobrevenir a ellos si no se siguiera el mérito del pecado.

Pues aunque no es lícito dudar que las almas de los difuntos piadosos y justos viven en perpetuo descanso, con todo, les fuera tanto mejor vivir con sus cuerpos buenos y sanos, que aun aquellos que son de parecer que de todas maneras es mayor la felicidad de estar sin cuerpo, convéncense de esta opinión, aunque contraria a su propio dictamen. Porque ninguno se atreverá a anteponer sus hombres sabios, que han de morir, o que ya han muerto, esto es, los que carecen de cuerpos o han de dejar los cuerpos, a los dioses inmortales, a quienes el sumo Dios, según Platón [29] por grande beneficio, les permite una vida indisoluble, esto es, una compañía eterna con sus cuerpos. Y al mismo Platón le parece particular felicidad la de los hombres cuando, habiendo pasado esta vida santa y justamente, separados de sus cuerpos, son admitidos en el seno de los mismos dioses que nunca dejan los suyos "para que, en efecto, olvidados de lo pasado, puedan volver otra vez al mundo y empiecen a desear el volver a nuevos cuerpos" >30>; lo que celebran haber dicho Virgilio siguiendo la doctrina de Platón. Porque de esta manera entiende que las almas de los mortales no pueden estar siempre en sus cuerpos, sino que, con la necesidad de la muerte, se vuelven a disolver; y que tampoco sin los cuerpos duran perpetuamente, sino que por sus tandas y alternativas piensa que sin cesar se hacen los vivos de los muertos, y los muertos de los vivos; de modo que parece

que la diferencia que hay de los sabios a los demás hombres es ésta: que los sabios, de la muerte, suben a las estrellas a descansar cada uno algún tiempo más en el astro y constelación que más le agrade, y, desde allí, otra vez, olvidado de la miseria pasada, y vencido del deseo de volver a su cuerpo, vuelve a los trabajos y miserias de los mortales, pero los que vivieron neciamente, al momento vuelven a los cuerpos, conforme a sus méritos, o de hombres o de bestias. En este estado tan duro coloca Platón [31] también a las almas buenas y sabias, a las cuales no les reparte y distribuye cuerpos con que puedan vivir siempre inmortalmente, sino que ni pueden permanecer en los cuerpos, ni sin ellos pueden durar en la eterna pureza. Ya dijimos en los libros anteriores [32] cómo Porfirio en los tiempos cristianos se avergonzó de esta doctrina de Platón, y que no sólo eximió a las almas de los hombres de los cuerpos de las bestias, sino que también quiso que la de los sabios de tal manera fuesen libres de los vínculos del cuerpo, que, huyendo de todo lo que es cuerpo, estuviesen junto al Padre gozando de la bienaventuranza sin fin.

Así que por no parecer inferior a Jesucristo, que promete a los santos vida eterna, también él a las almas purificadas las colocó en la eterna felicidad, sin que tengan necesidad de volver a las miserias pasadas; y por contradecir a Jesucristo, negando la resurrección de los cuerpos incorruptibles, dijo que habían de vivir para siempre; no sólo sin los cuerpos terrenos, sino totalmente sin ningún cuerpo. Sin embargo, a pesar de dicha opinión, no se atrevió a prohibir a estas almas que se sujetasen y respetasen con reverencia religiosa a los dioses corpóreos, porque no creyó que, a pesar de no tener cuerpo alguno, fueran mejores que ellos. Por lo cual, si no han de atreverse, como entiendo que no lo han de efectuar, a anteponer las almas de los hombres a estos dioses felicísimos, aunque tengan cuerpos eternos, ¿por qué les parece absurdo lo que enseña la fe cristiana, de que a los primeros hombres los crió Dios de tal suerte, que, si no pecaran no se apartaran con ninguna muerte de sus cuerpos, sino que por los méritos de la obediencia fielmente observada, remunerados con la

inmortalidad, vivieran con ellos eternamente; y que los santos, en la resurrección, han de tener de tal manera los mismos cuerpos en que aquí fueron afligidos, que ni a su carne le ha de poder acontecer corrupción alguna o dificultad, ni a su bienaventuranza algún dolor o infelicidad?

[29] Phaedr., p. 108, C; Phaedr., p. 248, C.

[30] Virg., Aen, VII, 750, sig. Scilicet immemores supura ut convexa revisant, Rursus, et incipiant in corpora velle reverti.

[31] Phaedr., p. 247, E. sig.

[32] X., c. 30.

Capítulo XX

QUE LOS CUERPOS DE LOS SANTOS QUE DESCANSAN AHORA CON ESPERANZA, SE HAN DE VENIR A REPARAR CON MEJOR CALIDAD QUE LA QUE TUVIERON LOS DE LOS PRIMEROS HOMBRES ANTES DEL PECADO.

20 Y por eso al presente las almas de los santos difuntos no sienten pesar por la muerte con que las separaron de los cuerpos, porque su carne descansa con esperanza, por más ignominias que parezca que han recibido, estando ya fuera de todo sentido. Y no desean, como opinó Platón, olvidarse de sus cuerpos, sino acordándose de la promesa de aquel Señor que a ninguno engaña, el cual les aseguró que no perderían ni un cabello [33], con gran deseo y paciencia esperan la resurrección de sus cuerpos en que padecieran muchos trabajos para no sentirlos ya jamás en ellos. Pues si no aborrecían a su carne [34] cuando ella con su flaqueza resistía al espíritu, y la reprimían por el derecho natural del espíritu, ¡cuánto más la amarán habiendo ella de ser también espiritual! Porque así como muy a propósito se llama carnal el espíritu que sirve a la carne, así la carne que sirve al espíritu se llamará muy bien espiritual; no porque se haya de convertir en espíritu, como algunos piensan [35] porque dice la Escritura [36]: "siémbrase (esto es, muere como semilla,

que muere para llevar fruto) el cuerpo animal, y resucita cuerpo espiritual"; sino porque con suma y admirable facilidad y obediencia se sujeta al espíritu hasta cumplir la segura voluntad de la indisoluble inmortalidad, libre ya de todo género de molestia, corruptibilidad y pesadumbre.

Pues no sólo será cual es ahora, cuando está más robusta y más sana, pero ni cual fué en los primeros hombres antes que pecaran; los cuales, aunque no hubiesen de morir si no pecaran, con todo, usaban como hombres de alimentos, trayendo consigo cuerpos terrenos, aun no espirituales, sino animales. Los cuales, aunque no se estragasen con la senectud, de manera que necesariamente llegasen a morir (el cual estado por gracia de Dios se les concedía en virtud del árbol de la vida, que estaba juntamente con el árbol vedado en medio del Paraíso); con todo, comían también de todos los otros manjares, exceptuando sólo un árbol del que les mandó Dios que no comiesen, no porque el árbol fuese malo, sino por recomendarnos lo bueno de la pura y simple obediencia, que es una grande virtud de la criatura racional, subordinada debajo de su Criador y Señor. Porque donde no era malo lo que se tocaba, sin duda que si estando vedado se tocaba, pecábase sólo por la desobediencia. Así, pues, se sustentaban comiendo de otros manjares para que los cuerpos animales no sintiesen molestia alguna con el hambre y la sed; y del árbol de la vida comían porque no se les entrase la muerte de ninguna suerte, o consumidos de la vejez, en corriendo y pasando los espacios del tiempo se muriesen; como si todos los demás manjares les sirviesen de sustento y alimento, y aquel del árbol de la vida de Sacramento; de manera que entendamos que sirvió el árbol de la vida en el Paraíso corporal, como en el espiritual, esto es, en el Paraíso inteligible, la sabiduría de Dios, de quien dice el sagrado texto: "que es árbol de vida para los que lo abrazaren".

[33] Luc., 21, 18.

[34] Eph., 5, 29.

[35] Orígenes en sus libros peri Archón, dice que toda criatura corpórea se cambiará el cuerpo espiritual y toda sustancia se convertirá en un cuerpo limpísimo, más puro que toda luz y cual no puede pensar ahora inteligencia humana.

[36] 1 Cor., 15, 44.

Capítulo XXI

De cómo el Paraíso, donde estuvieron los primeros hombres, se puede bien entender que nos figura y significa alguna cosa espiritual, salva la verdad de lo que la historia refiere del lugar corporal.

21 Algunos alegorizan y refieren todo el Paraíso, donde dice verdaderamente la Sagrada Escritura que estuvieron los primeros hombres, padres del linaje humano, a las cosas inteligibles, y convierten todos aquellos árboles y plantas fructíferas en virtudes y costumbres arregladas para vivir bien [37], como si no hubiera habido aquellas cosas visibles y corporales, sino que se dijeron o escribieron así para significarnos las cosas inteligibles. Pero no debe deducirse de esto que no pudo haber Paraíso corporal, por cuanto podemos entenderle igualmente que el espiritual, y tanto valdría asegurar que no hubo dos mujeres, Agar y Sara, y dos hijos de Abraham habidos de ellas, uno de la esclava y otro de la libre, porque dice el apóstol [38] que se figuraron en ellas los dos Testamentos; o que no corrió el agua de la piedra que hirió Moisés [39] con la vara, porque allí por una significación figurada puede entenderse también Jesucristo, puesto que dice San Pablo [40]: "que la piedra era Cristo".

Así, pues, ninguno contradice que por el Paraíso puede entenderse la vida de los bienaventurados; por sus cuatro ríos, las cuatro virtudes cardinales, prudencia, fortaleza, templanza y justicia; por sus árboles todas las artes útiles; por el fruto de los árboles las costumbres de los justos; por el árbol de la vida la misma sabiduría, madre de todos los bienes; y por el árbol de la ciencia del bien y del mal la experiencia

del precepto violado. Porque puso Dios la pena muy a propósito, puesto que la puso justamente a los pecadores y, aunque no por su bien, la experimenta el hombre.

podemos también acomodar toda esta doctrina a la Iglesia, para que así lo entendamos mejor, tomando estos objetos como figuras y profecías de lo venidero; por el Paraíso a la misma Iglesia, como se lee de ella en los Cantares [41]; por los cuatro ríos del Paraíso, los cuatro Evangelios; por los árboles fructíferos, a los santos; por su fruta, sus obras, por el árbol de la vida, el santo de los santos, que es Jesucristo, y por el árbol de la ciencia del bien y del mal, el propio albedrío de la voluntad, pues ni aun de sí mismo puede el hombre usar muy mal si desprecia la voluntad divina; y así llega a saber la diferencia que hay cuando abraza el bien común a todos, o cuando gusta del suyo propio. Porque amándose a sí mismo, se premia a sí mismo, para que, viéndose por ello lleno de temores y tristezas, diga aquella expresión del real profeta, si es que siente sus males: "en mi propio se me ha turbado el alma" [42]; y enmendado ya, diga: "mi fortaleza, Señor, la dejaré en tus manos" [43]. Si estas cosas, y otras semejantes, pueden decirse más cómodamente para que entendamos espiritualmente el Paraíso, díganlas en hora buena sin contradicción alguna, con tal que creamos también la certeza de aquella historia que nos refiere fielmente lo que pasó en realidad de verdad.

[37] Filón, en el último libro del Artificio del mundo y en el primero de las Alegorías de la ley, interpreta mística y alegóricamente todo el pasaje de Moisés sobre el Paraíso, negándole el sentido histórico. Lo mismo hace Orígenes en sus libros sobre el Gen., y en el cuarto peri Archón.

[38] Gal., 4, 22, sig.

[39] Exod., 17, 6, núm. 20, 11.

[40] 1 Cor., 10, 4.

[41] Cant., 4, 13.

[42] Ps., 41, 7.
[43] Ps., 58, 10.

Capítulo XXII

QUE LOS CUERPOS DE LOS SANTOS, DESPUÉS DE LA RESURRECCIÓN, SERÁN ESPIRITUALES; DE MANERA QUE NO SE CONVIERTA LA CARNE EN ESPÍRITU.

22 Así que, los cuerpos de los justos que han de hallarse en la resurrección, ni tendrán necesidad de árbol alguno, para que ni la enfermedad ni la senectud los menoscabe y mueran, ni de otros cualesquiera corporales alimentos contra la molestia de la hambre o de la sed, porque infaliblemente y en todas maneras gozarán del don y beneficio inviolable de la inmortalidad; de suerte que si quieren comer podrán hacerlo, pero no por necesidad. Como tampoco comieron los ángeles cuando aparecieron visible y tratablemente, porque tenían necesidad, sino porque querían y podían por acomodarse con los hombres, usando de cierta benignidad humana en su ministerio. Pues no debemos creer que los ángeles comieron imaginaria y fantásticamente cuando vinieron a ser huéspedes de los hombres [44], aunque a los que ignoraban si eran ángeles les pareciese que comían con la misma necesidad que acostumbramos nosotros. Y esto es lo que dice el ángel en el libro de Tobías [45]: "Me veíais comer, pero sólo me veíais a vuestro parecer", esto es, pensabais que comía por necesidad que tenía de reparar el cuerpo, como lo hacéis vosotros.

Pero aunque de los ángeles quizá se puede sostener otra opinión que sea más creíble, sin embargo, la fe cristiana no pone duda que nuestro Salvador, después de la resurrección, teniendo ya el cuerpo espiritual, comió y bebió con sus discípulos [46], porque lo que vendrán a perder semejantes cuerpos será la necesidad, no la potestad o posibilidad, y así serán espirituales, no porque dejarán de ser cuerpos,

sino porque se sustentarán y perseverarán con el espíritu que los vivifica.

[44] Gen. 18; Tob., 11, 20.

[45] Tob., 12, 19.

[46] Luc., 24.

Capítulo XXIII

QUÉ ES LO QUE DEBEMOS ENTENDER POR EL CUERPO ANIMAL Y POR EL CUERPO ESPIRITUAL, Y QUIÉNES SON LOS QUE MUEREN EN ADÁN, Y QUIÉNES LOS QUE SE VIVIFICAN EN CRISTO.

23 Así como estos que aun no poseen un espíritu vivificante, sino una alma viviente, se llaman cuerpos animales, no siendo almas, sino cuerpos, así se denominan espirituales aquellos cuerpos; con todo, de ninguna manera debemos creer que han de ser espíritus, sino cuerpos que han de tener sustancia de carne, pero que no han de padecer con el espíritu vivificante imperfección ni corrupción carnal. Entonces el hombre no será más ya terreno, sino celestial, no porque el cuerpo que se formó de la tierra no será el mismo, sino porque, por don del cielo, será tal que convenga también morar en el cielo, no por haber perdido su naturaleza, sino por haber mudado de calidad. Al primer hombre, como era de la tierra terreno [47], le hizo Dios ánima viviente y no espíritu vivificante, lo cual se le reservaba que viniera a serlo por mérito de la obediencia. Por eso su cuerpo (que tenía necesidad de comer y de beber para no tener hambre y sed, y el árbol de la vida le guardaba de la necesidad de la muerte y le conservaba en la flor de la juventud, aunque no tuviera la inmortalidad absoluta e indisoluble) indudablemente no era espiritual, sino animal, aunque por ninguna razón muriera si no incurriera pecando en la sentencia con que Dios le había amenazado.

Y fuera del Paraíso, no faltándole los alimentos, pero no dejándole gustar del árbol de la vida, viniera a acabar más tarde con el tiempo y la senectud aquella vida, la cual en el cuerpo, aunque animal (hasta

que se hiciera espiritual por el mérito de la obediencia), pudo tener perpetua en el Paraíso, si no pecara. Por lo cual, aun cuando entendamos que juntamente les significó Dios esta muerte manifiesta con que se hace la división del alma y del cuerpo en el anatema con que rigurosamente les amenazó: "En el día que comieseis del árbol vedado moriréis de muerte [48]"; no por eso debe parecer absurdo, porque no dejaron los cuerpos aquel mismo día en que comieron de la fruta vedada y mortífera. Pues desde este día se empeoró y corrompió la naturaleza, y quedando justamente excluida del árbol de la vida, se le siguió la necesidad de la muerte corporal, con cuyo fatal destino hemos nacido nosotros.

Por eso nos dice el apóstol [49]: "Que el cuerpo morirá por causa del pecado, sino que dice que el cuerpo está muerto por causa del pecado, pero que el espíritu vive por la justificación". Después prosigue y dice [50]: "Mas si aquel espíritu que resucitó a Jesucristo de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por el espíritu de Dios, que habita en vosotros". Así que entonces tendrá espíritu vivificante el cuerpo que ahora tiene alma viviente y sin embargo, le llama el apóstol muerto, porque está ya constituido en la dura necesidad de morir. Pero en el Paraíso, de tal modo tenía alma viviente, aunque no espíritu vivificante, que no se podía decir con propiedad, muerto, por cuanto no podía tener necesidad de morir, si no es cometiendo el pecado.

Habiéndonos Dios significado cuando dijo: "¿Adán, adonde estás?" la muerte del alma que se efectuó desamparándola el Señor; y cuando dijo: "Tierra eres, y a la tierra volverás" [51], la muerte del cuerpo, debemos creer que no hizo mención de la muerte segunda, porque quiso que estuviese oculta por causa de la dispensación del Nuevo Testamento, donde expresamente se nos manifiesta, para que primero se nos hiciese ver que aquella primera muerte, que es común a todos, vino y procedió de aquel pecado que en uno fué común a

todos; pero la muerte segunda no es común a todos [52], "por aquellos que según el propósito y elección divina son llamados a la santidad, a los cuales entrevió y predestinó, como dice el apóstol, que fuesen conformes a la imagen de su Hijo, para que él fuese el primogénito entre muchos hermanos", a quienes la gracia de Dios, por el mediador, libertó de la segunda muerte.

Así que, hablando en estos términos el apóstol, nos da a entender que fué criado el primer hombre en cuerpo animal; pues queriendo distinguir este cuerpo animal que al presente tenemos, del espiritual que ha de haber en la resurrección: "Siémbrase como semilla _ dice _ en la sepultura nuestro cuerpo, sujeto a la corrupción, y se levantará y resucitará incorruptible; siémbrase ignominiosos y feo, y resucitará claro y glorioso; siémbrase sujeto a mil flaquezas, y resucitará con mucha virtud y vigor; siémbrase cuerpo animal sujeto a hambre y sed, y resucitará sutil y espiritual, sin necesidad de comer ni beber". después, para probar esta doctrina [53]: "Si hay _ dice _ cuerpo animal, hay también cuerpo espiritual". Y para demostrar qué cosa es cuerpo animal, añade "así lo dice la Sagrada Escritura: hizo Dios al primer hombre alma viviente".

De este modo nos quiso manifestar qué cosa es cuerpo animal; aunque el sagrado texto no dijo del primer hombre, que se llamó Adán, cuando Dios con su aliento sopló y crió aquella alma: "Crió Dios al hombre en cuerpo animal" sino "hizo Dios al primer hombre alma viviente". Luego cuando dice el sagrado texto: "Hizo Dios al primer Adán alma viviente", quiso el apóstol que entendiésemos el cuerpo animal del hombre; y cómo hemos de entender el espiritual nos lo patentizó, añadiendo: "Pero el último Adán le hizo Dios espíritu vivificante", aludiendo sin duda a Cristo, que resucitó de entre los muertos, de suerte que no puede ya más morir. Después prosigue y dice: "Aunque no fué primero el cuerpo espiritual, sino el animal, y después el espiritual", donde con más claridad nos dio a entender cómo nos quiso significar el cuerpo animal en aquella

expresión de la Escritura, "que hizo Dios al primer Adán alma viviente"; y cuerpo espiritual en la otra, donde dice: "Y al último Adán espíritu vivificante". Porque primero es el cuerpo animal, como le tuvo el primer Adán (aunque no cuerpo que muriera si no pecara), como le tenemos nosotros ahora, de una naturaleza tan trocada y corrompida, como se trocó en él después que pecó, por la cual le sobrevino la necesidad de morir.

Así también al principio quiso y se dignó tener cuerpo Jesucristo por nosotros, aunque no por necesidad, sino por potestad. Después es el cuerpo espiritual y cual precedió ya en Cristo, como cabeza nuestra sucederá también en sus miembros en la última resurrección de los muertos. Añade después el apóstol la evidentísima diferencia que hay entre estos dos hombres, diciendo [54]: "El primer hombre fué de la tierra, terreno, y el segundo del cielo celestial; y cual fué aquel terreno, tales son también los terrenos; y cual es el celestial, tales también los celestiales; como representemos, pues, y vestimos la imagen del terreno, así también representamos y nos vistamos la imagen de aquel que vino del cielo". Esta doctrina la describió el apóstol de manera que se realice ahora en nosotros, según el sacramento de la regeneración, como lo dice en otro lugar [55]: "Todos los que os habéis bautizado en Cristo os habéis vestido de Cristo", esto es, os habéis hecho conformes y semejantes a él.

Pero realmente se acabará de hacer y cumplir esta semejanza en nosotros, cuando lo que en nosotros es animal por el nacimiento, se hubiere hecho espiritual por la resurrección. Porque usando nuevamente de sus expresiones dice: "nuestra salvación ha sido en esperanza" [56]; esto es, que aunque ahora no la veamos con nuestros ojos, con todo, el rescate se efectuó de suerte que esperamos salvarnos perfectamente.

Vestímonos de la imagen y semejanza del hombre terreno por la propagación del pecado y de la muerte, de que nos hizo herederos la generación; pero de la imagen y semejanza del hombre celestial nos

vestimos por la gracia del perdón y de la vida eterna, de que nos hace herederos la regeneración por virtud de Jesucristo, hombre mediador de Dios y de los hombres [57], que es a quien entiende por el hombre celestial, pues vino del cielo para vestirse del cuerpo de la mortalidad terrena, y vestir después al cuerpo de la celestial inmortalidad. Por eso llama también celestiales a los otros; pues por la gracia vienen a ser miembros suyos, de modo que Cristo viene a ser uno con ellos, como la cabeza y el cuerpo.

Esto lo dice más claro de la misma carta con estas palabras [58]: "por un hombre entró la muerte, y por otro hombre la resurrección de los muertos; porque así como morimos todos en Adán, así en Cristo todos resucitaremos a la vida eterna; y esto será ya con el cuerpo espiritual, que será espíritu vivificante"; no porque todos los que mueren en Adán hayan de ser miembros de Cristo (puesto que la mayor parte de ellos irán condenados eternamente a la muerte segunda) sino que por eso dijo todos, en los unos y en los otros, en los que mueren y en los que vivirán, porque así como ninguno muere en cuerpo animal si no es en Adán, así ninguno revive y resucita en cuerpo espiritual si no es en Cristo.

Por eso no debemos imaginar que en la resurrección hemos de tener el Cuerpo de la misma cualidad que le tuvo el primer hombre antes del pecado; ni aquella expresión con que dice: "cual es el terreno, tales serán también los terrenos", debe entenderse según lo que se hizo, cometiendo el pecado; porque no debemos pensar que antes que pecara tuvo cuerpo espiritual, y que por el pecado y su mérito se mudó en animal.

Los que así opinan atienden poco a palabras de un tan ilustre doctor, que dice: "si hay cuerpo animal, hay también cuerpo espiritual, como leemos en el Génesis, que hizo Dios al primer hombre alma viviente": ¿fué acaso después de la culpa, cuando éste era el primer estado del hombre a que alude el santo apóstol, para

demostrar que era cuerpo animal, tomando dicho testimonio de la ley?

[47] 1 Cor., 15, 47.

[48] gen., 2, 17.

[49] Rom., 8, 11.

[50] Rom., ib.

[51] Gen., 3, 9.

[52] 1 Cor., 15, 42, sig.; Gen., 2, 7.

[53] Rom., 8, 28, sig.

[54] 1 Cor., 15, 47, sig.

[55] Gal., 3, 27.

[56] Rom., 8, 24.

[57] 1 Tim., 2, 5.

[58] 1 Cor., 15, 21.

Capítulo XXIV

CÓMO DEBE ENTENDERSE AQUEL SOPLO DE DIOS CON QUE SE HIZO AL PRIMER HOMBRE ALMA VIVIENTE, O AQUEL DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, CUANDO DIJO: "TOMAD EL ESPÍRITU SANTO".

24 Del mismo modo entendieron algunos con poca consideración aquellas palabras: [59] "inspiróle Dios soplando en su rostro el espíritu de vida, y quedó hecho el hombre alma viviente, que no le infundió Dios entonces primeramente al hombre alma, sino que a la que ya tenía la vivificó con el Espíritu santo. Y se inclinan a creerlo por advertir que Cristo nuestro Señor, después que resucitó de los muertos inspiró y sopló, diciendo a sus discípulos [60]: "Tomad el Espíritu Santo". Por eso piensan que se hizo aquí parte de lo que allá pasó, como si aquí también prosiguiendo el santo evangelista, dijera: "Hízolo Dios alma viviente"; lo cual, si seguramente dijera, entenderíamos que el espíritu de Dios es una especie de vida de las

almas racionales, sin el cual éstas deben tenerse por muertas, aunque con la presencia de ellas parezca que viven los cuerpos.

Pero que esto no fué así cuando crió Dios al hombre, bastantemente lo declaran las palabras del Génesis, donde se lee: "Y formó Dios del polvo de la tierra al hombre"; cuya expresión, queriendo algunos interpretarla con más claridad, dijeron: "Hizo Dios al hombre del limo o barro de la tierra"; porque había dicho arriba: "Subía de la tierra una fuente y regaba toda la faz de la tierra", como si por eso debiera entenderse el barro que se forma con la humedad y la tierra.

Pero, dicho esto, continúa diciendo la Escritura: "Y formó Dios del polvo de la tierra al hombre", como se lee en los códices griegos, de cuyo idioma se tradujo al latino la Sagrada Escritura [61]. Pero dígase formavit o finxit, que en griego dicen eplasen, aquí no importa nada, aunque más propiamente se dice finxit; pero los que dijeron formavit quisieron huir de la ambigüedad, porque en latín es más común decir fingere con respecto a los que componen alguna cosa fingida y disimuladamente. A este hombre, pues, formado del polvo de la tierra o del légamo, porque era el polvo húmedo, y por decirlo más expresamente, como la Escritura, polvo de la tierra, a éste digo, nos enseña el apóstol que le hizo Dios cuerpo animal cuando le infundió el alma, "hizo Dios a este hombre alma viviente", esto es, a este polvo formado le hizo alma viviente.

Pero dirán que ya tenía alma, porque de otra suerte no se llamara hombre, pues el hombre no es el cuerpo solo o el alma sola, sino el que consta del alma y cuerpo. Verdaderamente no es el alma todo el hombre, sino la parte más noble del hombre; ni todo el hombre es el cuerpo, sino parte inferior del hombre; pero cuando está lo uno y lo otro junto se llama hombre, el cual nombre, sin embargo, tampoco lo pierden el cuerpo y el alma de por sí, aun cuando hablemos de cada uno de ellos separadamente. Porque, ¿quién quita que se diga, según la ley recibida en el lenguaje ordinario, tal hombre murió, y ahora

está en descanso o en penas, pudiendo sólo decirse esto del alma; y tal hombre se enterró en tal o en tal lugar, no pudiéndose entender sino de sólo el cuerpo? Y si dijeren que no suele habla así la Sagrada Escritura; por el contrario, ella nos confirma de manera, que aun cuando estas dos cualidades están unidas y vive el hombre, sin embargo, a cada cosa de por sí la llama ella con nombre de hombre [62], es a saber al alma, hombre interior, y al cuerpo, hombre exterior, como si fueran dos hombres, siendo lo uno y lo otro junto un hombre.

Pero conviene saber en qué sentido se dice el hombre imagen y semejanza de Dios, y en cuál se dice el hombre tierra, y qué es lo que ha de ir a la tierra. Porque lo primero se dice según el alma racional, que Dios infundió al hombre, esto es, al cuerpo del hombre, soplando, o, como se dice más a propósito, inspirando, y lo último se dice respecto del cuerpo, que formó Dios al hombre del polvo, a quien infundió el alma para que se hiciera cuerpo animal, esto es, el hombre animal viviente.

Por eso en lo que practicó Jesucristo nuestro Señor cuando sopló diciendo: "Tomad el Espíritu Santo", quiso darnos a entender que el Espíritu santo no sólo es Espíritu del Padre, sino también del mismo Unigénito, porque un mismo Espíritu es el del Padre y del Hijo, con quien es Trinidad, el Padre y el Hijo, y el Espíritu Santo, no criatura, sino Criador. pero aquel soplo corporal que salió de la boca carnal, no era sustancia o naturaleza del Espíritu santo, sino una significación suya; para que entendiéramos, como insinué, que el Espíritu santo era común al Padre y al Hijo, porque no tiene cada uno el suyo, sino que uno mismo es el de ambos.

Y siempre este Espíritu en la Sagrada Escritura en griego se dice Pneuma, como también en este lugar le llamó el Señor cuando le repartió a sus discípulos, significándole con el soplo de su boca corporal; y no me acuerdo que se llame jamás de otra manera en toda la Escritura. Pero donde se lee: "Y formó Dios al hombre del polvo de la tierra, y le infundió, soplándole en el rostro, espíritu de vida:, no

pone el idioma griego esta voz Pneuma, que suele significar el Espíritu Santo, sino Pnoen, lo cual más de ordinario se lee de la criatura que del Criador; y así también algunos latinos, para diferenciarlos, quisieron mejor interpretar este mismo nombre, y llamarle, no Espíritu, sino soplo. Este mismo se halla también en griego en Isaías, donde dice Dios [63]: "Yo hice todos los soplos", significando, sin duda, todas las almas.

Por ello lo que en griego se dice Pnoen, los nuestros lo interpretan algunas veces soplo, otras espíritu, otras inspiración o aspiración, y otras también alma; pero la palabra Pneuma siempre es espíritu, ya sea del hombre, como cuando dice el apóstol [64]: "¿Qué hombre puede saber lo que está encerrado en el pecho del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?"; ya sea de las bestias, como se lee en el Eclesiastés [65]: "¿Quién sabe si el espíritu del hombre sube al cielo, y si el espíritu de la bestia baja a la tierra, y perece juntamente con el cuerpo?"; ya sea este espíritu corpóreo, que también llamamos viento, porque este nombre se halla en el salmo, donde dice [66]: "El fuego, el granizo, la nieve, la helada y el espíritu tempestuoso"; ya sea, no el espíritu criado, sino el Criador, como lo es cuando dice el Señor en el Evangelio [67]: "Tomad el Espíritu Santo", significándonosle con el soplo corporal de su santísima boca; y donde dice: "Andad y bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", donde excelentemente y con la mayor evidencia se nos declara la Santísima Trinidad y donde dice [68]: "Dios es espíritu", como en otros muchos lugares de la Escritura; pues en todos ellos la versión griega vemos que dice, no Pnoen, sino Pneuma, y la latina, no soplo, sino espíritu. Por lo cual, si cuando dijo inspiró, o, si se dice con más propiedad, sopló en su cara, le infundió el espíritu de vida, en la versión griega no se pusiera Pnoen, como en ella se lee, sino Pneuma; tampoco podría deducirse que necesariamente debíamos entender el Espíritu Criador, que propiamente se llama en la Trinidad el Espíritu Santo; puesto que consta, como hemos dicho, que Pneuma se suele decir, no sólo del Criador, sino también de la criatura.

Pero dirán que cuando dijo espíritu no añadiera de vida, si no quisiera entender allí el Espíritu santo, y cuando dijo: "Hizo Dios al hombre alma" no añadiera viventem, viviente, si no significara la vida del alma que se le comunicó por don y gracia del Divino Espíritu; porque viviendo el alma _ dicen _ con su propia vida, ¿qué necesidad había de añadir viviente, sino para que se entendiese la vida que se le da por el Espíritu Santo? Y esto ¿qué es sino defender con mucho cuidado la parte de la sospecha humana, y no atender sino con mucho descuido a la Sagrada Escritura? Porque ¿qué mucho era, sin ir muy lejos, leer en el mismo libro poco más arriba [69]: "Produzca la tierra el alma viviente, cuando crió Dios todos los animales terrestres? después, interponiendo algunos pocos capítulos, aunque en el mismo libro, ¿qué mucho era advertir lo que dice [70]: "Que todo lo que tenía espíritu de vida y estaba sobre la tierra había perecido?" Luego si hallamos también en las bestias alma viviente, y espíritu de vida, según el estilo de la Sagrada Escritura, y habiendo dicho el griego asimismo en este lugar donde se lee, todo lo que tenía espíritu de vida, no Pneuma, sino Pnoen, ¿por qué no preguntamos qué necesidad había de añadir viviente, puesto que no puede ser alma si no vive? ¿O qué necesidad había de añadir, de vida, habiendo dicho espíritu? Entendemos que la Escritura, según su estilo, dijo espíritu de vida y alma viviente, queriendo dar a entender los animales, esto es, los cuerpos animados que por el alma participan también de estos sentidos visibles del cuerpo.

Pero en la creación del hombre no reparamos en cómo suele hablar la Escritura, habiendo hablado totalmente conforme a su estilo, por darnos a conocer que el hombre, aun después de haber recibido el alma racional (la cual quiso dar a entender que fué criada, no de la tierra, ni del agua, como toda carne, sino del aliento y soplo de Dios), fué sin embargo, criado de modo que viviese en cuerpo animal; lo que sucede viviendo en él el alma, como viven aquellos animales de quienes dijo: produzca la tierra almas vivientes, y asimismo los que dijo que tuvieran en sí espíritu de vida, donde también el griego no

escribe Pneuma, sino Pnoen, declarando con este nombre, sin duda, no es Espíritu Santo, sino el alma de estos animales.

Pero, no obstante, dicen ellos, se deja entender que el soplo de Dios salió de la boca de Dios, el cual, si creyéremos que es el alma, habremos de confesar que es de su misma sustancia, e igual que aquella Sabiduría que dice [71]: "Yo salí de la boca del Altísimo". Pero es de advertir que no dijo la sabiduría que la sopló Dios de su boca, sino que ella salió de su boca. Porque así como nosotros podemos hacer, no de nuestra naturaleza de hombres sino de este aire que nos circunda y con que respiramos, un soplo cuando soplamos; así Dios todopoderoso, no de su naturaleza, ni de alguna materia criada, sino de la nada, pudo hacer un soplo, el cual con mucha conveniencia se dijo que le inspiró y sopló para infundirle en el cuerpo del hombre; siendo él incorpóreo y el soplo también incorpóreo, pero él inmutable y el soplo mudable; porque siendo él no criado, le infundió criado. Mas para que entiendan los que quieren hablar de las Escrituras y no advierten las frases y metáforas con que habla la Escritura, que no solamente se dice que sale de la boca de Dios lo que es su igual o de su misma naturaleza, oigan o lean lo que dice Dios en el sagrado texto [72]: "Porque eres tibio, y no cálido ni frío te comenzaré a lanzar de mi boca".

Así que no hay razón alguna para que resistamos o contradigamos a las palabras evidentes y claras del apóstol, cuando, distinguiendo el cuerpo animal del cuerpo espiritual, esto es, éste en que la actualidad existimos, de aquel en que hemos de estar después, dice [73]: "Arrojóse como semilla en la sepultura el cuerpo animal, y vuelve a nacer y a levantarse cuerpo espiritual; hay cuerpo animal y hay cuerpo espiritual; conforme a lo que dice la Escritura que hizo Dios al primer hombre, Adán, alma viviente, y al último Adán, espíritu vivificante; aunque no fué primero el cuerpo espiritual, sino el animal y luego el espiritual. El primer hombre de tierra fué terreno, el segundo hombre de cielo fué celestial; cual es el terreno, tales son asimismo los

terrenos, y cual es el celestial, tales serán también los celestiales. Luego así como nos vestimos la imagen y semejanza del terreno, vistámonos igualmente la imagen y semejanza de aquel que es del cielo". Sobre todas estas palabras del apóstol hemos ya raciocinado. El cuerpo animal, con el que dice San Pablo que hizo Dios al primer hombre, Adán, no era formado de suerte que no pudiese morir, sino de manera que no muriera si el hombre no pecara. Porque aquel que con el espíritu vivificante será espiritual e inmortal, no podrá de ningún modo morir así como el alma que fué criada inmortal, aunque se dice que muere con el pecado, careciendo de una especie de vida suya, esto es, del espíritu de Dios, con que podía vivir sabia y bienaventuradamente; sin embargo, no deja de vivir con una vida suya propia, aunque miserable, porque la crió Dios inmortal.

También a los ángeles apóstatas, aunque en cierto modo murieron pecando, porque apostataron y desampararon la fuente de la vida, que es Dios, bebiendo de la cual podían vivir virtuosa y felizmente; no obstante, no pudieron morir de suerte que totalmente dejasen de vivir y sentir, porque los crió Dios inmortales; y así después del juicio final los arrojará y condenará a la muerte segunda, de manera que ni aun allí carezcan de vida, puesto que no han de carecer de sentido, habiendo de vivir en dolor y tormento. Pero los hombres que participan de la gracia de Dios, ciudadanos de los santos ángeles que viven en la bienaventuranza, se vestirán los cuerpos espirituales de modo que ni pequen ya más ni se mueran, sino que gozarán de aquella inmortalidad que, como la de los ángeles, no pueda perderse con el pecado; quedándoles, con todo la naturaleza de la carne, pero sin rastro de corruptibilidad o imperfección carnal.

Réstanos por explorar una cuestión que es indispensable tratemos, y con el auxilio soberano del Señor de la verdad, decidamos formalmente. Si en los primeros hombres, cuando los desamparó la gracia divina, el apetito de los miembros corporales desobedientes nació del pecado de la desobediencia (por lo que vinieron a abrir los

ojos sobre su desnudez, esto es, la miraron con más curiosidad, y porque el movimiento torpe resistía al albedrío de la voluntad, cubrieron su cuerpo), ¿cómo vinieron a engendrar y propagar sus hijos, si, como Dios los crió, perseveraran sin pecar? Pero por ser ya tiempo de concluir este libro, y una cuestión tan célebre no es justo atropellarla, siendo cortos en su examen y exposición, la suspenderemos para tratarla con más comodidad y claridad en el libro siguiente.

[59] Gen., 2, 7.

[60] Io., 20, 22.

[61] Hace ver que en las antiguas iglesias estuvo en uso la versión latina, hecha de la griega de los Setenta, a la cual sucedió la traducción de San Jerónimo directamente del hebreo.

[62] 2 Cor., 4, 16.

[63] Esai, 57, 16.

[64] 1 Cor., 2, 11.

[65] Eccle., 3, 21.

[66] Ps., 148, 8.

[67] Mt., 28, 19.

[68] Io., 4, 24.

[69] Gen., 1, 24.

[70] Gen., 7, 22.

[71] Eccle., 24, 3.

[72] Apoc., 3, 16.

[73] 1 Cor., 15, 44, sig.

LIBRO DECIMOCUARTO

EL DESORDEN DE LAS PASIONES, PENA DEL PECADO

Capítulo I

POR LA DESOBEDIENCIA DEL PRIMER HOMBRE TODOS CAERÍAN EN LA ETERNIDAD DE LA SEGUNDA MUERTE, SI LA GRACIA DE DIOS NO LIBRASE A MUCHOS.

Dijimos ya en los libros precedentes, cómo Dios, para unir en sociedad a los hombres, no sólo con la semejanza de la naturaleza, sino también para estrecharlos en una nueva unión y concordia con el vínculo de la paz por medio de cierto parentesco, quiso criarlos y propagarlos de un solo hombre; y cómo ningún individuo del linaje humano muriera, si los dos primeros, criados por Dios, el uno de la nada y el otro del primero, no lo merecieran por su desobediencia; los cuales cometieron un pecado tan enorme, que con él se empeoró la humana naturaleza, transcendiendo hasta sus más remotos descendientes la dura pena del pecado y la necesidad irreparable de la muerte, la cual, con su despótico dominio, de tal suerte se apoderó de los corazones humanos, que el justo y condigno rigor de la pena llevara a todos como despeñados a la muerte segunda, sin fin ni término; si de ella no libertara a algunos la inmerecida gracia de Dios. De donde ha resultado que no obstante el haber tantas y tan dilatadas gentes y naciones esparcidas por todo el orbe, con diferentes leyes y costumbres, con diversidad de idiomas, armas y trajes, con todo no haya habido más que dos clases de sociedades, a quienes, conforme a nuestras santas Escrituras, con justa causa podemos llamar dos ciudades; la una de los hombres que desean vivir según la carne, y la otra de los que desean vivir según el espíritu, cada una en su paz respectiva, y que cuando consiguen lo que apetecen, viven en su peculiar paz.

Capítulo II

EL VIVIR SEGÚN LA CARNE, SE DEBE ENTENDER NO SÓLO DE LOS VICIOS DEL CUERPO, SINO TAMBIÉN DE LOS DEL ALMA.

Conviene, pues, examinar en primer lugar qué es vivir según la carne, y qué según el espíritu; porque cualquiera que por vez primera oyese estas proposiciones, desconociendo o no penetrando cómo se expresa la Sagrada Escritura, podría imaginar que los filósofos epicúreos son los que viven según la carne, dado que colocan el sumo bien y la bienaventuranza humana en la fruición del deleite corporal, así como todos aquellos que en cierto modo han opinado que el bien corporal es el sumo bien del hombre, como el alucinado vulgo de los filósofos, que sin seguir doctrina alguna, o sin filosofar de esta manera, estando inclinados a la sensualidad, no saben gustar sino de los deleites que reciben por los sentidos corporales; y que los estoicos, que colocan el sumo bien en el alma, son los que viven según el espíritu, puesto que el alma humana no es otra cosa que un espíritu. Sin embargo, atendido el común lenguaje de las sagradas letras, es cierto que unos y otros viven según la carne, porque llama carne no sólo al cuerpo del animal terreno y mortal, como cuando dice [1]: "No toda carne es de una misma especie; diferente es la carne del hombre y la de las bestias, y diferente la de las aves y la de los peces", sino que usa con diversidad de la significación de este nombre; y entre estos distintos modos de hablar, muchas veces también al mismo hombre, esto es, a la naturaleza humana suele llamar carne, tomando conforme al estilo retórico el todo por la parte, como cuando dice [2]: "No hay carne alguna que se justifique por las obras de la ley" ¿Qué quiso dar aquí a entender, sino ningún hombre? Lo cual con mayor claridad lo dice después: "Ningún hombre se justificará por la ley": y escribiendo a los gálatas, les dice [3]: "Sabiendo que ningún hombre puede justificarse por las obras de la ley".

Conforme a esta doctrina se entiende aquella expresión del sagrado cronista [4]: "El Verbo eterno se hizo carne:, esto es, hombre; la cual, como no la comprendieron bien algunos, imaginaron que Jesucristo no tuvo alma humana [5], porque así como el todo se toma por la parte en el sagrado Evangelio, cuando dice la Magdalena [6]: "Han llevado de aquí a mi Señor, y no sé dónde le han puesto:, hablando solamente de la carne de Jesucristo, a que después de sepultada pensaba la habían sacado de la sepultura; así también por la parte se entiende el todo, y diciendo la carne se entiende el hombre, como en los lugares que arriba hemos alegado.

De modo que dando la Sagrada Escritura a la carne diversas significaciones; las cuales sería largo buscar y referir, para que podamos deducir qué cosa sea vivir según la carne (lo cual sin duda es malo, aunque no sea mala la misma naturaleza de la carne), examinemos con particular cuidado aquel lugar de la epístola de San Pablo a los gálatas [7]: "Las obras de la carne son bien notorias y conocidas; como son los adulterios, fornicaciones, inmundicias, injurias, idolatrías, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disensiones, herejías, envidias, embriagueces, glotonerías y otros vicios semejantes, sobre los cuales os advierto, como ya os tengo dicho, que los que cometen semejantes maldades no conseguirán el reino de los cielos".

Todo este lugar del apóstol, considerado con la madurez y atención correspondiente para el negocio presente, podrá resolvernos esta cuestión; que es el vivir según la carne. Porque entre las obras de la carne que dijo eran notorias, y, refiriéndolas las condenó, no sólo hallamos las que pertenecen al deleite de la carne, como son las fornicaciones, inmundicias, disoluciones, embriagueces y glotonerías, sino también aquellas con que se manifiestan los vicios del ánimo que son ajenos al deleite carnal; porque ¿quién hay que ignore que la idolatría, las hechicerías, las enemistades, rivalidades, celos, iras, disensiones, herejías y envidias, son vicios del espíritu más que de la

carne? Puesto que puede suceder que por la idolatría o por error de alguna secta se abstenga uno de los deleites carnales; sin embargo, aun entonces se comprende por el testimonio del apóstol, que vive el hombre según la carne, aunque parezca que modera y refrena los apetitos de la carne. ¿Quién no tiene la enemistad en el alma? ¿Quién de su enemigo o de quien piensa que es su enemigo dice: mala carne, sino más bien, mal ánimo tiene contra mí? Finalmente, así como al oír carnalidades, nadie dudaría atribuirlas a la carne, así al oír animosidades las atribuiría al espíritu: ¿por qué, pues, a estas cosas y a otras tales "el doctor de las gentes en la fe y la verdad" [8] las llama obras de la carne, sino porque conforme al modo de hablar con que se significa el todo por la parte, quiere que por la carne entendamos el mismo hombre?

[1] 1 Cor., 15, 39.

[2] Rom., 3, 20.

[3] Gal., 3, 11.

[4] Io., 1, 4.

[5] Este error lo sostuvieron los Apolinaristas, como afirma San Agustín en su comentario sobre el evangelio de San Juan, en su sermón contra Arrio y en el libro 83 de las cuestiones. En él cayeron también los Cerdonianos, Apollitas, Macedonios y Maniqueos, como puede verse en Bossuet, Natal Alexandro, Wan_spen y Ducreux. [6] Io., 20, 30.

[7] gal., 5, 19, sig.

[8] 1 Tim., 2, 7.

Capítulo III

LA CAUSA DEL PECADO PROVINO DEL ALMA Y NO DE LA CARNE, Y LA CORRUPCIÓN QUE HEREDAMOS DEL PECADO NO ES PECADO, SINO PENA.

Si alguno dijere que, en la mala vida, la carne es la causa de todos los vicios, porque así vive el alma que está pegada a la carne, sin duda que no advierte bien ni pone los ojos en toda la naturaleza humana; porque aunque es indudable [9], "que el cuerpo corruptible agrava y deprime el alma", el mismo apóstol, tratando de este cuerpo corruptible, había dicho [10]: "Aunque este nuestro hombre exterior se corrompa, sin embargo _ añade _ sabemos que si esta nuestra morada terrena en que vivimos se deshiciese, tenemos por la merced de Dios otra no temporal, ni hecha por mano de artífices, sino eterna en los cielos, esta es por la que también suspiramos, deseando vernos y abrigarnos en aquella nuestra mansión celestial, esto es, deseando vestirnos de la inmortalidad e incorruptibilidad, lo cual conseguiremos si no nos halláremos desnudos, sino vestidos de Cristo; porque entretanto que vivimos en esta morada suspiramos con el peso de la carne, pues no gustaríamos despojarnos del cuerpo, sino vestirnos sobre él de aquella gloria celestial, de manera que la vida eterna embebiese y consumiese, no el cuerpo, sino la corrupción y mortalidad".

Así, pues, nos agrava y oprime el cuerpo corruptible; pero sabiendo que la causa de este pesar no es la naturaleza o la sustancia del cuerpo, sino su corrupción, no querríamos despojarnos del cuerpo, sino llegar con él a la inmortalidad. Y aunque entonces será también cuerpo, como no ha de ser corruptible, no gravará. Por eso ahora agrava y oprime al alma el cuerpo corruptible, "y esta morada nuestra de tierra no deja alentar al espíritu con el peso de tantos pensamientos y cuidados" [11].

Los que creen, pues, que todas las molestias, afanes y males del alma le han sucedido y provenido del cuerpo, se equivocan

sobremanera, porque aunque Virgilio [12] en aquellos famosos versos donde dice, "tienen estas almas en su origen un vigor de fuego y una raza y descendencia del cielo, en cuanto no las fatiga y abruma el dañoso cuerpo y las embotan los terrenos y mortales miembros", parece que nos declara con toda evidencia la sentencia de Platón, y, queriendo darnos a entender que todas las cuatro perturbaciones, agitaciones o pasiones del alma tan conocidas: el deseo, el temor, la alegría y la tristeza, que son como fuentes y manantiales de todos los vicios y pecados, suceden y provienen del cuerpo, añada y diga: "De este peso terreno les proviene el dolerse, desear, temer, gozarse; ni de la lóbrega y oscura cárcel en que están pueden, o contemplar su ser o soltarse"; con todo, muy disonante y distinto es lo que sostiene y nos enseña la fe; porque la corrupción del cuerpo, que es la que agrava el alma, no es causa, sino pena del primer pecado; y no fué la carne corruptible la que hizo pecadora al alma, sino al contrario, el alma pecadora hizo a la carne que fuese corruptible.

Y aunque de la corrupción de la carne procedan algunos estímulos de los vicios y los mismos apetitos viciosos, sin embargo, no todos los vicios de nuestra mala vida deben atribuirse a la carne; para no eximir de todos ellos al demonio, que no está vestido de carne mortal, pues aunque no podamos llamar con verdad al príncipe de las tinieblas fornicador o borracho u otro dicterio semejante alusivo al deleite carnal, aunque sea secreto instigador y autor de semejantes pecados, con todo, es sobremanera soberbio y envidioso; el cual vicio de tal modo se apoderó de su vano espíritu, que por él se halla condenado al eterno tormento en los lóbregos calabozos de este aire tenebroso.

Y estos vicios, que son los principales que tiene el demonio, los atribuye el apóstol a la carne, de la cual es cierto que no participa el demonio; porque dice [13] que las enemistades, contiendas, celos, iras y envidias son obras de la carne, de todos los cuales vicios, la fuente y cabeza es la soberbia que, sin carne, reina en el demonio. ¿Qué

enemigo tienen mayor que él los Santos? ¿Quién hay contra ellos más solícito, más animoso, más contrario y envidioso?

Y teniendo todas estas deformes cualidades sin estar vestido de la carne, ¿cómo pueden ser obras de la carne sino porque son obras del hombre, a quien, como dije llama carne? Pues no por tener carne (que no tiene el demonio), sino por vivir conforme a sí propio, esto es, según el hombre, se hizo el hombre semejante al demonio, el cual también quiso vivir conforme a sí propio "cuando no perseveró en la verdad" [14] para hablar mentira, movido, no de Dios, sino de sí propio, que no sólo es mentiroso, sino padre de la mentira. El fué el primero que mintió, por él principió el pecado y por él tuvo su origen la mentira.

[9] Sap., 9, 15.

[10] 2 Cor., 4, 16; 5, 1 sig.

[11] Sap., 9, 15.

[12] Virg., Aen., VI, 730, sig.

Igneus est illis vigor, et coelestis origo
Seminibus quantun non noxia corpora tardant,
Terrenique hebetant artus morihundaque membra.
....
Hinc metuunt cupiuntque, dolent gaudentque, nec auras
Suspiciunt, clausae tenebris et carece coeco.

[13] Gal., 5, 20.

[14] Io., 8, 44.

Capítulo IV

¿QUÉ ES VIVIR SEGÚN EL HOMBRE Y VIVIR SEGÚN DIOS?

Cuando vive el hombre según el hombre y no según Dios, es semejante al demonio; porque ni el ángel debió vivir según el ángel, sino según Dios, para que perseverara en la verdad y hablara verdad,

que es fruto propio de Dios y no mentira, que es de su propia cosecha; por cuanto aun del hombre, dice el mismo apóstol en otro lugar [15]: "si con mi mentira campea más y sale más ilustre y tersa la verdad de Dios", a la mentira la llamó mía y a la verdad de Dios.

Por eso cuando vive el hombre según la verdad, no vive conforme a sí mismo, sino según Dios; porque el Señor es el que dijo [16]: "Yo soy la verdad"; y cuando vive conforme a sí mismo, esto es, según el hombre y no según Dios, sin duda que vive según la mentira, no porque el mismo hombre sea mentira, pues Dios que es autor y criador del hombre, no es autor ni criador de la mentira, sino porque de tal suerte crió Dios recto al hombre, que viviese no conforme a sí mismo, sino conforme al que le crió, esto es, para que hiciese, no su voluntad, sino la de su Criador, que el no vivir en el mismo estado en que fué criado para que viviese, es la mentira; porque quiere ser bienaventurado aun no viviendo de modo que lo pueda ser; ¿y qué cosa hay más falsa y mentirosa que esta voluntad?

Así, pues, no fuera de propósito puede decirse que todo pecado es mentira, porque no se forma el pecado sino con aquella voluntad con que queremos que nos suceda bien o con que no queremos que nos suceda mal; luego mentira es lo que, haciéndose para que nos vaya mejor, por ello nos va peor. ¿Y de dónde proviene esto sino de que sólo le puede venir el bien al hombre de Dios, a quien, pecando, desampara; y no de sí mismo, a quien siguiendo peca? Así como insinuamos que de aquí procedieron dos ciudades entre sí diferentes y contrarias, porque los unos vivían según la carne y los otros según el espíritu, del mismo modo podemos también decir que los unos viven según el hombre y los otros según Dios, porque claramente dice San Pablo [17]: "Y supuesto que hay entre vosotros emulaciones y contiendas, ¿acaso no sois carnales y vivís según el hombre?"; luego lo que es vivir según el hombre, eso es carnal, pues por la carne, tomada como parte del hombre, se entiende el hombre.

Poco antes había llamado animales a los hombres, a quienes después llama carnales, diciendo [18]: "Así como ningún hombre sabe los secretos del corazón humano, si no es el espíritu del hombre que está en él, así los de Dios ninguno los sabe si no es el espíritu de Dios, y nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que procede de Dios para conocer las mercedes y gracias que Dios nos ha hecho, las cuales, como las conocemos, así las predicamos no con palabras artificiosas y acomodadas a la sabiduría humana, sino con las que hemos aprendido del espíritu, declarando los misterios espirituales con términos y palabras espirituales, porque el hombre animal no entiende ni admite las cosas del espíritu de Dios, teniendo por necedad cuanto se aparta de lo que su sentido alcanza". Y a estos tales, esto es, a los carnales, dice poco después [19]: "Y yo, hermanos, no os pude hablar como a espirituales, sino como a carnales"; lo cual se entiende igualmente según la misma manera de hablar, esto es, tomando el todo por la parte, porque por el alma y por la carne, que son partes del hombre se puede significar el todo, que es el hombre, y así no es otra cosa el hombre animal que el hombre carnal, sino que lo uno y lo otro es una misma cosa, esto es, el hombre que vive según el hombre; así como tampoco se entiende otra cosa que hombres cuando se dice: "Ninguna carne se justificará por las obras de la ley" [20], o cuando dice [21]: "setenta y cinco almas bajaron con Jacob a Egipto", porque en estos lugares por ninguna carne se entiende ningún hombre y por setenta y cinco almas se entienden setenta y cinco hombres [22].

Lo que dijo, "no con palabras artificiosamente compuestas y acomodadas a la humana sabiduría", pudo decirse también a la carnal sabiduría; así como lo que dijo: "Vivís según el hombre", pudo decirse según la carne; y más se declaró esto, cuando añadió [23]: "Porque diciendo unos: yo soy de Pablo; y otros: yo soy de Apolo, ¿acaso no manifestáis que sois hombres?". Lo que antes dijo: Sois animales y sois carnales, más clara y expresamente lo dice aquí: Sois

hombres, es decir: vivís según el hombre y no según Dios, que si según él vivieseis, seríais dioses.

[15] Rom., 3, 7.

[16] Io., 14, 6.

[17] 1 Cor., 3, 3.

[18] 1 Cor., 2, 11

[19] 1 Cor., 3, 1.

[20] Rom., 3, 20.

[21] Gen., 46, 27.

[22] Sigue la versión de los Setenta, pues la Vulgata no señala sino setenta almas, aun cuando la misma Vulgata, en los Hechos de los Apóstoles (cap. VII, 14), enumera setenta y cinco. [23] 1 Cor., 3, 4.

Capítulo V

AUNQUE ES MÁS TOLERABLE LA OPINIÓN DE LOS PLATÓNICOS QUE LA DE LOS MANIQUEOS SOBRE LA NATURALEZA DEL CUERPO Y DEL ALMA, CON TODO, TAMBIÉN AQUÉLLOS SON REPROBADOS, PORQUE LAS CAUSAS DE LOS VICIOS LAS ATRIBUYEN A LA NATURALEZA DE LA CARNE.

En nuestros vicios y pecados no hay motivo para que acusemos con ofensa e injuria del Criador a la naturaleza de la carne, la cual en su orden y especie es buena; pero el vivir según el bien criado, dejando el bien, que es su Criador, no es bueno, ya elija uno vivir según la carne, o según el alma, o según todo el hombre que consta de alma y carne, que es donde le podemos llamar también con sólo el nombre del alma y con sólo el nombre de la carne. Porque el que estima como sumo bien a la naturaleza del alma y acusa como mala a la naturaleza de la carne, sin duda que carnalmente ama al alma, y que carnalmente aborrece a la carne; pues, lo que siente, lo siente con vanidad humana y no con verdad divina.

Y aunque los platónicos no proceden con tanto error como los maniqueos [24], aborreciendo los cuerpos terrenos como a naturaleza mala, supuesto que atribuyen todos los elementos de que este mundo visible y material está compuesto, y todas sus cualidades a Dios como a su verdadero artífice, con todo, opinan que las almas de tal suerte son afectadas por los miembros terrenos y mortales, que de aquí les proceden los afectos de los deseos y temores, de la alegría y de la tristeza; en cuyas cuatro perturbaciones, como las llama Cicerón [25], o pasiones, como muchos palabra por palabra lo interpretan del griego, consiste todo el vicio de la vida humana; lo cual, si es cierto, ¿por qué en Virgilio se admira Eneas de esta opinión oyendo en el infierno a su padre que las almas habían de volver a sus cuerpos, y exclamando: "¡Oh padre mío! [26]. ¿Es posible que hemos de creer que algunas de estas almas han de subir desde aquí a ver el cielo, y que han de volver a encerrarse en la estrecha concavidad de los cuerpos? ¿Qué deseo tan horrible y abominable es este que tienen de vivir los miserables?". ¿Por ventura este tan detestable deseo aún permanece en aquella tan celebrada pureza de las almas, heredado de los terrenos e inmortales miembros? ¿Acaso dice que no están ya limpias y purgadas de todas estas pestes corpóreas cuando otra vez principian a querer volver a los cuerpos?

De donde se infiere que aunque fuera cierto lo que es totalmente falso, el que sea una alternativa sin cesar la purificación y profanación de las almas que van y vuelven, con todo, no puede decirse con verdad que todos los movimientos malos y viciosos de las almas nacen y provienen de los cuerpos terrenos, supuesto que, según ellos (como el famoso poeta lo dice), es tanta verdad que aquel horrible deseo no procede del cuerpo, de modo que al alma que está ya purificada de toda pestilencia y contagio corporal, y fuera de todo lo que es cuerpo, la puede compeler y forzar a que vuelva al cuerpo; y así también por confesión de ellos, el alma no sólo se altera y turba movida de la carne, de manera que desee, tema, se alegre y

entristezca, sino que también de suyo y de sí propia puede moverse con estas pasiones.

[24] Los maniqueos sostienen que toda carne no es producción de Dios, sino del demonio; por eso amonestan a los oyentes que no maten los animales, para no ofender a los príncipes de las tinieblas. [25] Tusc., 4, 6.

[26] Aen., VI, 719, sig.

O Pater, anne aliquas ad coelum hinc ire putandum est

Sublimes animas? iterumque ad tarda reverti

Corpora? Quae lucis miseris tam dira cupido?

Capítulo VI

DE LA NATURALEZA DE LA VOLUNTAD HUMANA, SEGÚN LA CUAL LAS PASIONES DEL ALMA VIENEN A SER O MALAS O BUENAS.

Lo que importa es qué tal sea la voluntad del hombre, porque si es mala, estos movimientos serán malos, y si es buena no sólo serán inculpables, sino dignos de elogio, puesto que en todos ellos hay voluntad, o, por mejor decir, todos ellos no son otra cosa que voluntades; porque, ¿qué otra cosa es el deseo y alegría sino una voluntad conforme con las cosas que queremos? ¿Y qué es el miedo y la tristeza sino una voluntad disconforme a las cosas que no queremos? Pero cuando nos conformamos deseando las cosas que queremos, se llama deseo, y cuando nos conformamos gozando de los objetos que nos son más agradables y apetecibles, se llama alegría, y asimismo cuando nos es menos conforme y huimos de lo que no queremos que nos acontezca, tal voluntad se llama miedo, y cuando nos conformamos y huimos de lo que con nuestra voluntad nos sucede, tal voluntad es tristeza, y sin duda alguna que según la variedad de las cosas que se desean o aborrecen, así como se paga de ellas u ofende la voluntad del hombre, así se muda y convierte en estos o aquellos afectos, por lo que el hombre que vive según Dios y

no según el hombre, es necesario que sea amigo de lo bueno, de donde se sigue que aborrezca lo malo; y porque ninguno naturalmente es malo, sino que es malo por su culpa y vicio, el que vive según Dios debe aborrecer de todo corazón a los malos [27], de suerte que ni por el vicio aborrezca al hombre, ni ame el vicio por el hombre, sino que aborrezca al vicio y ame al hombre, porque, quitando el vicio, resultará que todo deba amarse y nada aborrecerse.

[27] Ps., 138, 22.

Capítulo VII

QUE EL AMOR Y DILECCIÓN INDIFERENTEMENTE SE USA EN LA SAGRADA ESCRITURA EN BUENO Y MAL SENTIDO.

Porque todo el que quiere amar a Dios, y no según el hombre, sino según Dios, amar al prójimo como así mismo, sin duda por este amor se llama de buena voluntad, la cual en la Escritura suele llamarse ordinariamente caridad, aunque también se la denomina amor, porque hasta el apóstol [28] dice: "que debe ser amador o amigo de lo bueno aquel que él manda elegir para gobernar el pueblo", y el mismo Señor, preguntando y diciendo al apóstol San Pedro [29]: "¿me quieres más que éstos?" respondió: "Señor, tú sabes que te amo". En otra ocasión le preguntó, no si le amaba, sino si le quería Pedro, quien respondió otra vez: "señor, tú sabes lo que te amo"; pero en la tercera pregunta tampoco dice el Salvador ¿me quieres?, sino ¿me amas?; donde prosiguiendo el evangelista, dice "que se entristeció Pedro porque tercera vez le preguntó si le amaba". Habiendo dicho el Señor, no tres veces, sino una, "¿me amas?", y dos veces "¿me quieres?", se da a entender claramente que cuando asimismo decía el Señor: "¿me quieres?" no decía otra cosa que "¿me amas?". Pero San Pedro no mudó la palabra de su interior sentimiento, que era una misma, sino que tercera vez respondió: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo".

He dicho esto, porque algunos piensan [30] que una cosa es la dilección o caridad, y otra el amor, pues dicen que la dilección debe tomarse en buen sentido y el amor en malo; sin embargo, es innegable que ni los autores profanos han usado de esta distinción, y, así, advierten los filósofos si ponen diferencia en esta expresión, o cómo la ponen, en atención a que sus libros con bastante claridad nos insinúan cómo estiman y aprecian al amor en buena parte, y para con el mismo Dios; sin embargo, fué necesario manifestar cómo las escrituras de nuestra santa religión, cuya autoridad anteponemos a otra cualesquiera literatura o ciencia, no constituyen diferencia entre el amor y la dilección o caridad, porque ya hemos demostrado cómo también el amor se dice en buen sentido.

Mas porque ninguno imagine que el amor se dice en buena y en mala parte, y que la dilección no, sino en buena, advierta lo que dice el real profeta: "Quien pone su dilección o cariño en la iniquidad aborrece a su alma" [31]; y el apóstol San Juan [32]: "Si alguno pusiere su corazón y dilección en el mundo, en este tal no hay dilección y caridad de Dios".Y ved aquí en un mismo lugar la dilección en bueno y en mal sentido. Que el amor se tome en malo, porque en bueno ya le hemos demostrado, lean lo que dice la Sagrada Escritura: "Serán entonces los hombres amigos y apasionados de sí mismos y amadores del dinero" [33]. De modo que la voluntad recta es buen amor, y la voluntad perversa mal amor; en el infierno a su padre que las almas habían el amor, pues, que desea tener lo que ama es codicia, y el que lo tiene ya y goza de ello alegría, el amor que huye de lo que le es contrario es temor, y si lo que le es contrario le sucede, sintiéndolo es tristeza; y así estas cualidades son malas si el amor es malo, y buenas si es bueno.

Pero probemos, y comprobémoslo con las sagradas letras. El apóstol dice [34]: "Desea morir y hallarse con Cristo" y más acomodadamente: "Deseó mi alma grandemente en todo tiempo aficionarse a tus preceptos y mandamientos, y el amor de la sabiduría

nos conduce al reino eterno" [35]. Pero comúnmente hemos convenido en que al decir codicia o concupiscencia, si no añadimos de qué es la codicia o concupiscencia, no se puede tomar sino en mala parte. La alegría en el salmo se toma en buena parte [36]: "alegraos en el Señor y regocijaos los justos"; [37] "diste alegría a mi corazón"; y [38] "me llenarás de alegría con tu presencia". El temor se toma en buen sentido en el apóstol donde dice [39]: "Atended a lo que toca a vuestra salvación con temor y temblor"; y [40] "no te engrías y ensoberbezcas, sino teme"; y [41] "temo no suceda que, como la serpiente con su astucia embaucó y engañó a Eva, así se profanen vuestras potencias interiores, y se desvíen de la castidad y pureza que se debe a Cristo". Pero acerca de la tristeza a la que llama Cicerón [42] aegritudo, y Virgilio [43] dolor, donde dice dolent, gaudentque, duélense, y se alegran (sin embargo, yo tuve por más conveniente llamarla tristeza, porque la aegritudo o el dolor más ordinariamente se dice de los cuerpos) es más dificultosa la duda, sobre si puede entenderse en buen sentido.

[28] 1 Tim., 3, 1.

[29] Io., 21, 15, sig.

[30] Orígenes explica el uso de la Escritura en este sentido: (Hom. s. in Cant. Canticorum). [31] Ps., 10, 5.

[32] 1 Io., 2, 15.

[33] 2 Tim., 3, 2.

[34] Phil., 1, 23.

[35] Sap., 6, 21.

[36] Ps., 31, 11.

[37] Ps., 4, 8.

[38] Ps., 15, 11.

[39] Phil., 2, 12.

[40] Rom., 11, 21.

[41] 2 Cor., 11, 3.
[42] Trusc., III, 10.
[43] Aen., VI, 733.

Capítulo VIII

DE LAS TRES PERTURBACIONES O PASIONES QUE QUIEREN LOS ESTOICOS QUE SE HALLEN EN EL ÁNIMO DEL SABIO, EXCEPTO EL DOLOR O LA TRISTEZA, LO CUAL NO DEBE ADMITIR O SENTIR LA VIRTUD DEL ÁNIMO.

De las que los griegos llaman eupathías, y nosotros podemos decir pasiones buenas, y Cicerón en el idioma latino llamó constancias, los estoicos no quisieron que hubiese en el ánimo del sabio más que tres en lugar de tres pasiones, por el deseo o voluntad, por la alegría gozo, por el temor cautela; pero en lugar del dolor (a que nosotros, por huir de la ambigüedad, quisimos llamar tristeza) dicen que no puede haber objeto alguno en el ánimo del sabio; porque la voluntad, apetece y desea lo bueno, lo que hace el sabio; el gozo es del bien conseguido, lo cual donde quiera alcanza el sabio; la cautela evita el mal, lo que debe obviar el sabio.

Pero la tristeza, porque es del mal que ya sucedió son de opinión los estoicos que ningún mal puede traer al sabio, y dicen que en lugar de ella no puede haber otra igual en su ánimo; así les parece que, fuera del sabio, no hay quien quiera, goce y se guarde, y que el necio no hace si no desear, alegrarse, temer y entristecerse; y que aquellas tres son constancias, y estas cuatro perturbaciones, según Cicerón, y según muchos, pasiones. En griego aquellas tres como insinué, se llaman eupathías, y estas cuatro pathías.

Buscando yo con la mayor diligencia que pude si este lenguaje cuadraba con el de la Sagrada Escritura, hallé lo que dice el profeta [44]: "No se gozan los impíos, dice el Señor", como que los impíos pueden más alegrarse que gozarse de los males, porque el gozo propiamente es de los buenos y piadosos. Asimismo en el Evangelio

se lee: "Todo lo que queréis que os hagan los hombres, eso mismo haréis vosotros con ello", y parece que lo dice porque ninguno puede querer algún objeto mal o torpemente, sino desearlo. Finalmente, algunos intérpretes por el estilo común de hablar, añadieron todo lo bueno, y así interpretaron: "Todo el bien que queréis que os hagan a vosotros los hombres"; porque les pareció que era necesario excusar que ninguno quiera que los hombres le hagan acciones inhonestas e indebidas, y por calar las torpes, a lo menos los banquetes excesivos y superfluos, en los cuales, haciendo el hombre lo mismo, le parezca que cumplirá con este precepto. Pero en el Evangelio citado en idioma griego, de donde se tradujo al latino, no se lee lo bueno, sino [45]: "Todo lo que queréis que hagan con vosotros los hombres, eso mismo haréis vosotros con ellos"; imagino que lo dice así, porque cuando dijo, queréis, ya quiso entender lo bueno, porque no dice cupitis, lo que deseáis; sin embargo, no siempre debemos estrechar nuestro lenguaje con estas propiedades, aunque algunas veces debemos usar de ellas; y cuando las leemos en aquellos de cuya autoridad no es lícito desviarnos, entonces se deben entender, cuando el buen sentido no puede hallar otro significado, como son las autoridades que hemos alegado, así de los profetas como del Evangelio. Porque ¿quién ignora que los impíos se regocijan y alegran? Sin embargo, dice el Señor que no se gozan los impíos; ¿y por qué, sino porque cuando este verbo guadere o gozarse, se pone propiamente y en su peculiar sentido significa otra cosa?

Asimismo, ¿quién puede negar que está bien mandado que lo que deseamos que otros hagan con nosotros, eso mismo hagamos nosotros con ellos, para que no nos demos unos a otros, deleites y gustos torpes? Y con todo, es precepto muy saludable y verdadero: "Todo lo que queréis que hagan los hombres con vosotros, eso mismo haréis vosotros con ellos". Y esto ¿por qué, sino porque, en este lugar, la voluntad se usa en sentido propio sin que se pueda tomar en mala parte? Pero ¿no diríamos en el lenguaje más común que usamos [46]: "No queráis mentir toda mentira", si no hubiese también voluntad

mala, de cuya malicia se diferencia aquella voluntad que nos anunciaron y predicaron los ángeles, diciendo [47]: "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad"; porque inútilmente se dice de buena, si no puede ser sino buena? ¿Y qué alabanza hubiera hecho el apóstol de la caridad, al decir: "No se alegra del pecado" [48], sino se alegrara con él la malicia?

Pues, hasta en los autores profanos se halla esta diferencia de palabras, porque Cicerón, famoso orador, dijo [49]: "Deseo, padres conscriptos, ser clemente"; habiendo puesto este verbo cupío en bien, ¿quién hay tan poco erudito que no piense que mejor debía decir volo que cupío? Y en Terencio, un joven libertino llevado de su deshonesto apetito", dice [50]: "Nada quiero sino a Filomena"; y que esta voluntad era deshonesta, bastantemente lo manifiesta la respuesta que allí da un criado anciano, porque dice a su amo: "¿Cuánto mejor te fuera buscar un medio para desechar este temor de tu corazón, que hablar expresiones con que en vano vayas encendiendo más y más el voraz fuego de tu apetito?" Y que lo que es gaudium o gozo lo hayan también descrito en mal sentido, lo manifiesta aquel verso de Virgilio, donde con suma brevedad comprendió estas cuatro perturbaciones: "De este peso terreno les proviene dolerse, desear, temer, gozar" [51]. Dijo también el mismo poeta: :Los malos gozos del alma:, por los ilícitos placeres [52].

Por lo tanto los buenos y los malos quieren, se guardan, temen y goza; y por decir lo mismo con otras palabras, los buenos y los malos desean, temen y se alegran; pero los unos bien y los otros mal, según que es buena o mala su voluntad. Y aun la tristeza, en cuyo lugar dicen los estoicos que no se puede hallar cosa alguna en el alma del sabio, se halla usada en buena parte, y principalmente entre los nuestros; porque el apóstol elogia a los corintios de que se hubiesen entristecido según Dios.

Pero dirá alguno acaso que el apóstol les dio el parabién de que se hubiesen acongojado haciendo penitencia, y semejante tristeza no la

puede haber sino en los que pecaron; porque dice así [53]: "Veo que aquella carta, aunque sólo por algún tiempo, os entristeció; pero ahora me lisonjeo y lleno de placer, no porque os habéis acongojado, sino porque os habéis entristecido para hacer penitencia; pues os habéis contristado según Dios, de manera que por mí no ha venido ningún daño o detrimento, porque la tristeza que es según Dios, causa en el hombre para su salud espiritual una penitencia y arrepentimiento inarrepentible; pero la tristeza del mundo motiva la muerte, porque ya veis como esto mismo que es entristecerse según Dios, cuánta solicitud y cuidado pone en nosotros".

Y conforme a esta doctrina pueden los estoicos responder por su parte que la tristeza parece muy útil para que se duelan y arrepientan de su pecado, y que en el ánimo del sabio no puede haber causa, porque no hay pecado cuyo arrepentimiento le cause tristeza, ni puede existir algún otro mal cuya pasión y dolor le contriste; porque aun de Alcibíades refieren (si no me engaña la memoria en el nombre de la persona), que creyendo era bienaventurado, oyendo los discursos e instrucciones de Sócrates, que le manifestaron era miserable por ser necio e ignorante, se cuenta que lloró.

Así que la necedad fue aquí la causa propia de esta útil e importante tristeza con que el hombre se duele de no ser lo que debe ser; mas los estoicos dicen que no el necio sino el sabio es incapaz de tristeza.

[44] Isai., 57, 21.

[45] Mt., 7, 12.

[46] Eccli., 7, 13.

[47] Luc., 2, 14.

[48] 1 Cor., 13, 6.

[49] Cat., 1, 2, 4.

[50] Andr., 2, 1, 6, sig.

[51] Aen., VI, 733.

Hinc metuunt, cupiuntque, dolent, gaudentque.

[52] Aen., VI, 278.

Mala mentis gaudia.

[53] 2 Cor., 7, 8, sig.

Capítulo IX

DE LAS PERTURBACIONES DEL ÁNIMO, CUYAS AFECCIONES SON RECTAS EN LA DE LOS JUSTOS.

Pero a estos filósofos, respecto a la cuestión sobre las perturbaciones del ánimo, ya les respondimos cumplidamente en el libro IX de esta obra [54], manifestando cómo ellos disputaban, no tanto sobre las cosas como sobre las palabras, mostrándose más aficionados a disputar y porfiar ridículamente que a investigar de raíz la verdad; pero entre nosotros (conforme a lo que dicta la Sagrada Escritura y la doctrina sana), los ciudadanos de la ciudad santa de Dios, que en la peregrinación de la vida mortal viven según Dios, éstos, digo, temen, desean, se duelen y alegran.

Y por cuanto su amor o voluntad es recta e irreprensible, todas estas afecciones las poseen también rectas, temen el castigo eterno, duélense verdaderamente por lo que sufren [55]: "Porque ellos aquí entre sí mismos gimen y suspiran, para que se verifique en ellos la adopción, esperando la redención e inmortalidad de su cuerpo, alegrándose por la esperanza" [56], "porque se cumplirá ciertamente lo que está escrito en caracteres indelebles, que la muerte quedará absorbida y vencida por el triunfo y victoria de Jesucristo".

Asimismo temen pecar y ofender a la Majestad Divina; desean perseverar en la gracia; duélense de los pecados cometidos, y se alegran de las buenas obras; pues para que teman el caer en la culpa, les dice el Salvador [57]: "Qué crecerá tanto la iniquidad, que se entibiará la caridad de muchos"; y para que deseen perseverar, les dice [58]: "El que perseverare hasta el fin, se salvará". Para que se

duelan de los pecados, les advierte San Juan [59]: :Si dijésemos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos alucinamos y engañamos, y no hay verdad en nosotros".

Para que se llenen de gozo por las buenas obras, les certifica San Pablo [60]: "Que ama Dios al que da lo que da con alegría y de buena voluntad"; y asimismo, según son débiles o fuertes, temen o apetecen las tentaciones; porque, para temerlas, oyen [61]: "Si alguno _ dice el apóstol _ cayere en algún crimen, vosotros los que sois más espirituales, mirad por él, procurando levantarle con espíritu de mansedumbre, considerando que cada uno en sí mismo que puede también precipitarse en el abismo del pecado"; y para desearlas, oyen que dice un varón fuerte de la Ciudad de Dios, esto es, el real profeta David [62]: "Pruébame Señor, y tiéntame, abrasa y consume mis entrañas y mi corazón". Para que se duelan en ellas advierten cómo llora amargamente san Pedro; para que se alegren de ellas, escuchan, como dice Santiago [63]: "Estimad por sumo contento cuando os vieseis afligidos de varias tentaciones".

Y no sólo por sí propios se mueven con estos afectos, sino también por las personas que desean eficazmente se salven y temen se pierdan, sienten entrañablemente si se pierden, y se alegran sobremanera si se salvan, porque tienen puestos los ojos en aquel santo y fuerte varón [64] que se gloría en sus dolores y aflicciones (para citar nosotros que hemos venido a la iglesia de Jesucristo de en medio de los gentiles a aquel que es doctor de las gentes [65] en la fe y la verdad [66], que trabajó más que todos sus compañeros los apóstoles, y con más cartas instruyó al pueblo de Dios, no sólo a los que tenía presentes, sino también a los que preveía que habían de venir) porque tenían, digo, puestos los ojos en aquel San Pablo, campeón y atleta de Jesucristo [67], enseñado e instruido por el mismo Salvador, ungido por él, crucificado con él, glorioso y triunfante en él [68]; a quien en el teatro de este mundo, donde vino a ser "espectáculo de los ángeles y de los hombres" [69], miramos con satisfacción y con los ojos de la fe,

luchando el gran combate [70] "corriendo en busca de la palma y gloria de la soberana vocación, y caminando siempre adelante", viéndole como [71], "se alegra con los alegres y lloran con los que lloran" [72], "cómo fuera padece persecuciones, y dentro temores" deseando [73] "apartarse ya de su cuerpo, y hallarse con Cristo" con ansia de ver "a los romanos [74] por tener algún fruto en ellos como en las demás gentes", "estimulando a los corintios, y temiendo con el mismo celo que no les engañen y desvíen sus almas de la fe y pureza que deben a Cristo" [75], teniendo "una gran tristeza y continuo dolor de corazón por los israelitas" [76], porque "ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya, no estaban sujetos a la justicia de Dios" [77], y no sólo manifestando su dolor, sino "también sus lágrimas por algunos que habían pecado y no habían hecho penitencia de sus deshonestidades y fornicaciones" [78].

Si estos movimientos y afectos que proceden del amor del bien y de una caridad santa se deben llamar vicios, permitamos asimismo que a los verdaderos vicios los llamen virtudes; pero siguiendo estas afecciones a la buena y recta razón, cuando se aplican donde conviene, ¿quién se atreverá a llamarlas en este caso flaquezas o pasiones viciosas? Por lo cual el mismo Señor, queriendo pasar la vida humana en forma y figura de siervo, pero sin tener pecado, usó también de ellas cuando le pareció conveniente, porque de ningún modo, en el que tenía verdadero cuerpo de hombre y verdadera alma de hombre era falso el afecto humano.

Cuando se refiere del Redentor en el Evangelio "que se entristeció con enojo por la dureza del corazón de los judíos" [79], y cuando dijo [80]: "Me alegro por causa de vosotros, para que creáis" cuando habiendo de resucitar a Lázaro lloró" [81], cuando deseó comer la pascua con sus discípulos [82], cuando acercándose su pasión estuvo triste su alma hasta la muerte [83], sin duda que esto no se refiere con mentira; pero el Señor, por cumplir seguramente con el misterio de la Encarnación, admitió estos movimientos y extrañas impresiones con

ánimo humano cuando quiso; así como cuando fué su divina voluntad se hizo hombre.

Por eso no puede negarse que, aun cuando tengamos estos afectos rectos, y según Dios, son de esta vida y no de la futura que esperamos, y muchas veces nos rendimos a ellos, aunque contra nuestra voluntad. Así que, en algunas ocasiones, aunque nos movamos, no con pasión culpables, sino con amor y caridad loable, aun cuando no queremos, lloramos. Los tenemos, pues, por flaqueza de la condición humana, pero no los tuvo así Cristo Señor nuestro, cuya flaqueza estuvo también en su mano y omnipotencia. Pero entretanto que conducimos con nosotros mismos la humana debilidad de la vida mortal, si carecemos totalmente de afectos, por el mismo hecho es prueba de que vivimos bien; porque el apóstol reprendía y abominaba de algunos [84], diciendo de ellos que no tenían afecto.

También culpó el real profeta a aquellos de quienes dijo [85]: "Esperé quien me hiciera compañía en mi tristeza, y no hubo uno solo". Porque no dolerse del todo mientras vivimos en la mortal miseria, como lo manifestó también uno de los filósofos de este siglo [86]: "No puede acontecer sin que el ánimo esté dominado de fiera crueldad y el cuerpo de insensibilidad". Por lo cual, aquella que en griego se llama apatía, y si pudiese ser, en latín se diría impasibilidad (porque sucede en el ánimo y no en el cuerpo), si la hemos de entender por vivir sin los afectos y pasiones que se rebelan contra la razón y perturban el alma, sin duda que es buena, y que principalmente debe desearse; pero tampoco se halla ésta en la vida actual, porque no son de cualesquiera, sino de los muy piadosos, justos y santos aquellas palabras [87]: "Si dijéremos que no tenemos pecado, a nosotros mismos nos engañamos, y no se halla verdad en nosotros".

Habrá, por consiguiente, apatía o imposibilidad cuando no haya pecado en el hombre; pero al presente bastante bien se vive si se vive sin pecado que sea grave; y el que piensa que vive sin pecado lo que

consigue es, no carecer de pecado, sino más bien no alcanzar perdón. Y si ha de decirse apatía o impasibilidad cuando totalmente en el ánimo no puede haber algún afecto, ¿quién no dirá que esta insensibilidad es peor que todos los vicios?.

Por eso, sin que sea absurdo, puede decirse que en la perfecta bienaventuranza no ha de haber estímulo o vestigio de temor o de tristeza; pero que no haya de haber en la celestial patria amor y alegría, ¿quién lo puede decir sino el que estuviere del todo ajeno de la verdad? Mas si es apatía o impasibilidad no tener miedo alguno que nos espante, ni dolor que nos aflija, la debemos huir en esta vida, si queremos vivir rectamente, esto es, según Dios; y sólo en la bienaventurada la podemos esperar. Porque el temor de quien dice el apóstol San Juan [88]: "En la caridad no hay temor, antes la caridad perfecta echa fuera el temor, porque va acompañado de pena y de tristeza, y el que teme no ha llegado a la perfección de la caridad", no es ciertamente de la calidad de aquel con que temía el apóstol San Pablo [89] que los corintios fuesen seducidos y engañados con alguna infernal astucia, porque este temor no sólo le hay en la caridad, sino que sólo le hay en la caridad. El temor que no se halla en la caridad, es aquel del que dijo el mismo apóstol San Pablo [90]: "No habéis vuelto a recibir espíritu de servidumbre y temor". El temor casto y santo "que permanece en los siglos de los siglos" [91]; si es que ha de existir también en el otro siglo (porque cómo puede entenderse de otra manera que permanece en los siglos de los siglos), no es temor que nos refrena y aparta del mal que puede acontecer, sino que persevera en el bien que no puede perderse, porque donde hay amor inmutable del bien conseguido, sin duda, si puede decirse así, seguro está el temor de que ha de guardarse del mal.

Con el nombre de temor casto se nos significa aquella voluntad con que será necesario que no queramos ya pecar, y que nos guardemos de pecado, no porque temamos que nuestra flaqueza nos induzca al pecado, sino por la tranquilidad con que la caridad evitará

el pecado, y no ha de haber temor de ninguna especie en aquella cierta seguridad de los perpetuos y bienaventurados gozos y alegrías. Así se dijo: "El temor del Señor es casto y santo, perdurable en los siglos de los siglos:, como se dijo: "La paciencia de los pobres no perecerá eternamente" [92], porque la paciencia no ha de ser eterna, supuesto que no es necesaria sino donde se hayan de padecer trabajos, mientras que será eterna la felicidad a donde se llega por la tolerancia. Por eso se dijo que el temor santo permanece y dura por los siglos de los siglos, porque permanecerá aquello a donde nos conduce el mismo temor.

Y siendo esto cierto, ya que hemos de vivir una vida recta e irreprensible para llegar con ella a la bienaventuranza, todos estos afectos los tiene rectos la vida justificada, y la perversa perversos.

La vida bienaventurada y la que será eterna tendrá amor y gozo, no sólo recto, sino también cierto, y no tendrá temor ni dolor, por donde se deja entender y se nos descubre con toda evidencia cuáles deben ser en esta peregrinación los ciudadanos de la Ciudad de Dios, que viven según el espíritu y no según la carne, esto es, según Dios, y no según el hombre, y cuáles serán en aquella inmortalidad a donde caminan, porque la ciudad, esto es, la sociedad de los impíos que viven según el hombre, y no según Dios, y que en el mismo culto falso y en el desprecio del verdadero Dios siguen las doctrinas de los hombres o de los demonios, padece los combates de estos perversos afectos como malignas enfermedades y turbaciones del ánimo, y si hay algunos ciudadanos en ella que parece templan y moderan semejantes movimientos, la arrogante impiedad los ensoberbece de manera que por lo mismo es en ellos mayor la vanidad, cuanto son menores los dolores.

Y si algunos, con una vanidad tanto más intensa cuanto más rara, han pretendido y deseado que ningún afecto los levante ni engrandezca, y que ninguno los abata y humille, más bien con esto han venido a perder toda humanidad, que llegado a conseguir la

verdadera tranquilidad, pues no porque alguna materia esté dura, está recta, o lo que está insensible está sano [93].

[54] Cap., 4, 5.

[55] Rom., 8, 23.

[56] 1 Cor., 15, 54.

[57] Mt., 24, 12.

[58] Mt., 10, 22.

[59] 1 Io., 1, 8.

[60] 2 Cor., 9, 7.

[61] Gal., 6, 1.

[62] Ps., 25, 2.

[63] Jac., 1. 2.

[64] 2 Cor., 12, 5.

[65] 1 Tim., 2, 7.

[66] 1 Cor., 15, 10.

[67] Gal., 1, 12.

[68] 2 Cor., 1, 2; Gal., 2, 20.

[69] 1 Cor., 4, 9.

[70] Phil., 3, 14.

[71] Rom., 12, 15.

[72] 2 Cor., 7, 5.

[73] Phil., 1, 23.

[74] Rom., 1, 11.

[75] 2 Cor., 11, 2, sig.

[76] Rom., 9, 2.

[77] Rom., 10, 3.

[78] 2 Cor., 12, 21.

[79] Marc., 3, 5.

[80] Io., 11, 15.

[81] Io., 11, 35.

[82] Luc., 22, 15.

[83] Mt., 26, 38.

[84] Rom., 1, 31.

[85] Ps., 68, 21.

[86] Cic. (Tusc., III, 6). Este filósofo es el Académico Crantor. [87] 1 Io., 1, 8.

[88] 1 Io., 4, 18.

[89] 2 Cor., 11, 3.

[90] Rom., 8, 15.

[91] Ps., 18, 10.

[92] Ps., 9, 19.

[93] Los médicos, cuando no pueden curar algún miembro enfermo, a veces le insensibilizan, no porque así quede sano, sino para impedir el dolor.

Capítulo X

SI ES CREÍBLE QUE LOS PRIMEROS HOMBRES EN EL PARAÍSO, ANTES QUE PECARAN, NO SINTIERON PASIÓN O PERTURBACIÓN ALGUNA.

Muy a propósito se pregunta si el primer hombre o las primeras personas (porque entre dos fué la unión del matrimonio) tenían estos afectos y pasiones en el cuerpo animal antes del pecado, cuales no los hemos de tener en el cuerpo espiritual después de purificado y consumado todo pecado; que si los tenían, ¿cómo eran tan bienaventurados en aquel famoso sitio de bienaventuranza, esto es, en el Paraíso? ¿Y quién absolutamente se puede llamar bienaventurado que sienta temor o dolor? ¿Y de qué podían temerse o dolerse aquellos hombres colmados de tantos bienes, donde, ni temían a la

muerte, ni alguna mala disposición del cuerpo, ni les faltaba cosa que pudiese alcanzar la buena voluntad, ni tenían cosa que ofendiese a la carne o al espíritu del hombre en aquella dichosa vida? Había en ellos amor imperturbable para con Dios, y entre sí los casados guardaban fiel y sinceramente el matrimonio, y de este amor resultaba inexplicable gozo, sin faltarles cosa alguna de las que amaban y deseaban para gozarlo. Había una apacible y tranquila aversión al pecado, con cuya perseverancia por ningún otro extremo les sobrevenía mal alguno que les entristeciese. ¿Acaso dirá alguno que deseaban tocar el árbol cuya fruta les estaba prohibido comer, pero temían morir, y, según esto, ya el deseo, ya el miedo, inquietaba a aquellos espíritus en aquel delicioso jardín?

Líbrenos Dios de imaginar que hubiera cosa semejante donde no había género de pecado; porque no deja de ser pecado desear lo que prohíbe la ley de Dios, y abstenerse de ello por temor de la pena, y no por amor a la justicia. Dios nos libe, digo, que antes de haber pecado alguno, cometiesen ya el de hacer con el árbol de la fruta prohibida, lo que de la mujer dice el Señor [94]: "Que el que mira a la mujer para desearla, ya peca con ella en su corazón".

Así, pues, tan felices como fueron los primeros hombres sin padecer perturbación alguna de ánimo, y sin sufrir incomodidad alguna en el cuerpo, tan dichosa fuera la sociedad humana si ni ellos cometieran el mal que traspasaron a sus descendientes, ni alguno de sus sucesores cometiese pecado alguno por donde mereciera ser condenado; permaneciendo esta felicidad hasta que por aquella bendición de Dios: "Creced y multiplicaos" [95] se llenara el número de los santos predestinados, y consiguieran otra mayor, cual se les dio a los bienaventurados ángeles, donde tuvieran seguridad cierta de que ninguno había de pecar, ni había de morir; y fuera tal la vida de los santos sin haber sabido qué cosa era trabajo o dolor ni muerte, cuál será después la experiencia de todas estas cosas en la incorrupción e

inmortalidad de los cuerpos, luego que hubieren resucitado los muertos.

[94] Mt., 5, 28.

[95] Gen., 1, 28.

Capítulo XI

DE LA CAÍDA DEL PRIMER HOMBRE, EN QUIEN CRIÓ DIOS BUENA LA NATURALEZA, Y VICIADA NO LA PUDO REPARAR SINO SU AUTOR.

Porque Dios prevé y sabe todas las cosas, por eso no pudo ignorar que el hombre también había de pecar, y como el Señor lo previó y dispuso, debemos hablar de la Ciudad Santa según su presciencia, y no, según lo que no pudo llegar a nuestra noticia, afirmar que no estuvo en la previsión de Dios. Porque de ningún modo pudo el hombre con su pecado perturbar el divino consejo, como obligando a Dios a mudar lo que había determinado, habiendo previsto Dios con su presciencia lo uno y lo otro, esto es, cuán malo había de ser el hombre a quien crió bueno, y lo bueno que aun así había de hacer de él. Pues aunque se dice que muda Dios lo que una vez tenía determinado (y así la Sagrada Escritura [96] metafóricamente dice que Dios se arrepiente, dícese, de lo que el hombre esperaba, o según la disposición y orden de las cosas naturales, y no conforme a lo que Dios todopoderoso supo que había de hacer. Formó, pues, Dios, como lo insinúan las sagradas letras [97], al hombre recto, y por consiguiente, de buena voluntad, porque no fuera recto si no tuviera buena voluntad, y así la buena voluntad es obra de Dios, porque con ella crió Dios al hombre; pero la mala voluntad primera, que precedió en el hombre a todas las obras malas, antes fué un apartamiento o abandono de la obra de Dios, que obra alguna positiva, y fueron malas estas obras de la mala voluntad porque las hizo el hombre conforme a sí propio, y no según Dios, de suerte que la voluntad fuese como un árbol malo que produjo malos frutos, o si se quiere como el mismo hombre de mala voluntad.

Aunque esta mala voluntad no sea conforme a la naturaleza, sino contra la naturaleza, porque es vicio, con todo, es de la naturaleza del vicio, el cual no puede existir sino en la naturaleza, es decir, en aquella que fué criada de la nada, no en la que engendró el Criador de sí mismo, como engendró el Verbo por quien fueron criadas todas las cosas. Pues aunque formó Dios al hombre del polvo de la tierra, la misma tierra y toda la materia y máquina terrena la crió absolutamente de la nada, y criando el alma de nada la infundió en el cuerpo cuando hizo al hombre. Y en tanto grado aventajan los bienes a los males, que aunque los males se permitan para manifestar cómo puede también usar bien de ellos la providente justicia del Criador, sin embargo, pueden hallarse los bienes sin los males, como es el mismo verdadero y sumo Dios, y como son sobre este caliginoso aire las criaturas celestiales e invisibles; pero los males no se pueden hallar sin los bienes, porque las naturalezas en que se hallan, en cuanto son naturalezas, son, sin duda, buenas. Quítase el mal no quitando la naturaleza o alguna parte suya, sino corrigiendo y sanando la viciada y depravada.

El albedrío de la voluntad es verdaderamente libre, cuando no sirve a los vicios y pecados; tal nos le dio Dios, que en perdiéndole por nuestro propio pecado, no le podemos volver a recobrar, sino de mano del que nos le pudo dar. Y así dice la misma verdad [98]: "Si os librare el Hijo, entonces seréis verdaderamente libres", que es lo mismo que si se dijera: "Si el Hijo de Dios os salvare, entonces seréis ciertamente salvos, porque es Salvador por el mismo motivo que es libertador".

Vivía, pues, el hombre según Dios en el Paraíso corporal y espiritual, porque el Paraíso no era corporal por los bienes del cuerpo ni espiritual por los del espíritu, sino espiritual para que se gozara por los sentidos interiores, y corporal para que se gozara por los exteriores. Era verdaderamente lo uno y lo otro, por lo uno y por lo otro, hasta que aquel ángel soberbio y, por consiguiente, envidioso

por su soberbia, convirtiéndose en Dios a sí propio, y con arrogancia casi tiránica, deseando más tener súbditos que serlo, cayó del Paraíso espiritual (de cuya caída y la de sus compañeros que de ángeles de Dios se hicieron ángeles suyos, bastantemente traté, según mi posibilidad, en los libros XI y XII de esta obra) y deseando con astucia apoderarse del hombre a quien, porque perseveraba en su estado, habiendo él caído del suyo, tenía envidia, escogió a la serpiente en el Paraíso corporal, donde con aquellas dos personas, hombre y mujer, vivían también los demás animales terrestres sujetos y pacíficos sin hacer daño alguno; escogió, digo, a la serpiente, animal escurridizo que se mueve con torcidos rodeos, acomodado a su designio para poder hablar por ella, y habiéndola rendido por la presencia angélica y por la naturaleza más excelente con astucia espiritual y diabólica, y usando de ella como instrumento, cautelosamente comenzó a platicar con la mujer, empezando por la parte inferior de aquella humana compañía, para de lance en lance llegar al todo, juzgando que el varón no era tan crédulo y que no podía ser engañado sino cediendo y dejándose llevar del error del otro.

Así como Aarón [99] no consintió con el engañado pueblo en la construcción del ídolo siendo él engañado, sino que cedió y se dejó llevar forzado; ni es creíble que Salomón [100] con error pensase que tenía obligación de servir a los ídolos, sino que le compelieron a ejecutar semejantes sacrilegios los halagos y caricias de las mujeres, así se debe creer que Adán creyó a su mujer, como se cree uno a otro el hombre a los hombres, el marido a su mujer; para quebrantar la ley de Dios, no engañado y persuadido de que le decía verdad, sino por condescendencia con ella, obedeciéndola por el amor que la tenía.

Porque no en vano dijo el apóstol [101]: "Adán no fué engañado, la mujer fué la engañada", porque ella tomó como verdadero lo que le dijo la serpiente, y él no quiso apartarse de su única consorte ni en la participación del pecado. Mas no por eso fué menos reo y culpable,

sino que, sabiéndolo y viéndolo, pecó; y así no dice el apóstol no pecó, sino no fué engañado, porque ya manifiesta seguramente que pecó cuando dice [102]: "Por un hombre entró el pecado en el mundo"; y poco después más claramente: "A semejanza del pecado de Adán".

Por engañados quiso, pues, se entendiesen aquellos que piensan que lo que hacen no es pecado; pero Adán lo supo, porque de no saberlo, ¿cómo sería verdad que Adán no fué engañado?; aunque como no tenía experiencia del divino rigor y severidad, pudo engañarse en pensar y creer que el pecado era venial; y así por este camino, aunque no fué engañado en lo que la mujer lo fué, se engañó en cómo había de tomar y juzgar a Dios la excusa que había de dar, diciendo [103]: "La mujer que me diste por compañera, ella me dio y comí". ¿Para qué, pues, nos cansamos y alargamos en esto? Verdad es que ambos no fueron engañados, pero ambos pecaron, y por ello quedaron presos y enredados en los lazos del demonio.

[96] Gen., 6, 6.

[97] Eccle., 7, 30.

[98] Io., 8, 36.

[99] Exod., 32, 3, sig.

[100] III Reg., 11, 4.

[101] Tim., 2, 14.

[102] Rom., 5, 12, sig.

[103] Gen., 3, 13.

Capítulo XII

DE LA CALIDAD DEL PRIMER PECADO QUE COMETIÓ EL HOMBRE.

Si alguno dudase por qué la naturaleza humana no se muda con los otros pecados, como se mudó con el pecado de aquellos dos primeros hombres, quedando sujeta a la corrupción que vemos y sentimos, y por ella a la muerte, turbándose y padeciendo tanto número de

afectos tan poderosos y entre sí tan contrarios, de todo lo cual no sintió ella nada en el Paraíso antes del pecado, aunque estuviese en cuerpo animal; si alguno dudase, repito, y viere en esto dificultad, no por eso debe pensar que fué ligera y pequeña aquella culpa porque se hizo en cosa de comida, que no era mala ni dañosa sino en cuanto era prohibida; pues no criara Dios cosa mala ni la plantara en aquel lugar de tanta felicidad, sino que en el mandamiento les encargó y encomendó Dios la obediencia, virtud que en la criatura racional es en cierto modo madre y custodia de todas las virtudes, porque crió Dios a la criatura racional de manera que le es útil e importante el estar sujeta y muy perniciosos hacer su propia voluntad y no la del que la crió.

Así que este precepto y mandamiento de no comer de un solo género de comida, donde había tanta abundancia de otras cosas, mandamiento tan fácil y ligero de guardar, tan breve y compendioso para tenerle en la memoria, principalmente cuando aun el apetito no contradecía a la voluntad, lo cual se siguió después en pena de la infracción del precepto, con tanta mayor injusticia se violó y quebrantó con cuanta mayor facilidad y observancia se pudo guardar.

Capítulo XIII

EN EL PECADO DE ADÁN A LA MALA OBRA PRECEDIÓ LA MALA VOLUNTAD.

Antes empezaron a ser malos en secreto que viniesen a caer en aquella manifiesta desobediencia, porque no llegaran a ejecutar aquel horrendo pecado "si no precediera mala voluntad". Y el principio de la mala voluntad, ¿qué pudo ser sino la soberbia? Porque [104] "la cabeza y fuente de todos los pecados es la soberbia". ¿Y qué es la soberbia sino una ambición y apetito de perversa grandeza? Porque es maligna altanería querer el alma en algún modo hacerse y ser principio de sí misma, dejando el principio con quien debe estar unida. Esto sucede cuando uno se complace demasiado de sí mismo,

y complácese a sí mismo de esta manera, cuando declina y deja aquel bien inmutable que debió agradarle más que ella a sí misma.

Esta declinación y defecto es espontáneo y voluntario, porque si la voluntad permaneciera estable en el amor del bien superior inmutable, que era el que le alumbraba para que viviese y la encendía para que amase, no se desviara de allí para agradarse a sí misma; ni se quedara sin luz a oscuras ni sin amor helada; de manera que ni Eva creyera que la decía verdad la serpiente, ni Adán antepusiera al precepto de Dios el gusto de su esposa, ni imaginara que sólo pecaba venialmente si a la compañera inseparable de su vida la acompañaba también en el pecado.

Así que no hicieron la obra mala, esto es, aquella transgresión y pecado comiendo del manjar prohibido, sino siendo ya malos; aquella fruta era mala porque provenía del árbol malo [105], y el árbol hízose malo contra naturam; porque si no es por vicio de la voluntad, el cual es contra el buen orden de la naturaleza, no se hiciera malo; que el depravarse y estragarse con el vicio, no sucede sino en la naturaleza formada de la nada. Así, pues, el ser naturaleza lo tiene por ser criatura de Dios, y el degenerar y declinar de aquel que la hizo, porque fué hecha de la nada. Pero tampoco de tal manera degeneró el hombre que del todo fuese nada, sino que, inclinándose a sí mismo, vino a ser menos de lo que era cuando estaba unido con aquel que es Sumo en su esencia.

Por esto, dejar a Dios y pretender ser en sí mismo, esto es, agradarse y complacerse de sí mismo, no es ser nada sino acercarse a la nada; por lo cual la Sagrada Escritura llama por otro nombre a los soberbios [106] "gente que se agrada y paga de sí", porque bueno es tener el corazón levantado o elevado, pero no a sí propio, que es efecto de la soberbia, sino a Dios, que lo es de la obediencia, la cual no se halla sino en los humildes.

Tiene la humildad cierta cualidad que con modo admirable levanta el corazón, y tiene cierto atributo la soberbia que deprime y abate el

corazón, y aunque parece casi contradictorio que la soberbia esté debajo y la humildad encima, sin embargo, la santa humildad, como se sujeta al superior, y no hay otra cosa más superior que Dios, ensalza y eleva al que hace súbdito de Dios; pero la altivez que hay en el vicio, por el mismo hecho de rehusar la sujeción y subordinación, cae de aquel que no tiene sobre sí superior, y por lo mismo viene a ser inferior, sucediendo lo que dice la Sagrada Escritura [107]: "los abatiste cuando iban subiendo y ensalzándose"; y no dijo cuando estaban ya elevados y ensalzados, de modo que primero estuviesen ensalzados y después los derribase y abatiese, sino que cuando iban subiendo, entonces los abatió y derribó; porque el mismo acto de subir y ensalzarse es comenzar a abatirse, por lo cual al presente en la Ciudad de Dios y a la Ciudad de Dios que anda peregrinando en este siglo, se recomienda principalmente la humildad, que en su Rey, Cristo, singularmente se celebra; porque el vicio de la soberbia, contrario a esta virtud, nos manifiestan las sagradas letras que domina y reina principalmente en su cruel enemigo, el demonio.

Verdaderamente es esta una notable diferencia con que se distingue y conoce la una y la otra Ciudad de que vamos hablando, es a saber, la compañía de los hombres santos y piadosos, y la de los impíos y pecadores, cada una con los ángeles que la pertenecen, en quienes precedió por una parte el amor de Dios y por otra el amor de sí mismo.

Así que el demonio no sorprendiera al hombre en un pecado tan manifiesto, haciendo lo que Dios había prohibido se hiciese si no hubiera él empezado a agradarse y complacerse de sí mismo. Porque de aquí nació también el complacerse en lo que le dijeron [108]: "seréis como dioses", lo cual pudieron ser mejor estando conformes y unidos con el sumo y verdadero principio por la obediencia, que no haciéndose ellos principio suyo por la soberbia, porque los dioses

criados no son dioses por virtud propia, sino por participación del verdadero Dios.

Cuando el hombre apetece más es menos, y queriendo ser bastante para sí mismo, declinó de aquel que era verdaderamente bastante para él.

El mal de agradarse a sí mismo y complacerse el hombre, como si él fuera la luz, apartándole de aquella luz que, si quisiera, también haría luz al hombre; aquel mal, digo, precedió en secreto para que se siguiera este mal que se cometió en público; porque es verdad lo que dice la Escritura [109], "que antes que caiga se sube y eleva el corazón, y antes que llegue a alcanzar la gloria se humilla y abate". La caída en secreto precede a la caída en público, no pensando que aquella es caída; porque ¿quién imagina que la exaltación es caída, hallándose ya el defecto y caída al desamparar al Excelso? ¿Y quién no advertirá que es caída el traspasar evidentemente el mandato?

Por eso Dios prohibió un hecho que, una vez cometido, no se pudiese excusar ni defender con ninguna imaginación de justicia, y por eso me atrevo a decir que es de importancia para los soberbios el caer en un pecado público y manifiesto, para que se desagraden de sí mismos los que, por agradarse y pagarse de sí incurrieron en el más enorme reato. Más útil e importante le fué a Pedro [110] el desagradarse de sí cuando lloró, que el agradarse y pagarse de sí cuando presumió y esto es lo mismo que dice el santo real Profeta [111]: "cárgalos, Señor, de confusión e ignominia para que busquen tu nombre", esto es, para que tú les agrades y se paguen de ti buscando tu nombre, los que buscando el suyo se agradaron y pagaron de sí.

[104] Eccl., 10, 13.

[105] Mt., 7, 18.

[106] 2 Petr., 2, 10.

[107] Ps., 72, 18.

[108] gen., 3, 5.

[109] Prov., 18, 12.
[110] Mt., 26, 33.
[111] Ps., 82, 17.

Capítulo XIV

LA SOBERBIA DE LA TRANSGRESIÓN FUÉ PEOR QUE LA MISMA TRANSGRESIÓN.

Pero es y más detestable la soberbia cuando hasta en los pecados manifiestos se pretende la acogida de la excusa, como sucedió en aquellos primeros hombres, entre quienes dijo la mujer: "la serpiente me engañó y comí"; y el hombre [112]: "la mujer que me diste, ésa me dio del fruto del árbol y comí". De ninguna manera se acuerdan en este caso de pedir perdón; por ningún motivo piden el remedio y la medicina, porque aunque éstos no niegan, como Caín, el pecado que cometieron, no obstante, la soberbia procura cargar a otro la culpa que ella misma tiene; la soberbia de la mujer a la serpiente y la soberbia del hombre a la mujer. Pero más verdadera es la acusación que no la excusa, cuando manifiestamente quebrantaron el divino precepto, porque no dejaron de pecar porque lo hiciera la mujer a persuasión de la serpiente, y el hombre a instancias de la mujer, como si pudiera haber alguna cosa que se debiera creer o anteponer a Dios.

[112] Gen., 3, 32, sig.

Capítulo XV

DE LA JUSTA PAGA QUE RECIBIERON LOS PRIMEROS HOMBRES POR SU DESOBEDIENCIA.

Porque no atendieron al mandato de Dios, que los había criado, y había hecho a su imagen y semejanza, que los había designado por superiores y señores de los demás animales, los había colocado en el Paraíso, les había dado salud y abundancia de todas las cosas, que no les cargó de preceptos numerosos, graves y dificultosos, sino que les

dio uno solo, y ése compendioso y levísimo, para conservar la obediencia y la subordinación con que les advertía que él era Señor de aquella criatura a quien estaba bien una libre servidumbre; fueron justamente condenados; condenados de tal modo, que el hombre, que si observara puntualmente el mandamiento, fuera espiritual aun en la carne, fuese carnal hasta en el espíritu; y pues con su soberbia se había agradado y pagado de sí, por justicia de Dios fuese entregado a sí mismo para que no estuviese, como había pretendido, en omnímoda, absoluta e independiente potestad; sino que, desavenido igualmente consigo mismo, sufriese debajo de aquel con quien se había avenido pecando, una dura y miserable esclavitud, en lugar de la libertad que buscó; muriendo voluntariamente en el espíritu, y debiendo de morir contra su voluntad en el cuerpo; y desertor de la vida eterna, fuera condenado a la muerte eterna, si no le libertase la gracia.

Y el que piensa que semejante condenación es excesiva o injusta, sin duda no sabe medir ni tantear la gravedad de la malicia que hubo en el pecado, donde había tanta facilidad en no pecar; porque así como no sin razón se celebra por grande la obediencia de Abraham [113], porque en sacrificar a su hijo le mandaron una acción dificultosísima, así también en el Paraíso tanto mayor fué la desobediencia, cuanto más fácil era lo que se les mandaba. Y así como la obediencia del segundo Adán es más celebrada y digna de perpetuarse en los fastos y anales del mundo, porque fué obediente hasta la muerte [114], así la desobediencia del primero fué más abominable, porque fué desobediencia hasta la muerte.

Porque cuando hay impuesta rigurosa pena a la desobediencia, y lo que manda el Criador es fácil en la ejecución, ¿quién podrá encarecer bastantemente cuán grave maldad sea no obedecer en un precepto tan obvio, y a un mandamiento de tan soberana potestad, y so pena tan horrible? Y, en efecto, por decirlo en breves palabras, en la pena y castigo de aquel pecado, ¿con qué castigaron o pagaron la

desobediencia sino con la desobediencia? ¿Pues qué cosa es la miseria del hombre sino padecer contra sí mismo la desobediencia de sí mismo, y que ya que no quiso lo que pudo, quiera lo que no puede?

Porque aunque en el Paraíso, antes de pecar, no podía todas las cosas, con todo, lo que no podía no lo quería y por eso podía todo lo que quería; pero ahora, como vemos en su descendencia y lo insinúa la Sagrada Escritura [115], "el hombre se ha vuelto semejante a la vanidad"; pues ¿quién podrá referir cuánta inmensidad de cosas quiere que no puede, entretanto que él mismo a sí propio no se obedece, esto es, no obedece a la voluntad el ánimo, ni la carne, que es inferior al ánimo?

Porque a pesar suyo, muchas veces el ánimo se turba y la carne se duele, envejece y muere, y todo lo demás que padecemos no lo sufriéramos contra nuestra voluntad, si nuestra naturaleza obedeciese completamente a nuestra voluntad; pero a la verdad, padece algunas cosas la carne que no la dejan servir. ¿Qué importa en lo que esto consiste con tal que por la justicia de Dios, que es el Señor, a quien siendo sus súbditos no quisieron servir, nuestra carne, que fué nuestra súbdita, no sirviéndonos, nos sea molesta? Bien que nosotros, no sirviendo a Dios, pudimos hacernos molestos a nosotros y no a él; porque no tiene el Señor necesidad de nuestro servicio como nosotros del de nuestro cuerpo, y así es nuestra pena lo que recibimos, no suya; y los dolores que se llaman de la carne, del alma son, aunque en la carne y por la carne.

Porque la carne, ¿de qué se duele por sí sola? ¿Qué desea? Cuando decimos que desea o se duele la carne, o es el mismo hombre, como anteriormente dijimos, o alguna parte del alma que excita la pasión carnal, la cual, si es áspera causa dolor, si suave, deleite; pero el dolor de la carne sólo es una ofensa del alma que procede de la carne, y cierto desavenimiento de su pasión o apetito; como el dolor del alma que llamamos tristeza es un desavenimiento de las cosas que nos suceden contra nuestra voluntad. A la tristeza las más veces precede

el miedo, el cual también está en el alma, y no en la carne; pero al dolor de la carne no le precede un miedo de la carne que antes del dolor se sienta en la carne. Al deleite le precede el apetito que se siente en la carne, como un deseo suyo, por ejemplo, el hambre y la sed, y el que en los miembros vergonzosos más comúnmente se llama libido, siendo éste un vocablo general para designar todos los apetitos. Porque aun la ira, dijeron los antiguos [116] que no era otra cosa que libido, o un apetito de venganza, aunque a veces también el hombre se enfada y enoja con las cosas inanimadas, donde no hay razón alguna de venganza, de manera que de enojo y cólera, porque no escribe bien la pluma, la rompe y arroja. Sin embargo, también esto, aunque menos razonable, es apetito de venganza, y no sé qué, por llamarlo así, como sombra de retribución; que los que mal hacen mal padezcan.

Así, pues, hay apetito de venganza, que se llama ira; hay apetito o codicia de poseer, que se llama avaricia; hay apetito o deseo, como quiera, de vencer, que se llama pertinacia; hay apetito y ansia de gloriarse o jactarse, que se llama jactancia; hay muchos y varios apetitos que en idioma latino se dice libidines, que algunos de ellos tienen asimismo sus voces propias, y otros no las tienen; porque ¿quién podrá fácilmente decir cómo se llama el apetito de dominio y señorío, del cual, no obstante, nos muestra y testifica la funesta experiencia de las guerras civiles, que es muy poderoso y señor absoluto de los corazones y almas de los tiranos?

[113] Gen., 22, 2.

[114] Phil., 2, 8.

[115] Ps., 143, 4.

[116] Circ., Tusc., III, 5.

Capítulo XVI

DE LA MALICIA DEL APETITO, QUE EN LATÍN SE LLAMA "LIBIDO", CUYO NOMBRE, AUNQUE CUADRE A MUCHOS VICIOS PROPIAMENTE,

SE ATRIBUYE A LOS MOVIMIENTOS TORPES Y DESHONESTOS DEL CUERPO.

Aunque los apetitos de muchas cosas llámanse en latín libidines, cuando se escribe sólo libido, sin decir a qué pasión se refiere, casi siempre se entiende el apetito carnal; apetito que, no sólo se apodera del cuerpo en lo exterior, sino también en lo interior, y conmueve de tal modo a todo el hombre juntando y mezclando el afecto del ánimo con el deseo de la carne, que resulta el mayor de los deleites del cuerpo; de suerte que cuando se llega a su fin, se embota la agudeza y vigilia del entendimiento.

Capítulo XVII

DE LA DESNUDEZ DE LOS PRIMEROS HOMBRES Y DE CÓMO, DESPUÉS QUE PECARON, LES PARECIÓ TORPE Y VERGONZOSA.

Con razón nos avergonzamos de este apetito y con razón también los miembros que, por decirlo así, lo alientan o refrenan no del todo a nuestro albedrío, se llaman vergonzosos; lo cual no fueron antes de que pecara el hombre. Porque como dice la Escritura [117]: "estaban desnudos y no se avergonzaban"; no porque dejasen de ver su desnudez, sino porque ésta no era aún vergonzosa; porque la carne ni movía el deseo contra la razón, ni en manera alguna con su desobediencia daba en rostro al hombre acusándole de la suya.

No crió Dios ciegos a los primeros hombres, como piensa el necio vulgo, porque Adán vio los animales a quienes puso los nombres, y de Eva dice la Biblia [118]: "vio la mujer que era buena la fruta del árbol y agradable a la vista". Tenían, pues, los ojos abiertos, pero no atendían y miraban de manera que conociesen lo que la gracia les encubría, cuando sus miembros ignoraban lo que es desobedecer a la voluntad. Al faltar esta gracia, para que la desobediencia fuese castigada con pena recíproca, hallóse en el movimiento del cuerpo una desvergonzada novedad, que convirtió en indecente la desnudez y los dejó vergonzosos y confusos. De aquí que, después que

quebrantaron al descubierto el mandamiento de Dios, diga de ellos la Escritura [119]: "y se abrieron los ojos de entrambos, y conocieron que estaban desnudos y entrelazaron hojas de higuera y se hicieron sendos ceñidores". Abriéronse, dice, los ojos de entrambos no para ver, porque también antes veían, sino para discernir y conocer el bien que habían perdido y el mal en que habían caído. De aquí que el árbol que daba este conocimiento a los que comían su fruto contra la prohibición del mandamiento, tomase el nombre de árbol de la ciencia del bien y del mal; porque con la experiencia de los trabajos que se padecen en la enfermedad, apréciase mejor el gusto de la salud.

Conocieron, pues, que estaban desnudos, estándolo, en efecto, de aquella gracia que era la que hacía que ninguna desnudez del cuerpo (porque la ley del pecado no repugnaba a su espíritu) los avergonzase y confundiese. Conocieron, pues, lo que, por fortuna suya, hubieran ignorado si, siendo siempre fieles y obedientes a Dios, no hubieran cometido un pecado que les forzó a tocar y sentir por experiencia el daño que causan la infidelidad y la desobediencia. Confusos, pues, y avergonzados por la desobediencia de su carne, testigo y pena de la suya propia, acomodaron unas hojas de higuera en la forma que algunos traductores latinos llaman campestría, esto es, succintoria, o ceñidores, para cubrirse con ellos. Prefiero la palabra campestría, que es latina, y significa calzón, vestido corto que usaban los jóvenes que se ejercitaban luchando en el campo, cubriendo sus cinturas, y de aquí que a los así ataviados les llame el vulgo campestratos.

Así, pues, lo que en pena de la culpa de desobediencia movía el apetito desobediente contra el fuero de la voluntad, cubrílo con empacho de vergüenza. De aquí que todas las gentes, por descender de aquel tronco, tan cuidadosamente acostumbran a cubrirse, de suerte que algunos bárbaros ni aun en los baños se desnudan.

[117] Gen., 2, 25 (3, 1).

[118] Gen., 3, 6.

[119] Gen., 3, 7.

Capítulo XVIII

DEL PUDOR DE LA CÓPULA, NO SÓLO LA VULGAR, SINO TAMBIÉN LA CONYUGAL.

Cuando se quiere satisfacer deseos lujuriosos, no ya con estupros que obligan a buscar las ocultaciones para evitar el rigor de las leyes humanas, sino en el uso común de las rameras, torpeza que considera lícita la sociedad terrenal, quien lo hace, aunque esta licencia la permitan o toleren las leyes, huye de que nadie le vea.

Los mismos burdeles, por la natural vergüenza, procuran el secreto, y más fácilmente la deshonestidad pudo no tener ley ni pena que la prohibiese, que la desvergüenza quitar los escondrijos y secretos de aquella torpeza, llamada así hasta por los mismos que la aman, sin atreverse a hacer ostentación de ella.

El acto conyugal, que conforme a las leyes del matrimonio se hace para la generación de los hijos, aunque sea lícito y honesto, ¿no busca también aposento donde no sea visto? ¿Por ventura no se echa fuera a todos los criados? Y hasta los mismos paraninfos y padrinos y cuantos la amistad o el parentesco les había dado allí entrada, ¿no son despedidos antes de que el esposo comience a acariciar a la esposa? Un gran maestro de la elocuencia dice que todas las buenas obras piden la luz, es decir, aspiran a ser conocidas, y ésta, por lícita y honesta que es, quiere ser conocida, pero no vista. ¿Quién no sabe, en efecto, lo que pasa entre los esposos para la procreación de los hijos, puesto que, para ello, verifícanse los matrimonios con tantas ceremonias y solemnidades? Pues, sin embargo, cuando se reúnen marido y mujer, no consienten que estén con ellos ni sus hijos, si ya los tienen. ¿De dónde nace esto sino de que, al practicar lo que es lícito por naturaleza, le acompaña también lo que es vergonzoso por la pena?

Capítulo XIX

LOS IMPULSOS DE LA IRA Y DE LA LIVIANDAD SE MUEVEN TAN VICIOSAMENTE, QUE ES NECESARIO PARA MODERARLOS EL FRENO DE LA RAZÓN.

Los filósofos que se acercaron más a la verdad confesaron que la ira y el apetito sensual eran dos partes viciosas del alma, porque se mueven tan turbadamente y sin orden, aun en las cosas que la razón no prohíbe, que tienen necesidad del gobierno de la razón, la cual, siendo, según dicen, la tercera parte del alma, está puesta en lugar preeminente para regir a aquellas dos partes, a fin de que, mandando la razón y obedeciendo la ira y la liviandad, pueda conservar el hombre en todas las partes de su alma la justicia.

Las citadas partes, pues, que según dichos filósofos aun en el hombre sabio y templado son viciosas, para que la razón las refrene y desvíe, apartándolas de las cosas a que injustamente se mueven o las suelte para las que permite y concede la ley de la sabiduría, como es la ira para ejercer el justo castigo, y el apetito sexual para la propagación de la especie humana; las citadas partes, repito, no eran viciosas en el Paraíso antes del pecado, porque no se inclinaban a cosa contraria a la recta voluntad que exigiera contenerlas con el freno de la recta razón, al moverse ahora de modo que los que viven honesta, justa y santamente las gobiernan a veces con facilidad, y otras con dificultad las repriman y refrenen, no es, sin duda, salud propia de la naturaleza, sino enfermedad que procede de la culpa.

Si los actos que provienen de la ira y de los demás afectos (consistan en palabras o en obras) no procura la vergüenza encubrirlos y esconderlos, como hace con los que proceden del apetito sensual, débese a que los miembros del cuerpo que se emplean en la ejecución de aquéllos, no dependen en sus movimientos de las pasiones, sino de la voluntad, que es quien los domina. Porque el que enojado y con cólera dice alguna palabra ofensiva o hiere a otro, no pudiera hacer tales cosas si la voluntad no

moviera la lengua o las manos, miembros a quienes también mueve la voluntad, aun cuando no haya ira o cólera alguna.

Pero respecto de la pasión carnal, de tal manera está apoderado de ellos el apetito sensual, que sólo obedecen a la excitación de éste, sea espontánea o estimulada. Esto es lo que da vergüenza y lo que ruboriza a quien lo ve, y por ello prefiere el hombre, cuando se enoja injustamente con otro, que le miren cuantos quieran, a que le vea alguno cuando, conforme a la razón, condesciende con la pasión de la carne.

Capítulo XX

DE LA VANÍSIMA TORPEZA DE LOS CÍNICOS.

La antedicha razón no la tuvieron presente los filósofos caninos, es decir, los cínicos, al defender la opinión bestial encaminada a suprimir el pudor. El pudor natural, sin embargo, ha podido más que esta opinión. Porque aun cuando han escrito que hizo Diógenes con arrogancia, gloriándose de ello y pensando que sería su secta más famosa si quedara arraigada en la memoria de las gentes esta famosa desvergüenza suya, con todo, después desistieron de esto los cínicos, y más pudo en ellos la vergüenza y el respeto que mutuamente se deben los hombres, que el error y el disparate con que los hombres afectaban ser semejantes a los perros.

Ahora también vemos filósofos cínicos, porque lo son todos los que no sólo visten el palio, sino llevan también su báculo; pero ninguno se atreve a hacer tal cosa, porque si alguno se atreviera, no diré que le apedrearan, sino que, por lo menos, a puro escupirle, le echaran del mundo.

Así, pues, la naturaleza humana se avergüenza, y con razón, de este apetito torpe que sujeta la carne a su albedrío, apartándola de la jurisdicción de la voluntad, y esta desobediencia prueba claramente el pago que se dio a la desobediencia del primer hombre.

Capítulo XXI

DE LA BENDICIÓN QUE ECHÓ DIOS AL HOMBRE ANTES DEL PECADO PARA QUE CRECIESE Y SE MULTIPLICARA, NO DESTRUIDA POR LA PREVARICACIÓN.

No creemos en manera alguna que los dos casados que estuvieron en el Paraíso habrían de cumplir por medio de este apetito sensual lo que en su bendición les dijo Dios [120]: "Creced y multiplicaos y henchid la tierra", porque este torpe apetito nació después del pecado, y después del pecado, la naturaleza, que no es deshonesta, al perder la potestad y jurisdicción bajo la cual el cuerpo en todas sus partes le obedecía y servía, echó de ver este apetito, lo consideró, se avergonzó y lo cubrió.

Pero la bendición del matrimonio para que los casados creciesen, se multiplicaran y llenaran la tierra, aunque quedó también para los delincuentes, siendo anterior a su falta, quedó para que se conociese que la generación de los hijos es cosa que toca a la honra del matrimonio, y no a la pena del pecado.

Algunos que ignoran sin duda la felicidad que hubo en el Paraíso, creen que en él Adán y Eva no tuvieron hijos.

Otros no aceptan totalmente la Divina Escritura, donde se lee que, después del pecado, se avergonzaron de verse desnudos y como infieles, se ríen de ella. Otros, aunque aceptan y honran la Escritura, no quieren, sin embargo, que se entienda la frase, "creced y multiplicaos" en el sentido de la multiplicación de la carne [121], porque encuentran otra que se refiere a la multiplicación del espíritu [122]: "multiplicarás y acrecentaras en mi alma la virtud y fortaleza"; y en lo que continúa diciendo el Génesis: "y henchid la tierra y sed señores de ella", entienden que la palabra tierra quiere decir el cuerpo que anima el alma con su presencia y le domina y sujeta cuando las virtudes se multiplican en ella. Pero añaden que los hijos carnales, ni aun entonces los pudieron engendrar, como tampoco ahora pueden, sin el torpe apetito que nació, se vio, se confundió y se cubrió

después del pecado; y que dentro del Paraíso no tuvieron hijos, sino fuera de él, como así sucedió; porque después que los echaron de allí, los engendraron.

[120] Gen., 1, 28.

[121] Reprocha a los que interpretan en sentido espiritual estas palabras. El mismo se inclinó también a esta interpretación, como puede verse en el lib. 1 del Gen. contra Manichaeos y en el lib. 3 Confessionum, cap. 24; pero aquí claramente se atiene a la interpretación literal. [122] Ps., 137, 3.

Capítulo XXII

CÓMO DIOS ORDENÓ Y BENDIJO EL MATRIMONIO.

Pero en manera alguna dudamos nosotros que el crecer y multiplicar y henchir la tierra conforme a la bendición de dios, es don del matrimonio que instituyó Dios desde el principio, antes del pecado, cuando crió al varón y la mujer, cuya diferencia clara y evidentemente se halla en la carne; pues a esta obra que hizo Dios fué a la que también echó su bendición, según dice la Escritura [123]: "hízolos Dios varón y mujer", e inmediatamente añade: "y bendíjolos Dios, diciendo: creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sed señores de ella, etc.".

Aunque todo esto puede entenderse en un sentido espiritual, sin embargo, no puede decirse que las palabras varón y mujer deban aplicarse a dos cosas que se encuentran en un solo hombre, con pretexto de que dentro de él una cosa es la que gobierna y otra la gobernada; sino, como evidentemente se echa de ver en cuerpos de diferente sexo; los crió Dios varón y mujer para que, engendrando hijos, creciesen y se multiplicasen y llenaran la tierra.

El empeño en contradecir sentido tan claro es grandísimo disparate; porque ni del espíritu que manda, ni de la carne que obedece, o del animal racional que rige y del apetito irracional que es regido, o de la virtud contemplativa, que es preeminente, y de la

activa, que es inferior, o de la razón del alma y del sentido del cuerpo, sino claramente del vínculo del matrimonio a que se obliga y sujeta uno y otro sexo, hablaba el Señor, cuando, preguntado si era lícito por cualquier causa despedir la mujer, porque Moisés, atendiendo a la dureza de corazón de los israelitas les permitió repudiarla, contestó [124]: "¿No habéis leído que el que los crió al principio los crió varón y mujer, y dijo: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se juntará con su mujer, y los dos serán una misma carne? No son, pues, ya dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios unió no lo separe el hombre".

Es pues, indudable que desde el principio fueron creados los dos sexos en dos seres distintos, como ahora existen, y que se les llama un solo hombre o por la unión del matrimonio o a causa del origen de la mujer, formada del costado del hombre; origen que aprovecha el apóstol para recomendar que los hombres amen a sus mujeres [125].

[123] Gen., 1, 27.

[124] Mt., 19, 4, sig.

[125] Eph., 5, 25; Col., 3, 19.

Capítulo XXIII

SI ADÁN Y EVA HUBIESEN TENIDO HIJOS EN EL PARAÍSO, EN EL CASO DE NO PECAR.

Los que defienden que Adán y Eva no engendraran hijos si no pecaran, ¿defienden acaso otra cosa sino que, para aumentar el número de los santos, era necesario el pecado del hombre? Porque si no podían engendrar sino pecando, y si no engendraban quedaban solos, para que hubiese no ya dos hombres, sino muchos, era necesario el pecado. Imposible es defender este absurdo. ¿No es mejor creer que el número de los santos necesario para poblar aquella bienaventurada ciudad, fuera tan grande, aunque nadie hubiese pecado, como lo es ahora que la gracia de Dios los elige entre la

multitud de pecadores, mientras los hijos de este siglo son engendrados y engendran?

Así pues, si el primer matrimonio digno de la felicidad del Paraíso no hubiese pecado, tuviera descendencia digna de su amor, y no apetito que lo avergonzara.

Capítulo XXIV

QUE SI PERSEVERARAN LOS HOMBRES EN EL PARAÍSO INOCENTES Y CON EL MÉRITO DE LA OBEDIENCIA, USARAN DE LOS ÓRGANOS GENITALES PARA LA PROCREACIÓN DE LOS HIJOS COMO DE TODOS LOS DEMÁS AL ALBEDRÍO DE LA VOLUNTAD.

Engendrara, pues, el varón y concibiera la mujer cuando fuera menester con los órganos genitales, movidos por la voluntad y no estimulados por el apetito torpe. Porque no sólo movemos a nuestro albedrío los miembros que tienen sus músculos y huesos, como son los pies, las manos y los dedos, sino que también, que constan de blandos nervios cuando queremos los movemos sacudiendo y los alargamos extendiendo, y los doblamos torciendo, y los endurecemos encogiendo y apretando, como sucede con los que en la boca y en el rostro mueve la voluntad cuanto puede. Los mismos pulmones que fuera de las médulas son las partes más muelles y blandas de todas las interiores, y, por tanto, están guardados y murados en la caverna del pecho para alentar y respirar, para emitir la voz o para modificarla, a manera de fuelles de fragua o de órgano, sirven al albedrío y voluntad del que sopla, respira, habla, clama o canta. Nada diré de los animales que mueven la piel que les cubre, sólo en aquella parte en que sienten algo que les incomoda, y no en las demás, ahuyentando así las moscas que se les paran y hasta haciendo caer los dardos que les clavan. No puede hacer esto el hombre, pero ¿acaso no pudo concederlo el Criador a los animales que quiso? Posible fué al hombre dominar a su voluntad sus órganos genitales, facultad que perdió por su inobediencia; porque no era difícil a Dios criarle de

manera que no se moviera en su cuerpo sino por la voluntad lo que ahora no se mueve sino por su apetito. Hallamos también en algunos hombres propiedades muy diferentes de las que tienen los demás, propiedades que por su rareza son admirables, haciendo voluntariamente con su cuerpo cosas que otros en manera alguna pueden hacer, y que, oyéndolas, apenas las creen; porque hay algunos que mueven las orejas, o cada una de por sí o ambas juntas; otros que, sin mover la cabeza, atraen a la frente la piel cabelluda y la retiran cuando quieren, otros que de muchas y varias cosas que comen en cantidad increíble, palpando un poco el estómago, sacan de él lo que quieren, como quien saca objetos de un saco; otros imitan los cantos de las aves o las voces de los animales y de los hombres, tan perfectamente, que, si no se les ve, es imposible notar la diferencia; otros, por abajo, sin vergüenza alguna, ventosean sonora y numerosamente a su albedrío, tanto, que parece que cantan por aquella parte. Yo mismo he visto que sudaba un hombre cuando quería, y cosa notoria es que algunos, cuando quieren, lloran y derraman abundantes lágrimas. Lo más increíble, aunque recientemente lo han visto muchos hermanos nuestros, es que había un clérigo presbítero, llamado Restituto, en la parroquia y distrito de la iglesia Calamense, que cuando quería (y rogábanle que lo hiciesen los que deseaban ver por sus ojos aquella maravilla), al oír las voces fingidas de cualquier hombre que se dolía y lamentaba, de tal manera perdía los sentidos y tan como muerto quedaba tendido, que no sólo no sentía que lo movieran y punzaran, sino que algunas veces le quemaban con fuego sin que experimentase dolor alguno, salvo el que después le producía la llaga. La inmovilidad de su cuerpo, no era por voluntaria resistencia, sino por insensibilidad, lo cual se advertía porque, como en cuerpo muerto, no se le notaba aliento. Decía, después de volver en sí, que cuando los presentes hablaban alto, oía las voces como desde lejos.

Sirviendo, pues, ahora maravillosamente el cuerpo, fuera del uso natural, en muchos movimientos y afectos a algunas personas, aun en

esta vida trabajosa y corruptible, ¿qué razón hay para que no creamos que antes del pecado de la inobediencia y de la pena de la corrupción los miembros humanos pudieron servir y obedecer a la voluntad humana sin ningún apetito torpe para la procreación de sus hijos? Entregó Dios al hombre a sí mismo, porque el hombre dejó a Dios, por amarse a sí mismo. No obedeciendo a Dios, tampoco pudo obedecerse a sí propio, y por ello vino a ser más evidente la miseria, porque el hombre no vive a su gusto. De vivir como quisiera, tuviérase por bienaventurado, y ni aun así lo fuera si viviese torpemente.

Capítulo XXV

DE LA VERDADERA BIENAVENTURANZA, LA CUAL NO SE CONSIGUE EN LA VIDA TEMPORAL.

Si lo consideramos con madura reflexión, ninguno sino el que es feliz vive como quiere, y ninguno es bienaventurado sino el justo; y ni aun el mismo justo vive como quiere si no llega a donde nunca pueda morir, padecer engaño ni ofensa, y le conste y esté asegurado de que siempre será así; porque esto lo apetece y desea la naturaleza, y no será perfectamente cumplida y bienaventurada sino es consiguiendo lo que apetece.

Mas ahora, ¿qué hombre hay que pueda vivir como quiere, cuando el mismo vivir no está en su mano? Porque él quiere vivir,y es indispensable que muera, ¿ha de vivir como quiera el que no vive todo lo que quiere? Y si quisiere morir, ¿cómo ha de vivir a su gusto el que no quiere vivir? Y si acaso quiere morir, no porque no quiere vivir, sino por vivir mejor después de la muerte, aun así no vive como quiere, sino cuando llegare, muriendo, a lo que quiere.

Pero demos que viva como quiere, porque se hizo fuerza y mandó a sí mismo el no querer lo que no puede y querer lo que puede, como lo dice Terencio [126]: "Supuesto que no puedes hacer lo que quieres, te importa querer lo que puedes"; ¿acaso será bienaventurado, porque

con paciencia sufra su miseria? Porque la vida no es bienaventurada si no es la que se desea; y si se ama y posee, es necesario que se ame con mayor afecto que a todo lo demás que se ama; y si se ama tanto cuanto merece ser amada (pues no es bienaventurado el que no ama la vida bienaventurada, cual ella merece) no puede ser que el que así la ame no quiera que sea eterna. Luego será bienaventurada cuando fuere eterna.

[126] Andre, II, 1, 5.

Capítulo XXVI

QUE SE DEBE CREER QUE LA FELICIDAD DE LOS QUE VIVÍAN EN EL PARAÍSO PUDO CUMPLIR EL DÉBITO MATRIMONIAL SIN EL APETITO VERGONZOSO.

Así que, vivía el hombre en el Paraíso como quería, entretanto que quería lo que Dios mandaba; vivía gozando de Dios, con cuyo bien era bueno; vivía sin mengua o necesidad de cosa alguna, y así tenía en su potestad el poder vivir siempre. Abundaba la comida porque no tuviese hambre, la bebida porque no tuviese sed. Tenía a mano el árbol de la vida porque no le menoscabase la senectud, ni había género de corrupción en su cuerpo, ni por el cuerpo sentía alguna especie de molestia, no había enfermedad alguna, en lo interior ni en lo exterior tenía herida alguna, gozaba de perfecta salud en el cuerpo, y de cumplida tranquilidad y paz en el alma; y así como en el Paraíso [127] no hacía frío ni calor, así para los que en él vivían no había objeto que, por deseado o temido, alterase su buena voluntad. No había cosa melancólica y triste, nada vanamente alegre. El verdadero gozo se iba perpetuando con la asistencia de Dios, a quien amaban con ardiente caridad, con corazón puro, con ciencia buena y fe no fingida [128], y entre los casados se conservaba fielmente la sociedad indisoluble por medio del amor casto. Había una concorde vigilancia del alma y del cuerpo y una observancia exacta del divino precepto, sin fatiga. No

existía cansancio que molestase el ocio, ni sueño que oprimiese contra la voluntad.

Donde había tanta comodidad en las cosas y tanta felicidad en los hombres, Dios nos libre de sospechar que no pudieron engendrar sus hijos sin intervención del torpe apetito.

Con todo eso, al sumo Dios todopoderoso, y al Criador sumamente bueno de todas las naturalezas, que ayuda y remunera las buenas voluntades y da de mano y condena las malas, y ordena y dispone de las unas y de las otras, no le faltó traza y consejo como poder cumplir el número determinado de los ciudadanos que tenía él predestinado en su sabiduría para su ciudad, aun del linaje condenado de los hombres; no diferenciándolos por anteriores méritos, supuesto que toda la masa, como en raíz dañada y corrompida, quedó condenada, sino escogiéndolos con su gracia y mostrando a los libertados la merced que les hace, no sólo por el bien de la libertad propia, sino también por la miseria de los no libertados; pues conoce cada uno que ha escapado de los males por la bondad, no debida, sino graciosa de Dios cuando se ve libre de la compañía de aquellas personas con quienes justamente pudiera padecer la pena. ¿Por qué, pues, no había de criar Dios a los que sabía que habían de pecar, pues podía manifestar en ellos y por ellos lo que merecía su culpa y lo que les concedía su gracia; y siendo El Criador y dispensador, el perverso desorden de los delincuentes no podía pervertir el orden recto del universo?

[127] Parecida descripción del Paraíso hacen San Basilio (Hom. de Parad.), y San Juan Damasceno (lib. 2 De Fideorthod., cap. 11). [128] San Tim., 1, 5.

Capítulo XXVII

De los pecadores, así ángeles como hombres, cuya perversidad no perturba a la Providencia divina.

Por tanto, no pueden practicar acción alguna los pecadores, así los ángeles como los hombres, por la que puedan impedir [129]: "las obras grandes de Dios, cuya razón depende de sola su voluntad"; porque el que con su providencia y omnipotencia distribuye a cada cosa lo que le pertenece, no sólo sabe usar bien de los bienes, sino también de los males; y así, usando bien Dios del ángel malo, que por mérito de su primera voluntad mala se condenó, obstinó y endureció de manera que ya no puede tener buena voluntad, ¿por qué razón no había de permitir que tentara al primer hombre, a quien había criado recto, esto es, de buena voluntad? Supuesto que estaba ya dispuesto que si confiaba en la ayuda de Dios, el hombre bueno venciera al ángel malo; y si, agradándose a sí propio con soberbia, dejaba a Dios su Criador y auxiliador, había de ser vencido; teniendo el mérito bueno de la voluntad recta favorecida de Dios, y el malo en la voluntad perversa desamparando a Dios. Y aunque confiar en la ayuda de Dios, no le era posible sin la ayuda de Dios, no por eso dejaba de estar en su potestad el apartarse, agradándose a sí propio de estos beneficios de la divina gracia.

Porque así como no está en nuestra mano el vivir en este cuerpo sin la ayuda de los elementos, y está en nuestra potestad no vivir en él, como lo hacen los que se matan; así no estaba en nuestra potestad el vivir bien en el cuerpo sin el favor de Dios, aun en el Paraíso, pero estaba en nuestra facultad el vivir mal, aunque con condición de que no había de permanecer la bienaventuranza, sino que había de sobrevenirnos la condigna pena y castigo.

Pues no ignorando Dios esta caída que había de dar el hombre, ¿por qué motivo no le había de dejar tentar por la malicia del ángel envidioso? Y aunque en ningún modo estaba incierto de si había de ser vencido, con todo, preveía ya entonces que este mismo demonio

sería vencido por la descendencia del hombre, ayudada de su gracia con mayor gloria de los santos; y así fué que ni a Dios se le escondió cosa alguna futura, ni por su presciencia compelió a pecar a nadie; y manifestó con la experiencia a la criatura racional, angélica y humana la diferencia que hay entre la propia presunción de cada uno y entre su defensa y amparo; porque, ¿quién se atreverá a creer o decir que no estuvo en la potestad de Dios el que no cayese ni el ángel ni el hombre? Pero más quiso no quitar la libertad a su albedrío, manifestando de esta manera cuánto mal podía traer la soberbia de ellos, y cuánto bien su divina gracia.

[129] Ps., 110, 2.

Capítulo XXVIII

DE LA CALIDAD DE LAS DOS CIUDADES, TERRENA Y CELESTIAL.

Así que, dos amores fundaron dos ciudades [130]; es, a saber: la terrena el amor propio hasta llegar a menospreciar a Dios, y la celestial el amor a Dios hasta llegar al desprecio de sí propio. La primera puso su gloria en sí misma, y la segunda, en el Señor; porque la una busca el honor y gloria de los hombres, y la otra estima por suma gloria a Dios, testigo de su conciencia; aquélla, estribando en su vanagloria, ensalza su cabeza, y ésta dice a su Dios [131]: "vos sois mi gloria y el que ensalzáis mi cabeza"; aquélla reina en sus príncipes o en las naciones a quienes sujetó la ambición de reinar; en ésta unos a otros se sirven con caridad: los directores, aconsejando, y los súbditos, obedeciendo; aquélla en sus poderosos ama su propio poder; ésta dice a su Dios [132]: "a vos, Señor, tengo de amar, que sois mi virtud y fortaleza"; y por eso en aquélla sus sabios, viviendo según el hombre, siguieron los bienes, o de su cuerpo, o de su alma, o los de ambos; y los que pudieron conocer a Dios [133]: "no le dieron la gloria como a Dios, ni le fueron agradecidos, sino que dieron en vanidad con sus imaginaciones y discursos, y quedó en tinieblas su necio corazón; porque, teniéndose por sabios, quedaron tan ignorantes que

trocaron y transfirieron la gloria que se debía a Dios eterno e incorruptible por la semejanza de alguna imagen, no sólo de hombre corruptible, sino también de aves, de bestias y de serpientes"; porque la adoración de tales imágenes y simulacros, o ellos fueron los que la enseñaron a las gentes, o ellos mismos siguieron e imitaron a otros, "y adoraron y sirvieron antes a la criatura que al Criador, que es bendito por los siglos de los siglos". Pero en esta ciudad no hay otra sabiduría humana sino la verdadera piedad y religión con que rectamente se adora al verdadero Dios, esperando por medio de la amable compañía de los santos, no sólo de los hombres, sino también de los ángeles [134]: "que sea Dios todo en todos".

[130] En el lib. 11 De Gen. ad litt., n. 20, prometía esta obra de las dos ciudades con estas palabras: "Estos dos amores: santo, el uno, e inmundo, el otro; social, el uno, y el otro, privado, distinguieron las dos ciudades fundadas en el género humano... Sobre ellas hablaré tal vez más largamente en otro lugar".

[131] Ps., 3, 4.

[132] Ps., 17, 2.

[133] Rom., 1, 21, sig.

[134] 1 Cor., 15, 28.

Índice